



**Cuentos
completos**

Kingsley Amis



Esta recopilación reúne por primera vez y en un solo volumen la totalidad de la prosa breve de Kingsley Amis, uno de los más reconocidos maestros de la edad de oro de la narrativa inglesa. Un agente literario es víctima de un misterioso secuestro. Unos hombres crean una máquina del tiempo para intentar averiguar a qué sabe la bebida en el futuro. El padre de Elizabeth Barrett Browning realiza un desesperado intento por impedir su matrimonio con el poeta. Un profesor de Literatura de Cambridge es en realidad un espía del MI5... Los relatos de Amis

son oscuros, juguetones, conmovedores, sorprendentes. Escritos a lo largo de cinco décadas, y nunca hasta ahora publicados en castellano, estos cuentos alternan géneros como el misterio, el horror o las reflexiones satíricas sobre la vida y el amor desgraciado. En ellos descubriremos al mejor Amis: fino, satírico y mordaz, extremadamente inteligente y con un estilo implacable que pone al límite las posibilidades del lenguaje.

En palabras de Terence Donovan, «leer a Amis es como beber un trago de agua tras una caminata por el desierto. O mejor, como beber una cerveza, un *bloody mary* o un *gin tonic*».

Kingsley Amis

Cuentos completos

Título original: *Complete Stories*

Kingsley Amis, 2011

Traducción: Raquel Vicedo

Diseño de cubierta: Jonathan Burton

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

CUENTOS
COMPLETOS



NOTA DE LOS EDITORES

Incisiva, mordaz, satírica, oscura, juguetona, crítica, humorística...

Con todos estos adjetivos y muchos más se ha descrito la prosa de Kingsley Amis, y es en sus relatos donde podemos encontrar la mejor muestra de su estilo y peculiaridades. Al menos, eso debieron de pensar hace un par de años los editores de la prestigiosa editorial británica Penguin cuando decidieron publicar un volumen en el que se reunían por primera vez los cuentos completos de uno de los más reconocidos maestros de la edad de oro de la narrativa inglesa.

Kingsley Amis es quizá el máximo exponente del movimiento de los Angry Young Men, una generación de escritores de extracción obrera y de clase media, entre los que se encontraban autores como Alan Sillitoe, Harold Pinter, John Braine o Philip Larkin. Nombres que revolucionarían la literatura inglesa del pasado siglo en un grupo del que Amis se distanciaría una vez abjuró de su ideología comunista, para terminar convirtiéndose en el escritor quisquilloso, inmovilista, clasista declarado, irónico y políticamente incorrecto que acabaría siendo años más tarde.

Sus *Cuentos completos*, tal y como los presentamos ahora, en una edición exhaustiva que sigue el orden cronológico en que se escribieron durante más de cinco décadas de trabajo creativo, constituyen un marco incomparable para conocer la evolución, en todos los sentidos, de este prolífico autor.

Veinticuatro historias que pueden leerse como una crónica de las preocupaciones creativas de Amis y que basculan entre lo satírico y lo conmovedor, explorando diversos géneros literarios, desde la ciencia ficción hasta los mundos oníricos, pasando por temas clásicos como el terror o el misterio, sin olvidar esa crítica mordaz a la sociedad y el *establishment* de su tiempo. En sus primeros relatos (como «El enemigo de mi enemigo» o «Comisión de investigación»), el objeto de sus iras es una institución tan antigua como la del ejército, pero este objetivo se va ampliando a diversos ámbitos del mundo que le rodea según vamos avanzando. Así, mientras en «Sangre en las venas» arremete contra los trabajadores sociales, en «Fatigas y problemas» carga las tintas contra un grupo tan cercano a él como lo son los escritores frustrados y los agentes literarios. A lo largo de la lectura nos encontramos con extraterrestres («Hemingway en el espacio»), con los viajes en el tiempo de un grupo de amantes de las bebidas alcohólicas («Los amigos del morapio» o «El clarete de 2003»), con una parodia de Sherlock Holmes protagonizada por el

doctor Watson («El misterio de Darkwater Hall»), con el padre de Elizabeth Barrett Browning en su desesperado intento por impedir el matrimonio de su hija con el poeta Robert Browning («El secreto del señor Barrett») y hasta con el propio Amis como protagonista de un suceso paranormal («¿Quién o qué era?»). Relatos en los que se abordan temas fundamentales como la política o la religión, y que nos muestran a un Amis plagado de manías, obsesiones y con un estado de ánimo en constante cambio.

Quienes conozcan a Amis y su obra reconocerán enseguida las semillas de las grandes novelas que le convirtieron, según *The Times*, en uno de los diez mejores novelistas británicos posteriores a 1954. Quienes tengan la fortuna de iniciarse por primera vez en la prosa de Kingsley Amis con estas historias se toparán sin duda con un derroche de humor e imaginación. Facultades, ambas, que muestran el inconfundible ingenio de uno de los escritores más amados y controvertidos del Reino Unido.

LOS EDITORES



AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a las siguientes publicaciones la confianza que depositaron en mí al publicar por primera vez los relatos que se citan a continuación:

«El enemigo de mi enemigo» en *Encounter*, 1955

«Comisión de investigación» en *The Spectator*, 1956

«Espío a desconocidos» en la colección *El enemigo de mi enemigo*, Victor Gollancz Ltd., 1962

«Sangre en las venas» en *Esquire*, 1958

«Toda la sangre que hay en mí» en *The Spectator*, 1962

«Querida ilusión» como *Covent Garden Stories /*, Covent Garden Press Ltd., 1972

«Algo extraño» en *The Spectator*, 1960

«El clarete de 2003» en *The Complete Imbiber*, vol. 2, Putman & Co., 1958 «Los amigos del morapio» en *Town*, 1964

«Demasiadas molestias» en *Penguin Modern Stories II*, 1972

«Inversión en futuros» en *The Complete Imbiber*, Cyril Ray, 1986

«Hemingway en el espacio» en *Punch*, 1960

«¿Quién o qué era?» en *Playboy*, 1972

«El misterio de Darkwater Hall» en *Playboy*, 1978

«La casa del promontorio» en *The Times*, 1979

«Asuntos de muerte» en *Shakespeare's Stories*, Hamish Hamilton, 1982

«La vida de Mason» en *The Sunday Times*, 1972

«Ver el sol» en *Collected Short Stories*, Hutchinson, 1980

Todos los cuentos que figuran arriba fueron publicados juntos por primera vez en *Collected Short Stories*, Hutchinson, 1980.

«El secreto del señor Barrett», «Boris y el coronel», «Un tirón del hilo», «Fatigas y problemas», «La oportunidad del capitán Nolan» y «1941/A» fueron publicados por primera vez en *Mr. Barrett's Secret and Other Stories*, Hutchinson, 1993.



EL ENEMIGO DE MI ENEMIGO

I

—Sí, estoy al corriente, Tom —dijo el edecán mientras masticaba un pedazo de estofado—. Pero la titulación técnica no lo es todo. El trabajo de los Señales tiene otras facetas, bien lo sabes, especialmente ahora, que estamos bastante parados. Las comunicaciones siguen funcionando solas y no nos conviene empezar a sentirnos demasiado satisfechos de nosotros mismos. Mi opinión personal es y ha sido desde el primer momento que su amigo Daily es una auténtica vergüenza para esta unidad, sin importar cuánto sepa de los seis canales y de todas esas otras cajas misteriosas. En todo caso, ese es el trabajo de un instalador de líneas, no el de un oficial. Y puedo asegurarte que tengo la intención de hacer algo al respecto, ¿sabes? —Dejó el cuchillo sobre la mesa, aunque no el tenedor, y tomó tres o cuatro tragos de vino.

—Bueno, ese chico tuyo, Cleaver..., no me impresiona demasiado, Bill —repuso Thurston, que odiaba al edecán—. La única vez que le tocó guardia estaba hecho un manojo de nervios.

—Es solo falta de experiencia, Tom —dijo el edecán—. Espabilaría rápido si lo pusiéramos al mando de la sección. El sargento Beech podría orientarlo hasta que le pillara el tranquillo.

—Bueno..., eso sí que me gustaría verlo. El soldado de guardia que saca a su sargento de la cama para que le sostenga la mano mientras cambia una válvula.

—Escucha, amigo. —El edecán se sacó de entre los dientes un trozo de carne y se lo comió—. Sabes tan bien como yo que el joven Cleaver tiene la mejor titulación técnica de la unidad. No es culpa suya que lo inundaran con trabajo de oficina desde que llegó. Ese chico espabilaría a ese puñado de malditos genios de las matemáticas imbéciles y de pelo largo a los que llaman sección de mantenimiento de la línea. Tal y como están las cosas, los suboficiales no persiguen a los chicos, y Daily no está interesado en perseguir a los suboficiales. No le interesa nada, excepto sus malditos diagramas electrónicos, sus marcos de ensayo y todas esas cosas.

Para ocultar su irritación, Thurston llamó al cabo de la cantina, que se quedó de pie junto a la pared en una postura a medio camino entre la de un ayudante de camarero y la posición reglamentaria de descanso. El edecán lo había instruido en el procedimiento de la cantina de oficiales, aunque no en la etiqueta del mismo.

—Ginebra con lima, por favor, Gordon... Casi mejor que esté interesado en el equipo de la línea, ¿no, Bill? Habríamos quedado bastante mal de no haber sido

por él cuando salimos de Normandía y atravesamos Francia. El solo trabajó tanto como dos de nuestros mejores hombres. E igual de bien.

—El coronel lo felicitó, ¿no? No lo envidio por eso, admito que en esa ocasión hizo un buen trabajo. No tan bueno como alguno de sus chicos, pero aun así hizo su parte. Sí, justo eso, Tom, hizo su...

—En opinión del comandante Rylands, él fue el eje de todo el asunto —dijo Thurston encendiéndose un cigarrillo con dedos temblorosos—. Y estoy dispuesto a aceptar su palabra. La guerra todavía no ha terminado, ya lo sabes. ¡Quién sabe lo que pasará en primavera! Si Daily no está por aquí para encargarse del mantenimiento de la línea para Rylands, la unidad completa puede acabar con la mierda al cuello y el personal administrativo le saltaría a la yugular. Puede que Cleaver no esté mal, estoy de acuerdo, pero, sencillamente, no podemos permitirnos el lujo de arriesgarnos.

Este era un discurso inusualmente largo para soltarle a un edecán, viniendo de alguien con un rango inferior al de comandante. Atragantado temporalmente por un bocado de estofado, el oficial comía tan rápido como podía mientras blandía el dedo índice para indicar que tan pronto como fuera capaz propondría alguna corrección rotunda a lo que acababan de decirle. Con la otra mano se rascaba la coronilla de su brillante cabeza negra, adquiriendo por un momento el aspecto de un corredor de apuestas que trabaja durante su hora de la comida utilizando lenguaje tictac. Todavía no se había repuesto del todo cuando dijo:

—Ese es el quid de la cuestión, amigo. Rylands es la raíz de todo el problema. Tenemos un mal ejemplo en uno de los puestos de mayor responsabilidad, ¿ves?

—Tragó y después continuó—: Si el segundo al mando va por ahí como si formase parte del destacamento a cargo del cagadero, llamando a todos por su nombre de pila, ¿qué se puede esperar? Es inevitable: la familiaridad lleva al desacato. Su problema es que cree que sigue trabajando en Correos.

Una fuerte oleada de ira pareció desatarse en el pecho de Thurston.

—El comandante Rylands es el único oficial de campo de toda la unidad que sabe hacer su trabajo. Gracias a él y a Daily, además de al sargento Beech y a los instaladores de líneas, nuestras comunicaciones han funcionado sin problemas en esta campaña. Gracias a ellos y a nadie más. Si siguen encargándose de todo así de bien, por mí como si salen a la calle con el culo al aire.

El edecán le frunció el ceño a Thurston. Después de pasarse la lengua por los dientes de arriba, dijo:

—Pareces olvidar, Tom, que soy el responsable de mantener la disciplina de los oficiales de esta unidad. —Hizo una pausa para permitirle reflexionar sobre las implicaciones personales que esto podía tener, y después asintió con la cabeza en

dirección al cabo Gordon, que se acercaba con la bebida de Thurston.

Mientras firmaba la cuenta, Thurston pensaba que Gordon probablemente habría escuchado la conversación desde el pasillo. Si lo había hecho, probablemente se lo comentaría a Hill, el ordenanza del coronel, que a su vez probablemente informaría a su superior. Con frecuencia decían, especialmente el teniente Dalessio, el «Daily» del que hablaban, que el contacto principal del coronel con su unidad era a través de los rumores y las alegaciones que Hill y, en menor medida, el edecán le transmitían. Un pellizco de inquietud hizo que Thurston diera un buen trago y decidiera no decir nada más por el momento.

El edecán se estaba sacudiendo migas de pan de su uniforme, que era del tono verdoso utilizado por el Ejército canadiense. Esta pequeña pretensión, como los guantes color amarillo gutagamba y el bastón de bambú, quizá fuera más adecuada para un modelo de ropa masculina en la vida civil. Siguió diciendo, con su rápido y monótono graznido:

—Te aconsejo, Tom, que no arriesgues demasiado el pellejo por apoyar a un hombre que tendrá que abandonar esta unidad dentro de muy poco.

—¿Te refieres a Rylands?

—No, no, no. Por desgracia no. Pero Daily se va.

—¿Ya es oficial?

—Todavía no, pero lo será.

—No te sigo.

El edecán levantó la vista en dirección a Gordon, después se inclinó hacia delante sobre la mesa, hacia Thurston.

—Solo hace falta una cosa más —dijo tranquilamente— para inclinar la balanza. El oficial al mando no le ha quitado ojo a Daily durante un tiempo, a sugerencia mía. Conozco al viejo bastante bien, como sabes, porque pasé tres años en su compañía en el comando de North Midland. Está esperando para tomar una decisión, ¿entiendes? Si Daily la caga en un futuro próximo (si la caga de verdad), el oficial al mando actuará sin dudarle un instante. Cleaver por fin tendrá su oportunidad.

—¿Y si Daily no la caga?

—Lo hará.

—Todavía no lo ha hecho, ya lo sabes. El equipo de la terminal funciona perfectamente, y Daily lo conoce de arriba abajo.

—No estoy hablando de ese tipo de cagada. Hablo del lado administrativo y disciplinario. Esos vehículos suyos se encuentran en un estado lamentable. He

pensado en llevar a cabo una inspección sorpresa en uno de ellos, pero resultaría un poco extraño. Sonaría demasiado a discriminación. Pero algo habrá. Dame solo un poco de tiempo.

Thurston pensó en alegrar que esos vehículos, aunque cubiertos del barro de meses y por lo demás poco agradables a la vista, funcionaban bien gracias a la eficiencia del cabo de la sección de transporte. En su lugar, dejó que su mente vagara hasta una de las muchas historias de la época en la que el coronel era comandante de la compañía en Inglaterra. A las tres semanas de estar al mando, había entregado su premio semanal de una libra esterlina al vehículo con mejor aspecto al conductor de un camión obsoleto con receptor de radio que estaba inmovilizado por falta de repuestos. El subteniente de la compañía había ganado una apuesta al respecto.

—Nos divertiremos un poco, Tom, amigo —continuaba diciendo el edecán con un tono tan festivo como le permitía su voz. No era consciente de que a Thurston no le caía bien. Sus propios sentimientos con respecto a Thurston eran una mezcla de respeto y condescendencia: respeto por el diploma de Oxford y el acento de Thurston, por su trabajo en un colegio privado pequeño, y por su eficiencia como oficial no técnico; condescendencia por su costumbre de leer revistas literarias y por su comportamiento y aspecto vagamente académicos. La afinidad entre el aspecto no militar de Thurston y la abierta conducta de galopín de Dalessio difícilmente podía explicar, esto dejaba al edecán perplejo, la tendencia de otro modo incomprensible que tenía el uno de defender al otro. Es cierto que se habían conocido en la unidad de entrenamiento de oficiales de Catterick, pero ¿qué tenía que ver una cosa con la otra? El edecán no estaba acostumbrado a que cuestionaran sus opiniones, y en ese momento expresó el desconcierto que había ido creciendo en él durante los minutos anteriores—: Me sorprende bastante —dijo— tu postura respecto al amigo Daily. Ni siquiera sois tan íntimos... De hecho, parece que quisiera provocarte cada vez que te habla. Mi impresión es, amigo, por si te interesa, que no te tiene en cuenta en absoluto. Y, aun así, tú das la cara por él. ¿Por qué?

Thurston lo dejó pasmado cuando respondió con frialdad:

—No veo por qué el hecho de que un hombre sea italiano deba ir en su contra cuando trabaja igual de bien que el resto del puñetero ejército.

—Espera un momento, Tom —dijo el edecán, cogiendo un cigarrillo de la pitillera plateada que le había regalado su amante de Bruselas—. Eso es un poco injusto. ¿Alguna vez me has oído decir una palabra acerca de que Dalessio sea un *panini*? Nunca. Tú has sido el que lo has sacado a colación. Para mí es igual que el padre de un colega haya sido internado siempre y cuando...

—El tío.

—Vale, pues el tío. Como digo, no es asunto mío. En teoría él no tiene ningún problema de ese tipo, o ni siquiera estaría aquí. Y no hay más que hablar en cuanto a mí respecta. No se lo tengo en cuenta, para nada. No sé muy bien de dónde te has sacado esa idea, amigo.

Thurston negó con la cabeza, sonrojándose ligeramente.

—Lo siento, Bill. Debo de haberme confundido. En Catterick me fastidiaba mucho cómo algunos de los chicos le tomaban el pelo por lo de su colega Musso y todo lo demás. Supongo que ese es el motivo por el que, en cierto modo, sigo teniendo la sensación de que la gente la toma con él por ese asunto. Lo siento.

No lo sentía. Sabía a ciencia cierta que su acusación estaba bien fundada, y que el silencio del otro sobre la ascendencia de Dalessio no era más que una cuestión de prudencia. Si alguien en la cantina admiraba a Mussolini, sospechaba Thurston, era el edecán, aunque sobre eso también guardaba silencio. Le tentaba la posibilidad de indagar en sus prejuicios sobre esta y otras cuestiones, pero Thurston hizo lo posible para no sucumbir nunca a esa tentación. El edecán siempre se disgustaba mucho y a veces, según los rumores, tomaba represalias. Ya se había dicho más que suficiente, demasiado, en defensa de Dalessio.

La actitud del edecán se había vuelto afable de nuevo y, musitando una disculpa, le ofreció a Thurston un cigarrillo.

—¿Qué tal otro? —preguntó, señalando con la cabeza el vaso de Thurston.

—Sí, gracias, aunque debo marcharme en un minuto. Abrimos ese teletipo para los polacos a las veinte horas y quiero comprobar que funciona correctamente.

Dos oficiales más entraron en el comedor. Se trataba del capitán Bentham, un soldado profesional de cuarenta años que había sido subteniente de la compañía en la India cuando estalló la guerra, y el capitán Rowney, que, además de estar a cargo de la administración de la unidad, era el oficial responsable de las comidas de la cantina. Rowney saludó con la cabeza a Thurston y sonrió al edecán, de cuyo uniforme canadiense era responsable. Él mismo llevaba una chaqueta de piel de oveja, fabricada en el mercado negro belga.

—Hola, William —dijo—. ¿Ya has ganado la guerra? —Aunque eran buenos amigos, Thurston se había fijado en que algunos de sus comentarios incorporaban una curiosa vena satírica. Bentham se sentó impasiblemente un par de sitios más allá de donde estaban ellos, pasándose las manos por su fino pelo gris.

—Tom y yo hemos estado intrigando un poco —le contó el edecán—. Hemos decidido que la carrera de cierto oficial de esta unidad tiene que terminarse.

Bentham levantó la mirada con indiferencia y se encontró con la de Thurston. Este gesto, añadido a la tergiversación por parte del edecán de la conversación

que acababa de tener lugar, hizo que Thurston se sintiera ligeramente incómodo. Eso era absurdo, puesto que hacía mucho tiempo que había decidido que Bentham carecía por completo de interés, por ser el tipo de exrecluta más aburrido del ejército profesional, y que solo servía para tirar cables, supervisar cómo se tiraban cables y ocuparse de los hombres que tiraban cables. A pesar de eso, Thurston se escuchó a sí mismo diciendo: «No ha sido exactamente así», pero en ese momento Rowney le hizo al edecán una pregunta, y la protesta, ya de por sí suave, pasó desapercibida.

—Tu amigo Daily, por supuesto —respondió el edecán a Rowney.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho? —preguntó Bentham con su lento acento de Yorkshire—. ¿Cortarse el pelo?

Hubo una risa general, seguida de un pequeño silencio, mientras Gordon servía los platos de estofado a los recién llegados. Su pregunta acerca de si el edecán quería pudín de arroz tuvo como respuesta la ingeniosa e impracticable instrucción de que introdujera ese alimento por una vía que a menudo se cita.

—¿No sabes hacerlo mejor, Jack? —le preguntó a Rowney el edecán—. Es la tercera noche esta semana que tomamos tarta nupcial china.

—Lo siento, William. Hubo un pequeño malentendido entre mi amigo belga y la policía civil. Sigo buscando un compañero con un criterio adecuado acerca de cómo deben ser alimentados los oficiales de un ejército de liberación. «Con paciencia ganaréis vuestras almas».

—¿Y qué pasa con ese Daily? —insistió Bentham—. Si vais a darle un buen escarmiento, contad conmigo.

Thurston se levantó antes de que la conversación se reanudara.

—Por cierto, Jack —le dijo a Rowney—, el joven Malone me ha pedido que te recuerde que todavía no ha recibido esos cigarrillos para los chicos que prestó a los de Comunicaciones Especiales.

Rowney suspiró.

—Dile que eso no es cosa mía, ¿eh, Thomas? He hecho todo lo que he podido. Ahora tiene que ponerse de acuerdo con los de Comunicaciones Especiales.

—Ni las cuotas de la NAAFI.^[1] Me dijo que habías acordado proporcionárselas.

—Hasta la semana pasada. Ahora ya no me compete.

—Claro que sí —dijo Thurston de manera desagradable—. Según Malone, siguen sin haber recibido las de la semana pasada.

—Bueno, dile...

—Mira, Jack, explícaselo tú. Esto no tiene nada que ver conmigo, ¿vale?

Rowney lo miró fijamente.

—Está bien, Thomas —dijo abruptamente, hundiendo su tenedor en el estofado— . Yo se lo explicaré.

Esquivando la pantalla de la lámpara, que colgaba, y que en su punto más bajo no levantaba metro y medio del suelo, Thurston salió apresuradamente con su abrigo sobre el brazo.

—¿Qué reconcome a nuestro intelectual amigo? —preguntó Rowney.

El edecán se frotó la barbilla, en la que ya empezaba a crecer la barba.

—No estoy muy seguro. Ya se estaba comportando de un modo un tanto extraño antes de que llegárais. Creo que se está encerrando demasiado en sí mismo. Necesita que lo animen un poco. —Estaba barajando la posibilidad, aunque antes la hubiera descartado, de infligirle a Thurston alguna pequeña pero saludable injusticia a través de los rangos de la unidad. Podía obligar a las distintas secciones a empezar a entregar sus registros de existencias para hacer una comprobación, comenzando por la sección de Thurston, y después dejarlo. Estaría bien, aunque quizá era demasiado drástico. ¿Y qué tal birlarle el *jeep* para darle algún tedioso trabajo extra? Puede que con eso fuera suficiente.

—Si queréis saber mi opinión —estaba diciendo Bentham—, se cree mejor que nadie. Le vendría bien un escarmiento, vaya que sí.

—Tampoco hay que exagerar, Ben —repuso el edecán con decisión. No le gustaba tener a Bentham en el comedor de oficiales, hacía que el nivel se resintiera, y a menudo decía que creía que el chico estaría mucho mejor si volviera a la cantina de sargentos con la gente de su clase—. Tom Thurston es prácticamente el único tipo por aquí con el que se puede mantener una conversación razonablemente inteligente.

Bentham, imperturbable, partió un pedazo de pan y rebañó su plato de un modo que Thurston y el edecán, sin saberlo, convendrían en que era de lo más desagradable.

—¿Y qué es todo eso de una intriga contra Daily? —preguntó.

II

—¿Tienes eso, Reg? —preguntó Dalessio—. Si se producen más interferencias en este circuito, vuelve a ponerlo en modo simple enseguida. A ver si así les gusta más. No me he creído en ningún momento que hayan recableado ni un puñetero metro. Además, van a cortar la línea en una o dos semanas, y nunca fue muy importante, así que en realidad no hay por qué preocuparse. Bueno, ¿y qué hay de los gallardos polacos? —Hablaba con un fuerte acento de Glamorganshire adornado de vez en cuando con alguna vocal italiana.

—Siguen conectados —dijo Reg, el instalador de líneas, señalando el teletipo en pruebas—. ¿Quieres verlos?

—Sí, por favor. Ya casi es la hora de pasarlos a la sala de teletipos. Lo haremos antes de que me vaya.

Reg se inclinó sobre el teclado de la máquina y escribió:

QUÉ TAL POR AHÍ ME LEÉIS BIEN KKKK

Hubo una pausa mientras Reg se rascaba la axila y decía: «Se habrá ido a mear, supongo... Ah, aquí está». De un modo típico pero eternamente misterioso el teletipo cobró vida, hizo un retorno de carro, desplazó hacia arriba el brillante papel blanco un par de líneas, y escribió:

X DIOS DEJA DE MOLESTARME TODAVÍA NO SON LAS 2000 H KKK

Dalessio, sonriendo para sus adentros, apartó de un empujón a Reg y escribió:

AQUÍ JEFE DE OFICIALES SEÑALES EJERCITO DE LIBERACIÓN BRITÁNICO
ATENCIÓN A TU LENGUAJE AMIGO KKKK

El remoto operador escribió:

QUE TE DEN JACK PERDÓN QUIERO DECIR SEÑOR

Al leerlo, Dalessio estalló en carcajadas, hurgándose el ojo con el nudillo y echando hacia atrás su cabeza grande y morena. Era exactamente el tipo de broma que más le gustaba. Se giró un poco en el estrecho pasillo, entre los paneles de equipos y de pruebas, todavía riéndose, mientras Reg lo miraba con una leve sonrisa. Finalmente, Dalessio se calmó y se abrió paso a codazos hasta el teléfono, en el otro extremo del vehículo.

—¿Puede pasarme con la sala de teletipos, por favor? ¿Qué? ¿Quién? Vale, hablaré con él... Equipo terminal, aquí Dalessio. Sí. ¿Ah, sí? ¿No ha llegado? — Su voz cambió por completo, se transformó en la de un tío ligeramente desequilibrado que se compadece de un niño decepcionado—. Pero ¡qué mala

noticia! Eso sí que es mala suerte. Justo cuando estabais todos emocionados, ¿eh? —Por encima de su hombro le chilló a Reg, parodiando con voz de soprano el tono instruido de Thurston—: El capitán Thurston está muy apenado porque todavía no tiene su conexión con los polacos. Teme que hayamos ideado un malvado plan para privarlo de ella... Vale, Thurston, ya voy. Sí, ahora.

Reg volvió a sonreír y se puso un cigarrillo en la boca mientras encendía la cerilla, como era su costumbre desde hacía tiempo, en el cartel metálico de NO FUMAR que estaba clavado encima del ventilador.

—Dame uno de esos, Reg: quiero calmarme un poco antes de ir al salón de belleza del otro lado de la calle. Gracias. Ahora, escúchame: conecta a los polacos a la sala de teletipos exactamente cuando falte un minuto para las ocho, para que la comunicación funcione a las ocho, pero no antes. A Thurston le vendrá bien morderse las uñas unos cuantos minutos más. Conéctalo al número... —Su mirada y su dedo índice se ocuparon momentáneamente en una red de prueba que había al otro lado del pasillo— seis. Acaba de ser recableado. Llama a Teletipos y díselo, ¿vale? Te veo antes de irme.

Fuera estaba oscuro y frío, y Dalessio tiritaba de camino a la oficina de Señales. Se tropezó con el cable que había colocado a la altura de la espinilla entre una fila de postes azules y blancos a la entrada, y le dedicó una expresión impura al edecán, que se había asegurado de proporcionar este servicio en un intento de dignificar el área de trabajo. Dentro de la atestada y profusamente iluminada oficina, se sentía medio asfixiado por el humo de la estufa y medio sordo por el ruido de los golpes de los sellos con fecha, el sonido de los teléfonos, los gritos enfurecidos de un sargento y el canturreo fuerte y tembloroso de otro. Un hombre pelirrojo iba corriendo de acá para allá vociferando: «¡Operación de emergencia para el cuerpo 17!» con acento del condado de Cork. Nadie se percató de su presencia: todos habían lidiado con demasiadas operaciones de emergencia en los últimos ocho meses. Thurston estaba en su oficina, una pequeña habitación que se había construido a partir de la principal. La unidad ocupaba lo que una vez había sido una escuela militar belga y después un centro de entrenamiento de las ss. Ese edificio obviamente había formado parte de la zona original de barracones, y Thurston con frecuencia se preguntaba por qué capricho del edecán se habían colocado las oficinas y las tiendas ahí y los dormitorios de los hombres en las antiguas tiendas y oficinas. El cubículo en el que Thurston pasaba la mayor parte de su tiempo había sido sin duda la residencia del cadete, y después la *Unteroffizier*, que estaba a cargo de los dormitorios de las tropas. Le gustaba imaginarse a los fornidos valones y a los prusianos de altos pómulos que habían dormido allí y habían insistido en conservar como documento histórico el *WIR KOMMEN ZURÜCK* escrito con tiza en la pared de tablas. Como sus predecesores, imaginaba, se sentía apartado

de toda la vida que se desarrollaba fuera del cubículo, en cierto modo aislado. «Solo, sin ningún compañero», solía recordar esa cita para sus adentros. Entonces se reía, a veces, y se iba a pensar al único lavabo que había en el extremo más alejado del edificio, donde la persona que defecaba se veía obligada a plantar los pies sobre dos placas metálicas, agarrarse a dos asas y arquear su cuerpo sobre una especie de abrevadero.

Ahora no se estaba riendo. Su conversación telefónica con Dalessio lo había convencido, incluso más plenamente de lo que generalmente lo hacían las conversaciones con Dalessio, de que el otro lo despreciaba por su falta de conocimiento técnico y aprovechaba cualquier excusa para irritarlo y humillarlo. Trató de volver a leer la carta de una de las dos mujeres casadas de Inglaterra con las que, además de su mujer, mantenía correspondencia, pero la idea de ver a Dalessio seguía perturbándolo.

De hecho, ver a Dalessio lo perturbó todavía más. No era la primera vez que se le ocurría que el pelo largo y apelmazado de Dalessio, las perneras cilíndricas y manchadas de grasa de sus pantalones y la chaqueta del uniforme que no le quedaba bien habían sido diseñados como una parodia ofensiva de su propio aspecto elegante pero irremediablemente civil. Además, estaba fumando, y el mismo Thurston era puntilloso al respetar en su oficina la norma que prohibía fumar estando de servicio hasta las diez de la noche, pero no tenía ningún sentido pedirle que apagara su cigarrillo. Le daba la impresión de que Dalessio nunca obedecía órdenes, a menos que le conviniera.

—Hola, Thurston —saludó amigablemente—. Sin noticias de los polacos, supongo.

—Antes tampoco las tenía, ¿o sí? Solo quería asegurarme de en qué punto estamos.

—Ah, querías asegurarte de eso, claro. Pues vale. Es muy simple. Físicamente, el circuito sigue igual, por supuesto. Pero, como sabes, tenemos formas de proporcionar circuitos extra mediante equipo eléctrico, concretamente utilizando las propiedades emisoras de electrones de la válvula termoiónica, o el tubo de vacío. Si se aplica una señal a la rejilla...

El teléfono de Thurston sonó y él respondió agradecido.

—¿Capitán? —dijo la voz del brigadier lord Fawcett, el mayor grano en el culo de toda la unidad de Señales—. Quiero que un mensajero especial vaya a Bruselas en mi nombre. ¿Puede enviarlo en diez minutos a mi oficina para que le dé instrucciones?

Thurston lo sopesó. Aparte de estar a más de ciento cincuenta kilómetros de Bruselas, sospechaba que la historia que le habían contado otros mensajeros

especiales que habían recibido este encargo antes probablemente era cierta: el propósito del viaje era llevar la ropa sucia del brigadier y traerla limpia, además de recoger vino, licores y puros que el agente del brigadier en Bruselas, el coronel del cuerpo de servicio del Real Ejército Británico destinado en los cuarteles generales del cuerpo del ejército de reserva, le había preparado. Pero no podía pedirle a lord Fawcett que se lo confirmara. ¿Por qué parecía su carrera militar contaminada por esas cosas?

—El mensajero regular sale a las... cinco horas, señor —contestó en tono conciliador—. ¿Le sirve?

—No, eso no me sirve en absoluto. Asumo que tiene a alguien disponible, ¿no es así?

—Sí, por supuesto, señor. —Eso era cierto. También era cierto que la salida de este hombre con la ropa sucia requeriría que otro, que tal vez había estado conduciendo todo el día y al que habría que sacar del barracón militar donde estaba condenado, en el mejor de los casos, a pasar la noche en el suelo de la oficina de Señales, con toda probabilidad tuviera que salir a recorrerse media Bélgica de madrugada con un mensaje real de algún tipo—. Sí, tenemos un hombre.

—Bueno, en ese caso me temo que no veo qué problema puede haber. Que venga a verme inmediatamente, ¿de acuerdo?

—Muy bien, señor. —Nunca había nada que uno pudiera hacer.

—¿Quién era? —preguntó Dalessio cuando Thurston colgó.

—El brigadier Fawcett —dijo Thurston sin pensar. Aunque Daily seguramente no conocía el rumor de la ropa sucia. No tenía mucho que ver con las secciones de los mensajeros.

—Ah, el amigo de la lavandera. Algo me ha contado de eso Beech. No habrá vuelto a las andadas, ¿verdad? Me ha sonado a que necesitaba un mensajero especial.

—Sí, así es. —Thurston levantó la voz—: ¡Prosser!

—Señor —se oyó desde el otro lado del muro de separación.

—Dígale al sargento Baker que venga a verme, por favor.

—Sí, señor.

El rostro largo y pálido de Dalessio se oscureció. Se tiró del bigote. Finalmente, dijo:

—Vas a dejar que se salga con la suya, ¿verdad?

Si le hubieran preguntado su opinión sobre Thurston, lo habría descrito como a un cabrón convincente. Su sumisión en este tipo de asuntos, habría añadido Dalessio, era condenadamente típica.

—No puedo hacer nada más.

—Yo lo haría. No cuesta nada. Consíguete al edecán de Dios al aparato y quéjate. Es un desgraciado ignorante, todos lo sabemos, pero me apuesto lo que sea a que toma cartas en el asunto.

Thurston ya lo había intentado, solo para ser informado en detalle de que el trabajo de los Señales era prestar servicio al personal. Antes de poder decírselo a Dalessio, Baker, el sargento de los mensajeros, llegó para ser informado de los deseos de lord Fawcett. Thurston creyó detectar una mirada de protesta y conmiseración entre los otros dos hombres. Cuando Baker se marchó, se volvió hacia Daily casi con violencia y le dijo:

—Mira, Daily, dejando a un lado las propiedades de la maldita válvula termoiónica, ¿serías tan amable de explicarme cómo va el teletipo para los polacos? ¿Funciona o no? Tenemos bastantes cosas para ellos y las he estado retrasando con la esperanza de que la línea funcionara a la hora programada.

—Tener esperanza no hace daño a nadie —dijo Dalessio—. Yo tengo la esperanza de que todo funcione. —Tiró la colilla de su cigarrillo al suelo limpio y la aplastó con el pie.

—¿Funciona o no? —preguntó Thurston en voz muy alta. Sus ojos vagaron arriba y abajo por el cuerpo gordo del otro, y recordó su aspecto con pantalones cortos, haciendo gimnasia en la unidad de entrenamiento de oficiales. Había demostrado no ser capaz de realizar las tareas más simples que se le encomendaban: se desplomaba sin fuerzas al hacer volteretas, colgaba como un saco crucificado de las espaldas, trepaba despacio y sin garbo sobre el potro. Puede que a su dueño sencillamente no le apeteciera ejercitar ese cuerpo. Eso habría sido condenadamente típico.

Mientras Dalessio le sonreía, llamaron a la puerta de contrachapado que Thurston había ordenado hacer para su cubículo. En respuesta al rugido de este último, el hombre pelirrojo entró.

—Señor, aquí el sargento Fleming para informarle —dijo— de que justo acabamos de conectar con los polacos. Supongo que querrá que empiece a enviarles los mensajes que tenemos para ellos, ¿no, señor?

Tanto Thurston como Dalessio levantaron la vista hacia el reloj que había sobre un estante alto en una esquina. Marcaba las ocho en punto.

III

—Eso es todo, caballeros —dijo el coronel—. Excepto por una última cosa. Ahora que nuestras dificultades desde el punto de vista de la comunicación se han resuelto, y todo marcha bastante bien, hay otros aspectos de nuestro trabajo que requieren atención. Esta unidad tiene ciertas tradiciones que quiero que se mantengan. Una de ellas, por supuesto, es un grado de eficiencia del cien por cien en todos los asuntos relativos a la eliminación de las transmisiones de los Señales, desde el momento en que el funcionario de entradas acusa recibo de un mensaje del personal hasta el momento en que recibimos...

«Se refiere al funcionario de salidas», pensó Thurston. La pequeña sala en la que los oficiales, los suboficiales especialistas y los suboficiales veteranos de la unidad celebraban sus conferencias no tenía calefacción, y el coronel llevaba puesto su abrigo de piel de oveja largo hasta la rodilla, otro artículo proporcionado por las oficinas de mercancías de Jack Rowney a cambio, tal vez, de unos cuantos galones de gasolina o un par de cientos de cigarrillos; cigarrillos para los hombres, probablemente. El abrigo, sumado al pelo y al bigote rubios platino del oficial al mando, aumentaba su parecido con un oso polar. Thurston estaba de buen humor, puesto que acababa de recibir la carta que por fin especificaba el acuerdo para su próximo permiso: cuatro días con Denise en Oxford, y después un pequeño y agradable paseo en coche hasta la ciudad para pasar cinco días con Margot. Justo lo que necesitaba. Empezó a redactar una nota de índole natural acerca del oso polar: «Este animal, aunque de poca inteligencia, posee una astucia considerable a otro nivel. Demuestra una extrema ferocidad cuando se siente amenazado de cualquier modo. Exhibe una paciencia increíble al perseguir a su presa, y un ansia de venganza que...».

El coronel hablaba ahora de otra tradición de su unidad, su cualidad marcial casi incomparable, su demostración de la verdad de que una formación de Señales *de cualquier tipo* no era un puñado de malditos genios de las matemáticas imbéciles y de pelo largo. Thurston pensó que no en vano el edecán a menudo se había descrito a sí mismo como la mano derecha del coronel. Sí, ahí estaba, el zorro ártico o, si existía, el chacal ártico, sonriendo, a su modo particular, ante la oratoria de su jefe. ¡Menuda banda! Gran parte de los de mayor rango habían sido oficiales de baja graduación en el Ejército Territorial en los años treinta: el coronel, por ejemplo, capitán; el edecán, alférez. La guerra les había dado responsabilidad y una promoción rápida, y el disfrute continuo de dichos privilegios no dependía de sus capacidades, sino de las de aquellos que habían llegado a la unidad por otras vías: ingenieros postales convocados con una orden de trabajo, antiguos soldados regulares promocionados desde filas, oficiales que

habían sido los reclutas de 1940 y 1941. Sí, menuda banda. Thurston recordaba las palabras de despedida de un antiguo sargento suyo que había sido enviado a casa unos pocos meses antes: «Ahora que me voy, supongo que puedo decir lo que no debería decir. Nadie en este grupo tendrá jamás la oportunidad de conseguir nada a menos que haya estado en el comando de North Midland con el edecán y el oficial al mando. Y en esa cantina vuestra todos sabemos que esa es la cruda realidad. Si has estado en el Ejército Territorial como ellos eres uno de los favoritos; si no, estás acabado desde el principio. Está bien, señor, todo el mundo lo sabe. No hace falta negarlo».

La excepción a la regla era, presuntamente, Cleaver, que ahora se dedicaba a hacer lo que indudablemente era una transcripción taquigrafiada de la arenga del coronel. Thurston lo odiaba porque era el favorito del edecán y también por su pelo liso y sedoso, su aspecto de miembro de las juventudes hitlerianas y su estruendosa risa. Desvió la mirada hacia Bentham, que a su vez estaba ocupado escribiendo. Bentham también encajaba en el cuadro, tanto como se lo permitía el edecán, lo cual era extraño si se comparaba su actitud con la de otros soldados regulares en la cantina. Pero Bentham tenía menos personalidad que ellos.

— Así que lo que propongo — dijo el coronel — es esto. A partir de la semana que viene, el edecán y yo haremos una serie de inspecciones sorpresa en los dormitorios de la sección. No espero que esté todo impecable, por supuesto. Lo único que quiero son la limpieza y el orden militar normales.

«En otras palabras, que todo esté impecable», pensó Thurston, redactando una nota para su sargento en su bloc justo debajo de la historia del oso polar. Levantó la vista y vio a Dalessio humedeciendo con la lengua la solapa de un sobre. Retornaba su costumbre de escribir cartas durante los discursos del coronel, ahora que el grave asunto de las comunicaciones se había solucionado. ¿Había oído lo que acababan de decir? Era poco probable.

La conferencia terminó poco después y, en la antesala de la cantina, donde unos cuantos oficiales se habían reunido para tomar una copa antes de la cena, Thurston se topó de cara con un exuberante edecán que enseguida lo invitó a una copa.

— Bueno, Tom — dijo —, imagino que esto lo deja todo atado y bien atado.

— No te sigo, Bill.

— Ha sido el paso número uno para cocinar al ganso de tu amigo Daily. El paso número dos será el lunes, a las nueve treinta, cuando lleve al coronel al barracón del mantenimiento de la línea. Sabes lo que vamos a encontrar allí, ¿verdad?

Thurston se quedó mirando sin comprender al edecán, cuyos ojos brillaban como los de un niño al que le han prometido un dulce.

—Sigo sin seguirte, Bill.

—Usa el coco, Tommy. El cuarto de los amigos de Daily, ¿te imaginas cómo estará? Habrá suficiente mugre para cultivar patatas, colillas y orinales tirados por todas partes. El coronel se comerá a Daily cuando vea todo eso.

—Pero Daily tiene tres días para limpiarlo todo.

—Los tendría si prestara atención a lo que le dice su oficial al mando. Pero sé de sobra que estaba escribiendo una carta cuando se hizo la advertencia. Le está bien empleado a ese cabrón, ¿ves? Estará de camino al misterioso Este antes de que te des la vuelta.

—¿Cuánto sabe de esto el coronel?

—Lo que le he contado.

—No creerás en serio que va a funcionar, ¿verdad?

—Conozco al viejo. Tú no, si me permites que te lo diga.

—Es un truco asqueroso y lo sabes, Bill —dijo Thurston con violencia—. Creo que es realmente malvado.

—En absoluto. Un oficial que es lo suficientemente rebelde como para ignorar la orden de su oficial al mando se merece todo lo que le pase —sentenció el edecán—. ¿Vas a entrar?

Todavía enfurecido, Thurston se dejó guiar hasta el comedor. La enorme estufa de azulejos verdes funcionaba bien y la habitación estaba caliente y animada. La casa había pertenecido al comandante de la escuela militar belga. El sólido mobiliario y los cuadros de paisajes tenebrosos habían sobrevivido a la ocupación alemana, aunque había una gran quemadura en la alfombra que se había imputado, quizá con razón, a las festividades del *Schutz Staffel*. Jack Rowney, al importar fotografías de artistas populares, de mujeres jóvenes medio desnudas y del comandante en jefe, había hecho todo lo posible por que la cantina de los oficiales también fuera su hogar, como decía el coronel. El edecán, de un humor excelente, con la mano sobre el hombro de Thurston, envió al cabo Gordon corriendo a por una botella de Burdeos. Entonces, antes de sentarse, observó con detenimiento a Thurston.

—Ah, y por cierto, amigo —dijo, mientras una nota de amenaza intensificaba el graznido de su voz—, ¿no pensarás avisar a tu amigo Daily de la sorpresita que le tenemos preparada, verdad? Si lo haces, me encargaré de que tú también recibas lo tuyo. —Riendo enérgicamente, golpeó a Thurston en las costillas con el codo y añadió—: Tu permiso es a fin de mes, ¿verdad? Cuidado, no te vayas a volver indispensable aquí. Puede que no dejemos que te vayas, ¿sabes?

IV

El lunes por la mañana temprano, Thurston caminaba desde la oficina de los Señales hacia el área en la que se encontraban los barracones. Iba a buscar a su asistente para que lo llevara en coche a la sección de la división del procurador general que se encargaba de los divorcios, a unos treinta kilómetros. El divorcio en cuestión no era el suyo, que tendría que esperar hasta que acabara la guerra, sino el del cocinero de su sección, cuya mujer había desarrollado un cariño desmesurado por el personal de las fuerzas aéreas británicas y estadounidenses.

Thurston pensaba menos en la mujer del cocinero que en la funesta inspección, programada para tener lugar en cualquier momento. Se dio cuenta de que había planeado mal las cosas, pero su viaje no se había decidido hasta ese momento y esperaba largarse de allí antes de que el coronel y el edecán acabaran su labor. Estaba ansioso por que así fuera, ya que el espectáculo de un edecán triunfante era más de lo que podía soportar, especialmente porque no tenía la conciencia tranquila con todo el asunto. Había muchísimas razones por las que debería haber avisado a Dalessio de la inspección. Lo peor de todo era que, tal y como había descubierto la noche anterior cuando estaba en la cama, cuando ya era demasiado tarde para hacer nada al respecto, su irritación con Dalessio por el asunto del teletipo polaco había sido crucial para que mantuviera la boca cerrada. De hecho, recordó haber pensado más de una vez que un buen susto no le vendría mal a Dalessio, y que quizá el hijo del italiano propietario de un café en Cascade, Glamorganshire, no era el más adecuado para el rol de oficial de regimiento británico. Torció el gesto cuando pensó en esto y empezó a preguntarse por qué perseguía el edecán a Dalessio. Puede que la ofensa original de este último hubiera sido su costumbre de trinar como un pájaro mientras el edecán y Rowney escuchaban las retransmisiones del *Concierto de Varsovia*, el *intermezzo* de *Cavalleria Rusticana*, y otros temas semiclásicos que los apasionaban. Mientras piaba, trinaba y gorjeaba, o incluso hacía gárgaras como una gaviota, a Dalessio le habían ordenado que se callara o que se fuera y él no había hecho ninguna de las dos cosas.

El camino que Thurston siguió lo llevó a pasar por delante de la puerta del infame barracón militar del mantenimiento de la línea. No parecía que hubiera nadie allí. Entonces lo sobresaltó la repentina aparición de dos soldados que cargaban con una escoba y un cubo. Uno de ellos había estado en su sección una vez y a principios de ese año había sido trasladado a una de las secciones de Telegramas, había olvidado a cuál.

— Buenos días, Maclean — dijo.

El hombre al que se había dirigido se puso, más o menos, firme.

— Buenos días, señor.

— ¿Va todo bien en la compañía número 1?

— Sí, gracias, señor. Me gusta mucho.

— Bien. ¿Y qué están haciendo tan de buena mañana?

Los soldados se miraron el uno al otro y el hombre que Thurston no conocía dijo:

— Limpiando, señor. Destacamento de fajina.

— Ya veo. Bien, continúen.

Thurston encontró enseguida a su asistente, que accedió a regañadientes a hacer el viaje y dijo que iba a comprobar si podía tener el *jeep* listo en diez minutos en la oficina de los Señales. El *jeep* era la manzana de la discordia entre Thurston y su asistente, y el asistente siempre ganaba, en el sentido de que nunca jamás había permitido que el oficial condujera el *jeep* en su ausencia. Estaba en su derecho, pero Thurston a menudo deseaba, como ahora, que alguna vez le dieran el gusto. Lo deseó todavía más cuando un *jeep* sin tubo de escape y con siete hombres llegó traqueteando por el camino desde el área de barracones de la compañía número 1. Reían, y dos de ellos fingían pelearse. El conductor era un cabo.

De repente, las risas y las peleas cesaron, y los hombres asumieron una sobriedad forzada. El motivo se aclaró inmediatamente al aparecer el coronel y el edecán, que caminaban enfrente de Thurston.

Lo vieron de inmediato. Él los saludó apresuradamente, y el edecán, como de costumbre, le devolvió el saludo. Cuando la mirada del edecán se encontró con la mirada gacha de Thurston, aquel frunció los labios y el ceño tanto como pudo.

Thurston esperó a que desaparecieran de su vista y corrió hacia la puerta del barracón del mantenimiento de la línea. El lugar estaba desierto. Excepto por ilustraciones de manuales del ejército y cosas parecidas, nunca había visto un orden y una limpieza tan perfectos. Era, obviamente, el resultado de horas de un trabajo hecho a conciencia.

Se apoyó contra la jamba de la puerta y empezó a reírse.

V

—Deduzco que el complot contra nuestro amigo Daily de algún modo fracasó — dijo Bentham en el comedor más tarde ese mismo día.

Thurston levantó la vista bastante cansado. Su *jeep* se había averiado en el trayecto de vuelta, tras la visita al experto en divorcios, y había llegado con varias horas de retraso. Había hecho un trecho del viaje en la parte de atrás de una motocicleta. Además, acababa de leer una orden de la unidad que le exigía que pusiera el *jeep* a disposición de la Administración a la mañana siguiente. Todavía no había llegado su oportunidad. El edecán había vuelto a ganar.

—¿Sabes? Estoy bastante contento —continuó Bentham, encendiendo un cigarrillo y acercándose a la estufa junto a la que se encontraba Thurston.

—Ah, yo también.

—¿En serio? Vaya, eso sí que es interesante. Incluso sorprendente. Yo pensaba que estarías desconsolado.

Algo en su tono hizo que Thurston bajara la orden de la unidad y lo mirara con aspereza. Bentham estaba de pie con los pies separados y en actitud resuelta.

—¿Y por qué pensabas eso, Ben?

—Te lo diré. Me alegra tener la oportunidad de hacerlo. Lo primero de todo, te explicaré por qué fracasó, si es que todavía no lo sabes. Porque yo avisé a Daily. Incluso le presté a algunos de mis hombres para que lo dejaran todo como los chorros del oro.

Thurston asintió, pensando en los dos hombres que había visto fuera del barracón aquella mañana.

—Ya veo.

—¿Sí, en serio? Bien. Ahora te diré por qué lo hice. Primero, porque el ejército no es el lugar adecuado para esta clase de complots e intrigas. El trabajo es demasiado importante. Segundo, lo hice porque no me gusta ver cómo un hombre competente cae por culpa de un puñado de malditos advenedizos ignorantes que se hacen llamar caballeros del Ejército Territorial. Como sabes, soy un soldado del ejército regular, y me desagrada profundamente cualquier cosa que sea un puñetero desastre. Esta cualidad ha llegado a formar parte de mí, y no me importa. Pero un solo vistazo a la cara del edecán cuando me estaba explicando el protocolo para esta mañana y he sabido cuál era mi deber. Y espero saberlo siempre. Por regla general hago todo lo posible para seguirle el

juego, con tal de que haya paz y tranquilidad. Pero este asunto era completamente distinto. ¿O no?

Thurston había bajado la mirada.

—Sí, Ben.

—Me sorprendió un poco, ¿sabes?, descubrir que Dalessio necesitaba que lo avisaran.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que esperaba que alguien más se lo hubiera contado antes. Me enteré de todo esto anoche. Era el único que andaba por aquí tarde y supongo que el edecán quería contárselo a alguien. Pensaba que a esas alturas alguien más le habría dado el chivatazo a Daily. Tú, por ejemplo. Tú estabas metido en esto desde el principio, ¿no?

Thurston no dijo nada.

—No tengo ninguna duda de que tienes tus excusas para no soltar prenda. A pesar del hecho de que siempre he pensado que eras uno de los que debería de tener más motivos para menospreciar al edecán, a Rowney, a Cleaver y a todos los de su calaña. Sí, a la hora de hablar no te cortabas, pero cuando ha llegado el momento de actuar, de hablar cuando hacía falta, te has quedado callado. Y eso que, si mal no recuerdo, solías dar la cara por Daily cuando los otros se metían con él a sus espaldas. ¿Sabes lo que pienso? Creo que en realidad no te importa nada ni nadie. Hablas, pero nada más. Creo que te has vendido al grupo del edecán, da igual lo que digas de ellos. Dale unas vueltas a eso. Y dale vueltas a esto también: creo que eres un cabrón, como todos ellos. Cuéntale eso a tu amigo el edecán, maldito capitán Thurston.

Thurston se quedó allí de pie un buen rato después de que Bentham se hubiera ido, rompió la orden de la unidad y tiró los pedazos de papel a la estufa.



COMISIÓN DE INVESTIGACIÓN

I

—¿Tienes un rato libre esta tarde, Jock? —me preguntó el comandante Raleigh en el vestíbulo de la cantina un mediodía de 1944.

—Creo que sí, comandante —dije—. Siempre y cuando pueda escaparme sobre las tres y media. Tengo que hacer unas pruebas a esa hora. En cualquier caso, ¿qué quiere de mí?

—Espera, deja que te rellene eso, muchacho. —Raleigh agarró por el codo a un alférez que pasaba por allí—. Ken, corre y dile a mi ordenanza que traiga una de mis botellas de *whisky* escocés, ¿quieres? Ah, y a propósito, ¿qué ha sido de ese juego de herramientas de tu vehículo que no habías devuelto? Se suponía que tenía que estar sobre mi escritorio a las diez en punto de la mañana de hoy. ¿Alguna explicación?

Mientras duró esto y lo que siguió, me felicité brevemente a mí mismo por depender directamente del oficial al mando (el oficial más desinteresado de toda la unidad) en lugar de estar a las órdenes de Raleigh. Después me pregunté qué me esperaba tras el almuerzo. Puede que una visita a otro almacén de prismáticos o cámaras que el comandante hubiera descubierto. Mi supuesta competencia técnica me había convertido en alguien muy solicitado en ese tipo de expediciones. Finalmente, miré a mi alrededor. La cantina se había establecido en un hotel de provincias belga, y este era su vestíbulo, una habitación cuadrada flanqueada por bancos acolchados de piel resquebrajada. Los oficiales estaban sentados en ellos leyendo revistas. Lo único que impedía confundir el lugar con la sala de espera de un barbero era que dos o tres de ellos también estaban bebiendo. Fuera llovía un poco.

El comandante regresó sonriendo con desprecio; parecía más que nunca un niño de coro con bigote que lucía un uniforme militar.

—Siento todo eso —dijo—, pero hay que mantenerlos a raya. En cuanto a lo de esta tarde... El joven Archer ha vuelto a hacer de las suyas.

—¿Qué ha sido este vez?

—Ha perdido un cargador de motor. Lo olvidó en el último traslado y, naturalmente, cuando envió una partida de vuelta para recogerlo los lugareños se lo habían llevado. O eso dicen. Me imagino que ese sargento suyo, Parnell, ¿no?, celebró una subasta al borde del camino y lo cambió por una caja de *brandy*. En cualquier caso, lo hemos perdido.

—Espere un momento, comandante: ¿no sería uno de esos pequeños trastos de

1260 vatios que tardan como quince días en cargar media docena de baterías?
¿Esos que nadie usa?

—Yo no me atrevería a aventurar tanto, muchacho. —El comandante raramente se aventuraba mucho a cualquier cosa. A menudo no se aventuraba nada en absoluto.

—¿No están obsoletos? —insistí—. Además, si no me equivoco, tenemos excedente.

—No se trata de eso. Este estaba al cargo del joven Archer. El intendente tiene su firma. ¡Ah, aquí está! Dame tu vaso, Jock.

—Gracias... Bueno, ¿y cuál es mi papel en todo esto? ¿Sostengo a Archer mientras le da unos azotes, o qué?

El comandante volvió a sonreír, y continuó con una inalterable sonrisa:

—Buena idea. Pero, en serio, ya he tenido suficiente del joven Archer. Quiero que prestes servicio en la comisión de investigación conmigo y con Jack Rowney, si te parece bien. En mi oficina. Lo llevaré allí después del almuerzo.

El *modus operandi* del comandante en su compañía a menudo era tan innovador que alcanzaba el romanticismo. Pero, incluso para él, esta era una creación descabellada.

—¿Comisión de investigación? Pero ¿no podríamos simplemente darlo por perdido? Definitivamente no hay necesidad de...

—Se lo pediría a otra persona si pudiera, pero todos están ocupados, excepto tú.

—Me miró directamente a los ojos, y puesto que lo conocía bien, vi claramente que estaba considerando si debía añadir algo como: «Debe de ser muy agradable ser un genio de las matemáticas y vivir de las rentas». En su lugar, hizo una seña con la mano a alguien que se encontraba detrás de mí y dijo en voz alta—: Hola, Bill, viejo granuja. —Y fue a saludar al edecán, recién llegado, supuestamente, de una misión de buena voluntad desde el cuartel general de la unidad. Había muchas cosas que quería preguntarle a Raleigh, pero por ahora tendría que esperar.

II

El almuerzo lo sirvieron en el comedor repleto de paneles tres camareras belgas que llevaban vestidos grises y delantales almidonados. Su fealdad era demasiado extrema para ser consecuencia del azar. Puede que hubieran sido seleccionadas por un comité como protección contra lo más libertino de la soldadesca. Tales esfuerzos habrían sido en vano. La libido se consumía poco a poco en los dominios de Raleigh.

El menú consistía en estofado con verduras en daditos, seguido de budín relleno de uvas. Mientras comía, el edecán, resplandeciente con su nuevo uniforme militar canadiense, bromeaba con Raleigh con ese graznido que a Archer se le daba tan bien imitar. Pensé en Archer y en una o dos de sus meteduras de pata.

La metedura de pata del remolque había sido un buen ejemplo de la mala suerte que parecía perseguirlo. El remolque había sufrido un pinchazo en un largo convoy de carretera que él lideraba y, puesto que los remolques no llevaban rueda de repuesto, claramente había sido imposible avanzar. Pero si el general Coles, que comandaba el grupo de los cuerpos del ejército 11 y 17, tenía que comunicarse con sus formaciones subordinadas esa noche, obviamente era esencial que el convoy consiguiera avanzar, y pronto. Con una agudeza bastante rara en él, Archer había ordenado que descargaran el remolque y que le quitaran las dos ruedas después de levantarlo con el gato, concluyendo que sería muy difícil que lo robaran en ese estado. Pero alguien lo hizo.

Lo siguiente en la lista de despropósitos fue la metedura de pata del teléfono-del-vehículo-de-reemplazo. Archer se había marchado sin él en otro convoy, de manera que se pasó todo el viaje incomunicado, una acción que igualmente había amenazado con ocasionar un grave perjuicio al general Coles. Por suerte, uno de mis sargentos, al observar por casualidad el remolque de Archer avanzando pesadamente, fue a sacar de la cama al conductor del vehículo de reemplazo, amenazándole con hacer uso de la violencia si sus ruedas no estaban de vuelta en diez minutos. Un mensaje llevado por un motociclista al líder del convoy, recomendando una breve parada, había hecho el resto, retrasando aún más al general. Al reprender a Archer por esto más tarde, conseguí sonsacarle que el culpable había sido el dipsomaniaco sargento Parnell. Se le había ordenado que avisara a todos los conductores para que estuvieran alertas durante la noche, pero media botella de Calvados, unida a la idea de que la otra mitad lo esperaba en la tienda, había disminuido su eficiencia.

—¿Por qué no despides a ese horrible borrachín tuyo? —le pregunté a Archer con exasperación—. Esas cosas seguirán pasando mientras ande por aquí.

Raleigh lo destinaría a otro sitio sin pensárselo ni un segundo.

—No puedo hacer eso —se había lamentado Archer, acentuando su habitual mirada perdida—. No sería capaz de llevar la sección sin él.

—Al diablo, hombre. Es mejor no tener ningún sargento que tenerlo a él. Lo único que hace es hablar de la India y joderlo todo.

—No estoy capacitado, Jock. Él sabe cómo manejar a los chicos.

Típico de él. Archer no estaba ni más ni menos capacitado que la mayoría de nosotros, aunque con Raleigh, el edecán y el capitán Rowney (el segundo al mando en la compañía) turnándose para cuestionarlo, no era de extrañar que padeciera de inseguridad crónica. Y era evidente que sus hombres detestaban a su sargento, mientras que Archer, gracias únicamente a la constante cortesía que mostraba hacia ellos en todas las ocasiones, era el único de sus superiores inmediatos para el que encontraban tiempo. Gracias a que siempre estaban dispuestos a ayudarlo en lo que fuera necesario, el sistema de comunicaciones del general Coles, tal vez incluso el de toda la compañía, había evitado todo tipo de incidentes. Según Raleigh y el edecán, eso era quizá lo más asombroso de los Señales: los oficiales de menor rango tenían tanta responsabilidad como los de mayor rango. Pero no tanta paga, solía murmurar yo, ni tanto poder.

III

Hacía una bonita tarde, y así se lo dije al edecán, que obviamente había completado su misión de buena voluntad, al cruzarme con él en el porche de madera del hotel, tras lo cual se metió en *su jeep* sin decir una sola palabra. Raleigh, que llevaba una vara corta revestida de piel y un par de guantes de cuerda y piel, llegó enseguida y me condujo hasta su oficina, al otro lado de la calle adoquinada, deteniéndose solo para exhortar a un conductor, que estaba en posición supina bajo el diferencial de un camión de tres toneladas, a que se cortara el pelo.

La oficina de Raleigh tenía la particularidad de estar alojada precisamente en una oficina. En la ventana, unas letras doradas acribilladas de balas anunciaban una sociedad anónima de seguros de vida. Archer me había contado hacía poco cuánto se había impresionado, al dirigirse allí para recibir la orden de hacer algún recado desagradable o para ganarse alguna reprimenda de algún camarada, al imaginarse a los ocupantes previos, reunidos para una sesión con los ojos vendados y las manos unidas alrededor de una mesa cubierta con un tapete, recordándose los unos a los otros lo buenos chicos que habían sido.

Archer estaba ahora en la sala de fuera, sentado en silencio junto al horrible Parnell, entre los empleados de la oficina y los ordenanzas. Parecía más perdido que de costumbre, y más joven de sus veintiún años, demasiado joven para ser considerado un oficial competente. Bostezaba mucho. Me acerqué a él cuando el sargento llamó al comandante para que firmara algo.

—Mira, Frank —le dije en voz baja—, no te preocupes por esto. Esta comisión no está acreditada en absoluto. Raleigh no tiene autoridad para convocarla. La compañía no está en el destacamento. Es una farsa absoluta, nada más que una bravuconada.

—Sí, lo sé —dijo—. ¿Puedo verte después, Jock?

—Pasaré por tu sección. —Las pruebas podían esperar.

Pasé a la sala de dentro, una sala larga y baja pobremente iluminada por la luz que procedía de una única ventana y una bombilla sin pantalla que palpitaba intermitentemente. Rowney se levantó y se inclinó exageradamente ante mí.

—Ah, el capitán D. A. Watson, del Real Cuerpo de Señales, en persona —anunció en un tono agudo—. ¡Qué amable de tu parte acompañarnos!

—Nunca desaprovecho la oportunidad de comprobar cómo vivís los administradores.

—Mejor que tus científicos de pelo largo, de eso estoy seguro.

—Materialmente, quizá. Espiritualmente, no. —Era difícil no hablarle así a Rowney.

—Bueno, sí, puede que no estés tan lejos de la verdad.

—¿Empezamos? —preguntó el comandante con su tono de ha-empezado-el-desfile—. No me gustaría pasarme la noche con esto. —Abrió una carpeta y me saludó con la cabeza—. Trae aquí a Parnell, ¿quieres?

Llevé a Parnell adentro. Prácticamente no olía a alcohol. Procedió a relatar verbalmente lo que había escrito previamente en su informe: Raleigh me había pasado una copia. En el momento pertinente, Parnell había explicado la ruta del convoy a los conductores. Después, había regresado a la cabina de su camión habitual (el que llevaba las cosas de la cocina de campaña, sin duda). A continuación, habían partido. Tras llegar a su destino, el señor Archer le había comunicado que el cargador del motor no estaba, y que él, Parnell, debía volver a buscarlo. Ir a buscarlo y volver con las manos vacías le había llevado once horas. Al preguntarle, Parnell contestó que sí, que había buscado en el lugar adecuado; que no, que nadie había estado husmeando por allí; que no, que ni él ni nadie que él supiera había sido designado para cuidar del cargador del motor; y que sí, que esperaría fuera.

Archer entró y probablemente se empleó a fondo en saludar a la comisión con elegancia. Su esfuerzo antinatural ponía de relieve lo mal que lo había hecho. Empezó a contar una historia similar a la de Parnell, pero después se detuvo abruptamente y miró al comandante.

—Mire, señor —dijo, mordiéndose los labios—. ¿Puedo explicar todo esto con sencillez?

Raleigh frunció el ceño.

—¿A qué se refiere, Frank?

—Me refiero a que perdí el cargador del motor y no hay mucho más que añadir. Debería haberme asegurado de que se había guardado y no lo hice. Sencillamente se me olvidó. Debería haber vuelto después a comprobar que no nos dejábamos nada. Pero se me olvidó. Tan sencillo como eso. Un caso de simple y pura negligencia e ineficiencia. Y lo único que puedo decir es que lo siento mucho.

Rowney iba a hacer una pregunta, pero el comandante se lo impidió.

—Continúe, Frank —dijo con suavidad.

Archer parecía estar temblando. Dijo:

—Lo que más me avergüenza es haber decepcionado a la compañía. Completamente. Y no se me ocurre qué puedo hacer. No existe ningún modo de arreglarlo. No sé qué puedo hacer. No sirve de nada pedir perdón, lo sé. Pagaré el cargador, si así lo deciden. Más o menos un mes de paga. ¿Ayudaría eso en algo? ¡Dios!, soy un idiota.

A estas alturas temblaba muchísimo y agitaba las manos sin parar. Me preguntaba si se echaría a llorar. Cuando hizo una pausa, sonrojándose intensamente, miré al resto de los miembros de la comisión. El segundo al mando tenía la cabeza inclinada sobre el clip con el que estaba jugando, pero Raleigh miraba fijamente a Archer, y su cara estaba tan colorada que parecía imitar a la del propio Archer. En ese momento daban la impresión de ser, a pesar del ridículo bigote de Raleigh, igual de jóvenes, en incluso se podría llegar a decir que tenían cierto parecido. Sentí que los ojos se me agrandaban. ¿Se trataba de eso? ¿Disfrutaba Raleigh humillando a Archer a causa de su juventud e inseguridad porque hubo una época en la que él también había sido humillado por la misma razón? Difícilmente, puesto que Raleigh no estaba disfrutando en ese momento: de eso estaba seguro.

Todavía manteniendo la mirada, Archer explotó:

—Siento tanto haberlo decepcionado personalmente, comandante Raleigh... Eso es lo que más me duele, no haber cumplido con mi deber para con usted, señor. Cuando usted ha sido siempre tan amable conmigo en todo, me ha apoyado y... y me ha animado.

Esto último, en todo caso, era una mentira flagrante. Si no lo hubiera sido, Archer no se habría encontrado en semejante posición. Y sin duda él era consciente de su propia mentira.

El comandante volvió la cabeza.

—¿Tienes alguna pregunta, Jack?

—No, gracias, comandante.

—¿Y tú, Jock?

—No, señor.

El comandante asintió. Todavía con la cabeza girada a un lado, dijo:

—De acuerdo, gracias, Frank. Espere un momento fuera, ¿quiere? Puede decirle a Parnell que vuelva a la sección.

Archer saludó y se marchó.

—Bueno, un millón de gracias por invitarme a su pequeño espectáculo, comandante —dijo Rowney, estirándose—. Repleto del drama a la antigua

usanza, ¿no les parece? Un gran reparto. Y muy bien producido, si se me permite decirlo.

Ignorándolo, Raleigh se volvió hacia mí:

– Bueno, Jock. ¿Qué opinas?

– ¿Sobre qué exactamente, señor?

– Venga, hombre, queremos cerrar este tema. ¿Cuál es tu conclusión? Tú eres el miembro menos veterano y tienes que dar tu opinión primero.

Di mi opinión en cuanto a los hechos militares relevantes se refería, y Rowney hizo lo mismo. En los siguientes veinte segundos, la comisión concluyó que el cargador de motor número uno, 1260 vatios, a cargo del teniente F. N. Archer, Real Cuerpo de Señales, se había perdido en circunstancias que indicaban negligencia por parte del oficial. El teniente F. N. Archer, Real Cuerpo de Señales, era por la presente reprendido. Y eso era todo.

Después de que un inexpresivo Archer fuera informado de las conclusiones y se hubiera marchado, me detuve en la puerta para charlar con Rowney. Nunca le había prestado mucha atención, pero esa tarde le estaba agradecido por haber dado, a su manera, su opinión acerca del pequeño espectáculo organizado por el comandante. Por el rabillo del ojo, vi a Raleigh arrugar los documentos de la comisión de investigación y metérselos en el bolsillo de sus pantalones.

Fuera, bajo la tenue luz del sol, los tres nos detuvimos durante un instante antes de dispersarnos. Por su expresión, Raleigh parecía estar recapitulando, con las cejas y el labio inferior levantados.

– Si al menos hubiese recobrado la compostura... – dijo –. Pero...

IV

En la oficina y almacén de la sección de Archer, rodeado de pilas de redes de camuflaje y atuendos antigás, me disculpé por haber formado parte de la comisión. Archer se sentó distraídamente sobre una caja que contenía un teletipo de repuesto, y finalmente se levantó para pedirme un cigarrillo:

—Tiene gracia lo de ese motor de carga, ¿sabes? Para colmo no funcionaba. Desde que se recuerda, jamás ha funcionado. Y además la caja de herramientas se había perdido. Y no había repuestos. Y en cualquier caso, estaba obsoleto, así que no tenía sentido hacer un pedido de repuestos. Así que nunca habría funcionado.

—¿Le dijiste eso a Raleigh?

—Sí. Dijo que era irrelevante.

—Ya veo.

—Otra cosa graciosa es que el intendente tiene uno que nadie quiere en su almacén. Excedente. Que funciona perfectamente. Con herramientas. Y un juego completo de repuestos. El intendente me lo ofreció.

—¿Te dijo Raleigh que eso también era irrelevante?

—Sí. No era el que yo había perdido, ¿sabes? Ah, muchas gracias, cabo Martin, es muy amable de su parte.

Esto se lo dijo Archer a un miembro de su sección que le había llevado una taza de té, aunque, observé ofendido, no me había traído una a mí.

En algún lugar por encima de nuestras cabezas se escuchaba un avión que se dirigía al Este. Archer sorbió su té durante unos momentos. Luego dijo:

—No ha estado mal mi actuación, creo, delante de esa maldita y polvorienta comisión de investigación. Lo siento, sé que no has podido evitar formar parte de ella.

—Así que una actuación, ¿en serio?

—Por supuesto, lince. No hacía falta que me explicaras que no estaba acreditada. Pero tenía que fingir que creía que sí lo estaba, ¿no? Y comportarme como una colegiala histérica.

Sin duda Archer era un buen actor, reflexioné, aunque, para ser sinceros, no estaba seguro de que los rubores que había visto fueran debidos únicamente a su enorme talento para la actuación. Por otra parte, no podía saber cuánto se había

metido en el papel.

—Eso es lo que quería Raleigh —prosiguió—. Si hubiera defendido mis derechos, él habría optado por redoblar su pequeña guerra de desgaste de otro modo. De este modo, creo que incluso le hice sentir que había ido demasiado lejos. Ese golpe de que siempre me había apoyado fue exquisito, creo. En fin, vivir para aprender.

Archer ya no parecía perdido. Ni tampoco particularmente joven. Era verdad, pensé, que el ejército moldeaba a cualquiera. Hasta podría decirse que lo convertía a uno en un hombre.



ESPÍO A DESCONOCIDOS

I

—Hacer lo correcto, ese será el punto clave de nuestra política. Hacer honor a nuestras obligaciones. La lealtad antes que el interés personal. Nada de abandonar a nuestros amigos cuando pensemos que nos va a resultar útil. Abandonar a los amigos jamás resulta útil. A todos nos ha quedado claro desde que pasó lo que pasó antes de la guerra. Lo que nos metió en este desastre fue una mezcla de codicia y egoísmo. En cualquier caso, ahora centrémonos en los detalles. Primero, Europa.

El secretario de Exteriores, un joven alto con cierto aire imponente a pesar de su aspecto de maestro desaliñado, echó un vistazo al portavoz de la oposición en materia de Defensa, un hombre de tez morena con un bigote impecable. De él era de quien podía esperarse que partieran los auténticos problemas, no del portavoz de Asuntos Exteriores, y mucho menos del líder de la oposición. Por un momento, el secretario de Exteriores se acobardó. Sabía que más de un miembro del Gobierno opinaba que sus políticas eran más absurdas o extravagantes que extremistas, y que disfrutarían viéndolo humillado. También sabía que, a ambos lados de la Cámara (y de la Tribuna de los Visitantes), se había propagado la misma actitud, aunque esta vez provocada por otros motivos menos políticos. La tentación de ir sobre seguro era muy fuerte. Pero debía resistirla. No podía permitirse que dijeran que había ocultado su verdadero plan bajo un cómodo cliché. Eso es lo que Ellos habían hecho siempre.

—En Europa —continuó sin interrupción— todos queremos establecer una alianza, basada en la cooperación y la amistad, con la Unión Soviética. Francia también, naturalmente, aunque, teniendo en cuenta el estado en que se encuentra hoy en día, falta bastante para que esté lista para ocupar el puesto que le corresponde en asuntos políticos de ámbito mundial. Obviamente, nos corresponde a nosotros y a los rusos asumir el liderazgo. Así que lo primero que deberíamos hacer como aliados es tratar de ofrecer un sistema de garantías para los países pequeños. Es decir, Gran Bretaña y la Unión Soviética deben unirse y anunciar que aniquilarán a cualquiera que trate de invadir Austria, Checoslovaquia, Polonia, Grecia, Albania o cualquier otro país incapaz de defenderse por sí solo de la invasión de una gran potencia. Y actuarán de forma implacable, sin atender a ningún tipo de alegación, protesta o sanción que se pudiera hacer al respecto. No vamos a permitir que ocurra lo mismo que la última vez.

»Luego está el asunto de la autodeterminación. Eso significa que cada país tendrá su propio Gobierno. Ninguno debe estar bajo dominación extranjera.

Ahora, les pondré un ejemplo para ilustrar lo que tengo en mente.

Puso el único ejemplo que tenía en mente. Se trataba de Polonia; no porque pensara que era un ejemplo, bueno o malo, de nada en particular, sino porque no hacía mucho había leído un libro cortito sobre la historia reciente de ese país y, como era su costumbre, había hecho anotaciones en él. Así que había recopilado gran cantidad de nombres extraños y hechos poco conocidos que ahora lo hacían parecer una especie de experto en Polonia y, por extensión, o eso esperaba él, en política en general. Tras relatar los acontecimientos acaecidos en Europa del Este después de 1918, se centró en describir el obsoleto sistema polaco de tenencia, en las declaraciones antidemocráticas de su Gobierno en el exilio y en la resistencia de la población civil durante el asedio de Varsovia en 1939.

La mayoría de estos datos se los había aprendido de memoria y, por tanto, era capaz de mirar a su alrededor en la sala mientras seguía con su discurso. Dos diputados de la oposición jugaban a las cartas descaradamente, se oían murmullos de conversaciones aquí y allá, y el secretario de Hacienda parecía haberse quedado dormido, pero, en general, el nivel de atención era aceptable. Al menos dos personas se estaban enterando de todo. Se trataba del presidente de la Cámara, de quien el secretario de Exteriores, siguiendo su instinto, no se fiaba, aunque en realidad no se podía dudar de su progresismo, y del subsecretario parlamentario del Ministerio del Interior, cuyos brillantes ojos marrones ahora lo miraban fijamente, desconcertándolo por completo.

¿Por qué nunca pasaba lo que tenía que pasar? Durante meses, había deseado de todo corazón que el subsecretario lo mirara de ese modo. Pero ahora que había llegado ese día, no sentía ni alegría ni confianza. Lo único que sentía era un nudo en el estómago, lo que provocó que acabara distrayéndose e insinuando de forma bastante clara, en la siguiente frase que pronunció, que la construcción de la presa de Roznov había sido un acto de provocación irresponsable que justificaba completamente la invasión de Finlandia por parte de los rusos.

Esto, obviamente, pasó desapercibido. El secretario de Exteriores, juzgando que la resistencia de su público había quedado suficientemente debilitada por la cantidad de información ininteligible recibida, se ajustó a su relato inicial, apoyado por estadísticas, de las atrocidades llevadas a cabo en Polonia por los alemanes. Esto dio paso a una parte más lírica sobre el tema de la fraternidad ruso-polaca, seguida por la sugerencia, planteada con mucha delicadeza, de que Rusia se había ganado el derecho a organizar las cosas como le pareciera en la parte de Europa que le tocaba. A continuación leyó un párrafo corto, especialmente seleccionado para la ocasión, sobre los estadounidenses. Este se iniciaba con las muestras de una admirativa gratitud —que no pretendían engañar a nadie— para acabar dando paso al mensaje de que haber combatido

por la liberación de un continente no conllevaba de manera automática el derecho a decidir sobre su futuro, y que cuanto antes se dieran cuenta de esto los yanquis y se largaran a su mitad del mundo, mejor sería para todos.

Se escucharon aplausos procedentes de ambos lados de la Cámara, y desde la Tribuna de los Visitantes le llegó una voz que decía que por fin alguien hablaba con algo de sentido común. El secretario de Exteriores se creció ligeramente y, tratando de no mirar al subsecretario del Ministerio del Interior, pasó a una nueva página de su cuaderno de notas.

— Ahora, Oriente Medio — dijo.

De inmediato se formó un gran alboroto en toda la sala. Aquellos que habían conseguido aguantar sentados y sin protestar durante el aluvión de datos sobre los yacimientos de carbón de Silesia se dieron cuenta de que no podrían soportar otra charla acerca de la caída del Imperio otomano o de la paga semanal media de los campesinos egipcios. El primer ministro consideró que era su deber intervenir.

— ¡Para ya, Hargy! — dijo —. Llevas casi veinte minutos hablando. Deja algo de tiempo para los demás, ¿eh?

El secretario de Exteriores se dirigió al presidente de la Cámara.

— ¿Usted qué dice, señor Archer?

— Bueno. — El presidente de la Cámara miró a la concurrencia —. Creo que podríamos dividirlo en partes, ¿no le parece? Y debatir esas partes en distintos momentos. ¿Le queda mucho todavía?

— Más o menos lo mismo que llevo, señor.

Hubo un gruñido de descontento general y se escucharon algunos gritos que decían: «¡Es una vergüenza!».

— ¡Orden, orden! — dijo el presidente de la Cámara, sonrojándose levemente —. Creo que, si no le importa, Hargreaves, podríamos prescindir del resto de su discurso, al menos por el momento. Escuchemos al sargento..., perdón. Llamo a la tribuna al líder de la oposición.

Este personaje, que llevaba varias medallas de campaña en la parte izquierda de la pechera de su uniforme, se volvió e intercambió unos comentarios, enérgicos y en voz baja, con sus colegas. Al cabo de un tiempo, dejó de negar violentamente con la cabeza y comenzó a asentir con languidez.

Como muchos otros dirigentes políticos, debía su posición no tanto al talento o a la ambición, como a una serie de carencias: no era un sujeto que suscitara especiales antipatías, no hacía alarde de un fanático entusiasmo por ninguna causa y tampoco parecía tener un punto de vista firme sobre nada. El sargento

Fleming ayudaba a sus oficiales sin intentar colgarse él mismo las medallas de sus logros; manipulaba los inventarios de los almacenes si algo desaparecía, pero no los horarios de trabajo; de vez en cuando invitaba al intendente militar de la compañía a un trago extra, pero jamás a más de uno por noche; y echaba una mano cuando había que transportar hasta su barracón a un camarada tras una borrachera, aunque solía dejarlo en el suelo (echarlo sobre su catre le hubiera parecido un exceso). En definitiva, conocía el valor de contravenir ligeramente las normas. Fleming era, por naturaleza, un hombre corriente, y también por naturaleza era un *Tory* de la cabeza a los pies, o tal vez solo de la cabeza a la cabeza. Nadie había cuestionado nunca su nombramiento como líder titular de la oposición a un Gobierno que incluía, al estilo del Frente Popular, desde un trotskista del Ministerio de las Colonias hasta un democratacristiano del Rearme Moral Internacional que de repente se había visto convertido en canciller del ducado de Lancaster.

Fleming asentía con más rapidez, aunque no menos lánguidamente; de hecho, la languidez de sus gestos se había acentuado un poco más si cabe. Se puso en pie y dijo, en voz más alta que clara:

—Bueno, ya hemos oído lo que mi docto amigo, es decir, el secretario de Exteriores, tenía que decir sobre lo que cree que debe hacerse en relación con los países extranjeros y la política exterior. Y tengo que decir que jamás había oído tantas tonterías juntas en toda mi vida. Me sorprende bastante que un hombre supuestamente educado e inteligente como él sea capaz de decir esas chorradas. ¿Qué nos importan los polacos o los franceses? Ellos nos dieron de lado, ¿no? Nosotros tenemos que mirar por nuestros propios intereses, porque nadie más va a hacerlo. Si queremos llegar a liderar el mundo, debemos dividir todos esos países en pequeños estados para que no puedan hacernos frente. ¿Eh? Vale, Bert. Bueno, voy a dejarles con nuestro experto militar porque... hay que mantener la paz, ¿verdad? Eso es lo primero, así que les dejo con el sargento Doll.

El aspecto militar del experto militar era un tanto desconcertante. Era un soldado, sin duda, pero la forma y el estado de su bigote, la presencia innecesaria, en torno a su tronco, de un cinturón espléndidamente remozado y el nudo de su corbata color caqui hacían pensar en la cantina de oficiales de algún exclusivo regimiento de carros blindados, descendientes de lanceros o húsares, más que en la oficina de una ociosa unidad del Real Cuerpo de Señales, que era donde en verdad estaba destinado. Tal vez aquella actitud increíblemente marcial fuera una suerte de reacción al trabajo de oficina que en realidad el sargento desempeñaba con extrema eficacia. Si así fuera, solo sería un representante más, en una escala individual y más simbólica, de la compulsión (producto del sentimiento de inferioridad que es común a todos los técnicos militares) que había aquejado a sus superiores durante su período de instrucción

en Inglaterra. Todos los presentes recordaban muy bien las carreras campo a través, las competiciones de tiro con mosquete, las maniobras de infantería de tres días de duración con bombas de humo y fuego real incluidos, y las marchas de veinte kilómetros con las máscaras antigás puestas que, en retrospectiva, resultaron extremadamente paradójicas cuando la unidad desempeñó su papel en el teatro bélico europeo sin tener que dar ni un paso y sin disparar ni un tiro.

Uno de los defensores de aquellas pequeñas imitaciones bélicas de las grandes hazañas que conducían a la muerte o a la gloria se encontraba en ese momento sentado en la Tribuna de los Visitantes con una expresión grave en su suave rostro. Se trataba del comandante R. W. Raleigh, que había estado al mando de una compañía de comunicaciones justo hasta la rendición alemana y que ahora, cuando el grueso de la unidad había partido para ayudar a abastecer las instalaciones del batallón de Señales en la Conferencia de Potsdam, era el cabecilla de una especie de pandilla de segundones desmoralizados. Este grupo, que en origen comprendía a la mayor parte de su antigua compañía además de a una sección de repuesto procedente de la compañía de instaladores de cables, se había visto ampliado por medio de sucesivas inyecciones de soldados administradas por las autoridades. En medio del caos de las disoluciones de las compañías, los cambios de destino, los reagrupamientos y los desplazamientos al Reino Unido que caracterizaron el final de la campaña, un comando como el suyo representaba un elemento estabilizador sumamente útil, una especie de islote entre tantos barcos a la deriva.

La compañía, por consiguiente, comenzó a expandirse y a afianzar sus posiciones. Hubo algunas bajas, como un par de cabos de señales que, debido a sus cualificaciones particulares, fueron destinados al Lejano Oriente, pero dichas bajas se compensaron más que de sobra añadiendo nuevos refuerzos. En distintos momentos, sin previo aviso o con él, se habían incorporado al batallón un equipo de instaladores de cable, que una vez en Potsdam resultó innecesario, la mayor parte de la pequeña pero variopinta formación de Señales que en los últimos tiempos había trabajado en un regimiento de paracaidistas ya disuelto, media compañía de base tecnológica sin oficiales ni sargentos, una sección completa de mantenimiento técnico que carecía de medios de transporte y de almacenamiento, así como dos o tres docenas de operarios de teletipos, mecánicos instaladores de líneas, conductores, electricistas y técnicos que habían ido apareciendo individualmente o en pequeños grupos. Al final la compañía estaba formada por un contingente de unos doce oficiales y cuatrocientos soldados de diversos rangos, un número lo bastante alto como para justificar gestos tales como cambiarle el nombre al despacho de la compañía, que pasó a llamarse «la Oficina», y comenzar a referirse al sargento Doll, el responsable principal de ese despacho, como «el Sargento de la Oficina».

El comandante Raleigh consideraba a Doll un tipo útil, y más que nunca aquella tarde. De un simulacro de parlamento como aquel podía esperarse un cierto grado de indisciplina y de intelectualismo presuntuoso y vacío, e incluso algunos indicios de deslealtad a la nación, pero desde luego no había ninguna necesidad de llegar a ese punto. Aquella gente parecía pensar que podía levantarse con total tranquilidad y soltar lo que le viniera en gana en cualquier momento. Esa actitud indisciplinada se había puesto de manifiesto con demasiada claridad en la sesión anterior, cuando la pandilla de bufones que se llamaba a sí misma Gobierno había presentado su nuevo proyecto de ley. Por lo visto, pretendían nacionalizar las minas de carbón, la industria del acero, el transporte, los servicios públicos – todo lo que creaba riqueza y empleo – y gestionarlos como consideraran más adecuado. Eso nunca podría suceder en el mundo real, en Inglaterra, pero el comandante no estaba de acuerdo con sus amigos de la cantina de oficiales cuando restaban importancia a la cuestión diciendo que la aprobación de esa ley solo era una muestra más de su absoluta estupidez. Ojalá pudiera estar de acuerdo con ellos.

No, esta vez el asunto era mucho más serio: era un indicador de que las cosas se estaban poniendo verdaderamente feas. Su sentido de la responsabilidad le había obligado a estar presente aquella noche, dispuesto a emplear su influencia si algo amenazaba con írseles de las manos. Esperaba, en cualquier caso, no tener que intervenir. No sería necesario si Doll hacía bien su trabajo, y Doll, sin duda, lo haría. Era un tipo de fiar, ese Doll, aunque un tanto desconcertante. Siempre daba la impresión, por su apariencia y por su actitud, de hallarse en una plaza de armas. ¿Para qué servía todo eso?

Fueran cuales fueran las complejas motivaciones internas de Doll, no era un hombre común y moderado. De hecho, tenía tendencia a inclinarse levemente hacia la derecha. Con la voz melodiosa a la que tanto provecho le había sacado en su época de encargado de atención al cliente en unos grandes almacenes de Leeds, decía:

—No voy a perder mucho tiempo echando por tierra las peligrosas sandeces que acabamos de escuchar. Rusia siempre ha sido una fuerza agresiva y siempre lo será, a no ser que la detengamos. Lo único que contuvo a los rojos en 1939 fue su debilidad. Pero después fueron a por las repúblicas bálticas, Polonia, Finlandia, y se embarcaron en diversas empresas en la zona de los Balcanes. Solo les interesa la autodeterminación para impedirlo. Entre las deserciones a las filas de los nazis se cuentan... ¿Cómo dice?

—¡Hechos! —El secretario de Exteriores gritaba por encima de las timoratas llamadas al orden del presidente de la Cámara—. Eso no son más que... insinuaciones. Usted no ha...

—¿Hechos? —El portavoz en materia de Defensa sacó su bloc de notas y

continuó, con un tono tan melifluo como antes —: De acuerdo, aquí tiene hechos. Publicado en *The Times* el 29 de junio: «Checoslovaquia le ha cedido Rutenia a Rusia». ¿Por qué? ¿Porque los checos querían librarse de ella? Emitido por la BBC esta mañana: «Rusia está presionando a Turquía para revisar el tratado del estrecho del mar Negro y que le ceda dos territorios». ¿Por qué? ¿Porque los turcos están planeando bloquear su propia salida al mar? Emitido en otro programa: «Trescientos polacos más fusilados por orden del Tribunal Popular...».

— ¡Eran traidores, colaboracionistas, han estado...!

— No dudo que muchos lo fueran. Pero ya nunca lo sabremos, ¿verdad? Esa gente debería haber sido juzgada por un tribunal internacional, como hemos dicho que...

— Fue en el ardor del momento. Siempre hay...

— Como estaba diciendo, estas ejecuciones se llevaron a cabo cumpliendo los veredictos dictados por el Tribunal Popular; no fueron obra de una muchedumbre descontrolada en plena calle. Pero debo implorarle, señor presidente de la Cámara, que sofoque estas continuas interrupciones de las que estoy siendo víctima. Yo he sido capaz de guardar silencio mientras nos soltaban toda esa propaganda roja, así que no veo por qué...

— De acuerdo, sargento Doll. Hargreaves, debo pedirle que guarde silencio — dijo el presidente de la Cámara con cierta reticencia y una mal disimulada simpatía en su tono de voz.

— Perdone, señor, pero tengo que preguntarle por las elecciones polacas. Sin duda eso demuestra...

— *Orden*, Hargreaves. Si no se calla, tendrá que marcharse.

— Sí, señor.

Los miembros de la Cámara volvieron a acomodarse de mal humor, sintiendo, y murmurando, que siempre pasaba lo mismo: en cuanto comenzaba una buena bronca, siempre había algún cabrón tiquismiquis que salía con lo del orden. Para eso, mejor quedarse en el barracón leyendo el periódico de la semana anterior.

— Gracias, señor presidente. — Doll miró de frente a Hargreaves—. Lo cierto es que agradezco la oportunidad de poder decir algo sobre esas elecciones. Me resulta bastante raro que los rojos tengan tantas ganas de celebrarlas precisamente ahora, cuando en el país hay tanta agitación... Pero todo saldrá bien, ¿verdad? No podemos olvidar que los rojos están por todas partes para garantizar que todo va como la seda. Controlan la situación para que ni nosotros ni los franceses ni los yanquis podamos intervenir antidemocráticamente,

porque eso podría tener como consecuencia unas elecciones libres y entonces podría salir elegida la gente inadecuada, ¿verdad? Y eso no se puede permitir, ¿verdad? ¡Al camarada Stalin eso no le gustaría nada de nada! Quisiera cerrar esta cuestión con unas palabras sobre el levantamiento de Varsovia y la lamentable incapacidad de los rojos para acudir en ayuda de sus hermanos polacos. Durante la primavera de este año...

Hargreaves había perdido todo el aplomo que podría esperarse de un secretario de Exteriores. Ni siquiera era capaz de disimular. Se inclinó hacia delante en el sólido banco de madera lleno de inscripciones y se cogió la cabeza con las manos. Si tuviera más datos y fuera capaz de pensar más rápido... Si pudiera presentar, como prueba irrefutable de que Doll estaba equivocado, el testimonio directo de cualquiera de esos magníficos hombres y mujeres que conocía del comité de la sección del Partido Laborista de su localidad, gente que había crecido al servicio del socialismo y había entregado a su causa toda su energía, combatiendo en España, marchando a la cabeza de grandes manifestaciones, haciendo campaña en los baluartes más inexpugnables de los *Tories*... Trató de no pensar en que todo eso era un desperdicio, en que el socialismo al final siempre había fracasado en su intento de llegar al poder. Su entusiasmo casi constante en relación con los resultados de las elecciones generales británicas, que se anunciarían a la semana siguiente, se convirtió por un momento en desesperación. En contra de lo que creía todo el mundo, él nunca había sido miembro del Partido Comunista. Desconfiaba del sistema de partido único y seguía teniendo dudas sobre los campos de trabajo rusos. Pero solo se podía hacer una cosa para impedir que Doll se saliera con la suya. Hargreaves era lo bastante marxista como para reconocer que hay situaciones en las que la izquierda debe aliarse contra su principal enemigo. Tomar esa decisión, aun con cierta reticencia, no lo hizo sentirse aliviado: aquella noche se percibía como un ser políticamente inútil.

Su evidente abatimiento no le pasó inadvertido al comandante Raleigh, cuyo rostro, tranquilo de por sí, parecía aún más tranquilo desde que Doll había comenzado a poner las cosas en su sitio. Ahora hasta se reclinaba en su asiento, intentando ponerse lo más cómodo posible. El respaldo no era lo suficientemente alto. Como el resto de los objetos que había en aquella sala, parecía haber sido concebido sin tener en cuenta que iba a ser usado por seres humanos. Esa falta de imaginación era típica de los alemanes, pensó el comandante. Las pequeñas ventanas oblongas, por ejemplo, a través de las cuales se filtraba el fuerte sol del atardecer, estaban tan altas que no alcanzaba a distinguir nada del exterior. Y si él no capaz de ver nada, qué decir de los niños que hasta hace poco habían acudido allí para rezar, cantar canciones nazis o lo que fuera que hicieran en el vestíbulo de aquel colegio. Habían traído a rastras desde el almacén adyacente dos filas de pupitres para formar las bancadas

frontales del Gobierno y la oposición. Solo un chico o una chica con el torso anormalmente largo podría haber trabajado con comodidad en ellas, o incluso haber visto bien por encima de aquellas bancas. Parecían diseñadas para una persona con las piernas mucho más cortas que las de cualquiera de los miembros del simulacro de parlamento que las ocupaban en ese momento.

El comandante dedicó un tiempo a cavilar sobre Hargreaves y las muchas cosas que podían hacerse con él, o hacerle a él, para que resultara menos desagradable. En cualquier caso, si no funcionaban, tampoco le vendría mal saber lo que el mundo pensaba de él. Las cosas que se le ocurrieron al comandante iban desde imponerle a Hargreaves una sanción por no haberse afeitado (lo haría cualquier día de esos) hasta hacer que lo trasladaran. El comandante contaba con un contacto de lo más influyente en el cuartel general que se estaba asegurando de conseguir que él tuviera autoridad para decidir quién seguía bajo sus órdenes y quién no. Él conocía el sitio ideal para Hargreaves, tras una breve temporada en el Reino Unido: un lugar remoto muy caluroso donde abundaban los asuntos de su interés y sobre los que, como experto incipiente en relaciones internacionales, tenía la obligación de estar al tanto.

En uno de sus escasos momentos de autocontemplación, suscitado por una ligera preocupación sobre el resultado de las inminentes elecciones, el comandante había llegado a plantearse si sería moralmente admisible enviar a servir a los destacamentos de la jungla a los subalternos que comenzaran a irritarlo. Pero esas reflexiones quedaron en nada cuando se acordó de que, en el caso de un oficial experto y meticuloso como él creía ser, si un hombre lo irritaba era, sin ninguna posibilidad de error, porque se trataba de un mal soldado. No le preocupaba estar llenando las importantes unidades del sudeste asiático de borrachos, incompetentes, homosexuales, comunistas, enfermos mentales o simplemente tipos miserables que se dedicaban a trapichear con sus raciones de comida. Su responsabilidad principal era para con la formación que dirigía.

Pensar en todos aquellos infelices luchando en la campaña japonesa le recordó a otra persona que parecía estar ganándose a pulso el derecho de participar en ella cuanto antes: el teniente F. N. Archer, que en una ocasión había sido acusado por una famosa comisión de investigación inconstitucional puesta en marcha por el comandante en un intento de humillarlo. Aquella triquiñuela solo había tenido un éxito parcial y, en ese momento, Archer, que estaba sentado en una especie de trono de aspecto eclesiástico con inscripciones en letra gótica en el extremo de la sala opuesto a la Tribuna de los Visitantes, se estaba burlando abiertamente de lo que decía Doll. En realidad no era una tribuna, sino una sencilla fila de sillas rígidas al nivel del suelo. La verdadera tribuna, que se hallaba sobre el portal de madera de roble, no fue del gusto del comandante, que todavía se sentía ofendido por el intento inicial de Archer de hacer que él y sus

amigos se sentaran ahí arriba, como si no tuvieran nada que ver con el acto. Era típico de Archer no darse cuenta de que resultaba absurdo tratar de reproducir la Cámara de los Comunes hasta en sus más mínimos detalles. No darse cuenta de lo evidente era su especialidad, como demostraba su trabajo en el regimiento. Probablemente había sido un error nombrarlo presidente de la Cámara en aquella farsa, pero al fin y al cabo él siempre estaba alardeando de sus conocimientos políticos en la cantina. Había llegado muy lejos.

—Pero antes tenemos que negociar inmediatamente la paz con Japón. Los japoneses disponen de un gran equipo armamentístico —dijo Doll. Su voz sonó hueca en la sala, apenas amueblada—. Vamos a necesitar todos los barcos, aviones y hombres que tengan. No será difícil llegar a un acuerdo. Ellos ya están hablando de firmar la paz. A nadie le importa quién se queda con esas islas: lo que cuenta son las bases. Y, con un enemigo común, eso se resolverá muy rápido.

—¿Y qué hay de los chinos? —preguntó el director general de Correos. Era cabo en la unidad de mensajeros del regimiento de paracaidistas, y uno de los pocos recién incorporados que había pasado a formar parte del parlamento.

Doll nunca sonreía, pero adoptó un tono cordial para contestar:

—Muy buena pregunta. La capacidad de negociación de los japoneses se ha mermado en gran medida, así que creo que se los puede amedrentar con el fin de que hagan suficientes concesiones a los chinos para que estos estén calladitos. Desde luego, los yanquis tienen bastante dinero para sobornar a los nacionalistas chinos, al grupo de Chiang, y conseguir que vendan sus pequeñas almas amarillas. Los chinos rojos pueden dar más problemas, aunque por el momento no cuentan demasiado. En cualquier caso, creo que hay bastantes posibilidades de poderlos comprar para que mantengan una especie de neutralidad tácita.

»Pero el verdadero problema es Europa. Ahí lo que hay que hacer es avanzar hasta que nos paren. Nosotros solo pararemos cuando empiecen a disparar, cosa que no creo que hagan hasta dentro de un tiempo. Atacamos Checoslovaquia y Hungría, los Balcanes y el sur de Polonia, si podemos, y avanzamos hasta que nos paren. Entonces atacamos y nos atrincheramos. No pueden tener tropas por todas partes. Luego ya arreglaremos las cosas con los rojos. Es nuestra única posibilidad de salvar a esa gente, para que después luchen a nuestro lado, si es necesario.

»Por supuesto, para todo esto necesitaremos tropas. Para que ataquen y se atrincheren. Hay que parar cuanto antes la desmovilización. Un permiso de veintiocho días en el Reino Unido para todos los que sea posible y después vuelta al trabajo. Ni un solo yanqui volverá a casa si puedo impedirlo: los necesitamos a todos aquí. Hay que reorganizar los ejércitos de Francia, Holanda, Bélgica e Italia. Y alemanes, todos los que podamos conseguir. Es una pena que

malgastáramos toda esa energía matando a tantos alemanes, ¿verdad? Si nos hubiéramos aliado con ellos cuando nos lo propusieron, en 1941, ya habríamos aplastado a los rojos. Pero dejemos ese tema por el momento. Tendremos que volver a poner en pie el Partido Nazi, por cierto. Ellos sí que saben de estas cosas. Quizá el viejo Adolf salga de su escondite, dondequiera que esté, y nos eche una mano. Nos vendría de perlas.

»Bueno, eso es todo. Dejemos que sigan cotorreando en Potsdam y pongámonos en marcha cuanto antes. Creo que hay bastantes probabilidades de que la operación resulte un éxito. Todo el mundo está agotado, pero somos superiores en recursos y en hombres. De lo que sin duda carecemos es de voluntad. Y ese es su punto fuerte. Como conclusión, permítanme decir que, en lo referente a asuntos exteriores, la principal política de mi partido es resistir al avance del comunismo.

Tras terminar su discurso, lo cual era algo inaudito en aquella sala, Doll se sentó. Hubo un gran aplauso, en gran parte debido a lo que había dicho. Haciendo con la cabeza un gesto de asentimiento ante los dos sombríos subalternos que estaban sentados a su lado, el comandante se incorporó juiciosamente al debate. Sabía que debía ser imparcial, pero lo cierto es que nadie podía dudar de que todo el asunto estaba muy bien planteado salvo, quizá, en la cuestión relativa al Partido Nazi, que era, cuando menos, un poco prematura. Sus especulaciones sobre por qué Doll nunca había solicitado que se creara una comisión fueron interrumpidas por el secretario de Exteriores, que zapateó en el suelo y se aclaró la garganta soltando un largo bramido. Hargreaves, cuyo rostro normalmente mostraba varias manchas, se sonrojó por completo. Se le erizaron algunos mechones de su hirsuto cabello y su pecho empezó a subir y bajar, agitado.

—Quisiera preguntar, antes que nada —dijo con voz temblorosa—, si el honorable miembro del parlamento se imagina que es posible que algún gobierno británico adopte las medidas que acaba de enumerar, que lleve a cabo el tipo de política que está describiendo.

Doll lo miró sin hostilidad.

—Claro que no. Es decir, estoy casi seguro de que eso es imposible. Mi propuesta sería rechazada en cuanto el electorado se diera cuenta de lo que se les pide. En cierto modo, sería como pretender que la gente admitiera que ha estado combatiendo en el lado equivocado, ¿sabe? Muchos de sus familiares han muerto luchando en ese bando. Y, además, ya están muy cansados. No, yo diría que las posibilidades...

—Y entonces, ¿qué... demonios? O sea, ¿qué sentido...?

—¿Qué sentido tiene? Tal y como yo lo veo, lo que estamos tratando de averiguar es qué *deberíamos* hacer. No intentamos adivinar lo que el Gobierno

que elijamos *probablemente* haga. Si se trata de hacer una predicción sobre lo que de hecho va a ocurrir, creo que estoy de acuerdo con usted. Es muy probable que al final usted se salga con la suya, sobre todo si el país es lo bastante tonto como para elegir a esos mojigatos socialistas. Lo único que le deseo es que lo disfrute cuando descubra lo que eso significa en realidad.

—¡Señor presidente, señor! —gritó Hargreaves mirando de frente a Archer—. Nunca pensé que iba a formar parte de una Cámara como esta, que es..., que tiene como modelo a la Cámara que hay al otro lado del mar, señor, y que iba a oír a un honorable miembro de la misma admitir que siente admiración por el Partido Nazi, que ha sido responsable de infinidad de crímenes horribles y al que, al Ejército alemán, quiero decir, hemos estado combatiendo durante tantos años... Y ahora oigo que esas mismas palabras, o tal vez ahora quiera...

—Yo no he dicho que sienta admiración por el Partido Nazi, y no lo diría jamás. Su política racial era una insensatez y su atractivo se basaba en la histeria colectiva. No, solo estaba argumentando que en una situación desesperada como la nuestra se necesitan todos los aliados posibles, sobre todo si son capaces de organizarse y combatir. Y sabemos muy bien que los nazis son más que capaces de hacerlo.

—No es de extrañar que quiera aliarse con los nazis. Usted es un agresor, usted quiere agredir: ¡usted quiere atacar a los rusos! Millones de rusos han muerto para evitar que los nazis conquistaran el mundo... En serio, ¡cómo puede estar tan loco...!

La voz del secretario de Exteriores fue bajando de volumen. La Cámara quedó sumida en un completo silencio. Todos cruzaban los dedos para que ningún cabrón tiquismiquis exigiera orden de nuevo.

—Los nazis jamás habrían podido conquistar el mundo —dijo Doll con rotundidad—. No eran suficientes y estaban confinados en un único país. Los rojos forman parte de una conspiración internacional. Y, además, mis propuestas son exclusivamente defensivas. Lo que me interesa es resistir al comunismo, como acabo de explicar, no atacarlo. Es demasiado pronto para eso, o tal vez demasiado tarde. Los comunistas han recibido un único ataque, y nosotros fuimos tan estúpidos que no participamos en él. Y ahora quizá alguien más quiera...

—¡Fascista! —gritó Hargreaves—. Mano dura, eso es lo que usted quiere, ¿verdad? El abuso de la fuerza. El empleo de la cachiporra. Conozco a los de su calaña, Doll. Hay gente como usted en Inglaterra, por todas partes, en todo el maldito Imperio, en África y en la India... Muy finos cuando están en el club bebiéndose su copa de *brandy* con soda, pero después se van a sofocar una huelga a puñetazo limpio o a azotar a unos negros o... Son todos iguales. Y los que lo

han aplaudido... –Recorrió la sala con la vista, sin parpadear, y se cruzó con la mirada del comandante—. Tendría que darles vergüenza. Son unos asesinos. Van a perder. Están de parte de la muerte. La historia les dará su merecido. Auden se lo advirtió, pero no lo escucharon. ¡No quiero estar en la misma sala que ustedes!

La emoción sincera anima una aburrida sesión parlamentaria. Hargreaves no había llegado aún a la impresionante puerta de salida –que no tenía más de veinte años, pero, para un observador inglés, evocaba un sólido medievalismo teutón– cuando comenzaron los comentarios y las protestas. Doll se alisó el abundante cabello negro y lacio. Archer y el subsecretario parlamentario del Ministerio del Interior contemplaron la retirada de Hargreaves con la misma expresión. El comandante se sonó la nariz y se guardó el pañuelo color canela pálido en la manga de la chaqueta de su uniforme de combate. Su rostro tranquilo disimuló cierta emoción al recordar (no tenía ningún interés en hacer demasiados esfuerzos por ocultar su capacidad de tomar decisiones rápidamente) que Archer era el oficial al mando de la sección de Hargreaves y, como tal, era responsable de todo lo que este hiciera.

II

— ¿Algo interesante esta mañana, Wilf?

El comandante Raleigh colgó el sombrero de su traje de servicio, que, desafiando su propio decreto, solía llevar con el uniforme de combate, en el picaporte de bronce de la puerta de la librería. Al otro lado del cristal, además de un par de docenas de libros maltrechos en una o dos lenguas extranjeras, se apilaban un montón de jarrones y aguamaniles de porcelana pintada que el comandante estimaba que serían del siglo XVIII o XIX. Los había conseguido en diversas casas y tiendas de la zona, aunque a veces se preguntaba para qué los quería.

El capitán Cleaver miró con apatía un bloc de notas que tenía sobre la mesa.

— No lo creo. Hay que ir a buscar el dinero para las pagas.

— Mande a uno de los tipos de los cables. Ya va siendo hora de que hagan algo para ganarse el sueldo.

— Bueno, está lejos, ¿sabe, comandante?

— Tanto mejor.

— No..., pensaba que quizá a alguno de los nuestros le apetecería salir un rato de aquí.

— Ah, ya le entiendo. Vaya usted si quiere, Wilf.

— Bueno, la verdad es que tenía la esperanza de poder darme una vuelta por la tienda de oficiales, si no me va a necesitar aquí. El banco está justo en dirección contraria.

— Entonces pregúntele al paracaidista ese, Pinch o Finch o como se llame. Últimamente parece un poco deprimido.

— Winch. Sí, a mí también me da esa impresión. Aquí debe de sentirse como un pez fuera del agua. Nunca pasa nada. Debía de ser muy distinto en Arnhem: ahí sí que había acción. Demasiada para mi gusto, en realidad. Pero supongo que él lo echará de menos, ¿no cree?

— ¿Qué? — El comandante, que se encontraba junto a la bandeja donde le dejaban la correspondencia, miró por encima de sus gafas de leer. Estas no conseguían que pareciera aplicado, sino más bien un niño desvalido en clase de recuperación —. ¿Que echa de menos qué?

— Ya sabe: la acción, las grandes explosiones y todas esas cosas que hay en Arnhem. Le estaba preguntando si usted creía que lo echa de menos.

— ¿Quién?

— Winch, el paracaidista.

— ¿Cómo demonios voy a saber qué echa de menos y qué no? Y no estuvo en Arnhem, se lo pregunté. Lo eximieron del salto en el último minuto porque enfermó de disentería.

— Me parecía recordar que dijo que...

— Y tampoco participó en el salto de Normandía.

— Bueno, eso estaba claro, ¿no? En Normandía estuvo el Sexto Escuadrón. En Arnhem estuvo el Primero.

— Sí. Oiga, Wilf, ya que va a ir a la tienda de oficiales, hay un par de cosas que me gustaría encargarle, si no es molestia.

— Claro, comandante, desde luego. — Cleaver pasó las páginas de su bloc hasta que encontró una en blanco, contento ante la posibilidad de tener por fin algo que escribir. Sujetó el lápiz con expectación —. Bueno, dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

— Media docena de pañuelos, de los de seda. Por aquí no parece que nadie planche. Tres pares de calcetines finos, talla cuarenta y dos. De los que no tienen elástico. Si solo hay de los que tienen elástico, no me traiga nada. ¿Corbatas? No, tengo de sobra.

El comandante se quedó absorto.

— ¿Alguna otra cosa, comandante? — preguntó Cleaver.

— Un momento, estoy pensando... Esas camisas estadounidenses. ¿Usted sabe si les queda alguna?

— Bueno, probablemente. Me dijeron que iban a recibir más.

— Compruebe que son las mismas. Como la que llevo ahora. ¿Ve...? ¡No está mirando!

— Sí que estoy mirando, de verdad, señor. Ya sé cuáles son.

— Asegúrese de que el cuello es igual. Tráigame tres. Treinta y nueve centímetros de cuello.

— Muy bien.

— Espere un momento. — El comandante se acarició el cuello. Sus ojos azules parecieron a punto de salirse de sus órbitas—. Digamos mejor cuarenta, por si acaso. Haremos cuentas cuando vuelva, ¿de acuerdo?

— Muy bien, comandante. Ah, por cierto, quería decirle...

—¿Qué?

—Llamaron por teléfono del Control de Movimientos de Hildesfeld. Solo querían ponernos sobre aviso: mandarán un teletipo esta tarde con toda la información detallada. Un pelotón de la Infantería Ligera de Montgomeryshire va a desplazarse a la zona mañana y nos piden que los ayudemos a encontrar alojamiento. En principio, iban a estar de guardia en uno de los campos de refugiados, pero este cerró hace un par de días y por eso no tienen dónde...

—Pero no es responsabilidad nuestra encontrarles un sitio. No son Señales — dijo Raleigh con ansiosa severidad, como si en el pelotón mencionado hubiera alguien que tuviera una información muy peligrosa sobre él, alguien que lo hubiera visto haciendo trampas a las cartas o torturando a un prisionero.

—Lo sé, pero no parece que les importe. De esa gente se debería encargar la Compañía Administrativa, como es habitual. Es solo que... Bueno, el capitán en Hildesfeld debe de pensar que con nuestro conocimiento de la zona podríamos serles de mucha utilidad a esos tipos de la Infantería Ligera India. Que sabríamos dónde buscar y que les ahorraríamos tiempo. Solicitan que les prestemos un oficial y un sargento durante un día o dos. No hay nadie en el Control de Movimientos que pueda hacerse cargo de algo así y, si lo hubiera, no podrían prescindir de él. En esa unidad están liadísimos.

Perdido en sus propias divagaciones, el comandante casi no oyó estas últimas palabras. En las semanas que habían pasado desde el final de la guerra, y sobre todo desde que la mayor parte de la unidad se había ido a Potsdam, le habían obsesionado y atormentado sueños de triunfo, de conseguir cierto renombre o, por lo menos, un ascenso. En uno de ellos, que nunca había llegado a visualizar con total nitidez, se producía un levantamiento nazi en la localidad y él lo aplastaba con único golpe de mando, rápido e implacable. En otro, que aparecía revestido de un cierto toque de comicidad, el oficial al mando de las comunicaciones en Potsdam era despedido ignominiosamente y sustituido de inmediato por él: «¿Dónde está Raleigh? Id a buscar a Raleigh. Solo hay un hombre capaz de hacer este trabajo, y ese es Dick Raleigh».

Tenía otros sueños que producían efectos más duraderos, aunque menos profundos. Había tomado todas las medidas que estaban en su mano para convertir en realidad su tercer sueño. A lo largo del último mes, había escrito tres memorandos semioficiales al general de Señales del cuartel general del ejército local en los que planteaba que, si la guerra contra Japón se alargaba mucho más, probablemente sería necesaria una nueva unidad de Señales en toda regla, y que las tropas que estaban bajo sus órdenes, que sin duda eran heterogéneas pero que tenían un alto nivel de entrenamiento, podrían conformar una base inmejorable para tal unidad. Él mismo, había declarado, no deseaba otra cosa que seguir vistiendo el uniforme después de la fecha prevista

para su dispensa. De hecho, le gustaría seguir llevándolo indefinidamente, si se le permitía servir como oficial al mando de dicha unidad.

El primer memorando había recibido una respuesta muy formal, y los otros, ninguna en absoluto. Como pasaban los días sin que en el cuartel general del ejército local alguien se pronunciara, y cada vez llegaban más noticias sobre los reveses que sufrían los japoneses, el comandante fue poco a poco concentrándose en su cuarto sueño. Este se lo habían inspirado lo que podrían denominarse los caprichos de la geografía militar. El pueblo de tamaño mediano en el que vivían él y sus hombres había resultado pertenecer, desde el punto de vista administrativo, a una cabeza de línea ferroviaria pequeña pero importante, la de Hildesfeld. La gente del Control de Movimientos se enfrentaba al difícil reto de tener que enviar al personal hacia el oeste aproximadamente tres veces más rápido de lo que se lo permitían sus medios, por lo que había que buscar alojamiento para todos los soldados que se iban acumulando en esa zona a la espera de ser trasladados. Lo que venía más a mano era acomodarlos en el pueblo en el que se encontraba el comandante y en sus alrededores. El comandante se había encargado personalmente de establecer las comunicaciones entre la cabeza de línea y las tropas de la división acorazada —que carecían de tanques—, las secciones de artillería —que carecían de cañones—, los destacamentos de reconocimiento —a los que ya no les quedaba nada por reconocer— ... En definitiva, todos aquellos a quienes el destino o los antojos de la administración hubieran llevado a un punto cercano.

Si la situación se prolongaba, las autoridades tendrían que tomar cartas en el asunto. Otra clase de hombre podría haber detectado una analogía con las experiencias vividas en los territorios de las antiguas colonias cuando estaban a punto de convertirse en estados, pero el comandante simplemente comenzó a considerarse a sí mismo una especie de jefe de zona al nivel de un teniente coronel. Solo había un oficial de ese rango viviendo en los alrededores, que se supiera. Se trataba de un joven ingeniero que estaba esperando un traslado inminente. Se rumoreaba que se pasaba la mitad del tiempo bebiendo *schnapps* en el dormitorio de una granja y la otra mitad conduciendo por el campo en busca de más *schnapps* a una velocidad que sugería que tal vez la muerte le proporcionaría un traslado antes de que pudiera hacerlo la administración. De los cinco o seis comandantes que había por la zona, Raleigh era superior en grado a tres de ellos y llevaba por allí más tiempo que ningún otro, según demostraron sus indagaciones. «Teniente-coronel R. W. Raleigh, Bat. de Señales». Sonaba muy verosímil, al igual que «Asociación Conservadora de Winkworth (Oeste). *Presidente*: Coronel Richard W. Raleigh».

—Muy bien, Wilf —dijo el comandante—. Me ocuparé de ello. ¿Alguna otra cosa?

—Sí, quiero preguntarle algo más sobre la tienda, señor. Supongo que no supondrá ningún problema si traigo una o dos cosas para alguno de los chicos, ¿verdad?

El comandante frunció el ceño. Ese era su fruncimiento de ceño de comandante: su fruncimiento de ceño para invocar la responsabilidad, su fruncimiento de ceño al detectar algún descuido, su fruncimiento de ceño por tener que ocuparse de algo que no le correspondía... Mantuvo el ceño fruncido un rato y finalmente dijo:

—No sé si es una buena idea.

—No veo por qué. Todo está muy tranquilo últimamente. Al fin y al cabo, ya no estamos en guerra. No veo qué mal le puede hacer a nadie.

—No estoy de acuerdo con usted, muchacho. Ahora que los chicos tienen tanto tiempo libre es especialmente importante mantener la disciplina. No ayuda nada que estén probándose zapatos, corbatas y no sé qué más. Estamos hablando de una tienda de oficiales, no de una sastrería para caballeros coquetos. ¿Por qué cree que los oficiales están obligados a llevar uniformes distintos a los de sus hombres? Para marcar la diferencia en su estatus, por supuesto. Eso es de suma importancia.

—Ya lo sé, comandante. —Clever estaba insistiendo demasiado, cosa inusual en él—. Pero eso está cambiando, ¿sabe? Ayer, sin ir más lejos, vi en la centralita a un par de tipos que llevaban unos chaquetones Mackinaw de esos que...

—Son del grupo de Archer. Ya le he llamado la atención al respecto. Hay demasiado espíritu de camaradería en estos últimos tiempos, y eso no me gusta nada. No es... saludable. De todas maneras, ¿para quién eran esas cosas que pensaba comprar?

—Bueno, evidentemente a Doll le vendrían muy bien un par de camisas nuevas, y el brigada mencionó algo sobre unos pares de zapatos, aunque no dijo para quiénes eran. Mi asistente también me pidió...

El fruncimiento de ceño del comandante, que casi había desaparecido, regresó, pero con un matiz distinto, que indicaba que tras él se escondía alguna clase de idea.

—En ese caso es diferente. Doll sabe que estas cosas son un privilegio, y no es de los que abusan. Y el brigada ha hecho un trabajo de primera categoría en un momento bastante complicado... —Y, podría haber añadido el comandante, un trabajo de cinco estrellas Michelin aprovisionando de gasolina a una cadena de civiles que llegaban hasta Arromanches, en la costa normanda—. Si necesita un par de zapatos o dos, no tengo que objetar nada al respecto. En cuanto a su asistente... Bueno, considero que eso es una cuestión personal entre ustedes dos.

Los asistentes siempre han disfrutado de pequeños privilegios, es una tradición. Sí, muy bien, Wilf.

—Gracias, comandante.

—Ha hecho muy bien en preguntarme, de todos modos —dijo Raleigh enfáticamente, dejándole al otro bien claro lo mal que haría en no consultarle en el futuro, y se dispuso a examinar un montón de informes sobre los vehículos. Sabía bien lo que dirían, ya que la situación de los medios de transporte, como la de casi todo lo demás, había permanecido invariable durante semanas. Aunque el pequeño esfuerzo que implicaba la obligación de dar forma de comunicado a lo que era evidente para todo el mundo ayudaba a que las distintas secciones mantuvieran la disciplina, o por lo menos a que no se relajaran demasiado.

Cleaver hizo girar la manivela de su teléfono y dijo:

—Con la sección de paracaidistas, por favor... ¿Qué? ¿Cuándo fue eso? Ya entiendo. ¿Hay alguien ocupándose de ello? Bueno, avíseme cuando esté arreglada, ¿de acuerdo? Escuche, comandante.

Raleigh levantó la vista con cansancio, como si llevara concentrado todo el día en los informes sobre los vehículos.

—¿Qué pasa?

—La línea de los paracaidistas no funciona. Parece que tendré que ir a hablar con Winch personalmente.

—¿Con Winch?

—Sobre lo de la paga. Habíamos decidido...

—¡Ah, sí! Que Doll mande a alguien. Está aquí al lado.

Mientras Cleaver volvía a hacer girar la manivela de su teléfono y hablaba, el comandante miró hacia la bandeja donde le dejaban la correspondencia por segunda vez y después usó su propio aparato.

—Pásame con la oficina de Señales... ¿Es la oficina de Señales? Aquí el grupo de mando de Señales... Soy el comandante Raleigh. ¿Con quién hablo?

—Con Archer, señor.

—Frank, ¿qué ha pasado con el resumen de comunicaciones de la mañana? Se supone que tenía que estar sobre mi escritorio a las nueve en punto.

Sentado frente a su mesa de caballete en el granero amplio y espacioso donde estaba instalada la oficina de Señales, Archer se sonrojó.

—Ya lo envié, señor. Hace casi dos horas.

Este involuntario recordatorio de lo tarde que, presuntamente, el comandante

había comenzado su trabajo matinal no fue bien recibido.

—No me importa cuánto hace que le parece que lo envió, Frank. Aquí no está.

—Solo dice una cosa, señor. La línea de la sección de Paracaidistas no funciona. Por lo demás...

—Ya lo sé, pero esa no es la cuestión. Vaya a echar un vistazo para ver lo que está ocurriendo y después venga a informarme. De todas maneras, quiero decirle un par de cosas.

Soltando un suspiro, Archer se puso de pie y se estiró. A su alrededor reinaba la inactividad. Un teletipo solitario repiqueteaba en un rincón. Un cabo con gafas leía una novela de bolsillo enfrente de la estantería de madera y tela en la que se archivaban los mensajes. Habían vaciado las baldas a medianoche y ahora solo contenía media docena de exiguas remesas de telegramas. Dos hombres estaban jugando al ajedrez mientras el celador, un soldado de infantería maduro y con aspecto de delincuente procedente de las Highlands, los miraba con cierto asombro. El encargado de las localizaciones estaba ocupado con la goma de borrar, eliminando lo que debía de ser uno de los últimos indicios oficiales de otra unidad extinta.

—¡Hargreaves! —dijo Archer, alzando la voz.

Hargreaves lo miró angustiada, apagó su cigarrillo de forma que pudiera continuar fumárselo más tarde y después acudió a toda prisa. La chaqueta de su uniforme de combate, en vez de abrirse en la parte superior mostrando un cuello y una corbata, estaba abotonada hasta arriba, ceñida a la garganta. Debía de ser uno de los últimos hombres del Ejército británico en aprovechar la reciente concesión sartorial. Sin lugar a dudas, el estilo antiguo le exigía menos tiempo y energía.

—¿Sí, señor Archer? —dijo.

—Llevó usted el resumen de comunicaciones al grupo de mando, ¿no?

—¿El qué, señor Archer?

—Esos papeles que le di para que los llevara al despacho del comandante. Los llevó, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Se los entregué en mano al capitán Cleaver, que estaba ahí.

—¿Está seguro?

—Sí, completamente, señor Archer.

—¿Está dispuesto a jurarlo? —Archer sonrió con complicidad—. Están tratando que parezca que no se lo envié. Usted testificaría a mi favor si tuviera que enfrentarme a un consejo de guerra, ¿verdad?

Hargreaves parecía preocupado.

—No entiendo muy bien lo que quiere decir, señor Archer, pero si hay algún problema, puede contar conmigo para...

—No importa, Hargreaves, solo estaba tomándole el pelo... Un buen espectáculo el que montó anoche en el parlamento, por cierto. Quería decírselo.

—Muchas gracias, señor Archer, es usted muy amable... ¿No le pareció un poco... exagerado? Lo del final, ya sabe.

—En absoluto, estaba más que justificado. A esa clase de gente hay que ponerla en su sitio de vez en cuando. Siga así. Ah, y me pareció que lo de Auden encajaba a la perfección. No sabía que le gustaba a usted su poesía.

—Solo he leído algunas de sus obras, señor.

—Ya entiendo. —Archer se dio cuenta de que no había dejado de sonreír—. Muy bien, eso es todo, Hargreaves. Gracias.

—Gracias a usted, señor.

Sobre la mesa de Archer reposaba una carta que había estado escribiéndole a un amigo suyo de Oxford que, como la mayor parte de sus contemporáneos, había sido declarado no apto médicamente para el servicio militar. Se podría decir que este amigo había sido doblemente afortunado, ya que una de sus múltiples neurosis le impedía recibir órdenes. El texto de la carta incluía expresiones de odio y de tristeza, información no solicitada acerca de lo que las dos novias de Archer, que estaban en Inglaterra, le habían escrito últimamente y preguntas sobre algunos discos de *jazz*. Colocó encima de ella el diario de la oficina de Señales —su única entrada de la mañana decía *0840. DE SERVICIO EL TENIENTE F. N. ARCHER*— y le dijo al sargento Parnell, el superintendente, adónde iba. Después se puso su ridícula boina caqui y se marchó.

Fuera, la luz del sol era intensa. Hargreaves estaba a la sombra, apoyado contra la esquina del granero de madera y hablando con un operador de la centralita que se llamaba Hammond, que, entre otras cosas, era el subsecretario parlamentario del Ministerio del Interior. Miró inquisitivamente a Archer con sus ojos castaños.

Archer avanzó por el patio dejando a un lado a un mensajero que dormitaba sobre un montón de paja y cruzó la calle en dirección al edificio de la escuela. Iba pensando que cada vez le hacía menos gracia el extraño comportamiento, que últimamente se había enrarecido aún más, del comandante. Por ejemplo, el placer no disimulado de Raleigh cada vez que una nueva formación se desplazaba a la zona y le daba la oportunidad de tender una línea e instalar un teléfono, una comodidad que resultaba muy molesta para sus beneficiarios, que

en la mayoría de los casos habían pasado casi toda la guerra demasiado cerca de uno de esos aparatos y no podían concebir nada mejor que estar incomunicados. El comandante casi había llegado a emborracharse — nunca se emborrachaba del todo— para celebrar que había conseguido endilgarles un puesto de comunicaciones especial y un enlace de radio a las autoridades de un área de refugiados que estaba a punto de evacuarse. Daba la sensación de que creía que, para un grupo como el suyo, que había posibilitado la mitad de las comunicaciones del cuartel general durante la guerra, dedicarse a esa clase de cosas era cumplir una misión vital y perentoria. Ya ni siquiera se molestaba en justificar el mantenimiento de una oficina de Señales con la excusa de que servía para tener ocupados a los muchachos.

El mismo cambio de actitud había tenido lugar en relación a su carretera. El bulevar que atravesaba el campamento, demasiado corto como para tener ninguna importancia salvo por la energía empleada en su construcción, y por otra parte completamente innecesario debido a que el verano allí era muy seco y no crecía maleza que dificultase el paso por los caminos, se extendía en su imaginación hasta formar una red de carreteras que comunicaban el resto de zonas de su dominio tribal. Archer ya se veía haciendo tareas de supervisión, observando cómo retiraban la basura y los escombros, rastreando el pueblo en busca de más carretillas, conduciendo hacia el destacamento de los ingenieros para pedirles prestadas algunas más. Hitler también había sido, en cierto modo, ridículo, pero uno habría tenido que vivir en Valparaíso o algún otro lugar lejano para que le hiciera gracia.

Una escalera de madera pintada de verde conducía a la entrada lateral de la escuela. En ella estaba sentado el sargento Doll, que trataba de mejorar su bronceado. Con la afabilidad del dueño de un *pub* ante la visita de un cliente habitual y despilfarrador, gritó desde la distancia:

—¡Buenos días tenga usted, señor Archer! ¿Cómo se encuentra esta bonita mañana, señor?

—Ah, harto... —dijo Archer sin pensar.

—Vaya, pues yo no, señor. No me importa reconocerlo. —Doll no se levantó para dejar pasar a Archer—. Tengo comida y una cama decente, muy poco trabajo y nada en lo que gastarme la paga. Y nadie me molesta. Estoy en la gloria, señor.

—Sí que lo está, ya se ve.

Archer, que observaba a Doll desde la parte baja de la escalera, se dio cuenta de que este no tenía ni un solo pelo en la nariz, lo cual producía el efecto de hacer que su bigote pareciera, si no falso, como mínimo un fenómeno aislado.

—Bonita trifulca la de la Cámara de los Comunes de anoche, ¿verdad, señor? Demuestra que ese tipo, Hargreaves, está un poco desequilibrado, ¿no? Típico de los rojos. Debe de haber algo en esa filosofía en concreto que atrae a esa clase de gente. Tener al señor Hargreaves en su sección debe de ser fascinante. No sé cómo puede aguantarlo, señor, se lo digo en serio. Yo me habría librado de él hace mucho tiempo.

—No, no es para tanto, en absoluto. Es un hombre educado, al fin y al cabo.

—En mi opinión, eso lo hace veinte veces peor, señor. La corrupción de los mejores es la peor de las corrupciones. He leído eso en alguna parte. Seguramente usted sabrá quién lo dijo, señor, ¿verdad?

Archer lo miró con aspereza, pero en la mirada que le devolvió Doll no captó ni pizca de mala intención.

—Es una frase latina — dijo Archer —. Creo.

—Sin duda, señor. La verdad es que es una lástima que Hargreaves montara ese espectáculo. A mí me pareció que echaba por tierra su propio argumento. ¿No está de acuerdo, señor?

Hubo una pausa mientras Archer recordaba el que tal vez hubiera sido su único acto interesado desde que había pasado a formar parte de la compañía: la Nochebuena anterior había dejado media botella de *whisky* sobre el escritorio de Doll. Desde entonces, el comandante, que solía contar con Doll como confidente, había descubierto que las pequeñas desagradables sorpresas que le preparaba a Archer, como las inspecciones sin previo aviso de la oficina de Señales y cosas de ese tipo, por algún extraño motivo no lo pillaban desprevenido. Con bastante retraso, Archer estaba descubriendo las leyes por las que en realidad se regía el ejército. Por ejemplo, que era un ámbito único para los sujetos con ansia de venganza, y que el desacuerdo sobre cuestiones aparentemente triviales provocaba ese despreciable sentimiento con bastante frecuencia. Ahora sabía que el edecán de la unidad, que por supuesto se había ido a Potsdam con los demás, había sido de esa clase de personas: cuando elegía a los oficiales más jóvenes para las tareas más complicadas no lo guiaba tanto el capricho como el recuerdo de quién se había mostrado en desacuerdo con su opinión en la cantina, aunque el tema de la controversia fuera la literatura o el tiempo. A veces la tendencia del edecán a confundir los nombres (algo sorprendente en un defensor acérrimo de la atención al detalle) dotaba a sus elecciones de una involuntaria imparcialidad. Archer había tenido dos años para pensar por qué le había tocado a él una misión titánica, consistente en recoger un nuevo tipo de aparato de transmisión en línea, que implicaba realizar un viaje de ida y vuelta cruzando tres cuartas partes de Inglaterra en el gélido mes de enero y dormir dos noches consecutivas en un vagón de tren sin calefacción. Ahora estaba casi

seguro de que lo había elegido a él porque un subteniente llamado Belcher, a quien Archer esperaba no parecerse en absoluto, le había llevado la contraria al edecán, uno o dos días antes, en una discusión sobre *Alicia en el País de las Maravillas*. Pero cuando el edecán llegó a conocer mejor a sus subalternos, esas injusticias dejaron de ser tan frecuentes, aunque ese cambio no supuso una mejora demasiado grande para Archer.

A esas alturas, aún no había logrado descubrir cómo era Doll en realidad. Archer consideraba que no sería sensato arriesgarse a atenuar el efecto que había producido esa media botella de *whisky* diciendo lo que pensaba sinceramente sobre el arrebató de Hargreaves y, por lo tanto, de un modo inevitable, lo que opinaba sobre el enfoque político de Doll. El régimen del comandante se acercaba indudablemente a su fin, pero los últimos días bajo su mando podían quedar marcados por una violenta controversia moral. Archer no podía permitirse irritar a nadie que gozara de influencia, de manera que dijo con decisión:

—Sí, fue demasiado lejos. Creo que hoy lamenta todo lo ocurrido. Espero que no se haya sentido ofendido.

—No, no, señor. Tengo mucho aguante. A mí me parece que, en realidad, esa actitud acabará ayudando a los míos. Ese Gobierno va a caer pronto, escuche bien lo que le digo. Quería ver al comandante, ¿verdad?

—Sí, pensaba pasar a verlo.

—Ahora está con el capitán Cleaver... Ah, aquí viene el capitán.

Doll se levantó para dejar paso a Cleaver. Archer sonrió al capitán, a pesar de que Cleaver era el único oficial de todo el destacamento por el que no sentía nada más que desprecio. El edecán lo había preparado para llegar a lo más alto y al final había sido rechazado por incompetencia técnica: un logro tremendo. Sin embargo, había logrado hacerse con la capitanía.

—Hola, Wilf —dijo Archer.

—¡Ah, hola! —le contestó Cleaver, expresando con su tono de voz cierta sorpresa ante el hecho de que Archer se hubiera dirigido a él con tanta familiaridad. Con aquellos guantes y su pequeño bastón parecía más que nunca un oficial británico de los que retratan en los manuales militares alemanes—. El comandante lo está esperando.

El comandante miraba por la ventana. Una vaca que llevaba un gran sombrero de trapo acababa de pasar corriendo por su carretera (conocida por todos menos por él como «el callejón de Raleigh») y después había girado para subir por la calle que llevaba al barracón de la sección de Radio. Una carcajada fuerte y boba se elevó desde algún lugar cercano y se quedó flotando en el aire. Tal vez tuviera

que ver con la aparición de la vaca... En cualquier caso, la combinación de ambos fenómenos despertó la curiosidad del comandante y, al mismo tiempo, lo deprimió. Para él, ese momento simbolizaba la creciente anarquía y la lenta desaparición de la disciplina, la seriedad y el sentido de sus actividades. Sintió que, de algún extraño modo, aquello estaba relacionado la posibilidad de que los laboristas ganaran las elecciones. Al margen de algunos hombres insignificantes y brutos como Hargreaves y Archer, no conocía a nadie en el regimiento que confesara haber votado por poderes a los laboristas. Durante una reciente visita a la cantina de Hildesfeld había estado preguntando a sus anfitriones, con toda la intención, sobre esa cuestión, y siempre había oído la misma historia. Las cartas de su esposa decían que nadie reconocía apoyar a los laboristas en toda la ciudad, y que todo el mundo sentía una gran pena por el pobre señor Jack, el candidato laborista. Aun así, el comandante estaba preocupado. Algo monstruoso e indefinible crecía y cobraba cada vez más fuerza, algo que se mostraba hostil a su acento y a su gusto en el vestir, a su modesto cargo de director, a lo que ambicionaba para sus hijos y a su casa de ladrillo rojo de Purley con su pista de tenis en el jardín trasero.

Alguien llamó a la puerta. El comandante contestó: «¿Sí?», y comenzó a hablar en el mismo momento en que Archer cruzaba el umbral, una técnica que alternaba con la habitual: hacer esperar a la gente.

— Bueno, Frank, ¿dónde está el resumen de comunicaciones?

Archer se acercó a la mesa de Cleaver y al instante cogió un formulario escrito con una tinta azul clara y con algunos añadidos manuscritos.

— Aquí está, señor.

El comandante lo cogió y regresó a su asiento. En general, parecía bastante tranquilo.

— En cuanto al tema del parlamento, Frank, no estoy nada contento al respecto.

— Lamento oír eso, señor.

— Estoy pensando muy en serio ponerle fin.

— No creo que sea necesario, señor.

— Esa desagradable intervención de Hargreaves anoche... ¿No podía usted haberla evitado? Al fin y al cabo, como presidente de la Cámara, debe de tener alguna... Y como oficial, usted...

— Creo que solo por la fuerza habría podido...

— No hay nada peor que ese tipo de exabruptos para la disciplina. Si los muchachos empiezan a pensar que pueden ir tranquilamente y...

—No estoy de acuerdo en absoluto, señor.

El comandante entornó los ojos.

—¿Qué?

—Así tienen la oportunidad de desahogarse, ¿sabe? Ahí se relajan, no importa el rango de cada cual. Hay una especie de consenso respecto a eso. Hace un momento acabo de comentar lo de anoche con Doll y, evidentemente, no se siente para nada ofendido.

—Esa no es la cuestión. Y, si es cierto que no importa el rango, ¿por qué no se permite a los oficiales y a los brigadas participar, en vez de tener que limitarse a contemplar el espectáculo desde sus asientos? He dejado que usted hiciera lo que le pareciese, porque era quien organizaba todo, pero nunca he llegado a comprender su punto de vista.

—Bueno, señor, aunque oficialmente en el parlamento los rangos no cuentan para nada, no creo que los muchachos puedan olvidarlos con tanta facilidad. A lo mejor se atreven a poner en su sitio al cabo de otra sección, pero no creo que se atrevieran a contravenir, eh..., por ejemplo, a Wilf Cleaver.

—Hmmm. No creo que los chicos sean tan estúpidos como los pinta.

Archer se encogió de hombros.

—Dígame, Frank. Hay una cosa que me he preguntado muchas veces. ¿Por qué se aferra a Hargreaves cuando ha tenido tantas oportunidades de librarse de él? No es bueno tener un tipo como ese en la sección: baja la moral de los demás.

—Es que me parece... que está más o menos integrado. No es que lo quieran demasiado, pero por lo menos lo toleran. En cualquier otra parte lo pasaría mucho peor.

—¡Pero, hombre, por el amor de Dios! La función de una sección de Señales no es proporcionar un hogar a los perros callejeros ni amamantar a los huerfanitos. Forma parte de la gran máquina de guerra y, por tanto, se supone que tiene que ser una unidad eficaz.

—No creo que Hargreaves pueda hacer mucho daño a nuestra causa.

—Tal vez debiera recordarle, Frank, que llevamos uniforme y que nuestro país sigue en guerra. No estamos aquí de vacaciones precisamente.

De pie frente a la mesa del comandante, Archer volvió a encogerse de hombros y apoyó las manos en las caderas. Se fijó entonces en un texto enmarcado que decía: *ICH WILL MICH FREUEN DES HERRN UND FRÖLICH SEIN IN GOTT.*

—Ahora confidencialmente, muchacho, ¿qué le pasa a Hargreaves? ¿Qué problema tiene?

– Es muy sencillo, señor. No le gusta el ejército.

El comandante soltó una extraña carcajada.

– Supongo que, si nos dieran a elegir, muy pocos de nosotros querríamos estar aquí. Si uno no es un completo cretino, sabe que se trata de cumplir un deber. Un deber muy importante. Supongo que estará usted de acuerdo conmigo, ¿no?

– Claro que sí, señor. Y Hargreaves también lo tiene muy claro. Pero lo que lo deprime no es estar en el ejército. Es el ejército en sí.

– Me temo que está siendo demasiado sutil para mí, Frank.

– Bueno, por lo que yo entiendo... No es un hombre con el que resulte fácil hablar, pero, tal como él lo ve, en el ejército la gente se ha permitido tratarle de un modo que nunca hubiera sido empleado en la vida civil. Nuestro sistema de organización pone el poder en manos de tipos que nunca lo han tenido antes, al menos no esa clase de poder. Ellos lo emplean para infligir dolor y comportarse injustamente con otros tipos a quienes odian por motivos personales. Según Hargreaves, así es como funciona el ejército.

– Frank, esas manos – dijo Raleigh. Esperó hasta que Archer se quitó las manos de la cadera y las puso detrás de la espalda para continuar –. Bueno, sea cual sea la opinión del amigo Hargreaves sobre el ejército, puede decirle de mi parte que más vale que guarde las formas.

Hasta ahora he intentado mantener íntegra la compañía original, en la medida de lo posible. Me he ocupado personalmente de que fueran los recién llegados quienes eran enviados a nuevos destinos cuando nos solicitaban hombres desde el cuartel general. Pero siempre queda algún puesto disponible para un tipo con las cualidades de Hargreaves, o con su falta de cualidades, mejor dicho, y puedo hacer que se largue de aquí en cuanto me venga en gana. Si hace una sola tontería más, me encargaré de que tome el primer barco rumbo a Birmania. ¿Ha quedado claro?

– Sí, señor. Se lo diré.

– Y ¿qué es lo que pasa entre él y el joven Hammond?

– ¿Que qué pasa? Nada, que yo sepa. Son amigos. Hammond es casi el único muchacho con el que habla Hargreaves.

– ¿Eso es lo único que hace con él? ¿Hablar?

– No sé adónde quiere llegar, señor.

– Sí, claro que lo sabe, Frank, no me venga con chorradas. Si la mitad de lo que me cuentan es cierto, hay algo bastante repulsivo en esa amistad, como usted la llama.

– Puedo ir a buscar a Hargreaves y a Hammond ahora mismo, señor, si así lo desea, y usted puede traer a quien le haya contado eso y hacer que lo repita delante de ellos. Y también delante de mí, por supuesto, como oficial de su sección.

– No hay ninguna necesidad de hacer algo así, muchacho. Solo le estoy advirtiéndole, como amigo, que no baje la guardia. No querrá que haya un escándalo en su sección, ¿verdad? Hammond es un buen chico y no me gustaría que se metiera en líos. Si las cosas salen como deben, quizá lo recomiende para un pequeño ascenso. Bueno, supongo que será mejor que vuelva a la oficina de Señales. Lamento haberlo retenido tanto tiempo, pero no me quito este asunto de Hargreaves de la cabeza.

– Sí, señor.

– Ah, antes de que se vaya, Frank, ¿hay noticias de *El fin del viaje*?

– El bibliotecario de Hildesfeld dice que hará todo lo posible por conseguir un ejemplar, pero lleva descatalogado varios años. Al parecer, la Liga Teatral Británica está preparando una nueva edición.

– Bien. Espero que al menos me consigan uno. Será divertido hacer una pequeña representación. ¿La ha leído?

– Me temo que no, señor.

– Es buena, ¿sabe, Frank? Le gustará. Lo mejor que se ha escrito sobre la Gran Guerra de lejos. Consigue transmitir el espíritu de las trincheras, cómo eran las cosas en los viejos tiempos.

III

El comandante Raleigh estaba de pie en las escaleras de la cantina de oficiales, intentando aspirar el grato aroma de las lilas. Le estaba costando lo suyo. Competían con ese olor otros bastante menos agradables como el del fuego de la cocina de campaña, el de una mezcla de ron y cartón quemado, el del gallinero donde se guardaban los pollos que se habían incautado en las diferentes expediciones, el de la pocilga, el de ningún sitio en concreto y al mismo tiempo el de todos, que al parecer era endémico a los corrales continentales, a medio camino más o menos entre el de una fábrica de cerveza y el de una corteza de queso calcinada. Mientras uno de sus operadores de radio trataba de eliminar una interferencia, Raleigh se encorvó y hundió su delicada nariz en uno de los pálidos macizos de flores. Sintió un cosquilleo, pero al menos consiguió oler las lilas.

La voz de Cleaver se oyó a sus espaldas:

— ¿Está usted bien, comandante?

— Por supuesto que estoy bien — dijo Raleigh, girándose mientras se ponía derecho.

— Discúlpeme, pensaba que estaba usted enfermo.

— Pues no es así. ¿Está usted listo?

— Sí, comandante. Parece que nadie más quiere venir.

— ¿Lo ha preguntado?

— Sí, comandante.

— ¿A todos?

— Sí, comandante.

— Es una pena que ninguno de ellos se tome la molestia de asistir — dijo Raleigh, cuyo deseo de compañía del resto de los oficiales se esfumaría repentinamente en menos de una hora — . Está bien, Wilf, hay que ponerse en marcha. Ya vamos con retraso.

Se metieron en el coche del comandante, un sedán con un diseño de cuadros descolorido en el radiador y un parachoques de mica resquebrajado. Su única ventaja respecto del *jeep* del comandante residía en que en este último vehículo era necesario llevar siempre, y sin excepción, una lata de gasolina, una lata de aceite y una lata grande de agua. El sedán también era parte del saqueo. Mientras pulsaba el botón de encendido y el motor comenzaba a traquetear,

Raleigh se imaginó a sus amigos en Potsdam, cada uno en un Mercedes con el maletero lleno de cámaras, relojes, pistolas automáticas, prismáticos, cajas de champán, vodka y *whisky* procedente de los Estados Unidos, carne de venado... Las chicas no estaban en la lista de las cosas que envidiaba el comandante. En su opinión, esa parte de la vida estaba sobrevalorada. Antes de que el coche comenzara a avanzar entre sacudidas, tuvo tiempo para un último arrebatado compuesto de envidia y justa indignación a partes iguales. Este se produjo al recordar un rumor que corría acerca de una numerosa unidad aérea de los Señales a la que se le dio la orden de regresar a Inglaterra de inmediato con todo su material y medios de transporte. Exentos de las inspecciones de aduanas, habían llenado hasta el último recoveco de sus vehículos con cámaras, relojes y pistolas automáticas; tal vez hasta con chicas.

Salieron del patio con una enorme sacudida que se produjo cuando uno de los guardabarros traseros, no tan bien ajustado como su compañero, se descolgó y chocó contra la superficie del camino. El sol se estaba poniendo sobre los campos de centeno, avena o cebada, aunque tal vez solo se tratara de trigo. Podía decirse que todo estaba bastante tranquilo en los alrededores, pero el comandante permanecía ajeno a esa tranquilidad. Como él mismo decía a menudo, lo que le interesaba era la gente. Y la gente que le interesaba en ese momento estaba en Potsdam.

—Es gracioso imaginárselos a todos allí —dijo—. Bill, el comandante en jefe y Jack Rowney, Tom Thurston y todos los demás. Y Rylands, Ben, Dalessio y Jock Watson. A saber qué estarán haciendo... Celebrándolo con los rusos, los yanquis y Dios sabe quién más. Y con todos los peces gordos del ejército. Y también con los cabezas cuadrada de los alemanes. Y... —El comandante intentó visualizar por un instante qué más habría, aparte de soldados— ... todo lo demás. Claro que me doy cuenta de que todos no podíamos ir, pero me gustaría...

—El comandante en jefe y el edecán eligieron para acompañarles a los que habían estado con ellos en el comando de North Midland.

—Sí, ya lo sé. —Siendo un militar calvinista el que había manifestado que él no pertenecía al grupo de los elegidos, Raleigh respondió en un tono neutro—: Aunque no todos pertenecieron a ese grupo. También se llevaron a Dalessio.

—Me pregunto por qué.

—Al parecer, Rylands pensaba que Dalessio era imprescindible —dijo el comandante. Entonces, como si se hubiera dado cuenta de que aquel comentario no era el más adecuado ante un hombre que, a pesar de los múltiples esfuerzos de mucha gente, no había conseguido ocupar el puesto de Dalessio, añadió—: Yo no me lo habría llevado.

—He oído que Bill, Jack y Tom ahora son comandantes.

—Sí, me satisface particularmente que Tom haya recibido su merecido ascenso. Al principio me pareció que no terminaba de encajar: un tipo un poco raro. Pero durante el invierno pasado tomó las riendas y empezó a hacer un trabajo de primera. Cooperó en todo lo que pudo.

El coche subió fatigosamente una pendiente y dejó atrás los restos carbonizados de un camión civil, una reliquia de las celebraciones de la noche de la victoria en Europa. El puño de una chaqueta *Wehrmacht*, chamuscado y descolorido, colgaba de lo que quedaba de la cabina. Raleigh estaba a punto de hacer un comentario negativo acerca de este homenaje a la falta de disciplina, o acerca del exceso de alcohol, pero cambió de opinión y dijo con brusquedad:

—Daría lo que fuera por estar en Potsdam.

—En mi humilde opinión, estamos mejor aquí, comandante. Después de dos años, por fin nos hemos quitado a los superiores de encima.

—Lo que están haciendo allí es importante, esa es la diferencia... Supongo..., supongo que todavía me quedará la oportunidad de llevar a la compañía al Lejano Oriente. Aunque en parte depende de cómo se desarrolle la guerra.

Como de costumbre, el comandante estaba pensando en liderar la unidad de Señales del cuartel general, no una mera compañía, y en calidad de teniente coronel, pero le daba vergüenza confesarle eso a Cleaver.

—No era consciente de hasta qué punto llega su pasión por el ejército, señor — dijo Cleaver cuidadosamente.

—Bueno, he pensado mucho en estas últimas semanas, Wilf. Mucho, créame. Es la primera vez que he tenido ocasión para hacerlo desde 1939. Me he dado cuenta de que me he pasado la mitad de mi vida adulta en el ejército. Eso no lo deja a uno indiferente... Me he acostumbrado a ir de uniforme. Ya casi no recuerdo cómo eran las cosas en la vida civil. Y por el modo en que se está desarrollando todo, parece que toda mi experiencia en el ejército no va a servirme de nada cuando vuelva a Inglaterra. Si esos socialistas...

—Yo no me preocuparía demasiado, comandante. Por muy mal que salgan las cosas, seguro que hay espacio para..., bueno, la iniciativa, las buenas ideas y todo lo demás.

—Espero que tenga usted razón.

El comandante aparcó el coche en el patio de la oficina de Señales, entre una bombona de hierro llena de vidrio roto y una caldera abandonada llena de sábanas desgarradas. Los dos oficiales cruzaron la calle hasta la escuela y entraron en el vestíbulo.

El parlamento se encontraba reunido. Mientras Raleigh iba a la cabeza de

camino a la Tribuna de los Visitantes, con sus zapatos golpeando los grasientos tabloneros desnudos, llegaron hasta él las palabras de un mecánico afín al Gobierno: «Vamos a construir una Gran Bretaña decente. Cuotas justas para todos, colegios, médicos y hospitales gratis, sin distinción de clases. La vieja corbata del uniforme de colegial y el amiguismo ya no van a funcionar. Para asegurarnos de que así sea, vamos a suprimir los colegios privados, Oxford y Cambridge, o al menos a hacer los cambios necesarios para que cualquiera con méritos suficientes pueda estudiar allí. Vamos a suprimir la Cámara de los Lores o a convertirla en algo participativo, como la Cámara de los Comunes. De otro modo, no sería una institución democrática. Algunos queremos suprimir la Casa Real por el mismo motivo, pero todavía no hemos tomado una decisión definitiva. Personalmente, creo que si se eliminan los títulos, los honores y todo lo demás, el rey y la reina acabarían por desaparecer».

El comandante apretó los labios. Hasta ese momento, se había contenido para no interrumpir con una o dos frases ese tipo de debates, pero después de lo que acababa de oír, y considerando la intensa frustración que sentía esa noche, supo que estaría faltando a su deber para con todas las entidades que respetaba —el sentido común, la disciplina tanto militar como civil, Inglaterra y, no le avergonzaba reconocerlo, hasta con el rey— si se abstenía de comentar nada. Su mirada se cruzó con la de Cleaver, que inmediatamente la desvió. El comandante esperaba impaciente a que el secretario del Ministerio del Interior, o quienquiera que estuviera hablando, terminase su discurso.

El interés en el parlamento había disminuido considerablemente. La distribución de periódicos y revistas había mejorado en cuanto a rapidez y a cantidad, y el comandante sospechaba que el alcohol también era bastante más accesible: tenía que pedirle a su asistente que mantuviera los ojos bien abiertos. Ante todas estas distracciones había bajado considerablemente el nivel de asistencia a las sesiones: menos de la mitad de los miembros originales se encontraban en sus asientos esa noche. En el grupo mayoritario de la oposición faltaban el líder y el portavoz en materia de Defensa: Doll había acabado por declararse asqueado ante la frivolidad de su compañero del parlamento. «Creo que es ridículo malgastar tanto tiempo y tantas energías preparando cosas para una banda de simios, ¿no, señor?». El grupo ministerial todavía era más exiguo, puesto que el lord del Sello Privado (si lo que decían era cierto) debía de estar confraternizando con una enfermera del hospital civil de Hildesfeld (motivo suficiente para llevarle ante un consejo de guerra), el ministro de Hacienda estaba durmiendo en su cama con una copia del *Daily Mail* de hacía tres días encima, y el primer ministro se encontraba en compañía de dos amigos de la cantina de sargentos dando cuenta de lo que según ellos era ginebra, en un lugar que según ellos era un *pub* alejado de la zona ferroviaria. Pero el secretario de Exteriores sí estaba en su asiento, y el joven que el comandante había tomado,

acertadamente, por el novio de ese oficial estaba en el suyo.

Daba la sensación de que el secretario del Ministerio del Interior estaba a punto de terminar su discurso, aunque, como el comandante se recordaba a sí mismo, con tipos tan poco acostumbrados a hablar en público o a cualquier otra cosa remotamente relacionada con la responsabilidad, especializada y difícil, de gobernar un estado industrial moderno, nunca se sabía.

—Ya escucharon la semana pasada la base de nuestra política exterior: dejar que cada pueblo se gobierne a sí mismo —estaba diciendo el secretario del Ministerio del Interior—. Bueno, algo parecido es lo que vamos a hacer nosotros, por así decirlo, con Gran Bretaña. El país pertenece a la clase trabajadora y ella es quien la va a gobernar a partir de ahora. Sin más historias.

El comandante se atusó el bigote con los dedos y echó un vistazo a los mapas viejos y deteriorados que alguien había sacado de un armario y colgado para tapar el muro de color arcilloso. ¡Qué caos había sido Europa en 1555..., con todos esos miles de países diminutos y Venecia y Nápoles tan grandes! ¡Qué distinto era el mundo hoy en día! El comandante recordaba el suficiente alemán para preguntarse, a la vista de los mapas en aquel idioma, cómo era posible que alguna vez hubiera habido *dos* Sicilias. Y, de nuevo, ¿quién era Van Diemen y a qué había dedicado el tiempo en Tasmania?

—Pues bien —dijo el secretario del Ministerio del Interior—. Aquí solo hay tres principios en juego: libertad, igualdad y fraternidad. Recordarán que de eso iba la Revolución francesa. Bueno, nosotros no vamos a hacer una revolución, así no es como hacemos las cosas en Inglaterra... O, por lo menos, no una revolución violenta, con barricadas, disparos y demás. Pero esa revolución se va a producir y nada ni nadie podrá detenernos.

Entre los aplausos de los suyos, tomó asiento. El comandante miró al presidente por primera vez y levantó la mano con fingida humildad. Archer simuló no verlo al principio, pero, después de recorrer la sala con la mirada, se dirigió a él y le hizo una señal de asentimiento.

—No me extenderé mucho —dijo el comandante mientras se levantaba—, pero hay uno o dos puntos que debo comentar, si me lo permiten. Aquí todos somos iguales: representamos a Arromanches, Bayeux, Amiens, Bruselas, Mechelen, Tilburg, Münster, Rheine y todos esos malditos sitios... Podemos dirigirnos los unos a los otros como caballeros. Hemos pasado juntos por una guerra. Y la primera cosa que quiero decirles es esto: todo el mundo ha hecho un trabajo excelente... Ustedes lo han hecho y yo espero que nosotros también lo hayamos hecho, dentro de lo posible, y por supuesto las tropas lo han hecho, no se puede negar que han pasado lo suyo... En cualquier caso, esta noche se me ha ocurrido que sería una verdadera lástima que nos defraudáramos los unos a los otros

olvidando las cosas que hemos conseguido juntos, el trabajo en equipo y el sentido de la responsabilidad, y el tipo de vida por el que hemos estado luchando. Nosotros, los británicos, siempre hemos tenido buena disposición, y los tipos de arriba –levantó la mano a la altura del hombro– y los tipos de abajo –bajó el brazo con la mano todavía extendida– siempre se han llevado bien. Cada uno ha cumplido con su deber...

Hargreaves se puso en pie y dijo:

–Yo espío a desconocidos. –Habló alto pero sin emoción, como si, en lugar de estar rebatiendo un argumento, estuviera explicando en qué consistía su trabajo.

El comandante dejó de hablar inmediatamente y miró al presidente con una expresión de cortés desconcierto.

La expresión del Archer era de un horror indescriptible. Dijo:

–Eh..., Hargreaves..., ¿podemos...?

–Espío a desconocidos –repitió Hargreaves un poco más alto, con la mirada perdida.

–¿Puede explicarme eso, señor presidente? –preguntó el comandante de buen talante.

Archer respondió como si le estuvieran sacando las palabras a la fuerza.

–Estaba leyendo... Es una fórmula que se utiliza para expulsar a personas no autorizadas de la sala. La idea era...

–¿Personas no autorizadas? –Sonriendo, el comandante los fue mirando uno por uno –. Pero sin duda...

–Lo que ocurre es que, oficialmente, solo los miembros del parlamento pueden estar presentes –dijo Archer, ahora con más firmeza–. Cualquier persona ajena al parlamento únicamente puede permanecer aquí si nosotros toleramos que asista a las sesiones. *Espío a desconocidos* es nuestra forma de expresar que ya no toleramos su presencia, por así decirlo.

Raleigh seguía sonriendo.

–¿Me está pidiendo que me retire, señor presidente?

–Le estoy explicando lo que dicen las normas.

En la pausa que siguió, el comandante volvió a recorrer la Cámara con la mirada, pero nadie se la devolvió. Siguió buscando en su mente algo que objetar hasta que comprendió que no había nada más que decir. Miró a Cleaver, que ya estaba de pie, y, seguido de este, abandonó la sala. Fuera, en la oscuridad, dijo:

–Por favor, Wilf, ¿puede conducir usted? Quiero pensar.

– ¿Está usted bien, comandante?

– Wilf, si me pregunta otra vez si estoy bien, le juro que... Cállese ya. – Sí, señor.

IV

—Bueno, señor Archer, supongo que estará usted satisfecho con los resultados.

—Sí, debo admitir que sí, sargento. Y además con una mayoría tan aplastante.

—Sí, reconozco que me ha pillado por sorpresa. Creí que estaría más igualado. Por supuesto, ahora que todo ha pasado no es difícil comprender lo que ha ocurrido. Los votos de las Fuerzas Armadas han sido definitivos. Los muchachos llevan demasiados años de uniforme y están cansados. Es su forma de decir que están hartos y que quieren irse a casa.

—Bueno, hay mucho más que eso, estoy seguro. A la gente le harta algo, o más bien alguien, muchas personas. Están protestando *contra*...

—Bueno, usted y yo nunca nos vamos a poner de acuerdo en eso, señor, ¿no es cierto? Ni aunque nos pasáramos la noche entera debatiendo... Mejor será que lo aceptemos ya.

—¿Le apetece tomarse un *whisky* conmigo, sargento? Siempre y cuando no sienta que está usted ahogando las penas mientras yo estoy de celebración.

—Gracias, señor, con mucho gusto. Usted y todos los demás tienen algo que celebrar... No veo por qué no iba a aceptar su invitación...

Doll y Archer se sentaron en la salita —llena de biombos pintados, fruta encerada y relojes bajo cúpulas de cristal— de la granja donde se encontraba la cantina de oficiales. Hasta ellos desde el exterior llegaba el alboroto general: gritos, motores revolucionados de *jeeps* y motocicletas y hasta un trombón que alguien soplaba en vez de tocar... Diez minutos antes, procedente de la oficina de Señales, habían escuchado un sonido similar a una larga ráfaga de ametralladora ligera. No había motivos para suponer que todo aquello era simplemente una demostración del triunfo socialista sobre los *Tories* intimidados y silenciosos. Tanto si Doll estaba en lo cierto como si no en cuanto a las razones que habían provocado el regreso del Partido Laborista al gobierno en Gran Bretaña, esa noche la reacción en la zona era mayoritariamente de naturaleza no política. La victoria de los laboristas era solo la excusa.

—Siguen celebrándolo —dijo Doll, señalando la ventana abierta a través de la cual vieron cómo de repente se prendía un fuego al otro lado de la calle. Resplandecía más que la hoguera que llevaba una hora ardiendo en el área de los barracones. El nuevo incendio iluminaba unas cuantas figuras que aparecían y desaparecían como borrachos en una representación—. Es gracioso, no parece que nadie vaya a intentar poner orden. El comandante tiene razón en eso: la

disciplina está desapareciendo. Ah, gracias, señor. —Levantó uno de los dos vasos de *whisky* que el cabo de la cantina había traído en respuesta al gesto de Archer—. Bueno, un momento solemne. ¿Por qué brindamos? Por Inglaterra, señor Archer.

—Por Inglaterra. —«No la tuya», se dijo Archer, ni la Inglaterra vendida al petróleo, ni la Inglaterra del comandante, ni la Inglaterra de Cleaver ni la del edecán, ni la del coronel, ni la de Jack Rowney ni la de Tom Thurston, pero hasta cierto punto sí la Inglaterra de Hargreaves y, por supuesto, mi Inglaterra, llena de chicas, alcohol, *jazz*, libros, casas decentes y trabajos decentes... Una Inglaterra en la que no hay superiores. Con un tono amistoso, dijo—: Me pregunto si le gustará esta Inglaterra.

—Ah, no tengo ninguna duda de que no. Pero no me va a afectar demasiado. No estaré ahí para verlo, ¿sabe? Voy a emigrar en cuanto pueda.

—¿En serio? ¿Y qué tiene en mente? ¿Canadá? ¿Australia?

—Puede que África, señor Archer. Un lugar en el que haya espacio para la iniciativa y donde un hombre con determinación puede abrirse camino. Kenia, tal vez, o una de las Rodesias. Allí hay futuro. Llevo bastante tiempo pensando en ello y las noticias de hoy han hecho que por fin tome una decisión. En cierto sentido me han quitado un peso de encima. Es raro, ahora que los socialistas han llegado al Gobierno debería sentirme deprimido, pero no es así, en absoluto. De hecho, es todo lo contrario. —Doll se acabó el *whisky*.

—¿Otro?

—No, gracias, señor. Será mejor que vaya a ver al comandante. Al fin y al cabo, es a lo que he venido.

—Le acompaño.

—Hay una cosa con la que tal vez pueda ayudarme antes, señor, si no le importa. —Doll abrió el dossier gris que había traído consigo—. Se trata de esta notificación oficial de destino. Supongo que está al tanto de cómo lo ha organizado todo el comandante. Bueno, el caso es que han solicitado ocho personas con experiencia en distintos campos, todos personal de oficina de los Señales. Embarcarán para el Reino Unido dentro de un par de días, donde disfrutarán de veintiocho días de permiso, y después cogerán un barco rumbo a Birmania. Imagino que una vez allí todos estarán en la misma unidad. Puede enviar a quien quiera. El comandante se ha comportado de un modo un poco extraño últimamente, la verdad. No habla mucho. En circunstancias normales, él mismo habría elegido a esas personas, pero esta mañana me dio tres nombres y me pidió que rellenara el resto. Ese no es su estilo en absoluto. En cualquier caso, me preguntaba si hay alguien en su unidad de quien no le importaría prescindir.

Aparte de Hargreaves, claro. Es uno de los tres que eligió el comandante, como ya sabrá.

—Sí, me lo mencionó. Dígame, sargento Doll, ¿hay alguna vacante de operador de centralita en esa lista?

—Así es. De hecho, hay dos, señor.

—Hmmm. Es tentador, pero me temo que...

—Tal vez le resulte más fácil tomar la decisión, señor Archer, si le digo que no voy a molestar al comandante pidiéndole que firme la orden él mismo. Ya tiene bastantes cosas de las que preocuparse. Y, por supuesto, la firma de cualquier oficial servirá. La suya, por ejemplo, señor.

Archer dudó.

—Pero él verá la copia para archivo.

—Sí, señor, pero eso no sucederá hasta mañana por la mañana, ¿verdad? Y estaba pensando en dejar el original esta noche en la oficina de Señales para que lo envíen. Así me quito una cosa de encima.

—¿Y no podría el comandante anularla y enviar una lista modificada?

—¿Lo ve probable, señor? El comandante Raleigh quiere que lo consideren alguien que toma decisiones rápidas y que nunca se echa atrás. Para él es una especie de código moral.

—Bien visto, sargento. De acuerdo. Creo que voy a proponer a Hammond.

—¿14156755 Hammond, J. R., Señales, Opciones Binarias, Infraestructura de Información de Defensa? —Doll siguió con el dedo una línea mecanografiada—. ¿Alguien más? Bien. Ahora, si firma usted aquí... Gracias. Supongo que usted tampoco tardará mucho en irse, ¿no, señor Archer? Teniendo en cuenta lo que me estaba contando...

—Imagino que sí. Bueno, ahora ya no tendrá que ir a ver al comandante, ¿no?

—Ah, sí, señor, sí que tengo que ir. Esto no era más que un asunto de rutina. Ha surgido algo mucho más importante. Tengo un mensaje aquí de la oficina de Guerra ordenando que la sección de Radio 424, la sección de Línea 502 y la sección DR 287 estén preparadas para desplazarse en veinticuatro horas. La mitad de la compañía. Obviamente han decidido que tenemos que disgregarnos.

—Sí que es importante —dijo Archer—. Para el comandante más que para ningún otro, probablemente.

—Eso mismo creo yo, señor. Por eso pensé que no podía esperar a mañana. Me figuré que era mejor decírselo esta noche. —La mirada de Doll se perdió en el

vacío.

—Tenía esperanzas de llevarse a la compañía al Lejano Oriente.

—Lo sé, señor Archer. Y esta orden pone fin a esa ambición. Me pregunto cuál será la siguiente quimera. —Doll se puso en pie de repente y vagó por la sala con las manos en los bolsillos, un movimiento poco habitual en él—. Puede que le sorprenda saber, señor —dijo cordialmente—, que pesco con caña. Lo hago desde que era pequeño. El caso es que al principio me sorprendía mucho lo mal que me llevaba con otros pescadores. En lugar de recibir la enhorabuena si conseguía pescar algo fuera de lo común, era víctima de la peor de las envidias. Acababan por producirse peleas interminables en torno al cebo de pluma roja y otras cosas parecidas. Un aburrimiento total. A lo que voy, uno no se esperaría algo así, ¿verdad, señor? Uno esperaría que la gente que tiene cosas en común se llevara mejor entre sí que con el resto, no peor. Pero cuando te paras a pensarlo, no es tan extraño. Alguien que se parece un poco a ti puede encontrarte las cosquillas más fácilmente que otra persona totalmente distinta. Bueno, hay un ejemplo clarísimo: estoy seguro de que muchos tipos de esta compañía odian a sus oficiales y a sus suboficiales bastante más de lo que odian a cualquier alemán cabeza cuadrada. Se odia más a quien se conoce, ¿sabe a qué me refiero?

»Tendrá que perdonarme por el sermón que le acabo de echar, señor Archer, pero esta es una característica de la naturaleza humana que siempre me ha interesado. Y es muy útil. Asumo que no me estaría equivocando demasiado, por así decirlo, si me atreviera a suponer que usted nos considera al comandante y a mí poco más que cartas de la misma baraja.

—Diría que eso es bastante preciso.

—Gracias, señor. En ese caso puede que le sorprenda saber que no se me ocurre nadie a quien desprecie más profundamente que al comandante. Sé que usted también lo odia, y por eso me arriesgo a contarle esto. En cualquier caso, pronto nos dejará usted.

El desconcierto de Archer, que había ido en aumento en los últimos cinco minutos, dio un giro.

—Pero yo tengo motivos personales.

—Y yo. Aunque son muy distintos de los suyos. El comandante está convencido de que es mejor que los demás. Pero en realidad es un inútil. Es un tipo de tercera categoría. No se puede confiar en él. En los próximos años se va a librar una batalla muy importante en muchos lugares del mundo: en gran parte, contra las ideas que usted defiende, señor, si me permite decírselo con todo respeto. El comandante va a resultarnos completamente inútil en esa tarea. A mí y a la gente que piensa como yo. Es blando. Se desmoronará. Lo veo presentándose

como candidato laborista en diez años, si es que el viento todavía sopla en esa dirección. No tiene principios. Eso es lo único que soy incapaz de perdonarle a una persona.

En parte para librarse de la autocomplacencia de ser partícipe de la confianza de un fascista, Archer se levantó enérgicamente y dijo:

—Le acompañaré a ver al comandante.

—Bien, señor. Ojalá hubiera estado presente cuando lo echaron del parlamento. Bien por Hargreaves. Y también por usted, señor, por supuesto.

El ruido amortiguado de la explosión de un tanque de gasolina llegó hasta ellos mientras subían por la estrecha y empinada escalera del vestíbulo principal. Este vestíbulo era simplemente el espacio que quedaba tras cerrar unas puertas plegables que separaban lo que solían ser dos dormitorios. Allí se habían llevado todos los muebles de la casa e incluso los de algún sitio más. Fuera había un pequeño rellano rodeado por delgadas barandillas talladas. Archer dejó allí a Doll y entró.

El comandante estaba sentado sobre sus piernas en un curioso sillón de dos plazas de respaldo alto; su favorito, a pesar de parecerse sospechosamente a un pedazo del asiento de un vagón de tren. Probablemente pensaba que era el adecuado para su actividad principal: charlar, ya fuera para denunciar o para conspirar contra alguien, con alguien. Acababa de tener una de esas charlas, una charla seria acompañada de una expresión seria, con el joven y a menudo solitario teniente coronel de Ingenieros cuya afición al *schnapps* lo había convertido en una celebridad local. En ese momento no tenía en la mano un vaso de *schnapps*, sino uno de *whisky* de la cantina; un vaso que, por las apariencias, se había vaciado y llenado varias veces esa noche. El coronel lucía el uniforme completo: cinturón, cartuchera, revólver y cordón. Tanto él como el comandante, que también parecía haberse tomado más de una copa, estaban teatralmente iluminados por un gran candelabro de cristal esmerilado que colgaba del techo.

Raleigh había interrumpido su charla confidencial con el coronel para tener una conversación menos confidencial con el cabo de la cantina, que estaba diciendo:

—Calculo que unos cuarenta, señor. Bien vestida. Bastante respetable.

—¿Y dónde está ese cuadro que dice que quiere?

—Estaba en su dormitorio cuando todavía era su dormitorio, señor.

—Pero ya no es su dormitorio. Y la casa tampoco es suya ya: ha sido requisada. Ahora me pertenece a mí. No, no le vamos a dar su cuadro. No me importa si lo pintó ella o no, no se lo vamos a dar. Vaya a decírselo, por favor.

Cuando vio que Archer se acercaba, el comandante se giró todo lo que pudo sin llegar a ponerse de rodillas en el asiento. Sus sentimientos hacia el expresidente del ahora oficialmente disuelto parlamento no se podían definir como condena militar ni ira personal, sino más bien como tristeza por la falta de lealtad que había mostrado. Sobre todo esto y mucho más había reflexionado un buen rato la mañana siguiente a que Hargreaves hubiera espiado a desconocidos. Archer había aducido, aparentemente con sinceridad, que se habría tolerado la presencia de extraños si a cualquiera se le hubiera ocurrido proponer una simple moción para ello, y que solo la ignorancia acerca del procedimiento había dado como resultado su expulsión. Raleigh no le prestó atención. En el curso de una triste y objetiva valoración de la deslealtad de Archer había propagado tales rumores acerca de su vida privada que, de ser repetidos ante testigos, y si la calumnia hubiera sido moneda de cambio en el ejército, le hubieran proporcionado una indemnización con la que se podría comprar y vender el contenido completo de la tienda de oficiales. Después, todavía manifestando tristeza, el comandante había anunciado que su deber en la compañía le prohibía tener en sus filas a alguien que había demostrado ser tan desleal. En otras palabras, Archer se iría a Birmania en cuanto el amigo del comandante en el cuartel general pudiera arreglarlo. Después de eso, el comandante le había gritado a Archer que desapareciera de su vista.

Archer lo había hecho, y se había mantenido tan alejado de él como le fue posible. Pero ahora estaba allí. Para hacer las cosas más fáciles, se apoyó en el aparador (¿era posible que fuera de ébano?), de frente a la pareja que ocupaba el sillón de dos plazas.

El coronel de Ingenieros, cuyo nombre era Davison, no era la clase de hombre que normalmente agradaba a Raleigh. Era lo que este habría considerado un tipo desorganizado. Siempre utilizaba este adjetivo para referirse a alguien cuyo carácter no había sido despojado de todas sus peculiaridades hasta dejar solo los componentes militares, como un coche de carreras que ha sido desmontado y se ha quedado en el chasis. Pero su política era intentar por todos los medios que los coroneles y los demás oficiales se mantuvieran cerca de él. El comandante no había tenido que esforzarse mucho con el coronel Davison, un experto en la cantidad y la regularidad con que se suministraba licor de la cantina. En ese momento estaba diciendo, con su tono de colegio privado (otro punto en contra para el comandante):

—Pero, como le venía diciendo, por eso el ejército es tan bueno. Porque nadie puede tomarse este maldito sinsentido en serio.

El comandante respondió algo que Archer no pudo escuchar, probablemente que en eso no estaba totalmente de acuerdo con el coronel.

—Bueno, nadie con sentido común —dijo Davison—. Y eso le ahorra a uno

muchísimas molestias. Hay que tomárselo con humor.

De nuevo el comandante dijo algo inaudible, aunque esta vez algo mucho más largo. Davison escuchó, asintiendo rítmicamente y con los ojos puestos en el vaso, al que daba vueltas sobre la rodilla de la pierna que tenía cruzada. Archer dejó de prestarles atención y se centró en Cleaver, que estaba medio tumbado en un sofá de color púrpura leyendo una edición no censurada de *El amante de lady Chatterley*. Archer también la había leído. Desde que la compañía había entrado en las ciudades francesas, los asistentes habían estado recopilando diligentemente una pequeña biblioteca. Este libro, en concreto, había recibido una valoración media: no tan bueno como, por ejemplo, *Mi vida y mis amores*, de Frank Harris, pero claramente mejor que otras obras de no ficción disponibles sobre el tema, libros fundamentales escritos por escoceses con títulos como *Felicidad conyugal*. Cleaver se rio para sí, después echó un vistazo a su alrededor furtivamente sin descubrir la mirada de Archer.

— Es un chiste — dijo Davison levantando la voz —. Todo es un chiste.

El comandante vio a Archer.

— ¿Sí?

— El sargento Doll quiere verle, señor. Está fuera.

Cuando Raleigh salió, Davison dio una palmadita a su lado en el sillón.

— Ven y siéntate, muchacho.

— Gracias, señor.

— Señor. Señor señor señor. Señor señor señor señor señor señor. Ja.

Por el modo en que Davison se balanceó en el sillón mientras pronunciaba estas palabras, Archer dedujo que no solo estaba borracho: estaba como una cuba.

— Un rinconcito de lo más agradable, ¿no le parece?

— Oh, estupendo. Estupendo. Tu pobre comandante está enfadado. ¿Has sido malo con él? Tómate una copa. ¡Cabo! Más *whisky*. ¡Y rápido!

— Nunca me porto mal con los comandantes — dijo Archer.

— ¿No? Yo sí. Todo el tiempo. Es una de las consumiciones... eh... compensaciones. ¿A qué te dedicas en la vida civil, muchacho? — El coronel tendría unos cinco años más que Archer.

— No me dedico a nada. Por ahora. Era estudiante.

— ¡Qué suerte tienes! Yo soy ingeniero eléctrico. Así que, claro, me asignan a los puentes. Pero todo suma experiencia. El ejército es una buena escuela.

— ¿Para qué?

— Para todo.

Justo cuando les estaban sirviendo sus bebidas, Archer se percató de que fuera de la habitación se estaba produciendo un altercado. Se escuchaban gritos y lo que sonó como el golpe de un cuerpo rebotando contra la puerta. ¿Estaban Doll y Raleigh peleándose?

— Para casi todo. En estos años has aprendido muchas cosas que te serán muy útiles cuando vuelvas al mundo — continuó Davison.

Archer abrió la boca.

— ¿Se refiere a que esto es la *vida*?

— Más o menos.

Se oyó la voz de Doll desde fuera.

— ¿Por favor, señor Archer, puede venir? Rápido.

Archer se precipitó afuera, seguido por Davison:

— Esto no me lo pierdo.

En el limitado espacio del descansillo que había al final de las escaleras, cuatro hombres peleaban: Hargreaves, el sargento Fleming, Doll y Raleigh. Fuera lo que fuese que había estado haciendo un minuto antes, ahora Hargreaves no estaba haciendo nada: Fleming lo sujetaba por la espalda y Raleigh lo acusaba de algo. Doll estaba a un lado, con su dossier bajo el brazo.

— No imaginé que sucedería algo así, señor — le gritó Fleming a Archer—. Se limitó a decir con mucha tranquilidad que quería ver al comandante, si estaba libre, para disculparse con él por lo del parlamento. Yo le pregunté si no podía esperar a mañana y él me dijo, todavía muy tranquilo, que tenía la conciencia...

— A ver si te atreves a venir aquí a decirme eso mirándome a los ojos — gritó Raleigh. Su cara tranquila había adquirido un rubor brillante—. Sucio marica. Eres incapaz de dejar a un tipo decente en paz. Estás podrido hasta la médula. Ya sé lo que se cuece en tu barracón. Voy a sacarte de ese destacamento y voy a hacer que te juzgue un consejo de guerra por... por obsceno. Hay mucha gente a la que le encantaría que...

Cleaver se adelantó y lo agarró por el brazo.

— Cállese, comandante. Y, usted, cierre el pico, maldito estúpido. Vuelva aquí, por el amor de Dios.

El comandante se había zafado de la mano de Cleaver. El movimiento lo colocó cara a cara con Archer. Una mueca teatral retorció los suaves rasgos de Raleigh.

—Y en cuanto a ti... Cortado por el mismo patrón. Un oficial. Elegido por sus cualidades de liderazgo. Esa sí que es buena. Buenísima.

Hubo una pausa. En cuanto acabó el discurso, Archer se dio cuenta de que debería haber aprovechado ese tiempo echando una mano a Fleming para bajar a Hargreaves por las escaleras o incluso para volver a meter a Raleigh en el vestíbulo ayudado por Cleaver. Hasta podría haberle dicho al comandante algo de lo que pensaba de él. Pero se había limitado a quedarse acobardado bajo la mirada del comandante.

Respirando con agitación, Raleigh se acercó amenazadoramente a Hargreaves. Al mismo tiempo, el coronel Davison habló desde un extremo.

—Ya basta todos.

La expresión de Fleming hizo que Archer se diera la vuelta rápidamente. No podía creerlo: Davison se había apoyado contra la jamba de la puerta y apuntaba con su revólver en dirección a Raleigh.

—Siempre he querido usarlo —dijo Davison, que era un tipo delgado y muy alto—. De verdad, quiero decir. No con las palomas. Bueno, más vale tarde que nunca.

—Aparte eso, coronel —dijo Cleaver.

Davison sonrió.

—Parece que estoy montando un buen espectáculo. Y supongo que así es. Pero ahora me toca a mí. ¿Quién va a detenerme?

—Seamos sensatos.

Ante ese comentario, Davison estalló en carcajadas.

—Tú ganas, por Dios. Es gracioso, ¿no crees? Cada vez que uno intenta hacer algo pasa lo mismo. Alguien dice: «Seamos sensatos». Seamos sensatos hagamos lo que hagamos. ¡Jesús!

Todavía riéndose, avanzó tambaleándose y acabó al lado de las barandillas, intentando fatigosamente meter su revólver en la cartuchera. El comandante volvió a acercarse a Hargreaves. Posteriormente, hubo opiniones divididas respecto a si realmente iba a golpearlo, pero Doll evidentemente pensó que sí, porque dio un brinco hacia delante y apartó al comandante con el hombro. Raleigh chocó fuertemente contra Davison, que estaba distraído con su revólver y su cartuchera y que, inmediatamente, acompañado del sonido de un simple crujido de la madera, cayó a través de las barandillas y aterrizó sobre las baldosas del recibidor con otro crujido que hizo que a Archer se le helara la sangre. Doll bajó corriendo las escaleras, seguido de cerca por Cleaver. Hargreaves dijo:

—Lo siento, señor Archer.

V

—Una taza de té para usted, señor. Y los periódicos del día.

—Gracias. ¿Se ha puesto usted en contacto con el hospital? —El comandante Raleigh habló casi monótonamente, como era su costumbre en esos días.

—Sí, señor. Todo sigue igual. Todavía es demasiado pronto para decir cuándo se recuperará del todo, pero el traumatismo no es tan malo como pensaron al principio, y el brazo mejora rápido, considerando que se trata de una fractura muy compleja.

Fuera se oían vehículos pesados que avanzaban con dificultad.

—¿Qué es ese ruido?

—Son los Radio 424 formando para marcharse, señor. Los esperan en la cabeza de línea a las quince horas.

—Ya veo.

—¿Va usted a salir a despedirlos, señor?

—No.

—Ah, por cierto. El coronel Davison le ha enviado un mensaje, señor.

—¿En serio?

—Sí, señor. Le da las gracias por la bebida y dice que espera no haber sido una molestia.

El comandante hizo una mueca cuando una motocicleta aceleró en la calle.

—Cierre la ventana, ¿quiere, Doll?

—Claro, señor. —En cuanto obedeció las órdenes, Doll se dio la vuelta y se apoyó contra el alféizar—. Bueno, en realidad todos hemos tenido mucha suerte, ¿no cree, señor? Las cosas podrían haber sido mucho peores. Por cierto, creo que fue muy inteligente por su parte no seguir adelante con esa idea suya de hacerle un consejo de guerra a Hargreaves. Muy pero que muy inteligente, señor.

—Cuando quiera su opinión acerca de mis decisiones, Doll, se la pediré. —Este comentario salió de la boca del comandante con mucha menos soltura de lo que lo habría hecho en otras circunstancias. Solo el accidente del coronel Davison había impedido que ese último encuentro con Hargreaves degenerase en una seria alteración del orden. La persistencia de esta idea molestaba a Raleigh. Dijo sin energía—: Y aprovechando que está usted aquí, me gustaría que me contara

con detalle cómo acabó Hammond en esa lista con Hargreaves.

—No tengo nada que añadir a lo que ya he dicho, señor. Usted me pidió que la completara, ¿no? Vi el nombre de Hargreaves en la lista y, sabiendo que Hammond es su amigo, lo anoté también. Siempre hemos hecho ese tipo de cosas.

—¿Es eso todo?

—Por supuesto, señor. ¿Qué más podría haber?

—¿Cómo es que Archer acabó firmando ese mensaje?

—Bueno, señor, como ya dije antes, el señor Archer apareció en la oficina por casualidad y yo le pedí que lo firmara, igual que podría habérselo pedido a cualquier otro oficial que hubiera estado disponible. Tenía un par de cosas atrasadas y quería zanjarlas.

—¿Leyó el señor Archer el mensaje antes de firmarlo?

—No sabría decirle, señor. Imagino que confiaba lo suficiente en mí como para no molestarse en hacerlo. Usted a menudo ha hecho lo mismo, y créame, le agradezco mucho el halago que lleva implícita esa acción.

—¿Me está diciendo la verdad, Doll?

—El señor Archer puede confirmar cada palabra que he dicho, señor, en lo que le concierne.

El comandante suspiró profundamente.

—Supongo que eso es todo.

—Supongo que sí, señor. De hecho, es una lástima que hayamos perdido a Hammond, un joven de lo más agradable, estoy de acuerdo, pero no creo que su ausencia vaya a notarse demasiado, ¿no cree, señor? Cuando la oficina de Señales cierre la semana que viene, no habría tenido demasiado que hacer por aquí. No creo que ninguno de nosotros se quede mucho tiempo más en este lugar. El capitán Cleaver, el señor Archer y los demás están a la espera de que los movilicen con un aviso de veinticuatro horas. Dentro de muy poco se quedará completamente solo, señor.

—Lo estoy deseando.

Doll casi sonrió.

—Por supuesto, Archer es quien ha salido mejor parado de esto. Al final se librará del Lejano Oriente. Menudo golpe de suerte, ¿no, señor?

El comandante pareció despertarse de repente.

—¿Cómo que se librará del Lejano Oriente?

–Oh, sin duda así será, señor. Aunque se marchara mañana, tardaría diez días en llegar a casa, tal y como están las cosas. Después tendría los veintiocho días reglamentarios de permiso, lo que nos lleva a la primera semana de septiembre. Y, considerando que se licencia como mucho un mes después de eso, no valdrá la pena que embarque. No, él...

–Doll, no sé de qué está hablando.

–¿En serio, señor? Lo siento muchísimo, estaba convencido de que el señor Archer se lo había contado hacía mucho. ¿Cuándo me lo explicó a mí? Sí, lo recuerdo perfectamente: fue la noche en la que el coronel Davison tuvo el accidente. El señor Archer y yo estábamos discutiendo los resultados de las elecciones, sí, eso es, y entonces...

–Está bien, no me cuente su vida. Le he pedido que me diga...

–Perdóneme, señor. Tengo la mala costumbre de irme por las ramas, lo sé. Es solo que los acontecimientos de esa noche están tan presentes en mi memoria, si sabe a lo que... Sí, señor. Bien, el señor Archer me enseñó una carta del rector de su universidad en Oxford, creo que se hacía llamar «el Maestro», si no recuerdo mal. Decía que estaban tratando de obtener su licencia del ejército, y que creía que lo conseguirían a tiempo para que retomase la universidad a principios de semestre, que si no me equivoco es el 1o de octubre, aunque no podría asegurarlo con exactitud.

–Pero solo lleva aquí tres o cuatro años. Usted y yo, y la mayoría de los muchachos, llevamos aquí por lo menos seis.

–Siete en mi caso, señor. Recordará que fui uno de los milicianos de 1938. Sí, sé que parece raro que el señor Archer se licencie tan pronto, pero al parecer se trata de algo llamado el Plan «Clase B». Recibimos un memorando al respecto hace un par de semanas. Puedo ir a buscarlo...

–No se moleste.

–¡Qué raro que el señor Archer no se lo haya comentado todavía! Imagino que estará esperando el momento oportuno.

–Váyase y déjeme en paz.

–Con mucho gusto, señor.

Una vez solo, el comandante se sentó sobre su mesa casi vacía. La mayor parte de la compañía de Radio 424 evidentemente estaba saliendo a la carretera principal por el callejón de Raleigh, haciendo pleno uso de esa vía por primera y última vez. El comandante no vio una carta de la Liga Teatral Británica que decía que el libro titulado *El fin del viaje* no estaba disponible. En su lugar vio una orden que lo informaba de que dos días después el área que había esperado

liderar se conocería como Área n.º 9 de Tráfico Independiente y estaría bajo el mando de un coronel pagado de sí mismo procedente del cuartel general. Cogió un periódico y volvió a dejarlo sobre la mesa. El otro incluía un suplemento detallado de las elecciones. Resolvió estudiar los detalles de lo que hasta ese momento solo había sido capaz de interpretar a grandes rasgos. Pasó la página y leyó:

WINKWORTH (OESTE)

R. Jack (Lab.)

28 740

Comandante-general S. M. de C. Biggs-Courtenay, DSO (C.)^[2]

9 011

Mayoría lab. 19 729

VENTAJA DE LOS LABORISTAS FRENTE A LOS CONSERVADORES

1935: Comandante-general S. M. de C. Biggs-Courtenay,

DSO (C.) 19 945; W. Mott (Lab.) 9319: mayoría C. 10 176

El comandante se agarró la cabeza con las manos. Esto, suponía, era el final. Y, sin embargo, sintió un atisbo de esperanza. Habiendo descendido a lo más profundo que su naturaleza podía soportar, no podía evitar ver el futuro como una especie de sendero empinado. Nadie ni nada en su entorno más cercano le daba el más mínimo motivo para tener esperanza. Doll, Cleaver, Hammond, Davison, Archer (a quien había tratado de entrenar para que fuera un oficial aplicado), la compañía, la oficina de Señales, las oportunidades de liderazgo... Cada uno, a su modo, le había demostrado que no valía la pena confiar en ellos. Pero el mundo era grande. Ocurrían cosas malas, pero la rueda seguía girando. Pensar en sus amigos en Potsdam ahora le daba ánimos. Ya no sentía envidia. La mayoría de las cosas en las que creía debían continuar.

Y la garantía de todo eso era Inglaterra. Inglaterra se había enfrentado a ello en 1940, en 1914 y sin duda mucho antes, con todo el tema de Napoleón. Había capeado todos los temporales, nunca se había rendido. Lo único que hacía falta era tener fe. A pesar de todo lo que hicieran Hargreaves, Archer y los demás, Inglaterra saldría del paso de algún modo.



SANGRE EN LAS VENAS

Hola –dije–. ¿Quién eres? –le pregunté a un niño de unos tres años que andaba entretenido en el rellano de la escalera entre la planta baja de la casa, donde vivían unas personas apellidadas Davis, y el primer piso, donde vivíamos mi mujer y yo con nuestros hijos. El niño que estaba ante mí no era hijo mío. Tenía cierto aire anticuado, probablemente porque, en vez de ropa corriente de niño, llevaba versiones reducidas de ropa de adulto, incluyendo unas botas negras de cordones en miniatura. Su mirada parecía entre asustada y estúpida, y sus ojos eran igual de redondos que el chupete de color ámbar que succionaba. Al acercarme, salió corriendo de forma patosa hacia el piso de arriba. Había intentado dirigirme a él con amabilidad, pero seguramente había sonado algo agresivo. Agresivo es como me sentía con frecuencia en aquellos días, especialmente después de haberme pasado toda la mañana trabajando en la sala de consulta de la biblioteca y haber escuchado a mi colega, Ieuan Jenkins, hablar de las jaquecas de su mujer durante todo el camino de regreso a casa.

Subí tras él y entré en la cocina, donde mi propia esposa, Jean, escurría unas patatas en el lavabo que hacía las veces, a duras penas, de fregadero.

–Hola, querido –dijo–. ¿Cómo se han portado los usuarios esta mañana?

–Esta mañana había lectores, no usuarios –le contesté, besándola.

–Bueno, lo mismo da.

–Sí, tienes razón. Se han portado como siempre, me temo. ¿Quién es ese niño tan extraño que estaba en las escaleras?

–Sssh... Debe de ser uno de los de Betty. Ha tenido que traérselos con ella. – Jean señaló hacia la sala de estar, desde donde llegaba el sonido de chasquidos y golpes que indicaban que se estaban realizando tareas domésticas.

–¿De Betty? –susurré–. ¿Qué es lo que pasa?

–Está terminando ahí dentro. Betty Arnulfsen. ¿No te acuerdas? La chica que nos iba a buscar Mair Webster. Ya sabes.

–¡Ah, la delincuente! Se me había olvidado por completo.

–Va a venir a comer.

–¿Betty Arnulfsen?

–No, Mair, pesado.

— ¡Oh, Dios!

— Por favor, John, no seas desagradable. Ha sido muy amable con nosotros. Solo porque sea un poco aburrida, no quiere decir que...

— Solo porque. Un *poco* aburrida. Si *solo* fuera eso. Esa mujer es un peligro, una amenaza para los valores occidentales. Da pavor pensar que es trabajadora social. Siempre con ese rollo espantoso de yo-lo-sé-todo, estoy segura de que sé lo que es lo mejor para los demás y no aguanto tonterías de nadie, simplemente para conseguir salirse con la suya, y después va por ahí diciendo que entiende perfectamente la seriedad y la importancia de su trabajo, como si con eso arreglara el mundo. Que vengan a preguntarme a mí antes de dejar que alguien sea un puñetero trabajador social.

— Entonces no habría ninguno. Llévate estos platos. Llegará en cualquier momento.

Todo era de lo más interesante, y de una forma en la que las cosas que me suceden casi nunca lo son. Mair Webster, que nos conocía porque su marido era colega mío desde hacía tiempo en la Biblioteca Pública (Central) de Aberdacy, consiguió lo que debió de parecerle matar dos pájaros de un tiro al proporcionarnos la asistenta que tanto necesitábamos dos veces por semana: una de las mujeres «caídas en desgracia» a la que sus deberes municipales la habían acercado. Resultaba que la mujer en cuestión no había «caído» realmente, aunque estaba tan inclinada respecto a la perpendicular que resultaba inadmisibile. Tenía un hijo ilegítimo o dos y hacía poco, o mucho tiempo, que los había desatendido o abandonado —Mair poseía esa capacidad para el olvido típica de caracteres menos enérgicos—, pero todo eso había pasado ya, y la chica se estaba ocupando adecuadamente de sus vástagos, animada por su recién adquirido marido, un marinero noruego y un «tipo bastante decente», según Mair, que continuó hablando del asunto como si lo hubiera planeado todo ella misma. Y tal vez lo había hecho. En cualquier caso, encontrarse con Betty Arnulfsen con toda probabilidad sería de lo más instructivo, por muy imperfecta que hubiera sido su «caída».

En la sala de estar, que hacía a la vez de comedor y salita cuando recibían visitas de gente como Mair, una chica morena y más bien pequeña de diecinueve o veinte años andaba recolocando alfombras y arrastrando sillas de un sitio a otro. Cuando entré, el niño que había visto antes fue con paso vacilante a esconderse detrás de un sofá alto como un armario, desde donde otro muchacho del mismo tamaño ya estaba acechando. De este niño suplementario no pude vislumbrar nada con claridad, excepto una cabeza de pelo rojizo encrespado, aunque escaso. La chica había levantado la vista hacia mí y después la había apartado rápidamente con timidez.

—Buenos días —dije con el tono que a los oficiales que pasan revista les gusta tanto y se les da tan bien. No me pareció que hubiera elegido bien el tono. No era mi día en cuestión de tonos.

—Buenos días, señor Lewis —murmuró, continuando con su trabajo.

—¡Qué tiempo tan horrible!

Este comunicado, aunque bastante preciso en lo que a la meteorología se refería, no obtuvo respuesta. Merodeé alrededor de la mesa de alas abatibles durante un rato, toqueteando los platos y los cubiertos y observando a Betty Arnulfsen furtivamente. Su pelo liso y negro estaba recogido con lo que parecía el cinturón de un viejo vestido de flores. Con su sencilla falda y su suéter y su dócil expresión, tenía el aire de una dependienta mal pagada o de una profesora sustituía amedrentada. No llevaba maquillaje. En conjunto, no se ajustaba a mi idea de una delincuente, aunque en realidad pocas personas se ajustan a mi idea de nada.

Sonó el timbre de la puerta de entrada, uno de los desencadenantes preferidos del perro de abajo para ponerse a ladrar. Siguiendo las órdenes de mi mujer, fui a abrirle la puerta a Mair Webster, cuya velocidad verbal demostró estar a la altura de su fama. Para cuando llegamos a la cocina, yo ya tenía unos conocimientos generales bastante sólidos de lo que le había ocurrido durante la mañana. Eso incluía una bronca a la ayudante de la puericultora del ayuntamiento, y otra bronca más larga, más violenta y más rotunda, a la madre adoptiva de uno de «sus niños».

—¿Ya está aquí Betty? —añadió, sin hacer una pausa—: Hola, Jean querida, perdona que llegue tarde, esta mañana me han presionado horriblemente, todos pedían ayuda a gritos. ¿Qué tal le ha ido a Betty? ¿Dónde está? Me gustaría hablar con ella un segundo.

Estaba lo suficientemente cerca de Mair para ver cómo los niños volvían a sus posiciones defensivas detrás del sofá y cómo Betty parecía angustiarse ante su presencia. Pude observar detenidamente su cara por primera vez y me pareció bastante guapa, aunque pálida y demacrada. También me fijé en que el niño pelirrojo estaba succionando un chupete similar al de su compañero.

—Ah, buenos días, Betty —dijo Mair bruscamente—. ¿Cómo lo llevas? ¿Te gusta trabajar para la señora Lewis?

—Eh..., bien.

La cara de león de Mair adoptó el aspecto del rey de las bestias que intenta aguantarle la mirada a su domador.

—Creo que sabes cuál es mi nombre, ¿no, Betty? Y es de buena educación utilizarlo, ¿verdad?

En ese momento salí y regresé a la cocina, pero no lo suficientemente rápido como para evitar escuchar a Betty decir: «Lo siento, señora Webster», y, mientras cerraba la puerta tras de mí, a Mair contestar: «Así está mejor, ¿no, Betty?».

—¿Qué es lo que te pasa? —me preguntó Jean.

Dejé de susurrar obscenidades y en su lugar las dije en voz alta, utilizándolas para apuntar o completar un informe del diálogo que acababa de tener lugar. Un momento después la puerta de la sala de estar volvió a abrirse, justo cuando estaba a mitad de mi retahíla de insultos, y la voz de Mair le pidió a mi mujer que fuera «un minuto». En la conferencia subsiguiente, según me contaron después, la disposición, la aplicación y la eficiencia general de Betty como asistente quedaron probadas, y se emitió un parte favorable de su capacidad como empleada del hogar. Mientras tanto, yo me dedicaba a considerar si la eliminación de todos los trabajadores sociales, preferiblemente a manos de pelotones de fusilamiento, no haría un gran favor a la humanidad. Algo había que hacer con los maltratados, con los niños, etc., sí, está bien, pero bien podían ocuparse de todos ellos sin comportarse como una especie de policía militar evangelista.

La reunión de la habitación de al lado tocó a su fin. A Betty y a sus hijos los despacharon sin más miramientos; la primera cargaba con un paquete deslucido que mi mujer le había dado furtivamente. Después me enteré de que entre otras cosas contenía una falda de *tweed* de Jean que en mi opinión le quedaba particularmente bien y mis calcetines preferidos. Un descontrol caritativo.

Durante la comida, Mair dijo eficientemente:

—El problema de las chicas como esa es que no tienen sangre en las venas.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Me refiero a eso, John. No tienen voluntad, ya lo ves. Van a la deriva. La ley del mínimo esfuerzo todo el tiempo. En realidad, Betty no quería abandonar a sus gemelos: parece ser que era bastante buena madre cuando vivía con sus padres y trabajaba en ese café. Entonces fue a un baile y conoció a ese cerdo asqueroso operador de grúa que la convenció de que se fuera a vivir con él —él tiene mujer y un hijo: una joya, el tipo—, pero él no quería ocuparse de los gemelos, así que ella simplemente se fue y los abandonó, dejando que sus padres cuidaran de ellos. Entonces el cerdo se largó con otra mujer y el padre de Betty no permitió que ella volviera a casa. Dijo que ya la había perdonado una vez cuando tuvo a los gemelos a los dieciséis años y que no iba a volver a perdonarla. Es un anglicano puritano, ya sabes, de esos que creen que los pecadores serán arrojados fuera, a la oscuridad, seguro que comprendes a qué me refiero. Una historia trágica, ¿verdad?

—Sí —dije, y seguí hablando del conflicto generacional, creo. La técnica de Mair cuando otros se aventuraban a pronunciar más de un par de frases era empezar a asentir, acelerando el ritmo cada vez más mientras los demás seguían hablando. Cuando su cara estaba ya prácticamente temblando, me rendí.

—Bueno —prosiguió su atropellado discurso con tono de satisfacción—, volviendo a lo que decía, el padre de Betty se enfadó tanto con ella que también echó a los gemelos, y ella recuperó su trabajo en el café, lo que tampoco era una buena noticia, porque no era un sitio muy aconsejable, aunque al menos eso significaba que entraba algo de dinero, pero no podía llevarse a los gemelos al trabajo, así que los dejó con la mujer a la que le había alquilado la habitación. Entonces esta, la mujer, salió una noche en la que ella salía tarde del trabajo, Betty, quiero decir, y los gemelos se quedaron solos y se escaparon y anduvieron deambulando por las calles hasta que un policía los encontró, y ahí es donde entramos nosotros. Estaban en un estado lamentable, pobres diablillos, medio andrajosos y bastante sucios. Me dejé la piel para conseguir que asuntos sociales no se los quitara. Mientras Betty estaba con sus padres, en un hogar decente, los atendía bien, pero sola, rodeada de malas influencias, se vuelve muy descuidada. Ni gota de sangre en las venas, me temo. Bueno, la ayudé con la guardería pública (me dijo que no sabía que existían esas cosas, pero yo repuse que sencillamente no se había molestado en investigar) y después de eso las cosas marcharon hasta que el noruego este entró en el café a tomarse un té y vio a Betty y todo lo que ya sabéis.

—¿Y el noruego no tiene que volver a Noruega? —preguntó Jean con la mirada puesta en el pedazo de pescado que había estado oscilando durante unos minutos entre el plato de Mair y su boca.

—Va a pasar unas semanas allí dentro de poco, dice. Trabaja para un abastecedor de buques en Ogmore Street. Lo llevan unos noruegos, como la mayoría. Gente decente. Se casaron hace seis semanas, él y Betty, y él está muy encariñado con los gemelos y la mantiene a raya con ese tema, aunque, por supuesto, yo le doy una buena charla de vez en cuando.

—Por supuesto —dije.

—Una de las cosas que tuve que hacer fue sacarla de ese café. Muchos indeseables merodean por allí, ya te puedes imaginar. Una chica como Betty, bastante guapa y no muy lista, habría sido carne de cañón. No es moco de pavo haberla apartado de sus garras. La verdad es que sí, estoy bastante orgullosa de mí misma en ese sentido.

* * *

Un domingo por la tarde, un par de meses después, estaba medio dormido frente al fuego —Jean se había llevado a los niños a dar un paseo con una amiga suya y unos amigos de los niños— cuando sonó el timbre. Preguntándome si la persona que llamaba no sería por fin alguna hermosa usuaria que había venido a confesarme su amor, corrí escaleras abajo. La persona que había en el umbral era sin duda una mujer y probablemente tenía treinta y pocos años, pero no era hermosa. Ni —habría apostado lo que fuera— era una usuaria; nuestras usuarias no llevaban esa clase de impermeables transparentes ni esa intensa sombra de ojos ni apestaban a perfume barato.

— Buenas tardes — dije.

La mujer sonrió, agitando sus párpados azul Prusia.

— Me recuerda, ¿verdad, señor Lewis? Betty Arnulfsen.

Noté cómo se me agrandaban los ojos.

— Claro, por supuesto... — dije afablemente—. ¿Cómo está, Betty? Pase, por favor.

— Ah, bien, gracias. Gracias.

— Hace mucho que no la veo.

De hecho, hacía varias semanas. Había aparecido tres veces más para hacer nuestras tareas del hogar y eso fue todo. Cuando le pedimos una explicación a Mair Webster, obtuvimos como resultado una respuesta evasiva: algo muy raro en ella que me hacía sospechar que las cosas no habían salido como ella esperaba.

— Pasaba por aquí, ¿sabe? Así que pensé en dejarme caer y ver cómo estaban todos.

— Bien. Es un placer volver a verla. Bueno, ¿y a qué se ha estado dedicando usted?

Podría haberlo expresado con más delicadeza, puesto que alguien, ya fuera ella u otra persona, evidentemente se había estado dedicando a hacer algo con Betty, por decirlo de alguna manera. Mientras estábamos de pie frente a la chimenea de la sala de estar vi que su pelo, que solía tener el lustre de la melena de una india, ahora parecía espuma negra petrificada, y que su cara estaba hinchada bajo la capa amarillenta de maquillaje. Al mismo tiempo, había perdido por completo su mirada de víctima: parecía segura de sí misma, incluso de buen humor. Llevaba un traje ceñido de color lila con franjas moradas y un paraguas de mango largo con elaborados diseños en el plástico.

— ¡Ah, muchas cosas! — dijo, en respuesta a mi pregunta—. Me he estado divirtiendo, para variar. Acabé hasta las narices de esa vieja vaca de Webster,

que no dejaba de decirme lo que tenía y lo que no tenía que hacer. He intentado quitarme de su vista, viviendo mi vida, para variar, ¿sabe? Ahora tengo algo de dinero. Tenga, un cigarrillo.

—No, gracias. No fumo.

—Vamos, le hará bien, hombre.

—No, en serio, nunca he fumado.

—Se nota que es usted de los que se cuidan. —Se rio bastante con esta ocurrencia, dándome la oportunidad de fijarme en las partes purpúreas de dentro de sus labios, donde el pintalabios se le había ido, o bien no había llegado. Con una especie de desdén indulgente, continuó—: Y usted, ¿qué tal? ¿Sigue trabajando en esa vieja biblioteca?

—¡Oh, sí! Siento que es mi obligación echarles una mano de vez en cuando.

—¿No acaba usted hasta las narices a veces?

—Sí, pero ahí sigo. No puedo permitirme flaquear.

—Así me gusta. Hay que seguir haciendo caja, ¿verdad?

—Bueno, eso ayuda, sí.

—¿Y cuánto se saca usted ahí? No importa, supongo que no querrá decírmelo. ¿Y qué diabluras hace después del trabajo?

—Nada fuera de lo normal.

—¿Y entonces qué *haga* cuando sale una noche por ahí? ¿Dónde va?

—Bueno, aquí y allá. A veces me tomo unas pintas en el *pub* de la esquina, en el General Picton.

—Supongo que tiene usted sus amigos. —Su cigarrillo se había apagado, así que volvió a encenderlo. No parecía muy natural: debía de haber empezado a fumar hacía poco. Después de escupir una brizna de tabaco, dijo—: Nunca se pasa por los *pubs* de Ogmores Street, ¿no?

—Por norma general, no.

(Ogmores Street llega hasta los muelles, refugio de las almas perdidas, razón por la cual, entre otras, las personas refinadas y distinguidas normalmente evitan esa zona durante las horas de oscuridad).

—Abajo en Ogmores Street *hagamos* de las nuestras. Lo *pasemos* muy, muy bien, sí señor.

—Seguro que sí.

—Sí — dijo con mucha convicción —. Jean no está, ¿verdad?

—Se ha llevado a los niños a tomar el aire. No creo que tarde mucho.

—Ah. ¿Los niños están bien?

—Bastante bien. ¿Y usted a qué se dedica ahora?

Estalló en una carcajada.

—Buena pregunta, sí señor. ¿Y a qué mierda no me dedico? Que a qué me dedico, ¿eh? Esa sí que es buena. —Entonces me informó con seriedad—: Ahora estoy con las chicas, ¿sabe?

—¿Ah, sí? —Tuve una fugaz visión de Betty bebiéndose un café matutino en el Kardomah con un grupo de secretarias y taquígrafas antes de captar lo que quería decir en realidad—. Eh... ¿Y está bien?

—No está mal, ya sabe. Tiene sus cosas buenas, y eso. Mire lo que tengo aquí. —Abrió su bolso, una cosa de plástico brillante de un tono rosa pastel y, después de dejarme desconcertado durante uno o dos segundos, sacó un fajo de billetes arrugados sujetos con una goma.

—Tardaría bastante en sacarse toda esta pasta en la biblioteca, ¿no?

—¡Oh, no lo dude!

—*Salemos* con los chicos de los muelles y los marineros cuando bajan de los barcos. Son los mejores. *Queren* pasarlo bien y no les importa cuánto cuesta. Tienen mucha pasta, ¿sabe? Se la gastan en correrse sus juergas. Hay muchos noruegos. Me gustan los noruegos.

—Ah, sí. Su marido es noruego, ¿no?

Esta segunda desviación del tacto debido pasó tan desapercibida como la primera.

—Así es. Ha vuelto a Noruega.

—¿Para siempre?

—No, no creo. Su padre se ha metido en líos o algo así. Supongo que volverá a aparecer algún día.

—¿Cómo están los gemelos? —Ahora que había encontrado la nota doméstica, podría verme bien prolongarla. ¿Qué hora era? ¿Dónde estaba Jean? ¿Vendría con ella su amiga inglesa de cara sonrosada oh-lo-mío-es-decir-querida? ¿Por qué no?

—Están bien. Tengo a alguien cuidándolos hoy. Pero es que esos noruegos son la mar de divertidos. Me muero de la risa con ellos. Pues los galeses *queren* que me

deje la combinación puesta, no les gusta que me la quite, pero a los noruegos les da igual, *quieren* que me lo quite todo, y no les gusta afuera, *siempre quieren* venir a casa a hacerlo. Les gusta tomarse su tiempo. ¿Conoce a Joe Leyshon?

—He oído hablar de él. Solía dedicarse a la lucha libre, ¿no?

—Lleva a muchas chicas de Ogmores Street, pero a mí no. El *que-re*, pero a mí no me gusta. Aunque algunos de sus amigos son la mar de divertidos. Asaltamos una tienda la otra noche en Cwmharan. No nos llevamos mucho, unos cigarros y otras chucherías, pero nos reímos cantidad. Están como cabras esos tipos. Casi siempre vamos al Albany. ¿Conoce el Albany? Está bien. Debería venir una noche a tomarse un par de copas y divertirse un poco. ¿Qué le parece? Esta noche me pasaré por allí.

—Bueno, no querría ser una molestia...

—Venga, le presentaré a todo el mundo, no le pasará nada, se lo prometo. Todos son buena gente, en serio. Me aseguraré de que se lo pasa en grande. Podría decirle a Jean que ha salido con sus amigos, ¿no?

—Es muy amable de su parte, Betty, pero de verdad que no creo que pueda. Tengo muchas cosas que hacer, ya sabe a lo que me refiero, así que no...

—Deje que le diga una cosa, John.

—¿Qué?

—Le da miedo venir conmigo.

Se juntaban tantísimos factores para que este argumento fuera a todas luces incuestionable que responder al mismo era difícil.

—Bueno, yo no diría eso —dije después de un momento, tratando de encajar a la fuerza algo de jocosidad en el tono y en la actitud—. No, yo no diría eso en absoluto.

Evidentemente, no conseguí engañarla. Insistió:

—Sí. Tiene miedo.

—No es eso exactamente. Es solo que intento ser leal a mi mujer en la medida de lo posible —le dije, convencido de que había sonado como un cabo cristiano con cara de hurón en una conversación de barracón militar.

—Sí, ya veo: se vendría abajo si no la tuviera a ella para agarrarse. Se *agüenta* todo el tiempo. —El desdén había regresado a su voz, ahora rodeado de amargura, pero no demostró ninguno de los dos cuando continuó para añadir—: Es usted un buen chico.

—Yo no diría... No lo sé. Betty, espero que no le moleste que le diga esto, pero

¿no es un poco arriesgado ir por ahí asaltando tiendas con esos amigos suyos?
¿No le da miedo que la pillen?

—Oh, la vida son dos días y hay que pasarlo bien, eso es lo que pienso. Vale la pena arriesgarse por un poco de emoción. Una no tiene muchas oportunidades de vivir emociones fuertes hoy en día...

—Bueno, es cosa suya, pero no querrá, ya sabe, ir a prisión, ¿verdad? Los gemelos no tendrían...

—Yale, no me sermonee. Me toca *muy* las narices que me den sermones.

—Lo siento, no era mi intención.

—Vale. —Sonrió.

El silencio que siguió se vio interrumpido por el ruido de una puerta que retumbó al cerrarse en el piso de abajo. Los andares atropellados de mi hija Eira se hicieron audibles, cubiertos, y en parte silenciados, por los característicos y fortísimos aullidos de su hermano pequeño. Ambos sonidos comenzaron a subir las escaleras.

—Jean ha vuelto, ¿eh? — Betty se levantó —. Será mejor que me vaya.

—Ah, no, no se vaya. Quédese a tomar una taza de té con nosotros.

—Mejor no.

Eira entró corriendo en la habitación, se detuvo abruptamente cuando vio a Betty y después se desplazó hacia la chimenea dando un rodeo enrevesado, pasando por el hueco que quedaba entre la pared y el sofá.

—Quítame el abrigo — me dijo distraídamente.

—Hola — dijo Betty elevando el tono artificialmente —. Hola. Pero ¿quién es esta niña? Deja que la tía Betty te quite el abrigo. Ven, florecita. Así, muy bien. Te lo has pasado bien corriendo por ahí, ¿verdad? ¿Has visto algún conejito? ¡Pero cómo has crecido! Y estás más descarada que nunca, está claro. Sí, sí. Estás muy, muy descarada. Sí, sí. Eres una desvergonzada de campeonato.

Jean entró con el bebé.

—¡Anda! Hola, Betty — dijo, sonriendo —. ¡Qué alegría verte! Dios, cállate ya, ¿quieres? — Esto último se lo dijo al bebé, que, por su forma de vociferar, parecía aquejado de un dolor mortal.

—Lo siento, no pude pasarme ese martes tal y como habíamos acordado, señora Lewis, pero los gemelos estaban enfermos y no pude avisarla.

—No pasa nada, Betty. Pondré agua a calentar.

—Deje que sostenga al bebé.

— Ah, muchas gracias. John, deberías haber avivado el fuego.

— Lo siento, querida. — Cogí el cubo del carbón, que era de los que tienen forma de cono truncado. Resultó pesar menos de lo que debería, menos de lo que cualquier cubo de carbón con carbón dentro pesaría. Era incapaz de recordar haber encendido el fuego alguna vez sin encontrarme, desde el principio de los tiempos, con un cubo de carbón que no pesara.

Durante un largo arranque de vulgaridad en la despensa del carbón que había bajo las escaleras, me dediqué a pensar en lo gracioso que era que una mujer «caída» — ahora realmente «caída», y todo lo larga que era — le hablara a una niña del mismo modo en que lo haría una que estuviera bien derecha respecto de la perpendicular. Lo que demostraba que había partes de la caída que estaban destinadas a permanecer derechas, y además partes bastante importantes. Esto me llevó a pensar en el absoluto misterio de la existencia prostituida: no lo que les ocurre a tu femineidad, a los brotes de emoción o a las posibilidades de estar bien informada acerca de los esplendores y las miserias de la carne — a la mierda todo eso —, sino lo que significaba ser una prostituta en los momentos en los que en realidad no te estabas comportando como tal, cuando ibas vestida con ropa normal: en un autobús, cocinando unas judías, planchando, de compras, charlando con una vecina, comprando los regalos de Navidad... Es como si fueras un espía, un clérigo o una autoridad mundial en Rilke: irías por la calle como si tal cosa, nadie se daría cuenta de esa faceta de tu identidad. Tal vez hasta tú mismo la olvidases en algunas ocasiones. En cualquier caso, a juzgar por la representante del piso de arriba, ser prostituta era algo que te podía hacer mucho bien, y no implicaba que fueras una persona horrible, además. En cuanto a lo de no volverse horrible más tarde, eso sin duda también podía arreglarse, especialmente si una era capaz de mantenerse alejada de los distintos grupos de hombres que llevan bata blanca (loqueros o médicos) y que, según dicen, tendían a caerle encima después de unos pocos años en el juego. Esa era una perspectiva repugnante, sí, y se asemejaba a muchas repugnancias afines concebidas por la deidad en lo que parecía un castigo desproporcionado para ofensas bastante cuestionables. Aun así, ese reparo menor al gran proyecto divino ya había sido respondido hacía tiempo... Sí, se había dado más de una respuesta.

Un carbón pequeño, demasiado pequeño para que valiera la pena echarlo en la estufa, se me había metido en el zapato. Llevé el cubo arriba y comprobé que Jean y Eira estaban en la cocina, mientras que Betty seguía sosteniendo al bebé. Su comportamiento se había aplacado y se parecía más a la Betty que yo había conocido.

— No le contaré a Jean lo que le he dicho, ¿verdad?

— Por supuesto que no.

— ¿Y tampoco le contará a la vieja Webster lo que hago?

— ¡Dios, no! ¿Qué clase de persona cree que soy?

— Es una arpía.

— Oh, es una arpía, sí.

Betty asintió lentamente, frunciendo el ceño, meneando al bebé con poco entusiasmo sobre su rodilla. Entonces dijo:

— Es una auténtica arpía.

Este ajuste respecto del concepto original me hizo reír. Betty se unió a mí. Nos reímos juntos durante un rato, y Eira acabó por venir desde la cocina para intentar enterarse del chiste.

— No me importa confesarte que llegué a deprimirme mucho a causa de esa chica en un momento determinado — dijo Mair Webster —. Con toda franqueza, pensé que íbamos a perderla. Me molestó muchísimo, en todos los sentidos. En una ocasión su marido se marchó durante un par de meses y, en cuanto se dio la vuelta, ella volvió a aplicar la ley del mínimo esfuerzo. Sus antiguos amigos del café..., bueno, se juntó con ellos otra vez, y se arregló con otra de allí para que cada una cuidara a los hijos de la otra cuando esa anduviera con hombres, por turnos y compartiendo el mismo piso, o más bien las dos habitaciones, el cubil más sórdido que puedas imaginarte... No estoy exagerando, te lo prometo. Bueno, enseguida saqué a Betty y a los gemelos de ese nido de ratas y los metí en un sitio decente, en cualquier caso lo suficientemente bueno por el momento, hasta que Arnulfsen volvió de Noruega. Tienen un pisito bastante mono. Bueno, podrás juzgarlo por ti mismo, John. No es nada lujoso, por supuesto, pero tiene mucha mejor pinta que las cosas a las que está acostumbrada la gente como ellos. Ah, gracias, Jean querida.

— Entonces todo marcha bastante bien, ¿no? — preguntó mi mujer, sirviendo café —. Parece que los problemas se han acabado. — Mostraba un alivio que yo imaginé que en parte era personal. No le había resultado nada fácil no hablarle a Mair de la anterior visita de Betty.

— Yo no diría tanto — dijo Mair —. Arnulfsen la ha perdonado y ella está intentando salir adelante, y puedo asegurarte que se lo está tomando bastante en serio. Pero la gente con la que ella solía andar los sigue molestando: las chicas del grupo la buscan, y en una ocasión incluso hicieron que un marinero malayo intentara entrar por la fuerza en su casa. Querían retomar la antigua relación y consiguieron su dirección en el café, supongo. Ha habido uno o dos incidentes de ese tipo. Y además algunos de los vecinos han debido de oír algo acerca del pasado de Betty y no dejan de meterse con ella, hasta le gritan por la calle cuando pasa. El espíritu puritano anglicano se ha torcido, parece. Eso está

volviendo loco a Arnulfsen.

Mientras Jean expresaba su indignación, yo no dejaba de preguntarme cómo iba a «ser capaz de juzgar» el piso de los Arnulfsen. ¿Es que me había comprometido de algún modo a ir a tomar el té allí? La respuesta no se haría esperar, puesto que Mair estaba terminándose su taza de té y se levantó.

—Ven conmigo — me dijo —. No tenemos mucho tiempo.

—¿Tiempo para qué, Mair? Lo siento...

Me lanzó una fugaz mirada leonina antes de agacharse para coger su bolso. Cuando habló, lo hizo con la incredulidad a la que a menudo son propensos los que están acostumbrados a planear cosas por otros. Puesto que lo que había programado para mí era obvio tanto por lógica como por ley natural, ¿cómo era posible que yo no supiera de qué se trataba?

—Por supuesto, me vas a acompañar a casa de Betty. Solo voy a pasar un segundo para ver cómo está. Después, sobre las dos y cuarto, puedo dejarte en la biblioteca. *Ciao*, Jean, querida. Gracias por este magnífico almuerzo. Tenemos que quedar la semana que viene a tomar un café. Podemos avisar también a John, si le apetece y está libre.

Jean enarcó las cejas exigiéndome silencio y se lanzó a un discurso vivaz que duró más o menos hasta que estuve sentado en el coche de Mair junto a su propietaria. Había sobres abiertos, listas mecanografiadas y formularios impresos tirados por ahí como una demostración mecánica de la burocracia a pleno rendimiento. Jean continuó con su *ballet* facial hasta que nos marchamos.

Sabía que Mair iba a contarme más cosas, o posiblemente a repasar algunos puntos, conocidos pero esenciales, acerca de lo que significaba ser trabajadora social. Disfrutaba llevándome aparte para hacer eso, al parecer porque yo era un hombre y, como tal, era fácil hablar conmigo. A veces su marido participaba en estas conversaciones, pero no con frecuencia, y cuando lo hacía era probable que fuera en calidad de personaje de su exposición, como ejemplo de lo que significaba estar casado con una trabajadora social. Esperaba que hoy tocara la parte práctica; algunos de los casos de Mair tenían un gran interés antropológico, e incluso los que no lo tenían eran mucho mejores que la teoría.

Nos tocó teoría, pero combinada con autobiografía, lo que ayudó un poco. ¿Qué era lo que la había atraído al principio de la idea del trabajo social? Ah, había muchas respuestas a ese enigma, y cada una exigía un estudio minucioso y en todo caso prolongado. Mair había estudiado un curso de psicología, así que lo sabía todo acerca del impulso de poder que tendía a estar presente en todos aquellos que se ganan la vida haciendo buenas obras. Varios de sus colegas eran propensos a dejarse llevar por ese bajo instinto, y ella incluso lo había detectado

en sí misma en alguna ocasión. Ahí era donde la formación psicológica resultaba tan útil: sabías cómo examinar tus propios objetivos y debilidades y cómo protegerte de los que no se lo merecían. Una vez resuelto eso, quedaba claro que el deber de los elementos maduros y responsables de la comunidad era hacer todo lo posible por sus compañeros menos afortunados. Hubo un tiempo en que los hacendados más escrupulosos establecían ese mismo tipo de relación con sus arrendatarios, igual que el empleador honrado con sus trabajadores y sus familias, pero el ascenso del oligopolio (Mair estaba al tanto de los panfletos divulgativos del Partido Laborista) había acabado con todo eso. Una de las tareas más importantes de nuestra sociedad era la formación de especialistas en funciones bien distintas que un tiempo atrás habían sido consideradas como derivadas de otras funciones. Un caso muy ilustrativo lo proporcionaban los deberes constantemente en expansión de..., bueno, Mair reconocía el término *trabajadores sociales*, pero por su parte ella prefería – puesto que una vez asistió a un curso de verano en Ciencias Sociales en Cardiff – considerarse a sí misma y a sus compañeros como *técnicos en paternalismo*.

Cuando sacó eso a colación tuve la experiencia poco frecuente de ver que su cara expresaba solo una satisfacción limitada con lo que había dicho. Mientras nos adentrábamos más en un distrito poco recomendable, Mair añadió:

– Aunque, en realidad, John, esa etiqueta no me acaba de convencer. – ¿No?

– No. Es un término científico, por supuesto, y por lo tanto es bastante preciso en cierto sentido, pero, como todos los términos científicos, es incompleto, en realidad no dice lo suficiente, no abarca todo, deja fuera muchas cosas. Deja fuera eso que nos hace a todos seguir adelante, eso que nos acompaña en las malas rachas e impide que perdamos la fe, que es lo único que no podemos permitirnos perder en nuestro trabajo. Es..., bueno, no se me ocurre un nombre mejor para eso que... idealismo. Puedes reírte si quieres – su perfil se giró lo suficiente como para dejarme claro que mejor sería que esa risa fuera interna –, pero así es. Solo la antigua y sencilla necesidad de hacer el bien, no de un modo puritano anglicano, naturalmente, sino científicamente, porque sabemos lo que hacemos: esa es la base de todo, no tiene sentido irse por las ramas. Sé que este tipo de conversación hace que te sientas incómodo, pero creo en...

Antes de que Mair pudiera pronunciar las palabras «llamar las cosas por su nombre», una frase que pronunciaba a menudo, le expliqué que no era exactamente así, y continué:

– Esto no va dirigido contra ti, Mair, pero creo que hacer el bien a los demás es algo bastante arriesgado. Puedes provocar un montón de problemas, tanto para ti como para las personas a las que se supone que estás haciendo el bien. Y es tan difícil estar seguro de que el bien que intentas hacer es realmente algo bueno, lo

mejor para esa persona y, además, la justificación de todo esto es un poco...

—Estoy a favor de correr riesgos. En esta época todo el mundo juega sobre seguro, y eso está acabando con el país, esa actitud retrógrada. Creo que hay que arremangarse y ponerse manos a la obra.

—Pero, Mair, hay riesgos que afectan a otras personas. Tú decides lo que es mejor para ellos y lo que más les conviene, así sin más. No les das la oportunidad de...

—Si hubieras hecho tanto trabajo social como yo, John, puede que tuvieras una idea de cuánta gente hay en este mundo intrínsecamente incapaz de saber qué es lo mejor para ellos. Son como niños. Tú no dejarías que Eira decidiera qué es lo mejor para ella, ¿verdad? No la dejarías que metiera la mano en el fuego para ver si quema...

—No, por supuesto que no, pero los niños no son...

—Sé que piensas que el trabajo social es algo terriblemente complicado y difícil. Bueno, créeme, el noventa o noventa y cinco por ciento del tiempo no podría ser más sencillo, al menos en lo que respecta a tomar la decisión correcta: ejecutarlo es algo bien distinto, por supuesto, pero la decisión en sí es pan comido, porque estás tratando con completos idiotas o completos cretinos o ambas cosas. Un mes en mi trabajo y pensarías lo mismo que yo; sé que lo harías.

—Espero que no.

—Honestamente, John, si todo el mundo pensara como tú no habría ningún progreso en absoluto.

—No, no lo habría, ¿verdad?

Llegados a este punto, Mair condujo el coche hasta el bordillo y se detuvo, no con la intención de seguir discutiendo más tranquilamente, sino porque habíamos llegado a nuestro destino. Cuando salimos del coche, nos encontramos frente a una triste hilera de comercios: un quiosco de periódicos con muchas postales con anuncios, una barbería-estanco, una tienda de ropa cuyas existencias del escaparate habrían vestido a cien señoras de mediana edad con ropa de lana de la cabeza a los pies, y un lugar que en su época sin duda había sido una tienda como cualquier otra, pero que ahora estaba encalado por encima de la altura de las cabezas de los viandantes. Este último establecimiento tenía en un lateral una puerta, pintada hacia poco del color marrón de los ferrocarriles británicos. Mair llamó al timbre. Después, me cogió del brazo y me apartó uno o dos metros.

—Y esto, ¿a santo de qué? —dije, en lo que se suponía que era un tono de chanza. En verdad solo la mitad de mí estaba pendiente de lo que ocurría en la realidad: mi mente estaba ocupada tratando de descubrir a qué me había

recordado aquello de Mair de que «un mes en mi trabajo y pensarías lo mismo que yo».

—No es aconsejable estar frente a la puerta de una casa como esta cuando se abre.

—¿Eh? —Eso era: el administrador colonial veterano al administrador colonial que acaba-de-salir-de-Inglaterra: «Todos somos un poco pro-negratas cuando acabamos de llegar, muchacho: es natural. Aunque enseguida se pasa, ya lo verás» —. ¿Por qué no?

—Bueno, al abrir la puerta de un lugar como este una corriente plagada de bichos atraviesa rápidamente la casa. Te aseguro que no es agradable que aterricen sobre ti.

—¿Dices en serio lo de los bichos? —Ahora sí que había captado toda mi atención.

—No es agradable que aterricen sobre ti.

—Hola, señora Webster. No la vemos por aquí muy a menudo.

—Oh, buenas tardes, Emrys, ¿cómo estás? —Mair se volvió animadamente hacia el recién llegado, un joven agente de policía con una nariz larga y pálida—. ¿Tu mujer está bien?

—Bueno, la verdad es que no ha pasado por su mejor momento. Hace dos semanas la volvieron a ingresar durante tres días para tenerla en observación, y el médico dijo... —Su voz se volvió inaudible, principalmente porque bajó el tono, pero también porque Mair se lo llevó aparte, asintiendo comprensivamente con la cabeza. Yo seguía impresionado por sus conocimientos acerca de los bichos. Eso sí que era algo destacable.

—Sí, ¿quién anda ahí, por favor? —Estas palabras llegaron desde la puerta, ahora abierta, donde se encontraba un hombre pequeño, pelirrojo y de cara sonrosada.

—Me llamo Lewis.

—No le conozco. ¿Qué busca aquí?

Miré hacia la acera, donde Mair, que asentía cada vez más rápido, estaba de pie de espaldas a mí. Debió de parecerle una mirada furtiva y cargada de malas intenciones.

—Soy amigo de su mujer. —Le expliqué con una sonrisa boba.

—Lárgate —vociferó el hombre pelirrojo. Llevaba una camisa roja—. Lárgate de aquí, cabrón.

—Mire, está bien, no hace falta...

—Lárgate ya, cabrón. —Por primera vez, vio a Mair y al policía, que en ese momento se estaban acercando—. Señora Webster, hola. Y usted, agente. Llévase de aquí a este cabrón.

—Cálmate, Bent, no hay por qué alarmarse. El señor Lewis está conmigo. Él y su esposa han sido muy amables con Betty. Me ha acompañado para ver cómo estáis todos. Es amigo mío.

—Lo siento, señora Webster. Lo siento, señor. Lo siento mucho.

—Está bien, Bent, al señor Lewis no le importa. Sabe que no lo decías en serio. Olvídalo. ¿Podemos pasar?

—Sí, por favor, pasen.

—Adiós, Emrys, saluda a Maureen de mi parte. Dile que pasaré a verla dentro de un par de días. Y no te preocupes. Es una chica muy fuerte y ahora que viene el buen tiempo se repondrá enseguida, te lo garantizo.

—Muchas gracias, señora Webster. Adiós.

Antes de que se diera la vuelta, vislumbré el rostro de Emrys, y me sorprendió descubrir en él una expresión de alivio y gratitud, como si realmente hubiera recibido algún consuelo. Atravesé el umbral de la puerta siguiendo a una Mair que iba frunciendo el ceño y moviendo de un lado a otro la cabeza ante los interminables enigmas de la vida.

Con bichos o sin ellos, la casa no estaba tan mal. En el suelo había tablones sueltos y agrietados, pero no faltaba ninguno, y no había humedades. La cocina en la que nos adentramos era oscura, sí, aunque lo peor era que olía a rancio. A través de la puerta abierta pude ver una trascocina con una hilera de tazas limpias que colgaban encima del fregadero y un trapo extendido sobre los grifos para que se secase. Uno de los gemelos apareció por ese lado, contempló a los visitantes, dio la vuelta sobre sí mismo y desapareció.

—Buenas tardes, Betty —dijo Mair con su actitud de ronda de hospital—. ¡Madre mía, qué buen trabajo! Hay que darte la enhorabuena. Has conseguido hacer de este sitio un verdadero hogar.

Continuó hablando así mientras yo echaba un vistazo al lugar. Sí que estaba bonito, en la medida de lo posible, que no era mucho. Lo que más llamaba la atención era su total ausencia de cosas innecesarias: los adornos, las fotografías y los cuadros, las postales de la repisa de la chimenea que se acumulan en todas las casas... Era como si los hombres de la mudanza acabaran de descargar los muebles, dejando las cosas pequeñas para que las desembalaran más tarde, solo que en este caso no había nada que desembalar. Puede que las cortinas cayeran en la categoría de lo innecesario; incluso, con una única ventana pequeña como esa, de lo excesivo. Eran del tono lila preferido de Betty, y en ellas filas de

personajes color malva, con espada y abanico, peluca y peinados altísimos, bailaban un minueto. Al verlas, sentí cómo se despertaba en mí la compasión. «Vuelve, animal», dije para mis adentros, dándome una patada en el hocico mentalmente. Después me enfadé con muchísima gente, pero sin demasiadas perspectivas de averiguar con quién en concreto.

Se acercaba el momento de la perorata de Mair. Miré disimuladamente a Betty. Aunque ya no iba emperifollada, no había recuperado el aire tranquilo y juvenil que tenía cuando la conocí. Llevaba puesta una rebeca gris que parecía diseñada para acentuar la redondez de sus hombros. Las ojeras que tenía no eran de las que desaparecen después de un buen descanso. Miraba fijamente a Mair con la paciencia sarcástica de alguien que escucha una débil coartada. Bent Arnulfsen, después de permanecer de pie inquieto un buen rato, se dirigió a la trascocina, y oí cómo se llenaba el hervidor de agua. Sin dejar de hablar, el viejo comando moral fue tras él.

—Solo quiero hablar un segundo con Bent en privado —dijo, y cerró la puerta tras ella.

—Bueno, ¿qué tal va todo? —pregunté.

Betty me miró sin amabilidad, y después desvió la mirada.

—Bien —murmuró, metiendo el dedo en un agujero de la tapicería de su silla.

—Su marido parece un buen tipo.

—Y usted qué sabe, ¿eh?

—Solo digo lo que me ha parecido.

—Bueno, no está mal, supongo. Es un buen chico.

—Los buenos chicos también tienen sus ventajas.

—Supongo.

—Parece que está muy bien aquí.

—Sí.

—Jean y los niños me pidieron que le diera recuerdos, por cierto.

Encoger ambos hombros habría supuesto desprenderse del respaldo de la silla, así que se contentó con encoger solo uno. Resultaba obvio que no quedaba nada de la cordialidad de nuestro último encuentro, y no me extrañaba. Un hombre que la había visto cuando era libre era la última persona sobre la faz de la tierra a la que se le debería haber permitido verla ahora que estaba domesticada. Y, en cualquier tipo de contacto que no se llevara a cabo en términos de igualdad, el discurso de una parte o de la otra caería casi inevitablemente en los tonos y las

expresiones de condescendencia, tal y como le había ocurrido a mi propio discurso. La severidad resulta, de hecho, más respetuosa. Pero eso no me iba a servir con ella. ¿Qué podría decir?

—¿Alguna vez echa de menos su antigua vida?

—¿Para qué quiere saberlo? ¿Qué tiene que ver eso con usted?

—Nada. Solo preguntaba.

—Bueno, no pregunte, ¿vale? Ocúpese de sus puñeteros asuntos, ¿vale? ¿Además, para qué ha venido?

—Lo siento, Betty. Solo quería ver cómo le iba.

—Igual que la vieja Webster, ¿eh? Bueno, pues no me gusta la gente que viene para ver cómo me va, ¿vale? Me toca las narices, ¿vale?

Cuando se estaba levantando de la silla para darles más énfasis a sus palabras, la puerta de la trascocina se abrió y Mair entró en la habitación. La sensación de alivio que tuve me avergonzó. El triunfo inundó la cara de Betty ahora que estaba a punto de hacer lo que debía de llevar queriendo hacer durante bastante tiempo.

—Tu marido sin duda te tiene en un pedestal, Betty —empezó a decir Mair—. Me ha estado contando...

—¡Lárgate, vieja arpía! —gritó Betty, pestañeando rápidamente—. No te *quero* aquí, ¿vale? Ya tengo bastante con soportar a los puñeteros vecinos subiéndose a la valla para mirar por las puñeteras ventanas y subiendo a quejarse. Ya tengo bastante sin que vengas a meter tu puñetera nariz en mis asuntos, ¿vale? Vete de aquí cagando leches y déjame en paz.

—Por favor, querida, cálmate. —Bent Arnulfsen había vuelto a aparecer en la puerta de la trascocina. En una mano tenía una tetera de esmalte marrón, y en la otra la mano de uno de los gemelos—. La señora Webster es muy amable. Y este caballero...

—¡No te metas, Bent! Venga, Webster, ¿a qué estás esperando? He dicho que te largues, ¿no? Me gustaría saber quién te crees que eres, metiendo la puñetera nariz en todas partes y diciéndole a todo quisqui qué hacer. Te has pasado, Webster. Cuarenta pueblos. Y en cuanto a ti... —Cuando Betty, que ahora estaba llorando, se volvió hacia mí, Mair miró su reloj de pulsera con un movimiento rápido—. ¿Quién te ha pedido que vengas a fisgar? Eso es lo que me gustaría saber —empezó a decirme Betty, pero Mair la interrumpió.

—Me temo que no vamos a poder quedarnos a tomar esa taza de té, Bent —dijo con afectación—. No me había dado cuenta de que el tiempo había volado. Tengo que llevar al señor Lewis a su lugar de trabajo o me meteré en un lío.

Volveré la semana que viene como de costumbre, y estoy segura de que para entonces las cosas se habrán calmado. Adiós, Betty... No te enfades, sé buena chica. Adiós, Bent.

Dirigiéndome otra mirada llena de reproches, Betty entró en la trascocina y cerró dando un portazo. Más tarde pensé en lo cruel que habría sido para ella toparse con la aparente indiferencia de Mair, en lugar de la aflicción o el enfado que ella habría ansiado provocar, en lo cruel que debió de parecerle que su valiente desafío hubiese fracasado. Pero en ese momento solo quería salir de allí antes de que Betty volviera.

Sin hacer caso de las vacilantes disculpas de Bent Arnulfsen, Mair me condujo fuera.

—Es increíble lo predecibles que son estas chicas —dijo mientras nos alejábamos en el coche—. Hacía tiempo que lo veía venir. Suele ocurrir tarde o temprano y, a menudo, después compruebas que te llevas con ellas mejor que antes. De alguna manera, se calman los ánimos. La semana que viene se desvivirá, me agarrará de la mano y empezará a decir: «Ay, señora Webster, ¡cómo pude decirle lo que le dije!, ¡qué horrible fui con usted!, señora Webster, y usted es tan amable...». Tampoco es que esa fase dure demasiado, la verdad. Desde luego, si lo que buscas de este trabajo es que te den las gracias, pierdes el tiempo y te arriesgas a sufrir una gran decepción. Una conciencia tranquila es la única recompensa que recibes.

—¿Has visto esto? —me preguntó mi mujer unos meses después.

Cogí el periódico que me tendía y leí que Elizabeth Grace Arnulfsen (de diecinueve años) había sido condenada a dos meses de cárcel por ayudar a robar un café en Harrieston. (A los dos hombres que estaban con ella les habían caído condenas más largas). La señora Mair Webster, se informaba más adelante, había expresado su convicción de que Elizabeth Arnulfsen era débil de carácter pero no tenía maldad, de que se había dejado llevar por las malas influencias. Dijo esto desde su profundo conocimiento del carácter de la chica, y se le había agradecido su testimonio.

—Bueno, espero que Mair esté satisfecha —dije, tirando el periódico al suelo.

—No seas tonto, sabes que estará hecha polvo. Siempre ha hecho lo mejor para Betty.

—Querrás decir lo peor.

—No digas tonterías.

—Betty solo entró a robar a ese sitio para tomarse la revancha.

—¿Cómo? ¿Con Mair?

—Sí, yo diría que sobre todo con Mair. No con la sociedad ni nada de eso. Era una especie de táctica para no ser ese tipo de persona que Mair quería que fuese.

—Hmmm. A mí me da la impresión de que lo hizo de buen grado. Y, según lo que me contaste, Betty ya había robado en otros sitios hace bastante tiempo.

—No hasta que Mair empezó a intentar meterla en vereda.

—Estás exagerándolo todo, John. ¿Y qué debería haber ocurrido según tú, en cualquier caso? ¿Que Betty acabara convertida en una mujerzuela?

—¿Por qué no?

—¿Y qué hay de los gemelos y de este tipo, Bent?

—Sí. No, no debería, o no podía, haber acabado así. Aunque en cierto sentido es una pena. Ese tipo de vida la hacía feliz.

—Eso no lo sabes. Voy a preparar la cena.

—Sé que ese no es camino para cambiar a una persona como Betty. ¿Te echo una mano?

—No, prepara el chocolate después. ¿Y cómo se impide entonces que las chicas acaben convertidas en vulgares mujerzuelas? ¿Cómo lo harías tú?

—¿Y qué te hace suponer que pienso que hay que intentarlo? Todo es un desastre. Habría que pensarlo detenidamente.

—¿Y quién va a dedicarse a pensar en ello? ¿Mair y tú?

—No, solo yo. ¿Qué hay de la cena?

Podía imaginarme a Mair haciendo lo que ella habría denominado ayudar a Betty a pasar por la horrible experiencia: yendo a verla a la cárcel, reuniéndose con ella cuando saliera y poniéndose manos a la obra inmediatamente para la, a estas alturas, sin duda inútil tarea de inducirla a llevar una vida normal con su marido y sus hijos. ¿Y a qué me dedicaría yo mientras ocurría todo eso? A emborracharme con mis amigos, a tener fantasías con alguna hermosa usuaria nueva, a quejarme de las tareas nocturnas extra que me toca hacer en verano y a explicarle a mi mujer que los trabajadores sociales son malos por definición, porque el único tipo de persona que sería un buen trabajador social era también la clase de persona que se negaría a serlo. De nosotros dos, había que admitir que al menos Mair era consecuente con lo que pensaba: ahí estaba, en la línea de fuego, mientras los cobardes como yo se retiraban o se tomaban las cosas como un episodio anecdótico de su vida cotidiana.

Sin embargo, una vez que se dejaban a un lado las apariencias y uno se fijaba en lo que Mair estaba haciendo en realidad ahí, en la línea de fuego, el cuadro cambiaba un poco, igual que ocurre con cosas como el Partido Laborista, que

desde lejos parecen mejores que cuando uno se acerca a ellas. Menos mal que se le ocurrió esta oportuna reflexión, puesto que ya casi estaba empezando a admirar un poco a Mair, y admirar a alguien que te parece horrible es horrible. En realidad, es cierto que los trabajadores sociales son necesarios, igual que son necesarios los guardas de prisiones, los oficiales de los gobiernos locales, los policías, los policías militares, las enfermeras, los clérigos, los científicos, los encargados de los hospitales mentales, los políticos y —por el momento, en cualquier caso, Dios nos perdone a todos— los verdugos. Pero eso no significaba que uno tuviera que sentirse predispuesto a confraternizar con cada una de esas personas, excepto quizá con alguna que otra enfermera y, en cualquier caso, solo basándose en lo que uno podría llamar fundamentos extrínsecos.

Aunque, por supuesto, no debería haber perdido el tiempo pensando en Mair. En lo que a mí respecta, Mair, con su credo de arremángate-y-ponte-manos-a-la-obra (sin importar qué sea la «obra»), podía desaparecer del mapa en cualquier momento, en la medida de lo posible después de haber sido atada, amordazada y obligada a escuchar todo lo que Betty tuviera que decirle. Y qué si algo debía o podía hacerse con Betty, y qué si alguien debía o podía hacerlo y cómo: a eso se reducía todo. Me apenaba pensar en que para mí era imposible aparecer en la cárcel el gran día, llevando un ramo de flores y un paraguas de plástico nuevo.



TODA LA SANGRE QUE HAY EN MÍ

Esa mañana Alec Mackenzie no había sido capaz de tomarse siquiera su pequeño desayuno habitual, así que, cuando, unos minutos después de salir de Euston, se anunció que se servían café y refrigerios en el vagón restaurante, se dirigió hacia allí sin dudar. Sentía que, en vista de lo que le esperaba, tenía que echarse algo al estómago, aunque en realidad no le apeteciera nada. También era bueno dejar atrás la compañía de aquellos con los que compartía el vagón, un grupo corriente y moliente de agentes infiltrados de las empresas de autobús de la competencia: dos marineros con una radio portátil, un niño en edad de aprender a andar que no paraba de intentar dar sus primeros pasos, un hombre cuya pipa gimoteaba y refunfuñaba, una anciana con un sombrero que movía los labios mientras leía un libro de la biblioteca y se humedecía los dedos concienzudamente antes de pasar cada página.

A la primera persona que vio al entrar en el vagón restaurante fue Bob Anthony, que llevaba un traje que parecía sopa de verduras tejida y que leía un periódico muy concentrado. A Alec le costó horrores no volverse inmediatamente por donde había venido, no digamos ya quedarse donde estaba, pero sabía que los dos debían de haber cogido el tren por el mismo motivo y acabarían encontrándose tarde o temprano. Con la esperanza de que fuera más tarde que temprano, no se resistió cuando la azafata lo colocó en un asiento de cara a Bob, pero en el extremo opuesto del vagón.

Durante las últimas veinticuatro horas su cerebro se había comportado como si algún terminal se le hubiera aflojado, desactivando la mitad del mismo y dejando que el resto funcionara a bajo rendimiento. Puede que esto fuera lo que la gente quería decir cuando hablaba de ir a cámara lenta. El paisaje rural, que pasaba a toda velocidad por la ventanilla bajo un sol típico de septiembre, era más bien apagado y estéril. Alec sintió un leve asombro por el hecho de que algo como mantenerse alejado de Bob durante unos minutos más todavía tuviera importancia para él, y también por encontrarse a sí mismo haciendo su pusilánime e inútil petición habitual de que le trajeran una tetera en lugar de la mezcla de color burro que ahora se servía bajo el nombre de café. Los hábitos persistían cuando todo lo demás se desmoronaba. Bebió café y comió galletas.

Un rápido vistazo había sido más que suficiente para cerciorarse de que el reciente brote de opulencia de Bob no mostraba signos de amainar. Alec estaba más que resignado a su propio fracaso —doblegarse sin protestar ante lo inevitable formaba parte de su código moral—, pero no tenía la menor intención

de dejar de indignarse por la suerte de Bob. Un largo y turbulento período en el que había avanzado a trompicones por la profesión legal se había convertido en un suave camino de rosas gracias a dos repentinas muertes. La primera de ellas, provocada por un coma etílico que ocurrió ligeramente antes de lo esperado, había tenido como resultado que Bob subiera un par de escalones en su camino hacia los altos puestos directivos; la segunda, en la que la bebida había jugado un papel más enrevesado como agente de una caída por las escaleras, lo había convertido virtualmente en el jefe de la firma, después de que Bob le diera un empujoncito al destino, por decirlo así, al trabar amistad con la viuda del caído. La profundidad de esta amistad seguía siendo desconocida, pero lo que era seguro es que la mitad de las acciones del negocio, que pertenecían al segundo fallecido, habían pasado a estar bajo el control de Bob, y en sus manos seguían.

Un alboroto cercano —una cadera que golpeó la esquina de una mesa cargada de cosas y a punto estuvo de provocar la caída de una bandeja repleta de objetos de loza— le indicó a Alec que Bob se dirigía hacia él.

Levantó la vista y vio que, aparte de una distorsión lateral causada por el movimiento del tren, su viejo y estúpido modo de andar era el mismo de siempre; no es que esa tendencia a tropezarse se debiese a que caminaba distraído, como un estudiante despistado que anduviese concentrado en sus cosas, sino que más bien se debía a que caminaba contoneándose, siempre alerta ante una posible conquista.

—Hola, Mac —saludó Bobby con su tono cortante y un acento falsamente refinado, e inmediatamente después comenzó a pedirle a la gente que se cambiara de sitio para poder sentarse donde quería, enfrente de Alec. Cuando lo hubo conseguido, barrió el mantel con el extremo de su periódico y ambos se miraron como lo hacían a menudo: Bob atribuyéndose despreocupadamente una sofisticación superior; Alec a la defensiva, dispuesto, si lo retaban, a enfatizar la importancia de la integridad. Después, sus miradas se volvieron inexpresivas y tristes. Alec no encontró nada que decir. Su atención era un peso demasiado grande para moverlo de donde había aterrizado, en el traje de Bob. ¿Por qué lo llevaba puesto? Debía de tener otros más adecuados para la ocasión. ¿Dónde estaban esos trajes?

—Bueno, Mac, las palabras no sirven de mucho en un momento como este, ¿verdad?

—No. No sirven de mucho.

Bob hizo una ostentosa señal para pedir más café.

—Pensaba que ya estarías allí.

—No quería molestar.

— Ah, pero seguro que..., quiero decir, a Jim le habría gustado tenerte a su lado, amigo. Al fin y al cabo, no eres precisamente un desconocido.

— Me imaginé que preferiría estar solo. Sé que en mi caso habría sido así.

— Ahí es donde te equivocas, Mac, si me permites decírtelo. Eres un tipo reservado, siempre lo has sido. No te culpo, Dios me libre, uno no puede evitar ser como es, pero la mayoría de la gente no es como tú, ¿sabes? La gente quiere tener a sus amigos cerca. Yo a eso lo llamo un instinto humano normal. Dime, ¿todavía vives en esa casa tuya de Ealing?

— Me preguntaste eso la última vez que me viste en el Lord Nelson. Y no me he mudado desde entonces.

— Yo me volvería loco, honestamente, si me pasara solo doce horas al día. ¿Qué haces cuando te apetece escaparte a tomar unas copas?

— No me sobra mucho dinero para escaparme a tomar unas copas, así que el dilema no se me plantea muy a menudo.

— No, ya veo. — Bob no parecía haberse percatado de la amargura que Alec había sido incapaz de eliminar de su voz. Permanecer ajeno a cosas como esa sin duda resultaba de lo más conveniente para el tipo de vida que llevaba Bob. Mientras contemplaba con aparente sorpresa el café con el que sus tazas estaban siendo rellenadas en ese momento, continuó—: Entonces, ¿qué haces por las noches? No puedes limitarte a...

— Bueno, juego al *bridge* de vez en cuando, y hay un par de personas a las que me gusta visitar, como un colega del Departamento de Exportación que vive a solo diez minutos a pie. Normalmente pico algo con él y con su mujer el domingo a mediodía, y a veces entre semana.

— ¿Todavía vas a tus conciertos?

— No a tantos como antes.

Bob negó con la cabeza y respiró hondo.

— Yo no lo aguantaría, debo admitirlo.

— Bueno, no todos somos iguales, ¿no?

— No, desde luego. A mí me gusta estar acompañado.

Alec sabía que eso era una gran verdad. Su supuesta relación con la viuda del socio de la firma no había frenado en modo alguno la costumbre de Bob de aparecer repentinamente en el Lord Nelson, el *pub* cerca del Temple que los dos hombres solían frecuentar a la hora de la comida, acompañado de distintas mujeres a las que no paraba de ofrecer *gin-and-frenches* de tamaño grande, mientras Alec se quedaba sentado en el bar, a su lado, con su *light ale* y un pastel

de ternera y jamón con ensalada. Cada pocos minutos, la pareja estallaba en carcajadas por alguna frase trivial, o pasaba a murmurar con las caras bien pegadas, lo que les llevaba a reír todavía más, todo ojos y dientes. Nunca sabía cómo comportarse durante aquellos interludios.

El tren se había detenido en una estación. Bob miró por la ventanilla y bajó levemente el tono de voz.

—Supongo que fue otro ataque, ¿no? Jim no me dio muchos detalles por teléfono.

—Sí, definitivamente fue un ataque al corazón. Murió antes de llegar al hospital.

—Una buena forma de morir, supongo. Mejor que el pobre viejo Harry. Se pasó casi un año medicado, ya sabes. Le hace preguntarse a uno cómo se irá de aquí cuando llegue su hora. Egoísta, por supuesto, pero natural. ¿Alguna vez piensas en ello, Mac? ¿Cómo te irás?

—Sí.

—Bueno, no sirve de nada ser morbosos. En realidad, pienso que, de nosotros dos, tú durarás más. Los tipos pequeños y flacuchos no mueren ni a tiros. Además, eres un poco más joven que yo, ¿no?

—Cumplí sesenta y cuatro en junio.

—No llega a seis meses. Pero en nuestra familia no somos muy longevos. Harry tenía la misma edad que yo cuando se apagó, y la pobre Dora apenas cincuenta años, y ahora Betty, con solo sesenta y siete... Bueno, digo «solo» porque en estos tiempos no son demasiados años, ¿no? Si lo miras desde otra perspectiva son muchos años. Tú debías de conocerla desde... ¿cuándo?, el 22 o el 23...

—El... No estoy seguro de la fecha exacta, pero era el lunes festivo de agosto de 1929.

—Bueno, eso sí que es llevar bien la cuenta, Mac. Estoy impresionado. ¿Cómo demonios lo recuerdas con tanta exactitud?

—Era el día de los torneos dobles mixtos en ese club de tenis que había cerca de Balham del que todos éramos miembros. —Alec empezó a rellenar su pipa—. Me llamaron para que me encargara de todo. Hasta el viernes no supe que habría un evento, y con aquel asunto de organizar la comida y todo lo demás a contrarreloj pasará mucho tiempo antes de que olvide aquel día, créeme.

—Hmmm... Eh, pero salió todo bien, ¿no?

—Sí, Betty y Jim pasaron a semifinales. Se acababan de mudar al distrito y nadie sabía si eran buenos. Pero entonces ganaron el primer set 6-1, y nos dimos cuenta... Bueno, en realidad, en cuanto Betty le dio a la pelota un par de veces

nos quedó claro que no sería fácil vencerles. Su revés era muy potente, algo poco habitual en una mujer. Yo mismo no tuve nada que hacer frente a ellos, porque...

Tan claramente como si acabara de ver una fotografía, Alec recordó un momento de aquel primer día. Jim, con su calva reluciendo bajo el sol, estaba de pie junto a la red; Betty se había acercado desde la línea de fondo y, con tanto control como energía, estaba lanzando uno de sus reveses no más de tres o cuatro centímetros por encima de la red y directamente entre sus dos oponentes, las dos únicas figuras borrosas de la imagen. Aunque era la que más lejos estaba de donde él se encontraba, recordaba la figura de Betty con nitidez: el pelo oscuro en un moño suelto, los antebrazos y las pantorrillas robustos, la nariz recta que dotaba a su cara de aquella distinción, incluso los labios apretados por la concentración y el esfuerzo. Algunos detalles no eran correctos: la falda blanca de tablas de Betty no pertenecía a aquella tarde, Alec lo sabía; era parte de un vestido de verano que había llevado durante una excursión a Brighton justo antes de la guerra, y Jim no se había quedado calvo tan joven. Sin embargo, no había nada que pudiera hacer al respecto: aunque una parte de su cerebro se esforzaba torpemente por corregirla, la imagen fotográfica no cambiaba. Puede que fuera mejor que los seres humanos no hubieran sido dotados con el don de visualizar las cosas a voluntad.

Mientras un Alec ensimismado le hacía partícipe de sus idealizados recuerdos, Bob no había dejado de mirar en todas direcciones, estirando y encogiendo su cuerpo y su cuello como alguien que intentaba ver por encima de una barrera que constantemente cambiaba de altura. Siempre le faltaba algo: otra ronda de bebidas, la hora exacta, un taxi, el menú, la cuenta, unas palabras con el viejo tal y cual antes de que se sentara... Mientras se tiraba de la nariz, rica en capilares rotos, dijo distraídamente:

— Claro, tú siempre estuviste muy unido a ella, ¿no, Mac?

— Sí, lo estaba.

— Y ella a ti, amigo. — Bob estiró el cuello como una tortuga, como si un taxista al que estuviera esperando, o incluso un *tipsters*,^[3] hubieran llamado su atención por detrás del asiento de Alec —. Ella siempre estaba dale que te pego contigo, ¿sabes? Hablando de ti.

— ¿En serio?

— ¡Oh, sí! Según ella, eras maravilloso. Siempre decía lo mucho que te admiraba. Tráigame una botellita de *brandy*, por favor — añadió por encima del hombro de Alec —. Un momento. Mejor que sean dos.

Alec comenzó a preguntarse cómo declinar la invitación de una botellita de

brandy. Una preocupación inútil, porque, cuando llegaron, Bob se guardó ambas con cuidado en los bolsillos del traje de sopa entretrejida. Luego hizo ademán de pagar el café de Alec, pero este se lo impidió.

—Ah, ya estamos llegando —dijo Bob—: ahí está esa fábrica de pepinillos. Un tufo espantoso cuando el viento sopla a favor le hace a uno preguntarse qué ponen en esas benditas cosas. ¿Cómo te sientes, amigo?

—¿Yo? Estoy perfectamente.

El muro de la cabeza de Alec no había dado señales de desmoronarse en los últimos cinco minutos, lo que significaba que bien podía seguir en su sitio durante las siguientes tres horas, o el tiempo que hiciera falta antes de poder marcharse con cierto decoro. Si era capaz de aguantar hasta el final de la ceremonia, ningún extraño llegaría a conocer jamás la verdad sobre él y Betty, especialmente Bob. Pensar que su secreto pudiera ser descubierto por esa mente arribista, frívola, sin escrúpulos y mojigata al mismo tiempo, y nunca oportuna en el momento oportuno, le resultaba insoportable.

Bob se había levantado y estaba mirando su reloj.

—Me alegro por ti, Mac. Vamos con retraso, como de costumbre. Me parece que tendremos que ir directamente a la iglesia. En cierto modo, puede que sea lo mejor.

—Sentaos, por favor —ordenó el clérigo. Era un hombre corpulento de aproximadamente cincuenta y cinco años con el pelo blanco cuidadosamente cepillado y peinado. Su voz era densa, como si tuviera la garganta inflamada. Bajaba un tono o dos cada vez que le pedía a la congregación que se sentara o se levantara, de acuerdo con el rito habitual. Su modo de hacerlo, incluso cuando resultaba claramente innecesario, y de remarcar cada sílaba de cada palabra que pronunciaba, constituyó un buen sustituto para una frase bastante larga sobre la frecuencia cada vez menor con la que se va a la iglesia, la inseguridad y el desasosiego consiguientes que muchas personas sienten cuando tienen que acudir indefectiblemente a la casa de Dios (en ocasiones como aquella), su propia determinación a que no hubiera confusión en su iglesia sobre lo que algunos podrían pensar que eran pequeñas características irrelevantes de procedimiento y, de nuevo, la frecuencia cada vez menor con la que se acude a la iglesia. En ese momento, después de haberse asegurado completamente de que todos habían seguido sus instrucciones al pie de la letra, pronunció el nombre de la mujer muerta tal y como lo haría un operador que empieza a releer un telegrama...

—Elizabeth... Duerden —dijo— nos ha reunido aquí hoy en virtud de su reciente fallecimiento. No necesito decir que la muerte de alguien a quien amamos, o incluso la muerte de cualquier ser humano, es el acontecimiento más

serio e importante con el que nos encontramos en esta vida. Quiero, por un breve instante, si me lo permitís, ahondar en este asunto de la muerte, sugerir un poco lo que es, y lo que no es. Creo que la pérdida que su... familia ha sufrido no es absoluta, que eso que con tanta frecuencia nombramos, buscamos y ofrecemos, que tan raramente definimos, obtenemos y damos, existe, que hay consuelo, si sabemos dónde buscarlo. ¿Dónde, entonces, debemos mirar?

Para entonces, parecía que el hombre llevara hablando horas y tuviera todavía más horas por delante. Parte de la densidad, sin embargo, había abandonado su voz cuando continuó:

—En otra época distinta a la nuestra, encontraríamos natural recurrir en primer lugar al pensamiento de que ser separados de los que amamos por la muerte del cuerpo no es definitivo. Deberíamos extraer nuestro consuelo del hecho de saber que ninguna separación es para siempre, que todas las pérdidas serán, cuando Dios lo estime oportuno, restauradas. Pero eso apenas nos sirve hoy en día, ¿no? Pensar de esa manera. A la mayoría de nosotros no nos serviría de mucho hoy en día.

Algo que se había introducido en el tono del orador durante el último par de frases hizo que estas sonaran como una especie de interrupción, que él utilizó para recobrar fuerzas. Después prosiguió tan densamente como antes:

—Pero la misericordia de Dios ha provisto que no necesitemos depender para nuestro consuelo de ninguna creencia. Descubrimos esto tan pronto como somos capaces de dejar a un lado parte de nuestra agonía y aturdimiento y comenzamos a preguntarnos qué ha pasado. Lo que de hecho ha pasado es que alguien nos ha sido arrebatado y nada volverá nunca a ser igual. Pero ¿qué no ha ocurrido? Esa persona no ha sido erradicada de nuestros corazones y de nuestras mentes, la vida de esa persona no ha sido borrada como una hilera de cifras en una suma, la identidad de esa persona no se ha perdido, y nunca podrá perderse... Elizabeth Duerden vive en aquellos que la conocían y que la amaban. El hecho de que viviera, y de que fuera Elizabeth Duerden y no otra persona, tuvo un profundo impacto en un número determinado de personas, un impacto considerable en muchas más personas y un leve, pero nunca imperceptible impacto, en innumerables personas. No hay nadie, jamás habrá nadie, de quien pueda decirse que el mundo habría sido el mismo si esa persona nunca hubiera existido.

«Es capaz de hilar un discurso», pensó Alec. O quienquiera que hubiese escrito eso lo era. Miró alrededor en la iglesia, ansioso por grabar en su memoria esa parte, al menos, de ese día. Se trataba de un edificio moderno, treinta años como máximo, con vidrieras brillantes, suelo de baldosas y carpintería que le recordaba a los comedores que había visto en los escaparates de las tiendas de decoración de provincias: nada del aire de antigüedad que siempre había atraído

a Betty.

La familia Gioberti ocupaba el primer banco. La que estaba más lejos de él era Annette Gioberti, que ahora volvía la cabeza y le dedicaba una débil sonrisa. La portadora de este exótico nombre tenía el aspecto de un ama de casa inglesa de treinta y tantos años vestida con sobriedad, aunque de modo favorecedor, y, como hija de Jim y de Betty, tenían muchas esperanzas puestas en ella. Jim, en principio, había estado en contra de su matrimonio, aduciendo entre otras cosas que, mientras que no ponía objeciones a los italianos o medio italianos como tal, no le gustaba la idea de que sus nietos fueran educados como católicos romanos. Pero Betty enseguida lo hizo cambiar de opinión entre risas al preguntarle cuándo había sido la última vez que había tenido algo que ver con la Iglesia de Inglaterra, y había añadido que Frank Gioberti era un chico decente y trabajador que obviamente iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para hacer feliz a Annette. ¿Qué más podían pedir?

Alec nunca había visto a Betty errar al juzgar a la gente, y en este caso había acertado casi demasiado literalmente. Por lo que le había dicho a Alec, cuyo contacto directo con los Gioberti era poco frecuente, había mucho dinero en esa familia, y no faltaba cariño, especialmente si se contaba el modo más obvio de mostrarlo: regalos caros en los aniversarios y en los cumpleaños, y ramos de flores que llegaban inesperadamente. Pero, en lo referente a «las cosas más sutiles de la vida» (a Alec siempre le entraban ganas de sonreír ante la frase favorita de Betty, tan característica de ella en su ingenua sinceridad), había un vacío enorme: ningún libro, excepto vulgares *thrillers*, ninguna música aparte de la que reproducían mecánicamente la radio y el gramófono, y absolutamente ningún cuadro. De hecho, unas Navidades Betty les había regalado un grabado de Médici de una Virgen medieval con niño y se lo había encontrado meses más tarde en un cajón en uno de los dormitorios de los niños.

A Alec le pareció que la parte de Frank que podía verse por encima del respaldo del banco ofrecía mucha información: el grasiento pelo grueso y negro; el cuello que sobresalía de tal modo que prometía que a su debido tiempo aparecería allí un rulo de grasa; el cuello de la camisa inmaculadamente blanco y la tela del traje gris marengo que de algún modo lograban sugerir no exactamente falta de gusto, pero sí la actitud de que el dinero era más interesante que la elegancia. Aun así, había que ser tolerante. De un hombre que poseía no se sabía cuántas lavanderías en el área de Deptford no podía esperarse que tuviera el tiempo o la predisposición de aprender a tocar el corno francés. Solo los niños podrían salir perdiendo, especialmente porque, en una época materialista como la presente, los padres tenían la responsabilidad especial de sugerir que, además de lo que la gente comía o bebía o fumaba o llevaba puesto o conducía o lavaba en los anuncios de televisión, había otras cosas que valían la pena. Y luego la gente se

preguntaba por qué había toda esa...

Alec se enderezó en el asiento. Era casi aterrador el modo en que la mente podía seguir con tanta facilidad sus propios caminos trillados, incluso en los momentos de mayor estrés. De nuevo, la fuerza de la costumbre: la protección de la naturaleza. Sintió frío al pensar que ese día podría llegar a pasarle desapercibido por completo, que de algún modo no llegaría a vivirlo o a comprenderlo. La pérdida de compostura más abyecta y reveladora sería mejor que eso. Empezó a hacer lo que nunca habría podido predecir: intentar sentir. «Un ser humano — estaba diciendo el clérigo — es la suma de muchas cualidades, y es a partir de lo que vemos de ellas cuando formamos nuestras ideas de lo que es todo en la vida, de lo que es la vida en sí misma». Nada que ayude en esas palabras. Alec echó un vistazo al primer banco al otro lado del pasillo, en el que Jim y Bob estaban sentados. Junto con los Gioberti, eran los únicos miembros de la familia presentes. El hermano de Jim, que había emigrado a Canadá hacía casi treinta años, no había recibido el telegrama de Jim, o no lo había respondido, y ahora hacía casi veinte años — sí, veinte años el próximo abril — que el joven Charlie, el hermano de Annette, había muerto en un accidente de motocicleta en Alejandría, tres semanas después de haber conseguido su cargo en el Real Cuerpo de Blindados. Bueno, se había ahorrado todo esto.

La cara de Jim, medio vuelta hacia el clérigo, tenía un aspecto bastante relajado, y así parecía encontrarse durante el breve instante en que Alec lo había visto en la puerta de la iglesia, cuando apenas había tenido tiempo de darle la mano y murmurar unas pocas palabras, aunque sus movimientos y reacciones habían sido un poco más lentos de lo habitual. Había sido igual, recordó Alec, que la noche en que recibió el telegrama de lo de Charlie. Había llegado allí de madrugada — salió de su casa nada más recibir la llamada de Jim, pero el tren se había detenido por una alerta aérea — y había encontrado a Betty deshecha, naturalmente, y a Jim simplemente siendo Jim, aunque todavía más Jim: calmado, sólido, desesperadamente herido pero no derrotado, diciendo poco como siempre, mostrando un grado de fortaleza que incluso Alec, que lo admiraba más que a ningún otro hombre que hubiera conocido nunca, no habría esperado. Gracias a Dios que Jim, al menos, todavía estaba allí. Ahora que estaba solo, Jim bien podría considerar unir fuerzas con él, compartir una especie de hogar, incluso quizá (Alec dejó a un lado esta parte de su idea para referirse a ella en el futuro) entrar en el pequeño negocio de *marketing* de vidrio de Keith Mackenzie and Company del que Alec, tras su inminente jubilación el año próximo, estaba pensando en formar parte junto a su hermano Iain. Si a Jim le atraía la idea, sería una especie de continuación del Trío — el nombre que Alec utilizaba en su mente para el grupo que los Duerden y él habían formado durante más de treinta años —. Y sería un buen homenaje para Betty.

«Y por eso haber vivido en vano —escuchó Alec decir al clérigo— es inconcebible». Incluso las voces apáticas más densas y preternaturales tienen un componente direccional, y Alec fue medio consciente de que esta iba directamente hacia él. Hubo una pausa, y él levantó la vista y vio que el clérigo efectivamente estaba mirándolo con enfado. Después de otro segundo o dos de reprimenda ocular, el hombre volvió a hablar. Claramente estaba terminando, y ahora se escuchaba el indicio de un nuevo tono, la aversión indiferente de un maestro de escuela que lee en voz alta a su clase algún vergonzoso documento confidencial que ha arrancado de la hábil mano de uno de los de su grupo.

—¿De dónde extraemos nuestras ideas de lo que es máspreciado, admirable y adorable de la naturaleza humana? No de ningún conocimiento innato, sino de lo que vemos en aquellos que están a nuestro alrededor. Conocer a alguien, y todavía más, conocerlo con amor, significa que nos recuerden constantemente lo que la naturaleza humana es y puede ser. Haber conocido a alguien con amor es ser iluminado permanentemente con la capacidad humana de la ternura, de la generosidad, de la alegría, de la indiferencia por uno mismo, del valor, del perdón, de la inteligencia, de la compasión, de la lealtad, de la humildad... Y nunca ha existido nadie que haya sido incapaz de ofrecer a sus semejantes una u otra de estas cualidades. Y, ¿acaso es esta iluminación un aspecto de la vida, una faceta de la vida, una parte de la vida? No: es la vida misma, este aprendizaje, lo que somos. Y, ¿acaso puede la muerte disminuir eso? No, la muerte no puede hacer nada ante eso, la muerte incluso hace que adquiera importancia, la muerte es burlada. Como la muerte siempre será burlada. Oremos. Arrodillaos, por favor.

Alec se arrodilló e intentó rezar, pero no era capaz de decidir a qué rezarle. El principio eterno que a veces pensaba que existía por encima y más allá de todo, y que había esperado (erróneamente) que se volviera más real para él conforme envejeciera, parecía conllevar una forma de ver las cosas que incluía creer que Betty tenía un futuro, y no podía ver cómo eso era posible. Así que, en su lugar, pidió varios deseos sobre el pasado: que Betty hubiera tenido una vida feliz y no hubiera sufrido cuando estaba muriendo. Sintió cómo su mente se ralentizaba y se vaciaba, y habría empezado a olvidar dónde estaba de no haber sido por el sonido de las pisadas que iban desapareciendo y que lo advirtieron de que estaba a punto de quedarse solo. Se puso en pie rápidamente y se apresuró a salir.

Jim estaba estrechándole la mano al último grupo de vecinos del pueblo bajo el escrutinio del clérigo, cuya actitud ahora sugería que lo habían obligado a meterse en sus vestiduras como parte de una burla y que no veía, por el momento, ningún modo digno de liberarse. También parecía más grande.

Alec sintió la necesidad imperiosa de hablarle:

—Gracias por su discurso, vicario, creo que ha sido de lo más...

– Rector – dijo el otro, alejándose.

– Bueno, vamos, Mac – dijo Jim – . ¿Con quién vas a subir?

Solo había dos coches a la vista: en uno estaba Bob, el otro estaba lleno de Giobertis.

– Ah, no te preocupes por mí – dijo Alec sin pensarlo mucho – . Puedo ir andando. ¿Cómo llego a...?

– Tonterías, vente conmigo y con Bob.

– No, eso es para los... No querría...

– Bueno, entonces ve con Annette, Frank y los niños. En esos cacharros caben cinco sin problema.

– Ven aquí, tío Mac – lo llamó Annette, y empezó a hacerle sitio entre ella y su marido. Las dos chicas Gioberti ocupaban los asientos plegables: Sonia, una niña rubia con gafas de siete u ocho años con, por lo que podía divisarse, una cabeza perfectamente esférica, y Elizabeth, una chica con el pelo un poco más oscuro de catorce años con una figura que, supuso Alec, muchas mujeres mayores envidiarían. Cuando arrancaron, preguntó:

– ¿Dónde has dejado el coche, papi?

Frank respondió con su fuerte acento *cockney*:

– A la salida de ese hotel en el que vamos a comer, el Kings Head o como se llame. Un antro ruinoso.

– ¿Por qué no podemos subir al cementerio con nuestro coche?

– Porque estamos subiendo en este.

– ¿Por qué? El nuestro es mucho más cómodo.

– Supongo que sí, pero estamos subiendo en este y se acabó la discusión, ¿vale?

– ¿Para qué subimos al cementerio? – preguntó Sonia.

– Para ver cómo entierran a la abuela.

– No le dolerá – afirmó Sonia.

– Por supuesto que no le dolerá, está muerta.

– ¿Para qué subimos para ver cómo la entierran?

– Porque eso es lo que hay que hacer.

– Sonia, quita los zapatos de ahí – dijo Annette.

– Y cállate – añadió Frank.

— ¿Cómo está Christopher? — preguntó Alec —. Veamos, debe de tener casi...

— Cumplió cuatro en junio.

— ¿En serio? Parece que fue ayer...

— La tía Gina lo está cuidando hoy — dijo Elizabeth con un tono triunfal —. En Camberwell.

Para evitar otra invitación al silencio por parte de Frank, Alec miró por la ventanilla. Su mirada se posó inmediatamente en el pequeño café con cortinas verdes a cuadros donde, siempre que venía de fin de semana, él y Betty pasaban una hora más o menos el sábado por la mañana antes de pasear hasta el King's Head para encontrarse con Jim, una vez que este terminaba su jornada matinal de actividades locales — para la asociación de contribuyentes o el comité del club de golf —. Allí se relajaban con un par de *pink gins* en el bar, seguidas de un almuerzo bajo el techo de vigas del comedor. Era en momentos como esos cuando el Trío volvía a alcanzar su plenitud, y durante los días y semanas posteriores se levantaba la sombra que había caído sobre la vida de Alec desde 1945. Una vez terminada la guerra, los Duerden habían decidido quedarse en esa parte de Buckinghamshire, adonde habían ido en 1941 temporalmente para evitar los bombardeos, y no regresar después a su casa en Clapham. Puesto que no podía corresponder a su hospitalidad, Alec había tenido que limitarse a quedarse con ellos solo media docena de veces al año como máximo, y los había visto en contadas ocasiones para comer o ir al teatro en Londres. Suponía que tenía que sentirse agradecido por que el Trío hubiera sobrevivido como lo había hecho, por que hubiera sido capaz de recuperar el espíritu de su apogeo, el de aquellos doce años de su vida, los más felices, entre 1929 y 1941, cuando los Duerden y él habían ocupado casas delante del parque Common, a menos de cuatrocientos metros de distancia.

La cara de Alec seguía vuelta hacia la ventanilla, pero no veía nada de la pulcra área residencial, del pavimento decorado con jóvenes árboles de lima apuntalados cada quince metros, junto a los cuales pasaban en esos momentos. Estaba pensando en el instante en el que había dicho para sí mismo «el Trío» por primera vez. Él y dos o tres personas más (había olvidado quiénes) habían llevado sus partituras a casa de los Duerden un domingo por la noche y, después del café y los sándwiches de tomate, Jim le había pedido que probara a acompañarlo en un dueto que aparecía en unas partituras que había comprado hacía poco. Se había sentado al piano, que tenía un sonido excelente para ser vertical, y tocó la pieza para ellos a primera vista, una proeza considerando la escritura osada y dramática de la partitura, repleta de vibraciones cambiantes en ambas manos. Se trataba de *Onaway, Awake, Beloved*, un arreglo bastante más interesante que el de *Hiawatha*, de Coleridge-Taylor, que siempre había

considerado –secretamente, puesto que Betty se deleitaba con él, y en una ocasión había conocido al compositor en una boda en Croydon– un poco aburrido. Por el rabillo del ojo, Alec podía ver tanto a Betty como a Jim mientras cantaban y cuando, con su ayuda, las dos voces se deslizaron hacia

¿Acaso toda la sangre que hay en mí

no salta para encontrarse contigo,

como las primaveras saltan para encontrarse con la luz del sol,

en la luna cuando las noches son las más brillantes?

sintió que su propia sangre saltaba en sus venas con un ritmo extraño y doloroso, como si hubiera tropezado con un secreto misterioso. Y así había sido: había descubierto que podía existir una relación entre tres personas para la que ninguna de las palabras comunes –amistad, amor, comprensión, intimidad– servía. Cuando la canción terminó, los otros les dedicaron un aplauso entusiasta; incluso Charlie, que tenía diez años, al que le habían dejado acostarse más tarde por tratarse de una ocasión especial. La emoción de Alec pasó desapercibida.

El coche se detuvo fuera del cementerio. Aunque Alec había caminado por la mayoría de las calles de la zona muchas veces en los últimos veinte años, el exterior de ese lugar y su ubicación le resultaban totalmente desconocidos.

–Aquí estamos –dijo Frank–. ¿Necesita ayuda, tío Mac?

–No, gracias.

Salió del coche y comenzó a caminar hacia la tumba, recordando que, fuera de su familia y de su círculo, Betty era la única persona que alguna vez lo había llamado «Alec», y solo durante un breve período de tiempo, quizá el año siguiente a que se conocieran. Después pasó a llamarlo «Mac», como hacían todos los demás, o más bien como hacía Jim en particular. Con esa delicadeza suya, más delicada por ser natural, había dejado claro que no se le escaparía ni siquiera el más leve y simbólico reconocimiento de lo que sentía por Alec, igual que él nunca reconoció con una sola palabra lo que sentía por ella. La idea de que dos personas pudieran enamorarse instantánea e irrevocablemente y no mencionarlo jamás, y mucho menos hacer algo al respecto, le habría parecido incomprensible o descabellada a cualquiera que no fueran ellos o, más bien, de nuevo, a cualquiera que no fueran ellos o Jim. Porque Jim de algún modo le había dejado claro a Alec que lo sabía, pero sin dolor o resentimiento; lo sabía, pero comprendía y perdonaba, y eso hizo posible que Alec siguiera viéndolos sin perderse el respeto a sí mismo. Entre los tres acordaron silenciosamente que, aunque no amaba menos a Jim, también amaba a Alec con un tipo de amor diferente –rehuyó la insolencia mental de preguntarse si era un tipo de amor más profundo–. Pocas mujeres habrían sido capaces de hacerlo, pero el amor

había sido el don de Betty.

Alec respondió una pregunta imaginaria acerca de qué había hecho con su vida diciéndose a sí mismo que había amado a una mujer excelente y conocido la amistad verdadera. El amor llegó primero, como debe ser. A fuerza de repetirse esto lentamente, durante un momento consiguió bloquear la presencia de aquellos que lo rodeaban y todas, excepto las primeras, terribles palabras que el clérigo estaba pronunciando. Después, Alec comenzó a tomar conciencia del ataúd que yacía en la tumba. Lo habían bajado con unas cintas verdes que le recordaron, por el color y la textura, a la pretina que formaba parte del uniforme que Charlie Duerden llevaba el día en que almorzaron juntos en casa de los Simpson durante uno de los permisos del chico. Un puñado de tierra fue arrojado sobre el ataúd. Alec se dio cuenta de que había tenido mucho miedo del sonido hueco que podía hacer, pero todo fue bien. La tierra era seca y calcárea, no se distinguían terrones, y cuando las palas se pusieron en marcha, por el ruido, lo enterrado podría haber sido cualquier cosa. Algunas personas comenzaron a alejarse de la tumba. Alec suspiró y levantó la cabeza, y la escena completa brilló con fuerza en sus ojos: la gente con sus caras y cabellos diferentes, la hierba, las alheñas, los jarrones de flores rojas y azules sobre las tumbas, el enorme par de cipreses de la entrada, todo ligeramente coloreado como una tarjeta postal. En medio de aquello, Alec distinguió al clérigo, lo miró de frente por primera vez desde que abandonaran la iglesia, y descubrió que este, como antes, lo estaba mirando fijamente.

Alec sintió que iba a empezar a llorar, y lloró. No podría haberlo evitado, igual que no podría haber evitado lanzar un grito ahogado si le hubieran echado por encima un cubo de agua helada. ¿En qué sentido podía ayudar a los muertos haber hecho que los vivos fueran conscientes de determinadas cosas? ¿Qué bien podían hacerle a alguien recordar sus cualidades adorables? ¿Qué utilidad tenía aprender acerca de la ternura? ¿Qué se podía hacer cuando uno se veía iluminado sobre las posibilidades humanas, aparte de ir por ahí diciéndose a uno mismo lo iluminado que estaba? ¿En qué ayudaba saber? ¿Y qué significaba haber amado a alguien?

—Allá vamos, amigo —dijo la voz de Bob—. Demos un paseo. Así está bien, con calma. Me preguntaba cuándo te desmoronarías. Me estaba diciendo a mí mismo: «Me pregunto cuándo se desmoronará el viejo Mac». Ese es tu problema, si me permites decírtelo, compañero: te guardas las cosas durante demasiado tiempo. Es mucho mejor dejarlas salir, así. Bueno, has elegido el momento adecuado. Enseguida se pasa.

Alec se percató de los gritos que estaba dando y se tapó la boca con las manos.

—¡Qué fastidio! —exclamó—. Lo siento.

—No digas tonterías, viejo amigo. Dedícate a gritar durante un par de horas, si es lo que te apetece. Desahógate. Las emociones tienen que salir. Tarde o temprano salen. Es la naturaleza humana. Mira. Vamos, bébetelas. De un trago. Te acompaño, si me dejas. Sabía que estas pequeñajas nos vendrían bien. Han salido caras, pero bueno.

—Treinta años para nada —dijo Alec, tosiendo—. He perdido el tiempo.

—Ah, no, Mac. A la gente que realmente lo ha perdido no le importa. Ya llegamos.

—No, cierra el pico, ya me encargo yo —dijo Frank bien fuerte—. Señora Allen, ¿otro zumo de pomelo? ¿De verdad que no quiere algo más fuerte? Señora Holmes, ¿y usted? ¿Está segura? ¿Señora Higginbotham? Ah, eso está mejor. ¿Otro para usted, querida? Muy bien. Ahora, el rector..., un escocés grande... Bob..., un *brandy* con soda grande... ¿Señor Walton?

El señor Walton, el enterrador, dijo que tomaría una pinta de Guinness con *pale ale*. Hombre alto y vigoroso de treinta y tantos años, tenía el aspecto de un leñador o podador que estuviera de paso en la ciudad para afilar sus herramientas. Parte de esta apariencia provenía de su pronunciado bronceado, que había adquirido, tal y como había explicado antes, durante unas recientes vacaciones de cinco semanas en la Costa Brava. Alec descubrió que era capaz de imaginar al señor Walton pagando por una cena de marisco más que suntuosa con una sexta parte, digamos, de los beneficios de un funeral moderadamente suntuoso.

El grupo, unos quince en total, estaba sentado o de pie en la cafetería del King's Head. Alec se había sentido aliviado ante la elección de este lugar, puesto que pensaba que el bar del lateral del edificio le habría traído a la mente demasiadas asociaciones, pero un vistazo al interior poco después de llegar le había mostrado que, desde su última visita, la habitación había sido tan remodelada que habría sido incapaz incluso de ubicar el rincón junto a la desaparecida chimenea en el que él, Betty y Jim se habían bebido sus *pink gins* no hacía ni cinco sábados. Las placas de latón de los caballos y los grabados deportivos, la carpintería oscura y desigual y los paneles de cristal esmerilado que le daban al bar su carácter personal habían sido borrados del mapa, y los nuevos plásticos brillantes lo convertían en un lugar desnudo y hostil. Alec reconocía esto como parte de un patrón de cambio. Las cosas con las que había construido su vida — el club de tenis, la Asociación Liberal y su fuerte sesgo social, estar al día de las nuevas obras, la música tal y como él la entendía, incluso aquellas ocasiones poco importantes en número tales como el funeral de Jorge V y la coronación de Jorge VI— estaban desapareciendo.

El joven camarero de la elegante chaqueta blanca llevó su bandeja hasta donde

Alec y Jim permanecían en silencio.

—Quería decirle cuánto lo siento, señor. Echaremos de menos a la señora Duerden aquí. Todos la apreciábamos mucho.

—Gracias, Fred, es muy amable de tu parte. Creo que esto es tuyo, Mac.

Alec cogió el *whisky* con soda. Le había pedido a Frank uno corto, pero la cantidad, unida a la oscuridad del tono, indicaba que no era precisamente corto. Ese sería su tercer doble, sin contar el *brandy* del cementerio. Tomó un trago abundante y dedicó un momento a intentar calcular cuánto le costaría una ronda, pero después lo dejó estar. Podría apañárselas, pero había hecho bien teniendo la precaución de cobrar aquel cheque de tres libras la noche anterior en el *pub* que había cerca de su casa. Mucho más importante era la cuestión de decirle algo trascendente a Jim, cosa que no había conseguido hasta ese momento. Lo intentó de nuevo:

—Sé que esto parece el fin de todo, pero en realidad no lo es, debes creerme.

—¿No lo es? ¿Debo creerte? Tengo setenta años, Mac. ¿Qué se supone que tengo que empezar a hacer a mi edad? Ahora solo es cuestión de esperar.

—Bueno, claro, eso es lo que parece, pero...

—No, eso es lo que es. Probablemente dentro de unos pocos meses, no lo sé, volverá a parecer diferente, pero cómo, sencillamente no puedo...

—Encontrarás muchas cosas que quieres hacer...

—Mira, no empezarás a divagar acerca de interesarme por cosas nuevas, ¿verdad? Ahórramelo. ¿Te conté que el trabajo a tiempo parcial con esa gente de las pinturas y los barnices se me termina en Navidad? ¿A qué me dedico después? ¿Al ajedrez?

—Tiene que haber algo. —Alec estaba desconcertado por la violencia del tono y los modales de Jim. Reprimió el impulso de mirar por encima de su hombro. Antes de irse, le mencionaría a su amigo la posibilidad de unir fuerzas con él en Londres, pero, claramente, ese no era el momento.

—Sí, claro, seguro —dijo Jim amargamente—. Dondequiera que mires, hay algo. Ah, ¿ya se va, rector? ¿No tiene tiempo para otra?

—Desgraciadamente, no. —El clérigo habló con un sentimiento tan intenso que resultaba inidentificable—. Ya es hora de que me marche.

—Bueno, ha sido usted muy amable y le estoy muy agradecido. —Jim se alejó para despedir a una pareja del pueblo.

El clérigo miró a Alec.

—Gracias por decirme que le gustó mi discurso —dijo, esta vez con la mirada perdida—. Es el que... Usted no es de la familia, ¿verdad?

—No, solo un amigo.

—Es el que utilizo para los que se han convertido en parte de mi rebaño retroactivamente, por decirlo así. Un grupo que crece cada año.

—Ya veo. ¿Fue usted quien...?

La media pregunta flotó en el aire durante un segundo o dos, al tiempo que lo que podría llamarse una sonrisa modificaba partes del rostro del clérigo.

—Sí —dijo—, lo hice solo y sin ayuda. Pero, por supuesto, por aquel entonces era un hombre mucho más joven. Adiós.

Poco después pasaron a comer, solo la familia y Alec, cinco adultos y dos niños. Se sentaron en la mesa redonda de la ventana, lejos del rincón preferido del Trío: otro alivio. Además, consideró Alec, parecía que iba a poder marcharse sin tener que subir a la casa para nada. No quería volver a verla nunca más, marcada como estaba en su totalidad por la personalidad de Betty —excepto por detalles como la televisión demasiado grande que Frank había enviado con ocasión del cuadragésimo aniversario de boda de los Duerden—.

Su camarero les expresó sus condolencias, seguido por el jefe de camareros y el que servía el vino. Frank agarró a este último de la manga antes de que pudiera marcharse y le pidió otra ronda de bebidas y dos botellas de vino blanco del Rin. El gerente se acercó y charló con ellos durante un par de minutos. Era nuevo y no había conocido bien a los Duerden, pero, sin hacerse notar, habló con decoro. «Quería haber ido a la iglesia esta mañana —dijo—, pero me fue imposible, con el almuerzo del Círculo de Negocios y la celebración de un bautizo inesperado. Pero mi pensamiento estaba con ustedes». Antes de marcharse, añadió: «Toda la ciudad echará de menos a la señora Duerden. El lugar no será el mismo sin ella».

Esto conmovió a Alec de un modo dulce e indoloro. Betty nunca habría querido que la consideraran como una de las personas importantes del distrito, pero había sido la amada soberana de su modesto feudo. Tales reflexiones lo mantuvieron ocupado durante la mayor parte de la comida, que pronto comenzó a adquirir un aire festivo. Un par de historias que Frank contó acerca de las dificultades de poner al día el negocio de las lavanderías contribuyeron en parte a ello, consideró Alec, aunque arrojaron más luz sobre la personalidad del tipo. Cuando Bob se lanzó, sin embargo, a lo que él llamaba informes legales oficiosos, hay que admitir que animó a todo el mundo. Ni siquiera Jim pudo evitar reírse unas cuantas veces, y las dos chicas Gioberti, cada una con un refresco en la mano, parecían estar bajo un hechizo.

Mientras Alec pedía una ronda más de licores, Frank se reclinó en su asiento y

encendió un cigarrillo.

—Es fantástico, de verdad —dijo—. Aquí estamos todos, todo el grupo, todos pasándolo bien, y hace dos horas todos estábamos, bueno, abrumados por la pena. Con los sentimientos a flor de piel, ¿no? Quiero decir, es natural, ¿verdad? La iglesia, el cementerio, el *pub*... Quienquiera que fuese el que ideó cómo montar un funeral sabía lo que se hacía. Creo que el servicio ha sido muy bonito, ¿no crees, Ann?

Annette mantuvo la vista fija en la mesa.

—Muy bonito —dijo.

—Ha sido un poco, ¿cómo decirlo?, austero: esa es mi única crítica. Claro que lo que tenemos que decir no os interesa, somos católicos romanos, nosotros preferimos un poco de, ya sabéis, color, rito y ceremonia, incienso y toda la pesca. Cuando estás acostumbrado a eso, es de esperar que lo otro te parezca un poco apagado, ¿me entendéis?

—Sí, te entiendo —dijo Alec—. Pero no debes olvidar que así es como lo hacemos nosotros. —Hizo una pausa para coger cuatro de la media docena de monedas de plata que le quedaban de su billete de dos libras—. Nos gusta que nuestra religión sea austera, como la llamas tú.

—Como he dicho, es a lo que estáis acostumbrados.

La voz de Alec subió de tono.

—Y no nos gustan mucho los adornos, los cánticos, las reverencias, agachar la cabeza ni ninguna tontería de ese tipo. Eso no es lo que queremos en este país. Haremos las cosas a la inglesa...

—¿A quién te refieres con nosotros, tío Mac? Vale, Ann.

—... lo que significa que no vamos practicar, por lo menos no necesariamente, cualquier religión que sea... Ni vamos a tolerar muchas otras cosas, ya que estamos, que sean...

—Que sean extranjeras, ¿eso es lo que quieres decir?

—Sí, si quieres llamarlo así.

—Bueno, en cualquier caso, así es como tú quieres llamarlo, ¿no? Está bien, Ann, de verdad. Sí, el papa vive en Roma, no estoy pasando eso por alto. Las cosas extranjeras no se acaban nunca en este país cuando te pones a analizarlo, como el vino que acabamos de beber, y ese puro que te estás fumando. Y mucha gente extranjera también, de todos los tipos. De hecho, recuerdo que en mi muy lejana juventud siempre nos estaban hablando del valor de este país: ya sabes, de cómo cualquiera podía venir aquí y apañárselas bastante bien para salir adelante,

siempre y cuando se comportara. Solían pensar que era uno de los grandes...

—No hace falta contarle al viejo Mac nada de eso —interrumpió Bob, barriendo la mesa con la mirada—. Cree que los ingleses son, en realidad, aborígenes, ¿no, amigo? Y los galeses y los irlandeses también, por supuesto, y los escoceses de las Highlands, y no está muy contento en lo referente a Edimburgo y Glasgow... De hecho, a menos que vengas de Peebles, no eres negro por un pelo, ¿eh?

Todos se rieron muy fuerte, incluidas Elizabeth y Sonia. Alec se unió a los demás. No le gustaría tener que retirar nada de lo que le había dicho a Frank. Había demasiada sensiblería de ese tipo hoy en día, cosas como que uno tenía que ser el doble de simpático con los negros, los judíos, los indios y todos esos sin importar cómo fuesen en realidad: una suerte de discriminación condescendiente que por fuerza tenía que molestarles incluso a ellos. Y sentía que un poco de oposición de vez en cuando no le vendría mal a Frank. No obstante, Alec se había dado cuenta, había ido demasiado lejos. No tendría que haberse soliviantado tanto, debía de haber dado la impresión... De repente sintió náuseas y se pasó la mano por la frente. Había bebido demasiado *whisky* con el estómago vacío y debería haber recordado que el vino blanco nunca le sentó bien. La idea de unos pocos minutos al aire libre de golpe se volvió irresistible.

Al lado del edificio había un pequeño patio amurallado engalanado con unas cuantas plantas trepadoras en el que la gente se podía sentar y beber durante el verano, siempre y cuando no les importara ir a buscar sus bebidas al bar. Habían quitado las sillas y las mesas, sin duda para proteger de su propia estupidez a cualquiera al que la luz del sol pudiera haber tentado hacia el traicionero exterior otoñal. Alec se había sentado sobre un muro bajo de ladrillo y se estaba agarrando una rodilla con las manos, pipa en boca, cuando se le unió Annette, que debía de haberlo seguido más o menos directamente desde el comedor. Permaneció de pie, una figura bastante achaparrada sin rastro de la apariencia de su madre.

Él interpretó su expresión como una especie de pregunta.

—Estoy bien —dijo—. El aire estaba un poco cargado ahí dentro, ¿no crees?

—No me ha gustado lo que le acabas de decir a Frank.

—Lo sé, lo siento, Annette... Lo he dicho sin pensar.

—¿Sabías que estuvo en el ejército seis años y que fue capturado en el norte de África? Eso lo hace tan británico como todos los demás, por lo que a mí respecta. Eso y el hecho de tener un padre nacionalizado británico, una madre británica de nacimiento y haber nacido él mismo en Inglaterra. ¿Y a quién le importa, además? ¿Y sabes cuántos católicos hay en Inglaterra? Hubo una época en la que todos eran católicos aquí, antes de que...

– Annette, lo siento de veras. No tenía intención de...

– Es el mejor marido y el mejor padre que alguien podría desear. Nunca mira a otra mujer aunque sé que no le faltan oportunidades. Y tiene que aguantar que le hagan la puñeta constantemente. En su negocio le pasa todo el tiempo. «El señor ¿qué? ¿Cómo se escribe? Ah». Uno se da cuenta enseguida de lo que están pensando, bueno, eso cuando no lo dicen directamente. A mí también me pasa, ¿sabes? «¿Cuánto tiempo lleva su marido aquí?». Me pone furiosa. Ella no paraba de hablar de eso. ¡Menuda liberal estaba hecha!

– Pero ella nunca se habría atrevido a...

– No la conocías. ¡Cómo solía dar la tabarra con Elizabeth! «Estarás de broma, ¿verdad? “Elizabeth”. ¡Vaya nombre! Habrá sido cosa suya, no creo que tú...».

De repente, la luz del sol se volvió más intensa y Alec se cubrió los ojos con la mano que sostenía la pipa.

– ¿Qué? No acabo de entenderte...

– Da igual. Está muy desarrollada para su edad, lo sé, pero hoy en día muchas lo están, por la comida o lo que sea. Nunca me dejaba en paz. La veía mirar a la niña, como fascinada, y luego, cuando nos quedábamos solas, decía: «Es tan *grande...*, ¿verdad?», como si fuera... asqueroso o desagradable o algo así. «Es tan *grande...*», repetía, como si lo hubiera hecho a propósito para fastidiarla. Y luego decía: «Por supuesto, estas chicas italianas son mujeres a los catorce, ¿no? Igual que las judías». Su propia nieta. Tres cuartas partes inglesa. En mi opinión, siempre pensó que Frank era un judío que se había vuelto católico como una especie de añadido. Nunca le gustó y nunca le importó que se le notara.

– Pero Annette, era tu padre quien estaba en contra de Frank, si es que uno de los dos lo estaba. Los recuerdo discutiendo sobre ello. Él dijo...

– Ya sabes cómo es papá, indeciso un minuto y al siguiente todo olvidado, es su forma de ser. No: ella era la que estaba en contra. No era su estilo decirlo abiertamente: todo sonrisas en la superficie y pinchando en cuanto tenía ocasión. Hizo lo mismo con la vista de Sonia y con el hecho de que Chris llorara demasiado, según ella. A menudo me digo a mí misma que los únicos nietos que realmente le habrían gustado serían los que podríamos haber tenido Charlie y yo si nos hubiéramos juntado. Le hizo la vida imposible, no sé si lo sabías, queriendo saber dónde estaba y con quién todo el tiempo. Se fue al extranjero en cuanto pudo, pobrecito Charlie.

Annette se detuvo, sin mirar a Alec, que se abrazaba las rodillas con más fuerza para impedir que le temblaran.

– No me había dado cuenta de que la odiabas – dijo.

—No la odiaba, tío Mac. Habría sido más fácil si lo hubiera hecho, en cierto modo. Era buena en muchos sentidos, y le encantaba reírse. Era el hecho de que no nos dejara a mí, a mi marido y a mis hijos en paz lo que me ponía furiosa. — Al mencionar la furia, esta volvió a su voz, que se había suavizado durante el último minuto más o menos—. Le gustaba cuidar a los niños cuando venía a vernos porque eso le daba la oportunidad de fisgonear. A ti también te tuvo bien atado durante todos estos años, ¿no? Yo sentía lástima por ti. Papá me lo contó una vez que tuvieron una de sus peleas. En realidad a él no le importaba, porque eso la animaba un poco. Fíjate que según él a ella se le escapó una vez que al principio pensó que ibas a pedirle que se escapara contigo, pero tú nunca lo hiciste. ¿Por qué no?

—No era ese tipo de amor —dijo Alec.

—No, ya sé de qué tipo de amor hablas. Es el mejor, no tienes que hacer nada al respecto y jamás llegas a conocer del todo a la persona que amas: eso a ella le venía de maravilla... Recuerdo el modo en que solía representar su gran comedia de tolerancia los domingos por la mañana cuando volvíamos de misa y estábamos pasando unos días en su casa. Tolerancia.

Alec creyó ver lágrimas de ira y pena en sus ojos. Se levantó y le pasó el brazo por los hombros tímidamente. Ella permaneció de pie sin moverse con el peso repartido en ambos pies, sin encogerse ni apartarse, pero sin apoyarse en él. Durante toda la conversación lo que más le había preocupado era que ella perdiera el control. Tanto si la visión que tenía de su madre era cierta, o más cierta que la de él, como si no, él se seguía sintiendo como si se hubiera pasado treinta y dos años preparando un regalo que no había tenido, y que era imposible que tuviera, destinatario. En contraprestación por sus molestias él conservaba, completamente a salvo de la erosión, el regalo de unas pocas ideas acerca de cómo era la naturaleza humana que Betty le había hecho; y las últimas dos o tres horas le habían enseñado algo de cómo la envidia y el orgullo podían distorsionar de manera apreciable la opinión que tenía de otras personas. Todo esto no era poco, aunque no era, por supuesto, ni de lejos, suficiente. Dejó caer el brazo.

Annette dijo:

—Será mejor que vayamos entrando. Siento haber sacado a colación todo esto. No quería herir tus sentimientos. Es solo que...

—Todos hemos estado sometidos a mucha presión.

—Vente con nosotros, tío Mac, y cena algo, hay de todo. Frank te llevará a casa más tarde.

—Eres muy amable, pero hay que cruzar todo Londres, ya lo sabes.

–No importa. Tenemos que vernos más a menudo. Me parece una tontería que vayamos dejando pasar el tiempo sin vernos.

–Lástima que vivamos tan lejos.



QUERIDA ILUSIÓN

I

—Es bueno, ¿no? —preguntó Pat Bowes, sacando el coche de la principal calle comercial de la ciudad para tomar un carril que dejaba entrever un tenue verdor en la distancia—. Sé que la gente habla de él, aunque ¿de quién no se habla hoy en día? Pero ¿se supone que es tan bueno como, no sé, Keats, Milton o...? ¡Santo Dios, la poesía no es lo mío, vas a tener que echarme un cable...! No puede ser tan bueno como Shakespeare o Gerard Manley Hopkins, ¿no?

—¿Cómo es que conoces a Hopkins?

—Fue a mi colegio. A mí me pareció un poco agresivo... Ya sabes, se cabreaba por cualquier cosa. Pero al profesor le entusiasmaba. Todo ese rollo del gran genio. Espero que sea por aquí.

—La primera a la izquierda después del puente. —Sue Macnamara echó un vistazo a la página mecanografiada con el nombre del periódico nacional en el encabezado—. Bomba eólica a la izquierda: debe de ser esa cosa. Luego otra vez a la izquierda después de doscientos metros. Sí, lo de Milton me parece un poco exagerado, pero está a la altura de Keats y Hopkins, o eso dicen.

—Que eso dicen ya lo he dicho yo. Pero, tú, ¿qué dices?

—Yo no tengo mucho que decir. No lo sé.

—Pero te pagan por saber esa clase de cosas, Macnamara. Esta debe de ser la intersección. Tú tienes un diploma de la Universidad de Cambridge. Se supone que eso...

—Las obras de Edward Arthur Potter no estaban incluidas en mi plan de estudios, Bowes. En cualquier caso, lo que caracteriza a sus poemas es que son jodidamente oscuros. En mi juventud leí cosas que no había por dónde coger, pero en este caso sospecho que Potter no es tan bueno como parece o se proclama a los cuatro vientos. Aunque solo se trata de una sospecha. Y los críticos no ayudan demasiado. Casi todos piensan que es un genio, pero la verdad es que casi todos piensan que escritores que sé que son horribles también son auténticos portentos. Ya hemos llegado.

—Edward Arthur Potter. —Bowles detuvo el coche fuera de una casa baja bastante grande de piedra blanquecina—. Vaya mierda de nombre: Ted Potter, al fin y al cabo. Como ese compositor, Richard Robert Rodney Robin Roger Ronald Rooney Bennett. Todo para decir Dick Bennett. Adelántate y llama a la puerta mientras yo voy a por las cosas.

Sue Macnamara, una chica de piernas largas de treinta años, se bajó y abrió la

cancela de hierro chirriante que había en el centro de la valla de círculos altos de hierro. La luz del sol de julio era intensa, olía a fruta ya podrida y se oía el zumbido de lo que parecían, aunque pasaban desapercibidos, insectos más grandes de lo normal. Ni la hierba ni el resto de la vegetación del pequeño jardín delantero se habían cuidado desde hacía bastante tiempo. Al igual que los marcos de las ventanas, la puerta delantera estaba pintada de un tono azul claro que alguien debió de ver lejos de aquel lugar o de cualquier otra parte de Kent y decidió que era apropiado para la casa de campo de un poeta. Estaba a punto de llamar cuando un viejecito abrió la puerta.

— ¿La señorita Macnamara?

— Señora. Perdona, debería haber... Usted debe de ser el señor Potter.

No estaba muy segura de que fuera él. La cara que la miraba con intensidad, aunque más bien sin interés —esencialmente unas gafas con montura plateada, una nariz respingona y ancha y un labio inferior prominente: todo acumulado en un espacio reducido—, apenas le evocaba vagamente las dos o tres fotografías típicas de Edward Arthur Potter que ella conocía. Aunque algo sí: se parecían lo suficiente como para hacer pensar que fuera algún tío chocho o algún otro pariente más remoto al que acogía por caridad, incluso le recordaba a esos medio hermanos nacidos de alguna doncella boba a finales del siglo XIX. En todo caso, cualquiera de ellos también sería el «señor Potter», pensó Sue, estrechándole la pequeña y gruesa mano y respondiendo a una sonrisa que mostraba unos pocos dientes ampliamente separados.

— Sí. Sí, soy yo. — En la respuesta se notaba una clara sorpresa, como cuando uno tiene un golpe de suerte—. Pensaba que los del periódico habían dicho que traería a alguien con usted, señora Macnamara. Un fotógrafo.

Pronunció la última palabra de tal manera que Sue creyó entender «fotoágrafo». No sabía si se trataba de una ironía intencionada, pero, en todo caso, se le ocurrió que podría usarla con Bowes cuando se le presentara la ocasión. Dijo:

— Sí, ahora viene. Está cogiendo sus cosas del coche.

— Es cierto, ahí viene. Son estas gafas. No soy capaz de encontrar el otro par. Tampoco es que las otras sean de mucha ayuda. Lo que tengo que hacer es volver a ir al oculista.

Bowes, cargando sobre los hombros cámaras y medidores de luz, y agarrando con fuerza un trípode de tubos metálicos, se acercaba por el sendero. Con su cuerpo achaparrado, su cara redonda y pálida, y su boca generalmente abierta, a Sue le parecía que no tenía pinta de fotógrafo, ni siquiera en el sentido degradado de uno que se dedica a la fotografía como *hobby*. Tampoco Edward Arthur Potter se ajustaba al estereotipo de poeta. Habría negado que era de las

que esperaban que un poeta pareciera un actor, ni siquiera esperaba que fuera la clase de persona apasionada que se comportaba como un actor en un papel emblemático: campesino revolucionario, científico devoto, uno de los primeros mártires cristianos... Y sabía de sobra que los poetas no hablaban como los actores, o como los actores cuando están actuando, al menos. No obstante, la absoluta falta de *poeticalidad* física de este poeta era un chasco, al que se sumaba su forma de hablar: lenta, ligeramente pegajosa, y expresada con un acento *cockney* rústico que aunaba lo peor de dos mundos. Sue echó en falta el toque del charlatán pagado de sí mismo que, después de seis años haciendo ese tipo de entrevistas para los periódicos y la televisión, había aprendido a esperar que la gente creyera que, sin lugar a dudas, se merecía su éxito. Eso también lo diferenciaba a sus ojos de los actores y las actrices, por supuesto, que se comportaban como charlatanes pagados de sí mismos fueran buenos o no.

Parte de esto se le ocurrió cuando reflexionó sobre su encuentro más tarde. Por el momento, tenían que ponerse en marcha. Se hicieron las presentaciones, y Bowes inmediatamente pidió a Potter que saliera de la casa y fuera al jardín trasero. El modo en que se lo dijo mostraba que estaba acostumbrado a que la gente hiciera lo que él quería sin sentir ninguna presión. Ya en el jardín, si es que podía llamarse así al pedazo de terreno vallado donde no crecía nada excepto hierba, dos o tres árboles frutales que hacía tiempo habían pasado a mejor vida y unas cuantas matas deslucidas de diente de león, Bowes empezó a mover parte de los muebles y otros objetos que encontró desperdigados por allí con la desconsiderada brusquedad de un fotógrafo; una brusquedad que no se debía a la impaciencia por acabar su trabajo, sino a su manera de tratar toda propiedad privada que no le perteneciese a él como si fuera propiedad pública. Sue aprovechó este considerable (como se demostró) intermedio para exhibir su conocimiento de la obra de Potter, mencionando un par de poemas emblemáticos. Potter se sorprendió leve pero sinceramente.

—Pensaba que ya nadie me leía. Nadie menor de sesenta años, al menos. ¿Cuándo leyó «Llovizna y zorzal»?

—La primera vez que se publicó. En el *New Statesman*, ¿no?

—Así que no son solo deberes. Tenga cuidado, estoy a favor de los deberes. ¿Le gustó?

—No estoy segura. —Sue descartó sin reflexionar el falso cumplido que tenía preparado.

—Yo tampoco, querida, yo tampoco. Ese es el problema. Mi problema, debería decir. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias —dijo, intentando evitar un segundo retraso antes de empezar la entrevista. Entonces se le ocurrió que tal vez su negativa supusiera un desprecio

hacia una mujer de mejillas sonrosadas con un delantal bien atado que estuviera en la cocina untando de mantequilla *scones* caseros—. Pero si usted y la señora Potter estaban pensando en...

—No está aquí. Mi mujer no está... aquí.

Tanto las palabras como el tono que empleó resultaron bastante imprecisos. Podían insinuar cualquier cosa, desde una muerte violenta hasta una extravagante excursión por las tiendas de la ciudad. Sue, cuyas concienzudas pesquisas indicaban que la señora Potter no había fallecido y que vivía en la casa, respondió con un golpe seco:

—Así que está pasando usted una temporadita solo.

—Sí, así es, y es una forma de existencia bastante desagradable, no me importa confesárselo. Lo evito siempre que puedo. Pero la señora que cuida de mi cuñada, que no puede moverse, se cayó por las escaleras el lunes y se rompió las dos piernas, así que he tenido que dejar que mi mujer vaya a ayudarla hasta que encuentren a otra persona. Por eso me alegro de que no quiera tomar nada, porque tendría que ir a comprarlo. A mi modo de ver, ninguna comida vale el tiempo que tarda en prepararse. Pero es solo mi opinión, claro.

—Entonces, ¿qué come cuando la señora Potter está fuera?

—Cerveza y cereales, principalmente. No les pongo azúcar, a los cereales, así que eso que me ahorro. Por supuesto, hay que abrir el paquete nuevo cuando el anterior se acaba. No veo la forma de evitar eso.

Sue tampoco, pero la intervención de Bowes la salvó de tener que admitirlo. Este sentó a Potter en una de las sillas del jardín, una maraña de lona y metal oxidado. El fotógrafo parecía un dentista del ejército a punto de enfrentarse a las extracciones y los empastes de todo un batallón. Las estocadas a dos centímetros de la cara de Potter con el medidor de luz también eran ligeramente odontológicas; parecía que estuviese a punto de inyectarle la anestesia local o de introducir en su boca la cabeza del taladro. Sue se encontró a sí misma colocada en una silla similar en uno de los relativamente pocos ángulos que nadie elegiría de forma natural para mantener ningún tipo de conversación. No muy lejos, Bowes había amontonado una especie de túmulo con cosas que debía de haber encontrado tiradas por ahí: un par de cilindros metálicos que alguna vez podrían haber contenido parafina, unas cajas de cartón, unos tiestos, unas piedras pintadas de blanco ideales para un jardín de piedras pasado o futuro, un cortacésped antiguo, una sucia escultura de piedra que representaba un san Francisco u otra figura parecida de tamaño medio... Sin mucha dificultad, Sue fue capaz de visualizar el producto final de este arreglo artístico como uno de esos modernos retratos al revés que estaban tan de moda: una mezcolanza inconexa y confusa en primer plano con la diminuta figura enfocada de Potter

en la distancia, además de, sin duda, cerca de dos quintos de ella misma en el borde de la imagen —la fracción que fuera más aburrida y molesta para el observador—. Al director de arte le encantaría, y Bowes lo sabía, pero no era el tipo de fotógrafo, ni el tipo de hombre, que hacía dos o tres pruebas si podía hacer doscientas o trescientas. Ahí estaba él con su danza ritual, acercándose, alejándose, agachándose, poniéndose de puntillas, haciendo clic, corriendo el carrete, quedándose quieto de vez en cuando para mirar fijamente a Potter con evidente consternación, solo para volver al mismo punto con un movimiento espasmódico.

Sue había abierto su bloc de notas.

—Antes de que empecemos, señor Potter, debo informarle de que recibirá una prueba del artículo por adelantado, para que pueda hacer modificaciones o editarlo usted mismo.

—Vaya, eso dice bastante de usted. No son muchos los que lo hacen.

—Creo que la gente se muestra más comunicativa si sabe que tiene ese tipo de control.

—Pasemos entonces a los datos académicos de interés, que son muy interesantes. Muy bien. Nací en Croydon, Surrey, en 1899, y fui al colegio en...

—Disculpe, señor Potter: creo que en realidad ya tengo todos los detalles públicos que necesito sobre usted, el libro de Lacey-Jones, y su editor...

—Dios mío. —Se levantó las gafas por encima de las cejas y la miró con la misma intensidad que lo había hecho cuando se conocieron, pero esta vez no exenta de interés. Tenía los ojos marrón claro, salpicados de motas más oscuras—. Esta es la primera vez que uno de ustedes se ha... Pero, en realidad, usted no es uno de ustedes, no sé si me explico. Debería haberme dado cuenta antes.

—¿Puede subirse las gafas otra vez, por favor? —dijo Bowes con tono autoritario, y comenzó a inclinarse y a enderezarse mientras apretaba el disparador al tiempo que dibujaba un semicírculo que acercó la cámara a un palmo de la oreja de Sue. Ella le dijo a Potter, que seguía sosteniendo obediente sus gafas en la posición requerida:

—¿Puede pensar mientras hacemos todo esto?

—Puedo pensar hagamos lo que hagamos, siempre y cuando pueda pensar. Escribí mis primeros poemas mientras estaba trabajando en un almacén de madera. Pero ya habrá leído todo eso. Lo que se ha publicado sobre mi vida, quiero decir.

—¿Puedo preguntarle por esos primeros poemas? ¿Y sobre lo que le llevó a escribirlos? Lo siento, sé que es una pregunta realmente estúpida, pero nuestros

lectores no son muy...

—Creo que es una pregunta fascinante, no en lo que me concierne personalmente, sino en lo que concierne a todos los que escriben poemas. Pero antes de que nos pongamos con eso, le ahorraré la vergüenza de hacerme otra pregunta que estoy seguro que usted, con mucha razón, querrá hacerme. Escribo con bolígrafo o con lápiz, o con cualquier cosa que haga marcas, sobre cualquier tipo de papel. Supongo que si no tuviera nada más que una pizarra y un pedazo de tiza me apañaría con eso. Nunca con una máquina de escribir: no tengo nada en contra de las máquinas de escribir, simplemente soy incapaz de utilizarlas, ni siquiera para las copias a limpio: mi mujer las hace y se las envía a mi agente sin que yo vuelva a mirarlas. Guarda una copia de calco en los archivos. Se encarga de todo eso, y lo hace muy bien.

—Ya veo. ¿Por qué no mira las copias en limpio antes de que se envíen?

—No hace falta. Escribo muy claro y mi mujer es una mecanógrafa muy precisa.

—Así que, en cierto sentido, la primera vez que ve el poema terminado es cuando aparece impreso.

Potter desvió la mirada hacia Bowes, que estaba ocupado resolviendo algún problema técnico con una de sus cámaras, o lo intentaba.

—Bueno, sería más correcto decir que la última vez que lo veo acabado es cuando le doy el manuscrito a mi mujer para que lo mecanografíe.

—¿Quiere decir que usted nunca..., habitualmente no lo mira cuando se publica por primera vez? Supongo que es más satisfactorio esperar hasta que uno tiene toda una colección ante sí, en tapa dura, editada como Dios manda. El modo en que se publican los poemas en las revistas a menudo es tan... chapucero...

—Algunas..., algunas personas probablemente piensan que un libro que recoge las cosas que han escrito es más gratificante que los pedazos de papel mecanografiados o que leer sus poemas en una revista. Yo solo lo encuentro más aterrador.

—¿Aterrador? —Sue estaba casi segura de que Potter nunca había hablado públicamente en esos términos antes, pero la creciente emoción que sentía (y que intentaba ocultar) sobrepasaba lo periodístico—. ¿Por qué dice eso?

—Se han publicado siete libros de mis poemas y entre todos abarcan..., cada uno abarca más o menos cinco años de trabajo. Siete por cinco son treinta y cinco: empecé tarde, como usted ya sabe, señora Macnamara, pero eso es casual. Un libro son cinco años de trabajo, y el trabajo de cinco años supone aproximadamente entre cincuenta y sesenta poemas, y eso es todo. Lo que quiero decir es que eso es todo lo que hago en los cinco años que cuento como productivos. Trabajé en el almacén de madera y después en la oficina de la

fábrica, y más tarde para esa gente de la fruta enlatada, hasta que empecé a ganar dinero suficiente con mis poemas para retirarme, como usted ya sabe. Eso era trabajo, en el almacén de madera y en los otros sitios: alguien tenía que hacerlo y no lo menosprecio, pero para mí no cuenta como productivo. Lo único que cuenta para mí son los libros, y a menos que los libros...

—Nos tomaremos un descanso aquí —dijo Bowes generosamente mientras se encorvaba en el centro del triángulo formado por Potter, Sue y el montón de trastos—. Muy bien, los dos. Ahora relájese mientras voy al coche a por más cosas y a hacerle unos arreglillos a este pedazo de chatarra japonesa. —Meneó la cámara causante de la controversia—. Estaré de vuelta en un par de minutos.

Cuando se hubo marchado, Sue encendió un cigarrillo y pensó, con la mayor calma posible, en cómo guiar a Potter hacia delante y hacia atrás y alrededor y más allá hasta el punto en el que se encontraba cuando los interrumpieron.

—¿Podría contarme más acerca de cómo escribe? ¿Cómo toma forma un poema, o cómo sabe cuándo lo ha hecho?

—Muchas palabras y frases atraviesan la mente de una persona todo el tiempo sin quedarse allí. Al menos atraviesan la mía. Entonces, cada cierto tiempo, sin que la persona sepa cómo, una de las palabras o de las frases se queda pegada allí y no se marcha. Ese es el principio. No me refiero necesariamente al principio del poema tal y como uno lo ve cuando lo lee, aunque puede serlo, a menudo lo es, pero es el camino hacia el poema, si eso no suena demasiado tonto. Quiero decir que es el camino hacia el poema del hombre que está escribiendo el poema. Después, muchas más palabras siguen atravesando la mente hasta que otra queda atrapada, como en una red, y se queda pegada a las primeras porque encaja con ellas, y uno se da cuenta, o uno se da cuenta más tarde, de que de verdad encaja con ellas. Y así sucesivamente. ¿Folla usted?

—Sí, pero solo con mi marido —dijo Sue con relativa sinceridad.

—¡Qué lástima! Quiero decir que es una lástima para mí, porque actualmente se me presentan muy pocas oportunidades: se ve claramente que para usted es algo muy bueno. Y para su marido. Yo, por lo general, me encuentro en su misma situación, pero obviamente cada vez lo hago con menos frecuencia, porque no me suelo sentir atraído por mujeres de sesenta y ocho años. Esa es la edad de mi mujer, ¿sabe? Ahora que ella está lejos, y ya que está usted aquí..., pensé que sería una tontería no preguntar. Al final uno cae en la cuenta de que ya no va a llegar nada más, no en esa materia, que eso va a ser todo. Se ha acabado, está hecho y terminado. Y es entonces cuando uno lo escribe.

Hasta ese momento Sue no había comprendido que, durante el último cuarto de minuto, Potter había vuelto a hablar de su poesía. Que la pregunta pillara totalmente desprevenida a Sue Macnamara, alguien que estaba acostumbrada a

que le preguntasen si follaba (en esos términos o en otros), era una hazaña descomunal: ningún acercamiento preliminar, ninguna miradita fugaz para calcular sus posibilidades, nada de meter tripa o echar los hombros hacia atrás de modo perceptible... Del mismo modo, su negativa no había provocado el más mínimo indicio de resentimiento, mortificación, vergüenza retrospectiva o —lo que ella había percibido como algo bastante común entre los hombres mayores de cincuenta años— un alivio mal disimulado: todo esto se traducía en que no se había molestado en hacer ningún comentario del estilo de como-le-decía-antes para volver al tema que estaba tratando, sobre el que más valía que ella dijera algo lo antes posible.

—Ya veo. Siempre espera hasta que el poema está completo en su mente antes de plasmarlo sobre el papel.

—Normalmente. Si tengo que marcharme y subirme a un tren o algo parecido antes de terminarlo, escribo todo lo que tengo y después intento pensar en otra cosa hasta que puedo ponerme de nuevo manos a la obra. Eso me funciona.

—Lo siento —dijo Bowes mientras se acercaba, expresando un sincero arrepentimiento por haber, aunque hubiera sido inevitable, permitido al resto de la compañía disfrutar de un momento de completa inactividad. Empezó a deambular a su alrededor. Cada pocos pasos agarraba rápidamente la cámara y se la colocaba a la altura del ojo, sin conseguir encontrar el ángulo apropiado para hacer ninguna fotografía, para después sosegar de nuevo: una rutina más intrusiva, en todo caso, que la de los clics y los zumbidos, a la que reemplazaba. Pero al menos permanecía lo bastante cerca de ellos para disuadir a Potter de retomar el tema de conversación de las relaciones sexuales de Sue y su marido, si es que se le ocurría volver a él.

—Cuando el poema está escrito, ¿lo modifica mucho?

—En absoluto, nunca. Ni siquiera lo releo. Se lo doy directamente a mi mujer para que lo mecanografié, y si es en mitad de la noche lo dejo boca abajo en mi escritorio hasta que puedo dárselo.

—Me dice que no se lee ningún poema cuando ya está mecanografiado..., ni siquiera cuando sale publicado en una revista. Entonces, ¿cuándo lo lee?

Potter movió la punta de la lengua adelante y atrás entre los huecos de sus dientes.

—Supongo que debo de haber leído todos mis poemas al menos una vez. Pero no es algo en lo que me recreo o que disfrute en absoluto. Si acaso, por la mañana temprano. A veces nada más levantarme cojo alguno de mis libros y lo hojeo un poco. Para recordarme a mí mismo que los he escrito yo, más que nada. Llevo la cuenta de los poemas que he escrito. Acabo de terminar el número

cuatrocientos veintitrés. Lo escribí esta misma mañana, de hecho.

— ¿Qué siente cuando lee uno de sus poemas?

— Si tengo suerte, alivio por que no parezca peor de lo que me imaginaba. A menudo me pregunto qué diablos quería decir, pero no trato de recordarlo. O simplemente me produce indiferencia.

— ¿Ningún placer? ¿Orgullo?

— ¿Orgullo? No, nada de eso.

Sabía, por su experiencia previa en este tipo de entrevistas, que si hacía el más mínimo gesto que revelara la importancia que les estaba dando a sus declaraciones, corría el riesgo de que Potter cortara en seco el flujo de sus confidencias, por lo que trató de mantener su alegre tono de enfermera.

— Otra pregunta que simplifica demasiado, me temo, señor Potter: ¿por qué escribe poesía?

— Realmente es una pregunta muy simple. O quizá solo quiero decir que mi respuesta es bastante simple. Escribo poesía para ser capaz de seguir viviendo. Bueno, quizá no literalmente, pero sí para tener lo que se llama una vida digna. Me temo que no suena tan simple ahora que lo he dicho. Tendré que arriesgarme a que me retrate como a un pomposo que siente lástima de sí mismo. Cuando trabajaba en ese almacén de madera, mi vida empezó a ser una carga demasiado pesada para mí. No solo la vida en el almacén, sino toda mi vida. Sucedió de forma bastante repentina y nunca sabré qué lo causó. Nada se había torcido: estaba felizmente casado, tenía un empleo seguro y ganaba lo suficiente para mantenernos a los dos con relativa comodidad — nunca tuvimos la fortuna de tener hijos, pero ese tampoco era el motivo —. Simplemente ya no era capaz de disfrutar de las cosas o de encontrarles un sentido. Me sentía mal de la mañana a la noche todos los días. Entonces, después de aproximadamente un mes, me vinieron a la mente algunas palabras y de inmediato me sentí un poco mejor. He olvidado cuáles eran, pero trajeron más palabras con ellas, y estas hicieron que me sintiera todavía un poco mejor. Para cuando las palabras dejaron de llegar me sentía en paz. Las escribí en el reverso de un albarán de entrega — recuerdo eso — y en ese momento fui consciente del hecho de que había escrito un poema. En cuanto terminé de escribir las palabras comencé a sentirme mal de nuevo. No tan mal como antes de que estas empezaran a llegar, pero sí lo suficientemente mal. Al día siguiente me sentí un poco peor, y al siguiente de nuevo peor, y así sucesivamente durante tres o cuatro semanas hasta que otro grupo de palabras empezó a surgir en mi mente. Desde entonces, el proceso ha sido el mismo.

— Este sentirse mal — dijo Sue, recordándose a sí misma que al fin y al cabo era

periodista —, ¿podría describirlo mejor?

—No. Si pudiera, lo haría, créame. Tampoco sé qué tienen que ver los poemas con eso. En una ocasión traté de no escribir el poema, pero lo único que pasó fue que lo olvidé y empecé a sentirme mal de nuevo, así que el resultado neto fue que había perdido un poema. Por supuesto, si lo mira desde cierta perspectiva, es como eso que llaman terapia ocupacional, en la que la gente teje alfombras para vaciar sus mentes de problemas. El tema es que no cambia nada que las alfombras estén bien hechas o no. Llevo treinta años preguntándome cada cierto tiempo si con mis poemas ocurre lo mismo.

La plácida y monótona voz se detuvo mientras Bowes colocaba el montón de objetos justo entre los otros dos y descargaba una larga ráfaga de clics y zumbidos. Durante un buen rato, había estado suficientemente cerca como para oírlo todo, pero esa forma de asumir su absoluta superioridad sobre cualquier entrevistador o entrevistado tenía su lado positivo: estaba sordo como una tapia para cualquier conversación que no tratara directamente de sexo, coches o fotografía. A Sue se le ocurrió que Potter también se habría dado cuenta. Utilizó ese intervalo para completar, con su propia semitaquigrafía, una redacción casi literal de lo que Potter había dicho en los últimos cuatro o cinco minutos. Estaba segura de que la información que tenía nunca había sido divulgada con anterioridad.

A su manera clara y escueta, Bowes sugirió que todos entraran en la casa y que fueran al lugar donde Potter trabajaba. Potter repuso que no trabajaba en ningún sitio en concreto, aunque había una mesita donde ocasionalmente escribía algunas cosas, y Bowes dijo que eso le bastaba.

Entraron en una habitación de techo bajo que bastante gente habría sentido la tendencia de llamar sala. Cerca de una ventana que daba al jardín delantero había una mesa sin personalidad y una silla dura con un cojín aplanado. Sobre la mesa, Sue vio un bloc de notas barato, con una de sus páginas suelta y con indicios de escritura en la cara que no se veía: sin duda el poema de aquella misma mañana. Bowes inmediatamente se puso a montar un túmulo de interior sobre una mesa más grande y oval: un bote de galletas y dos decantadores vacíos del aparador, tazas decorativas y figuras de cerámica de la repisa de la chimenea, una plataforma para una tarta de varios pisos... El estilo general de todo aquello, y de otros objetos de la habitación, era moderno, pero debía de ser una coincidencia: supervivientes de lo que los Potter habían comprado cuando se casaron en 1924 o herencia de sus padres. A juzgar por su comportamiento, y el precario testimonio de su trabajo, Potter no era un hombre que se preocupara de esos detalles o que se fijara en lo que lo rodeaba.

Sue se movió hasta una pequeña estantería que contenía las esperadas obras completas en el esperado estado «como nuevo», acompañadas por una docena

de volúmenes en tapa blanda, que, en su mayoría, o todos los que fue capaz de asimilar de un solo vistazo, estaban escritos por autores de los que nunca había oído hablar. Los hábitos de lectura de Potter eran un tema recurrente en las entrevistas que concedía, pero resolvió que un corto y rápido paseo por tierras familiares le proporcionaría el tiempo necesario para adaptarse al cambio de escenario y, con suerte, lo prepararía para hacer más revelaciones.

—¿Lee mucho, señor Potter? —preguntó Sue, mientras Bowes empezaba a montar las luces y los reflectores.

—No mucho, no. En realidad, no soy lo que se dice un apasionado de la lectura. O forma parte de ti o no, así es como yo lo veo, y no parece que forme parte de mí. Bueno, me gustan mucho los libros sobre Polonia y Samoa y sitios así en los que nunca he estado, pero eso es lo máximo a lo que llego.

—¿Nada de poesía?

—Sí, un poco de vez en cuando, pero solo para ver lo que están haciendo otros. A veces compro alguna antología.

—¿Quién le gusta en particular?

—Bueno, es difícil decirlo. El nivel parece estar tan alto..., es increíble. Veamos, me gustan Christopher Logue, John Betjeman, Allen Ginsberg, Philip Roth, Basil Bunting, John Berryman, Roy Fuller, John Lennon, Sylvia Plath, Fats Larwood, Robert Lowell... y Ezra Pound y W. H. Auden, por supuesto. Pero, como digo, hay muchos buenos.

—Pero seguro... —Sue se interrumpió, percatándose de que no podía decir ninguna de las siete u ocho cosas que le habría gustado decir—. Seguro que tiene usted sus preferencias.

—No. En realidad no.

—Ya veo. ¿Tiene usted algún..., lo que algunos de nuestros lectores llamarían un *hobby*?

—Quiere saber cómo paso el tiempo. Camino mucho; por aquí todavía queda algo de campo. Tengo que responder a bastantes cartas, y además mi agente me llama por teléfono continuamente. Y por las noches mi mujer y yo jugamos al *halma* o a alguna otra cosa, y vemos la televisión.

—En la silla, por favor, señor Potter —intervino Bowes oportunamente, activando el equivalente de una bomba fosfórica más bien pequeña de las que se queman lentamente—. Perfecto. Lo está haciendo muy bien.

Potter permaneció en silencio durante unos momentos, dando la impresión de encogerse físicamente ante el resplandor. Entonces, prosiguió:

— Como le estaba diciendo, señora Macnamara, sigo preguntándome acerca de la calidad de mis poemas. Las personas que tejen esas alfombras han tenido otras cosas en su vida. Han hecho otras cosas. Han sido albañiles o abogados o marineros o madres o conductores de camión. O han contado chistes muy bien o se han emborrachado mucho o... han estado con muchas mujeres o han jugado al tenis o viajado o ayudado a otras personas. Yo no pude hacer algunas de esas cosas y no quise hacer ninguna de las otras... Nunca he hecho nada que no fuera escribir poemas. Así que si mis poemas no son buenos, he desperdiciado mi vida.

— Ah, pero todo el mundo está de acuerdo en que son buenos. Estaba leyendo...

— No todo el mundo. Yo no estoy en absoluto de acuerdo. No digo que esté en desacuerdo, pero no estoy de acuerdo. Y, a menos que esté muy equivocado, usted tampoco.

Sue no supo qué decir. Se estremeció al sentir que Bowes se movía a su espalda al compás de un repentino clic.

— Bien. — Potter hizo un gesto de aprobación con la cabeza —. Bueno, querida, tenía miedo de que todo eso sonase pomposo, y así ha sido. Y no solo ha sonado pomposo, creo que debo de haberme vuelto más vanidoso al hacerme más viejo. Es pura vanidad preguntarme si soy más que alguien que ha tenido la suerte de ser capaz de inventar su propia terapia ocupacional sin ninguna ayuda externa.

— ¿Puedo sacarle escribiendo, por favor? — pidió Bowles desde las sombras.

— Por supuesto — dijo Potter, sacando un rotulador y garabateando de modo bastante convincente en su bloc —. Es un mal negocio, aunque los poemas sean buenos, sea lo que sea lo que quiere decir eso. Desde mi punto de vista, nada en absoluto podría compensar cuarenta años de sentirse mal con un par de días de sentirse no tan mal y diez minutos de sentirse bien aproximadamente una vez al mes. Hay un joven médico muy bueno en la ciudad que no hace mucho tiempo relevó al tipo al que siempre he consultado. Lee un poco de poesía y dice que le gusta lo que escribo. Le he contado muchas cosas de las que le he contado a usted. Comprende lo que digo de la terapia ocupacional y dice que más o menos me psicoanalizo a mí mismo a través de mi trabajo para poder seguir adelante. Pero estoy harto de seguir adelante. Tiene todas las pastillas del mundo en su consulta, y dice que probablemente podría encontrar una que me hiciera sentir bien la mayor parte del tiempo, pero que, probablemente, al menos es igual de probable, haría que dejara de querer escribir poemas, o de tener que escribir poemas. Me he estado resistiendo a ello durante unos seis meses. Otra vez la vanidad, supongo. Pero he decidido que soy demasiado viejo para seguir siendo vanidoso. Me gustaría sentirme bien durante el resto de mi vida, y al cuerno con la poesía. Así que voy a dejarla, la poesía. De hecho, ya la he dejado. El de esta mañana ha sido el último poema. Mañana por la mañana iré a ver a ese médico y

empezaré una terapia. En realidad, me emociona bastante la idea.

—Ahora me gustaría que pareciera que está buscando la inspiración —dijo Bowes.

Potter levantó la cabeza y los ojos hacia el cielo, menos como un buscador de inspiración que como un hombre que interiormente exige una venganza celestial para alguna otra persona.

—¿Puedo publicar eso? —Sue reconoció que la pregunta que había estado intentando formular, sobre por qué le estaba contando todo aquello, acababa de ser respondida—. ¿Lo de que va a dejar la poesía?

—Oh, por supuesto. Al fin y al cabo, esto es una entrevista.

—¿Se da cuenta de que es noticia?

—¿Noticia? Bueno, hoy en día las cosas más raras son noticia, ¿no? ¿Quiere llamar por teléfono a su editor?

—No, gracias —respondió. Mientras él hablaba, ella había hecho frente a un dilema: no sabía si dirigirse lo antes posible al periódico matriz para cuya revista a color ella escribía regularmente y que la había enviado allí haciéndoles partícipes de la primicia para que la publicaran de inmediato, o no decir nada y dejar que su crónica de la entrevista, adornada con los esfuerzos de Bowes, apareciera como estaba previsto en (quizá) un período de cuatro meses. Si mientras tanto Potter contaba la noticia al representante de cualquier otro diario, mucha gente se enfadaría con ella, y su artículo, un punto culminante de su carrera como periodista, podría sufrir graves recortes o incluso no llegar ni siquiera a aparecer. Pero nada le aseguraba que ese no fuera igualmente su destino si tomaba el primero de los caminos que se abrían ante ella, y acabó retrocediendo ante la perspectiva de ver una versión abreviada, incoherente y vulgarizada de su material bajo un titular cualquiera del tipo «Bardo veterano depone la pluma». Así que no le quedaba otra que escoger la segunda alternativa con el consuelo de que, puesto que nadie en la revista era lo suficientemente inquisitivo como para leer borradores a la búsqueda de posibles noticias, o de hecho nadie leía por casi ninguna otra razón, la deposición de la pluma permanecería bien segura hasta el día de su publicación.

—¿Queda mucho? —preguntó Potter, que seguía mirando, de hecho a estas alturas con furia, por encima de la cabeza de Sue—. Me temo que está resultando bastante agotador.

—¿Cuántas quedan, Pat?

—Casi estamos. Un par más.

Eso significaba más o menos una docena, pero una docena rápida. Por segunda

vez, Sue buscó algo que decir. Al final, dijo:

- Debe usted de pensar en los miles y miles de personas a las que ha deleitado.
- Sí, a veces lo intento. Es cierto que me llegan muchas cartas que dicen cosas muy bonitas, y créame, no soy en absoluto desagradecido, pero...
- ¿Podría relajarse y mirar por la ventana como si estuviera pensando?
- Haré lo que pueda – dijo Potter, estableciendo un nuevo límite inferior respecto de la cantidad de frialdad que puede transmitir la voz humana sin llegar a ser completamente imperceptible—. Pero, como iba a decirle, me pregunto si el placer que las personas dicen que les he proporcionado no habrá impedido que hayan disfrutado de otro tipo de placer mucho mayor por parte de otros escritores de poesía que son realmente buenos. Supongo que toda esta música pop impide a algunos jóvenes llegar a apreciar a Brahms o a Elgar.
- Usted sabe que esa comparación no es justa, señor Potter. Y no creo que su ejemplo sea apropiado en ningún caso.
- Quizá no lo sea. No hay forma de saberlo.
- Muy bien, así – dijo Bowes—. He conseguido algunas de primera. Gracias por ser tan paciente, señor Potter. Es evidente que tiene experiencia en esto.

Bowes apagó sus luces y eso provocó que durante uno o dos segundos la habitación pareciera quedarse a oscuras; entonces, Sue miró por la ventana y vio que todavía no era de noche. Bowes empezó a desmontar su equipo mientras Potter, de pie, se metió las manos en los bolsillos y se quedó mirando fijamente el suelo. Sue esperó hasta que Bowes se fue hacia el coche y después dijo:

- No quiero ser entrometida, pero ¿qué va a cenar esta noche?
- Tenía pensado tomarme unos cereales y una lata de sardinas. Y una botella de *light ale*.
- ¡Pero eso no es una cena! Debe usted tomar una comida como Dios manda...
- No es para tanto.
- ¿Me permite ver su cocina?
- Sí... está justo... por... ahí dentro.

En un rincón de la pequeña habitación había una alacena diminuta que contenía una buena cantidad de comida enlatada y envasada y muy poca comida fresca. Sue hizo una selección de las latas, encontró dos cebollas españolas que parecían haber empezado a adelgazar, decidió que las patatas hervidas frías que había allí no podían hacer daño a nadie, a pesar de su aspecto, y buscó a su alrededor una sartén.

— ¿Qué está haciendo? — preguntó Potter, como si la preparación de una comida le resultara una tarea realmente extraña y asombrosa.

— ¿Le gusta el guiso de carne curada?

— Me gusta todo, pero no veo...

— Déjeme que hable un momento con el señor Bowes.

Lo que le contó a Bowes fue que Potter quería darle más información de modo confidencial. Más dócil que nunca fuera del ámbito fotográfico, Bowes dijo inmediatamente que iría a tomarse una pinta a un *pub* que había visto a unos doscientos metros en el camino por el que habían llegado, y que Sue podía encontrarse con él allí cuando quisiera.

De vuelta en la cocina, Sue se encontró a Potter de pie exactamente bajo un papel matamoscas usadísimo que colgaba del techo. Dijo:

— No quiero que se tome usted ninguna molestia por mi causa.

— No es molestia, de verdad. — Se puso a pelar y a cortar las cebollas—. Es una pequeña compensación por la ayuda que nos ha brindado al señor Bowes y a mí. Ahora voy a cocinar esto para que lo único que tenga que hacer usted sea calentarlo antes de comérselo. ¿Puedo confiar en que lo hará?

— Sí. Sí, lo haré.

Durante unos minutos no se dijo nada más, mientras ella continuaba con su tarea. Entonces, él preguntó abruptamente:

— ¿Consideraría usted quedarse un ratito más aquí y compartir el guiso conmigo?

— Me encantaría, señor Potter, pero me temo que...

— No, por supuesto, sí, lo entiendo perfectamente.

La inmediatez de su interrupción le hizo ver a Sue sin lugar a dudas que el hombre había interpretado que ella sencillamente estaba bloqueando la posibilidad de volver a la pregunta que le había hecho en el jardín. Se apartó de la cocina de gas, limpió y le cogió de la mano.

— He de irme enseguida, señor Potter — dijo con tranquilidad —, porque tengo que estar de vuelta en Londres a tiempo para que mi marido me lleve al teatro. ¿Entiende?

Él asintió, comprensivo, y se desplazó hacia la ventana. Ella continuó con su tarea durante otro silencio, que él volvió a romper.

— Señora Macnamara, quiero preguntarle un dato, pero debe usted comprender que lo necesito solo como un dato, nada más. ¿Cuál es su nombre de pila?

– Susan, pero me llaman Sue.

– ¿Es s, u, e?

– Sí.

– Gracias.

Salió de la habitación y se quedó fuera hasta que el guiso estuvo casi listo. Cuando volvió, llevaba en la mano la hoja de papel, ahora doblada en dos, que ella había visto sobre su escritorio.

– Creo que ya sabe lo que es esto, señora Macnamara. Me gustaría que lo aceptara como una pequeña señal de mi afecto, y como una forma de darle las gracias por haber sido usted tan comprensiva y solidaria. – No era difícil imaginar un esmerado ensayo de estas palabras en el salón—. Por favor, no lo mire hasta que se haya marchado –continuó, entregándole el papel–: No es ninguna sorpresa, pero preferiría que no lo hiciera.

– Habrá hecho una copia, ¿verdad?

– No, nunca las hago.

– ¿Y cómo va a mecanografiarlo su mujer? No puedo irme de aquí con una copia única. Suponga que lo pierdo. ¿Y qué hay de la publicación?

– No creo que vaya a perderlo. Si realmente le importa tanto, tal vez pueda mecanografiarlo algún día y enviarle una copia a mi agente (a quien nombró) y un duplicado aquí, dirigido a mi mujer. Por favor, cójalo.

Ella cogió la hoja, ligeramente templada, de su mano.

– No sé qué decir.

– No hace falta decir nada. Yo le he dado las gracias con esto y usted me ha dado las gracias preparándose esta espléndida comida. ¿Ya está lista? ¿Cómo la caliente?

– Diez minutos a fuego medio serán suficientes.

– Justo como está, ya veo. No quiero mantenerla alejada de su marido, supongo que ya llega tarde. ¿Qué ha sido del joven?

– Me espera en el *pub*.

– Bien, así podrá volver a Londres sin problema. Ha sido un auténtico placer conocerla, señora Macnamara. Adiós.

– Adiós, señor Potter – dijo mientras se estrechaban la mano en el umbral.

En la cancela ella se dio la vuelta, pero la puerta ya se había cerrado. El coche de Bowes estaba aparcado junto al letrero de una taberna, cuatro postes de telégrafo

más allá en dirección a la ciudad. Comenzó a caminar despacio por el sendero hacia allí, deseando haber pensado en algún mensaje de despedida para Potter que no hubiera sido empalagoso ni poco natural. Decidió que al día siguiente le escribiría una carta, y después cogió la hoja de papel de su bolso y la desdobló. Estaba escrita a lápiz, y la caligrafía era clara y sencilla. Decía así:

Sin nacer

De noches de verano, contemplando

la salida del corazón siempre delante, ahí,

libro y sueño,

extendiéndose,

veinte kilómetros de campos de tiernos narcisos

calles motores vallas publicitarias

todo tierno,

yo mismo tierno,

pero seguro.

Barrido ahora, barrido

libro

sueño

campo

calle

motores alegremente apagados o herrumbrosos

vallas incandescentes o demolidas

no hay nadie ahí

No sin descubrir

no sin alcanzar, sin nacer

sin predestinar

Querida ilusión de pelo brillante

barrido aireado iluminado sencillo conocido ladeado

barrido

Al pie había un par de líneas con la misma caligrafía, escritas al revés. Le dio la vuelta a la hoja y leyó:

Para Sue Macnamara, con los mejores deseos posibles de Ted Potter

Esa última parte debía de ser el producto de diez minutos de reflexión, como mínimo, se dijo a sí misma, y estaba escrita al revés para evitar la tentación de leer una sola palabra del poema.

II

El poema permaneció en la mente de Sue durante el resto de la noche y, aunque cada vez con menos frecuencia, durante mucho más tiempo, a la vez como un poema y como una amalgama de cosas menos claramente definibles: un pedazo de autorrevelación que podía encajar en cualquier parte entre una autobiografía comprimida pero ponderada y el registro de un humor cambiante, un regalo ofrecido por cortesía considerada o desconsiderada, el deseo de devolver un favor que podía o no haber parecido insignificante. Mecnografiarlo a la mañana siguiente inevitablemente la obligó a leerlo con muchísimo cuidado. Nunca antes (admitió ante sí misma) había puesto tanta atención en un poema de Potter.

Probablemente fue esta atención lo que hizo que el tema del poema le pareciera sencillo sin necesidad de esfuerzo y esto, a su vez, sugería un motivo difícil de aceptar para el éxito de Potter entre los críticos y el público: escribía de un modo que parecía y se percibía como moderno, o en cualquier caso posgeorgiano, pero, con una cierta cantidad de esfuerzo, podía ser parafraseado en algo inocuamente tradicional, incluso romántico. Y la autosatisfacción del lector por haber conseguido adentrarse en una oscuridad aparente podía transmutarse en afecto por el poema y el poeta.

En «Sin nacer», en cualquier caso, Potter, o una versión de Potter, se limitaba a decir que un ideal que había perseguido desde su juventud no había resultado ser frustrado, sino irrealizable, porque su objeto nunca había existido. Saber en qué consistía ese objeto era menos sencillo: «querida ilusión» junto con «pelo brillante» sin duda sugerían una mujer —o un hombre, aunque nada en sus otras obras, en los cotilleos o en lo que había visto en él corroboraba esa interpretación, que descartó rápida y definitivamente—. Pero la breve e inespecífica imagen de «querida ilusión» podía referirse perfectamente a algo que no fuera una persona, sino más bien a alguna abstracción vista vagamente como una persona, y casi cualquier abstracción típica de los grandes temas de la poesía encajaría: el amor, la felicidad, la belleza, la alegría, la aventura, el respeto por uno mismo, el autocontrol, la autosuficiencia, Dios...

Después de haberlo mecnografiado y revisado con el original, Sue acabó familiarizándose con «Sin nacer», y esa familiaridad le resultaba, de nuevo, difícil de aceptar. Por un momento, el poema le produjo una sensación molesta: despojado de su habitual estilo telegráfico de borracho o de hombre senil, y expresado en lenguaje asequible, dispuesto de modo convencional en lugar de estar disperso aquí y allá por toda la página, demostraba más claramente que

nunca, sospechaba, que la poesía de Potter no solo era tradicional, sino también trivial. ¿En qué sentido podrían ser los narcisos tiernos? ¿Eran las vallas incandescentes por su color o estaban literalmente en llamas? Y ese gerundio en los primeros versos... ¿Acaso había sido su intención que «aireado» rimara con «iluminado» en un poema por otro lado sin rima? Cualesquiera que fueran sus motivos, ¿no era producto de un descuido dejar que «ladeado» apareciera tan seguido? Y «la salida del corazón» (menuda expresión, además) con «delante» era algo..., era el tipo de cosa que los poetas cambian en la revisión.

Sue se sintió mal por plantear estas objeciones, aunque se quedaran como meras observaciones privadas, lo cual hizo más extraño que la mejor comparación que se le ocurriera para explicar cómo se sentía resultara ser que estaba como si tuviera que airear en público la ignorancia de un niño. Si Potter no le hubiera dado el manuscrito, no habría habido ningún problema, pero lo había hecho, y ella se había reunido con él y lo había escuchado... Así, el poema había adquirido la cualidad del grito ahogado de angustia de un amigo sin, desgraciadamente, dejar de ser un poema por sí mismo que exigía ser leído como tal. El único camino posible era el de intentar olvidar su texto sin olvidar su existencia. Lo guardó bajo llave en el cajón de un escritorio entre otros recuerdos, escribió cartas de acompañamiento para las copias que enviaría al agente de Potter y a la señora Potter, y después se dispuso a escribir al mismo Potter. Esta última tarea resultó ser menos embarazosa de lo que había imaginado: se sentía aliviada por ser capaz de decir honestamente que tanto el regalo como la lectura de lo que se le había entregado la habían conmovido.

Al mes siguiente, le envió a Potter un borrador de su artículo. Fue devuelto sin ninguna modificación y con una pequeña nota manuscrita felicitándola por su precisión —«aunque me hace parecer más lúcido de lo que estoy seguro que pude ser»— y añadiendo que el guiso de carne curada había sido delicioso. Más o menos al mismo tiempo, «Sin nacer» fue publicado en el *Listener*, ella no lo leyó. Después de unos meses, más de los que ella se habría visto inclinada a esperar en primer lugar pero menos de los que en realidad había esperado, la revista publicó su artículo. Tampoco lo leyó, se limitó a ojearlo buscando cortes y mutilaciones, una actividad que no correspondía a alguien con su experiencia. No había habido, por una vez, cortes. Bowes, como de costumbre, había hecho fotos técnicamente excelentes y artísticamente poco elegantes, aunque había una instantánea que mostraba a Potter en su escritorio en el interior de la casa que lo evocaba con claridad: lo bastante bien, en cualquier caso, para que aquel bulto de vagos contornos que resultaba ser un tarro de té eduardiano, amenazante en ese primer plano, no pareciera nada peor que irrelevante. La noticia —era noticia, puesto que Potter no había revelado nada a nadie en ese tiempo— de la decisión de Potter de abandonar su pluma no acaparó la atención pública en ese momento. Aquellos a los que les podría haber parecido importante o ignoraron

la entrevista completamente, o no fueron capaces de rescatar tal revelación de su contexto de anuncios de viajes y recetas ilustradas.

Otra cosa que Sue rehusó leer, o volver a leer, durante este período, fue el resto de poemas de Potter. Evitó la altísima posibilidad de descubrir que se sentía tan incómoda respecto a ellos como respecto a «Sin nacer». Durante el invierno, la revista la envió a Sudamérica para escribir una serie de lo que llamaron la vida cultural de las ciudades más importantes. Con ella no fue Bowes, sino un fotógrafo de otro tipo, del tipo de los que hacen a lo sumo una fotografía de cada cosa, y con el que se acostó unas cuantas veces. Potter empezó a desaparecer de su mente. Entonces, casi exactamente un año después de haberlo visitado, se encontró con su nombre en el titular de una de las páginas culturales de un periódico dominical.

Edward Arthur Potter (leyó), que según los rumores (según la afirmación veraz de otro periódico, pensó para ella) había hecho un voto de silencio poético, debía de haber regresado, porque sus editores iban a publicar una selección de sus poemas más recientes el otoño siguiente. Se tenía la esperanza de que se organizara algún evento conmemorativo —una cena oficial, un galardón— que podría tratar de compensar la vergonzosa falta de atención prestada hasta ese momento a un hombre descrito como, podía decirse, el mayor bardo vivo de Gran Bretaña. La crónica terminaba con un pasaje escrito con un rencor que esencialmente no conducía a ninguna parte sobre la falta de atención hacia Potter en particular y hacia casi todo el mundo en general.

La noticia satisfizo y preocupó a Sue. Potter merecía reconocimiento como..., bueno, al menos como alguien que había dedicado lo mejor de su vida a escribir poesía, incluso si, o incluso aunque, ese tipo de reconocimiento no le gustara mucho. Por otra parte, parecía muy probable que las pastillas que el joven médico le había facilitado no hubieran cumplido con su labor, que Potter hubiera regresado a su versión autoadministrada de terapia ocupacional y que estuviera volviendo a pasar casi todo su tiempo sintiéndose mal.

El hábito de preocuparse por los problemas ajenos, al igual que el de compartir la alegría ajena, es algo que necesita ser renovado regularmente si no se quiere que decaiga. El verano le trajo a Sue nuevos encargos y el consiguiente decaimiento de su preocupación y de su alegría respecto al posible galardón/cena que se le iba a ofrecer a Potter. Pero, a su debido momento, el hipotético galardón/cena se convirtió en un galardón/cena en sentido real. Un organismo que reivindicaba para sí lo que sus propios miembros denominaban el deber de «supervisar nuestra cultura» anunció que Edward Arthur Potter pronto iba a recibir un premio especial de 1000 libras esterlinas para celebrar la publicación de su último libro, *Esfumado*, y para dar fe de su estatus como principal poeta lírico en lengua inglesa. El cheque, junto con una especie de

certificado decorativo obra de un destacado diseñador, sería entregado durante una ceremonia en un restaurante de Regent Street, famoso hasta hacía solo unos pocos años por su exquisita comida y la calidad de su servicio. Una semana después de ver esta crónica, Sue recibió una invitación para la ceremonia. Grapado en una esquina de la espléndida tarjeta había un pedazo de papel endeble en el que figuraba, en lápiz emborronado, una escueta declaración que indicaba que este favor le había sido concedido por petición personal del señor Potter —y por tanto transmitiendo, con una economía magistral de medios, la incapacidad de los organizadores para prohibir la asistencia de alguien a quien ellos mismos nunca habrían considerado invitar—.

La noche en cuestión, Sue dejó a un marido satisfecho viendo la televisión y apareció en el restaurante, cuyo salón principal resultó estar reservado para el evento de Potter. Había llegado temprano, pero un grupo bastante considerable se reunía ya alrededor del hombre del momento. La experiencia que tenía de dichas reuniones le indicó el primer movimiento que debía hacer: tomarse una copa y conseguir otra que llevar en la mano. Había muchas caras conocidas, puede que demasiadas, y ni siquiera la mitad pertenecientes al mundo de las letras, incluso en el sentido más amplio y más caritativo de la expresión: un comentarista deportivo, una chica que diseñaba botas, un obispo de la televisión vestido de paisano, un hombre que no hacía mucho había cubierto casi un metro de acantilado cerca de Dover con pintura de varios colores... Todo tipo de gente que no merecía ser famosa por lo que había hecho, que no hacía nada más que lo que hacía y que aun así era famosa. Y no solo eso: al comienzo de su carrera, lo que había llamado la atención de Sue en saraos como aquel era la cantidad de asistentes de los que ella denominaba «antiguos despreciables», de aquellos que eran famosos, si acaso, por algo tan viejo que se los podía evitar sin correr ningún riesgo de perderse nada. Esa noche la sorprendió la mucha que había y lo despreciables que eran los «nuevos despreciables»: personas rotundamente inadecuadas (en todo menos en la loca interpretación de la moda) para ser invitadas a un homenaje a Potter. Treinta y tres el año que viene, se dijo a sí misma.

Tras haber repelido el paso embrionario de un niño de edad avanzada que resultó ser un poeta relativamente famoso, Sue se abrió paso hasta un par de conocidos periodistas. La prensa estaba bien representada. También sus auxiliares visuales: las cámaras destellaban cada pocos segundos. Sue se acercó a alguien que debería haber estado disparando su cámara con los más importantes, pero lo único que hacía era beber y charlar: Pat Bowes. Este la besó afablemente y le dijo:

—Estás espectacular, Macnamara. Qué grupito tan agradable se reúne aquí esta noche, ¿verdad?

– Tú también tienes buen aspecto, Bowes. ¿Dónde está tu cámara?

– En casa. No he venido a trabajar, sino porque soy un personaje distinguido. Una petición personal del señor Potter.

– Yo también. Sin bloc de notas, gracias a Dios.

– Muy considerado por parte del viejo invitarme. Quiero decir, es obvio por qué ha querido que vinieras tú, teniendo en cuenta cuánto le impresionaste... Pero no estaba obligado a invitarme a mí.

– Bueno, fuiste amable con él el día que estuvimos allí.

– No, no lo fui, querida. Siempre soy un gilipollas de campeonato con mis modelos, ya lo sabes. No, me lo ha pedido porque no quería pensar en la posibilidad de que yo me enterase de que tú habías estado aquí y que pensara que él no se había molestado en acordarse de mí. Eso es lo que yo llamo ser muy considerado.

Sue asintió.

– Lo que no entiendo es lo de este libro. Te dijo que ya se había acabado. Se acabó el rollo. No me pareció la clase de tipo que cambiaría de opinión sobre algo tan importante para él.

– Ni a mí. No sé qué habrá pasado.

– Esta noche no nos vamos a enterar. Las posibilidades de conseguir hablar en privado con el invitado de honor son, diría, remotas en extremo. Y no por él. Él preferiría una buena charla contigo a tener que hablar con todos esos cabrones importantes, pero ellos son los que lo han traído hasta aquí y van a estar encima de él en todo momento. Bueno. ¿Han contactado contigo los de la revista para lo de Peduzzi?

– No, ¿qué pasa con él?

– Lo harán. El afamado equipo Macnamara-Bowes vuelve a poner el objetivo en otro artículo de la escena cultural. Y además un artículo bastante a tomar por culo. Está filmando en Ceilán hasta finales de mes, eso es lo que me han dicho. Y después hará una pequeña parada en Italia y luego saldrá disparado hacia no recuerdo dónde. Yo preferiría hacerlo todo en Ceilán, por supuesto. ¿Puedes organizarte?

– ¿Cuánto tiempo sería?

– Calculo que como mínimo cinco días. No es que se esté tocando los huevos en Colombo, ¿sabes? Vamos a tener que chuparnos bastantes carros tirados por bueyes antes de llegar donde está.

– Déjame mirarlo y te confirmo.

Una voz difusa y pomposa se alzó sobre el alboroto ambiental, diciendo: «Señora Macnamara, por favor. Señor Bowes, por favor».

— ¡Santo Dios, nos llaman! — dijo Bowes —. Mejor dicho, nos requieren.

— El señor Potter — dijo el funcionario, pasando la mirada de uno a otro con evidente incredulidad — se sentiría muy agradecido si pudieran acompañarlo durante unos minutos.

La primera mirada de verdad que Sue le dirigió a Potter esa noche le devolvió una pequeña figura elegante vestida de esmoquin sin ninguna de las manchas de sopa o las huellas de afeitado que habría esperado. Se imaginó la razón cuando reconoció a su agente a su lado. Hubo muchísimas presentaciones, empezando con el burócrata cultural al mando de todo y el destacado crítico literario al que se le había encargado el discurso principal — más destacado, este, que el destacado diseñador del certificado (que también andaba por allí), con un dibujo de un caballero por cada oficial de la Orden del Imperio Británico —. La ronda de presentaciones habría sido interminable si Potter no la hubiera interrumpido en varias ocasiones diciendo lo contento que estaba de volver a ver a Sue y a Bowes.

— ¿Ha venido la señora Potter esta noche? — preguntó Sue.

— Me temo que no anda muy bien de salud.

— Siento mucho oír eso — dijo Bowes.

Potter se acercó más a Sue y le dijo en voz baja:

— De hecho, no le pasa nada. Simplemente pensé que sería mejor que no viniera. Probablemente entenderá usted a qué me refiero cuando acabe la velada. Este no es su ambiente en absoluto.

— No, bueno...

— ¿Ya ha visto mi libro, señora Macnamara? ¿Y usted, señor Bowes? No, no lo ha visto mucha gente fuera del comité y todos esos críticos. Pero hay un ejemplar para cada uno en su mesa por si desean llevárselo a casa, si es que siguen queriendo hacerlo después de oír mi discurso. En cualquier caso, espero que al menos le echen un vistazo. Me interesaría mucho saber qué opina de él la gente, mucho más que de ninguno de mis libros anteriores.

Hubo una jocosidad nerviosa en su tono y en sus gestos que Sue encontró ligeramente extraña, hasta que se percató de que tenía un vaso de *whisky* en la mano y supuso que, para él, largas partes de la velada supondrían un suplicio y le resultarían francamente incómodas. Después le dijo, de nuevo en voz baja:

— ¿Se tomaría una copa rápida conmigo después, señora Macnamara? Arriba, en una sala pequeña llamada Sala Essex. Ya se lo he comentado a uno de los chicos. Será una cosa bastante rápida.

—Gracias, señor Potter. Me encantaría.

—Bien... Señor Bowes, me temo que nunca le di las gracias por sus magníficas fotografías. Iba a escribirle, pero después me vi inundado con miles de pequeños asuntos, y al final me pareció que era demasiado tarde.

—No se preocupe por eso. Me alegro de que le gustaran.

En ese momento, un ministro del gabinete se interpuso entre Sue y Potter, a quien ella ya no volvió a ver hasta que el grupo, doscientos o más en total, empezó a acomodarse en el par de docenas de largas mesas del comedor: un proceso lento y torpe. Potter se encontraba entre burócratas, críticos y otros poetas y sus mujeres, al otro lado de la sala. El primer plato, ya servido, consistía en pedazos de pomelo de lata aparentemente unidos por un fino hilo y adornados con una cereza deslucida. Ella cogió el ejemplar de *Esfumado* que efectivamente había junto a su plato y comenzó, sin entusiasmo, a ojearlo.

Enseguida se dio cuenta de que los poemas del libro en realidad no parecían poemas de Potter, que, dentro de unos amplios límites, siempre habían tenido una forma característica en la página, sobre la que se extendían y se acortaban al mismo tiempo. Los nuevos tampoco se parecían mucho los unos a los otros. De ojear pasó a leer. En una de las primeras páginas encontró una pieza en pareados heroicos al estilo de Dryden —bastante después le pareció, porque resultó que no transmitía ningún tipo de mensaje en ningún momento, que podría haber sido eliminado, tachado lo más rápido posible por esa mano que únicamente se preocupaba por llenar pentámetros yámbicos que rimaran—. A su lado, «Sin nacer» era un modelo de sobria claridad. Pero «Sin nacer» no estaba a su lado, en el sentido de que (lo comprobó dos veces) no estaba en el libro. ¿Había sido uno de los rechazados, parte del suero de leche que se tira cuando la crema se desnata, para el nuevo volumen? En su entrevista, Potter había insinuado claramente que reeditaba en tapa dura todo lo que escribía. Bueno, podía haber omitido el poema en deferencia a un deseo de su mujer de no ver la inmortalización de esa figura rival, la brillante encantadora de... Sue trató de recordar: querida encantadora de pelo brillante; no, encantadora no. Querida algo, eso sí.

En este punto se dio cuenta de que alguien se había llevado su pomelo y había colocado pescado en su lugar, mientras que alguien distinto (probablemente) le había servido vino. Intentó comer y consiguió beber sin dificultad. También pensó. Eso le resultó más fácil por lo absorta que había estado hasta ese momento en *Esfumado*, de modo que la atención de sus vecinos se dirigió hacia los vecinos de más allá, y durante toda la cena pudo apañárselas sin decir prácticamente nada, ni al *discjockey* de su izquierda ni al sencillo *jockey* interesado en los caballos de su derecha. De vez en cuando volvía a echar un

vistazo a *Esfumado*. Un poema, o «poema», con el que se topó, decía:

El hombre a través de distintas carcasas en todas partes se vuelve mar de fondo
el nacimiento se vuelve luz a través de distintos hombres por todas partes la luz
se descascara en el mar. La roca aguarda a que el mediodía salga por el cielo por
el árbol este se vuelve roca a mediodía saliendo del cielo bajo el árbol de la
misma roca. La mujer guarda las flores junto a las hojas cada vez hacia la tierra
que ha dado fruto la tierra guarda las hojas cada vez hacia las flores la mujer que
ha dado fruto se vuelve tierra junto a las hojas. Las carcasas de todos los hombres
aguardan a que las rocas salgan del mediodía hacia la tierra cada vez junto a la
mujer. Hombre mujer tierra.

Esto le pareció tan difícil de digerir como el pollo *a la Kiev* pasado, aunque tibio,
que siguió al pescado. Un vistazo a Potter le sugirió que este estaba escuchando
atentamente lo que fuera que un burócrata o crítico le estuviera contando.
¿Estaba escuchando realmente, atentamente o no? Sue sintió con una certeza
incómoda que allí había algo inadecuado o extraño o fuera de lugar. ¿Dónde era
allí? En *Esfumado*, para empezar. Como muestra final, abrió el libro por la última
página, y leyó:

Rajo la informe telaraña de odio,
sondo la trabajada mina del amor;
mi muñeca recibe a los pájaros que sacian
su lujuria engendrada en lo alto.

Mientras atardeceres rosados se tambalean y desvanecen
al otro lado de la lucha interminable del germen,
la deuda de los vivos debe pagarse
a los acreedores que de hambre mueren.

Aparte de todo lo demás, esa no era la voz del Potter de siempre. Bueno, ¿y qué?
Estaba experimentando, buscando un nuevo estilo, algo inusual y admirable a su
edad. Sue se aferró a esa idea mientras la cena llegaba a su fin y empezaban los
discursos. El primero de ellos comenzó con un relato no muy condensado de las
actividades recientes del organismo cultural, adornado con una nota de
autofelicitación abierta y personal. Hacia el final, se tocó el tema de la poesía, y
para concluir se mencionó el nombre de Edward Arthur Potter. Tras un par de
entreactos representados por personajes de menor calado, que acercaron a la
audiencia todavía más al propósito del evento de la noche, el crítico destacado
empezó su discurso.

Sue tuvo que admitir que hizo un buen trabajo. Largos pasajes de su discurso

estuvieron bastante por encima del nivel general –el de una conferencia académica en sumerio antiguo– marcado por sus predecesores. Demostró estar familiarizado con el trabajo de Potter y, eso debió de parecerle a todos los que estaban allí, excepto puede que al mismo Potter, sentir un genuino amor por él. Comenzó su perorata diciendo:

–Me gustaría que todos se fijaran en tres cosas de este volumen. En primer lugar, en su título, *Esfumado*. ¿Significa esto que Edward Arthur Potter se está esfumando, que está a punto de abandonar la escena para no volver a ser escuchado? Todos los que estamos aquí, y muchos más millones en el mundo de habla inglesa y fuera de él, esperan que esto no sea cierto, y que su singular genio lírico, que ha hablado con tanta elocuencia durante casi cuarenta años, continúe deleitándonos durante mucho más tiempo. En segundo lugar...

Hubo muchísimos aplausos. Sue era buena en distinguir la diferencia entre la cortesía, por muy concienzudamente que se desplegara, y el entusiasmo. Lo que escuchó era, sin duda, producto de este último. Potter o su obra, aunque esta curiosamente hubiera mutado en el proceso, habían conseguido traspasar el pequeño círculo de lectores de poesía y el bastante más grande de supuestos amantes de la poesía. Esperaba que se sintiera complacido.

–En segundo lugar –siguió el crítico destacado–, les voy a pedir que miren la dedicatoria: «Para todos aquellos que me han animado a continuar con mi trabajo de poeta». Eso, creo, es un recordatorio que muchos de nosotros necesitamos, un recordatorio de la soledad fundamental del artista creativo y de su dependencia de la comprensión y el apoyo de su público. Nosotros, representantes del público de nuestro honorable invitado, hemos sido en el pasado vergonzosamente negligentes a la hora de demostrar esa comprensión y de proclamar ese apoyo. En verdad espero que las palabras y las acciones de esta noche ayuden a reparar esa negligencia.

»Finalmente, el contenido de *Esfumado*: los poemas que nos han sido entregados hablan por sí mismos y no necesitan de mi pobre ayuda. Lo único que me atreveré a hacer, en nombre de todos nosotros, es rendir homenaje con ellos, como con toda la obra de este gran poeta inglés, a la singular visión y al tono distintivo absolutamente único que caracterizan el corazón y la mente de Edward Arthur Potter. Señor Potter, es un...

La ovación, que fue lo que resultó ser, continuó durante dos minutos y quince segundos según el reloj de Sue. Los primeros momentos fueron acompañados de la entrega y la aceptación del certificado y el cheque, prolongados para beneficio de los fotógrafos, y los igualmente prolongados apretones de manos por parte de Potter y varios de los que estaban junto a él. Después de eso, este se puso en pie apoyando los nudillos en la mesa y con la cabeza gacha. Finalmente, dijo con su

marcado y bastante lento y rústico acento *cockney*:

—Señores, señoras, caballeros. Voy a pronunciar un discurso corto, incluso más corto del que había preparado, porque lo que sir... sir Robert acaba de decir encaja perfectamente con lo que quiero decir yo. Me refiero a esas tres cosas en las que él quería que ustedes se fijaran.

»El título. En realidad no está completo. Debería cambiar ligeramente la palabra. Algo... esfumado. Un verbo en lo que creo que se llama imperativo. No es mi estilo decir en público lo que estoy pensando, pero la frase completa significa: "Váyanse". "Esfúmense" podría acercarse bastante.

»Ahora la dedicatoria. Con todos los respetos, sir Robert no tenía mucha razón cuando ha dicho que he sido ignorado. Ojalá lo hubiera sido. Desde el principio, mucha gente ha sido amable, o lo que ellos debían de considerar amable, y han escrito artículos bonitos y me han enviado cartas bonitas. Si hubiera sido ignorado, probablemente no habría perdido el tiempo durante treinta y ocho años escribiendo lo que se supone que es poesía; habría buscado a mi alrededor otras formas de lidiar con el estado mental que me hacía escribir esas cosas. Por eso les estoy diciendo que se esfumen a todos los que alguna vez me han animado.

Potter hablaba en medio de un silencio tan absoluto que el sonido de los vehículos que circulaban afuera, en la calle, podía oírse claramente. Continuó con calma:

—Después, lo tercero, los poemas del libro. Los escribí todos en un día, limitándome a poner por escrito lo que me venía a la cabeza de cualquier forma, y prácticamente todos piensan que son buenos, el comité y todo tipo de críticos, y otros poetas a los que pedí que les enviaran las galeradas. O dijeron que pensaban que eran buenos. Pero no son buenos. ¿Cómo podrían serlo? Yo debería saberlo, ¿no? Bueno, todo esto es bastante extraño, porque si piensan que son buenos y, lo que es más, tan buenos como mis poemas anteriores, lo cual me deja bastante asombrado, por cierto, en ese caso no saben de lo que hablan y nunca lo han sabido. Y en *ese* caso, este diploma de aquí o lo que sea es bastante inútil, o incluso una farsa. Seguro que ustedes considerarían una farsa tener que tomarse en serio a un montón de esquimales que afirmaran que alguien es un magnífico jugador de críquet. En fin, yo sí lo haría.

La mirada de Potter se dirigió hacia donde estaba Sue, como buscándola. Ella se asustó y esperó que no fuera a suceder nada peor. Potter cogió el certificado y el cheque y los sostuvo frente a él, provocando un nuevo frenesí entre los fotógrafos mientras los demás permanecían sentados y en silencio.

—En justicia, debería romper en pedazos este diploma, pero es obvio que alguien se ha tomado muchas molestias por él y no me gustaría herir sus

sentimientos, así que simplemente lo dejaré aquí. No puedo hacer eso con el cheque, porque no está bien ir dejando cheques por ahí, así que lo romperé en pedazos. —Lo rompió en pedazos—. En cualquier caso, no necesito el dinero. Eso es todo. Excepto que no quiero que nadie sienta que le estoy diciendo que se esfume personalmente o con resentimiento. Es una actitud general. Adiós.

Tardó como mucho cinco o seis segundos en salir de la sala, unos metros por delante del primer reportero. Sue también abandonó la línea de salida rápidamente, pero para cuando llegó al vestíbulo ya había treinta o cuarenta personas desconcertadas que buscaban ruidosas a un Potter desaparecido. Pero entonces, a la vuelta de la esquina, le preguntó al ascensorista por la Sala Essex. El hombre la miró detenidamente.

—¿Señora, por favor, qué nombre?

—Sue Macnamara.

—¿La señora Macnamara?

—Sí.

Algo parecido sucedió en el cuarto piso, cuando el cerrojo de una puerta se abrió desde dentro ante el anuncio de que la señora Macnamara estaba en el exterior. Potter sorprendió a Sue de nuevo con la elegancia de su atuendo. Dijo:

—Espléndido. ¿Qué quiere beber?

—¿Podría tomar un *whisky* con agua?

—Un vaso grande de *whisky* con agua y una botella de *light ale*, por favor. — Volvió a cerrar la puerta con llave —. He pensado que si no quiere todo el *whisky*, siempre puede dejar un poco.

—¿No va a tomar usted cereales?

Él rio enérgicamente, mostrando algunos de los dientes que le quedaban. En general, su comportamiento la había sorprendido, pues parecía mucho más seguro que en su encuentro anterior, casi desenfadado. Se sentaron en unas sillas rectas acolchadas en un rincón, uno enfrente del otro, separados por una mesa baja.

—Es curioso que recuerde eso —dijo—. Pero usted tiene buena memoria para todo. Bueno, este acto de desaparición es bastante divertido, ¿no cree? Es increíble lo que unos pocos billetes de cinco libras pueden conseguir. Ahora es mejor que nos pongamos manos a la obra. Hay algunas cosas que quiero preguntarle, y contarle, y no debemos extendernos mucho, porque el pobre Charles, mi agente, debe de encontrarse bastante mal, no me cabe duda. Es la primera vez que hago algo así, desaparecer, quiero decir. Bueno, y decirle a la

gente que se esfume en público, entre otras cosas. Por cierto, ¿eso estuvo mal? Esa era una de las cosas que quería preguntarle.

—¿Lo de que se esfumaran? Fue muy efectivo, creo, a juzgar por la reacción general.

—Bien, pero de verdad que no quería que sonara demasiado ofensivo. Ya sabe, hiriente. Mezquino y todo eso.

—No lo creo. Dejó usted bastante claro que no se lo decía a nadie en particular.

—Ah, eso sí se entendió, ¿verdad? Es un alivio. Dígame, querida, ¿tuvo usted tiempo de ojear ese estúpido libro por el que han armado tanto revuelo?

—Sí, leí algunas partes.

—Nada de interés, ¿verdad?

—El último poema tenía algo de sentido, o al menos la última parte.

—Ah, es bastante fácil hacer que tenga algo de sentido si a uno no le importa de qué sentido se trata. Pero el libro... es una porquería, ¿verdad?

—Sí, eso me pareció.

—Confío en su palabra. —Suspiró y sonrió—. Eso es lo más importante de todo. Imagínese cómo sería descubrir que uno solo puede escribir cosas buenas cuando está tratando de escribir una porquería. ¡Pero qué montón de burros! Me ha gustado cuando sir Robert ha empezado a hablar de mi tono único. Cuando hice a propósito cada poema distinto a todo lo que había escrito antes y también diferente a todos los demás del libro. Y es bastante listo, ¿sabe? Eso es lo que me asusta. He hablado con él varias veces y es un hombre realmente interesante. Pero todos son iguales. Sí que es una lástima. Ah, aquí están.

Un minuto después, de nuevo encerrados, estaban bebiendo sus copas.

—¿Qué le estaba diciendo? —preguntó Potter.

—Que todos eran iguales.

—Debería haber dicho casi todos. Hay unas pocas personas, según me han dicho no muy conocidas, que siempre han dicho que no soy bueno. Cuando los editores y demás estaban enviando galeradas y copias promocionales a todos, pidiéndoles a esos críticos su opinión, me aseguré bien de que esos, los anti-yo, recibieran un ejemplar. Dos contestaron y dijeron educadamente que en su opinión no les parecía que el libro mereciera ningún reconocimiento especial ni nada parecido. Los demás ni siquiera contestaron. Otra forma de cortesía. Eso fue una especie de comprobación. Si alguno de ellos hubiera dicho que era bueno cuando yo sabía que no lo era, entonces podrían haberse equivocado cuando dijeron que mis otras cosas no eran buenas. Pero no lo hicieron. Todo

encaja perfectamente. Sí, creo que he demostrado de la manera más concluyente posible que nunca he sido bueno.

Esto lo dijo en el mismo tono animado de antes. Sue intentó pensar en lugar de limitarse a sentir. Tardó unos segundos.

—Pero, señor Potter, eso no es algo que se pueda llegar a demostrar.

—No como la geometría, no. Solo es una suposición muy sólida. Lo suficientemente sólida para mí.

—Pero... usted puede seguir siendo bueno aunque...

—Se refiere usted a que Dios o alguien pueda pensar que soy bueno. Por supuesto, respetaría su opinión. Pero él no va a soltar prenda, ¿verdad?

—Será usted recordado. Su obra seguirá viva. Ha sido usted demasiado famoso y reconocido para que no sea así.

—Cuando era niño había un hombre muy famoso que escribía tragedias en verso. Tenían mucho éxito (hasta las producía Beerbohm Tree). Y también era muy reconocido. Los críticos lo comparaban con Sófocles y Shakespeare. Murió durante la guerra, me refiero a la Gran Guerra, justo cuando yo terminé el colegio. Se llamaba Stephen Phillips. ¿Ha oído hablar de él alguna vez?

Sue negó con la cabeza.

—Sir Robert tampoco, me lo reconoció cuando le pregunté. Y nació en el año en que murió Phillips. ¿No le parece una curiosa coincidencia?

Ambos permanecieron en silencio un rato. Después, ella dijo:

—¿Por qué ha organizado este espectáculo hoy?

—Esa es una buena pregunta. Veo claramente que podría haber hecho mi prueba y después haber rechazado el premio en privado. Supongo que ha sido simple vanidad. Pero ha sido divertido. Y me sentí como si me estuviera tomando la revancha con alguna de esas personas que me habían estafado y adulado para que desperdiciara todos esos años.

Y también está lo de que —esto probablemente sea estúpido— puede que sea recordado un poco más a causa de este espectáculo. ¿Potter? Ah, sí, ¿no era ese terrible poeta viejo que reunió a un montón de gente que había dicho que era bueno y les dijo que se esfumaran? Una especie de nota al pie en la historia de la literatura. Puede que el pobre Phillips no hubiera sido olvidado por completo si se hubiera encaramado al escenario al final de la primera noche de su *Paolo y Francesca* y le hubiera dicho al público que se fuera a tomar por culo.

—Sí. ¿Quiere que escriba sobre esto? ¿Sobre alguna parte? Podría publicarse en nuestro diario.

– En realidad me da igual. ¿Le gustaría escribir sobre ello?

– Creo que no, señor Potter.

– Entonces, no lo haga. No se lo estaba contando con esa intención. Solo quería contárselo a alguien que entendiera lo que quiero decir. No, es más que eso. Quería contárselo a usted.

– Gracias. ¿Cómo le ha ido desde nuestro último encuentro? Dijo que iba a...

– Ah, sí. ¿Sabe?, las primeras pastillas que me dio a probar funcionaron como un encantamiento. Seguramente lo notará usted. Se acabó el sentirse mal. También se acabó el querer escribir poemas. Pero está bien, ¿no?, considerando las circunstancias. Pero con lo que las pastillas no acabaron fue con esta curiosidad por...

Alguien llamó a la puerta y sacudió el pomo. Una voz preocupada dijo:

– ¿Ted? ¿Ted, estás ahí?

– Espera, Charles, ¿quieres? Salgo en un minuto. – Potter volvió a bajar la voz –. Debe de haber usado billetes de diez libras. O su inteligencia y su energía. Tiene mucho de las tres cosas.

– Puede que no hayan leído el libro, y lo hayan juzgado por sus libros anteriores...

– ¿Ninguno de ellos? Es poco probable.

– O puede que creyeran que este libro no fuera bueno y no quisieran herir sus sentimientos, o que al decirlo no pudieran darle el premio que tal vez pensarán que se había ganado con toda su obra previa.

– ¿Todos ellos? ¿Todos diciendo cómo continuaba con la gran tradición de Potter? ¿Celebrando una asamblea secreta para ponerse de acuerdo en la política Potter? Sir Robert, para empezar, nunca se rebajaría a algo así. Es demasiado íntegro. Lo que le falta es la capacidad de distinguir entre un poema bueno y uno malo. O entre un tipo de poema malo y otro. No lo sé, tal vez eso sea más difícil. Sí. En mi fuero interno creo que yo debía de saber que no era bueno. Si no, ¿por qué no leía mis poemas cuando los terminaba? Los habría leído una y otra vez con mucho detenimiento, para intentar tomar ciertas decisiones. Y, por supuesto, había decidido el título y la dedicatoria de este lote antes de que nadie lo hubiera visto.

– Verá esto de otra forma mañana. Usted mismo se ha quedado impactado con esta prueba suya.

Se pusieron en pie mientras ella hablaba. Sin acercarse a ella, colocó su mano en su hombro, teniendo que estirarse un poco para hacerlo.

– ¿Parezco impactado? Lo de esta noche solo ha sido una corroboración. Sabía el resultado de la prueba hace semanas. No se preocupe por mí, señora Macnamara. Como le he dicho, nunca me siento mal por nada. Ya no.

III

— ¿Por qué lo hizo, qué opinas? — preguntó Pat Bowes.

— No lo sé. ¿Llegaremos a tiempo para coger ese avión?

— De sobra. Deja de preocuparte por pequeñeces, Macnamara.

— Todas estas cosas que traes...

— Así que es por mis cosas. Alguien me ayudará con ellas. Hay hombres en el aeropuerto que se ganan la vida ayudando a la gente con sus cosas.

El coche de Bowes, que en realidad llevaba bastantes cosas de Sue y muchas propias, se apresuraba en dirección oeste por Cromwell Road.

— No vas a conseguir que deje el tema de Potter, querida. Tú fuiste una de las dos o tres últimas personas en hablar con él. Tuvo que contarte algo. ¿O es que prefieres no hablar de ello? En cuyo caso dime a las claras que cierre la boca.

— No, no me importa. Pensaba que era evidente. Potter sentía que había descubierto que no era bueno.

— Yo no me habría quitado de en medio por eso. Ya lo sé, soy un cabrón insensible, pero tenía que haber algo más.

— No lo creo. Había hecho una demostración, decirle a su público que se fuera a la mierda, pero eso no era suficiente. Quería disculparse.

— ¿Disculparse? ¿Por ser un poco ofensivo con un montón de estirados que ni siquiera son...?

— No, por ser un mal poeta, por haber pasado la mayor parte de su vida sin hacer nada excepto escribir malos poemas, o poemas que él creía haber demostrado que eran malos, y por hacerle perder el tiempo a todo el mundo. Quería demostrar que le importaba. Más que ninguna otra cosa, más que su mujer, y por eso lo hizo de tal modo que no pudiera pensarse que había sido un accidente.

— Un poco duro para la vieja, eso.

— Mucho. Es lo único en lo que no empatizo con él, aunque puedo comprenderlo. A los malos poetas les importa la poesía tanto como a los buenos poetas. Lo mismo, como mínimo.

— No veo por qué debería importarles lo mismo como mínimo, pero tú sabrás, supongo. Bueno, fue una sorpresa desagradable. Siempre me pareció un carcamal simpático. Es una lástima que ser simpático no signifique ser bueno.

Cuando pienso en los hijos de puta con talento con los que me he topado...

—Ya lo sé.

—Me da la sensación de que has descubierto mucho más sobre él que el resto. Me parece que he leído todas y cada una de las palabras publicadas en los periódicos, y no había nada ni remotamente cercano a esto que me cuentas de la disculpa, o de que le importara la poesía. Deberías escribirlo en algún momento.

En cuanto llegó a casa la noche del premio, Sue escribió todo lo que recordaba — casi todo — de su última conversación con Potter. El relato estaba guardado bajo llave en su cajón de los recuerdos, sujeto con un clip al manuscrito de «Sin nacer». Sin duda, tendría que redactarlo en algún momento, pero todavía no, no hasta que la señora Potter muriera. Entonces, quizá, podría considerar cómo redactarlo, o escribirlo: cómo prestar un mejor servicio a la memoria de Potter, cómo interpretar su intención de contarle lo que le había contado esa noche. Por el momento, se sentía como alguien que se aferra neciamente a un símbolo de significado bastante oscuro, un regalo sin destinatario.

Sue y Bowes continuaron su viaje hacia Peduzzi, que en ese instante, puesto que en Ceilán era de noche, estaba sentado en su cabaña bebiendo una especie de cerveza y felicitándose a sí mismo por la escena (de hecho tan pretenciosa como técnicamente incompetente) que había rodado ese día.



ALGO EXTRAÑO

Algo extraño sucedía cada día. Podía suceder por la mañana, mientras los dos hombres hacían sus lecturas y observaciones y las dos mujeres se ocupaban de los quehaceres domésticos: las caras grandes habían llegado por la mañana. O, como en el caso de las caras pequeñas y los fuegos de colores, lo extraño podía suceder por la tarde, en mitad del programa de mantenimiento de Bruno y la transmisión de Clovis a la Base, las rondas de Lia en el jardín o, incluso, mientras Myri trabajaba en su historia. Lo habitual era que la velada transcurriera de forma tranquila. La noche, con menos frecuencia.

Todos comprendían que las expresiones temporales corrientes no tenían sentido para las personas confinadas indefinidamente, como era su caso, en una esfera de acero detenida y suspendida en una región del espacio tan vacía que la luz de la estrella más cercana tardaba unos cientos de años en llegar hasta ellas. El Reglamento de la Base, sin embargo, recomendaba que adoptasen una unidad temporal de veinticuatro horas, la habitual en esa Tierra que no habían visto desde hacía ya tantos meses. Aquella sugerencia resultó de lo más adecuada: su trabajo, tiempo de recreo y descanso parecían adaptarse de manera natural a los períodos establecidos. Tan solo la perspectiva de la misma rutina año tras año, prolongándose en el futuro más allá de lo que pudieran siquiera imaginar, era fuente de tensión.

Bruno le comentó esto a Clovis después de haber pasado la mañana reparando un error en el analizador de espectro que utilizaba para investigar y clasificar las estrellas más cercanas. Estaban sentados junto a la portilla de observación principal de la sala, bebiendo su cóctel de mediodía y esperando a que las mujeres llegasen.

— Yo diría que lo estamos llevando muy bien — dijo Clovis en respuesta a Bruno —. Puede que demasiado bien.

La gruesa y encorvada figura de Bruno se incorporó:

— ¿A qué te refieres?

— Puede que hasta estemos dificultando nuestras posibilidades de ser relevados.

— La Base nunca ha dicho una palabra acerca de relevarnos.

— Exactamente. Con medio millón de estaciones a las que dotar de personal, pasará mucho tiempo antes de que encuentren el momento de ocuparse de una como esta, en la que todo va sobre ruedas. Tú y yo formamos un equipo perfecto.

Tú tienes a Lia, y yo, a Myri, y ellas se llevan bien: no existe la menor sombra de conflicto. Por lo tanto, no hay razón para un relevo.

Myri había escuchado toda esta conversación mientras ponía la mesa en el rincón. Se preguntaba cómo era posible que Clovis ignorara que Bruno quería estar con ella, en lugar de con Lia, o quizá además de con Lia. Pero si Clovis lo sabía, y le estaba tomando el pelo a Bruno, entonces se estaba equivocando, porque Bruno no era un hombre precisamente agradable. Con su cuello gordo y su gruesa cara pálida, tampoco sería muy agradable tenerlo encima, todo lo contrario que a Clovis, que, pese a ser algo más bajo, tenía un cuerpo bien formado y una piel suave que siempre eran bienvenidos. No era capaz de pensar tan bien como Bruno, pero, por otra parte, muchas de las cosas que Bruno pensaba no eran muy agradables. Se sirvió una copa y se acercó a ellos.

Bruno había comentado algo sobre que era una lástima no poder falsificar su informe de personal añadiendo unas pocas peleas falsas, y Clovis se había mostrado inmediatamente de acuerdo en que eso era imposible. Myri lo besó y se sentó a su lado.

—¿Qué opinas de la idea de ser relevados? —le preguntó él.

—Nunca pienso en ello —respondió ella.

—Haces bien —dijo Bruno, sonriendo—. Aquí lo estás haciendo de maravilla. Lo suficientemente bien, en cualquier caso.

—¿Qué insinúas? —le preguntó Clovis con una sonrisa falsa.

—No es lo que yo llamo una vida plena, ¿no crees? Para ninguno de nosotros. A mí, por lo menos, no me vendría mal un cambio, en cualquier caso. Un tipo de trabajo distinto, por ejemplo, algo que no se limite a hacer pruebas y a utilizar y reparar equipos. Parece que últimamente se averían demasiadas cosas, ¿no? Tengo que reparar el analizador casi cada día y, sin embargo...

Su voz se apagó y miró fuera de la portilla, como para asegurarse de que todo lo que había más allá era el paisaje estelar de puntos y manchas de luz de siempre.

—Y, sin embargo, ¿qué? —preguntó Clovis, ya de un evidente mal humor.

—Estaba pensando que deberíamos sentirnos agradecidos por tener tantas cosas con las que pasar el tiempo: el trabajo rutinario, el cultivo de las frutas y las verduras, y el relato de Myri... ¿Cómo va, por cierto? ¿No nos vas a leer un fragmento? ¿Esta noche, quizá?

—No hasta que lo termine, si no te importa.

—Ah, pero sí que me importa. Es parte de nuestro deber entretenernos los unos a los otros. Y a mí, personalmente, me interesa mucho ese relato.

— ¿Por qué?

— Porque tú eres una chica interesante. Ojos marrones brillantes y una piel radiante y sana. ¿Cómo lo consigues, después de todo este tiempo en el espacio? Y con más energía que ninguno de nosotros...

Myri permaneció en silencio. A Bruno se le daba muy bien hacer ese tipo de comentarios ante los que no había nada que replicar.

— ¿De qué trata? — prosiguió —. Al menos, podrías contarnos eso.

— Ya te lo he dicho. Es sobre la vida cotidiana. La vida en la Tierra antes de que hubiera estaciones espaciales, mucha gente distinta haciendo cosas distintas, no esta...

— Eso es la vida cotidiana, ¿no? Gente distinta haciendo cosas distintas... Me muero de curiosidad por escuchar cuáles son esas cosas. ¿Quién es el héroe, Myri? ¿Nuestro querido Clovis?

Myri colocó su mano sobre el hombro de Clovis.

— Ya basta, Bruno, por favor. Volvamos a tu comentario sobre nuestra rutina. No he entendido por qué has omitido precisamente la parte más importante, la parte que nos mantiene a todos más ocupados.

— ¡Ah, los extraños sucesos! — Bruno agachó la cabeza con un gesto típico suyo: mitad risa, mitad temblor nervioso—. Y las horas que pasamos hablando de ellos. ¡Oh, sí! ¿Cómo he podido olvidar mencionarlos?

— Si tienes un poco de sentido común, seguirás sin mencionarlos —le espetó Clovis—. Ya estamos todos hartos de ese asunto.

— Puede que tú lo estés, pero yo no. Quiero hablar de ello. Y parece que Myri también, ¿no, Myri?

— Creo que tal vez haya llegado la hora de hacer otro intento de encontrar un patrón —dijo Myri. Esta era una de esas situaciones en las que Bruno no se mostraba precisamente agradable, pero había que reconocer que llevaba razón.

— ¡Oh, otra vez no! — Clovis se puso en pie de un salto y se acercó a la mesa de las bebidas—. Ah, hola, Lia —dijo a la mujer rubia, alta y delgada que acababa de entrar con una bandeja de platos fríos—. Deja que te sirva una copa. Bruno y Myri se están poniendo filosóficos: buscan patrones. ¿Qué opinas? Te diré lo que opino yo. Opino que ya nos estamos excediendo en nuestras atribuciones. Creo que los patrones son trabajo de la Base.

— También podemos hacer que sea nuestro —dijo Bruno—. ¿Estás de acuerdo, Lia?

— Por supuesto —dijo Lia con esa voz profunda que a Myri siempre le había

parecido mucho más firme e independiente que su propia dueña.

—Muy bien. Puedes permanecer al margen de esto si quieres, Clovis. Partimos del hecho de que lo que vemos y oímos no son necesariamente espejismos, aunque puede que lo sean.

—Por lo menos sabemos, gracias a los informes que nos envía la Base de otras estaciones, que son ilusiones que cualquier ser humano puede tener, no solo nosotros.

—Correcto, Myri. En cualquier caso, ilusiones o no, algún tipo de inteligencia las dirige hacia nosotros con un propósito.

—Eso no lo sabemos —objetó Myri—. Puede que se trate de fenómenos naturales, o del resultado de alguna actividad inteligente que no se dirija a nosotros.

—Correcto de nuevo, pero, de momento, reservémonos las hipótesis menos probables para más tarde. Ahora, como punto de partida, consideremos los extraños sucesos de la semana pasada. Iré a buscar el diario para que no haya disputas.

—Me gustaría que lo dejaras —dijo Clovis a Myri cuando Bruno salió hacia la sala de equipamiento—. Es una pérdida de tiempo.

—Tiempo es lo único de lo que no andamos faltos aquí.

—Yo no estoy falto de nada —dijo, tocando el muslo de ella—. Vente conmigo un ratito.

—Más tarde.

—Lia siempre se va con Bruno cuando él se lo pide.

—Sí, pero porque yo así lo decido —dijo Lia—. A ella ahora no le apetece. Espera a que le apetezca.

—No me gusta esperar.

—Esperar puede ser un aliciente.

—Allá vamos —dijo Bruno enérgicamente nada más regresar—. Muy bien... Lunes. «En pocos segundos la esfera quedó recubierta por una sustancia húmeda, densa y parduzca que las pruebas revelaron impermeable así como infinitamente densa. El personal no realizó acción alguna. Después de tres horas y quince minutos la sustancia desapareció». Lo interesante es lo de «infinitamente densa». Eso debe de haber sido un espejismo, o algo les habría ocurrido al resto de estaciones al mismo tiempo, por no hablar de las estrellas y los planetas. Un espejismo total o parcial, entonces. ¿Estamos de acuerdo?

– Continúa.

– Martes. «Objeto metálico de tamaño comparable al de nuestra esfera acercándose con trayectoria de colisión a 500 km/s. No tomamos medidas defensivas. El objeto apareció instantáneamente a una distancia de 35 millones de kilómetros y desapareció instantáneamente a 1500 km». ¿Qué hay de eso?

– Ya hemos tenido de esos antes – interrumpió Lia –. Solo que este es el que ha tardado más en acercarse y el que más se ha aproximado a nosotros antes de desaparecer.

– Incomprensible o espejismo – sugirió Myri.

– Sí, creo que por el momento no podemos deducir nada más. Miércoles: algo muy trivial, no vale la pena comentarlo. «Un ser en apariencia construido íntegramente de hueso se aproximó a la portilla principal y nos hizo señas». Quienquiera que sea el responsable de esto se está quedando sin ideas. Jueves. «Todos los cuerpos externos a la esfera se desvanecieron simultáneamente con todo el instrumental, reapareciendo simultáneamente con todo el instrumental dos horas más tarde». Esto tampoco es nuevo, si no recuerdo mal. ¿Espejismo? Bien. Viernes. «Seres parecidos a los reptiles terrestres cubrieron la esfera, luchando encarnizadamente y devorándose los unos a los otros. Fuertes ruidos de deslizamientos y crujidos». Al menos los ruidos deben de haber sido una ilusión, considerando que ahí fuera no hay aire, y nunca he oído de un reptil que no respire. Lo mismo puede aplicarse al espectáculo de ayer. «Gritos humanos de dolor y sumo asombro que se aproximan y se alejan. Sin acompañamiento visual o de otra clase». – Hizo una pausa y los miró –. ¿Y bien? ¿Se puede inferir algún patrón homogéneo?

– No – dijo Clovis, sirviéndose ensalada, puesto que para ese momento estaban ya sentados a la mesa del almuerzo –. Y desafío a cualquier cerebro humano a que conciba alguno. Todo el asunto es completamente arbitrario.

– Al contrario, puede que justo el próximo incidente, hoy mismo, cuando suceda, revele una pauta inequívoca.

– Debemos concentrarnos – dijo Myri – en el objeto que se aproximaba a nosotros. ¿Por qué se desvaneció justo antes de colisionar con la esfera?

Bruno la miró fijamente.

– Tenía que hacerlo, si era un espejismo.

– En absoluto. ¿Por qué no podíamos tener la ilusión de que un objeto colisiona con la esfera? ¿Y si suponemos que no fue un espejismo?

– Quizá la próxima vez que aparezca un objeto colisione contra nosotros – dijo Lia.

Clovis rio.

— Esa sí que es buena. ¿Y qué ocurriría si así fuera? ¿Y si no fuera un espejismo?

Todos miraron a Bruno buscando una respuesta. Después de uno o dos segundos, este dijo:

— Supongo que la esfera se haría añicos y todos saldríamos disparados al espacio. En realidad, soy incapaz de imaginar qué pasaría exactamente. Estaríamos... Nunca volveríamos a vernos, ni a nadie ni nada más, no seríamos más que una masa sin sentido flotando en el espacio para siempre. Las probabilidades de...

— Valdría la pena solo por librarnos de tu conversación — dijo Clovis con amabilidad ahora que era Bruno el que parecía incómodo—. Centrémonos en asuntos prácticos, para variar. ¿Cuánto tiempo te llevará hacer tus análisis esta tarde? Hay mucho material para enviar a la Base y yo no podré echarte una mano.

— Una hora, quizá, una vez que haya hecho las últimas pruebas.

— ¿Y qué necesidad hay de hacer esas pruebas? Estaba perfectamente alineada cuando terminamos esta mañana.

— Afortunadamente.

— Y tan afortunadamente. Una variable más y nos habría resultado imposible.

— Sí — dijo Bruno, sin prestar atención. Después se puso en pie de una forma tan brusca que los otros tres se sobresaltaron—. Pero no fue así, ¿verdad? No había ninguna variable más, ¿o sí? No sucedió eso que no hubiéramos podido gestionar.

Nadie habló.

— Perdonadme, necesito estar solo.

— Si Bruno sigue con esto — dijo Clovis a las dos mujeres—, la Base enviará un relevo antes de lo que pensamos.

Cuando, media hora más tarde, Myri se sentó a trabajar en su relato, intentó apartar de su mente el pensamiento del extraño comportamiento de Bruno. No era capaz de describir la expresión de la cara de Bruno cuando este abandonó la mesa. ¿Emoción? ¿Disgusto? ¿Sorpresa? Eso era lo más cercano: una especie de sorpresa persistente. Bueno, era inevitable, tratándose de Bruno, que se hubiera puesto a analizarlo todo durante la cena. Ojalá fuera más agradable, porque era un hombre al que se le daba bien pensar.

Cuando finalmente consiguió expulsar la imagen del rostro de Bruno, empezó a leer la página del manuscrito en la que había estado trabajando la tarde anterior hasta que los gritos la interrumpieron. Formaba parte de una escena difícil, una

en la que una mujer se encontraba con un tipo con el que había mantenido una relación diez años antes, con el agravante de que en ese momento se encontraba acompañada del hombre con el que había empezado a salir después de romper con él. La escena transcurría en un comedor de una gran ciudad.

—Vete —dijo Volsci—, o te pegaré.

Norbu sonrió de un modo desagradable.

—¿Y qué conseguirías con eso? A Irma le gusto más que tú. Tú eres más agradable, de eso no hay duda, pero yo le gusto más. Recuerda con más claridad el sexo conmigo hace diez años de lo que recuerda el sexo que tuvisteis anoche. Soy bueno pensando, lo cual es mejor que ser agradable, por muy agradable que seas.

—Va a cenar conmigo —dijo Volsci, señalando la cena fría y las bebidas que tenía enfrente—. ¿A que sí, Irmy?

—Sí, Irmy —dijo Norbu—. Debes elegir. Si no quieres estar con los dos a la vez, entonces debes decidir quién te gusta más.

Irmy miró a un hombre y luego al otro. Había tanta diferencia entre ellos que apenas sabía por dónde empezar: uno más agradable, el otro más inteligente; uno delgado, el otro regordete. Decidió que ser agradable era lo mejor. Era más importante y más significativo, mejor en todos los sentidos. Dijo:

—Me quedo con Volsci.

—Creo que te equivocas. —Norbu pareció sorprendido y apenado.

—Es mejor que te vayas —dijo Volsci—. Ila te estará esperando.

—Sí —dijo Norbu. Ahora parecía extremadamente apenado.

Irmy también se sintió bastante apenada.

—Adiós, Norbu —dijo.

Myri sonrió para sus adentros. Era bueno, incluso mejor de lo que recordaba —no tenía sentido ser modesto ante uno mismo—. Si era capaz de inventar todos esos personajes, totalmente distintos a cualquier persona que conociese, y ponerlos en una situación tan ajena a su experiencia, debía de ser una buena escritora, a pesar de las burlas de Bruno. De lo único de lo que no estaba segura era de si no habría exagerado la parte sentimental o si se habría extendido demasiado en ella. Puede que *extremadamente apenado* fuera demasiado intenso; lo substituyó por *más apenado que antes*. Excelente: ahora había conseguido el toque perfecto de control para todos esos sentimientos. Decidió que podía terminar la escena con unas pocas líneas más.

«Ya nos veremos en algún cóctel, dijo Volsci», escribió. La interrumpió el sonido

del timbre de la puerta, que le hizo fruncir el ceño. Cruzó su pequeña habitación en forma de cuña —su pared posterior formaba parte de la pared exterior de la esfera, pero no tenía portilla—, descorrió el cerrojo y se encontró a Bruno en el umbral. Respiraba agitadamente, como si hubiera estado corriendo o levantando peso, y vio con desagrado que había gotas de sudor en su gruesa piel. La empujó a un lado para pasar y se sentó sobre su cama, con la boca abierta.

—¿Qué te pasa? —preguntó, con disgusto. Las tardes eran libres, a menos que se acordaran otros planes a la hora de comer.

—No sé lo que me pasa. Creo que me estoy poniendo enfermo.

—¿Enfermo? Pero eso es imposible. Solo la gente de la Tierra enferma. Nadie se pone enfermo en las estaciones: eso nos dijo la Base. La enfermedad la causa...

—No me creo todo lo que nos cuenta la Base.

—Pero ¿si no confiamos en la Base, en quién podemos confiar?

Obviamente, Bruno no escuchó la pregunta. Dijo:

—He tenido que recurrir a ti. Lia no es buena para estas cosas. Por favor, deja que me quede contigo. Tengo tantas cosas que contarte...

—No servirá de nada, Bruno. Pertenezco a Clovis. Pensé que habías comprendido que yo no...

—No me refiero a eso —repuso con impaciencia—. Te necesito para pensar. Aunque una cosa está conectada con la otra, con tenerte. Aunque no espero que lo entiendas. Yo mismo acabo de empezar a entenderlo.

Myri no comprendió nada de esta última parte.

—¿Pensar? ¿Pensar en qué?

Él se mordió el labio y cerró los ojos un momento.

—Escucha —dijo—. El analizador es lo que me dio la idea. Prácticamente todos los días se avería. Y el ordenador, los contadores, los repeledores, los escáneres y todo lo demás; también se averían constantemente, así como sus fuentes de alimentación. Pero no el purificador o el reconstituidor de fluidos, o los productores de fruta o de verdura, o los calefactores o la fuente principal de energía. ¿Por qué no?

—Bueno, son menos complejos. ¿Cómo puede estropearse un productor de fruta? Solo consta de dos elementos: un tanque químico y un tanque de agua. Pregúntale a Lia.

—Está bien. Entonces intenta responder a esto. Los extraños sucesos: si son espejismos, ¿por qué ocurren siempre fuera de la esfera? ¿Por qué no suceden

nunca dentro?

—Quizá sí lo hagan —dijo Myri.

—No. Me niego a que sea así. No me gustaría. Quiero que todo lo que ocurra aquí sea real. ¿Eres real? Necesito creer que eres real.

—Por supuesto que soy real. —Ahora estaba completamente desconcertada.

—Y eso supone una diferencia, ¿no? Es muy importante que tú y todo lo demás sea real, todo lo que hay dentro de la esfera. Pero dime: lo que sea que esté detrás de estos sucesos debe de ser bastante poderoso si es capaz de engañar a nuestros instrumentos y a nuestros sentidos tanto y de manera tan consistente... Y, sin embargo, no puede hacer nada, nada que reconozcamos como extraño, quiero decir, dentro de esta diminuta piel de acero. ¿Por qué no?

—Probablemente tiene sus limitaciones. Deberíamos alegrarnos.

—Sí, vale. Siguiendo punto. ¿Recuerdas aquella vez en que intenté permanecer despierto para hacer guardia en la sala después de medianoche?

—Eso fue una tontería. Nadie debe permanecer despierto después de medianoche. El Reglamento era muy claro al respecto.

—Sí, lo era, ¿verdad? —Parecía que Bruno estuviera intentando sonreír—. ¿Recuerdas que te conté era incapaz de explicar cómo había llegado a mi propia cama, en la que me encontraba, como de costumbre, cuando la música nos despertó? Y, aquí es donde quiero ir a parar, ¿recuerdas cómo todos coincidimos durante el desayuno en que la vida en el espacio debía de habernos condicionado de tal modo que dormirnos a una hora determinada se había convertido en un mecanismo automático? ¿Recuerdas eso?

—Por supuesto que lo recuerdo.

—Bien. Entonces, dos preguntas: ¿te parece una explicación plausible, esa especie de autocondicionamiento absoluto en el caso de los cuatro tras... solo unos meses?

—No cuando lo cuentas así.

—Pero todos estuvimos de acuerdo en aquel momento, ¿verdad? Sin dudarlo.

Myri, apoyándose en una pared, se movió con nerviosismo. Esta vez su manera de ser desagradable era distinta, había algo que hacía que tuviera ganas de que se callara, incluso aunque estaba pensando mejor que nunca.

—¿Cuál es tu otra pregunta, Bruno? —Su propia voz le sonó diferente.

—Vaya, tú también lo sientes, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabrás en un minuto. Prueba con mi otra pregunta. Aunque la noche de la música fue hace mucho tiempo, poco después de llegar aquí, la recuerdas con claridad. Yo también. Y, sin embargo, cuando trato de acordarme de lo que estaba haciendo solo un par de meses antes, en la Tierra, ultimando mi vida allí, preparándome para esto, no consigo recordar más que un vago borrón. Nada destaca sobre el resto.

—Todo queda ya muy lejos.

—Puede ser. Pero el viaje lo recuerdo con claridad, ¿tú no?

Myri aguantó la respiración. «Estoy sorprendida —se dijo a sí misma—. O algo parecido. Me siento como parecía que se sentía Bruno cuando abandonó la mesa del almuerzo». No dijo nada.

—Ahora lo sientes, ¿verdad? —La estaba observando atentamente con ojos escrutadores—. Deja que intente describirlo. Una sorpresa que sigue y sigue. Desconcierto. Síntomas de esfuerzo físico o tensión. Y, sobre todo, una especie de incomodidad... Como si tuvieras un objeto afilado presionando contra una parte tierna de tu cuerpo, excepto que ese objeto está solo en tu mente.

—¿De qué estás hablando?

—Falta vocabulario.

El altavoz que había encima de la puerta se activó con un clic y la voz de Clovis dijo: «Atención. Suceso extraño. Reunión en la sala inmediatamente. Suceso extraño».

Myri y Bruno dejaron de mirarse el uno al otro y salieron corriendo por el estrecho pasillo. Clovis y Lia ya estaban en la sala, mirando por la portilla.

A escasos metros del vidrio duro como el acero, dos figuras, iluminadas por alguna fuente invisible, flotaban. El nivel de detalle era excelente, de manera que los cuatro habitantes de la esfera podían distinguir sin dificultad cada pliegue en la piel desnuda de las dos caricaturas de humanidad que al parecer se habían presentado para someterse a una concienzuda inspección; una presunción que pareció confirmarse por la lenta rotación de la pareja, que posibilitaba que se escudriñase cada porción de ella. Excepto por unos brotes de maleza en la base del cráneo, carecían de pelo. Las extremidades eran reducidas, y no se estrechaban en las articulaciones como es habitual; además, sus vientres eran protuberantes. Una tenía características masculinas y la otra femeninas, pero en ninguno de los dos casos estaban completas. Cada una de las bocas abiertas, húmedas, temblorosas y desdentadas, emitía un grito fuerte, claramente audible, de un tono más alto que ninguno de los de la esfera hubiera podido emitir, y de un alcance emocional desconocido.

—Bueno, me pregunto cuánto durará esto —dijo Clovis.

—¿Vale la pena probar con los repeledores? —preguntó Lia—. ¿Qué indica el radar? ¿Los detecta?

—Iré a echar un vistazo.

Bruno se puso de espaldas a la portilla.

—No me gustan.

—¿Por qué no? —Myri vio que volvía a sudar.

—Me recuerdan a algo.

—¿A qué?

—Estoy intentando pensar.

Pero aunque Bruno siguió intentando llegar a alguna conclusión durante el resto del día, con una solemnidad tan obvia que hasta Clovis hizo lo que pudo para ayudar con sugerencias, cuando se separaron cinco minutos antes de la medianoche, como era su costumbre, no se hallaba más cerca de la solución. Y cuando, varias veces en los dos días posteriores, Myri le mencionó la tarde de las caricaturas, mostró poco interés.

—Bruno, eres increíble —dijo una noche—. ¿Qué ha pasado con esas extrañas sensaciones tuyas que tantas ganas tenías de describirme justo antes de que Clovis nos llamara a la sala?

Se encogió de hombros de esa forma suya casi femenina.

—Ah, no sé lo que me dio —dijo—. Supongo que simplemente estaba enfadado con el maldito analizador porque no deja de averiarse. Últimamente funciona mucho mejor.

—Y todo ese tiempo que solías dedicar a pensar...

—Una absoluta pérdida de tiempo.

—No lo era.

—Sí, estoy de acuerdo con Clovis: dejemos que la Base se encargue de pensar.

Myri se sentía bastante decepcionada. Oír a Bruno renunciar a la tarea de pensar parecía el fin de algo. Esta sensación se intensificó poderosamente cuando, poco después, el anuncio llegó a través del altavoz de la sala. Sin más preámbulos, aparte del habitual clic de encendido, una voz desconocida dijo: «Atención, por favor. Aquí la Base llamando a su interfono».

Todos miraron hacia arriba sorprendidos, especialmente Clovis, que le dijo a Bruno rápidamente: «¿Es eso posible?».

—¡Oh, sí! Han estado haciendo pruebas —replicó Bruno con la misma rapidez.

—Puede que sea irónico —continuó la voz— que la primera transmisión que somos capaces de hacer con ustedes a través de este medio sea también la última que vayan a recibir por cualquier medio. Desde hace algún tiempo, el mantenimiento de las estaciones espaciales no ha sido rentable, por lo que se acaba de tomar la decisión de suspenderlo por completo. Por consiguiente, no elaborarán más informes de ningún tipo o, mejor dicho, pueden continuar haciéndolo si lo desean, pero nadie les estará escuchando. En muchos casos afortunadamente ha sido posible organizaría recogida del personal de la estación y su regreso a la Tierra; en otros, aquellos que implican un viaje a las partes más remotas de la galaxia, eso conllevaría una pérdida de tiempo y un esfuerzo exorbitantes. Lamento comunicarles que su estación es uno de esos últimos casos. En consecuencia, nunca serán relevados. Estamos convencidos de que dispondrán de los recursos y la dignidad suficientes para responder a esta nueva situación.

»Antes de cortar esta última comunicación, he de hacer una observación final. Se trata de una revelación que podría resultarles tan poco grata que solo con la mayor reticencia me atrevo a expresarla. Mis colegas, sin embargo, han insistido en que los que se encuentran en su difícil situación merecen, en su propio interés, escuchar toda la verdad al respecto. Debo informarles, entonces, de que, al contrario de lo que les dijimos anteriormente, no hemos recibido partes de ninguna otra estación cuyo contenido se asemeje en lo más mínimo a los extraños sucesos que afirman haber presenciado. Estimamos necesario engañarlos para mantener su moral alta, pero la hora de los engaños ha terminado. Son ustedes únicos, y en la diversidad de la humanidad eso no es poco. Siéntanse orgullosos por ello. Adiós para siempre.

Permanecieron sin hablar hasta las doce menos cinco de la noche. Por mucho que lo intentó, Myri no logró concebir su futuro, y a la mañana siguiente no tuvo más éxito. Ese fue todo el tiempo del que dispusieron para asumir su aislamiento permanente, puesto que para el mediodía había comenzado una fase totalmente nueva de los extraños sucesos. Myri y Lia estaban en la cocina, preparando la comida, cuando Myri, al abrir el armario donde guardaban los platos, se encontró frente a una criatura de aspecto plano y rojizo con muchas patas y un par de pinzas de distinto tamaño. Dio un suspiro, casi un chillido, de asombro.

—¿Qué es eso? —dijo Lia, aproximándose a toda velocidad. Después añadió en voz muy alta —: ¿Está vivo?

—Se mueve. Llama a los hombres.

Myri se quedó allí mirando hasta que llegaron los otros. El labio inferior le temblaba de un modo curioso. Ahora *dentro*, siguió pensando. No solo fuera. *Dentro*.

—Echemos un vistazo —dijo Clovis—. Ya veo. Pásame un cuchillo o algo. —Golpeó a la criatura, que sonó seca y huesuda—. Bueno, en cualquier caso, funciona lo táctil y lo auditivo, y también lo visual. Un espejismo elaborado. Si es que se trata de un espejismo.

—Tiene que serlo —dijo Bruno—. ¿No lo reconoces?

—Supongo que me resulta familiar.

—¿Supones? ¿Quieres decir que no reconoces un cangrejo cuando lo ves?

—¡Ah, por supuesto! —Clovis parecía ligeramente avergonzado—. Ahora lo recuerdo. Un animal de la Tierra, ¿no? Vive en el agua. Y, por lo tanto, no cabe duda de que se trata de un espejismo. Los cangrejos no cruzan el espacio, por lo que yo sé, y aunque lo hubieran hecho les habría costado muchísimo abrirse camino a través del revestimiento de la esfera.

La sensatez de su actitud y de su tono ayudó a Myri a superar su estupefacción, y fue ella quien sugirió que echaran al cangrejo por el conducto residual. A la hora del almuerzo, dijo:

—Ha sido un espejismo increíblemente real, ¿no creéis? Me pregunto cómo habrá sido proyectado.

—No tiene sentido preguntarse eso —le dijo Bruno—. ¿Cómo vamos a averiguarlo? Y, aunque lo averiguáramos, ¿de qué nos serviría?

—Conocer la verdad tiene su propio valor.

—No te comprendo.

Lia entró con el café justo en ese momento.

—El cangrejo ha vuelto —dijo—. O hay otro, no sabría decirlo.

Más cangrejos, o simulacros de ellos, fueron apareciendo durante el resto del día: once en total. Parecía, como dijo Clovis, que la técnica de producción de espejismos tenía sus limitaciones, ya que ninguno de ellos vio cómo se materializaban exactamente aquellos cangrejos: el recién llegado era «descubierto» bajo una cama o detrás de un conjunto de aparatos. Por otra parte, la calidad del espejismo era enorme, punto en el que todos se mostraron de acuerdo cuando Myri, al tirar el octavo cangrejo por el conducto residual, sintió un dolor y vio que el cangrejo le había pellizcado haciéndole una pequeña herida de la que manaban unas pocas gotas de sangre.

—Otro que se va —dijo Clovis—. Un proceso físico ilusorio que proviene de uno de nosotros. Están mejorando.

A la mañana siguiente había insectos. La sala de equipamiento principal resultó estar infestada con lo que, de nuevo gracias a Bruno, reconocieron como

cucarachas. Para la hora del almuerzo, las polillas y los escarabajos volaban por todas las salas principales y, al llegar la noche, hicieron su aparición las moscardas. Toda su atención se concentró en evitar a esas criaturas lo más posible. El día pasó sin que Clovis le pidiera a Myri que se fuera con él. Algo inaudito.

La tarde siguiente se planteó un nuevo problema cuando Lia anunció que en el jardín ya no había ni frutas ni verduras; ninguna, por lo menos, que ella pudiera identificar mediante sus sentidos. En este punto coincidieron los otros tres. Clovis expresó el sentir de todos cuando dijo:

—Si esto es un espejismo, es tan preocupante como la realidad, puesto que no ser capaz de encontrar frutas ni verduras es igual que no tenerlas.

Se comieron todos los víveres que tenían en la cena. Poco después de las dos de la mañana, Myri se despertó con la voz de Clovis, que decía a través del altavoz: «Atención todos. Suceso extraño. Reunión en la sala inmediatamente».

Aún no había llegado a la sala cuando percibió una nueva cualidad en el fondo del silencio al que estaba tan acostumbrada. Era un silencio más profundo, como si algún sonido en el umbral mismo de la audibilidad hubiera cesado. Sentía vibraciones desconocidas bajo sus pies.

Clovis se encontraba junto a la portilla, contemplando a través de ella con interés.

—Mira esto, Myri — dijo.

A una distancia imposible de calibrar, había aparecido un rectángulo de luz de aproximadamente un palmo de ancho y puede que de más del doble de alto. La calidad de la luz que emitía era tal que podía compararse con la que iluminaba el interior de la esfera. Parpadeaba intermitentemente.

—¿Qué es eso? — preguntó Myri.

—No lo sé, acaba de aparecer. —El suelo bajo sus pies tembló con violencia—. Eso fue lo que me despertó, una de esas sacudidas. ¡Ah, aquí estás, Bruno! ¿Qué crees que es?

Los grandes ojos de Bruno se abrieron aún más, pero no dijo nada. Lia llegó un momento después, y se unió al silencioso grupo junto a la portilla. Una nueva vibración sacudió la esfera. Algún recipiente se cayó al suelo en la cocina y se hizo añicos. Entonces, Myri dijo:

—Distingo algo que parece un tramo de escalera que baja desde el borde inferior de la luz. Tres o cuatro escalones, quizá más.

Apenas había terminado de hablar cuando una sombra apareció ante ellos, una sombra formada por el rectángulo de luz sobre una superficie que ninguno de

los ocupantes de la esfera pudo identificar. La sombra les pareció inmensa, pero pertenecía sin ninguna duda a una persona. Un momento más tarde, enmarcado por la luz, apareció el hombre y bajó las escaleras. Tras un segundo o dos, ya estaba claramente a pocos metros de la portilla, mirando hacia ellos, y las luces de la esfera iluminaban su mitad superior. Era un hombre de constitución fuerte que llevaba una chaqueta de uniforme gris y un casco de metal. Un objeto que parecía algún tipo de arma colgaba de su hombro. Mientras los observaba, dos figuras más, equipadas de modo similar, bajaron las escaleras y se unieron a él. Después de un breve intervalo, se desplazó hacia la derecha simulando caminar sobre una superficie plana, desapareciendo de su vista.

Ninguno de los cuatro habitantes habló o se movió, ni siquiera al escuchar cómo se descorrían pesados cerrojos en la sección de la pared exterior que estaba justo ante ellos, ni siquiera cuando esa sección entera giró hacia fuera como una puerta que se abre y los tres hombres entraron caminando en la esfera. Dos de ellos habían descolgado las armas de sus hombros.

Myri recordó una ocasión, hacía semanas, en que se había levantado después de inclinarse en la cocina y se había golpeado la cabeza violentamente con el pico inferior de la puerta de un armario que Lia había dejado abierta por un descuido. La sensación que ahora experimentaba era similar, excepto por el hecho de que no tenía ninguna sensación física en particular. Otro recuerdo, uno mucho más débil, atravesó lo más profundo de su mente: alguien había intentado explicarle en una ocasión la semejanza entre un determinado estado mental y la sensación corporal de incomodidad, y ella no lo había comprendido. El recuerdo se desvaneció rápidamente.

El hombre que habían visto primero dijo:

—Subíos las mangas.

Clovis lo miró con menos curiosidad de la que había demostrado cuando Myri se había unido a él en la portilla, pocos minutos antes.

—Eres un espejismo — dijo.

—No, no lo soy. Subíos las mangas: todos.

Los observó detenidamente mientras lo hacían, impacientándose por la lentitud con la que se movían. El otro hombre, que no llevaba el arma colgada, un hombre más joven, dijo:

—No seas duro con ellos, Allen. No sabemos lo que han sufrido.

—No pienso correr ningún riesgo — dijo Allen—. No después de lo de aquella muchedumbre en los árboles. Esto es por vuestro bien — continuó, dirigiéndose a los cuatro—. No os mováis. Está bien, Douglas.

El tercer hombre avanzó, sosteniendo lo que Myri identificó como una jeringuilla. La agarró con fuerza por el brazo desnudo y le puso una inyección. Inmediatamente, sus sensaciones cambiaron, en el sentido de que, aunque seguía sintiéndose incómoda, ni eso ni nada parecía importar.

Después de un rato, oyó que el hombre joven decía:

—Ya podéis bajaros las mangas. Os aseguro que no os pasará nada malo.

—Venid con nosotros —dijo Allen.

Myri y los demás siguieron a los tres hombres al exterior de la esfera, a través de un suelo áspero que podría haber sido de hormigón, y subieron las escaleras, recorriendo una distancia de diez metros aproximadamente. Entraron en un pasillo con luz artificial y después en una habitación iluminada por el sol. Había veinte o treinta personas en la sala, y algunos llevaban el uniforme gris. A intervalos, las paredes temblaban tal y como lo había hecho la esfera, pero al compás de explosiones lejanas. También se oía un débil grito de vez en cuando.

La voz de Allen se oyó bien alto:

—Vamos a intentar poner un poco de orden. Douglas, querrán que te encargues de la gente del tanque. Han sido condicionados para creer que son congénitamente acuáticos, así que lo mejor será que les pongas una inyección que los deje sin sentido. Holmes está drenando el tanque ahora mismo. Vete ya. James, tú vigila a este grupo hasta que averigüe algo más sobre ellos. Ojalá esos psicópatas aparecieran, estamos trabajando a ciegas. —Su voz sonó más lejana—. Sargento, saque a estos cinco de aquí.

—¿Adónde los llevo, señor?

—Me da igual adónde, pero fuera de aquí. Y vigílelos.

—A todos les han puesto inyecciones, señor.

—Lo sé, pero mírelos, ya no son humanos. Y no sirve de nada hablar con ellos, los han privado del lenguaje. Por eso han acabado así. Ahora sáquelos de aquí inmediatamente.

Myri miró lentamente al hombre joven que estaba de pie a su lado: James.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

James dudó.

—Me han ordenado que no les diga nada —dijo—. Se supone que tienen que esperar al equipo psicológico para que se los lleve y los trate.

—Por favor.

—Está bien. Supongo que esto no puede hacerles daño. Ustedes cuatro y varios

grupos más han sido el objeto de varios experimentos. Este edificio es parte de la Estación de Investigación de Bienestar Especial n.º 4. O, más bien, lo era. El gobierno que la creó ya no existe. Ha sido derrocado por el ejército revolucionario del que soy miembro. Hemos tenido que abrirnos camino hasta aquí a tiros, y la lucha continúa.

—Entonces... nunca estuvimos en el espacio.

—No.

—¿Por qué nos hicieron creer que lo estábamos?

—Todavía no lo sabemos.

—¿Y cómo lo hicieron?

—Una nueva forma de hipnosis a nivel profundo, parece, probablemente renovada a intervalos regulares. Además de varios equipos para producir espejismos. Todavía estamos trabajando en ello. Bueno, creo que por ahora son demasiadas preguntas. Lo mejor que puede hacer es sentarse y descansar.

—Gracias. ¿Qué es la hipnosis?

—Ah, por supuesto..., han eliminado ese conocimiento. Se lo explicarán más tarde.

—James, ven aquí y echa un vistazo, ¿quieres? —dijo la voz de Allen—. No le encuentro mucho sentido.

Myri siguió a James un trecho. Entre el clamor de las voces, algunas que hablaban lenguas que le resultaban desconocidas, otras que no hablaban ninguna lengua, oyó a James preguntar:

—¿Es este el expediente correcto? ¿Supresión del miedo?

—Debe de serlo —respondió Allen—. Esta es la última entrada: «Supresión de Bruno V y sustitución por Bruno VI realizada, junto con ajuste de la memoria de otros tres sujetos. Memo para el Centro de Preparación: evitar la repetición del tipo de personalidad de Bruno V, con un fuerte instinto de curiosidad». Había empezado a sospechar, ¿eh? Me pregunto qué hicieron con él.

—Están investigando el manicomio de enfrente. Puede que esté en ese lugar.

—Los Brunos I a IV, sin duda. Por ahora da igual. Sigamos. «Procedimientos: penúltima fase. Supresión de la confianza en uno mismo: ruptura de la comunicación, negación completa de un cambio futuro, inculcación del síndrome de “naturaleza única”, entorno que demuestra ser quebrantable, crisis incognoscible en perspectiva (privación de la comida).» Puedo comprender la última parte. Aunque no parece que estén muertos de hambre.

–Puede que acabaran de empezar con eso.

–Les daremos de comer enseguida. Bueno, todo esto me sigue dejando alucinado, James. «Reacciones. Cambios mínimos. Pobre respuesta. Empobrecimiento acelerado de la vida emocional y de su vocabulario: comparar la porción de la novela escrita por Myri VII con las contribuciones de las predecesoras. Prognosis: mayor deterioro afectivo y apatía catatonica. Fracaso del experimento». Al menos eso es un consuelo. Pero ¿qué tiene esto que ver con la supresión del miedo?

De repente dejaron de hablar y Myri siguió la dirección de sus miradas. Una puerta se había abierto y el hombre llamado Douglas estaba supervisando la entrada de varias personas, cada una cargando o transportando una forma humana envuelta en una manta.

–Este debe de ser el grupo de tanque –dijo Allen, o James.

Myri observó mientras colocaban a los de las mantas lo más delicadamente posible sobre bancos o en el suelo. Uno de ellos, sin embargo, permaneció completamente envuelto en su manta y nadie le prestó atención.

–¿Muerto?

–*Shock*, me temo. –La voz de Douglas temblaba—. No hemos podido hacer nada. Quizá no deberíamos haber...

Myri se inclinó y levantó el extremo de la manta. Lo que vio era más extraño que nada que hubiera experimentado en la esfera.

–¿Qué le ha pasado? –le preguntó a James.

–¿Que qué le ha pasado? Se puede morir de un *shock*, ya sabe.

–¿Se puede qué?

Myri, al mirar a James, se percató de que su rostro se había distorsionado por una mezcla de expresiones. Una de ellas era la comprensión: todas las demás dolía verlas. Eran representaciones de lo que ella misma estaba sintiendo. Su visión se oscureció y salió corriendo de la sala, volvió sobre sus pasos, bajó las escaleras y caminó hasta la esfera.

James no estaba familiarizado con la disposición de las habitaciones y no la encontró hasta que ella ya había cogido el manuscrito de la novela, lo había abrazado contra su pecho y se había derrumbado sobre la cama, con los brazos cruzados abrazándose las rodillas con fuerza y la cabeza baja, como había estado antes de su nacimiento, un suceso del que ella no sabía nada.

Seguía en la misma posición cuando, unos días más tarde, alguien se sentó pesadamente a su lado.

– Myri. Seguro que conoces a esta persona. Abre los ojos, Myri. Sal de ahí.

Después de haber escuchado esto, con el mismo tono amable, unos cientos de veces, Myri abrió los ojos un poco. Estaba en una sala larga de techos altos, y cerca de ella había un hombre gordo de piel pálida.

Le recordó a algo que tenía que ver con el espacio y con pensar. Apretó los ojos con fuerza.

– Myri. Sé que me recuerdas. Vuelve a abrir los ojos.

Los mantuvo cerrados mientras él continuó hablando.

– Abre los ojos. Ponte derecha.

Ella no se movió.

– Ponte derecha, Myri. Te quiero.

Lentamente, bajó los pies de la cama y levantó la cabeza.



EL CLARETE DE 2003

—¿Cuánto queda? —preguntó el director por décima vez. Comparé el cronómetro del laboratorio principal con el dial del TIOPEPE (Transmisor Integrador Ordinal, Propulsor Electrónico y Predictor Especial).

—Debería estar tomándose la píldora-trance en unos segundos, señor —dije—. Después solo hay que esperar los dos minutos que tarda en hacer efecto y podremos traerlo de vuelta.

—¿Y si no se tomara la píldora?

—Estoy seguro de que, incluso plenamente consciente, sobreviviría al cambio temporal, señor. Es instantáneo, al fin y al cabo.

—Lo sé, pero que te traigan de vuelta de golpe de dentro de cincuenta años no puede hacerle a tu mente ningún bien, ¿no? Sencillamente no sabemos a qué nos enfrentamos, Baker. Ojalá esos malditos políticos nos hubieran dejado ir más despacio en este proyecto. Pero no, no podía haber ningún retraso. Corríamos el riesgo de que los rusos desarrollasen el viaje en el tiempo antes que los poderes atlánticos, así que despachamos a Simpson al año 2010 y, si lo perdemos o se vuelve loco de atar, es culpa nuestra. —El director se sentó de mal humor sobre un banco de trabajo—. ¿Y si se agarra una moña?

—Él nunca haría algo así, señor. Simpson pertenece a los Caballeros de Burdeos. Nunca se emborrachan. Es uno de los requisitos para ser admitido en esa sociedad.

—Eso creo, sí. —El director se animó un poco—. Probablemente tendrá mucho que contarnos, con un poco de suerte. Los productores del Duero dicen que el año pasado fue el mejor desde 1945, ¿sabe, Baker? Figúrese cómo será donde está Simpson. Solo una copa...

—¿Le pidió expresamente a Simpson que tomara muestras de los vinos de 2010?

El director tosió.

—Bueno, solo se lo sugerí. Al fin y al cabo, parte del propósito inicial de la misión era informar sobre las condiciones sociales, además de la situación política. Y los hábitos de consumo de alcohol son una medida bastante buena del estado de una sociedad, ¿no? Averigua cómo trata la gente su oporto y habrás averiguado muchísimo sobre qué tipo de gente es.

—Algo hay de cierto en eso, señor.

Yo mismo soy un hombre de cerveza, lo que me convirtió en cierto modo en el raro del grupo. Solo cuatro de nosotros estábamos aquella noche en el laboratorio —a los VIP y a los chicos de prensa los habían metido en la sala de conferencias, gracias al cielo— y los otros tres eran bebedores de vino, del tipo que fuera. El director, como habrán deducido, era un fanático del oporto; Rabaiotti, el más veterano de mis ayudantes, pertenecía a una gran familia de Chianti; y Schneider, el médico, había escrito un libro sobre el vino blanco del Rin. Según se decía, Simpson se estaba convirtiendo en todo un entendido en clarete, aunque en determinadas ocasiones yo me había preguntado si la elección de este *hobby* en concreto no tendría algo que ver con alguna maniobra estratégica suya para lograr un ascenso. En cualquier caso, yo me consideraba afortunado por haber conseguido el puesto de ingeniero del tiempo jefe, habiendo tenido que competir con un experto en la materia llamado Gilbey —resultó que no había ningún parentesco, pero el director no podía haberlo sabido en ese momento—^[4] que contaba por dos, pues además de ser un aficionado al vino de Madeira era también un rey de la electrónica.

—El receptor está sintonizado, doctor Baker.

—Gracias, doctor Rabaiotti. ¿Le gustaría accionar el interruptor de rellamada, señor?

—Oh, eso es muy amable de su parte, Baker. —El director temblaba de emoción—. Es este de aquí, ¿verdad? —Su mano rozó el disparador de un transmisor que habría enviado a Simpson de vuelta a la época del ascenso al trono de Victoria. Puede que ese gesto no fuese tan inocente como parecía: el director con frecuencia se ponía melancólico al pensar en cómo habría sabido todo antes de la *Phylloxera*.

—No. Este, señor. Presiónelo con delicadeza.

Tras el sonido de un clic, la figura de Simpson —más o menos alta, más o menos fuerte, más o menos calva— apareció instantáneamente en el receptor. Todos proferimos un grito de triunfo y de alivio. Rabaiotti cortó la corriente. Schneider casi se abalanzó sobre el recién llegado. La tensión se palpaba en el ambiente.

—Daría una caja de Dow de 1919 por verlo consciente y en sus cabales —musitó el director a mi lado.

—¡Por ahora todo está en orden! —gritó Schneider—. Le he puesto una inyección que lo reanimará en un par de minutos.

Nos encendimos unos cigarrillos.

—Una lástima que las normas no le permitieran traer nada de su viaje —dijo el director—. Imagínense un 1970 de cuarenta años a punto para degustarse. Pero supongo que de todos modos sería demasiado caro. La próxima vez debemos

encontrar otra forma de solucionar el problema de la moneda. Era arriesgado darle más oro puro para empeñar. Y la suma a la que estamos limitados es demasiado pequeña, para no despertar sospechas. En fin, espero que al menos se haya podido permitir unas cuantas copas. ¡Ojalá ese champán sea bueno!

—Yo mismo lo puse en el retardante de movimiento molecular, en el nivel tres. Ya debe de estar bien fresquito.

—¡Espléndido! Quiero que nuestro muchacho eche un trago de algo decente que lo anime antes de enfrentarse a todas esas cámaras y entrevistas. Yo habría preferido un oporto seco, o incluso un Bittall, pero sé que la ocasión lo requiere, por supuesto. He traído un Lambert de 1952. Yo no entiendo de champán, pero el director de proyectiles lunares me ha dado su palabra de que es excelente.

—¡Ya está volviendo en sí! —gritó Schneider. Y todos nos acercamos.

Mientras Simpson parpadeaba, se incorporaba y bostezaba, no se escuchó una sola palabra. Su expresión era absolutamente impasible. Muy lentamente, se rascó la oreja. Daba la impresión de tener una horrible resaca.

—¿Y bien? —preguntó el director con impaciencia—. ¿Qué ha visto?

—Todo. Por lo menos, lo suficiente.

—¿Ha habido una guerra? ¿Va a haber una guerra?

—No. Rusia se anexionó a la Unión de Aduanas Occidentales en 1993; China poco después del 2000. La RAF será disuelta en unos pocos meses.

Querían saber todos los detalles: si se habían avistado platillos volantes, qué había sido de la familia real, los avances de la ciencia y el arte, si se efectuaban viajes interplanetarios, cómo eran las condiciones climáticas en Rheingau... Simpson no parecía escucharles. Permanecía sentado con la misma mirada vacía en su rostro, negando cansinamente con la cabeza.

—¿Qué pasa? —le pregunté finalmente—. ¿Qué ha ido mal?

Después de un momento, dijo con un tono carente de emoción:

—Habría sido mejor que hubiera habido una guerra. Sí. Mucho mejor.

—¿Qué demonios quiere decir?

Simpson suspiró profundamente. Después, vacilante, contó la siguiente historia ante una audiencia silenciosa que había olvidado por completo su botella de champán.

El aterrizaje fue un éxito. Habíamos escogido el área de Hyde Park, con un rango de error de casi ochocientos cincuenta metros cuadrados, para evitar que Simpson se materializara dentro de un muro o a medias sobre un peatón. Nadie

lo vio llegar. Cambió su oro por moneda en curso sin dificultad alguna, y pocos minutos después estaba caminando resueltamente hacia Piccadilly, mirando los escaparates, estudiando los atuendos y los comportamientos, comprando periódicos y revistas, y escribiendo sin parar en su cuaderno de notas. Mantuvo varias conversaciones bastante fructíferas, presentándose a los demás como oriundo de Sidney, tal y como habíamos acordado previamente. Esto provocó la compasión de muchos de sus interlocutores, puesto que Inglaterra acababa de vencer a Australia en el Lords^[5] por una entrada y cuatrocientas once carreras. Sí, hasta ese momento todo transcurría con normalidad.

Hacia las seis y media había concluido su informe político y la mayor parte de su informe social, y entonces sus pensamientos empezaron a girar alrededor de la bebida: al fin y al cabo, era un deber de lo más agradable. Mientras se acercaba a Shaftesbury Avenue comenzó a fijarse en los anuncios de bebidas. Los de cerveza tenían mucho en común con los de 1960, pero quedaban eclipsados por la enorme cantidad de aquellos que, de un modo u otro, incitaban al consumo del vino, MOUTON ROTHSCHILD PARA POTENCIA, CRIANZA Y ESPLENDOR, decía uno. PIDA OESTRICHER PFAFFENBERG: EL VINO BLANCO DEL RIN CON EL ACABADO PERFECTO, recomendaba otro, ¡DIOS MÍO, MI FURMINT ST. GYOERGHYHEGYI!, vociferaba un tercero. Bueno, una investigación sobre el terreno sin duda aclararía a qué se debía esa proliferación de publicidad de distintas marcas de vino. Simpson se deslizó con discreción al interior de un establecimiento claramente dedicado a la bebida.

El local era sorprendente. O bien alguien había montado ese lugar con los objetos decorativos y los muebles procedentes del botín del saqueo de un café de provincias francés, o bien alguien se había tomado el trabajo de imitarlo hasta en sus más mínimos detalles. Los hombres elegantemente vestidos de colores oscuros que estaban sentados a las mesas, con copas y botellas de vino frente a ellos, hablaban bajo, mientras los camareros con pulcros delantales se movían de un lado a otro sigilosamente. Uno de ellos estaba decantando un vino tinto de una botella cubierta por una gruesa capa de polvo y telas de araña, y los bebedores que lo rodeaban lo observaban con una mirada crítica. Simpson se arrastró lentamente hasta un asiento en una parte de la sala menos concurrida.

Un camarero se le acercó.

— ¿Puedo servirle alguna cosa, *monsieur*?

Es hora de aclarar que Simpson no era tan entusiasta del clarete como el director pensaba. Sí, le gustaba el clarete, pero también le gustaban otros vinos franceses y alemanes, italianos, ibéricos, balcánicos y fortificados, y los alcoholes fuertes y los licores, los *apéritifs*, los cócteles, las cervezas de barril, las embotelladas y las *stout*, y las sidras y las peradas; y hasta el Fernet Branca. (Había algunas bebidas

que nunca había probado —*arak, kava, Gumpoldskirchner Rotgipfler*, alcoholes desnaturalizados—, pero el número de estas se iba reduciendo cada vez más). En cualquier caso, como se sentía deshidratado tras su largo paseo por las calles, pidió sin pensar una pinta de *bitter*.

—Disculpe, *monsieur*, no le comprendo. ¿Qué es *bitter*?

—Cerveza *bitter, ale*, ya sabe. ¿No tienen?

—¿Cerveza, *monsieur*? —La voz del camarero se elevó con desdén—. ¿Cerveza? Me temo que está usted en el sitio equivocado.

Varios hombres se volvieron hacia él, dándose codazos los unos a los otros y mirándolo de tal manera que acabó por sonrojarse y decir:

—Bueno... entonces... una copa de vino.

—Francia, Alemania, Luxemburgo, Austria...

Simpson hizo su elección:

—Un clarete, por favor. Por ejemplo... un buen St. Emilion.

—Chateau Le Couvent, Chateau Puyblanquet, Chateau Bellefore Beider, Chateau Grand Corbin d'Espagne...

—Ah... Le dejo decidirlo a usted.

—*Bien, monsieur*. ¿Y el año? ¿Lo decido también yo?

—Si no le importa...

El camarero desapareció. Consciente de que todas las miradas estaban posadas sobre él, Simpson trató de hundirse en su asiento. Antes de haber podido siquiera recobrar la calma, un hombre de mediana edad que estaba sentado en una mesa al lado de la suya se acercó y se sentó junto a él.

—Bueno, ¿quién eres? —dijo el hombre sin preámbulo alguno.

—Soy un... un turista. De Sidney.

—En estos tiempos eso no es excusa para no conocer tus vinos, amigo. Algunos Rubicon y Malbec son tan firmes y contundentes como cualquier otro, a excepción de los mejores borgoñas. Este año, durante mis vacaciones, encontré un Barossa Riesling casi tan provocador como un Kreuznacher Steinweg. ¿Conoces bien los Barossa, amigo?

—No, me temo que no.

—Eso me pareció. Si los hubieras probado, no te habrías atrevido a entrar aquí pidiendo una cerveza a voz en grito. Tío, deberías avergonzarte de ti mismo, te lo digo en serio.

– Lo lamento muchísimo.

– Más te vale. Yo soy un tipo honesto y trabajador, ¿sabes? Soy un PIRD.

– ¿Un PIRD?

– Poseo una Patente de Instalación de Reactor Doméstico. ¿No los usáis por ahí abajo? Ahora, escúchame. Cuando vengo aquí para pasar un rato con mis colegas y descorchar una o dos botellas después de mi dura jornada laboral, no me apetece encontrarme con ningún ricachón pidiendo cerveza a voces. Me amarga el paladar, y esto resulta especialmente irritante si, como es el caso, estamos a punto de descorchar un Gevrey Chambertin o un Chambolle Musigny o alguna otra exquisitez de este tipo. Es psicossomático, por así decirlo. La simple idea de una pinta de cerveza es suficiente para interrumpir la degustación de los matices más sutiles, ¿me entiendes?

– Lo siento – repitió Simpson –. No me había dado cuenta. Pero dígame: ¿no comen nada para acompañar esos vinos?

– ¿Cómo? ¿Y arruinar la sensibilidad de las papilas gustativas con grasa, salsas y demás porquerías? ¡No sé cómo tienes el valor de mencionar la comida en un sitio como este! Aquí somos enófilos, para que lo sepas, no una manada de cerdos. Mira, aquí llega tu clarete. – El desconocido levantó la copa hacia la luz y luego la olfateó delicadamente –. Bien, ahora veamos qué tienes que decir de esto. Ya puedes empezar.

Simpson bebió. Era el vino más maravilloso que hubiera probado nunca, con un regusto extraño que parecía filtrarse hacia arriba e inundar sus centros olfativos. Suspiró profundamente.

– Soberbio – dijo al final.

– Vamos, vamos. Queremos más que eso: puedes hacerlo mucho mejor. Una pizca de simbolismo, de estilo, una referencia al arte..., ese tipo de cosas.

– Es... No sé... Es la riqueza del verano, toda la gloria del... del amor y la poesía lírica, un modo de vida plena, profunda y... una magnífica sucesión de...

– ¡Puaj, me están dando arcadas! – dijo el hombre con violencia –. Esto es un Chateau La Bouygue de 2003, de uva recolectada antes de la *Phylloxera*, por supuesto. Eso sí, ligero y libre, no rico en asociación, pero con completa garantía de su honestidad; instrumental, mientras que los de 2001 son sinfónicos; la delicadeza de un Braque más que la audacia de un Matisse. ¿Eso es lo máximo a lo que puedes aspirar? ¿Amor y poesía lírica, de verdad? Nunca en mi vida he escuchado una bazofia semejante. No tienes el nivel suficiente para venir aquí, amigo. Mejor será que te vayas a uno de esos *pubs* con tus compañeros de clase alta: ese es tu sitio.

Simpson tiró unas monedas sobre la mesa y salió corriendo mientras una ráfaga de risas desabridas resonaba en sus oídos. Tenía ganas de pasarse las dos horas de 2010 que todavía le quedaban deambulando por la ciudad, pero una curiosidad persistente lo incitaba a buscar un *pub*.

El lugar al que finalmente se dirigió se encontraba en la esquina de una calle estrecha en el límite del Soho. Se trataba de un edificio de ladrillo rojo que parecía un colegio de primaria en miniatura o un banco de las afueras. Cuando ya estaba bastante cerca del local, un grupo de gente que charlaba en voz alta en lo que Simpson identificó como una versión del estilo de la clase alta de su época se bajó de un autobús que estaba aparcado justo enfrente. Fue arrastrado por la multitud hasta la puerta principal del *pub*, por lo que no tuvo tiempo de pararse a pensar en el significado del cartel que había encima de la entrada, pintado a mano con lo que parecía una falta de elegancia deliberada, y que decía lo siguiente: LA CHUSMA DESTROZADA POR LA BIRRA Y EL PAPEO.

Le empujaron hasta una sala grande, poco iluminada y atestada de gente. Un largo mostrador en forma de zigzag recorría el local de un extremo a otro. Se había diseñado, sin duda, para aprovechar el espacio al máximo, acoplándole el mayor número posible de los altos taburetes que abarrotaban el local. Sobre la superficie de plástico rojo de la barra se podía ver lo que obviamente eran una especie de máquinas expendedoras de sándwiches. Simpson decidió mezclarse con un grupo de personas, la mitad en un corro, la otra mitad haciendo cola, que se apiñaban alrededor de la entrada. Se percató de que la mayoría de los taburetes estaban ocupados por hombres y mujeres que bebían cerveza o algo que parecía cerveza en pintas de cristal mientras comían bocadillos o sándwiches. La gente que lo rodeaba conversaba a gritos.

—Querido, absolutamente nadie va al Crown ya. A Simon y a mí nos sirvieron patatas fritas recién hechas la última vez que estuvimos allí.

—No me sorprende. A nosotros nos pusieron una mostaza que no llevaba abierta ni un día.

—La birra es de primera en el George, y el papeo..., ¡el pedazo de jamón más verde que hayas visto en tu vida! Un fiestón de los buenos. Me estoy moviendo para que el secretario de la Chusma los ponga por las nubes en el siguiente número de *La Gaceta del Pedo*.

—¿Ha reservado taburetes, señor?

—¿Perdón?

—Lo siento, tío. ¿Has reservado, tío?

—No, me temo que no. ¿Puedo ver al responsable?

– Ahora le digo que venga, tío.

– ¿Y si pensamos en qué vamos a pedir? ¿Cebollitas en vinagre para empezar? ¿Con un vaso de *mild ale*?

– Para mí frutos secos. Cóctel salado.

– Vale. Entonces tres de cebollitas en vinagre y una de frutos secos. Y de segundo os recomiendo los bocadillos de queso. Aquí me conocen y siempre me sirven los que tienen por lo menos tres días, con su pan bien duro.

Después de un rato, Simpson consiguió un taburete y le pidió una pinta de *bitter* a la mugrienta camarera.

– Claro, tesoro. Acaban de traer un barril nuevo.

– Oh, entonces mejor me tomo una *mild ale*.

– Faltaría más, tesoro, si lo prefieres. Cada uno tiene sus gustos. ¿Y para papear qué te sirvo, tesoro?

– Oh, eh... Nada de comer, gracias.

– Si me lo permites, tesoro, con todos los respetos, si no vas a papear quizá sea mejor que vayas adonde los vinos. Aquí tenemos un nivel, tesoro.

– Lo siento muchísimo. ¿Qué... *papeo* me recomienda?

– Nuestros pepinillos tienen fama de estar bastante amargos, tesoro. Aquí no se sirve nada que no tenga por lo menos dos días.

– Suena bien. Póngame unos pepinillos, por favor.

– Muy bien, tesoro. Aderezados con ceniza de cigarrillo, por supuesto.

La cerveza llegó: no podía ser más asquerosa. Los pepinillos llegaron. Simpson no quiso ni mirarlos. Observaba y escuchaba aturdido a la gente que lo rodeaba. Un grupo de cuatro personas que se encontraban justo a su lado parecía estar representando una especie de ritual. Las dos parejas levantaron sus pintas al unísono, entonaron la palabra «Salud» de un modo litúrgico, vertieron unas cuantas gotas de cerveza en la parte delantera de sus grasientos jerséis y se bebieron sus vasos de un solo trago. Después, todos eructaron sonoramente, se limpiaron las bocas con los dorsos de las manos, dejaron de un golpe los vasos vacíos sobre el mostrador, y hablaron por turnos.

– Una birra estupenda.

– La primera de hoy.

– ¡Menuda falta me hacía!

– Te deja como nuevo.

- Nada como una buena pinta.
- Muy nutritiva.
- Te reactiva.
- ¡Esto sí que es una bebida de verdad!

Llegados a este punto, los cuatro pidieron una segunda ronda a gritos, e inmediatamente les sirvieron bebidas y platitos con sándwiches. El pan estaba curvado hacia arriba en las esquinas y dejaba ver tiras púrpuras de carne llenas de nervios. Uno de los hombres comprobó su textura e hizo un gesto de aprobación con la cabeza. «Ya te dije que este sitio era de categoría», le decía su amigo. Después el grupo se dedicó a lo que claramente era la *pièce de résistance*, dando bocados a los sándwiches y tomando tragos de cerveza alternativamente, masticando la papilla resultante con más de un eructo de satisfacción. Simpson se cogió la cabeza con las manos. La charla continuó.

– ¿Cómo son las peleas aquí?

– ¡Oh, estupendas! El gerente de la tasca las pone en marcha a las diez y media en punto, justo afuera, en la esquina. Me han soplado que esta noche van a dejar que se usen botellas rotas durante los últimos cinco minutos. La policía ya estará por aquí para entonces. Son fanáticos de este sitio.

– En el Feathers empiezan a las diez y cuarto, pero dentro del bar. No sé si eso me acaba de convencer.

– No. Al fin y al cabo, solo es un detalle final de la noche.

– Totalmente de acuerdo. No hay que darle tanta importancia.

– Definitivamente. Ponerse pedo es el objetivo de la noche.

– Eso mismo. Por cierto, ¿quién es el tipo que está a tu lado?

– Ni idea. Parece de vino, si quieres mi opinión.

– No ha tocado sus pepinillos. Rechazó la *bitter* fresca. No debería estar aquí.

– No puedo estar más de acuerdo. ¡Puf, mira qué ropa lleva!

– Me pregunto cuánto hará que no duerme con ella puesta.

– Si es que alguna vez lo ha hecho...

– Asqueroso.

– ¿Y qué te sirvo ahora, tesoro?

Esto último lo dijo la camarera. Simpson levantó la cabeza y dio un largo grito de furia, desconcierto, horror y protesta. Después salió corriendo de la sala y no paró de correr hasta que llegó de vuelta al punto donde el TIOPEPE tenía que

recogerlo. Con dedos temblorosos, se metió la píldora-trance en la boca.

El director rompió el silencio que siguió al final de la historia de Simpson.

—Bueno, en cualquier caso, para eso queda aún mucho tiempo —dijo, intentando mostrarse jovial.

—¿En serio? —gritó Simpson—. ¿Cree que a ese tipo de situación se llega en un par de semanas? Ya está pasando. El esnobismo del vino se está extendiendo cada vez más: la gente bebe vino porque cree que le otorga cierta categoría. Como la gente «equivocada», sin clase alguna, está empezando a beber vino, los *pubs* y la cerveza comienzan a considerarse, en cierto modo, una forma de distinguirse del vulgo. No falta mucho tiempo para que nos encontremos en una situación como esa. Espere y verá.

—Bueno, Simpson, está cansado y alterado. Una copa de champán hará que vea las cosas bajo otra luz.

—Escabúllase conmigo después —murmuré—. Daremos buena cuenta de unas cervezas en la ciudad.

Simpson dio un largo grito, probablemente muy similar al que soltó al final de su visita al año 2010. Poniéndose de pie de un salto, bajó corriendo al laboratorio donde Schneider guardaba los medicamentos.

—¿Qué le pasa? —El director resopló y nosotros salimos corriendo tras él—. ¿No irá a envenenarse?

—No ahora mismo, señor, supongo.

—¿Qué quiere decir, Baker?

—¡Mire qué botella ha cogido, señor! ¿No ve lo que es?

—Pero... ¡no me lo puedo creer! Es de verdad...

—Sí, señor. Alcohol sanitario.



LOS AMIGOS DEL MORAPIO

El éxito (técnico) del viaje de Simpson al año 2010 animó a las autoridades a patrocinar experimentos similares para una gran cantidad de objetivos temporales de lo más heterogéneos. Estas investigaciones nos proporcionaron algunos datos curiosos y a veces alarmantes sobre el futuro. Y con esto me refiero más a los progresos en el campo de la bebida que a asuntos de naturaleza política.

Por ejemplo, permítanme que aproveche esta oportunidad para animar a todos los jóvenes amantes de la cerveza de barril que tengan una esperanza de vida alta a que beban la mayor cantidad posible de esta mientras puedan, porque van a dejar de fabricarla en 2016. Además, hace solo seis meses, Simpson descubrió que, en el mundo de 2045, casi un tercio de las muertes se deberá a enfermedades causadas por el abuso de bebidas alcohólicas, una cifra que está cerca de alcanzar el número de decesos producidos por accidentes en medios de transporte y por suicidio juntos. A partir de 2039, se dictó una ley a nivel mundial que obligaba a las empresas a especificar estos datos en cualquier tipo de publicidad o en las etiquetas de los vinos y los licores, libres ya de todos los elementos constitutivos que provocan resaca —un triunfo de la bioquimitecnología que llevaba a punto de conseguirse más o menos desde que yo me tomé mis primeras pintas de cerveza—.

En cualquier caso, debido a un venturoso incidente que provocó el repentino interés de las autoridades en el resultado de las elecciones presidenciales del año 2048 en Estados Unidos, Simpson viajó hasta ese año y nos trajo noticias no solo de la inminente instalación en la Casa Negra del afortunado candidato rosacruciano, sino también de los procesos abiertos para la rigurosa ilegalización del alcohol y de todo lo relativo a ellos. Simpson se consideraba afortunado por haber podido escapar ileso del bar del Club de Viajeros, tras una sutil alusión a dicho asunto en la conversación.

La exploración del futuro más lejano se vio obligada a detenerse durante una época debido a un fallo persistente en el TIOPEPE, a causa del cual los circuitos de proyección se desconectaban aproximadamente 83,63 años por delante del tiempo presente. Hasta que, un día de 1974, un inspirado acierto de Rabaiotti puso fin a esta situación, y en menos de una semana Simpson estaba de camino a 2145. Mientras duraban estos viajes, todos permanecíamos en el laboratorio hasta que regresaba para comprobar que lo hacía sano y salvo. Esta vez, después de que Schneider le pusiera las inyecciones de costumbre para relajarlo, Simpson

nos contó las malas noticias. Ciertos vuelos espías a las lunas de Saturno habían provocado una disputa entre Gales y Marte – las dos principales potencias en los Planetas Interiores en esa época – que desencadenó una guerra nuclear de catastróficas consecuencias para todo el sistema en 2101. La mitad de Venus y áreas de la Tierra del tamaño de Europa habían sido literalmente eliminadas.

Rabaiotti fue el primero en hablar cuando Simpson terminó su discurso.

– En cualquier caso, todo eso sucederá dentro de tanto tiempo que ni siquiera sus consecuencias más lejanas afectarán a la mayoría de nuestros bisnietos – dijo.

– Eso es cierto. Pero vaya panorama.

– Lo sé – dije.

– Bueno, no tiene sentido amargarse por eso ahora, Baker – añadió el director –. No hay nada que podamos hacer al respecto. Disponemos de media hora antes de que dé comienzo la conferencia oficial. Cuéntenos qué ha pasado con la bebida.

Simpson se frotó la calva y suspiró. Me percaté de que tenía los ojos inyectados en sangre, pero lo cierto es que casi siempre los tenía así después de esos viajes. Un arqueólogo muy conciencizado, el viejo Simpson.

– No les va a gustar.

No nos gustó.

El aterrizaje de Simpson en 2145 había sido un éxito relativo, a pesar de que nuestra última creación, la TIAMARIA (Transmisor Integrado y Asesor Meteorológico-Astronómico-Regional Interrelacional de Análisis), había cometido un error inexplicable en las estimaciones previas de la distancia a tierra. Esto provocó que se materializara a tres metros y medio de altura y sufriera una desagradable caída – sobre un parterre, ni él mismo se creía su suerte – que lo dejó seriamente conmocionado. Lo que sucedió después lo dejó aún más conmocionado.

La reconstrucción que había sufrido aquel mundo tras la guerra nuclear había sido tal que el lugar en el que se encontró le resultaba más familiar que cualquier otro que hubiera visitado en anteriores viajes, incluso los de menor rango temporal. No encontró problema alguno en completar su informe oficial, por inquietante que fuera, y aún le quedaban un par de horas libres antes de que el campo del TIOPEPE lo arrastrara de vuelta al presente. Así que eligió un restaurante al alcance de sus posibilidades – las cámaras de la TIAMARIA, además de nuestros falsificadores del Tesoro Temporal, resolvían el problema de la moneda de forma eficaz –, donde por suerte encontró una mesa libre, y pidió una copa antes de cenar.

—Por supuesto, señor —dijo el camarero—. Le recomiendo especialmente la leche de manatí marciano. Y también hemos recibido hoy un zumo de limón carnívoro japetano, si le apetece probar algo poco común. Muy, hmmm, rico en sangre, señor.

Simpson tragó.

—No me cabe duda —dijo—, pero estaba pensando en algo, ya sabe, algo más fuerte.

El camarero cambió abruptamente de actitud.

—Oh, se refiere a un trago, ¿no es así? —dijo con frialdad—. A veces, francamente, me pregunto adónde irá a parar esta ciudad... Está bien, veré lo que puedo hacer.

El «trago» llegó en forma de botes achaparrados colocados como rodajas idénticas de un bizcocho redondo sobre una bandeja de metal. El que estaba más cerca tenía la palabra BIRA burdamente impresa. Simpson echó en un vaso un poco del líquido marrón lodoso que contenía. Sabía como si hubieran regado con un poco de alcohol industrial los ponches hawaianos de la semana anterior. A continuación probó el bote con la palabra BOOJLE. (Todos convinimos después en que debía de tratarse de una alteración de «Beaujolais»). De nuevo tinta roja regada con una buena cantidad de alcohol industrial. Para terminar, se sirvió un poco de BANDY: alcohol industrial regado con un poco de té helado.

Cuando empezaba a plantearse si por algún extraño capricho el TIOPEPE lo habría enviado hasta un rincón solitario de la década de los sesenta, Simpson se percató de que había un hombre en la mesa de al lado que no le había quitado el ojo de encima. Sus miradas se encontraron, el desconocido se acercó y, con una palabra de disculpa, se sentó frente a él. (A Simpson le gustaba hacer énfasis en la extraordinaria frecuencia con la que la gente del futuro hacía ese tipo de cosas).

—Discúlpeme —dijo el hombre educadamente—, pero por su expresión deduzco que es usted un *conoser*... ¿Tengo razón? Ah, me llamo Piotr Davies, por cierto, y estoy de permiso de las Fruterías Groenlandia. Usted no vive en la Tierra, ¿me equivoco?

—¡Oh, no! Acabo de llegar de Mercurio. Mi primer viaje desde que era un chaval, de hecho. —Simpson advirtió que una espesa red de venas reventadas cubría la cara de Piotr Davies, y que su nariz tenía el brote más grave de rosácea que Simpson hubiese visto en su vida. (Evitó mirar al director al contar este último detalle)—. Sí —continuó a duras penas tras decirle su nombre—, soy una especie de *connoiss*... *conoser*, supongo. Intento discriminar un poco en mi...

—Ahí le ha dado —dijo con entusiasmo Piotr Davies—. Discriminación. Eso es, esa es la palabra. Sabía que no me equivocaba con respecto a usted. Discriminación. Y tradición. Bueno, no encontrará mucho de ninguna de las dos cosas en la Tierra en nuestros días, me temo. Ni en Mercurio, por lo que veo.

—No..., no. Le aseguro que así es.

—Corren malos tiempos para nosotros, los *conosers*. La Guerra Planetaria, por supuesto. Y la Consecuencia. —Davies hizo una pausa durante la cual parecía estar evaluando de nuevo a Simpson. Después preguntó—: Dígame, ¿tiene planes para esta noche? ¿Tiene algo que hacer ahora mismo?

—Bueno, tengo una cita a la que no puedo faltar en poco menos de dos horas, pero hasta entonces...

—Perfecto. Vamos.

—Pero ¿qué hay de mi cena?

—No querrá comer nada cuando conozca el lugar al que voy a llevarle.

—Pero ¿dónde me...?

—A un sitio hecho a medida para un *conoser* como usted. ¡Qué suerte ha tenido de tropezarse conmigo! Se lo explicaré por el camino.

Ya en la calle, se subieron a una especie de taxi sin ruedas y se adentraron en lo que parecía un barrio próspero. Las explicaciones de Davies eran abundantes y completas. Simpson aprovechó todo lo que pudo su supuesta condición de persona ausente del meollo de las cosas durante mucho tiempo. Resultó que la Guerra Planetaria había destruido por completo todas las grandes destilerías centralizadas y completamente automáticas de licores fuertes; que la guerra bacteriológica había acabado con muchos cultivos, incluidos las vides, la cebada, el lúpulo y hasta el azúcar; que los movimientos religiosos fanáticos de la Consecuencia, muchos de ellos con apoyo del Gobierno, habían ilegalizado el alcohol durante casi veinte años. Simpson sintió un escalofrío al escuchar esas nefastas noticias.

—Y, cuando la gente entró en razón —dijo Davies con tristeza—, ya era demasiado tarde. El conocimiento había muerto. Ay, no se puede olvidar un proceso como la destilación. Es demasiado fundamental. Ni tampoco la fermentación. Pero los procesos especiales, los ingredientes extra, las habilidades, la tradición... Muertos para siempre. *Whisky*... ¡Qué palabra tan rica, tan evocadora! ¿A qué sabría? Lo poco que hay en la literatura que queda nos da una idea muy pobre. Dosel... Estamos bastante seguros de que debía de ser un vino blanco de Alemania, más o menos de la zona donde ahora se encuentra el Gran Cráter. Lo único que sabemos de la ginebra es que era licor sazonado con

enebro. Ahora tampoco hay enebro, por supuesto.

»Así que, por un motivo u otro, la bebida desapareció. La bebida real, refinada, quiero decir... No hablo de esa cosa que intentan hacer pasar por bebida en un sitio como el de antes. Yo mismo y unos amigos que piensan como yo intentamos recopilar parte de la información básica, pero fue inútil. Y entonces, por casualidad, uno de nosotros, un arqueólogo, encontró una película de televisión antigua, de hace casi doscientos años, en dos dimensiones, que daba cuenta precisa de algunas bebidas de aquella época y retrataba las costumbres asociadas a ellas con todo lujo de detalles. La película se llamaba *Los desposeídos*, que es una expresión arcaica que se utilizaba para referirse a la gente con escasos recursos, pero comprendimos inmediatamente que en este caso tenía una intención satírica o irónica. En esa época, ya sabe, la sátira era muy popular. En fin, que el resultado final del descubrimiento de nuestro amigo fue... este.

Con un ademán casi teatral, Davies sacó una tarjeta de cartón de su bolsillo y se la pasó a Simpson. Decía así:

LOS AMIGOS DEL MORAPIO

Establecido en 2139 para beber

licores tradicionales con

atuendos tradicionales y en un entorno tradicional

Antes de que Simpson pudiera desentrañar su significado, su compañero detuvo el taxi y, un momento después, lo guiaba a través de los soportales de una enorme y espléndida mansión. Descendieron por una escalera estrecha y empinada que se encontraba al final de un recibidor cubierto por una espesa moqueta. Cuando llegaron al pie de la escalera, Davies abrió un armario y sacó lo que Simpson reconoció como un sombrero de fieltro del tipo de los que solía usar su padre, una boina de tela, un pedazo grande de arpillera y una andrajosa manta marrón. Los cuatro artículos parecían cubiertos de manchas y de polvo. Al mismo tiempo, hasta Simpson llegó una curiosa y desagradable mezcla de olores y un murmullo apagado de voces.

En silencio, Davies le tendió la boina y la manta mientras él a su vez se ataviaba con la arpillera, a modo de estola, y el sombrero de fieltro. Simpson lo siguió a través de una puerta baja.

La sala en la que entraron estaba débilmente iluminada por velas metidas en botellas. A Simpson le costó unos segundos asimilar la escena que se presentaba ante sus ojos. Al principio se sintió profundamente asombrado. Allí no había ni rastro del lujo que había vislumbrado arriba, solo mugrientas y húmedas paredes de piedra y un suelo cubierto aleatoriamente de sacos y de pedazos de estera podridos. Una estufa de carbón hacía que el calor en el sótano fuera sofocante;

en el aire flotaba el humo de los cigarrillos; la atmósfera era densa y maloliente. Contra una pared reposaba una mesa de caballete atestada de botellas y lo que parecían tazas de té. Entre otros productos, Simpson incomprensiblemente distinguió varias barras de pan, algunas botellas de leche, un montón de pequeñas latas redondas y, en una esquina, una anticuada cocina de gas oxidada o una réplica de una antigua.

Pero su sorpresa y desconcierto se tornaron en leve sobresalto cuando descubrió a aproximadamente una docena de hombres sentados en cajones de madera o sillas rotas, en cuclillas o tumbados en el suelo. Todos llevaban algún tipo de sombrero o gorro maltrecho y una manta o saco que les cubría los hombros. Murmuraban ininteligiblemente; en algunos casos esos murmullos se dirigían a algún compañero, pero con más frecuencia hablaban para sí mismos. Davies tomó a Simpson del brazo y lo condujo hasta un banco astillado cerca de la pared.

—Las mantas y el resto del atuendo debían de ser un medio para ratificar la democracia esencial de la bebida —susurró Davies—. En cualquier caso, ya estamos cerca del final de la parte puramente ritual. Nuestra película no dejaba totalmente claro su significado, pero obviamente se trataba de una especie de autopreparación, puede que incluso de una oración. El resto de los procedimientos serán mucho menos formales. Ah...

Dos de los hombres que habían estado murmurando en voz más alta comenzaron a aproximarse el uno al otro en una suerte de pelea, pero sus golpes y forcejeos eran simbólicos, una mímica, como el *ballet* o el teatro japonés. Muy pronto uno de ellos consiguió tumbar a su adversario, que seguía recibiendo una lluvia de puñetazos. («No sabemos mucho acerca de esta parte —musitó Davies—. Puede que se trate de la representación del antiguo rol de la bebida como gratificación tras un esfuerzo físico»). Cuando el combatiente postrado empezó a fingir que perdía la consciencia, se escuchó una voz alta y autoritaria:

—Fin de la Primera Parte.

De repente, todo era animación: los ocupantes de la sala se levantaron de un salto y se quitaron de encima las prendas prestadas, revelando que iban elegantemente vestidos, según la moda de la época. Davies guio a Simpson hasta el hombre que había hecho el anuncio, probablemente un miembro de aquella orden y claramente el anfitrión de la ocasión. La profusión de venas rotas en su rostro era aún mayor que en el rostro de Davies.

—Estoy encantado de que haya aceptado acompañarnos —dijo el anfitrión cuando se le explicó la presencia de Simpson—. Es un privilegio tener a un Otromundista en una de nuestras pequeñas reuniones. Ahora, para la Segunda Parte, ¿le ha hablado Piotr de la antigua película de la que tanto hemos

aprendido? Pues bien, las secciones segunda y tercera estaban tan dañadas que nos sirvieron de muy poco. Así que lo que sigue a continuación no es más que una supuesta reconstrucción, me temo, pero creo que podría decirse que hemos interpretado la tradición con gusto y reverencia. Comencemos, ¿les parece?

Hizo una señal a un ayudante que estaba de pie junto a la mesa y el hombre comenzó a llenar las tazas de té con una mezcla de dos líquidos procedentes de dos envases bien distintos: algo parecido a una botella de vino contenía un líquido de color rojo; de una especie de frasco de medicina salía, en cambio, un brebaje casi transparente pero con un leve tinte purpúreo. Pasándole a Simpson con cortesía la primera de las tazas, el anfitrión dijo:

—Por favor, háganos el honor de inaugurar el acto.

Simpson bebió. Sintió como si alguien hubiera hecho explotar un proyectil de gas lacrimógeno en el interior de su garganta y después hubiera rociado su esófago con curry. Cuando se calmó el ataque de toses y sollozos, lo asombró el hecho de que, según iban bebiendo el líquido, sus compañeros se vieran afectados de igual modo.

—Interesante, ¿verdad? —preguntó el anfitrión, respirando con dificultad y tambaleándose—. Un buen meneo para el paladar. Uno podría decir que pasa de lo meramente gustativo y olfativo y va hasta lo puramente táctil. A duras penas puede considerarse una experiencia sensual: es más bien ascética, casi abstracta. La invención de un genio, ¿no cree?

—¿Cuál... cuál es el...?

—Red Bidy, querido amigo —interrumpió con orgullo Piotr Davies. Seguía habiendo orgullo en su voz cuando añadió—: Vino tinto y alcohol de quemar. Por supuesto, no podemos esperar reproducir las legendarias cualidades que el licor del Imperio borgoñón solía poseer, pero nuestro humilde Boojly no es un mal sustituto. Al fin y al cabo, su papel es meramente secundario.

—Nos gusta usar una pajita después del primer meneo. —El anfitrión le pasó una a Simpson—. Espero que apruebe las tazas de té. Un bonito toque tradicional, en mi opinión. Y ahora, póngase cómodo. Debo ocuparme del morapio yo mismo... En determinadas ocasiones uno no puede permitirse correr riesgos.

Simpson se sentó en un cajón de madera al lado de Davies. Unos momentos después, se percató de que en realidad se trataba de un único bloque de madera. Algo más tarde se dio cuenta de que la humedad de las paredes se mantenía gracias a unos diminutos surtidores de agua que funcionaban a intervalos cerca del techo. Probablemente los sacos del suelo habían sido expresamente tejidos y luego envejecidos artificialmente. Fingiendo que chupaba de su pajita, le dijo

nerviosamente a Davies:

—¿A qué se refieren exactamente con morapio? En mi época, la gente solía... — Se interrumpió, temeroso de haberse traicionado a sí mismo, pero el hombre del futuro no se había dado cuenta de nada.

—Oh, está usted viviendo una experiencia maravillosa, mi querido amigo, algo que no se ha experimentado fuera de estos muros desde hace décadas. Puede que para nuestros antepasados de finales del siglo XX esto fuese el pan de cada día, pero para nosotros es una perla de valor incalculable, un fragmento precioso rescatado del naufragio de la historia. Observe detenidamente: cada pedazo de esto es auténtico.

A pesar de lo que le escocían los ojos, Simpson pudo ver cómo su anfitrión le quitaba la miga a una hogaza de pan y la colocaba en la boca de una jarra esmaltada. Después cogió una vela de una botella que había cerca y aplicó la llama a una pastilla con forma de disco hecha de una sustancia parduzca que el ayudante sostenía entre unas pinzas. La llama se alargó: el líquido cayó sobre el pan y empezó a empapararlo, deslizándose dentro de la jarra. Los invitados allí reunidos aplaudieron y entonaron vítores. Una segunda pastilla parduzca recibió el mismo tratamiento, y a continuación una tercera.

—Betún para zapatos —dijo Simpson con la voz rota.

—Exactamente. Esta noche toca marrón oscuro, con un leve toque de sangre de buey para darle cuerpo. Eso lo convierte en una bebida muy intensa, rotunda, agresiva. Por cierto, lo que está usando es pan procesado. Hemos comprobado que el integral es demasiado permeable.

Sonriendo ampliamente, el anfitrión se acercó a Simpson con una taza medio llena, esta vez una taza de desayuno.

—De un trago, compadre —dijo.

Todos estaban observándolo: no le quedaba más remedio que hacerlo. Simpson cerró los ojos y bebió. Esta vez, cien tornos dentales romos parecieron estar trabajando al mismo tiempo en su nariz, en su garganta y en su boca. De las membranas mucosas de cada una de esas áreas brotaron fluidos. Era como si le estuvieran metiendo la cara en un baño de ácido. Los hombros de Simpson se hundieron y los ojos se le empañaron.

—Diría que el marrón claro escuece más —susurró una voz cerca de él—. Especialmente en las encías.

—Pero, por otra parte, penetra menos. —Se oyó el ruido de tragar seguido de un grito ahogado—. ¿Estaba aquí el mes pasado, cuando probamos el estándar? Un fuego y una vehemencia espléndidos. Me dejó ciego durante cuatro días.

—Sigo diciendo que no hay quien supere al marrón estándar para una abrasión completa. Unos resultados espectaculares en la úvula y en las amígdalas.

—¿Y qué tiene el negro de malo? —Esta era una voz más joven.

Un silencio embarazoso, atemperado por un ataque de tos y un sentido lamento desde distintas partes del círculo, llegó a su fin cuando alguien dijo con educación:

—Cada uno tiene sus gustos, por supuesto, y tiene garra, pero creo que la experiencia demuestra que esa cualidad del hollín o del ébano es bastante superficial. La mayoría de nosotros nos vamos decantando hacia el marrón conforme cumplimos años.

—Oh, bien, está..., sí, está usando una lata de betún incoloro para la siguiente jarra. Fíjese en el efecto que tiene en el septo.

Simpson se levantó tambaleándose.

—Tengo que irme —musitó—. Un compromiso importante.

—¿Qué? ¿No va a quedarse para el gas de coque en leche? Deja el cerebro como pura gelatina, ya sabe.

—Lo siento... amigo... me espera...

—Entonces, adiós. Un abrazo para Mercurio. Quizá pueda usted fundar un Círculo de Amigos del Morapio en su planeta natal. Sería una idea magnífica.

—Magnífica —repitió el director amargamente—. Piénsenlo. La idea de una guerra atómica es demasiado para asimilarla, pero esos pobres diablos... Baker, tenemos que preparar un dossier para que Simpson se lo lleve en su próximo viaje a un futuro remoto, una especie de manual que les enseñe a preparar un vodka o una ginebra decentes por si desaparecieran todas las vides.

Yo apenas escuchaba.

—¿No le parece que hay algunas cosas extrañas en ese mundo, señor? ¿La misma clase de betún para los zapatos que tenemos en nuestro mundo? ¿Pan integral cuando se supone que las cosechas han...?

Me interrumpió un grito proveniente del extremo más alejado del laboratorio, adonde Rabaiotti había ido a comprobar el estado de la TIAMARIA. Volvió corriendo hacia nosotros, hablando a voz en grito:

—¡Distorsión de fase, señor! ¡Alineación anómala en la salida! ¡Un efecto completamente nuevo!

—Y el TIOPEPE está acoplado con ella, ¿no? —dijo Schneider.

—¡Por supuesto! —grité—. ¡Simpson estaba en una trayectoria temporal

diferente, señor! Una probabilidad alternativa, un mundo paralelo. No es de extrañar que la estimación de la distancia a tierra no fuera correcta. ¡Esto es asombroso!

—No habrá guerra nuclear en nuestra trayectoria temporal... O, por lo menos, aún no podemos estar seguros de eso —clamó el director, agitando los brazos en el aire.

—No se destruirán las vides.

—No habrá Amigos del Morapio.

—¡Qué más da! —me murmuró Simpson al oído mientras caminábamos hacia la sala de juntas—. En cierto sentido están mucho mejor que nosotros. Al menos lo que usan es genuino. Nadie recurre al maldito doctor Betún para Zapatos para hacer que sepa mejor o para conservarlo o para creerse que es de una marca más cara. Y eso que beben solo puede mejorar.

—Mientras que nosotros...

—Sí, la cerveza de barril de la que habla sin parar no es de barril en absoluto: hoy en día sale de una botella gigante de metal, porque les resulta más cómodo. ¿Y cree que es casualidad que los alemanes sean los mejores químicos del mundo? Pregúntele a Schneider qué le echan al Moselles de 1972. ¿Y qué imagina que hacen todos esos científicos en Burdeos?

—Pero nos queda Italia, y España, y Grecia... Allí...

—Italia ya no. Pregúntele a Rabaiotti, o mejor no. España y Grecia tardarán más, probablemente, pero en 1980 tendrá que ir a Albania si quiere tomarse un vino de verdad, sin conservantes ni colorantes. Siempre y cuando los chinos no hayan empezado a ayudarlos a modernizar el sistema.

—¿Y qué va a hacer al respecto?

—Pasarme al *whisky*. Sigue siendo auténtico. De hecho, voy a llevarme una botella a casa esta noche. ¿Puede prestarme veinticinco libras?



DEMASIADAS MOLESTIAS

Hasta hace bien poco, los miembros del proyecto del viaje en el tiempo sabíamos mucho más del siglo XXI que de los años que le quedaban al nuestro. Inestabilidades persistentes en el TIOPEPE habían tenido consecuencias impredecibles y alarmantes cada vez que fijábamos nuestro objetivo en algún momento antes de 1995. Uno de aquellos viajes fallidos había dejado a Simpson en lo que *a posteriori* calculamos que debía de ser aproximadamente el 8200. Nada más aterrizar, varias criaturas parecidas a calabazas gigantes cubiertas de escamas y con media docena de piernas cada una, sin duda procedentes de algún otro planeta, comenzaron a perseguirlo, pero no había tenido ni el tiempo ni las ganas de observarlas detenidamente, y mucho menos de ponerse a buscar nada de beber. Nuestro segundo intento de una proyección de corto alcance, gracias a un aumento insospechado de retroalimentación negativa, llevó al desgraciado tipo hasta los días de la Peste Negra: el resultado fueron tres meses de cuarentena en el interior del laboratorio para todos los miembros del equipo.

Este período de confinamiento, sin embargo, nos permitió sacar adelante mucho trabajo. Rabaiotti y yo, en concreto, nos concentramos en el problema de la inestabilidad y, para cuando la cuarentena tocaba a su fin, ya habíamos encontrado una solución a ese problema: una especie de elaborado servomecanismo anti-sobreelongación ahora conocido como el TAITTINGER – Turbina Anuladora de Inyección Temporal y Transmisor de Indeterminación Neutralizada Geográfica Eléctrica y Radial (Electricidad General y Rango) –. Informamos debidamente de nuestro éxito a las autoridades y nos sentamos a esperar las consabidas instrucciones, que no tardaron mucho en llegar.

El Martes de Pascua de 1975, recibimos la orden de elaborar un informe acerca de los avances en la ocupación de Marte para el año 1983. Nos llevó menos de veinticuatro horas prepararlo todo, tras lo cual lanzamos a Simpson a ese mismo día ocho años después.

En lo que se refiere a los aspectos técnicos, la operación no podía haber ido mejor. Simpson reapareció en el receptor exactamente según lo planeado, vivo y bien. O bastante bien. Aunque se lo veía demacrado y parecía profundamente triste, aquella era una reacción bastante habitual en él después de un viaje en el tiempo. Lo que nos alarmó fue que mostraba signos evidentes de haber participado en una pelea: tenía la cara amoratada y la ropa desgarrada y sucia. Schneider le inyectó un tranquilizante y empezó a asearlo.

– ¿Qué le ha pasado, amigo? – inquirió el director –. ¿Qué le han hecho?

— Ah, se refiere a esto... — dijo Simpson, señalándose la cara —. No es nada. Lo peor es lo que he visto y lo que he oído... Escúchenme todos: tenemos que venderlo todo inmediatamente y comprar una isla en algún lugar remoto. Algún lugar donde no puedan encontrarnos.

— ¿Es que nos van a invadir o algo así? — preguntó Schneider.

Simpson sacudió la cabeza lentamente.

— ¡Oh, no! Si así fuera, ya me habría encontrado con las consecuencias de esa supuesta invasión en mis anteriores viajes al siglo XXI, ¿no? No, es solo... El tipo de vida que vamos a llevar. Y eso será dentro de tan poco tiempo... Necesito algo de beber. Algo fuerte.

A pesar de que Schneider frunció el ceño, no puso ninguna objeción más cuando serví una copa generosa de la botella de *brandy* del armario de las medicinas y se la pasé a Simpson. Se la bebió de dos tragos y, aunque vacilante al principio, aceptó contarnos su historia.

* * *

A primera vista, Londres parecía no haber cambiado en absoluto: trabajos de construcción y demolición por todas partes, enormes bloques desocupados que ya habían comenzado a deteriorarse, carreteras en obras a intervalos de cien metros con sus habituales cuadrillas de dos hombres, multitudes que parecían estáticas desbordando las aceras y el tráfico avanzando a una media de quizá tres kilómetros por hora, puede que un poco más despacio aún que en 1975. Pero había algo nuevo en aquella ciudad: aproximadamente la mitad de los vehículos que formaban parte de ese tráfico eran coches privados que remolcaban tráileres repletos de papeleras o contenedores de plástico de colores. Aunque había reparado en ello, decidió dejarlo estar por el momento y seguir caminando desde su punto de partida — un urinario en los aseos públicos de Oxford Circus que había sido sondeado de antemano por la TIAMARIA y que resultó estar libre durante los pocos segundos que ellos necesitaban — por Regent Street hasta Piccadilly Circus.

Llegó a su destino poco más de media hora después y de nuevo se encontró con un panorama de lo más familiar. Pese a que la estatua de Eros había desaparecido, cosa que le provocó una leve punzada de añoranza, fue inesperadamente tranquilizador comprobar que los bohemios seguían por allí (por así decirlo). Centenares de ellos se concentraban alrededor de la mediana principal y en las aceras circundantes: dormían, meditaban y se drogaban, tañían sus *rebahbs* — esa cosa mora estaba muy de moda en aquella época — y escuchaban sus transistores, coreaban sus eslóganes tradicionales como tributo a

las victorias del Gran Vietnam y a los gloriosos muertos de la London School of Economics, sin duda fornicaban por aquí y por allá, entre las agujas usadas y las pilas de folletos, y asaltaban a los transeúntes y se enfrentaban a los policías que aparecían de vez en cuando. En varias ocasiones, Simpson creyó escuchar el típico acento estadounidense entre el flujo de peatones, y acabó por concluir que aquel lugar seguía siendo una parada importante en la ruta turística entre el Palacio de Buckingham y la Torre de Londres.

En menos de veinte minutos había llegado a St. James's Square y estaba subiendo los escalones de la Biblioteca de Londres, cuyas instalaciones habían demostrado ser de mucha utilidad en varios de sus viajes previos de mayor alcance. Pero esta vez las puertas estaban cerradas, y el edificio, completamente desierto. Un contratiempo considerable. En un arranque de irritación nerviosa golpeó con violencia la marquetería de la puerta.

—Cerrada, amigo —dijo una animada voz detrás de él.

—Ya lo veo. —Simpson bajó las escaleras y se acercó al dueño de aquella voz, un hombre de mediana edad vestido con un mono que fumaba apoyado en la puerta de un coche que estaba aparcado junto al bordillo de la acera—. ¿Sabe usted por qué?

—¿Que por qué? ¿Se ha olvidado de qué día es hoy?

—Miércoles. ¿Y?

—¿Cómo que y? Es Miércoles de Pascua. No esperará usted encontrarse algo abierto en un día como hoy, ¿no? Pero ¿dónde ha estado usted?

—Eh... en el extranjero. He vuelto esta misma mañana.

—¿En el extranjero, dónde? Creía que, excepto en Israel, la tradición era la misma en todas partes.

—También he estado en el espacio —dijo Simpson, improvisando rápidamente—. Ya sabe, Marte y sitios así.

—Ah, ya veo. —El hombre perdió el interés inmediatamente.

—Le he entendido bien, ¿verdad? ¿*Todo* está cerrado? ¿Todas las bibliotecas y salas de lectura, todo?

—Sí, señor. Son los días vagos de Pascua, ya ve. De Miércoles Santo a Viernes de Pascua, y después viene el fin de semana. Lo mismo de todos los años.

Simpson estaba aturdido y conmocionado. El período de vacaciones habitual, seis días, de Jueves Santo a Martes de Pascua, era justo y razonable, pero esto era de locos.

—Así que nada abrirá hasta el lunes por la mañana.

—Martes por la tarde. Amigo, al final va a ser cierto que ha estado en el espacio, ¿eh?

—Lo siento... Mire, ¿dónde puedo comprar un periódico?

—¿Un periódico? —El desconocido reaccionó como si Simpson le hubiera preguntado dónde comprar un elefante—. ¿En los días vagos?

—Oh, ya... Así que también para eso tendré que esperar hasta dentro de... una semana contando a partir de hoy.

—Ese día podrá comprar la revista *News-Standard*, sí. Pero si lo que quiere es un diario, tendrá que esperar una semana contando a partir de mañana. Ese día le tocará salir al..., déjeme pensar, *Times-Guardian*. Eso es, el *Express-Telegraph* salió la semana pasada, la semana antes de Pascua, mejor dicho.

—Gracias —dijo Simpson débilmente. Toda su mente estaba puesta en cómo conseguir tener acceso a algún tipo de información pública antes de que se le acabara el tiempo y tuviera que regresar—. Eh... debo elaborar un informe para mi empresa. Es urgente. Sobre, hmmm, acontecimientos recientes. ¿Hay algún lugar, alguna agencia, algún Departamento del Gobierno, algún centro de investigación, algún servicio de emergencia, lo que sea, que pudiera...?

El hombre miraba a Simpson y sonreía ampliamente con la misma expresión resignada de un mecánico de garaje contemporáneo que, digamos, le estuviera diciendo a un cliente impaciente que el recambio de su coche no ha llegado, pero mucho más acentuada. Obviamente, debía de ser una experiencia extraña y hasta algo cómica haber encontrado a alguien que sentía la necesidad de ser informado pero que no era capaz de conseguir dicha información en ningún lugar de la Tierra (y, sin duda, tampoco en ninguno de los demás planetas).

—No hay ningún servicio operativo, amigo mío —dijo finalmente—. Todo está cerrado. Considérese afortunado de no haberse roto una pierna, ¿eh?

—Y tampoco podré conseguir nada de beber, claro —pensó Simpson en voz alta.

—¡Algo de beber! Hombre, eso es harina de otro costal —dijo el desconocido mientras sus modales se volvían más afables—. Los *pubs* están abiertos; horario dominical, por supuesto. De hecho, estaba pensando en pasar a tomarme una pinta. Hay un local muy agradable justo ahí, antes de llegar a Jermyn Street. ¿Le gustaría acompañarme?

Simpson aceptó con cierto alivio, una emoción que se convirtió rápidamente en sobresalto cuando se dio cuenta, solo un instante después, de que el *pub* en cuestión era uno que él mismo solía frecuentar. Sería francamente embarazoso encontrarse allí al Simpson de 1983. Aunque no tardó mucho en reconsiderar la situación racionalmente: solo tenía que tomar la precaución de no acercarse al

lugar cuando ese día se repitiera por segunda vez en su vida, y todo, o al menos una parte bastante importante, iría bien.

Le dijo su nombre a su compañero, un tal Ernie Mullins que le contó que trabajaba en una fábrica de verduras.

—¿De verdad? —dijo Simpson—. ¿Y en qué? ¿A qué se dedica exactamente?

—Ventas. Inspector de equipos en tiendas.

—Ya veo. ¿Y en qué zona?

—Por la parte del suroeste. Leatherhead. No es que sea un gran trabajo, pero así no pienso demasiado en Trae-y-Lleva.

Simpson no quería preguntarle por un concepto que parecía ser tan básico para él. En su lugar, sugirió:

—Supongo que tiene una buena clientela...

—Sí, tengo bastantes clientes fijos. En un día de trabajo completo nos sacamos casi doscientos mil, que es más de medio millón a la semana. Y aún ganábamos mucho más antes de los días de tregua, por supuesto. Y más en esa segunda semana criminal de diciembre, cuando todo el mundo compra con tanta antelación.

—¿Leatherhead da para tanto? —inquirió Simpson con forzada naturalidad.

—Bueno, ahora mismo hay seis millones de personas viviendo solo en la zona suroeste, no lo olvide. Pero es cierto que yo mismo creo que estamos sobrepasados de trabajo. La gente debería tener arcones congeladores más grandes, así podrían almacenar para tres meses en lugar de para tres semanas. Pero ocupan demasiado espacio. Ya hemos llegado.

Estaban a punto de entrar en el *pub* cuando la puerta se abrió bruscamente desde el interior y aparecieron tres hombres que estaban enzarzados en una pelea. Uno de ellos (un personaje fornido con cara de cerdo que resultó ser el propietario del local y hacia el que Simpson sintió una aversión instantánea) estaba intentando echar a otro (una persona de unos cuarenta años con el pelo largo y una espesa barba) con la ayuda de un tercero (casi una réplica de Ernie Mullins). Los tres gritaban enfurecidos.

—¡Cabrón fascista! —chillaba el barbudo—. ¡Elitista!

—¡Piérdete de una maldita vez! ¡Vuelve a tu sentada! —Esto lo decía el propietario—. ¡A mí no puedes tratarme como a tu maldito Consejo de Administración!

—¡Autoritario irrelevante! ¡Oligarca patético!

—¿No sabes leer? —preguntó el tercer hombre, señalando un cartel situado encima de la puerta de la entrada que proclamaba, falta de ortografía incluida: NO SE PERMITEN ETUDIANTES.

—Claro que no sabe leer, Joe, no me hagas reír... Es un estudiante, ¿no? Y tú, ¡lárgate con tu boicot a otra parte, antes de que me cabree! Ernie, échanos una mano.

Sin mucho entusiasmo, Ernie se unió a ellos y, acto seguido, todavía vociferando acusaciones de fascismo, *pathos* e irrelevancia, el barbudo se encaminó a toda velocidad hacia la plaza. A Simpson le presentaron al propietario del *pub*, que se limitó a saludarlo con la cabeza y volvió al interior del local, y a Joe, que le estrechó la mano amigablemente y se ofreció a invitarlo a una pinta.

A primera vista, la barra del *pub* era tal y como Simpson la recordaba, pero no tardó mucho en descubrir que el mostrador estaba repleto de máquinas expendedoras de varios tipos, más allá de las cuales una espesa cola avanzaba con dificultad. Él mismo avanzó siguiendo a Joe y a Ernie, que finalmente le alcanzaron un gran vaso de plástico. Cuando llegó su turno, Joe puso unas monedas en la ranura de una máquina marcada con la palabra BITTER, recogió tres paquetitos de una abertura y le alcanzó uno a cada uno de los otros dos. Fueron pasando sucesivamente por delante de otras máquinas etiquetadas como MILD, STOUT, ESCOCÉS, GINEBRA, VODKA —de las últimas tres, surgían mangueras cortas—, PASTEL DE CERDO, CHALCHICHA, SANGÜIS DE JAMÓN Y PATATAS FRITAS. Al final del mostrador, Joe sacó tres paquetitos de una expendedora, repartió dos de ellos como había hecho anteriormente, y llenó su vaso casi hasta el borde con lo que resultó ser agua corriente. Solo cuando los otros hubieron repetido el proceso, el trío se apartó del mostrador para ir a situarse en el centro de una muchedumbre considerable de bebedores que permanecían de pie: no había dónde sentarse.

Joe y Ernie, seguidos de Simpson, echaron sus paquetes más grandes sin abrir en el interior de sus vasos. En unos pocos segundos se habían disuelto, incluido el envoltorio, produciendo un líquido marrón clarucho. Los paquetes más pequeños terminaron dentro igualmente, y acabó por formarse una corona espumosa.

—Salud —dijo Joe.

—Que tengamos suerte —dijo Ernie.

—Lo mejor para todos —dijo Simpson con indecisión.

Esto pareció servir. Todos bebieron. La BITTER estaba insulsa, aunque no imbebible, y aunque no se parecía mucho a la cerveza a la que Simpson estaba acostumbrado, tampoco tenía ninguna característica particular propia. (Nos dijo

que guardaba la misma relación con nuestra *bitter* que el café soluble con el café recién molido).

— Bueno, ¿qué le parece? — preguntó Ernie. Pero antes de que Simpson pudiera responder se desató una especie de altercado en la barra.

— ¡Entonces haz algo al respecto! — Un anciano no dejaba de gritar al propietario, que finalmente decidió apagar el aparato de televisión en miniatura que había estado viendo y caminó bamboleándose como un pato hasta el mostrador, impaciente.

— ¡Déjalo ya!, ¿vale? — dijo —. ¿Qué quieres que yo le haga?

— ¡Arregla el maldito cacharro! ¡Quiero vodka y tomaré vodka!

— ¡Pues parece que no va a ser esta semana! ¡La máquina está rota y no hay más que hablar!

— ¡Pues cambia el maldito chisme por otro nuevo! — gritó el anciano —. O llama a un técnico.

— ¿Has perdido la chaveta? ¿A un técnico? ¿Y cómo quieres que la cambie ahora? Mira, tómate una ginebra a cuenta de la casa y cierra el pico.

Este arreglo obviamente complació al viejo, y el barullo cesó al momento. Simpson se volvió hacia sus compañeros.

— ¡Qué mala gestión! Mira que quedarse sin vodka en mitad de las vacaciones...

— ¡Oh, en realidad, no se ha quedado sin vodka! — repuso Joe —. Es solo que la máquina expendedora no funciona. Eso puede pasarle a cualquiera.

— ¿Quieres decir que tiene vodka de sobra pero que no llega hasta el grifo? Y ¿por qué no puede cogerlo directamente de la botella o del tanque o de donde sea? Eso no sería...

— Demasiadas molestias, amigo. Eso es pedir demasiado.

— ¡Dios santo! Este hombre no se complica mucho la vida, ¿no?

— ¡Para nada! Imagínate el Trae-y-Lleva en un sitio como este.

— ¿Trae-y-Lleva? — Aunque Simpson ya había escuchado la frase antes, ahora que estaba relajado tenía la guardia baja, por lo que olvidó disimular su absoluto desconcierto.

Joe y Ernie se miraron el uno al otro. Parecían haber tomado una decisión respecto a algo. Ernie habló:

— Has estado encerrado, ¿verdad, Simmy? A nosotros puedes contárnoslo.

Simpson, a su vez, tomó la suya:

—Sí.

—Pues claro que sí. No hay nada de qué avergonzarse. Pasa en las mejores familias. El hermano de mi parienta se tiró allí once años. Todo culpa del estrés. Te trataron bien, ¿verdad?

—No demasiado mal. (Ni entonces ni después especificó Simpson dónde había estado encerrado, si en la cárcel o en algún manicomio o en cualquier otro lugar de confinamiento que estuviera de moda por aquel entonces).

—Así debe ser. Bueno, te va a hacer falta saber más de Trae-y-Lleva. ¿Dónde vas a vivir?

—Oh, por aquí cerca...

—Bien, entonces te toca aprenderte los horarios de la zona suroeste para economizar tu tiempo al máximo. Lo que tienes que hacer es elaborar un plan semanal y ceñirte a él. Los lunes quema la basura no reciclable en el vertedero de Coulsdon. Eso te llevará toda la mañana y parte de la tarde. Ocupa el resto del tiempo limpiándote los zapatos, yendo a la tintorería o de compras; abren todo el día. El martes lleva todo lo reciclable hasta Mitcham, luego recoge la carne en Epsom o el pescado en Weybridge o la bebida en Ascot, si es que te la puedes permitir. Solo abren los martes. Los miércoles ve a Correos, y ahí es donde entra Joe. Él trabaja en la oficina del suroeste en Staines.

—El viaje no es tan malo como parece —dijo Joe—. Estamos bastante bien organizados. No deberías tardar más de dos horas en ordenar todo tu correo y los telegramas, y después puedes pasar directamente a tu tiempo telefónico. Yo me encargo de arreglarlo.

Simpson no se molestó en ocultar su desconcierto.

—Es bastante fácil. Vas a tu cabina y primero respondes las llamadas que tienes: es la mejor forma de hacerlo. Después haces tus llamadas.

—¿Qué ha pasado con los teléfonos privados?

—Ah, eso se acabó. Nunca funcionaban y cada vez más gente quería uno, y era demasiado molesto salir a comprárselo. Pero las grandes oficinas, por ejemplo, cuentan con sus propios sistemas de cabinas. Bajo nuestra licencia, por supuesto.

—Entonces... ¿el sector servicios ya no existe?

—Están intentando acabar con lo que queda de él, sí.

—¿Y qué pasa con cosas como la leche? ¿La lavandería? ¿Los periódicos?

—Lo mismo con todo, Simmy, amigo. Ahora lo mejor es recoger los diarios en el quiosco de la zona en Working, digamos sobre la una y media o las dos los jueves y los viernes, que es cuando los publican. Puedes hacerlo entre tus visitas a

Leatherhead y a Ascot.

—Pero ¿qué hay de la parte del sector que se ocupa de las reparaciones y ese tipo de cosas? Uno no puede devolver un aparato de televisión o una lavadora a la tienda solo porque alguna cosilla puntual no funciona del todo bien.

—¿Ah, no? Pues de eso va lo del Trae-y-Lleva. Todo lo que está automatizado está cubierto durante los días vagos. El dueño de este sitio se irá a Norwood con su máquina de vodka antes de abrir mañana. Pero no para repararla. Recogerá una nueva.

—Pero eso no resulta nada rentable.

—Puede que no lo sea, pero no le queda más remedio. De esa forma se ahorra la molestia de llevar la máquina, esperar a que la reparen, recogerla de nuevo... Ya ni siquiera queda nadie que se tome la molestia de reparar cualquier tipo de máquina. Los mecánicos y los técnicos son cosa del pasado.

Simpson intentó pensar.

—Así que de eso se trata. En realidad se trabaja muy poco, pero uno pasa todo su tiempo libre haciendo las cosas que a los demás les supone demasiadas molestias hacer.

—Aprendes rápido. Así es como funciona. Es la única forma de hacer que uno mismo se tome la molestia. Cada uno que se preocupe por lo suyo. Nosotros fuimos los primeros en poner en práctica este sistema; ya sabes, los británicos. Después todo el mundo imitó nuestro ejemplo. Fuimos los pioneros.

—Lo seremos —dijo Simpson entre dientes.

Entre los tres se hizo el silencio, aunque el resto de los bebedores seguía haciendo bastante ruido. Con un gesto de cansancio, Simpson se terminó su vaso: el sabor insípido y artificial se desvaneció inmediatamente en su boca. Un pensamiento luchaba por salir a la superficie de su mente:

—¿Se puede conseguir vino hoy en día? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Ernie—. Borgoña, clarete, blanco del Rin, cualquier vino. Yo no lo bebo, pero es fácil conseguirlo. Recoges tus pastillas de vino en Ascot, las metes en una jarra cuando llegas a casa, añades agua y en cinco minutos...

—¡Pastillas de vino! ¡Jesús!

—Baja la voz, amigo —recomendó Joe, apartando a Simpson de la pareja de fornidos obreros que se habían vuelto hacia él con cara de pocos amigos—. Llevan alcohol, igual que las pastillas de cerveza. No sé cómo lo hacen, pero lo hacen. Ya verás. Venga, ¿otra ronda? Vamos a olvidar las penas.

—Esta la pago yo —dijo Simpson—. No, Ernie, deja, me gustaría invitaros.

— ¿Cómo vas de efectivo?

Simpson sacó su billetera, que estaba llena de billetes de libra inmejorablemente falsificados por nuestra Tesorería Temporal.

— Tengo bastante, ¿no?

— Sí, pero ¿no tienes suelto? Cuesta treinta centavos la pinta.

— Noventa en total. Puedo darle una libra y que me devuelva diez centavos de cambio.

— Bueno... No se puede, Simmy, lo siento mucho. Nadie da cambio ya, salvo las tiendas de cambio. Tienes que tener la cantidad exacta, porque es...

— ¡Lo sé! —gritó Simpson. Esta última revelación trivial hizo que su creciente desesperación se convirtiera en furia—. ¡Es demasiada maldita molestia! ¡Demasiada molestia dar una simple moneda! ¡Demasiada maldita molestia! ¿Qué os pasa a todos? Bueno, vosotros dos sois unos tipos bastante decentes, ¡pero no tenéis carácter! ¡Habéis sucumbido al sistema! ¡Debéis luchar contra él!

Siguió gritando cosas parecidas, pero después no fue capaz de recordar qué exactamente. De hecho, toda la situación se volvió confusa casi de inmediato. Recibió un puñetazo descomunal en la oreja, probablemente de uno de los obreros que lo habían mirado con odio unos minutos antes, y cayó, tambaleándose, entre el gentío, perdiendo de vista a Ernie y a Joe. Le dieron más golpes, acompañados de gritos de «¡Estudiante! ¡Otro maldito estudiante! ¡Hay que darle su merecido!». Entonces apareció el propietario, aunque no con la intención de separar a los combatientes ni de echar a Simpson del local, sino para unirse a la pelea.

La situación se estaba volviendo desesperada. Simpson estaba empezando a renunciar a la esperanza de volver a 1975, cuando un recién llegado al que no había visto antes entró en acción poniéndose de su parte. El desconocido se ocupó de los adversarios más cercanos, repartiendo puñetazos rápidos y certeros, y arrastró a Simpson hasta la calle. Corrieron. Guiado por su salvador, Simpson se tambaleó hasta un callejón, donde fue conducido a empujones hasta detrás de una salida de incendios. No muy lejos se oía el ruido de la muchedumbre que había salido en su busca.

— Esto es un callejón sin salida — dijo Simpson jadeando.

— Por eso será uno de los últimos sitios donde vengan a mirar — repuso el otro hombre, respirando sin dificultad.

— Dios, ¡estás en buena forma! Antes, cómo has...

— Tengo que estarlo. Llevo entrenándome ocho años para esto.

La voz le resultaba misteriosamente familiar. Y también —Simpson la examinó con detenimiento por primera vez— la cara. Un poco más calvo, un poco más rojo, pero...

—Dios mío... ¡eres tú! Quiero decir: yo.

—Si nos limitamos a considerarnos el uno al otro dos personas distintas, que es lo que somos, nos llevaremos mejor —dijo Simpson II, con la autoridad del que lo tiene todo bien pensado—. Ahora podemos tomarnos un momento de descanso. Mejor será que lo aproveches para tranquilizarte.

—Pero ¿cómo vuelvo? —preguntó Simpson alterado, haciendo caso omiso de su consejo.

—Te lo enseñaré. Todo está preparado.

—¿Por qué te han enviado?

—Yo era el único hombre del equipo que estaba en forma —Simpson le dedicó una amplia sonrisa a cada uno de nosotros cuando llegó a esta parte de la historia— y no nos atrevíamos a contárselo a nadie más. También sabía exactamente dónde estaba el *pub*.

—Pues no te has dado mucha prisa en llegar.

—Lo siento, ha sido un viaje largo. Y había tráfico. Una gran muchedumbre en Trafalgar Square que se manifestaba a favor de legalizar la heroína ha impedido que llegara antes.

Un grupo de hombres regazados que pedía a voz en grito la sangre de los estudiantes pasó corriendo por delante del callejón sin descubrirlos. Cuando los ruidos cesaron, Simpson II sacó a Simpson del escondite y lo guio hasta un garaje vacío y ruinoso.

—Aquí dentro. Rápido. Métete esto en el bolsillo.

—¿Qué es?

—Un informe completo sobre la ocupación de Marte.

—Pero... —Simpson, conmocionado como estaba, tardó un momento en recordar que esa era la razón oficial que lo había llevado allí. Después retrocedió—. ¡Pero no puedo transferir una cosa de una época a otra! Siempre están repitiéndolo, especialmente el director. El peligro de una paradoja o una...

Simpson II, hablando con vehemencia, descartó esta objeción. (Simpson, ahora casi animado, insistió en explicar con detalle los motivos que le habían llevado a tomar su decisión).

—Si no te lo llevas, habrás fracasado en tu misión de un modo tan rotundo que

jamás volverás a conseguir un trabajo decente. Y te va a hacer falta el dinero. Y, además, puesto que yo ya he vivido lo que te va a ocurrir después de esto, sé que te lo habrás llevado, así que cógelo y deja de discutir.

— Está bien. Gracias.

— Un placer.

Simpson estaba a punto de partir cuando, de repente, recordó algo de vital importancia y se dio la vuelta.

— Eh, antes de irme... ¿Es la situación de la bebida realmente tan desesperanzadora?

— Eso parece — dijo Simpson rápidamente —. Los blancos de El Minya de 1981 están casi...

Se interrumpió bruscamente al escuchar de nuevo gritos y ruido de gente corriendo. Empujado por su salvador, Simpson cayó a través de la puerta del garaje e inmediatamente fue agarrado por el TIOPEPE.

— El Minya — dijo el director —. Algún lugar de España, sin duda. Nunca lo había oído. En cualquier caso, los vinos blancos españoles son todos terribles, ¿no? Supongo que si no hay otra cosa...

— Estarían en pastillas de vino, como el resto. — La antigua tristeza de Simpson había vuelto con más fuerza.

Rabaiotti no dijo nada. Yo no dije nada. Schneider se había escabullido, puede que para traer las bebidas que tanto necesitábamos.

— Bueno — dijo el director intentando dar con un tono reconfortante —, solo se trata de una fase, ¿no? Así es como hay que verlo. Al fin y al cabo, cuando fuiste a 2010 todo volvía a estar orden, Simpson. Y es imposible que la situación se resolviese en un par de meses.

— No, puede que tarde veinte años. Eso sería 1990. Échele diez años de esos veinte para que las cosas vuelvan a un estado razonablemente decente. Eso sería hacia el 2000. Pongamos que la situación de 1983 solo existiera desde hacía tres años, lo que es bastante, bastante optimista. Eso sería 1980. Así que, desde ese momento hasta el 2000 más o menos, el vino y la cerveza se consumirán en pastillas. Sí, tal vez a partir del 2050 o así lo recordarán como una fase. Pero ¿qué tiene eso de bueno ahora?

— Nos quedarán los licores fuertes — murmuró Rabaiotti.

— Esos no los probé. Aunque supongo que al menos conseguirían emborracharte. Que, por otro lado, es como pretendo vivir mientras dure esa fase.

Los otros asintieron sin ocultar su desesperación. En ese momento apareció Schneider con un enorme libro abierto en las manos.

— ¡El Minya! — chilló —. ¡El Minya!

En un instante todos estábamos apiñados a su alrededor.

— ¿De qué se trata? ¿Qué tiene...?

— ¡Sabía que me sonaba de algo! Era uno de los objetivos alemanes en 1943. No está en España, sino en Egipto. En el Nilo, más concretamente. Aquí, miren el atlas. ¿No lo ven? ¡Israel! ¡El único lugar en el que las cosas eran diferentes, según dijo el amigo Ernie!

— Pero Israel solo llega hasta el canal de Suez por ese lado — objeté.

— ¡Ahora! ¡*Ahora* llega hasta ahí! Justo hace unos días informaban de que se estaban preparando para volver a la carga e invadir nuevos territorios. ¡Los mejores agricultores del mundo! ¡Los únicos que pueden conseguir que en el desierto florezca una rosa! ¡O que crezca una vid!

El director miró en círculo, sonriendo.

— ¡Estamos salvados, caballeros! No me extraña que usted, Simpson, o mejor dicho, el otro Simpson, dijera que había hecho un largo viaje. ¡Venía de Jerusalén!



INVERSIÓN EN FUTUROS

No supone ningún riesgo y no hay nadie más a quien pueda enviar –dijo el director con tono de súplica–. Por favor, ayúdenme, ustedes cuatro... Al fin y al cabo, hemos pasado mucho juntos. Solo necesito una respuesta acerca de esas condenadas vides. Y ustedes conocen bien mis motivos.

Nuestra asociación se remontaba a la época de las primeras investigaciones temporales. Después, bajo un programa todavía secreto, el Gobierno había utilizado nuestra unidad para explorar el futuro próximo y hallar respuestas para algunos de sus problemas más acuciantes. Y nosotros, los miembros de la unidad, acuciados por un interés común en el destino de nuestras bebidas alcohólicas favoritas, habíamos aprovechado la ocasión a título privado para explorar el futuro del oporto *vintage* (la obsesión del director), mi propia humilde cerveza de barril y el resto de bebidas predilectas de cada uno de los componentes del equipo.

Pero todo aquello se había acabado. Las investigaciones se habían detenido hace tiempo por su baja rentabilidad. La unidad se había disuelto y el director llevaba años siendo, oficial y desafortunadamente, exdirector. Pero cuando, dos días antes, me había telefoneado para pedirme que reuniera a los otros en una dirección recóndita del Soho, su voz sonaba tan emocionada y reservada como la de su antiguo yo. Los cuatro nos habíamos presentado allí a la hora exacta, impacientes.

Había empezado a explicarles el motivo de su llamada de un modo no menos misterioso, repasando la conocida y abominable carrera de una subespecie mortal de pulgones de la vid descubierta en las viñas de Burdeos en 1984. Clasificada y denominada *Phylloxera* XO tres años más tarde en California, hizo estragos en todo el planeta a finales de los ochenta, y ahora, en 1993, era la maldición, aparentemente invencible, que había reducido la producción de vino mundial al 59% de los niveles de 1986. Prosiguió con nuevos datos: utilizando técnicas revolucionarias de cultivo forzado, los científicos agrícolas franceses habían logrado desarrollar cinco nuevas cepas de vid, y pruebas preliminares habían demostrado que eran resistentes a todas las formas de *Phylloxera*, incluyendo la XO. Pero las pruebas preliminares eran solo eso: preliminares. Harían falta diez años de crecimiento natural en la tierra, de sucesivas cosechas, de superar los ataques de los pequeños insectos letales antes de que cualquiera de las nuevas cepas pudiera ser declarada resistente a ellos y se iniciara la replantación sistemática. Se habían dispuesto cinco zonas especiales en Borgoña

para estos ensayos que durarían alrededor de una década. «Y, ahí —había concluido el director con deleite—, es donde entramos nosotros. Literalmente. O, para ser aún más precisos, ahí es donde entra usted, Simpson».

Y el viejo Simpson, nuestro enviado en los anteriores viajes en el tiempo, se quedó sencillamente con la boca abierta.

—Sí, en cuanto esté todo listo se va usted al año 2003. Traerá de vuelta informes sobre los cinco viñedos experimentales. Esquejes también, si es posible.

—Eso va contra la Normativa Temporal, señor —objeté—. Las transferencias intersectoriales están prohibidas.

—Lo siento, Baker. En esta ocasión tendremos que dejar eso a un lado. Todo esto no es..., bueno, no es muy oficial que digamos, ni siquiera legal. Pero piénselo un poco. Francamente, no soy un hombre rico. Dudo que alguno de ustedes lo sea: uno no se hace rico en este negocio. Pero cualquiera que conozca el resultado de esos ensayos a largo plazo ahora, en 1993, tendrá en su poder un dato muy valioso. ¿Lo, captan, si me permiten expresarlo así?

El interés aumentó de nuevo.

—Pero ¿cómo llegaremos hasta allí? —alegué—. Todo el *hardware* se destruyó hace siglos.

—Ahí es donde se equivoca. No todo. Con un poco de buena voluntad es posible recomponer algunas partes. Si todo va bien, podríamos compartir los gastos, ¿eh?

—Llevo diez años oxidado, señor —dijo Rabaiotti, el más veterano de mis ayudantes.

—Todos nos hemos hecho mayores, señor —dijo Schneider, nuestro antiguo médico.

Y entonces fue cuando el director nos hizo la petición que he citado antes. Después de eso, solo fue cuestión de ultimar los detalles.

Cuando, la semana siguiente, nos reunimos en una especie de mazmorra cerca de Whitehall, descubrimos que el viejo y eficiente TALISKER (Transmisor Acelerador Latente de Indeterminación con Supresor a Kilohercios de Energía Radial) modificado que tan buen servicio nos había prestado en el pasado —o, debo decir, en los futuros pasados— nos estaba esperando. Rabaiotti lo encendió, lo examinó detenidamente, pasó las manos por los bordes de los relés, me hizo un gesto afirmativo y empezó a teclear coordenadas. Schneider estaba pasando su escáner manual por encima de Simpson. El director me llamó para presentarme a un amigo suyo, alto y de piel oscura, un tal doctor Hanif Khan.

No sé por qué, pero ya desde ese primer momento me asaltó una intuición:

había algo raro en el doctor Khan, no sospechoso exactamente, solo raro, algo que el director parecía ignorar. Antes de hablar, Khan me mostró lo que parecía un pequeño y anticuado aparato de televisión con distintos dispositivos, pero que yo reconocí como uno de los nuevos microscopios para bosones.

—Soy botánico, especializado en vides —dijo Khan. Sus modales eran encantadores—. Como sabrá, era un trabajo bastante duro. Pero, gracias a chismes como este, ya no lo es. Sus niveles de aumento son asombrosos. De hecho, nadie parece muy seguro de hasta dónde puede llegar. En cualquier caso, lo que es indudable es que será extremadamente útil para analizar con detalle cualquier cosa que su compañero traiga de, eh..., del otro lado. Sin problema.

Asentí agradecido.

—Bueno, Hanif —dijo el director—, ¿quiere echarle un vistazo a nuestro bebé? Si tiene alguna pregunta, sin duda seré incapaz de responderla.

Cierto. Hice ademán de acompañarlo, pero Khan me detuvo cortésmente levantando la mano.

—Tendrá muchas cosas que hacer, doctor Baker. No quisiera interferir.

Así que los dejé solos y fui a comprobar y recomprobar los ajustes con Rabaiotti. Senté a Simpson en el taburete y apreté el cinturón de ENVIAR/REGRESAR, una aplicación del TALISKER que hizo que se desvaneciera y reapareciera en cuestión de segundos, aunque subjetivamente había pasado en el futuro más de cuatro horas fuera. Tenía algo de suciedad en la cara y todavía más en la ropa. Por lo demás, no parecía haber sufrido daño alguno. Schneider prohibió todo contacto con él hasta que lo hubo escaneado y rastreado minuciosamente. Después le sirvió un escocés doble con agua. Nos juntamos en un círculo y escuchamos su historia.

La fecha programada en el TALISKER era el 15 de julio de 2003. Se había seleccionado siguiendo el razonamiento de que, después de las celebraciones de la fiesta nacional, que conmemoraba la toma de la Bastilla del 14 de julio, la curiosidad y la capacidad de observación de muchos franceses se encontrarían seriamente mermadas cuando Simpson apareciera entre ellos. De hecho, nadie lo vio llegar a la remota hondonada en las colinas que había sobre Beaune. Aprovechando el gran silencio que lo envolvía, comprobó su posición y estudió su ruta con detenimiento.

Eran las cuatro de la tarde y el sol brillaba. Las viñas especiales se agrupaban en torno a una estación central de investigación siete kilómetros al sudoeste. Tenía tiempo de sobra para llegar hasta la estación y, caracterizado como un enólogo invitado de Nueva Gales del Sur, darse un paseo por los viñedos. En caso de no ser capaz de conseguir los esquejes o de encontrarse con cualquier otra

dificultad, debía ocultarse y operar una vez anocheciera.

Haría el camino a pie. La Normativa Temporal desaprobaba encarecidamente la utilización de transporte del futuro y, tras un desencuentro con la escalera de un metro en 2062, estaba encantado de tener que acatar esa norma. Después comprobar una vez más el mapa y la brújula (mapa estéreo y brújula lumen, por descontado), partió de buen ánimo bajando por las pendientes cubiertas de hierba. Respiró profundamente un par de veces. Le impresionó la pureza del aire, aunque era relativamente normal en un lugar tan remoto como aquel. La población aviar era abundante y estaba bastante animada.

Simpson era un amante del clarete de Burdeos y había visitado a menudo los pueblos y los viñedos de aquella zona del país. Quizá si hubiera conocido los de Borgoña tan solo una cuarta parte de lo que conocía aquellos habría empezado a hacerse preguntas mucho antes. El caso es que siguió su camino felizmente hasta que miró el mapa y comprobó que debería estar más cerca de la carretera principal Beaune-Pommard; no, un momento: debería haberla cruzado cien metros atrás. Sobre el terreno no existía dicha carretera. En realidad, no se había topado con ninguna carretera, aunque había pasado cerca de más de un camino de tierra. ¿Qué se veía que fuera obra del hombre? Desde la altura, había divisado un par de iglesias, una gran casa con torres en ambos extremos, los tejados de un pequeño pueblo y un molino de viento. Un sendero lleno de baches conducía a una primitiva cabaña de madera que quedaba fuera del alcance de la vista. Pobres cosechas de algún cereal desconocido –mijo, quizá, o centeno– cubrían parte de las laderas. Nada más.

Decidió que, después de todo, debía de haber cruzado la carretera, que el deslizamiento de lodo que lo había ayudado a elegir su camino seguramente había enterrado una gran parte de ella. De repente escuchó voces que se acercaban por la curva del sendero en el que se encontraba. Sin dudarle, corrió a refugiarse en una ladera baja cubierta de arbustos y observó desde allí. No podría explicar qué era lo que lo había inducido a ocultarse.

Un momento después un carro tirado por un caballo flaco apareció traqueteando y dando botes. Un tipo de pelo lacio, de aproximadamente treinta años, sostenía las riendas y usaba el látigo; otro hombre más viejo estaba sentado a su lado; un tercer hombre y una mujer estaban recostados en el carro entre un montón de nabos y otros tubérculos. Se dirigían los unos a los otros empleando un tono alto y brusco en lo que Simpson, con su decente aunque limitado francés, identificó como un zafio dialecto local. Todos estaban muy bronceados, ninguno de ellos llevaba nada que pudiera considerarse más que un harapo, y un intenso hedor animal se propagaba a su paso. La impresión de degeneración humana que provocaban resultaba insoportable.

Antes de perderlos de vista, la terrible sospecha que había surgido en la mente

de Simpson se convirtió en certeza. En 1991 el mundo había estado cerca de la guerra un par de veces: primero por el incidente de Khoy; después, de nuevo, durante el sitio de Durban. Debía de haberse producido una tercera crisis de la que aún no habían salido. Lo que acababa de ver era un grupo de supervivientes, los patéticos restos de la humanidad después de la gran catástrofe. Pero ¿era posible alcanzar esa degeneración absoluta en tan solo diez años? ¿Lo había llevado el TALISKER a un futuro más lejano de lo que habían pretendido en un principio? Apartó con firmeza esas fútiles elucubraciones y se concentró en la Normativa Temporal, que primero requería que cada misión se ejecutara en la medida de lo posible y, solo después de concluir las tareas encomendadas, se considerara qué provecho podía sacarse de ellas. Después de descansar un poco y de tomar diez miligramos de Paracinomil, prosiguió su camino hasta la estación de investigación, o lo que quedara de ella.

No quedaba nada en absoluto —al menos, nada que pudiera distinguir bajo el matorral de zarzas y escaramujos que cubrían el enclave—, pero había restos de los viñedos circundantes, si es que las enclenques y raquílicas plantas que crecían allí eran en realidad vides. Parte de su misión era llevarse esquejes, así que procedió con la operación. Absorto en esta tarea, no se percató de que un vigilante se acercaba. Hubo una pelea: recibió un golpe en la cabeza y puede que perdiera la consciencia durante un tiempo. En cualquier caso, su siguiente recuerdo era que se encontraba sentado en el desnudo suelo de piedra de una enorme cocina anticuada con un criado de cierta categoría, quizá un mayordomo, que le preguntaba quién era. (A estas y otras conclusiones llegaron el propio Simpson o los miembros de la audiencia cuando posteriormente relató su historia).

En cuanto el mayordomo vio las credenciales de Simpson, su actitud pasó de la sospecha airada a la cautela, si no al respeto. Abandonó agitado la estancia y regresó con un hombre de cincuenta y tantos años que podía ser identificado positivamente por su atuendo y su tonsura como un eclesiástico, un monje. Pero las esperanzas de que un hombre docto comprendiera su propósito pronto se vieron frustradas. El clérigo estudió brevemente y con inquietud los documentos mecanografiados, lanzando miradas igualmente breves e inquietas a Simpson y a su sin duda ropa de aspecto extraño. Finalmente, le devolvió sus papeles con brusquedad, espetó una orden al mayordomo en su raro *patois* sibilante y se retiró sin ceremonia alguna.

No era mucho, pero al menos eran tolerantes. Colocaron a Simpson cerca de uno de los extremos de una larga mesa de roble, le llevaron agua en respuesta a sus gestos y lo dejaron libre para que estudiara su entorno. Llegaba luz de unas pocas velas cortas y gruesas y de un fuego sobre el cual chisporroteaban piezas de carne. El aire era caliente, ahumado y denso a causa de la cocina y otros

olores que no fue capaz de distinguir. Jamones y otros comestibles en conserva colgaban del techo. Hasta que se terminó de subir la comida al comedor de los monjes, el bullicio de gente entrando y saliendo con platos fue continuo. A estas alturas del juego, el mayordomo, que ahora le resultaba un personaje agradable con una hermosa chaqueta bordada, sin duda una reliquia de tiempos más felices, se acomodó al lado de Simpson y le indicó con amabilidad que se sirviera comida y bebida a su gusto.

No había carencia de ninguna de las dos: cordero, ave fría, salchicha, pan de centeno, mantequilla, queso, bayas frescas, cerveza, vino tinto... Todo era servido a la vez e indiscriminadamente. Como ya había supuesto al escuchar el canto de los pájaros, Simpson comprobó mientras llenaba su plato que fuera lo que fuese que había atacado a la humanidad, no había afectado a otras formas de vida.

¿O sí? Tenía tanta hambre, y los olores del ambiente lo embriagaron de tal manera, que sus mandíbulas se habían cerrado en torno a un pedazo de cordero antes de darse cuenta de que estaba putrefacto, descomponiéndose. El mayordomo se percató de su angustia, asintió animadamente y le pasó una vasija con sal. Con prudencia y para no ofender a nadie, Simpson se las arregló para ingerir dos bocados nauseabundos. El ave estaba un poco mejor, tal vez porque el fuerte olor de la caza parecía un poco menos incongruente con su estado. El aderezo de la salchicha le quemó la lengua. La fruta estaba amarga y el queso daba bastante miedo. Apartando a un lado la mantequilla rancia probó el pan, pero estaba lleno de residuos arenosos. La cerveza aguada al menos compensaba el efecto de la sal, hasta que después de unos sorbos su sabor empalagoso se volvió insoportable. Solo su entrega a la misión le llevó a aceptar una frasca de vino.

La nariz no servía de nada en aquel lugar. Tomó un primer sorbo, luego más. A menudo, desde aquella noche en las entrañas de Whitehall, Simpson ha tratado de describir esos 50 ml de vino que bajaron por su garganta. No sería exacto decir que era diferente a cualquier otro vino que hubiera probado antes, ni siquiera podría decirse que fuera mejor, más noble: era excelente en grado superlativo. Si un Chateau Haut Brion degustado en las mejores condiciones podía compararse con una fragancia de Cathay, entonces lo que estaba bebiendo ahora era equiparable a todas las riquezas de Oriente. Bajó la copa y miró al mayordomo, que se la quitó de las manos con una sonrisa de disculpa y le añadió, removiendo, miel aguada y una cucharada de alguna infusión. Con admirable estoicismo probó el resultado, que también le resultó francamente difícil describir, aunque algunas de las frases que utilizó resultaron de lo más evocadoras.

Con los ojos como platos y una mano en el estómago, Simpson abandonó la

cocina tambaleándose al son de burlas inocentes y gritos de ánimo. Pero no estaba realmente enfermo. Una vez al aire libre, completó el circuito de la pulsera que tenía en la muñeca y el TALISKER lo devolvió a casa sano y salvo.

El doctor Khan no podía contener la emoción. Le estrechó la mano a Simpson una docena de veces, le arrebató los esquejes casi con violencia y los colocó en la potente lente de su microscopio. La pantalla permaneció en blanco durante casi un minuto, mientras todos lo observábamos como hipnotizados. Entonces, varias hileras de símbolos lanzaron destellos al mismo tiempo. Khan pulsó botones una vez, dos veces, obtuvo nuevas respuestas y dio un profundo suspiro. Con un ademán ostentoso, se apartó de la máquina y, cual maestro de ceremonias, se volvió de cara a su público.

—Lo que nos ha traído el doctor Simpson —comenzó Khan— es algo a la vez más interesante y si me permiten más *valioso* que el resultado de cualquier experimento inmunológico. Tenemos en nuestras manos no la última de las vides, sino la primera; no una mutación, sino el portainjerto, la *Urrebe*. Tal y como ha confirmado ahora mismo la comparación botánica, se trata de un espécimen viviente del extinto portador primigenio de la vid, *Vitis vinifera pristina*, de la cual les daré más detalles en un momento. Antes tengo que explicar algunas cosas y disculparme, en primer lugar, ante usted, señor.

En ese momento se inclinó ante el director, que nos dedicó al resto una sonrisa nerviosa.

—Mientras me explicaba con todo detalle cómo utilizar su transmisor temporal, lo distraje y cambié radicalmente el ajuste: un comportamiento de lo más insolente, lo reconozco. Sí, tal y como él mismo ya ha comenzado a sospechar, el doctor Simpson no ha viajado al futuro, sino al pasado, a finales del siglo XIV, según creo... No estaba muy seguro de la calibración. Doctor Simpson, le pido disculpas por mi temerario y arrogante...

El director, cuya cara mostraba ahora el color de un buen Travel rosado, se había quedado sin habla, pero entonces Simpson abrió un paquete transparente y sacó un pequeño objeto de metal que le entregó a Khan.

—No me limité a recoger vides. Esta es la cuchara que me dio el mayordomo, o quizá debería decir el senescal, con la sal.

Khan reactivó su aparato, insertó la cuchara y bajó una barra.

—Puede que esto tarde un poco más. Eh... Como iba diciendo, me temo que cedí a un impulso...

—Ha valido la pena —dijo Simpson—. Una cosa: no entiendo por qué el monje reaccionó como lo hizo. Ahora comprendo que era incapaz de leer una sola palabra de mis papeles, pero parecía que le dieran miedo.

Rabaiotti sonrió ampliamente.

—Por supuesto que le daban miedo. ¿Documentación en una lengua extranjera producida con un método desconocido? Considérese afortunado de que no le sacaran de allí a la fuerza y le quemaran inmediatamente en la hoguera.

—Si se hubiera tratado de cualquier otro lugar en vez de un monasterio...

—Podría haber sufrido en sus propias carnes los horrores de la Edad Media, ¿eh? Especialmente los terribles...

El microscopio emitió un pitido y la pantalla se iluminó.

—Compuesto, en otras palabras, producido, fabricado, en 1325 d. C., con un margen de error de cinco años —anunció Khan—. Edad aparente 19, con un margen de error de uno. Un poco antes de lo que había calculado.

—Y pensar que podría haberse tratado de 1346... Eduardo III y el Príncipe Negro desplazándose para aplastar a los gabachos en Crécy. ¿Y si hubieran andado a la caza de espías ingleses? —dije.

—Borgoña no era parte de Francia en aquella época —interrumpió Schneider.

—¡Un poco de orden, caballeros! —gritó el director—. Me gustaría que el doctor Khan nos diera más detalles sobre el valor de esa cosa.

—Gracias, señor. Nuestro descubrimiento, nuestro premio, es clonable o susceptible de fructificar, o lo será en un período corto de tiempo. Pronto estaremos disfrutando de ese vino que los anfitriones del doctor Simpson consideraban demasiado flojo para beber sin adulterar. Y comercializando las vides que lo producen.

—Espléndido, pero ¿durante cuánto tiempo? —preguntó Rabaiotti—. ¿Por qué pensar que esta *Vitis pristina* será más resistente a la *Phylloxera* que las vides que conocemos?

—A causa de sus defensas naturales —dijo Khan con diligencia—. Esas defensas que los seres humanos han destruido casi deliberadamente con los mismos productos químicos que idearon para mejorarlas. Hubo un tiempo en que la *Phylloxera vastatrix* era un pequeño insecto casi inofensivo: casi, no totalmente. Así que tuvo que ser eliminado por medio de potentes bactericidas y, de hecho, fue exterminado temporalmente, aunque solo para regresar con más fuerza contra una presa debilitada. Y la siguiente vez fue peor.

—Las fechas se lo demostrarán. Primera fumigación de los viñedos franceses: 1803, bajo Chaptal, ministro del Interior de Napoleón. Primer daño grave por la *Phylloxera*: 1811-12. Primeros ensayos con humo tóxico: 1859. Nueva plaga de *Phylloxera* en los viñedos del Loira: 1865. Y así sucesivamente. Esa fue mi primera

pista. La medicina que acababa con la enfermedad iba progresivamente debilitando al paciente. Y, casualmente, parece que el precio que las vides pagaron por la simple supervivencia fue la pérdida de calidad del producto. Como siempre. Vaca de dos amos, ni da leche ni come grano.

—Así que... pronto, muy pronto, los aquí presentes lanzaremos de modo colectivo lo que será nada más y nada menos que el vino del siglo: el vino del siglo XXI, ¡por gentileza del XIV!

Relativamente pronto, en 1997 para ser exactos, se descorcharon las botellas para la primera cata. Yo estaba allí. Y hubo unanimidad al decidir que el vino era absolutamente espantoso. No había viajado, por así decirlo. Pero, para entonces, nosotros, los seis, habíamos hecho el agosto.



HEMINGWAY EN EL ESPACIO

La mujer lo observó y él hizo un nuevo barrido. Seguía sin detectar nada, pero él sabía que uno de ellos andaba por ahí. Lo sentía. Después de veinte años, uno sentía de algún modo que uno de ellos andaba por ahí.

—¿Ves algo?

—Todavía no.

—Pensaba que eras un experto en localizar a esas cosas —dijo ella—. Pensaba que te habíamos contratado porque nos ibas a llevar directamente hasta una de esas cosas. Pensaba que esa era precisamente la razón por la que te habíamos contratado.

—Cálmate, Martha —dijo el tipo joven—. Nadie es capaz de encontrar xeeb donde no hay xeeb, ni siquiera el señor Hardacre. Veremos alguno en cualquier momento.

Ella se alejó de donde estaban ellos, junto al cuadro de mandos, meneando su arrogante trasero bajo los ajustados vaqueros espaciales. «Serás zorra —pensó Philip Hardacre de repente—. Maldita zorra aburrida, pesada y estúpida». Sintió lástima por el tipo joven. Aunque él era bastante agradable, allí estaba, casado con esa maldita zorra estúpida, y parecía que le tenía demasiado miedo como para mandarla a la mierda, aunque se veía que ganas no le faltaban.

—Siento que está cerca —dijo el viejo marciano, volviendo la más grande y entrecana de sus dos cabezas hacia Philip Hardacre—. Lo veremos enseguida.

La mujer se apoyó en el costado de la nave y miró por la portilla.

—No entiendo por qué te ha dado por ir a cazar esas monstruosidades. Hace ya dos días que salimos, y podríamos haber estado en Venusport todo este tiempo, en vez de encerrados en este cacharro de acero a dos años luz de la civilización. ¿Qué tiene de bueno cazar un xeeb, si es que conseguimos cazar uno? ¿Qué demuestras cazando un xeeb?

—El xeeb es la forma de vida más grande de esta parte de la galaxia. —El tipo joven era profesor en alguna facultad o algo parecido: se notaba en su forma de hablar—. Y, lo que es más importante, es el único organismo dotado de un sistema sensorial que vive aquí, en el espacio exterior, y es feroz. Se sabe que ha llegado a enfrentarse a una nave exploradora. Es la maldita criatura más violenta que existe en todo el universo. ¿O no?

—Entre otras cosas —dijo Philip Hardacre. Aunque todo eso era cierto, había mucho más: la libertad que uno sentía ahí fuera y las estrellas brillando en la oscuridad, los hombres insignificantes con sus trajes espaciales, asustados y, aun así, no asustados, y hasta los enormes xeeb, tan pequeños en la inmensidad, y esa sensación de felicidad que uno tenía cuando cazaba un buen ejemplar...

—Ya viene —dijo el viejo marciano con su tono sibilante y la cabeza más pequeña vuelta hacia la pantalla—. Mire, señora.

—No quiero mirar —dijo ella, volviéndose de espaldas. Eso era un insulto terrible en el viejo código de honor marciano, y ella lo sabía, y Philip Hardacre sabía que ella lo sabía. Sintió el odio en la garganta, pero ahora no había tiempo para el odio.

Se puso en pie. No había duda. Un aficionado podría haber tomado el pitido por un asteroide u otra nave, pero después de veinte años uno sabía lo que era inmediatamente.

—Pónganse los trajes —dijo—. En el espacio en tres minutos.

Ayudó al tipo joven con el casco y, entonces, sucedió lo que había estado temiendo: el marciano había sacado su traje y estaba metiendo sus rígidas piernas traseras en él con cierta dificultad. Se acercó y colocó su mano entre los dos cuellos con el gesto tradicional de llamada.

—Esta no es tu cacería, Ghlmu —dijo en la elegante y arcaica lengua marciana.

—Todavía soy fuerte. Él es grande y se acerca con velocidad.

—Lo sé, pero esta no es tu cacería. Más que cazar, a los viejos los cazan.

—Tengo todos los ojos derechos y las manos fuertes.

—Pero son lentas, y deben ser rápidas. En su día eran rápidas, pero ahora son lentas.

—Har-dasha, es vuestro compañero quien os lo pide.

—Mi sangre es tuya como lo ha sido siempre. Solo mi pensamiento parece cruel, viejo amigo. Cazaré sin ti.

—Entonces, buena caza, Har-dasha. Espero tus instrucciones, siempre —dijo la vieja criatura, utilizando la fórmula ritual de aquiescencia.

—¿Vamos a cargarnos a esa maldita ballena o no? —La voz de la mujer era aguda—. ¿O tú y esa cosa os vais a pasar toda la noche silbando?

Se volvió hacia ella con violencia.

—Usted no participará. Se quedará aquí, en su sitio. Vuelva a colocar el bláster en el estante metálico, quítese el traje espacial y póngase a hacer la comida.

Volveremos dentro de media hora.

—A mí no me des órdenes, cretino. Puedo disparar tan bien como cualquier hombre y tú no vas a impedírmelo.

—Aquí mando yo, y los demás obedecen. —Por encima del hombro de la mujer, vio al marciano colgar su traje y se le secó la garganta—. Si intenta entrar en la cámara estanca con nosotros, nos volvemos a Venus inmediatamente.

—Lo siento, Martha. Tendrás que hacer lo que te dice —dijo el tipo joven.

Los dos bláster Wyndham-Clarke estaban preparados: los puso a la máxima potencia mientras esperaban a que saliera el aire en la cámara estanca. Después, la puerta exterior se abrió deslizándose por la pared y allí estaban: flotando en la libertad y la inmensidad y sintiendo aquel miedo que no era miedo. Las estrellas eran muy frías, y había oscuridad entre las estrellas. No había muchas estrellas, y la oscuridad era inmensa donde no había estrellas. La combinación de las estrellas y la oscuridad era lo que proporcionaba la libertad. Sin las estrellas o sin la oscuridad, no habría habido libertad, solo inmensidad, pero con las estrellas y con la oscuridad uno tenía la libertad y la inmensidad. Había pocas estrellas, y la luz que llegaba de ellas era escasa y fría, y a su alrededor había oscuridad.

Habló con el tipo joven por la radio del traje.

—¿Lo ve? Cerca de esa estrella grande, junto a la pequeña.

—No lo veo.

—Mire hacia donde estoy señalando. Todavía no nos ha divisado.

—¿Cómo hace para divisarnos?

—No se preocupe por eso. Ahora, escúcheme. Cada vez que se lance en picado, le dispara una vez. Solo una. Después avance en línea recta con su traje a propulsión lo más rápido que pueda. Eso lo confunde más que el movimiento lateral.

—Ya me lo había dicho.

—Pues se lo repito. Un disparo. Volverá a casa cuando le dispare. Prepárese: nos ha visto; está dando la vuelta.

La enorme y hermosa figura fosforescente se hizo más estrecha al acercarse de cabeza hacia ellos, y después pareció agrandarse. El xeeb se aproximaba a toda velocidad, más rápido que ninguno que hubiera visto antes. Se trataba de un xeeb grande y veloz, probablemente un buen ejemplar. Estaría seguro en cuanto hubiera pasado por primera vez. Quería que fuera un buen xeeb por el tipo joven. Quería que el tipo joven disfrutara de su primera cacería con un buen xeeb, grande y rápido.

—Dispare como en quince segundos, después accione la propulsión —dijo Philip Hardacre—. Y no tendrá mucho tiempo antes de que vuelva a atacar, así que estese preparado.

El xeeb se aproximó y el disparo del tipo joven trazó un arco. Había accionado el gatillo demasiado pronto, y apenas consiguió rozar el extremo de la cola. Philip Hardacre esperó hasta el último momento, apuntó a la joroba donde se encontraban los ganglios principales y accionó la propulsión sin esperar a ver dónde había acertado.

Sin duda, se trataba de una buena pieza. Por el modo en que su fosforescencia había empezado a vibrar, estaba claro que le habían alcanzado en alguna parte del sistema nervioso o lo que fuera su equivalente en su extraña anatomía, pero en pocos segundos dio la vuelta e inició otro gran ataque, elegante y hermoso, dirigido a los dos hombres. Esta vez, el tipo joven aguantó el disparo un poco más, consiguió alcanzarlo de lleno cerca de la joroba y accionó la propulsión como le habían dicho que hiciera. Pero, entonces, el xeeb cayó de una forma en la que solo caen una de cada cien veces, y estuvo a punto de chocar con el hombre. A Philip Hardacre no le quedó otra opción que vaciar su Wyndham-Clarke inmediatamente con la esperanza de que la pérdida de tanta energía hiciera al xeeb cambiar de opinión y dirigirse hacia él. Luego avanzó a la máxima velocidad en línea recta y llamó por la radio del traje a su compañero para que volviera a la nave cuanto antes.

—Me echó algo... He perdido mi bláster —le llegó la voz del tipo joven.

—Diríjase a la nave.

—No conseguiremos llegar, ¿verdad?

—Lo intentaremos. Confiemos en que su último disparo lo haya dañado lo suficiente como para ralentizarlo o hacerle perder su fino sentido de la orientación —dijo Philip Hardacre. Pero sabía que no tenían nada que hacer. El xeeb estaba solo a unos pocos metros por encima de sus cabezas y empezaba a girar preparándose para iniciar un nuevo ataque. Se movía más despacio, pero no lo suficientemente despacio. La nave también estaba encima de ellos, pero en dirección contraria. A esto era a lo que uno se enfrentaba cada vez que cazaba xeeb y, cuando ocurría, significaba que había llegado el fin de la cacería, y el fin de la libertad y de la inmensidad, pero ese fin tenía que llegar en algún momento.

De repente, un arco de luz surgió de la nave y, durante un segundo, el xeeb se volvió más brillante que nunca. A continuación el resplandor se apagó y quedaron sumidos en la más profunda oscuridad.

Encontraron al viejo marciano agazapado en la cámara estanca; el tercer

Wyndham-Clarke seguía entre sus pinzas. Los dos hombres esperaron a que se cerrara la puerta exterior y a que el aire lo inundara todo.

—¿Por qué no se puso el traje? —preguntó el tipo joven.

—No tuvo tiempo. Solo disponía de un minuto para salvarnos. Se tarda mucho más en ponerse un traje para marcianos.

—¿Qué le afectaría primero? ¿El frío?

—La falta de aire. No aguantan mucho. Cinco segundos como máximo. Lo justo para apuntar y disparar. —«Resulta que al final sí era rápido», pensó Philip Hardacre.

Dentro, la mujer los esperaba.

—¿Qué ha pasado?

—Está muerto, claro. Mató al xeeb.

—¿Y tenía que morir para hacerlo?

—Solo había un arma a bordo y un lugar desde el que usarla —dijo Philip Hardacre. Entonces bajó la voz—. ¿Por qué lleva puesto todavía el traje espacial?

—Quería saber lo que se sentía. Y por llevarte la contraria.

—Entonces, ¿por qué no cogió usted el arma y fue a la cámara estanca?

Sus ojos se apagaron.

—No sabía cómo funcionaba el mecanismo de apertura.

—Pero Ghlmú sí. Él podría haberla abierto desde aquí. Y usted sabe disparar, o eso dijo.

—Lo siento.

—¿Que lo sientes? —dijo el tipo joven. Ahora no sonaba como un profesor de facultad, ni como si tuviera miedo de ella—. Si lo sintieras, ese viejo seguiría vivo, ¿verdad? Que lo sientas no es suficiente y, además, sentirlo es algo más que decir «lo siento». ¿Sabes cuándo lo vas a sentir de verdad? Cuando te deje en Venusport y me coja el trasbordador de vuelta a la Tierra yo solo. Te gusta Venusport, ¿no? Bueno, pues esta es tu oportunidad para perderte allí.

Philip Hardacre terminó de componer las extremidades y los apéndices del viejo marciano y musitó cuanto sabía del mantra prescrito para esa situación.

—Perdóname —dijo.

—Prepara la cena —le ordenó el tipo joven a la mujer—. Ya.

—Esta era tu cacería —dijo Philip Hardacre al cuerpo de su amigo.



¿QUIÉN O QUÉ ERA?

Quiero hablarles de una experiencia muy extraña que tuve hace algunos meses, no para entretenerles, sino porque creo que plantea algunas cuestiones básicas sobre, ya saben, lo que es la vida y hasta qué punto controlamos las nuestras. Una cuestión bastante preocupante. En fin, lo que ocurrió fue lo siguiente:

Mi mujer y yo habíamos estado pasando el fin de semana con su tío y su tía en Westmorland, cerca de un lugar llamado Milnethorpe. Los dos, es decir, Jane y yo, teníamos cosas que hacer en Londres el lunes por la mañana, y el trayecto desde allí hasta Barnet, donde vivimos, es largo, aunque hagamos más de la mitad del camino por la M6. Así que le dije Mira, mejor no nos matemos intentando llegar a casa de día (era agosto), vamos a tomárnoslo con calma. Paremos a cenar en algún lugar y no contemos con llegar a casa hasta las diez y media o las once. Jane dijo Vale.

Nos fuimos de Milnethorpe a media tarde, nos lo tomamos con bastante calma y acabamos sobre las siete y media o las ocho menos cuarto, gracias a una de las guías culinarias que consultamos antes de salir, en el [...]. No les revelaré el nombre del local, porque a las personas que lo llevan no les gustaría que lo hiciera. Por favor, no intenten buscarlo. Les aconsejo que no lo hagan.

En cualquier caso, aparcamos el coche en el patio y entramos. Era uno de esos sitios de aspecto agradable, aunque bastante viejo. Me refiero a que a pesar de que debía de haber sido construido hace mucho tiempo, se había hecho con bastante sensatez. Ni rastro de hilo musical ni de esa estúpida iluminación tenue tan típica de los locales modernos, aunque tampoco se veía ninguna de esas clásicas fruslerías antiguas.

Bueno, pedí una copa para cada uno en el bar y fui a ver si conseguía mesa para cenar. Enseguida encontré al encargado, que dijo Bien, mesa para dos dentro de media hora, por supuesto, señor, están ustedes en el bar, haré que alguien les lleve el menú en unos minutos. Un tipo agradable, un poco joven para ser encargado.

Justo cuando salía entró un hombre barrigudo y dijo algo como ¿El señor Allington no ha venido esta noche?, y el tipo joven dijo No, señor, se ha tomado la noche libre. Está bien, no importa.

Bueno, les explicaré por qué en un minuto, pero me volví hacia el tipo joven y dije Perdona, pero ¿se llama usted Palmer? Y él dijo Sí, señor, y yo dije ¿Por casualidad no será David Palmer? Y él dijo No, señor, en realidad me llamo

George. Yo dije, o más bien balbucí, Un amigo me ha hablado de este sitio, se hospedó aquí, le gustó mucho, le mencionó a usted, en cualquier caso acerté con la mitad del nombre, y el señor Allington es el propietario, ¿no? Así es, señor. Hasta luego y todo eso.

Regresé derecho al bar, me fui hasta el barman y dije ¿Fred? Y él dijo Sí, señor. Yo dije ¿Fred Soames? Y él dijo Fred Browning, señor. Yo solo dije Me equivoqué de Fred, no fui muy educado, pero fue lo único que se me ocurrió. Me acerqué hasta donde estaba mi mujer y apenas me había sentado cuando me preguntó ¿Qué pasa?

Lo que pasaba requiere una pequeña explicación. En 1969 publiqué una novela. *El hombre verde*, además de ser el título del libro, era el nombre de una especie de *pub* o taberna elegante donde tenía lugar la mayor parte de la acción, un lugar muy parecido al tipo de establecimiento en el que nos encontrábamos aquella noche.

Y bien, el dueño de El Hombre Verde se apellidaba Allington; su ayudante se llamaba David Palmer; y el barman, Fred Soames. Allington es un nombre poco común —quería que fuera así por motivos que nada tenían que ver con la historia—. Los otros dos no lo son tanto, pero haber acertado con Palmer y Fred, por decirlo así, igual que con Allington, era una coincidencia enorme: de hecho, era asombrosa. Pero no estaba simplemente asombrado, estaba muy asustado. Porque El Hombre Verde no solo era el nombre del *pub* de mi libro, también era el nombre de una criatura aterradora, una especie de fantasma tangible hecho de ramas y de hojas de árboles que aparecía como por arte de magia y que estaba a punto de matar a Allington y a su joven hija. No quería saber si había acertado también en eso.

Jane se mostró muy sensata, como siempre. Dijo que se habían dado coincidencias más extrañas y que aun así no habían sido más que coincidencias, y ¿no podía ser que me hubiera tropezado con algún tabernero llamado Allington en alguna parte, lo hubiera olvidado parcialmente y lo hubiera rescatado de mi inconsciente cuando buscaba un nombre para el tabernero de mi libro? ¿Y que ahora el verdadero Allington, que yo había conocido en algún lugar, hubiera acabado aquí? Palmer y Fred en realidad sí son nombres bastante comunes. Y no había acertado con el nombre del *pub*. No voy a decirles cuál es, pero lo que sí les aseguro es que no es El Hombre Verde. Y mi *pub* estaba en Hertfordshire y este sitio estaba... a la salida de la M6. Todo de lo más razonable y tranquilizador.

Pero yo no estaba muy tranquilo. Quiero decir, obviamente no podía dejarlo estar. Lo que tenía que hacer era pillar por banda a ese tal Palmer y ver si había algo..., bueno, algo más. Un asunto delicado. Él podría pensar que yo era un

cotilla o un loco o cualquier otra cosa aún peor, y acabaría por no soltar prenda. Ninguno de los dos cenó mucho, aunque la comida no estaba mal. Tampoco hablamos demasiado. Bebí bastante.

Y, entonces, apareció Palmer con su típico ¿está-todo-bien?, tal y como yo esperaba que hiciera, como habría hecho en mi libro. Respondí que sí, que todo estaba bien, gracias, y entonces se lo pregunté, le dije que nos gustaría mucho que nos acompañara para tomar un *brandy* más tarde si tenía tiempo, y dijo que le encantaría. Magnífico, pero seguía sin saber cómo sacar el tema.

Jane había sugerido antes que por qué no me limitaba a decir la verdad, y yo había repuesto que ya que Palmer no había reaccionado de ninguna manera cuando le dije mi nombre al reservar la mesa —¿ven a qué me refiero?—, solo contaría con mi palabra respecto a toda la historia y que podría pensar que yo había perdido la chaveta, y ella dijo que por supuesto me apoyaría, y yo dije que él sencillamente pensaría que, en vez de con un chalado, había tropezado con dos. Bueno, dijo, pero quizá alguna de las personas que haya leído *El hombre verde* se lo haya mencionado —venga ya, señor Palmer: usted, el señor Allington y Fred aparecen en un libro escrito por un tal Kingsley Amis—. Todo resulta más que obvio cuando uno se para a pensar en ello, como muchas otras cosas obvias, pero uno tiene que pararse a pensar en ellas.

Bueno, por ahí tiré cuando Palmer se acercó a por su *brandy*, yo soy yo y escribí este libro y todo eso. ¿En serio?, dijo, más o menos. Pensé que estábamos jodidos, pero entonces dijo Ah, sí, ahora que lo menciona, recuerdo a un tipo que comentó algo de eso, pero debe de haber sido hace dos o tres años —ya saben, como si el tiempo le hubiera restado importancia—. No leo mucho, ¿saben?, dijo.

¿Y qué hay del señor Allington?, dije. ¿Él tampoco lee? Más bien no dijo. Bueno, un punto menos para mí, o uno más, depende de cómo se mire, porque mi Allington era un lector formidable, poesía francesa y todo eso. Aun así, mi estrategia en cierto modo había dado sus frutos, y Palmer soportó bastante bien ser contrainterrogado acerca de cómo ese sitio se correspondía con el mío, con el de mi libro.

¿Era rubia la señora Allington? Ya no había señora Allington; había muerto de leucemia hacía bastante tiempo. ¿Tenía a su padre viudo viviendo con él? (El padre de Allington, claro). No, el señor Allington senior y su mujer vivían en Eastbourne. ¿Estaban la casa o el *pub* encantados? No por lo que Palmer sabía, y llevaba allí tres años. De hecho, el sitio solo tenía unos doscientos años, lo que daba completamente al traste con más de la mitad de mi novela, en la que los fantasmas llevaban apareciéndose al menos cien años más.

Y así fue con casi todo. Claro que había algunas preguntas que no podía hacer, por un motivo u otro. Por ejemplo, si Allington era un borracho, como mi

Allington, o si este Allington había recibido la visita de Dios. En el libro, Dios aparece en la forma de un joven y le da a Allington algunos consejos sobre cómo lidiar con los fantasmas que él, Dios, piensa que constituyen una amenaza para él, Allington. No tenía sentido indagar más en esa parte.

He dicho que casi todas las respuestas que Palmer me dio fueron rotundas negativas. Una no lo fue o, mejor dicho, me apunté dos tantos, por así decirlo. Uno porque Allington tenía una hija de quince años llamada Marilyn que vivía en la casa. La hija de mi Allington tenía trece años y se llamaba Amy, pero me había acercado bastante; demasiado, diría yo.

Lo otro era un poco más difícil de atar. Cuando escribo una novela, es raro que me cree una especie de imagen mental de ninguno de los personajes, de cómo son físicamente. Creo que a muchos novelistas les sucede lo mismo. Pero, no sé por qué, me había formado una imagen muy clara de cómo era mi David Palmer, y ahora que había podido observar con detenimiento a George Palmer, al que tenía ante mí, me daba cuenta de que era casi igual a como yo lo había imaginado: no tan alto, con una nariz diferente, pero casi igual. Aunque no presté demasiada atención a ese hecho.

Palmer, George Palmer, dijo que tenía que ocuparse de algunas cosas y se marchó. Le conté a Jane lo que acabo de contarles a ustedes, lo del parecido. Dijo que era fácil que pudiera habérmelo imaginado, y yo dije Supongo que sí. En cualquier caso, dijo ¿Qué piensas de todo esto?

Dije que todavía existía la posibilidad de que fuese una coincidencia. ¿Qué podía ser si no una coincidencia?, preguntó ella. Me había estado preguntando eso mismo mientras hablábamos con Palmer. No era fácil. Sintiéndome como un maldito idiota, dije que pensaba que podríamos habernos extraviado en una especie de mundo paralelo que se parecía ligeramente al mundo que yo había inventado, ya saben, como en una historia de ciencia ficción.

Ella no se rio ni me rebatió. Miró a su alrededor y localizó un periódico que alguien había dejado olvidado en una de las sillas. Era el *Sunday Telegraph* de ese domingo. Dijo Si nos encontramos en un mundo paralelo al mundo real, lo más probable es que sea distinto del mundo real en todos los sentidos. Esta mañana has leído casi entero el *Telegraph*, el *Telegraph* real. Ahora mira este, dijo, a ver si es distinto. Lo hice, y no lo era: la misma portada, el mismo artículo sobre los sindicatos escrito por Perry, es decir, Peregrine Worsthorne, las mismas cartas de los lectores, el mismo crucigrama de arriba abajo. Bueno, eso fue un alivio.

Pero el alivio no duró mucho, ya que se vio interrumpido por el descubrimiento de otra extraña coincidencia. Todo esto sucedió en una calurosa noche de agosto —¿o ya había mencionado esto antes?—. En cualquier caso, así fue. Y Allington se ausentaba aquella noche. Fue durante una calurosa noche de agosto, después

de que mi Allington regresara de pasar la noche fuera, cuando el monstruo, el hombre verde, finalmente tomó forma y corrió con pasos pesados por la carretera para despedazar a Amy Allington. Ese fragmento empieza en la página 225 de mi libro, por si les interesa.

Había que tener en cuenta otra desagradable cuestión: a diferencia de otros novelistas que podría nombrar, yo invento todos mis personajes, excepto algunos de poca importancia que aparecen diseminados por aquí y por allá. Lo que quiero decir es que no me dedico simplemente a cambiarle el nombre a gente que conozco para meterla en un libro. Pero, claro está, uno no puede evitar poner algo de sí mismo en todos sus personajes, aunque no se trate más que de, bueno, de un hosco conductor de autobús que solo aparece durante media página.

Vale, obviamente esto ocurre sobre todo con los héroes. Eso sí, ninguno de mis héroes, ni siquiera el viejo Lucky Jim, es yo, pero mis héroes no pueden evitar estar formados por bastantes pedazos de mí, unos más que otros. Y el Allington de este libro era uno de esos héroes. Me parezco a él más de lo que me parezco a ninguno de los otros... En particular, yo me parezco más al Maurice Allington de mi libro de lo que el verdadero Allington, que por cierto resultó llamarse John, se parecía (por lo que me habían contado) a mi Maurice Allington. Disculpen que sea tan prolijo, pero quiero que eso quede bien claro.

Así que, si por alguna fantástica casualidad el hombre verde, el monstruo, decidía dejarse caer por allí, parecía bastante probable que él, o ello, eligiese aquella misma noche. Y, además, yo parecía encajar mejor en el papel del padre de la chica, que en el libro consigue salvarla del monstruo, que el verdadero padre de esa chica. Ya lo ven.

Traté de explicarle todo esto a Jane. Evidentemente, transmití el mensaje a la perfección, porque ella dijo enseguida Entonces será mejor que esta noche nos quedemos aquí. Si es que podemos, dije, refiriéndome a si habría una habitación disponible. Bueno, sí que la había, y en la parte delantera de la casa, además, lo que era un detalle importante, porque en el libro ese es el lado por el que aparece el monstruo.

Mientras un muchacho sacaba nuestras cosas del coche y las llevaba al piso de arriba, le dije a Jane No pienso ser uno de esos malditos idiotas de las historias de fantasmas que insiste en hacer las cosas solo: no, si puedo evitarlo. Voy a llamar a Bob Conquest. Bob es un viejo amigo, y casi el único al que sentía que podía pedirle que hiciera sin rechistar el viaje (vive en Battersea) hasta aquel lugar por un motivo tan ridículo. Para entonces eran poco más de las diez y no estaba previsto que el hombre verde hiciera su aparición hasta después de la una de la madrugada, así que, si salía inmediatamente, Bob podía llegar a tiempo. Todo bien, excepto porque no respondió al teléfono, aunque lo intenté dos veces.

Jane dijo Llama a Monkey; yo hablaré con él. Monkey, también conocido como Cloin, es su hermano. Vive con nosotros en Barnet. Alguien descolgó nuestro teléfono, pero fue mi hijo Philip, que estaba pasando allí el fin de semana, quien respondió. Dijo que Monkey se había ido a una fiesta, no sabía dónde. Así que lo único que pude hacer fue decirle que no llegaríamos a casa hasta la mañana siguiente, algo necesario, pero en absoluto útil. Y no había más que hacer. Quiero decir que no me atrevía a agarrar a George Palmer y pedirle que se sentara con nosotros hasta altas horas de la madrugada por si aparecía un fantasma. ¿Se habrían atrevido ustedes a hacerlo? Debería haber mencionado antes que Philip no tiene coche.

Bueno, nos quedamos en el bar hasta que cerró. En un determinado momento le dije a Jane No crees que estoy loco, ¿verdad? ¿O que sea estúpido o algo peor? Ella dijo Al contrario, creo que estás siendo extremadamente práctico y sensato. Bueno, le doy las gracias a Dios por eso. Jane cree en los fantasmas, ¿saben? Mi postura al respecto es exactamente la del hombre que dijo No creo en los fantasmas, pero les tengo miedo.

Lo cual me lleva a una de las cosas más extrañas de toda esta historia. Soy un tipo nervioso por naturaleza: nunca viajo en avión, no conduzco (Jane lo hace) e intento no pasar demasiado tiempo solo en casa. Pero, desde que tomamos la decisión de pasar la noche en ese sitio, toda la inquietud y, asumámoslo, el miedo que había empezado a sentir en cuanto estas coincidencias comenzaron a ocurrir, se esfumaron. De repente me sentí bastante seguro, sentí que sería capaz de hacer lo que fuera que se requiriera de mí.

Quedaba otra cosa por organizar. Ya en el dormitorio, le dije a Jane Si aparece, ¿con qué me voy a enfrentar a él? En el libro, Maurice Allington desentierra una especie de objeto mágico que más o menos controla al hombre verde. Yo no tenía nada parecido. Jane vio por dónde iba. Dijo que ya había pensado en ello, y se quitó y me dio la sencilla cruz de oro que llevaba alrededor del cuello no por motivos religiosos, sino porque pertenecía a su abuela. Esto servirá, y, de nuevo, consiguió hacerme sentir bastante seguro.

Bueno, después de eso, no hicimos mucho más que limitarnos a quedarnos sentados y esperar. En un momento determinado, un coche se acercó y se detuvo en el aparcamiento. Un hombre bajó y se dirigió hacia la puerta principal. Debía de ser Allington. No pude ver mucho de él, excepto que tenía el color de pelo equivocado, pero cuando miré el reloj comprobé que eran las doce menos ocho minutos, el momento exacto en el que el Allington del libro regresa después de haber pasado la velada fuera la noche en la que se enfrenta a la criatura. Un pedacito más de... llámenlo confirmación.

Abrí la puerta de nuestro dormitorio y escuché. Muy pronto oí pisadas que subían las escaleras y que se dirigían hacia la parte trasera de la casa seguidas del

sonido de una puerta que se cerraba. Inmediatamente después todo pareció sumirse en un completo silencio. No pudo pasar mucho tiempo hasta que le dije a Jane Mira, no tiene ningún sentido que me quede pululando por aquí. Puede que se adelante, nunca se sabe. La noche es cálida, será mejor que baje ya. Ella dijo ¿Estás seguro de que no quieres que vaya contigo? Completamente seguro, dije. Estaré bien. Pero quiero que vigiles por esta ventana de aquí. Vale dijo. Me deseó suerte, nos dimos un fuerte abrazo y después me marché.

Menos mal que tenía tiempo de sobra, porque salir de aquel sitio resultó bastante complicado. Todas las puertas parecían estar cerradas y las llaves no estaban puestas. Al final, encontré una puerta de una trascocina que daba al exterior y tenía la llave en la cerradura.

Fuera, todo estaba bastante iluminado por la luna llena, o casi llena, y un par de farolas muy potentes que había en las esquinas del edificio.

Solo alcanzaba a ver dos o tres casas: era un lugar bastante solitario. Recuerdo que un coche pasó por allí poco después de que yo saliera, pero fue el único. No corría ni la más leve brisa. Vi a Jane en nuestra ventana. La saludé con la mano y ella me devolvió el saludo.

La cuestión era elegir dónde esperar. Si lo que iba a suceder —asumiendo que algo fuera a suceder— ocurría como en el libro, entonces la chica, la hija, saldría de la casa porque le habría parecido oír a su padre llamándola (otro toque de magia) y, en ese momento, descubriría la presencia del hombre verde, que habría surgido de la nada. Me sentía incapaz de decidir dónde era más probable que apareciese.

Cerca de la puerta principal había uno de esos pesados bancos de madera: un golpe de suerte. Me senté en él y empecé a vigilar primero un lado y después el otro, medio minuto cada vez. Normalmente, diez minutos así habrían hecho que me volviera loco de aburrimiento, pero, aquella noche, por algún motivo, todo me parecía bien. Después, tras un largo rato de girar la cabeza de derecha e izquierda según el plan, vi a una chica de pie unos pocos metros más allá. Debía de haber dado la vuelta por aquel lado de la casa. Llevaba un pijama verde claro —otra vez el color equivocado—. Pensé en acercarme a ella y hablarle, pero había algo raro en el modo en que estaba...

No me estaba mirando. De hecho, enseguida me di cuenta de que no miraba nada en concreto. Moví la mano ante sus ojos, ya saben, como hacen en las películas cuando creen que alguien ha sido hipnotizado o algo así. Me sentí como un auténtico idiota, pero sus ojos no se movieron. Sonambulismo, supuse, cosa que tampoco ocurría en el libro. ¿Camina la gente en sueños? Aparentemente no, solo fingen que sí, según lo que un amiguete psiquiatra me contó después, pero por entonces no sabía nada de eso. Lo único que sabía, o

creía saber, era eso que todo el mundo ha oído alguna vez de que es peligroso despertar a un sonámbulo.

Así que me limité a permanecer en silencio cerca de la chica, vigilando. Pasó un poco más de tiempo y, entonces, de eso sí estoy seguro, oí, débil pero claramente, el sonido que había descrito en mi libro: el sonido crujiente y chirriante del movimiento de algo hecho de ramas de árboles, de ramitas y de matas de hojas. Y ahí, a unos cien metros de distancia, acercándose cada vez más deprisa con un trote traqueteante y torpe por encima de la hierba, había algo que no se parecía en nada a un hombre.

Sabía lo que tenía que hacer. Empecé a caminar para interceptarlo, con la cruz preparada en la mano. (La chica no se había movido ni un ápice). Cuando la criatura estaba como a unos veinte metros de distancia de donde yo me encontraba, pude verle bien la cara, llena de hongos, y escuché otro ruido, que provenía de lo que supongo que podría considerarse su boca y que había descrito en mi novela como el aullido del viento a través de los árboles.

Me detuve, me tranquilicé y le lancé la cruz, e inmediatamente se desvaneció — inmediatamente —. No fue como en el libro, pero no me paré a pensar en ello. Tampoco me paré a buscar la cruz. Cuando me di la vuelta, la chica se había ido. Mucho mejor así. Regresé corriendo a la taberna, me dirigí hacia el dormitorio y llamé a la puerta. Le había pedido a Jane que cerrara con llave cuando me marchara.

Transcurrieron unos instantes antes de que me abriera. Parecía confusa, pero yo no le presté atención, porque sentía que toda la calma y la seguridad previas me estaban abandonando. La senté sobre la cama y yo mismo me senté en una silla y le conté de un tirón lo que había sucedido tan rápido como pude. Debí de olvidar que se suponía que ella estaba mirando.

Para cuando terminé mi relato, estaba temblando. Y Jane también. Dijo ¿Qué te hizo cambiar de opinión? ¿Cambiar de opinión? ¿Sobre qué? Sobre salir ahí fuera dijo; volver a levantarte y salir. Pero..., dije, he estado ahí fuera todo el tiempo. No, no, dijo, volviste a subir aquí después de unos veinte minutos y me dijiste que todo esto era una tontería y que te ibas a la cama, y los dos nos acostamos. Parecía muy convencida.

Yo estaba destrozado. Pero todo ocurrió, dije, exactamente como te lo he contado. Eso es imposible dijo ella. Lo habrás soñado. Lo que queda claro es que no le lanzaste la cruz a nada, dijo, porque está aquí: me la devolviste cuando regresaste. Y allí estaba, colgada de la cadena que rodeaba su cuello.

En ese momento me derrumbé. No sé con claridad lo que dije o hice. Jane me obligó a tragar unas pastillas para dormir y al final caí rendido. Recuerdo haber pensado que alguien con un extraño sentido del humor me había metido

exactamente en el mismo apuro, en el mismo lío, en el que se encontraba el héroe de mi libro: ver algo sobrenatural y que nadie lo creyera. Porque sabía que lo había visto todo: lo supe entonces y sigo sabiéndolo ahora.

Me desperté tarde. Me sentía horriblemente mal. Jane estaba sentada al lado de la cama, leyendo. Dijo He visto a la joven señorita Allington. Tu descripción de ella coincide y, añadió, suele tener ataques de sonambulismo. Le pregunté cómo se había enterado y me dijo que simplemente lo había hecho. A Jane se le dan bien esas cosas.

En cualquier caso, me sentí mejor inmediatamente. Le dije que no creía que ninguno de los dos hubiéramos estado soñando, aunque nuestras historias no cuadrasen, y estuvo de acuerdo conmigo. Después de eso, aparcamos el tema de un modo un poco extraño. Decidimos no buscar la cruz que yo había lanzado al hombre verde. Le dije que no seríamos capaces de encontrarla. No le pregunté a Jane si estaba pensando lo mismo que yo, que buscarla sería una pérdida de tiempo porque en ese momento la llevaba puesta. Volveré a eso en un momento.

Hicimos las maletas y un par de llamadas de teléfono para reorganizar nuestras agendas, pagamos la cuenta y nos marchamos. Seguíamos evitando el punto principal. Pero entonces, cuando salíamos de la rotonda de Mill Hill, que está solo a diez minutos de casa, Jane dijo ¿Qué crees que ocurrió? ¿Ocurrió para que todo ocurriera?

Yo dije Creo que hacía falta alguien allí para destruir al monstruo. Lo que significa que fui guiado hasta ese lugar en ese preciso momento, o quizá el momento pudiera ajustarse, dije. Deben de haberme enviado, bueno... Todo eso del hombre verde y de Allington y de los demás...

... para asegurarse de que reconocerías el lugar cuando llegaras allí y supieras qué era lo que tenías que hacer dijo ella. ¿Y quién te guio y te envió todo eso?, dijo. Él, el mismo tipo que aparecía en mi libro para decirle a Allington lo que quería que hiciese. ¿Por qué no podía encargarse él mismo del monstruo?, dijo. Su poder no es ilimitado. Pues debe de acercarse bastante, dijo, si puede conseguir que la misma cosa esté en dos sitios a la vez.

Sí, ¿ven?, ella también había pensado en eso. Se supone que es una imposibilidad física, ¿no? En cualquier caso, dije, probablemente el modo que él había escogido había sido más divertido. Más divertido, repitió Jane. Parecía muy pensativa.

Como habrán visto, al final de todo aún quedaba un cabo suelto. ¿Quién o qué era lo que había adoptado mi forma para entrar en el dormitorio, hablar con Jane con mi voz y, además, compartir la cama con ella durante unos cuantos minutos? Ni ella ni yo lo mencionamos en varios días. Entonces, una mañana, ella me lo preguntó más o menos como acabo de escribirlo.

Un punto interesante dije; no lo sé. Más interesante de lo que crees dije; porque cuando... Quienquiera que fuese no se limitó a dormir.

Supongo que simplemente la miré. Eso mismo que estás pensando lo pensé yo, dije; y decidí que sería mejor ir a ver a John antes de contártelo. (Se refería a John Allison, nuestro médico).

Entonces, ha dado negativo dije. Sí dijo Jane.

Bueno, eso es todo. Un alivio, por supuesto. Pero, en cierto modo, bastante decepcionante.



EL MISTERIO DE DARKWATER HALL

Consultando mis notas, escritas con tinta ya marrón en el papel amarilleado por el paso de casi cincuenta años, descubro que debió de haber sido en los últimos días de julio de 1885 cuando mi amigo Sherlock Holmes cayó víctima, puede que con más fuerza que en cualquier otra época, de su innato temperamento melancólico. Las circunstancias no eran propicias. En Londres hacía un calor sofocante; ni una gota de lluvia se llevaba el polvo que, a intervalos, un viento húmedo barría en Baker Street. Los excesivos esfuerzos que Holmes hizo en el caso de la cartera Wallace-Bardwell y la posterior caza del escurridizo conde Varga le habían pasado factura. Sus ojos grises, siempre agudos y penetrantes, adquirieron un brillo realmente frenético, y la finura de su nariz aguileña pareció acentuarse. Fumaba sin cesar, treinta gramos o más de fuerte tabaco suelto en un solo día.

Su depresión se volvía más profunda, y él pasaba cada vez más tiempo envuelto en su bata de color púrpura, con su violín sobre las rodillas. Dedicaba largas horas a tocar con él extrañas melodías, a veces sonoras, a veces crípticas, pero con más frecuencia duras y desagradables. También extraños, e igualmente desagradables, eran los olores que emanaban de sus experimentos químicos. Jamás indagué en su propósito. El día en que sacó su pistola y procedió a añadir serifas a las patrióticas VR^[6] escritas a balazos en la pared situada frente a su sillón, mi impaciencia y mi preocupación me exigieron que pasara a la acción. Solo el reposo absoluto, en unas condiciones de comodidad y tranquilidad que yo sería incapaz de proporcionarle, restablecería la salud de mi amigo. Enseguida tomé medidas al respecto: envié y recibí algunos telegramas y, en poco más de doce horas, Sherlock Holmes estaba de camino a Hurlstone, en Sussex, donde se hallaba la residencia de ese Reginald Musgrave cuyos tesoros familiares había recuperado de modo tan brillante unos cinco años antes. Así fue como los acontecimientos conspiraron para enredarme en lo que solo puedo describir como una aventura verdaderamente singular.

Todo sucedió del siguiente modo: esa misma tarde, justo cuando acababa de volver de visitar a un paciente, el ama de llaves anunció la llegada de una tal lady Fairfax. El nombre enseguida despertó algo en mi memoria, pero aún estaba intentando averiguar qué exactamente cuando mi visitante cruzó el umbral de la sala de estar: era una mujer joven y rubia, de inusual belleza y distinción. Al instante percibí en ella una inquietud que claramente no era fruto del calor abrasador, ante el que, de hecho, su aspecto proclamaba una

indiferencia absoluta. Animé a esta encantadora pero afligida criatura a que se sentara y revelara la razón de su visita.

— En realidad era al señor Sherlock Holmes a quien había venido a ver, pero me dicen que ha salido y que no esperan que regrese hasta dentro de dos semanas — comenzó.

— Así es.

— ¿No pueden avisarlo?

Negué con la cabeza.

— Es imposible.

— Pero me trae hasta aquí un asunto de la máxima urgencia. Se trata de una cuestión de vida o muerte.

— Lady Fairfax — dije —, Holmes ha estado trabajando demasiado y es imperativo que descanse y se oxigene. No hablo solo como amigo, sino también como médico. Me temo que ninguna otra consideración podrá hacerme cambiar de opinión.

La dama suspiró y bajó los ojos hacia su regazo.

— ¿Me permite al menos que le ponga al corriente de los hechos principales del caso?

— Por favor, si cree que eso puede serle de ayuda, no deje de hacerlo.

— Muy bien. Mi marido es sir Harry Fairfax, el sexto baronet de Darkwater Hall en Wiltshire. Ejerciendo la autoridad que le proporcionan sus deberes de magistrado, el año pasado juzgó a un hombre conocido localmente como Black Ralph. Se le acusaba de cazar furtivamente. No había duda de su culpabilidad y, de hecho, era reincidente, en este y otros delitos, así que la condena de doce meses en prisión que le impuso mi marido fue más bien poco severa. Ahora Black Ralph está de nuevo en libertad, y ha llegado a oídos de nuestros criados que tiene intención de vengarse de mi marido. De asesinarlo.

— ¿Asesinarlo? — exclamé.

— Eso mismo, doctor Watson — dijo lady Fairfax. Mientras hablaba no dejaba de estrujarse las manos, enfundadas en unos guantes blancos—. Mi marido se mofa de estas amenazas, y describe a Black Ralph como a un granuja inofensivo con cierto gusto por la retórica. Pero ese individuo no es el típico borracho réprobo que hay en todos los pueblos. Lo he visto y he estudiado su comportamiento detenidamente, y le aseguro que es malvado y, con toda probabilidad, también un perturbado.

No sabía qué decir. A estas alturas, mi visitante estaba extremadamente agitada,

sus vividos labios temblaban y sus hermosos ojos azules destellaban fuego.

—Suenas como una verdadera amenaza —dije—, y comprendo que busques ayuda. Casualmente conozco a un tal inspector Lestrade en Scotland Yard que con mucho gusto le prestará toda la ayuda posible.

—Gracias, pero mi marido se niega a ir a la policía y me ha prohibido terminantemente que lo haga yo.

—Ya veo.

—Sin embargo, debe haber otros detectives a los que pueda consultar en Londres. Tal vez conozca usted a alguno...

—Bueno —dije tras una breve pausa—, la verdad es que en el último año más o menos han surgido bastantes..., ¿cómo debería llamarlos?, *rivales* de Sherlock Holmes. Pero los servicios que ofrecen son bastante limitados e insatisfactorios. Honestamente, no me atrevería a recomendarle a ninguno de ellos.

Hubo un silencio. La dama suspiró una vez más y finalmente se volvió hacia mí.

—Doctor Watson, y usted... ¿estaría dispuesto a ayudarme?

Una parte de mí había estado esperando aquella ridícula propuesta, pero aun así no estaba preparado para responder a ella cuando llegó.

—¿Yo? Oh, no estoy capacitado. No soy más que un simple médico, lady Fairfax: no soy detective.

—Pero usted ha trabajado mano a mano con el señor Holmes en otros casos. Es usted su amigo más íntimo y su socio. Debe haber aprendido muchísimo de él.

—Creo que puedo asegurar que conozco sus métodos al dedillo, pero hay otros aspectos de sus actividades acerca de los cuales lo ignoro todo.

—Eso no constituye un impedimento para que hable usted con mi marido, para que al menos le haga ver los peligros a los que se enfrenta. Ni para que le haga una proposición a Black Ralph, una advertencia, o incluso para que le ofrezca dinero... Doctor Watson, sé que piensa usted que estoy alterada, que me imagino cosas, tal vez incluso que soy una ilusa. ¿Acaso no es así, no lo piensa usted?

Ese comentario había sido extraordinaria e incómodamente astuto de su parte, no solo como observación, sino también como cambio de táctica. Traté de ejecutar una maniobra evasiva.

—Gracias por ser tan honesto —fue su risueña respuesta—. Puede que tenga razón y yo sea todo eso que usted supone. No quiero imponerle ninguna obligación, pero ¿acaso dos o tres días fuera de este sofocante Londres supondrían una carga tan pesada para usted?

En una ocasión, Sherlock Holmes declaró que el sexo débil era mi punto débil. Nunca comprendí del todo a qué se refería, pero si era a que yo gozaba de cierta influencia sobre el género femenino, había juzgado mal. Si realmente hubiera sido así, no me habría encontrado, la noche después de la entrevista que acabo de describir, en una remota estación de ferrocarril a unos cuantos kilómetros de Westbury.

Nada más poner un pie en el andén de la estación me abordó un hombre alto, de espaldas anchas y vestido de negro, que mencionó mi nombre con acento extranjero. Sin duda era español —respondía al nombre de Carlos, como supe después—, y, como tal, tenía el porte solemne de esa raza y un tono que se las ingeniaba para ser al mismo tiempo cortés y orgulloso. Hizo gala de dicha cortesía cuando, tras presentarse como el mayordomo de Henry Fairfax, me acomodó junto con mi equipaje en el elegante coche de caballos que esperaba en el patio de la estación. Aun así, su aspecto sombrío denotaba un temperamento para el que mantener las promesas y vengar los desaires era una cuestión de vida o muerte. Aunque en ese momento no era del todo consciente, me invadió un sentimiento de agradable sorpresa causado por la gentileza del baronet al enviar a uno de sus criados más importantes para recibirme, así como una calma provocada por el pausado paseo a través de los arbolados caminos en los que, mientras se alargaban las sombras, soplaban una refrescante brisa. También estaba ansioso por volver a ver a la encantadora lady Fairfax y, alentado por la curiosidad, por descubrir la exacta naturaleza de la amenaza a su marido.

Entonces el carruaje comenzó a subir una pendiente y esas gratas sensaciones se disiparon. Habíamos llegado ya al borde de la meseta calcárea que conforma la mayor parte del condado y nos internamos en una región de arcilla y roca. Unos setecientos metros más allá, se erigía una alta casa de piedra gris cubierta de hiedra de un diseño que incluso a esa distancia no parecía muy afortunado. A un lado se extendía un pequeño bosque con un follaje de un tono oscuro, casi azulado, poco común en Inglaterra. Al otro, serpenteaba lo que parecía un arroyo o un pequeño riachuelo. Supe inmediatamente que aquella casa era nuestro destino, y en cuanto una curva del arroyo acercó al camino el torrente turbio y obstruido por la maleza, entendí el origen de su extraño nombre.^[7] Un instante después, los caballos percherones que tiraban del coche se asustaron de tal manera que casi me hicieron caer de mi asiento. No tuve que buscar muy lejos para encontrar la causa: una figura humana indescriptiblemente amenazadora acechaba escondida tras un seto. Por un instante conseguí distinguir un puño peludo que se agitaba y unos dientes podridos a través de los cuales surgía un gruñido, nada más. Aunque los ojos oscuros del español no me hubieran dirigido una mirada lo suficientemente elocuente, habría jurado que se trataba de Black Ralph en persona.

Darkwater Hall no era mucho más atractiva vista de cerca. Su deteriorado aspecto mostraba que no se había construido recientemente, pero sus prominentes ventanas y sus bajas chimeneas no pertenecían a ningún período o estilo que *yo* pudiera identificar. En comparación, el interior era bastante convencional. Carlos me condujo hasta un dormitorio más que adecuado y me llevó con presteza abundante agua caliente, así que, tras tomar un buen baño, acudí a saludar a mis anfitriones con un ánimo renovado.

Su aspecto saludable, su mirada tranquila y su actitud abierta y llana convertían a sir Harry Fairfax en uno de los hacendados más elegantes de Inglaterra. Calculé que tendría unos treinta años. Su hermano Miles se le parecía en la edad y poco más, pues era un joven cetrino y de mirada despectiva probablemente adicto al tabaco y al licor. De ninguno de los dos hermanos obtuve lo que esperaba de aquel encuentro, alguna pista o indicio, algo que sacara de mi subconsciente lo que fuera que se había agitado allí dentro cuando escuché el nombre de Fairfax. Los libros de referencia no habían servido de nada. Por el momento, aquel dato permanecía enterrado en lo más profundo de mi memoria.

Como ya me había sucedido antes, no tuve tiempo de reflexionar sobre ello, puesto que mi anfitriona, con un traje de terciopelo azul celeste que destacaba la luminosidad de sus ojos, me condujo hasta el quinto miembro del grupo. Deduje que era un militar (por la posición de sus hombros) que había prestado servicio durante varios años en los trópicos (por su bronceado), pero cuya carrera no había prosperado (por su aire de decepción). Fue emocionante escuchar que lo presentaban como el capitán Bradshaw de la caballería ligera Assam. Nadie que no haya llegado a comandante antes de los cuarenta y cinco, edad que calculé que Bradshaw ya habría cumplido con creces, puede ser considerado un soldado de éxito. Escondí una sonrisa al pensar en el «¡Excelente, Watson!» que una voz muy familiar habría soplado en mi oreja, si su dueño hubiera estado presente, y me entregué a la conversación.

— Yo también fui una especie de soldado cuando era joven — dije.

— ¿Ah, sí? ¿Y dónde prestó servicio?

— En Afganistán.

— Entonces participó usted en un frente bastante activo...

— No tanto como un soldado de a pie, pero sí. Me hirieron y acabaron por licenciarme por invalidez.

— ¡Menuda suerte!

— Estará usted de permiso...

— Esperando la jubilación — dijo Bradshaw con un tono tan abatido como sus

gestos.

Miles Fairfax inclinó en ese momento su despeinada cabeza hacia mí.

—Bienvenido a Darkwater Hall, doctor Watson. La vida aquí le parecerá insignificante, aburrida y tosca viniendo del bullicio y el lustre de Londres, pero, créame, tiene sus ventajas.

—Ciertamente.

—Asumo que es usted médico, no un doctor en Leyes o un doctor de la Iglesia.

—Ejerzo la medicina, sí.

—En ese caso, el siguiente dato, que mi hermano ha omitido cuando nos presentó, puede que le divierta. Aunque no nos parecemos en nada, él y yo somos gemelos.

—No es tan sorprendente —dije—. Muchas parejas de gemelos no son más parecidas que cualquier pareja corriente de hermanos o hermanas, y ya se sabe que estos pueden llegar a ser muy distintos.

—Sin duda —dijo con un tono de lo más sarcástico—. ¿Es cierto, doctor, que los gemelos pueden nacer con una diferencia de algunas o incluso muchas horas?

—Así es.

—No fue así en nuestro caso, ¿eh, Harry? Veinte minutos es todo lo que separó nuestras respectivas llegadas a este mundo. Pero fue suficiente.

Su cuñada intentó contenerlo colocando con delicadeza una mano sobre su brazo, pero el tipo se zafó con una brusquedad que, de haber sido asunto de mi incumbencia, habría considerado reprender. Ahora no me cabía ninguna duda de que estaba ebrio.

—Sí —continuó con un gruñido—, veinte minutos resolvieron la herencia del título de baronet, de la casa, de la hacienda y del dinero. La voluntad de Dios, ¿no cree?

—Al menos, señor Fairfax —dije—, es obvio que es usted un buen perdedor.

Ese disparo dio en el blanco y lo silenció un rato, aunque me sentí aliviado cuando Carlos anunció la cena, lo que conllevó un cambio de escenario y de ambiente. El cambio no resultó ser precisamente a mejor, por cuanto la espaciosa habitación en la que ahora me encontraba estaba dominada por un grabado o relieve de lo más estrafalario que colgaba de la pared, encima de la chimenea. Era de algún tipo de madera oscura y no alcanzaba a distinguir qué representaba, excepto por el hecho de que, en una esquina, una figura humana, medio desnuda, estaba siendo atada a un poste por otras figuras que llevaban túnicas con capuchas; más allá me pareció ver un cadalso. En términos generales,

el conjunto me causó una impresión inequívocamente desagradable. La comida, sin embargo, era bastante apetitosa, y el servicio de lo más diestro y placentero, prestado por Carlos y una hermosa joven, que supe que era su mujer, llamada Dolores. Con su pelo negro azabache, su piel color crema y sus ojos marrón oscuro, contrastaba notablemente con su señora, aunque bien es cierto que la belleza femenina puede adoptar las más diversas formas.

Me encontraba relatando, por invitación del baronet, los detalles completos del extraño caso en Stoke Moran cuando, de repente, lady Fairfax dio un grito ahogado y se llevó las manos a la garganta. Seguí su mirada horrorizada y vislumbré, a través de un hueco en las cortinas, la cara que había visto durante solo un momento aquel mismo día: una cara desfigurada por la maldad.

—¡Black Ralph! ¡En la ventana! —grité, y me levanté de un salto de la silla. Bradshaw ya estaba de pie, entre la dama y el lugar en el que había aparecido el intruso. Sir Harry y yo habíamos salido de la casa en cuestión de segundos, pero, aunque buscamos concienzudamente por los alrededores, regresamos con las manos vacías, lo cual suscitó las burlas de Miles. Poco tiempo después, mi anfitrión se las arregló para separarme del resto del grupo atribuyéndome el deseo de contemplar su colección de armas. Se divirtió sin malicia a mi costa cuando le advertí que se mantuviera alejado de las ventanas hasta que yo hubiera corrido las cortinas.

—¿Imagina usted que Black Ralph anda por ahí con una pistola Gatling? —preguntó con una sonrisa.

—No imagino nada, sir Harry. Me conduzco según lo que veo y oigo. —Y le conté que ya había visto antes a la malvada criatura.

Permaneció impasible, atribuyendo esas apariciones a la ociosa curiosidad de aquel mentecato.

—No corro ningún peligro, doctor, créame —concluyó con firmeza.

—Lady Fairfax no piensa lo mismo.

—Ella es así. Me vigila con un celo que a veces es más propio de una madre que de una esposa. Todo esto se resolverá en cuanto nazca nuestro primer hijo.

—¿Está ese feliz acontecimiento en camino?

—Todavía no.

De un modo bastante abrupto, me puso en las manos un par de antiguas pistolas de duelo que habían estado guardadas en un estuche de cristal, y me pidió mi opinión sobre ellas. Respondí lo mejor que pude, igual que cuando unos minutos más tarde me pasó un revólver antiguo de la época de Waterloo. Después de un momento, comenzó a hablar de su hermano:

—Las visitas siempre son propensas a sacar lo peor de él. Imagino que se ve a través de sus ojos y no le gusta esa imagen. Es un hombre sin ninguna ocupación, sin ningún interés en las actividades de la hacienda (excepto en la caza; es un excelente cazador), y aun así demasiado indolente para tomar una decisión. Pobre, pobre Miles, prisionero de su propia naturaleza... Aunque ¿no lo somos todos? Y también pobre Bradshaw.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, francamente, Watson, considerando las circunstancias, no tiene mucho sentido no ser franco con usted. Jack ha estado viviendo aquí en gran medida de mi caridad. Se lo permito con gusto, puesto que estuvo al servicio de mi padre, pero eso lo irrita. Y bajo esa capa exterior de supuesta calma, se esconde en realidad un hervidero de emociones. Un temperamento bastante voluble, el de Jack. Cosa que, según mi padre, lo perjudicó en su vida en el regimiento.

En la pausa que siguió, mi mirada se detuvo en un arma que reconocí inmediatamente, uno de los rifles de acción simple Rossi-Charles con el antiguo visor de apertura. Aunque imprecisos para acertar el tiro a distancia, habían estado muy cotizados en su época porque nunca se atascaban y porque eran ligeros y económicos. Mencioné que los había visto en Afganistán, y sir Harry me contó que su padre había adquirido ese tras Jalalabad. Eso debió de pasar hace cuarenta años o más, recuerdo haber pensado —aunque todavía no sé explicar por qué tuve ese pensamiento—; hace cuarenta años, antes de que yo hubiera nacido.

El resto de la velada trascurrió placenteramente, aunque no se llegó a ninguna conclusión definitiva sobre los pasos a seguir en el asunto que me había llevado hasta allí y, a su debido momento, el grupo se dispersó. Mi dormitorio se encontraba en el segundo piso, sobre el que había lo que supuse que eran una serie de buhardillas y desvanes desocupados que no se utilizaban. Por consiguiente, me sorprendió un poco oír, cuando ya estaba a punto de acostarme, el claro sonido de una puerta que se cerraba en algún lugar por encima de mi cabeza. Me dispuse a escuchar distraídamente una conversación de la que al principio no pude entender nada, pero en la que, de entre un pequeño número de hablantes, se distinguían al menos las voces de un hombre y de una mujer. Presté más atención, pues el volumen de las voces, enzarzadas en una suerte de discusión, se incrementó notablemente. Cuando me quedó claro que en el piso de arriba una mujer obstinada se enfrentaba a un hombre pertinaz, me concentré en cada palabra, aunque no se podía distinguir ninguna; ninguna excepto una: «¡No!», pronunciada tres veces por una voz femenina, y acompañada por lo que sin duda era el paso desafiante de unos pies femeninos. Esto evidentemente zanjaba el asunto. El coloquio se fue apagando progresivamente hasta cesar por completo. Una puerta se abrió y volvió a

cerrarse, y unos momentos después todo estaba en calma.

El incidente no había durado ni un minuto, y su significado e importancia no me quedaban nada claros. No obstante, encontré cierta dificultad en serenar mi mente y dormirme. Fui incapaz de identificar la voz del hombre; la de la mujer era casi con total seguridad la de lady Fairfax. Me pregunté qué podía haberla llevado a esa hora a una parte de la casa tan distante de sus aposentos.

Cuando al fin conseguí dormirme, caí en un sueño profundo. A la mañana siguiente, totalmente repuesto de la agotadora jornada previa, apenas había acabado el desayuno cuando la casa se sumió en una repentina agitación: alguien había entrado por la fuerza en la armería a través de una ventana y se había llevado el rifle Rossi-Charles y media docena de balas de su calibre. No faltaba nada más, según Carlos, quien, deduje, estaba literalmente a cargo del modesto arsenal de su señor. Recordando la máxima de Sherlock Holmes de que no hay rama de la ciencia detectivesca tan importante como el arte de rastrear huellas, fui a buscar la lupa que había tenido la previsión de llevar conmigo y me puse a trabajar en la zona más próxima a la ventana. Pero las circunstancias me fueron adversas exactamente en el elemento que con tanta frecuencia favorecía a mi amigo: en la tierra, seca y dura por el caluroso verano, no había rastro alguno de lo que buscaba. Regresé a la armería y me encontré con que se estaba produciendo una disputa.

—En efecto, es algo muy sospechoso —decía sir Harry.

—¡Sospechoso! —le espetó su mujer—. ¿Una bala en el corazón estaría más cerca de proporcionarte una certeza?

—Legalmente es solo sospechoso, y ni siquiera un juez puede encerrar a un hombre basándose en eso. No puedo presentar ningún cargo con las pruebas de las que disponemos.

Bradshaw, que se encontraba al otro lado de la dama, parecía estar de acuerdo, y señaló que, además, no había testigos del robo.

—Entonces —llegó la rápida réplica—, Harry debe ponerse bajo vigilancia, ser protegido día y noche.

—Me niego a convertirme en un prisionero en mi propia casa, y es francamente difícil poner ese plan en práctica en el exterior, ¿eh, Jack?

—No me atrevería a hacerme cargo de tamaña tarea. Ni siquiera con la ayuda de un pelotón completo —declaró el soldado.

—Entonces deberías abandonar la casa y marcharte a un lugar seguro y secreto hasta que...

—¿Qué?, ¿y darle a ese sinvergüenza de Black Ralph la satisfacción de verme

echar a correr como un conejo? Antes prefiero morir.

La más que evidente sinceridad del comentario caló hondo en todos los que lo escuchábamos, incluso en su hermano, que en ese momento abandonó su talante desdeñoso, aunque lo recobró rápidamente cuando yo me sumé a la conversación.

Después de explicar la ausencia de huellas en el exterior, añadí:

—Pero sí encontré algunos fragmentos de cristal en la tierra, igual que encontramos algunos de este lado de la ventana.

—¿Es eso tan sorprendente? —fue la pregunta del baronet.

Respondí a su pregunta con otra.

—Esta puerta, ¿normalmente está cerrada con llave?

—¡Oh, sí, por supuesto!

—¿Cuántas llaves hay?

—Dos. Yo tengo una; Carlos, la otra.

—¿La lleva siempre consigo?

—No, la mayor parte del tiempo cuelga de una anilla que hay en la despensa.

—¿Y en la casa están al tanto de ese detalle?

—Seguramente, sí.

El gemelo más joven dijo, torciendo el labio:

—Su razonamiento es claro como el agua, doctor Watson. Cualquiera de nosotros, incluido Carlos, pudo haber entrado, roto la ventana desde dentro para simular que un intruso lo había hecho desde fuera, y escapar con el rifle. ¡Qué exquisitamente ingenioso!

—Señor Fairfax —dije, echando mano de toda mi racionalidad—, lo único que trato de hacer es explorar todas las posibilidades, por muy remotas que estas puedan parecer y por muy absurdas que puedan resultar cuando las examinemos en retrospectiva.

—Como lo habría hecho el propio Sherlock Holmes, si estuviera aquí.

—Me siento muy orgulloso de haber aprendido del mejor —observé con aspereza a la vez que llevaba aparte a sir Harry.

Antes de que yo pudiera pronunciar una palabra, él dijo con amabilidad:

—No supondrá en serio, Watson, que Carlos o Jack Bradshaw o mi propio hermano robaron esa arma, ¿verdad? ¿Qué motivo podrían tener?

—Por supuesto que no supongo tal cosa — dije —. Ese facineroso de Black Ralph es obviamente el culpable. No, solo estaba...

—¿Haciendo gala de sus dotes de observador? —respondió, recuperando inmediatamente su buen humor.

—Es muy probable. Ahora, dígame dónde puedo encontrar a ese sujeto. No hay tiempo que perder.

—Le ruego que tenga cuidado, Watson.

—Usted es quien debe andarse con cuidado, sir Harry. Permanezca en la casa, en la medida de lo posible. Llévase a Bradshaw con usted si tiene que salir. Advierta a los criados.

Prometió hacer lo que le dije, y sus instrucciones me condujeron directamente a la asquerosa casucha donde vivía Black Ralph, pero mi viaje fue en vano. La pazpuerca que abrió la puerta me informó de que el hombre se había marchado el día anterior para visitar a su hermana cerca de Warminster y no esperaban que regresara antes de una semana. No me quedé para intentar desenmarañar esa red de mentiras. Mis pesquisas en la taberna local resultaron igualmente infructuosas, así que regresé a Darkwater Hall y me dispuse a interrogar a los criados, la fuente de los alarmantes rumores que habían llegado a oídos de lady Fairfax en primer lugar.

La más misteriosa de mis informadores fue la joven Dolores, que afortunadamente hablaba inglés bastante bien, aunque con un acento más fuerte que su marido. Al principio no tenía mucho que decir: respondía con secos monosílabos o simplemente encogía sus gráciles hombros como respuesta. Pero después, por suerte o por instinto, me aventuré a preguntar cuál era su opinión personal de su empleador. Inmediatamente, sus ojos oscuros resplandecieron y vislumbré una pequeña parte de su espléndida dentadura blanca.

—¡Es frío! —gritó—. Es un buen hombre, sir Harry Fairfax, un caballero inglés distinguido, pero ¡es frío! ¡Su sangre es como la de un pez!

No hice ningún ademán para contenerla, puesto que no podían oírnos desde la casa en ese momento, y más bien la animé para que se explicara.

—¡No puedo! ¿Cómo podría..., a otro inglés?

—¿La ha tratado mal?

—Mal jamás. Le digo que es un buen hombre. Pero lo hace con frialdad, ¡con frialdad!

—¿A qué se refiere con frialdad?

De nuevo, la muchacha no hizo más que encogerse de hombros. Sentí que por

ese camino no conseguiría nada más y adopté una nueva estrategia preguntándole si Carlos también opinaba que sir Harry era un buen hombre.

—Sí, sí —fue la parca respuesta, acompañada de un gesto con la cabeza—. Creo que sí. O tal vez sería mejor decir que eso espero, eso espero, de verdad. Espero que la cosa no vaya a mayores...

—¿Por qué dice eso?

Pero de nuevo descubrí que por ese camino tampoco se podía avanzar más. Le di vueltas a esta entrevista en mi cabeza, junto a otras cosas, durante un agradable almuerzo y su sobremesa en una tarde que se presentaba condenadamente sofocante. A las cuatro y media me encontraba en el salón principal tomando el té con mis anfitriones.

—No esperaremos a Harry —dijo ella—. Casi nunca viene a tomar el té.

—¿Dónde está sir Harry en estos momentos?

—En los establos. Allí debería estar a salvo.

—Veo que hay una cuarta taza.

—Por si acaso Miles decide unirse a nosotros...

—Pero no ha contado usted con el capitán Bradshaw.

—¡Oh, nunca toma el té! ¡Nada debe interferir con su paseo de la tarde! Jack Bradshaw es un hombre muy serio.

—Sin duda es muy serio en lo que se refiere a usted, lady Fairfax.

—¿A qué se refiere?

—Como bien sabe ya, está enamorado de usted. Me di cuenta anoche, durante la cena. Cuando usted se asustó de aquella manera, Bradshaw, aunque no sabía qué era lo que había provocado su temor, descubrió el origen de ese miedo siguiendo su mirada, e inmediatamente —antes de que yo me pusiera en pie, y me moví con rapidez— se interpuso entre usted y la fuente del peligro. Esa rapidez proviene de un instinto basado en una profunda emoción, no de la parte consciente de la mente.

La dama no estaba indignada, no fingió incredulidad ni sorpresa. Este indicio adicional de su sagacidad me envalentonó lo suficiente como para atreverme a preguntar si podía seguir hablando con franqueza.

—Su investigación no progresará si permitimos que nos limiten falsas nociones de delicadeza —replicó.

—Por descontado. Recuerde que estoy planteando posibilidades remotas, nada más. Y bien, si quisiera asegurarme de que sir Harry falleciera, ¿cuándo se le

presentaría la mejor oportunidad?

— Cuando su vida acaba de ser amenazada por un criminal convicto.

— Exacto. ¿Qué hay de mi móvil?

— Conocemos un posible motivo: su víctima se interpone entre usted y el objeto de su pasión. Sin duda habrá otros.

— Ciertamente. Por ejemplo, que me carcoma un tipo especial de envidia, o que sienta que la Fortuna ha sido injusta conmigo.

— Le sigo.

— O también pudiera ser que sintiera que mi honor ha sido agraviado de tal manera que solo la muerte puede reparar ese mal.

— ¿Llama a eso hablar con franqueza, doctor Watson? — Fue una pregunta que nunca pudo ser contestada, puesto que en ese momento se oyó el chasquido de un rifle y a continuación la taza de té que sostenía su grácil mano se hizo añicos. Ordené a lady Fairfax que se echara al suelo y me apresuré a salir por los ventanales para inspeccionar los matorrales adyacentes, aunque sin éxito. Cuando regresé a la casa, encontré al baronet abrazando a su mujer, que sin duda estaba menos afectada de lo que muchas mujeres jóvenes lo habrían estado tras sufrir una experiencia como aquella. Una vez me hube cerciorado de que no necesitaba de mis cuidados profesionales, busqué la bala que había pasado entre nosotros y, finalmente, la recuperé de la esquina en la que había rebotado después de golpear la pared que estaba frente a la ventana. Aunque el impacto la había deformado un poco, pronto me cercioré de que provenía del rifle Rossi-Charles.

Para entonces, Miles Fairfax había llegado de su sala de estar en el primer piso. Ignoraba, según contó, lo que había sucedido hasta que un criado fue a avisarle. ¿Acaso no había oído el disparo? En efecto, había escuchado *un* disparo, pero había pensado que se trataba de uno más de los cientos de disparos que se efectuaban en las inmediaciones cada año por motivos de todo menos violentos. Bradshaw apareció un poco más tarde, de vuelta, declaró, de su paseo, y obviamente muy inquieto cuando se enteró de lo cerca que había estado lady Fairfax de la muerte.

— Por Dios, ¿qué clase de lunático querría hacer daño a una criatura tan inocente? — gritó, llevándose las manos a la frente como un loco.

— Oh, supongo que la intención era hacerme daño a mí, Jack — dijo sir Harry —. Tenga en cuenta dónde estaba sentado Watson. Desde la distancia, perfectamente se lo podría haber confundido conmigo.

— Harry — dijo su mujer resueltamente —, mañana no quiero escuchar ningún

disparo. Lo prohíbo terminantemente.

—¿A qué disparos se refiere? —pregunté.

—A algo de lo más inocente, doctor —replicó sir Harry—. Solo queremos ahuyentar a las palomas que hay al este del bosque. Unas cuantas personas de los alrededores nos acompañarán.

—¿Y en el distrito se conocen sus intenciones?

—Bueno, es una costumbre que repetimos cada año, una especie de tradición. Supongo que sí.

—No vayas, mi amor —imploró la dama—. Deja que los demás hagan lo que quieran, pero tú quédate aquí.

Me tomé la libertad de intervenir.

—Mi querida lady Fairfax —dije—, sir Harry no puede faltar a esa cacería. Es una oportunidad única para destapar a Black Ralph y acabar con su amenaza. Yo me responsabilizo personalmente de la seguridad de su marido.

Y con el apoyo de Bradshaw e, inesperadamente, de Miles Fairfax, acabé convenciéndola. Después, hice ciertos preparativos para el día siguiente con los que no aburriré al lector y, al igual que el resto de la casa, me retiré temprano. Me estaba quedando dormido cuando, igual que la noche anterior, escuché cerrarse la puerta del piso de arriba. En un segundo me había desvelado completamente. Las voces se escucharon de nuevo, pero con la diferencia de que esta vez no me cupo la menor duda de que el hombre era sir Harry Fairfax, que hablaba con una crueldad tan calculada que helaba la sangre. Pillé alguna que otra frase —«reprobación del pecado» y «sufrir un digno castigo»—. Esto fue suficiente para traerme a la mente lo que hasta ese momento ni el nombre de Fairfax ni el diabólico grabado que estaba colgado en el comedor habían conseguido hacerme recordar. ¡Uno de los antepasados del baronet, sir Thomas Fairfax, había llevado a cabo, allá por el siglo XVIII, indescriptibles rituales en esa misma casa, sometiendo a su propia mujer a humillaciones que no me atrevo a dejar aquí por escrito! Fue entonces cuando oí alzarse la voz de la actual lady Fairfax en una súplica lastimera y, después, lo que solo podía tratarse del violento chasquido de un látigo.

No podía vacilar más. Encendí una vela, cogí mi revólver de su escondite en el fondo de mi bolsa de viaje, me puse una bata y me dirigí al piso superior. En pocos segundos había encontrado la habitación de la que provenían los ruidos. Me detuve un instante antes de entrar.

Un momento después, la voz de sir Harry, con su antinatural crueldad todavía más marcada, me llegó desde el otro lado de la puerta cerrada:

—¡Ahora, te lo ordeno: debes hacer un acto de contrición! —Hubo otra pausa, y después la voz volvió—: ¡Ah, así que no te marchas, diablo! Eres uno con el cuerpo que habitas. Ella y tú sois una sola carne. ¡Entonces, como una sola carne, sufriréis escarmiento!

Con el latigazo resonando en mis oídos, irrumpí en la estancia y me vi frente a dos figuras ataviadas con ropajes típicos de hacía cien años: Emily Fairfax llevaba una bata de bombasí negro; aquel que debía de ser su marido estaba irreconocible, porque una máscara de terciopelo rojo le cubría toda la cara, a excepción de los ojos, por encima de la boca, que ahora tenía abierta por la consternación.

—¡Ya basta, Fairfax, ya basta! —grité—. ¿Qué es esta abominable mascarada? Estas, supongo, eran las prácticas que hicieron famoso a su maldito antepasado.

Hubo un instante de silencio absoluto antes de que el hombre se quitara la máscara. En aquel momento, la expresión de su cara podría haberse considerado de afable preocupación.

—Lo siento de veras, doctor —dijo con su tono de voz normal—. Veo que hemos perturbado su descanso. No sé cómo he sido capaz de olvidar que su habitación se encontraba debajo de esta.

—Gracias al cielo que lo olvidó —repuse—. ¿Qué es lo que le pasa, vil criatura? No puedo creer lo que veo.

Entonces lady Fairfax estalló repentinamente en carcajadas.

—Esto tiene una explicación —dijo—. Mi querido doctor Watson, le hemos alarmado innecesariamente. Merece una explicación. Tal vez debería enseñarle algo.

Me entregó un libro deslucido en cuya cubierta descifré el título *Obras de teatro terroríficas y macabras*. Pasé las páginas y poco a poco fui comprendiendo de qué se trataba todo aquello, hasta que, cuando llegué a la página en la que estaban, impresas en negro sobre blanco, las palabras que acababa de escuchar pronunciar a sir Harry, no albergué ya ninguna duda.

—¡Están actuando! —fue lo mejor que se me ocurrió decir.

—Correcto, querido amigo. —Sonrió el que tan solo un minuto antes había sido un temible inquisidor que hacía restallar su látigo contra un maltrecho escritorio. En ese momento, me di cuenta de que la habitación estaba medio llena de piezas de mobiliario que se habían desechado—. Creo que ya le conté cuánto echa de menos mi pobre esposa el teatro, y estas tonterías fueron lo mejor que se nos ocurrió para sustituirlo.

—Anoche... —dije débilmente—, anoche oí a lady Fairfax quejarse de un modo

que podría haber jurado que no era simulado.

—Tiene toda la razón —dijo la dama cordialmente—. Anoche nos enfadamos porque a causa de mi viaje a Londres, estaba demasiado cansada para practicar este noble arte.

—No los interrumpo más —declaré, e ignorando las disculpas de ambos, abandoné aquella habitación lo más rápido que pude. Indudablemente, había hecho el más espantoso de los ridículos, pero la compasión que sentía por lady Fairfax me salvaba de la vergüenza que ese pensamiento conlleva habitualmente. Cualquiera habría podido intuir que el propósito de esa noche no había sido precisamente divertirse, sino más bien distraerse para evitar pensar en lo que el día siguiente podría deparar.

El día empezó con bastantes buenos auspicios, pero también con uno de esos cielos azules ligeramente velados por la neblina que a menudo suelen ser preludio de un mediodía abrasador. A las once en punto, la partida de caza ya estaba de camino hacia el bosque. Además de a mí mismo, incluía a los hermanos Fairfax y a una media docena de vecinos, pero no al capitán Bradshaw, que acababa de contarle a un granjero barbudo que estaba aquejado por la reaparición de una molestia intestinal consecuencia de una bacteria que había cogido en la India y que no podría asistir. Mientras estaba diciendo esto su mirada se cruzó con la mía y, rápidamente, desvió la vista: nunca me he topado con alguien que mintiera tan mal. El único criado presente era un joven de mejillas sonrosadas que llevaba una carraca para asustar a las aves.

El sol abrasador estaba alto cuando nos adentramos en las sombras del bosque, plagado de pequeños ruidos. Casi nada más salir, Miles Fairfax perdió pie tras tropezarse con algún escollo en el terreno y, de no haber sido porque alcancé a estirar el brazo, se habría caído.

—¿Está usted bien? —pregunté.

Renqueó uno o dos pasos.

—Maldito tobillo. Creo que me lo he torcido.

—Mejor será que le eche un vistazo.

Esta sugerencia tan natural pareció llenarlo de ira.

—No me he roto la pierna, ¡maldita sea! —gritó—. No necesito cirugía. Enseguida me recuperaré y los alcanzaré. Váyanse. ¡Váyanse!

No parecía que tuviéramos otra opción que hacer lo que se nos ordenaba. Enseguida sonó la carraca: bandadas de palomas invadieron el cielo y las armas empezaron a disparar con súbita alegría. Yo no disparé, manteniéndome alerta y tratando de permanecer lo más cerca posible de sir Harry sin llegar a formar un

único blanco con él. La partida continuó su marcha adentrándose en el bosque. Detecté varios movimientos entre el follaje, pero ninguno proveniente de un ser humano. Había empezado a temer no lo que podría suceder, sino que nada sucediera, cuando llegamos a un claro que se encontraba a unos setenta metros. Inmediatamente, se oyó el fuerte chasquido del disparo de un rifle y sir Harry gritó y cayó fulminado al suelo. Me quedé atónito, pero cuando vi que el baronet estaba postrado boca abajo, les grité a los integrantes de la partida que se tumbaran y mantuvieran la cabeza gacha. Obedecieron con presteza. Se oyó otro disparo, pero, por fortuna, la bala se perdió sin alcanzar a nadie. Miré en la dirección desde la que había venido y caminé lentamente hacia allí.

— ¡Apunte aquí! — grité, señalando mi pecho —. ¡Aquí!

Siguió otro ruido. Oí la bala zumbear por el aire a tres metros de mi cabeza. El cuarto y el quinto intento no tuvieron más éxito. Cuando había avanzado unos veinte metros, percibí algo que se alejaba entre los arbustos. Seguí corriendo, pero aún no había conseguido distinguir nada cuando después de dos disparos casi simultáneos escuché un aullido de dolor. En menos de un minuto encontré lo que estaba buscando:

Bradshaw y Carlos apuntaban cada uno con un rifle a Black Ralph, que estaba postrado boca abajo.

— ¡Bien hecho, muchachos! — dije, agarrando a cada uno de un brazo y dirigiendo después mi atención al asesino en potencia. El sujeto en cuestión se parecía bastante más a un mono que a un ser humano. Hasta había algo animal en el modo en el que gimoteaba a causa de su herida. No era gran cosa: una bala le había rozado la rótula, incapacitándolo temporalmente, pero no, como hubiera sucedido si lo hubiera alcanzado de lleno, dejándolo inválido de por vida. Considerando las circunstancias, había tenido una suerte de mil demonios.

— ¿Quién le dio? — pregunté.

— No estoy seguro — dijo Bradshaw.

— Yo sí — dijo el español con una galante reverencia—. Fue usted, capitán. Admirable, considerando la distancia y que el objetivo estaba en movimiento. Y, ahora, permítanme que me encargue personalmente de entregar esta inmundicia a las autoridades.

La herida de sir Harry era más leve aún: un rasguño en la parte superior de su brazo por el que no había perdido prácticamente nada de su noble sangre. Cuando llegué hasta él, un irreconocible Miles, que lo estaba consolando con ternura, me dirigió una mirada que jamás olvidaré: revelaba de forma clara tanto el remordimiento por su conducta pasada como una firme resolución para el futuro. De regreso a Darkwater Hall, la alegría de la esposa por el retorno al

hogar del marido sano y salvo nos afectó a todos, especialmente a Bradshaw. Recibí tantos elogios por mi supuesto valor al exponerme a los disparos de Black Ralph que finalmente me vi obligado a confesar que no eran merecidos.

—El rifle es la clave —dije, sosteniendo en mi mano el arma que había recuperado—. Como todos los de su clase, es impreciso. Así que, cuando desapareció, comprendí que el culpable del robo era alguien que no sabía de armas. Cuando su taza de té se hizo añicos ayer, lady Fairfax, comprendí aún más cosas. Para conseguir acertar entre usted y yo con una bala disparada por este chisme a una distancia de aproximadamente ochenta metros, el tirador ha de ser alguien brillante, con muchas horas de práctica a sus espaldas; algo que ninguno de nosotros tiene... Así que debió de tratarse de alguien que, independientemente de sus habilidades, tuvo la suerte de acertar, aun disparando con un arma tan imprecisa. Que ese alguien volviera a tener esa suerte hace una hora me habría dejado estupefacto, debo reconocerlo. Así que, ya ven, mientras Black Ralph apuntara directamente a mi pecho, yo estaba a salvo. Si se hubiera limitado a disparar al azar, entonces puede que me hubiera alcanzado.

Bradshaw no parecía satisfecho con mi explicación.

—Pero hasta el arma más imprecisa del mundo es peligrosa a corta distancia —observó.

—Así es. Por eso mantuve la distancia hasta que no hubo más balas en el cargador. Pero, por supuesto, en cuanto llegué a la casa supe, sin lugar a dudas, quién era el villano de la historia... Aunque para confirmar la evidencia continué haciendo todo tipo de preguntas.

—¿Cómo lo descubrió? ¿Lo dedujo? —preguntó Miles Fairfax con una afable sonrisa.

—En absoluto. Un solo vistazo a ese tal Black Ralph me bastó para comprender que era peligroso. El resto de ustedes me parecieron totalmente incapaces de una acción tan monstruosa como la que ese miserable intentó perpetrar hoy. Era obvio. Y doy gracias a Dios por eso. Un caso más difícil me habría presentado ante todos ustedes como un patético sustituto de Sherlock Holmes.

Acompañado de Bradshaw, que me dijo que sentía que ya había vegetado lo suficiente, cogí el tren de la noche hacia Londres. Una vez allí ambos cenamos copiosamente en el Savoy.

Si estuviera registrando aquí una de las aventuras de Holmes, debería dejar la pluma en este momento, pero puesto que mi intención es que nadie tenga acceso a este relato hasta que pasen cincuenta años de mi muerte, me tomaré la licencia de añadir algo más.

No he sido del todo honesto con el lector. Con esto no me limito a confesar que, en esta historia como en otras, he repetido lo que el mismo Holmes me acusó de hacer en cierta ocasión: ocultar «eslabones de la cadena» —el plan que preparé con Bradshaw y Carlos para atrapar a Black Ralph es el ejemplo más notorio— para que la historia gane en suspense. Espero que en este caso la parte final no haya quedado demasiado «ostentosa». Tampoco es mi intención comentar la opinión, expresada por un colega vienés a quien recientemente resumí los detalles de esta historia, de que las representaciones *amateur* de sir Harry Fairfax puedan ser algo distinto a lo que yo interpreté y, de algún modo abstruso —que no pude discernir completamente—, puedan estar conectadas con su incapacidad para concebir un heredero. Pero lo que sí es seguro es que continuaba sin tener descendencia cuando, aproximadamente diez años después del caso Black Ralph, encontró la muerte en un accidente mientras montaba a caballo, dejando a su desconsolado hermano como heredero del título de baronet, así como del patrimonio que en una época había codiciado tan fervientemente.

Pero ya basta de eso. Lo que tengo que revelar es de una naturaleza muy distinta. La entrevista con Dolores, tal y como consta más arriba, es mentira. Sí que le atribuyó a Carlos unos celos infundados de sir Harry. Pero cómo lo hizo, y las circunstancias en las que lo hizo, fueron muy diferentes de lo que he dejado entrever. En realidad, los dos estábamos en mi cama. Incluso en estos días tan despreocupados de la tercera década del siglo XX, no me atrevería a publicar una confesión así. Al menos me queda la esperanza de que el lector de los setenta no encuentre mi conducta tan deplorable... Un vigoroso soltero de treinta y tres años, como tenía por aquel entonces, una joven hermosa y apasionada y una oportunidad... ¿Cometimos con ello algún ultraje contra el decoro?

Dolores, ¿qué había en ti, o en mí, o en ambos que hizo que en tus brazos experimentara el placer más intenso y más exquisito de toda mi vida? ¿Se debió al hecho de que fuéramos tan diferentes el uno del otro o de que compartiéramos una extraña comunión de espíritu? ¿Fue la estación? ¿Fue —al contrario de lo que podría parecer— el lugar? Para mí, ese es el verdadero misterio de Darkwater Hall, tan impenetrable y maravilloso ahora como entonces, hace cuarenta años.

JOHN H. WATSON

Doctor en Medicina

Bournemouth

Abril de 1925



LA CASA DEL PROMONTORIO

Me había quedado bastante satisfecho esa noche en el café del Irving.

Después de una buena cantidad de caviar, disfruté de un espléndido urogallo que rematé con una nectarina de invernadero, y compartí con mi compañero de mesa una botella de Aloxe del 26. Noté que el resto de los comensales estaban del mismo humor. En aquellos fatídicos días de agosto, el mundo estaba lleno de personas como nosotros, que todavía no estaban seguras de qué sería de ellas un mes más tarde, ni siquiera de si el Irving seguiría existiendo. Por el momento, sin embargo, mientras el murmullo de la conversación resonaba bajo el magnífico techo de aquel lugar, todo parecía alegre y reconfortante.

Ya en el bar de los socios, adonde habíamos ido para tomar un vaso de oporto, le mencioné a mi acompañante esa sensación de paz. En honor a la verdad, aquel hombre era mucho más que un mero acompañante: era y es uno de mis mejores amigos. Aunque juega un papel poco relevante en esta historia, debo contar algo sobre él. Se llama Roger Harvey, tiene mi misma edad —cuarenta años— y es un empleado, igual que yo, del Gobierno. Aunque trabajamos para la misma institución, él lo hace desde el extranjero, desde algún lugar del que nunca ha hablado, ni siquiera conmigo. Mis sospechas acerca de su actividad pronto se confirmarían. Asintió, mostrando su acuerdo con mi comentario.

—La mayoría de ellos todavía no cree que vaya a ocurrir, o no son capaces de asumirlo.

—Pero ¿va a ocurrir?

—¡Oh, sí! —dijo con una mirada que yo conocía bien. Significaba que estaba seguro, pero que yo no debía preguntarle en qué se fundamentaba esa certidumbre.

—¿Vas a quedarte en Whitehall?

—Aproximadamente una semana más. Después desapareceré. ¿Y tú?

—Todavía no me han confirmado nada. Imagino que mi departamento tendrá bastante trabajo.

—Efectivamente —dijo Harvey en un tono triste—. Tal vez no al principio, pero, más tarde, sin duda. Tengo que irme ya, aún me quedan infinitas cosas que cerrar... Y me sorprendería mucho que algo de lo que me queda por hacer resulte ser la veinteaava parte de interesante que aquello con lo que me topé ayer.

– Eso suena misterioso.

– Es que lo es. Disculpa un momento.

Mi amigo fue al vestíbulo, donde estaba su maletín, e inmediatamente regresó con un dossier cerrado con cinta adhesiva de color rosa.

– Encontré esto en un sitio que no le correspondía – dijo Harvey –. Me da la sensación de que no es que alguien se haya equivocado al archivarlo, sino que más bien lo habían escondido.

– Escondido hace tiempo – sugerí, observando el estado en que se encontraba el dossier que había traído.

– Es tan viejo como nosotros. Pero no hay en él ninguna información que pudiera resultarle útil al señorito Hitler. De otro modo, por supuesto, no lo habrían dejado en la oficina.

– ¿Qué significa este disco rojo?

– Ya no se usa. Significaba: «Destruir una vez que se haya actuado».

– Entonces es de suponer que no se actuó.

– ¡Oh, sí, querido amigo! Se actuó. Cuando lo leas, convendrás en que, fuera lo que fuera que ocurriese, en cuanto a lo que hay aquí – dio un golpecito en el dossier – se actuó adecuadamente, aunque no encontré ningún registro de cómo se procedió exactamente en este caso. No, creo que se guardó por lo que yo llamaría su valor anecdótico.

Estaba observando a Harvey.

– ¿Es que voy a leerlo? ¿Por qué?

– ¿Por qué no, si no tienes nada mejor que hacer? Te distraerá de nuestros problemas inminentes. Y estás bastante cerca de ser el lector ideal de estos documentos: eres la persona a la que más le fascina lo estrambótico de todas las que conozco, el asunto ocurrió en tu parte del mundo y tienes una imaginación vivida acompañada de unos nervios de acero. Me interesa mucho conocer tu opinión. Ahora, perdóname: voy a hacer una llamada y a tomarme una última copa antes de esfumarme. Saluda a Celia de mi parte.

– Gracias, lo haré.

– Siento perderme tu boda. Buenas noches.

Cuando Harvey se fue, me encontré con cuatro conocidos que estaban a punto de empezar una partida de *bridge* y me uní a ellos. Al final me quedé en el salón de juegos hasta pasadas las once. A la noche siguiente llevé a mi prometida a cenar y al teatro. Así que desde que me despedí de Harvey hasta el momento en

que empecé a quitar las cintas rosas del dossier que me había entregado habían pasado casi cuarenta y ocho horas. A pesar de lo que me había dicho, no tenía grandes expectativas acerca de lo que encontraría en él, puesto que cada vez que, con toda su buena intención, me recomendaba o me hablaba con entusiasmo sobre algo que él consideraba estrambótico, me demostraba que no entendía en absoluto lo que era atractivo para alguien con un gusto como el mío. Sin ir más lejos, el mes anterior me había hablado con cierta efusividad de un cuento sobrenatural bastante malo que había aparecido en la revista *Cornhill*. Pero cualquier distracción era más que bienvenida en un momento como aquel: las tropas alemanas se estaban desplazando hacia las fronteras de Polonia y Celia estaba visitando a su madre viuda.

Antes de abrir el dossier, por así decirlo, puede que quieran ustedes saber un poco de la persona que ha asumido la responsabilidad de describirles su contenido. Empezaré explicando que cuando Harvey dijo, en el bar del Irving, que el asunto ocurrió en «mi parte del mundo», se estaba refiriendo al área general del Mediterráneo oriental. Y esta zona se puede considerar «mía» en dos sentidos. Primero porque crecí en el seno de la familia de un diplomático británico en una de las ciudades costeras de esa zona. Aunque mi nombre — Robert Chalmers — no puede ser más inglés, y nunca he tenido un pasaporte que no fuera británico, mi linaje es desconocido. Imagínenme con el pelo rubio y los ojos azules, pero también con unos párpados rasgados que hicieron que me ganara el apodo de «Amarillo» en el colegio... Aunque, cuando crecí, esas facciones tan peculiares en aquella zona del mundo contribuyeron bastante (al menos eso es lo que a menudo me han asegurado) a lo que sin vanidad puedo llamar mi considerable éxito con las mujeres. Ese éxito es lo que ha hecho que me mantuviera soltero, pero, recientemente, como ya saben, he dado ciertos pasos para poner fin a ese estado.

Puede que, al fin y al cabo, sí sea la vanidad lo que me ha llevado a desviarme del tema. Pero, volviendo a las palabras de Harvey, existe un segundo sentido, y el más relevante en este contexto, por el que se puede afirmar que el Levante es mi lugar. Mi conocimiento del griego y del turco, prácticamente el de un nativo en ambos casos, y la influencia de mi padrastro muy pronto me garantizaron un puesto en la sección del Gobierno en el extranjero correspondiente a esa zona del globo. Por lo tanto, contaba con cierta ventaja para comprender al menos parte de los contenidos del dossier. Sabía, por ejemplo, que después de, literalmente, siglos de lucha, y en respuesta a la presión de las Potencias Aliadas (Gran Bretaña, Francia y Rusia), Turquía había retirado la última de sus tropas de la isla de Creta en noviembre de 1898. Y resultó que uno de los documentos del dossier llevaba el nombre de un pueblo cretense y la fecha de enero de 1899.

Estos documentos variaban en su naturaleza y su procedencia. Algunos eran

simplemente señales o descodificaciones directas, pero otros eran informes de distinta envergadura y longitud, muchos de ellos copias de notas que los agentes británicos infiltrados habían enviado a lo que en aquellos días se conocía como su puesto de control, cuya ubicación ni siquiera ahora divulgaré. A partir de los mensajes de ese puesto de control a Londres y de otro material adicional al que me referiré conforme avance en mi narración, se podía recomponer el relato de una operación encubierta. Me he divertido, puesto que tengo algo de *forma mentis* literaria, dramatizando esa historia en la medida de lo posible, sin añadir ni modificar nada sustancial. Y al final me ha quedado un relato bastante coherente.

Déjenme comenzar con información extraída de los dosieres oficiales de los dos agentes involucrados. El más joven, Michael Courtenay, había nacido en 1870 y estudiado en Rugby y Brasenose, y había sido reclutado por el Departamento (en ningún lugar se ha especificado el nombre completo del mismo) en 1895. Era experto en forzar todo tipo de cerraduras: puertas, cajas fuertes y cosas parecidas. Sus aficiones, tal vez resulte bastante curioso, incluían el críquet y la por aquel entonces tan de moda ciencia de la psicología. No obstante, una fotografía en muy mal estado demostraba que había sido un joven de espaldas anchas, rasgos marcados y mirada resuelta. Su oficial superior tenía ocho años más que él y respondía al nombre de Guy Barnes. Había recibido una formación similar y, además, contaba con una mención de Servicio Ilustre en el Departamento. El cabello rebelde y los grandes ojos que se podían apreciar en la foto que acompañaba a su dossier recordaban más, pensé, a un poeta o a un músico que a la criatura profundamente pragmática que, dada su profesión, debía de ser.

En las altas esferas, muy por encima de estos hombres, se había concluido que el final de la ocupación de los turcos llevaba sin duda asociados grandes beneficios, pero también entrañaba ciertos peligros para los Aliados. Por un lado, Creta se convertía en un lugar más vulnerable ante un posible intento de ocupación de terceras partes. Entre esas terceras partes había que prestar especial atención a Italia, cuya desastrosa aventura abisinia había concluido solo dos años antes. Tal vez precisamente por ese motivo en los últimos tiempos se mostraba bastante beligerante y, aunque en ese momento no manifestaba ninguna señal de interés por la isla, no había que perderla de vista. En segundo lugar, la misma partida de los turcos podía tratarse solo de un amago, de una especie de descanso para regresar con más fuerza, aunque ningún movimiento conocido en Constantinopla lo presagiaba. Lo que sí era un hecho indiscutible fue la llegada, el 21 de diciembre de 1898, del recién nombrado alto comisionado para la isla, el príncipe Jorge de Grecia, para tomar posesión de su cargo. Y también lo era la gran cantidad de enemigos que tenía tanto en la propia Creta como en los países colindantes. Todo esto llevaba a la conclusión de que parecía necesario

intensificar discretamente la vigilancia. Junto a sus colegas destinados en aquella zona, Courtenay recibió órdenes de estar al tanto de idas y venidas para vigilar e informar de cualquier cosa que, según su experiencia de dos años y medio en ese destino, le resultara inusual. Puso sobre aviso a los informadores que tenía diseminados a lo largo y ancho del territorio y se sentó a esperar en la pequeña oficina marítima que le servía de tapadera.

No tuvo que esperar mucho. A principios de enero fue a verlo un pescadero de mediana edad, a quien llamaré Vassos, que había demostrado en anteriores ocasiones ser un hombre de confianza a la vez que un buen observador. Courtenay pidió que les trajeran café. (Eso no se menciona en el dossier, por supuesto, pero puesto que en el mundo de habla griega nada importante se discute a menos que sea ante una taza de café, he creído que esta pequeña licencia no podía ser errónea, como otras que he dejado caer aquí y allá).

— ¿Tienes noticias para mí, Vassos?

— Sí, *kyrie*. No sé lo que significa, pero es algo.

— Intentaremos comprenderlo juntos. Habla.

El visitante permaneció en silencio durante un corto espacio de tiempo. Courtenay pensó que parecía nervioso. (Esto sí se menciona). Finalmente, comenzó:

— Anoche cogí mi barca para ir a vigilar las trampas de langostas que tengo colocadas en la parte de la bahía donde se encuentra el promontorio sobre el que está esa gran casa.

— Conozco el lugar. Continúa, amigo.

— Perdón, *kyrie*. Llego a las trampas, pero no traigo mi linterna, y entonces una luz parpadea en la casa. Eso me sorprende, porque creo que la casa está vacía, porque así ha sido durante más de un año, pero entonces recuerdo que el abacero me ha contado que tres hombres han ido allí hace una semana. Mientras miro, la luz parpadea otra vez: se enciende y se apaga, se enciende y se apaga, dos veces, así... Y después toda la casa está oscura de nuevo. Luego miro el mar y otra luz parpadea, y otra vez todo lo demás está oscuro... Eso es mucho más raro, porque entonces oigo un motor, uno grande..., ¿y qué voy a pensar de un barco con motor grande todo oscuro excepto por los destellos en esas aguas en las que hay tantas embarcaciones pequeñas? Así que espero, y enseguida viene el barco, y es grande, más grande que el *kayik* de mi primo. Está pasando a mi lado cuando se encienden más luces, en el desembarcadero que hay debajo de la casa. Pero las luces son tenues, como si alguien hubiera ahumado los cristales de las linternas, lo justo para ver, excepto... El fondeadero es demasiado pequeño para que el barco amarre de costado, así que se da la vuelta y entra de popa,

iluminando mi barca. Cuando lo hace, desembarcan algunas personas con linternas que también desprenden una luz tenue.

— ¿Cuántas? — preguntó Courtenay.

Esta inofensiva pregunta evidentemente preocupó a Vassos. Tragó saliva y dijo:

— Dieciséis o diecisiete, *kyrie*.

— Con esa aproximación me basta. ¿Todos hombres?

— Por lo menos diez, *kyrie*. De algunos no estoy seguro.

— ¿Conseguiste ver bien a alguno de ellos?

Vassos dijo en un tono distinto:

— Hubo una luz más intensa durante unos segundos, puede que fuera un fósforo al prenderse, y vi..., vi... No, imposible.

— ¿Qué es imposible? ¿Qué te preocupa?

— No, *kyrie*, perdón, no puedo contárselo. Pero juro por la cabeza de san Pedro que no era ninguna de esas cosas a las que se refería cuando nos dijo que mantuviéramos los ojos bien abiertos.

— Está bien. ¿Te vio alguien?

— Estoy seguro de que no. Esperé allí hasta que se fueron todos y después me alejé utilizando la pala... Al principio ni siquiera remé.

— Excelente. ¿Puedes llevarme hasta ese lugar? Seremos dos pescadores que pasan por allí por casualidad.

— ¿Cuándo, *kyrie*?

— Ahora, si es posible.

Después de meditarlo un poco, Vassos dijo:

— Mejor mañana por la mañana, *kyrie*. Hablaré con mi primo. ¿Puede estar en el puerto a las seis en punto?

— Sí. Lo has hecho muy bien, Vassos. Ten.

— Evjaristo, *kyrie*.

— Parakaló. Kalimera sas.

Un par de horas después de que Vassos abandonara la oficina, un hombre joven, alto y robusto, vestido con pantalones holgados y con la cara sucia, iba por el sendero que conducía desde la base del promontorio hasta la casa, que se encontraba al final, a lomos de un burro viejo. Cuando todavía le quedaban unos cincuenta metros para llegar a su objetivo, descubrió que el camino estaba

cortado por una verja de hierro recién pintada cerrada con un gran candado. Habían atado una campana a esta cancela, pero, en lugar de hacerla sonar, como hubiera sido lo normal, el recién llegado ató su montura a la verja y deambuló con aparente perplejidad a lo largo de la misma. Por el lado de la izquierda, la verja terminaba en un precipicio, o más bien era el precipicio lo que terminaba y la verja continuaba un metro más suspendida en el aire. En la otra dirección, bajaba por una pendiente accidentada hasta el borde del agua, pero no alcanzaba a ver su final. Donde cruzaba la roca desnuda, cada poste estaba fijado en un pesado travesaño. Aquellos tres residentes no habían perdido el tiempo. La valla no habría disuadido a un intruso resuelto y adecuadamente equipado, pero era suficiente para mantener alejados a los curiosos. Unos cuantos olivos y una pendiente en la tierra contribuían a que la vista de la casa fuera aún más pobre desde ese lado de la verja, aunque parecía tener forma de L, o tal vez de T. También le parecía divisar unas cuantas dependencias construidas alrededor del edificio principal.

Mientras el hombre del burro, que cargaba una alforja de higos frescos, miraba vagamente en esa dirección, alguien salió del bosquecillo de olivos. Iba vestido con ropa de criado y gritaba, al mismo tiempo que se acercaba hasta él, con acento peloponeso:

—¿Qué quiere? ¡Usted, el de ahí!

El otro se quitó su sombrero de paja e hizo una leve reverencia.

—Saludos a su ilustrísima. —Su acento era cretense y rústico—. ¿Le gustaría a su señoría degustar alguna de estas deliciosas frutas? Dos piastras por todo.

—No nos hacen falta. Tenemos nuestra propia fruta.

—Una piastra y media.

—Te digo que no la necesitamos —dijo el criado, deteniéndose cuando todavía le faltaban algunos metros para llegar hasta la cancela. Si tenía la llave para abrirla, no la llevaba a la vista—. Ya puedes irte, amigo.

—Una piastra. ¡Mis higos son los más deliciosos de toda Creta! Su alteza el conde los disfrutará enormemente...

—¿Conde? ¿Qué conde?

—El conde Axel, su amo, distinguido señor.

—El conde Axel no está aquí. Y ahora vete.

El peloponeso se dio la vuelta y regresó por donde había venido. Después de hacer un gesto blasfemo y murmurar una serie de imprecaciones, el vendedor de higos fallido cogió su burro y bajó por el sendero. Ni un solo indicio de amenaza, se dijo Courtenay, solo disuasión absoluta, para que circulara el rumor de que de

la casa del promontorio no se podía sacar ningún beneficio. Y puesto que unas cuantas indagaciones previas en el puerto habían apuntado a un tal conde Axel como el reciente comprador de la casa, ¿qué se podía deducir de que se hubiera negado implícitamente su existencia y explícitamente su presencia en el lugar? Tal vez solo el simple deseo de poner trabas. Axel: supuestamente, un nombre escandinavo. ¿Podían Suecia o Dinamarca tener algún plan respecto a Creta?

A la mañana siguiente cualquier madrugador que estuviese observando desde la casa podría haber notado (y sin duda uno o más lo hicieron) las excentricidades de un gran *kayik* que pescaba en las aguas aledañas. El viento y el mar estaban en calma, pero la inexperiencia o la ineptitud con las velas o la caña del timón provocó que el bote, arrastrado solo por la corriente, fuera a la deriva hasta más allá de la punta del promontorio a una velocidad lo suficientemente lenta como para mantenerse a menos de doscientos metros de ese lugar durante unos minutos. Los hombres iban de acá para allá en cubierta llenando el aire de gritos y de todo tipo de insultos. Courtenay, agazapado bajo la regala con sus prismáticos, solo fue capaz de apreciar un detalle que parecía irrelevante, pero suficiente para pedir que enviaran a Barnes.

—¿Tapiadas? —inquirió Barnes la noche del día siguiente—. ¿Estás seguro? ¿Hace cuánto?

—Estoy seguro —dijo Courtenay—. Como no soy albañil no puedo decir hace cuánto, pero me apostaría lo que fuera a que ese edificio se construyó hace relativamente poco tiempo, sin duda hace menos de un año. Sigo intentando encontrar al hombre que lo hizo. Aunque, por supuesto, puede que fuera alguno de ellos.

—Sin que haya ningún motivo para condenar ni una sola ventana...

—Ni hay impuestos que graven la cantidad de ventanas que uno tiene en su casa ni nada parecido...

—Empezaremos a vigilar por la mañana.

Establecieron su atalaya en un lugar recóndito en el punto de la bahía más alejado de la casa. Desde allí estuvieron observando durante casi dos días completos a través del grueso telescopio naval que Barnes había traído consigo a sugerencia de Courtenay. Lo primero que pudieron distinguir fue que, efectivamente, en uno de los edificios auxiliares que Courtenay había visto se habían tapiado al menos dos ventanas. Tomando como referencia las cifras de Vassos, concluyeron que cinco o seis personas jamás se habían arriesgado a salir al exterior. Por la mañana, a mediodía y por la noche, alguien salía de la casa principal llevando una gran bandeja cubierta con un paño y desaparecía tras doblar la esquina de ese otro edificio, donde debía de estar la puerta por la que se accedía al mismo. Más tarde regresaba para recuperarla repleta de platos

vacíos. Un segundo sujeto hizo acto de presencia los dos días, por la tarde: un hombre alto con el pelo blanco y un color de piel que delataba un origen bastante más al norte del lugar donde se encontraba en ese momento.

—El conde Axel —dijo Barnes.

—Sí, pero ¿a quién va a visitar? —preguntó Courtenay—. ¿A quién puede tener ahí? ¿Y por qué endiablado motivo?

Ninguno de los dos tenía ni idea.

Permanecieron mirando por su telescopio, en turnos alternos, durante prácticamente toda la noche. La luna, ya casi llena, les proporcionaba una vista excelente. El hombre al que habían identificado como el conde Axel hizo una visita al pequeño edificio que duró desde las 21.27 h hasta las 21.53 h. A las once, la casa ya estaba a oscuras, y sus alrededores, por lo que podían ver, desiertos.

Durante la segunda tarde de vigilancia, un mensajero de Courtenay los localizó y les dijo que un albañil había llamado diciendo que él era el hombre que el *kyrios* inglés estaba buscando. Courtenay fue a su oficina y regresó en menos de una hora, con un aspecto bastante satisfecho.

—Hay tres ventanas, y esos tipos las condenaron todas —le dijo a Barnes—. Pero el albañil ha resultado de gran utilidad: me ha descrito la clase de cerrojo que instalaron en la cancela.

—¿No supondrá ninguna dificultad?

—Para mí, ninguna en absoluto. A ti podría llevarte algunos minutos. Mi informador también me contó lo que necesitaba saber acerca de cómo está distribuido el interior y me proporcionó datos complementarios a las observaciones que hemos podido realizar de los edificios. Te los pasaré más tarde. ¿Lo hacemos esta noche?

—A medianoche. Te creo con respecto a la cancela, pero aunque solo tardaras un segundo en abrirla sin duda te descubrirían: debe de haber vigilancia las veinticuatro horas del día. Así que lo mejor es que vayas en barco hasta la punta del promontorio: desembarcas allí y yo te espero. Permaneceremos en la sombra hasta el último minuto. ¿Nos llevará tu inquisitivo pescador hasta ese lugar?

—De cabeza. Le encanta la acción.

Sin embargo, cuando se lo propuse a Vassos, lejos de lanzarse de cabeza, se negó categóricamente. Solo la promesa solemne de que bajo ninguna circunstancia tendría que abandonar su bote, junto con un aumento sustancial de su tarifa, le hizo cambiar de opinión. Cubriría con algo sus remos para amortiguar el ruido y se ocultaría cerca de la base del promontorio a las 23.45 h.

—Se me olvidó contarte antes que la puerta —dijo Courtenay cuando se

acercaba la hora de la cita— tiene una especie de trampilla con bisagras del ancho de una mano o más en la parte de abajo.

—Lo suficientemente alta como para dejar pasar una bandeja llena de cosas.

—Así lo veo yo.

—¿Qué esperas encontrar, Courtenay?

—Armas. Munición. Puede que explosivos. Lo suficiente como para hacer que las autoridades lleven a cabo una redada.

—¿Detrás de las ventanas tapiadas?

—He vuelto a pensar en eso. Vassos no pudo ver bien a esas personas cuando desembarcaron. Media docena de ellos parecían llevar máscaras o capuchas. Puesto que es imposible que aún las lleven puestas, han de vivir donde solo puede verlos un hombre, su líder. Si un criado los viera sin esas máscaras, podría reconocerlos, o ser capaz de describirlos más tarde, cuando el trabajo, sea el que sea, esté terminado.

—Me gustaría escuchar tu opinión acerca de nuestra misión —dijo Barnes.

—Bueno, creo que tienen la fuerza suficiente como para tomar un punto estratégico en la costa y conservarlo hasta que sus aliados lleguen con refuerzos. Sin duda la suficiente para derrocar al príncipe Jorge. Pero me da la sensación de que conoceremos la historia completa en un par de horas.

Vassos los estaba esperando. Cuando llegaron a su bote, dijo con seriedad:

—*Kyrie Catni, kyrie Barans*, les suplico que no hagan lo que tienen intención de hacer.

—Tenemos que hacerlo, Vassos —dijo Courtenay—. Es nuestro deber.

—No sé lo que es eso. Entonces, ¿van a ir?

—Por supuesto. ¿Esperas que nos demos media vuelta a estas alturas?

—No, *kyrie*. Pero recuerde que se lo supliqué.

A medianoche, ya habían alcanzado el punto que cuidadosamente habían elegido mirando desde el telescopio. Los dos ingleses desembarcaron. Vassos llevó su barco unos pocos metros mar adentro, donde la oscuridad era profunda. Aunque la subida que tenían ante sí parecía mucho más pronunciada de lo que habían calculado, Courtenay les aseguró que podía hacerlo, y pronto lo perdieron de vista. Barnes se encontraba oculto y se dispuso a esperar, hasta media hora antes de que amaneciera si era preciso. Si su compañero no había regresado para entonces, asumiría, como habían acordado, que se lo habían impedido por la fuerza. Ante dicha eventualidad, Barnes volvería por donde

había venido e informaría a las autoridades británicas de la isla. Mientras tanto, debía estar preparado para encargarse de la retirada.

Cincuenta y cinco minutos después, escuchó volver a Courtenay. Esto sorprendió y consternó a Barnes: el joven oficial era famoso en el Departamento por su habilidad, tal vez inesperada en un hombre de su tamaño, para pasar totalmente desapercibido en circunstancias como esas, incluso cuando se movía por los terrenos más difíciles. ¿Era de verdad Courtenay quien se acercaba? Barnes cambió de postura y sacó su revólver.

Courtenay apareció en su campo de visión, pero no era el Courtenay que había partido para escalar la pared del promontorio. La figura que se veía débilmente iluminada caminaba dando tumbos de un lado a otro, casi como si lo hubiera vencido una lasitud insoportable.

—Courtenay —lo llamó Barnes, suavemente pero con insistencia—. Aquí.

Con un evidente y arduo esfuerzo, el otro cambió de dirección y dio media docena de pasos cansados hacia la voz. Después, cayó hacia delante y no se movió. Barnes, con su revólver en el bolsillo, corrió hacia él y le dio la vuelta para colocarlo boca arriba. Le salía sangre de una herida en el pecho. Tenía los ojos abiertos. Después de un breve instante, reconoció a Barnes. Un momento más tarde todo su rostro adoptó una expresión de asco enorme.

—No subas ahí —dijo Courtenay.

—¿Qué has encontrado? —Barnes se dio cuenta de que Vassos, que debía de haber olvidado su reticencia a poner un pie en el promontorio, estaba a su lado.

Courtenay hizo otro gran esfuerzo, esta vez para volver a hablar.

—Terror —pareció decir—, te fila... —Después de otro sonido ininteligible, se desmayó.

—Los ha visto —dijo Vassos.

—Llémoslo al barco —dijo Barnes.

Cuando ya había colocado a un inconsciente Courtenay en la proa, Vassos estiró la mano para ayudar a Barnes a subir a bordo. Este no la aceptó.

—Llévalo de vuelta y ve a buscar a un médico —dijo Barnes—. Nunca has visto a este hombre: lo encontraste en la playa. Después vuelve a este mismo lugar y espérame. Si no he regresado con la primera luz, sal de aquí. Busca al bey inglés en la ciudad y cuéntale lo que sabes.

Vassos se mostró conforme y se alejó remando en la oscuridad.

Puesto que nadie había perseguido a Courtenay ni, aparentemente, había dado ninguna alarma, parecía probable que hubiese matado o, en todo caso, silenciado

a su atacante. Esto no era difícil de descubrir, pero Barnes tenía que darse prisa. Aquella era su única oportunidad, puesto que una vez que los hombres del conde Axel estuvieran sobre aviso, ningún intruso sería capaz de alcanzar el objetivo sin ser visto.

Barnes consiguió subir la pendiente, aunque supuso un reto para él. Permaneció oculto en la sombra de la esquina de la casa principal y escuchó durante cinco minutos: nada ni nadie se movió. Después de otros cinco minutos, dobló la esquina siguiente y vislumbró el edificio con las ventanas tapiadas. Inmediatamente divisó un cuerpo humano que yacía cerca de la puerta iluminado por la luna llena. Se acercó hacia él todo lo rápido que pudo y lo arrastró hasta la relativa oscuridad que proporcionaba la sombra de un algarrobo. Se trataba del cuerpo de un hombre de complexión fuerte de unos treinta años: todavía tenía el cuchillo de Courtenay clavado profundamente en el costado. Barnes colocó el cuerpo boca abajo y se dirigió a la puerta de la dependencia. El cerrojo todavía no había cedido a su buen hacer cuando, tras él, escuchó abrirse otra puerta. Corrió a esconderse para observar.

Una linterna se acercaba desde la casa. Sin la menor dificultad Barnes reconoció al conde Axel, que llevaba una túnica blanca y pantuflas turcas. Su expresión de satisfacción cambió a una de ligero asombro cuando, presuntamente, se percató de la ausencia del hombre que ahora yacía bajo el algarrobo. Echó un breve vistazo alrededor mientras Barnes seguía agazapado muy quieto esperando de todo corazón que la mancha de sangre que había quedado donde estaba el hombre fuera lo suficientemente pequeña para pasar desapercibida. Después, evidentemente tras decidir que el asunto no era importante, el conde cogió una llave del bolsillo de su túnica, abrió la puerta del edificio, entró, cerró tras él y volvió a echar la llave.

Sin perder un segundo Barnes corrió hacia allí y continuó con su tarea. La cerradura era condenadamente complicada y la necesidad añadida de silencio absoluto, una limitación muy seria. Pasaron unos siete u ocho minutos antes de que pudiera hacer girar la cerradura. Durante ese intervalo, Barnes pensó que Courtenay debía de haber sido atacado mientras estaba volviendo a echar la llave, aunque después descartó esa idea: en ese momento era precisamente cuando no podía haber sido atacado, o no de un modo eficaz, porque tenía la herida en el pecho, no en la espalda. Así que quien lo hirió se encontraba frente a él. Pero sus reflejos tenían fama de ser extraordinariamente rápidos. ¿Por qué no habría atacado él primero?

Lentamente, Barnes empujó y la puerta se abrió tres centímetros, cinco centímetros. Dentro, la oscuridad era casi completa. Empujó todavía más. Una tenue luz entraba por el hueco de la cortina que cubría una segunda puerta al final de un corto pasillo que se abría justo frente a él: detrás, ya lo sabía, se

encontraba la habitación principal del edificio. A cada lado del pasillo había habitaciones más pequeñas que en ese momento parecían desiertas. Barnes cruzó el umbral y cerró la puerta. No tardó mucho en colocarse junto a esa segunda puerta, en una posición excelente para ver lo que había tras la cortina sin que lo vieran. Llegaba hasta él el sonido de algún tipo de movimiento rítmico, como el de una respiración pesada, pero ninguna voz. Acercó sus ojos al hueco más prometedor.

Una lámpara, la del conde u otra, proporcionaba una luz que, sin ser brillante, era suficientemente clara. La habitación tenía cinco sofás cama o divanes, y en cada uno de ellos había un ocupante. Todos estaban desnudos. Todas eran mujeres. En el diván más cercano a Barnes yacía una chica de unos veinticinco años de bonito pelo castaño con tres piernas: dos colocadas en su lugar; la tercera, más o menos atrofiada, le salía por encima de la cadera izquierda. Enfrente: ¿se trataba de dos mujeres negras, o de una? En los hombros, sin duda dos; en los cuartos traseros, sin duda una sola persona. Ahora entendía por qué Vassos no había estado seguro de cuántas personas habían desembarcado aquella noche. Al lado de las dos, o de la una, se situaba otra doble entidad, una chica delgada de aproximadamente la misma edad que la primera: una mestiza asiática de rasgos exquisitos y con aspecto de estar embarazada de varios meses. De debajo de su brazo izquierdo surgía algo parecido a la mitad superior de un niño de cinco años, que ahora se agitaba en su sueño. Era imposible decir algo acerca de la edad del cuarto ocupante, porque eso —ella— no tenía cara, ninguna cara, es decir, en el sentido humano, puesto que solo hablamos por analogía de la cara de un perro o de un caballo o, más apropiadamente, de un tapir.

Este ser fue de hecho el último en el que Barnes reparó. El primero se mecía y se estiraba en los brazos del conde Axel. Barnes había pensado que al menos ese era normal. Su cara era una cara en todo el sentido de la palabra, no como la de aquella otra pobre criatura, y estaba girada a medias en su dirección. Pero en ese momento, cuando volvió a mirar hacia ella, esa cara se apartó, volviéndose, y al hacerlo otra cara en la misma cabeza apareció ante sus ojos: una cabeza de Jano, otra cara auténtica que miraba boquiabierta y entrecerraba los ojos de placer.

De algún modo Barnes consiguió salir de aquel edificio sin que lo oyeran, de algún modo trepó, corrió y bajó dando tumbos por el promontorio sin hacerse ninguna herida grave, aunque tenía moretones y sangraba por veinte sitios distintos cuando llegó al bote y se encontró con Vassos. Había esperado hasta estar lo suficientemente lejos de la casa para que no lo oyeran antes de permitirse empezar a sollozar y a gimotear, y se las arregló para mantenerse casi completamente en silencio después de que hubieran desembarcado, aunque dejó que Vassos le diera *brandy* casero, pan y leche caliente de cabra, lo metiera en la

cama y se quedara sentado a su lado durante el resto de la noche. Él mismo cuenta estos detalles en su informe, una dolorosa crónica con abruptos cambios de estilo: desde el de un oficial meticuloso y bien entrenado hasta el de un hombre sensible todavía en estado de *shock* y semihisteria. Pero, como él dice, no podía permitirse esperar a sentirse mejor: tenía que recibir instrucciones cuanto antes. Y un sustituto.

Porque Courtenay estaba muerto, había muerto en el hospital de un monasterio menos de una hora después de llegar allí. Fue al oír esta noticia cuando Barnes, de nuevo según su relato, se arrepintió profundamente de no haber matado al conde Axel cuando tuvo ocasión. Pero, si lo hubiera hecho, ¿qué les habría ocurrido a las ocupantes de esa dependencia? Casi con toda certeza habrían sido sacrificadas silenciosamente, en aquel mismo momento y en aquel mismo lugar, y él no se veía capaz de hacerse responsable de aquellas muertes. No estoy tan convencido como Roger Harvey de que se tomaran las medidas pertinentes de acuerdo a la información facilitada por Barnes, aunque también es cierto que ordenar no hacer nada también constituye una acción.

En cualquier caso, en el dossier no aparece ninguna respuesta a su petición. El último documento es un breve informe de la policía de Estocolmo: el conde Axel tenía grandes propiedades cerca de Karlskrona. No había residido en Suecia desde hacía treinta años. A finales de 1898 había huido inexplicablemente de una casa que poseía en Portugal, abandonándola con todas sus posesiones. Incluso en aquella época no debía de haberle resultado nada fácil secuestrar o comprar a su extraño grupo y después mantenerlo oculto: hoy en día, con los gobiernos y la policía, que rápidamente siguen la pista de cualquier persona desaparecida, nada de eso sería posible.

Puedo aclarar un pequeño detalle que desconcertó a Barnes. Las últimas palabras de Courtenay no tenían nada que ver con el terror que había sentido. Estaba intentando decir una única palabra que yo, con mi griego antiguo y moderno, puedo adivinar, aunque hasta ahora no la conocía: teratofilia, atracción erótica hacia los monstruos. Sin duda Courtenay sí sabía de ella por sus incursiones en la psicología. Es una inclinación destinada a despertar repugnancia en todos aquellos que son lo suficientemente afortunados para no compartirla. No obstante, he meditado mucho sobre este y otros asuntos en estos días, desde que leí los contenidos de ese dossier. En cierto modo era mi deber. Consideren lo siguiente: nací en junio o julio de 1899, en el Levante; ninguna persona viva sabe exactamente cuándo o dónde. El tono de mi piel es nórdico, pero mis ojos son típicamente asiáticos. Tengan en cuenta también algo que nadie vivo conoce, excepto yo: cerca de la cadera derecha tengo una cicatriz muy antigua, la reliquia de una operación realizada en mi más tierna infancia y de cuya naturaleza mis padres adoptivos, que empezaron a cuidarme cuando tenía seis

semanas, no tenían conocimiento, o dijeron que no tenían conocimiento. He leído que la tendencia a tener gemelos es hereditaria. Finalmente, no hay que olvidar lo que me ha venido a la mente mientras escribo estas líneas: ¿de dónde proviene lo que Harvey llamó mi fascinación por lo estrambótico?

Todo esto me ha llevado a tomar una decisión: voy a escribir a Celia para romper nuestro compromiso. No tengo ni idea de si la tendencia a tener gemelos, o siameses, se hereda a través del varón, ni tengo intención de averiguarlo. Pero debo hacer algo más. Siento que un trabajo de oficina no es apropiado para un hombre sano, ni siquiera para uno de cuarenta años, en tiempos de guerra. Cuando mañana me encuentre con Harvey para tomarnos una última copa de despedida, le pediré una recomendación para un cambio de destino.

Nota: El sargento en funciones Chalmers, R. F., del Regimiento Real de Fusileros, falleció en Francia en mayo de 1940 cuando, al mostrar una completa indiferencia por su propia seguridad, atacó un tanque enemigo con granadas de mano. Se le concedió una Medalla de Conducta Distinguida póstuma.



VER EL SOL

I. DE STEPHEN HILLIER A CONSTANCE HILLIER, WHEATLEY, INGLATERRA

Albergu snt. Ioanni

Nuvakastra

Dacia

31 de agosto de 1925

Mi adorada Connie:

Siempre estuve bastante seguro de que no había mujer más sabia que la mía, pero la verdad de esa proposición nunca se me había presentado de forma tan clara como esta tarde en el viaje desde Arelanópli. Ya sabía que en esta parte del mundo no había ferrocarril, solo algunos coches que además están muy solicitados... Estaba poco preparado para los caminos. En muchos lugares, en casi todas las laderas y más arriba, sencillamente no existen, excepto cerca de las grandes ciudades, que son poco numerosas y están bastante separadas las unas de las otras. El carruaje que me trajo hasta aquí era de la misma categoría que los caminos: una auténtica caja con ruedas, llantas de hierro, un par de enjutos caballos directamente sacados del poema de Browning, «cada hueso una mirada intencionada», y, a las riendas, un tipo sin afeitar ataviado con una chaqueta de piel de oveja que parecía haber fabricado él con sus propias —y bastante sucias— manos, y no habérsela quitado desde aquel primer día en que decidiera echársela sobre los hombros.

Nuestro viaje nos llevó por algunos de los paisajes más agrestes y bellos de Europa —remotas cimas coronadas de nubes, grandes bosques de pinos que no dejaban pasar el sol, arroyos de montaña en blancas tracerías que bajaban por acantilados casi verticales y repentinas vistas de las verdes llanuras que había más abajo—. Pero resultaba difícil (o al menos así lo sentía yo) apreciar estos placeres en todo su esplendor, o incluso llegar a asimilarlos, cuando a uno lo balanceaban de un lado a otro constantemente y lo lanzaban al aire solo para caer un momento después sobre un banco no acolchado que se volvía más duro a cada golpe. Mis intentos por improvisar un cojín con mi manta de viaje fueron

un completo fracaso y cuando, tras lo que me parecieron demasiadas horas, llegué a mi destino, tenía un terrible dolor de cabeza y náuseas, un leve dolor retorció cada uno de mis músculos y hubiera jurado que mi cuerpo estaba cubierto de moretones de la cabeza a los pies. Por si fuera poco, los ojos, llenos de polvo y polen, me ardían y picaban de un modo insoportable. ¡Qué *sabia* has sido quedándote en casa!

Ahora todas mis dolencias son cosa del pasado. Darme un baño que, dicho sea de paso, ha revelado que casi no tenía ningún moretón, cambiarme de ropa y comer y beber: todo eso me ha ayudado a recuperarme... Y los ojos, aunque siguen un poco irritados, han respondido bien a una cuidadosa limpieza con solución bórica. (¡Que Dios te bendiga por acordarte de meter el frasco en mi equipaje!). Aunque este lugar no es más que una posada de pueblo, es excelente — impecablemente limpia—. También dista mucho de ser incómoda: estoy escribiendo esto sobre una mesa junto a la ventana, en una habitación agradable y luminosa de buen tamaño que dispone de una cama espléndida y amplia, aunque con un colchón un poco duro (cosa que era de esperar); al menos hay que reconocer que no tiene bultos. El propietario es un tipo admirable de tez morena y esos inesperados ojos azules con los que ya me he topado en zonas remotas del norte de los Balcanes. Él y su sonriente esposa de mejillas sonrosadas han estado muy pendientes de mí, trayéndome platos de pastelitos y boles de fruta fresca sin que yo se los pidiera y haciéndome llegar suficiente agua caliente para bañar a un caballo.

El crepúsculo ha traído consigo las primeras sombras y debo hacer una pausa para encender la vela. Con el paso del día, lo que veía desde esta ventana ha cambiado un poco, y sigue cambiando mientras escribo. Más allá de los tejados color rojo oscuro de las casas de los campesinos, descendiendo pronunciadamente a pesar de las pesadas nieves del invierno, hay una extensión de hierba de aproximadamente un metro y medio de ancho (aunque es difícil ser preciso) bordeada por una fila irregular de colinas bajas que dan paso a otras más altas, a su vez coronadas por cimas de lo que parece ser una elevación considerable, teniendo en cuenta que el propio pueblo de Nuvakastra no puede estar a mucho menos de dos mil metros de altura. Hasta hace unos pocos minutos, la amplitud de la meseta, interrumpida aquí y allá por una granja con sus construcciones anexas, un molino, una iglesia, e incluso un pueblo diminuto de casas diminutas, ofrecía una vista cálida y acogedora, y las montañas distantes, aunque de hecho agrestes, parecían albergar un noble misterio, una especie de primitiva inocencia. Pero, ahora, ¡qué remoto, qué solitario parece todo! Imagina lo que debe de sentir un caminante en esa llanura expuesta cuando la noche comience a cernirse sobre él o, aún peor, ¡si se perdiera entre esos desfiladeros y riscos desolados, acosado por sonidos y movimientos extraños en la oscuridad! ¿Por qué pensamos que las fuerzas ocultas serán

benevolentes?

Muchos dirían que estoy exagerando un poco. Tal vez cierta persona llamada Constance iría aún más allá y me acusaría de fantasear como un niño: una arraigada y nefasta costumbre mía. Bueno, es posible. Ya veremos cómo me siento cuando vuelva de la expedición de esta noche. Tengo más de una hora libre por delante, es una noche clara y, en cualquier caso, no me queda otra que salir a curiosear. He descansado tanto que me siento inquieto. O puede que sencillamente esté impaciente por comenzar mi investigación. Tienes que ser tolerante conmigo en lo que se refiere a este tema, adorada Connie. Y también te pido algo más... Sé (¡lo sé de sobra!), que en tu opinión esta es la estupidez más grande del mundo, y probablemente tienes razón, pero, por favor, como la esposa dulce y también sabia que eres, deséame suerte en mi búsqueda del vampiro.

Esta carta no saldrá hasta la mañana (¡como pronto!), así que no la cerraré, y añadiré cualquier información que sea de interés antes de echarla al correo. Mientras tanto, te envío mi amor y mis pensamientos. Mi corazón está unido al tuyo, aunque estés tan lejos.

II. DIARIO DE LA CONDESA VALVAZOR

31 de agosto de 1925

El confuso desasosiego y los pequeños y vagos temores a los que me he visto sometida durante estas últimas semanas se han concretado esta noche en un terrible presagio: siento que el peligro me acecha. Sigue escapándoseme de qué tipo o nivel de peligro se trata, aunque me importa bien poco si resulta ser mortal. Releo con detenimiento esta frase que acabo de poner por escrito y me pregunto, honestamente, si eso es cierto. Sí, digo, creo que lo es. Estoy más exhausta de lo que puedo expresar, y no espero ya nada de la vida. ¡Si al menos pudiera recurrir a Dios para que me ayudase a soportarlo! Pero todo se ha terminado entre Él y mi desgraciada persona: estoy sola a perpetuidad.

Vuelvo a releer lo que acabo de escribir y me sorprendo de nuevo por la autocompasión que destilan mis palabras, por su cualidad de —¿cómo debería llamarlo?— resuelta desesperanza, de rechazo a considerar cualquier perspectiva de alivio. En el imposible caso de que un desconocido llegase a leer estas líneas, pensaría lo mismo que yo. Pero yo le gritaría: «¡Desconocido!, estas repulsivas características son una muestra del lamentable estado en que me encuentro». Envenenan mi mundo, se interponen entre mi persona y todo aquello de lo que una vez disfruté: la comida y la bebida, la literatura y el arte... Aquí me rodean objetos hermosos, o al menos hermosos los veía en otra época. Ahora, una abominable neblina flota sobre ellos, volviendo más vulgares sus contornos, corrompiendo y enturbiando sus colores. Los poemas que amé en el pasado ya no son inteligibles: están llenos de palabras que para mí han perdido su significado, referencias a sentimientos que no soy capaz de recordar. ¡Ven, seas lo que seas, seas quien seas, haz conmigo lo que desees, siempre y cuando te lleves contigo la neblina! ¡Devuélveme mi manera de observar el mundo, ayúdame a escapar de mí misma!

Esta última súplica ha sido atendida; no, imposible, puesto que lo desconocido lleva acercándose a mí desde mediados de mes. Pero lo cierto es que ahora, innegablemente, algo, alguien, lo uno o lo otro, está a mi alcance. Y no es producto de mi imaginación: mientras escribo estas palabras puedo oír que algo se mueve bajo mi ventana. ¿Quién será mi visitante?

¿Será la Muerte?

III. DE STEPHEN HILLIER A CONSTANCE HILLIER

Castillo Valvazor

Nuvakastra

Dacia

Más tarde, 31 de agosto

Adorada Connie:

Una nueva dirección exige un nuevo encabezado. Bueno, tu avisado esposo ha llevado a cabo un sorprendente golpe maestro, como bien puedes ver. Así es como sucedió.

Quince minutos a pie desde la taberna me llevaron a la puerta principal del castillo, aunque debo explicar que aquí los castillos no son tal y como los imaginamos nosotros, sino casas grandes y espléndidas, en este caso como de estilo bizantino, llena de cúpulas y pilares (de principios del siglo XVII, como supe más tarde). Mi intención había sido únicamente la de echar un primer vistazo, y sin duda el lugar, se mirase por donde se mirase, parecía tan siniestro como lo había imaginado: la luna no brillaba todavía y un búho ululaba de una forma más que lúgubre. Había una ventana iluminada en un piso superior que por algún motivo llamó mi atención y, aunque no tenía ninguna intención de presentar mis respetos hasta el día siguiente, de repente me vi a mí mismo golpeando la puerta con una enorme aldaba de hierro forjado. Dos minutos más tarde, estaba hablando con la condesa Valvazor... ¡en dado!

Haber conseguido entrar sin haber solicitado siquiera una cita ya era en sí bastante sorprendente; estas familias antiguas normalmente no son tan accesibles. Sí, se trataba de la condesa en persona —la única información que había conseguido de la embajada en Londres era que el castillo estaba ocupado por alguien con ese nombre que debía de tener esa misma apariencia, aunque imaginé que se trataría de alguien mayor que la joven vestida con caros ropajes que había frente a mí. Bastante impresionante, supongo, si a uno le gusta el tipo

aquilino—. Pero el auténtico *shock* llegó cuando me condujo a través del vestíbulo, que tenía las dimensiones de una iglesia y estaba lleno de tapices y armaduras y Dios sabe cuántas cosas más, hasta un salón (en comparación) más pequeño. En el interior de la casa había cuadros y sillas antiguos y cosas así, pero también una pitillera, una máquina de escribir, un gramófono y discos (resulta que incluso algunos de Paul Whiteman) y, entre otras revistas (no te lo vas a creer), ¡un ejemplar del último número del *Tatler*! Estaba tratando de asimilar mis recientes descubrimientos cuando la condesa volvió a dirigirse a mí. Dijo que seguro que me llamaba la atención aquella mezcla de objetos antiguos y modernos, ¡y lo dijo *en inglés*! En un inglés perfecto o, más bien, con un acento estadounidense perfecto. No debería haberme sorprendido tanto después de lo del *Tatler*, pero aun así lo hizo.

En fin, continuó explicando que se había educado en los Estados Unidos y se mostró de lo más amable en cuanto a mi forma de expresarme en su lengua, el dado. Entonces quiso saber en qué rama de la ciencia estaba especializado, puesto que me había presentado como licenciado. Le expliqué que la palabra *skolari* me había parecido la más adecuada para identificarme de algún modo, pero que en realidad no era más que un *amateur* sin título alguno, un aficionado a la mitología popular... Y le hablé del libro que pretendía escribir y enseguida... Mira, Constance mía, mejor hago las cosas bien y te cuento toda esta historia como Dios manda, mientras pueda. Al final ahorraré tiempo, porque mi intención es elaborar un minucioso informe de los acontecimientos, y de ese modo no tendré que anotarlo de nuevo por separado. Y creo que hasta *tú* encontrarás algunas partes ligeramente interesantes, o al menos extrañas. Así que allá voy.

La condesa preguntó, de hecho:

—¿Qué le trae por el castillo Valvazor?

Decidí arriesgarme y le expliqué que lo que me había llevado hasta allí era mi profundo interés en el asunto de los vampiros, que era, en realidad, el tema del que iba a tratar mi libro.

Ella exclamó con cierta sorpresa:

—¡Ah, así que nos conoce! ¡La fama de los Valvazor ha traspasado fronteras y ha llegado hasta Inglaterra!

¡Qué alivio! Debería haberte explicado que lo dijo de un modo muy amistoso y natural. Yo repuse:

—Por supuesto, su nombre es bien conocido por cualquiera que alguna vez haya mostrado algún tipo de interés en estos asuntos.

Ella dijo:

—Me complacerá enormemente contarle todo lo que sé y, si lo desea, podrá consultar los documentos familiares.

Le di las gracias, le ofrecí mi pitillera y ella cogió un cigarrillo, diciendo que adoraba los State Express. Después me preguntó dónde estaba mi equipaje. (De hecho, utilizó la palabra estadounidense para referirse a él).

Le dije que estaba en la... Perdón. Respondí:

—En mi habitación. En el Albergu Santu Ioanni.

Sin pensarlo dos veces, tocó la campanilla y dijo:

—Siempre tenemos una habitación de invitados preparada.

¿Puedes imaginar mi sorpresa? Intenté protestar:

—No debería usted permitir que abusara de su amabilidad.

—Soy yo la que está abusando de la suya —dijo—. Tenemos muy pocos visitantes, y la mayoría son miembros de mi propia familia francamente aburridos... También estoy siendo práctica: le llevará a usted al menos un día entero examinar todos los archivos.

Murmuré un gracias (realmente me sentía muy abrumado), y a continuación la criada o el ama de llaves que me había abierto la puerta principal entró en la habitación. Al parecer, respondía al nombre de Magda: unos cincuenta años, descendiente de los típicos campesinos dacios y obviamente leal a la condesa. Rápidamente se llevaron a cabo los trámites para recoger mis cosas. Le di instrucciones especiales respecto de la carta que te había escrito y que había dejado en mi habitación (la que ahora tengo frente a mí), y un billete de diez florines para que ella a su vez se lo entregara al propietario del *albergu* como compensación por las molestias causadas (ya había pagado por un día de alojamiento en pensión completa). Y eso fue todo. Así que aquí me tienes, ¡instalado como huésped de honor en la casa de la familia de vampiros más célebre de toda Dada!

Cuando Magda se retiró, le dije a la condesa algo como:

—Tengo que admitir que no sé prácticamente nada de usted, excepto que es la única hija del difunto conde, y que es la dueña de este castillo y sus haciendas. ¿Vive aquí sola?

—En realidad, no —dijo—. Pero soy la última de los Valvazor, al menos de esta rama. No creo que me quede mucho más tiempo por aquí.

Le pregunté la razón.

Ella respondió:

—El estilo de vida que mi familia solía llevar en esta casa se está convirtiendo en algo del pasado. La Gran Guerra lo ha cambiado todo. Muy pronto no seré capaz de sobrevivir. De hecho, dedico la mayor parte de mi tiempo a arreglar la casa para poder venderla e irme de aquí.

—Siento oír eso.

—No lo sienta —dijo—. En el pasado hicimos muchas cosas mal. —No supe muy bien cómo interpretar eso, pero ella enseguida preguntó—: ¿Y qué sabe exactamente de la historia familiar?

—Bueno —dije—, por supuesto mis pesquisas empezaron por Benedek Valvazor, que aterrorizó a toda la provincia hace doscientos años.

—Eso no fue nada —dijo la condesa con una sonrisa, arrastrando las palabras—. *Todo* empezó con Tristán el Lobo a finales del siglo XVII. —Al ver mi expresión de sorpresa, continuó—: Sin duda debe de haber oído hablar de él.

—¡Ah, sí! Aunque pensaba que su fama se debía solo a que participó en la guerra contra los turcos...

—Eso también lo hizo, pero fue..., o mejor debo decir que su cadáver fue decapitado e incinerado y sus cenizas arrojadas al agua en 1696.

—¡Pero él murió en 1673! —protesté, seguro de lo que decía.

—Cierto. La historia nunca se filtró porque el rey era muy supersticioso y una cosa así lo habría inquietado profundamente.

Asentí. Era cierto que quien ocupaba el trono por aquel entonces, Gregorio IV, se había opuesto a cualquier forma de creencia y práctica paganas (y, por supuesto, cualquier cosa que tenga que ver incluso remotamente con el vampirismo cae en esa categoría). Este dato es archiconocido entre los historiadores de Europa Oriental.

La condesa dijo:

—Hay gran cantidad de información sobre Tristán en los archivos.

—Excelente —dije, pensativo.

—También sobre Benedek. Pero la estrella del espectáculo es Matías el Rojo.

—¡Ah! El único vampiro aniquilado por un obispo del que se tiene conocimiento...

—Disponemos del relato de un testigo ocular, el capellán del obispo. —Obviamente, citaba de memoria cuando añadió a continuación—: «Tan terrorífico fue el grito cuando la estaca alcanzó el corazón que mi señor cayó de

rodillas y me rogó que rezara por su alma en aquel mismo momento y en aquel mismo lugar».

El tono absolutamente profesoral con el que pronunció estas palabras las volvió aún más convincentes... Ojalá las hubieras escuchado, Connie. En cualquier caso, aunque ahí no acabó nuestra conversación, de momento no puedo contarte más. Debo presentarme para la cena dentro de cinco minutos, y presiento que a la condesa Valvazor no le gustaría que la hiciera esperar. Así que por ahora lo dejaré aquí, pero, como siempre, no me falta tiempo para decirte que te llevo en mis pensamientos y que una pequeña parte de ti está aquí, en mi corazón.

IV. DIARIO DE LA CONDESA VALVAZOR

Más tarde

Lo que llegó no fue la Muerte: me siento tentada a llamarlo Vida. El cambio se produjo de forma inmediata en cuanto puse los ojos en él. Cuando —con cierta reticencia— me despedí de él para vestirme para la cena, me dirigí rápidamente a la biblioteca y cogí el volumen de Cantacuzinu I, que solía guardar como oro en paño. Este se abrió por «María en primavera», y las lágrimas cayeron por mis mejillas como solía ocurrirme cuando lo leía antes de sumirme en la neblina. No contenta con eso, me apresuré escaleras arriba hasta la galería y, aunque casi había olvidado dónde estaba colgado, en cuanto vi el gran Puvis de Chavannes, «San Martín de Vertou en su retiro», supe que el velo se había levantado por completo: la obra, considerada nuestro mejor cuadro, había recuperado ante mis ojos toda su antigua fuerza y su belleza. No necesitaba más prueba que esa.

Mis primeras impresiones de él: unos cuarenta años, puede que uno o dos más; bastante alto, muy moreno; pero ya sé que eso es una descripción superficial... ¿Qué más? Honorable, valiente, caballeroso, sentimental, un poco tímido en el mejor de los casos, un poco precavido, un poco quisquilloso, increíblemente inglés. Veo que he olvidado mencionar que, lejos de ser el hombre más guapo que he conocido, es indudablemente el más encantador; no, el único encantador. Cada vez que me mira a los ojos —y he de decir que tiene una mirada muy directa—, temo desmayarme.

Un poco tímido en el mejor de los casos y muy tímido en el peor, como por ejemplo al conocer al amor de su vida: él lo sabe igual que yo. Tímido, precavido, incluso convencional. Debo ponerle las cosas fáciles. Sin duda más fáciles que hasta ahora... Mis sentimientos me han sacudido de una forma tan violenta que me he comportado de un modo tan extraño como él. Soy incapaz de recordar nada de lo que he dicho durante los primeros minutos. Supongo que he debido de preguntarle por sus negocios, ignorar sus objeciones a que fuera mi invitado —recuerdo lo poco convincente que sonaba cuando intentaba parecer cualquier cosa menos complacido—, y sin duda tuve que contarle algo de la historia de los Valvazor. Durante nuestra conversación descubrí algo más sobre él: es un hombre interesante. Esta cualidad no es necesaria en el ser amado —¿basándome en qué experiencia escribo esto?—, pero es muy grata. Naturalmente, sentía mucha curiosidad por conocer sus opiniones acerca de los vampiros y aquello que lo llevó a estudiar el tema. Para entonces imagino que ya había dejado de sonrojarme, tartamudear y dar traspiés como una colegiala

enamorada.

—Todo el asunto me fascina —dijo él—. La idea de una criatura que una vez fue humana y que ya no lo es, y aun así es inmortal en teoría y en un plano inferior... Una criatura de algún modo a salvo de los devastadores efectos del tiempo, que existe solo por la noche, cuyo único deseo es alimentarse de sangre humana... Una criatura que se mueve únicamente por el miedo, por el miedo al sol, por el miedo al crucifijo y a la estaca en el corazón... Todo esto no resulta creíble en estos tiempos modernos y no es para nada hermoso, aunque su poder me atrae irremisiblemente: una especie de poesía lúgubre, extravagante y desolada. De no ser así, nunca habría viajado miles de kilómetros en su busca.

—Lo comprendo —repliqué—. Para nosotros ese tema está tan integrado en la tradición local que he de hacer un esfuerzo para considerarlo en esos términos. Aquí es algo normal. Pero ¿puedo ofrecerle algo de beber, señor Hillier?

—Puede, y se lo agradezco, condesa —dijo él con una sonrisa y, cuando le ofrecí un Martini que yo misma le preparé dio un ligero sorbo y declaró que le parecía excelente.

—Hace un momento estaba contándome —observé después de comprobar que tenía razón en cuanto a mi cóctel— que su versión de la leyenda del vampiro no era creíble hoy en día. Sin duda resulta difícil de creer, pero ¿cuál es su explicación alternativa? Tomemos como ejemplo la historia de Matías el Rojo. ¿Qué ocurrió realmente en esa cripta? Me refiero a que no se trataba de campesinos supersticiosos demasiado aterrorizados para ver con claridad, ni de fanfarrones contando cuentos chinos con la esperanza de ganarse unos cuantos céntimos: se trataba de hombres cultivados y responsables. ¿Va a decirme que estaban mintiendo? ¿Con qué propósito?

Él negó firmemente con la cabeza.

—No estaban mintiendo.

—En ese caso —proseguí—, Matías el Rojo era un vampiro y el obispo lo aniquiló.

—Eso tampoco —dijo, para mi asombro. Pero continuó—: Puedo responderle con una sola palabra: ergot.

—Ergot —repetí—. Un hongo que crece en...

—El centeno. Sí. Y con el centeno contaminado se hace el pan, y la gente se come el pan y cae en un estado de locura transitoria, hasta que dejan de comer el pan contaminado por el hongo del centeno. Mientras las personas permanecen en este estado, ven cosas, son víctimas de alucinaciones vividas y detalladas. Tienen convulsiones, y muchas incluso mueren. Hubo un célebre caso en Prusia en tiempos de Federico el Grande: todos los habitantes de un pueblo afirmaban que

habían visto a los muertos salir de sus tumbas.

—Oí que algo parecido había sucedido en uno de los pueblos de la montaña.

Esto lo sorprendió.

—¿Recientemente?

—No, antes de que yo naciera.

—Y bien, esas alucinaciones se contagian con mucha facilidad. —Su tono profesional me cautivaba por completo—. Si un hombre dice que ha visto algo, sus amigos dirán que ellos también lo han visto. Así que si la alucinación original es la de una criatura que regresa a su ataúd justo cuando amanece...

—Sí, pero ¿por qué elegir esa imagen y no otra? —objeté.

—Quizá la explicación se halle en una antigua creencia popular basada en algún incidente olvidado hace mucho como, por ejemplo, el asalto o la profanación de una tumba. Si esto fuera Escandinavia, la gente vería troles u ogros, en vez de vampiros.

—Es posible.

—Con el paso del tiempo, se puso más cuidado para evitar que el ergot contaminara el pan. Desde que los métodos de horneado de pan mejoraron hace treinta o cuarenta años, no se tienen noticias de vampiros. —La sonrisa que me dedicó me dejó sin aliento—. Veo que no la convence.

—Tiene que haber algo más —conseguí decir—: algo extraño y sobrenatural. Es usted demasiado razonable, señor Hillier.

—Puedo asegurarle, condesa —dijo riendo—, que no soy demasiado razonable, puesto que el misterio me sigue cautivando aun cuando creo que conozco la explicación. Pero me he desviado del tema. La historia familiar. ¿Qué hay del barón Aleku Valvazor?

—Mi tío abuelo. Tenemos algo en nuestros archivos.

—Espero que sea interesante. La historia que conocemos es una triste decepción. Todos esos prometedores relatos de jovencitas que murieron con el nombre de Aleku en los labios, y entonces va él y se muere de tifus: fin.

—No creo que vaya a decepcionarle del todo.

—Ya veremos. Ese retrato suyo que hay en el vestíbulo es excelente.

—Me di cuenta de que lo estaba usted observando. Volverá a ver a Aleku. Me refiero, por supuesto, a que hay otros retratos suyos en el castillo.

A él ese comentario no le pareció en absoluto obvio, pero dijo suavemente:

– Por lo que he visto hasta ahora, un hombre de aspecto notable.

Y, ahora, debo dejarlo aquí. Dentro de poco mi amado y yo volveremos a vernos, y debo esforzarme al máximo para evitar cometer cualquier estupidez. Pero quiero decir algo más. Gracias. Eso es todo lo que puedo decir.

V. DE STEPHEN HILLIER A A. C.
WINTERBOURNE, ST. MATTHEW'S HALL,
OXFORD, INGLATERRA

Castillo Valvazor

Nuvakastra

Dacia

1 de septiembre de 1925

... Esto casi me lleva a la hora de la cena ayer. Tendrás que perdonarme, Charles, por contarte mi historia de forma precisa y escueta en orden cronológico, sin referencias adicionales a lo que hice o descubrí más tarde... Siento que solo así existirá la más remota posibilidad de que tenga algún sentido.

Después de equivocarme un par de veces (el lugar es realmente enorme), encontré el camino hacia el salón con bastante exactitud y me presenté a la hora convenida. Un hombre bajo y enjuto de unos sesenta años, que inmediatamente identifiqué como extranjero, se levantó cortésmente para saludarme. Su nombre es Robert Macneil y es una especie de administrador: supervisa los asuntos del castillo y sus haciendas, y también ejerce de bibliotecario — fue para ocupar ese cargo por lo que vino a Valvazor originalmente —. Pero todo eso ya me lo habían contado. Lo que yo sentí o creí sentir fue que, bajo una apariencia de reservada amabilidad y una especie de aspecto de profesor que recordaba más al de un actor que a ningún profesor que ejerza en ninguna institución de enseñanza que yo conozca, había un tipo realmente fuerte y decidido.

Naturalmente no llegué a esta conclusión en un primer momento; otras cosas llamaban mi atención. O, más bien... Amigo, pierdo la esperanza de poder transmitirte el brillo de sus ojos, la profusión de sus gloriosos cabellos, la voluptuosidad de su figura..., de poder transmitirte nada de ella de un modo que le haga justicia. Me había enamorado de ella como un niño en el mismo instante en que la vi. En aquel momento, no osaba preguntarme por sus sentimientos hacia mí. No tenía sentido decirme que no debía sentirme así; me

parece que, en realidad, no tenía alternativa. Por cierto, nos conocemos lo suficiente para confesarte que en mis cartas a Connie he hecho que la dama no pareciera tan sensacional. A buen entendedor... No, discúlpame, no debería mostrarme frívolo al respecto. Los romances ocasionales no son mi estilo.

Bueno, los tres cenamos en una habitación de modestas dimensiones que claramente no es la que usan para las grandes ocasiones; aunque no era una pocilga, ni mucho menos. La cúpula del techo me recordaba un poco a la que hay en el extremo oeste de la capilla en St. Matthews, si bien cualquier parecido sería pura coincidencia. Tomamos una deliciosa sopa de patata seguida de un pollo *konstanta* (con salsa de ciruelas), y para terminar palitos de queso con una fortísima mostaza local. Se sirvieron dos vinos: el tinto bastante fuerte, y el blanco, un poco flojo en mi opinión, aunque la condesa claramente lo prefería. El escocés, pues tal era su procedencia, fue quien más habló, y casi todo lo que dijo giró en torno al tema del vampirismo. Me limitaré a resumir las partes de su discurso que eran total o parcialmente nuevas para mí.

—En realidad, muchos detalles de la leyenda de los vampiros han resultado no tener ningún fundamento. Me refiero, por supuesto, a fundamentos que hayan sido registrados en declaraciones, en los testimonios de supuestos testigos y demás. Por ejemplo, suele creerse, incluso en algunas zonas de este país, que la criatura no proyecta ninguna sombra, ni se refleja en el agua o en los espejos. ¿Cómo podría ser eso posible? Del resto de sus atributos y actividades se deduce que un vampiro está hecho de carne y hueso, aunque sea de un modo alterado... Además, la supuesta protección que otorga el crucifijo no es más que un indicio de los intentos de la Iglesia por cristianizar los rituales esencialmente paganos utilizados para repeler o destruir al vampiro. Lo que trae a colación otra cuestión: ¿por qué tiene la criatura que estar en su ataúd para que la destrucción sea efectiva? El mismo Benedek Valvazor fue decapitado y aniquilado en el tejado de su propio castillo. Se dice que clavar una punta o un clavo en el cráneo es igual de efectivo. Hay otros métodos que sorprenden por ser extremadamente raros... Los habitantes de Creta, por ejemplo, hierven la cabeza del vampiro en vinagre. Aunque parece que el único medio que generalmente resulta útil es la exposición directa a la luz del sol. Causa la desintegración total: los convierte en polvo.

En ese momento, Macneil notó lo que yo acababa de notar un instante antes: la condesa Valvazor parecía sentirse claramente incómoda, incluso indispuesta.

Yo dije:

—¿Qué ocurre? —Puede que tal vez hubiese hablado demasiado alto, a causa de mi nerviosismo.

—Nada —dijo ella respirando profundamente—. Supongo que después de todo

soy un poco sentimental. —Consiguió esbozar una sonrisa—. Y esos de los que hablaban son mis antepasados, maldita sea.

—Efectivamente —dijo Macneil—. ¿Cómo pude olvidarlo? Condesa, no ha tocado usted su cena. —En ese momento él también sonrió, pero de un modo distinto, no exactamente agradable—. Coma, por favor.

Ella se encogió de hombros y obedeció. Al final de la cena, la criada Magda trajo café turco, endemoniadamente dulce y fuerte. También trajo una *eau-de-vie* del país, al parecer hecha de ciruelas verdes, pero los tres la rechazamos. Macneil porque, según él, se iría muy pronto a la cama, puesto que había tenido una larga jornada y debía levantarse temprano a la mañana siguiente. Añadió que estaría en la biblioteca del castillo y a mi disposición a partir de las ocho de la mañana. Finalmente, antes de marcharse, me recomendó que no me acostara demasiado tarde, aduciendo que, incluso en aquellas modestas altitudes, el visitante necesitaba descansar. Su despedida fue cortés, pero la impresión que me había causado no había sido favorable en absoluto. Traté de transmitirle esto con tacto a la condesa, que enseguida comprendió a qué me refería.

—Por aquí es toda una autoridad —dijo—. Y, como ha visto usted, acostumbramos a cenar juntos. No debe de resultarle fácil recordar que no es más que un empleado.

—¿Cómo se ganó esa autoridad? —le pregunté.

Ella dudó.

—Él... ¿Cómo decirlo? Se volvió imprescindible para el barón Aleku.

—¿El barón Aleku? —dije sorprendido—. Pero si lleva muerto...

Medio aturdido por el enamoramiento como estaba, no fui capaz de calcularlo.

—Robert lleva aquí desde 1890: treinta y cinco años. Es un hombre listo, un buen organizador. De no ser por él, me habría resultado imposible vivir aquí.

—Creo que la comprendo.

—¿Podemos perdonarlo? —preguntó con suavidad.

Por un instante me quedé sin aliento. Lo único que conseguí hacer fue asentir con la cabeza.

—¿Le gustaría ver alguna de las habitaciones?

—Mucho.

La habitación que vimos (aunque vi bastante poco de ella, al menos al principio) era la salita de la condesa. Contemplé las hermosas cortinas, las mantas y los cojines, y convine con un tono letárgico que eran muy hermosos. Por algún

motivo, mi acompañante parecía también distraída. Señaló lánguidamente otro retrato de su tío abuelo, menos impresionante que el que había visto antes en el vestíbulo, y después un cuadro más grande que llamó mi atención. Se trataba de una escena exterior que mostraba lo que identifiqué como un cortejo fúnebre que se desplazaba por un tramo verde hacia un edificio de un solo piso de diseño un tanto grotesco, sin duda un panteón. La luz podría haber sido la de un día lluvioso al final del invierno. Por la placa que había bajo el cuadro, supe que se trataba del funeral del barón Aleku Valvazor, en el año 1891. Durante unos momentos, sin ningún motivo concreto, experimenté una sensación de honda depresión. Pregunté sin pensar:

—¿Dónde tuvo lugar esto?

—Aquí —dijo la condesa con una mirada inquisitiva—. En el terreno que hay justo detrás de esta ventana.

—Lo que veo ahí es una especie de... sepulcro.

—Y ahí se encuentran enterrados algunos miembros de los Valvazor del siglo XVI.

Hice un sonido indefinido. Mi interés había vuelto a disminuir.

—Mire el techo. Los entendidos en cuestión de arte lo aprecian mucho.

Y, entonces, mi querido Charles... En realidad, para que yo me atreviera a explicarte, incluso a grandes rasgos, lo que sucedió en ese momento ambos tendríamos que ser personas completamente distintas de las que somos: tendrías que recurrir a tu propia experiencia y a tu imaginación. Pero, incluso sabiendo que eres un fiel amigo de Connie, sí te revelaré lo que sucedió a continuación: no es tanto que lo que ocurrió entonces fuera, en comparación, mejor que cualquier experiencia previa que haya tenido, es más bien que no se lo puede comparar con nada. Después de aquello, los dos nos mostramos de acuerdo en que, desde el primer instante en que nos vimos... Pero otra vez, torpe de mí, estoy a punto de avergonzarte. Así que, de la forma más estrictamente objetiva, me limitaré a decir simplemente que la condesa Valvazor se llama Lukretia (a la aristocracia dacia, como a la rumana, le gusta enfatizar sus vínculos con la Antigua Roma), que tiene veintinueve años y que, como debes saber para entender lo que pasó después, el escenario de los hechos fue su alcoba, una habitación bastante sombría que ella había hecho lo posible por animar con sus alegres cojines, alfombras y demás.

Era tarde cuando conseguí dormir. Enseguida, o eso me pareció, me vi sumido en una serie de sueños vividos aunque incomprensibles poblados de animales muy distintos a cualquier bestia real o incluso legendaria y objetos manufacturados, grandes y pequeños, cuya utilidad era difícil de discernir. Y

también gente, gran cantidad de gente muy activa, infatigablemente interesada en mí... ¿Qué hacían? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Dónde estaban esos lugares y qué eran? ¿Me estaba muriendo? Al final, una voz horrorizada que gritaba en una lengua desconocida desterró esta inquietante fantasmagoría: «¡Aleku, demonio, sabueso del infierno!». Sí, Charles, *tu kani d'infernu*, esas mismas palabras... En un abrir y cerrar de ojos estaba completamente despierto.

Lukretia tardó un poco en calmarse. Dijo que no sabía bien lo que la había hecho gritar de esa manera... En su sueño todo estaba muy oscuro, pero sabía que había sido algo terrible, algo repugnante. Le dije que fuera lo que fuera ya había pasado, y ella repuso que no, y entonces... Debo transcribir esta parte lo más literalmente posible, porque, aunque no la comprendo, sé que es importante.

Ella preguntó:

— ¿Harías algo por mí?

Yo respondí:

— Cualquier cosa que esté en mi mano.

— ¿Le rezarías a Dios para decirle que le agradezco que te haya enviado a mí? Porque no tengo ninguna duda de que es obra suya. Pensé que me había abandonado para siempre, pero ahora veo que no lo ha hecho. Dile también eso. Lo harás, ¿verdad?

— Por supuesto que lo haré — dije —. Pero ¿no sería mejor que lo hicieras tú misma?

— Sí — contestó —, pero en mi estado la oración no es efectiva.

— ¿En tu estado? ¿Qué estado?

— De pecado absoluto.

— ¿No puedes confesarte? — pregunté, con la esperanza de que notara la sutilidad de la que intentaba dotar a mis palabras.

— El sacerdote no me escuchará. Nosotros... Tuvimos una disputa.

— Pues acude a otro sacerdote.

Ella negó con la cabeza. Yo no fui capaz de entender qué quería decir la extraña expresión de su cara.

— Por favor, haz lo que te pido.

— Lo haré encantado.

— Prométemelo, Stephen.

— Te lo prometo.

– Te tomo la palabra.

Cuando volví a dormirme, no soñé en absoluto. No soy capaz de encontrar las palabras para nombrar la experiencia que viví a continuación; quizá tú sí lo seas. Me despertó el sonido de una enorme campana, en algún lugar cercano, que se desvanecía poco a poco. Lukretia no se había movido de su sitio, eso podía verlo con claridad. Pero ¿cómo es que podía verlo con claridad? Porque la habitación se había iluminado tenuemente. ¿Cómo? A través de las rendijas que dejaban las pesadas cortinas entraba en el cuarto una luz brillante. Pero eso no era posible. Todos tenemos una especie de reloj biológico que funciona razonablemente bien, y el mío me decía que todavía no había amanecido. Mientras mi mente barajaba varias causas para aquella repentina iluminación, desde celebraciones a hogueras en el bosque, me cubrí con una pequeña manta (algo de lo que pronto me alegraría en extremo) y me acerqué rápidamente a la ventana. Cuando llegué hasta ella, la campana volvió a doblar con tal brusquedad que me hizo parpadear. Corrí un extremo de la cortina y miré afuera.

Lo que vi (y de veras lo vi. Sabía, como cualquier hombre en estado de vigilia, que no estaba borracho, que no estaba loco y que, con toda seguridad, no estaba soñando), lo que vi fue el cortejo fúnebre del barón Aleku Valvazor en 1891. Cualquiera que hubiese visto el cuadro de la habitación contigua sabría a lo que me refiero. La escena era idéntica al cuadro. Allí estaban el cura viejo, el cura joven, el ataúd sobre un carro de aspecto extraño tirado por seis hombres con cuerdas ornamentales, la familia y los amigos, los granjeros y los hacendados más prósperos con sus característicos sombreros sin ala, los campesinos... En fin, no faltaba ninguno en lo que parecía aquella tarde bastante ventosa y fría de febrero o marzo de hace casi treinta y cuatro años. También distinguí varias figuras que, de eso estaba bastante seguro, no estaban en el cuadro, como el que debía de ser el propio artista trabajando afanosamente con un ayudante a su lado. Y como la propia Lukretia, que, completamente vestida de negro, se encontraba cerca de la entrada de la sepultura con la cabeza gacha. De repente la levantó y, justo cuando la reconocí, me miró fijamente a los ojos.

Y la reconocí, a pesar de que debía de estar a casi cien metros de distancia, más o menos. La luz no era perfecta, aunque sí lo suficientemente intensa, pero, aun así, no podía distinguir sus rasgos con claridad. La pista me la dio una inclinación del cuello que, tras unas pocas horas, ya reconocía como característica suya. Por supuesto, en ese momento no se me pasó por la cabeza nada de esto. El instinto hizo que me volviera hacia donde había dejado a Lukretia: allí no había nada. Y cuando digo nada no quiero decir solo que ella no estuviera allí, sino que la cama, el tocador, el espejo de cuerpo entero, los cuadros, las esculturas y los adornos de bronce también habían desaparecido. Allí no había nada aparte de las paredes de piedra y el suelo, un suelo cuyo frío

ahora me atravesaba los pies descalzos. Me volví hacia la ventana: allí tampoco había nada, excepto los vidrios desnudos a través de los cuales se filtraba la luz de las estrellas y del amanecer, que estaba próximo. ¿Tú te habrías quedado allí? Temblando y jadeando —y no solo a causa del frío— salí rápidamente de aquel desagradable lugar, no te quepa duda, aunque encontrar el camino de vuelta hasta la habitación de la condesa o la mía propia no me resultó nada fácil. Vagué arriba y abajo por las grandes escaleras y a lo largo de tortuosos pasillos durante al menos media hora. Para entonces, tenía muchísimo frío. Al final, al doblar una esquina estuve a punto de tropezar con Macneil, que estaba vestido para salir —de hecho, para montar—. Me dirigió una mirada de sorpresa y desconfianza.

—¿De dónde viene, señor Hillier? —preguntó. Su tono era casi acusador.

—No lo sé —dije.

Después de mirarme con más detenimiento, sus modales se suavizaron un poco y dijo:

—¿Es usted sonámbulo?

—Tampoco lo sé. De repente me encontraba en una habitación a la que no recordaba haber entrado. Puede que sí sea sonámbulo.

—¿Qué tipo de habitación? —preguntó con amabilidad.

—Estaba vacía.

—¿Completamente vacía?

—Sí.

—¡Oh! —dijo—. No debería andar usted descalzo por este suelo tan frío. La condesa le envía sus disculpas.

—¿Sus disculpas? —pregunté—. ¿Por qué? —Me daba la sensación de que sonaba casi tan estúpido como me sentía.

—Recibió un mensaje que decía que su antigua niñera, a punto de fallecer, había pedido verla, así que salió de forma apresurada. Es un viaje bastante largo, casi hasta la frontera de la provincia. Supongo que volverá esta misma tarde. Y ahora debo insistir en que se vaya antes de que coja un resfriado de muerte. Baje y siga recto hasta el final, señor Hillier, y luego gire a la izquierda: encontrará su habitación justo enfrente. Espero que nos veamos más tarde, si se siente usted con fuerzas. —Dicho esto, dio media vuelta y se fue.

Tras un par de horas en una cama caliente, un buen baño y un copioso desayuno de huevos revueltos con tiras de carnero ahumado, bollitos calientes con mermelada de membrillo y café hirviendo, me sentí... Bueno, la verdad es que

todavía me sentía confuso y receloso, aunque había dejado atrás el desconcierto que me había invadido anteriormente. Un nuevo vistazo al cuadro del funeral no hizo sino confirmarme que no había soñado, que sin duda había *visto* con mis propios ojos la escena que aquel cuadro representaba.

Después de aquello, me dirigí a la biblioteca de techos altos y atmósfera eclesiástica donde volví a encontrarme con Macneil. Parecía un completo profesional, con su gorra de piel y sus puños vueltos, y se mostró de lo más servicial. Encontré muchas cosas de interés y descubrí unas cuantas sorpresas: adjunto una lista a esta carta. Macneil se sentía francamente orgulloso (y con razón) de su *Codex Palatinus*, que según parece atrajo hasta aquí, desde Budapest, al mismísimo Dietrich Dittersdorf hace unos meses. Me habría encantado saber más al respecto, pero, como puedes imaginar, tenía temas más urgentes de los que ocuparme. Cuando hube admirado el *Codex* debidamente, saqué el tema a colación.

—Dígame, señor Macneil —dije—, el entierro del barón Aleku fue en 1891, ¿verdad?

—Así es —confirmó—. El 25 de febrero de 1891, Miércoles de Ceniza.

—Parece que se le grabó a fuego en la memoria.

—Es raro, pero a veces esas cosas pasan. —Esbozó esa misteriosa sonrisa suya—. Yo estaba allí, por supuesto.

No fingiré que estaba preparado para eso. Probablemente me quedé boquiabierto.

—¿En serio? ¡Qué me dice! —exclamé antes de darme cuenta de que estaba hablando—. No me había parado a pensar que llevaba usted por aquí tanto tiempo —aunque recordarás que Lukretia me lo había dicho el día anterior—. Tal vez pueda decirme qué otros miembros de la familia estaban presentes. Solo por curiosidad.

Ahora sonreía de oreja a oreja.

—Ha estado usted contemplando ese cuadro que hay en la salita de la condesa, ¿no es cierto, señor Hillier?

—Sí, una pieza fascinante.

—Ah, ¿eso cree? Nunca me ha parecido muy especial, pero bueno. Sí, estaban la condesa viuda y su hermana, el conde Zoltán y la condesa Elizabeth, sus tres hijos, de los cuales el mayor era el padre de la actual condesa, el barón..., barón Horvarth por parte de la viuda y la baronesa..., no me acuerdo, y los primos rumanos, que eran los...

—Sí. Gracias. —Me di cuenta de que las posibilidades de que me revelase algo habían sido pocas desde el principio—. Debo de haberme equivocado. Quiero decir que tiene usted razón, no es una pintura muy buena.

—Si quiere saber más acerca de Aleku, puedo enseñarle el mausoleo después del almuerzo. Ya sabe, el lugar donde está enterrado, o donde descansa.

Acepté, agradecido, aunque no esperaba que hubiera mucho que ver allí, y él cogió una pila de carpetas de color gris que evidentemente contenían algo que en su opinión me interesaría. Le di las gracias de nuevo por tomarse tantas molestias; él dijo que, debido a los años que se había pasado haciendo inventarios de temas diligentemente, no había supuesto molestia alguna. (Los bibliotecarios son iguales en cualquier parte, ¿eh, amigo?). Entonces, abriendo las carpetas, me preguntó por mi húngaro, que yo consideré apropiado categorizar de oxidado. Espero que te lo tomes como una exageración perdonable, o más bien como lo contrario, sea lo que sea. (Reflexión. Tengo que poner en orden mis ideas). En consecuencia, Macneil tuvo la amabilidad de repasar los puntos principales de lo que había sido la conferencia que un tal doctor Bela Hadik había dado frente al exclusivo colegio de St. Ladislav, en Peks, en 1913.

Aparentemente, el tema principal del orador es que tanto los poderes del vampiro como sus debilidades y limitaciones pueden explicarse de forma racional. Desde este punto de vista, el vampiro no está muerto en ningún sentido, sino que ha entrado en otro estadio de la vida en el que su actividad se limita a las horas de oscuridad. Se ha convertido en un ser inmortal y eterno. No debemos olvidar que aunque la víctima del ataque de un vampiro pierde muy poca sangre, muy poco tiempo después, tal vez tras un segundo ataque, aunque no necesariamente, muere. ¿De qué? Más tarde, se levanta de entre los muertos y vuelve a funcionar: camina, habla, piensa e incluso es capaz de hacer un gran esfuerzo físico. La víctima se convierte en depredador y bebe sangre, pero no mucha y no muy a menudo. ¿Con qué propósito, entonces? No para alimentarse. Ninguna estructura corpórea de ese tamaño podría sobrevivir con una dieta tan exigua. El sustento cotidiano es la comida convencional.

El postulado que propone es que, de algún modo, tal vez a través de la saliva del vampiro, un determinado elemento llega al torrente sanguíneo de la víctima y se multiplica dentro de él. Durante el período de la presunta muerte, que en realidad debería denominarse estado de animación suspendida, se producen una serie de cambios que por su naturaleza restringen la libertad de movimientos de estos seres, pero que también les confieren más fuerza y una capacidad natural de regeneración, además de, se ha llegado a decir, ciertos poderes anómalos de la mente, como, por ejemplo, la habilidad de detectar fuerzas malignas a distancia.

En este punto, solo para contribuir con algo propio, por obvio que resulte, dije:

—En cualquier caso, los cambios físicos permiten a la criatura sobrevivir a heridas que acabarían con cualquier mortal. Por lo tanto, para destruirlo, hay que emplear uno de estos tres métodos infalibles: empalamiento, decapitación o incineración.

—Efectivamente. —Macneil continuó—: Al mismo tiempo que el vampiro transforma la sangre del mortal, extrae de ella algo que necesita. Sea lo que sea ese algo, tiende a elevar la temperatura de su cuerpo, por lo que durante las horas de luz el vampiro no solo precisa descanso, sino también refrigeración.

—Para lo cual —dije—, un ataúd de piedra lleno de tierra en una cripta subterránea es tan adecuado como cualquier otro artilugio diseñado por la ciencia moderna.

Volvió a sonreírme, aunque esta vez con más amabilidad, como un profesor a un alumno que por una vez ha respondido correctamente.

—Exactamente, señor Hillier. Bueno, creo que ha dado usted con el quid de la cuestión.

En un alarde de objetividad, dije:

—¿Cree usted realmente en todo esto de los vampiros?

—Sí —dijo enseguida.

—¿Ha visto alguno?

Dudó antes de contestar rotundamente:

—No.

—¿Cree en algo de *esto*? —Di un golpecito a la carpeta.

—Tal vez.

—Bueno, es bastante absurdo, ¿no cree? Me refiero a que hay muchos temas que no se tratan. Usted mismo dijo anoche que la exposición a la luz del sol era el medio más efectivo de acabar con un vampiro, y esa es la idea más extendida sobre ese asunto. ¿Se explica aquí algo sobre eso?

—No específicamente. —Habló como si quisiera dar por terminada la conversación—. Aumentar la temperatura del cuerpo aún más sin duda también funcionaría.

No pude resistirme a decir:

—¿Alrededor de miles de grados? Si me permite decirlo, señor Macneil, su creencia parece estar basada en un deseo de creer.

—Sin duda, señor Hillier, pero me gustaría que le echara un ojo a este material antes de formarse una opinión definitiva al respecto.

—¿De qué se trata?

—Es parte de la única declaración manuscrita conocida de un vampiro confeso —dijo de un modo solemne mientras me entregaba una única hoja de papel amarillento escrita con una caligrafía parduzca. Y añadió—: El documento más secreto de esta biblioteca. Ni siquiera la condesa sabe que está aquí.

Sin duda debería haber intentado averiguar algo más sobre esa curiosa información, pero estaba demasiado ansioso por examinar lo que tenía ante mí y dejé que Macneil se retirara mientras murmuraba algo acerca de atar con una cuerda un lote de panfletos.

Mientras leía, empecé a desear con más fuerza que nunca que el avance de la ciencia hubiera llegado al punto en que los libros o cualquier otro material impreso escrito pudieran copiarse solo con pulsar un botón —por ejemplo, gracias a los avances del proceso fotográfico—. Pero estamos en 1925, no en 1975, y he tenido que emplear el material que tenía a mano: tinta y pluma. Como ves, empecé a transcribir el original, que está escrito en un dacio sencillo, aunque no tan sencillo, sospecho, para aquellos cuyo dominio de la lengua no sea tan bueno como el mío. Puesto que es sencillo, no se ha perdido mucho en la traducción, aunque debo añadir que el escritor obviamente era un hombre instruido y que una o dos palabras y expresiones, junto con unas pocas formas sintácticas, sugieren que fue escrito durante el siglo pasado, con toda probabilidad en su segunda mitad.

Duminu wobisku. Preko wos ni par mizerikordi ni par pieti.

Que el Señor sea contigo. No pido tu compasión ni tu misericordia, sino tus oraciones. Tú que no estas maldito, ruega al Todopoderoso Dios por mi perversa alma. Tú que sales a la luz del día, implora al caritativo Dios justicia para con un hijo suyo que vive en la soledad y en la pena, que permanece siempre en el mismo lugar y que nunca ve el sol. Hazle saber que al final no tengo otra alternativa que tomar mi aborrecible alimento, mentir y disimular (algo que aborrezco casi tanto como lo primero), y sobornar a otros para que hagan el mal en mi nombre, porque en caso contrario sin duda acabaría muriendo, y por muy miserable que sea una vida siempre es preferible a la muerte. Dile todo esto, puesto que Su voluntad es que yo no pueda decírselo. ¿Por qué debería alguien de condición tan vil obtener tal desahogo? Dile también que confío en Su benevolencia y que espero Su salvación. Ese día llegará uno que lo hará.

«Uno que hará ¿qué?» es sin duda lo que te estarás preguntando. Ciertamente yo

me lo pregunté, y debí de hacerlo en voz alta, puesto que Macneil, que otra vez estaba a mi lado escribiendo una adenda al vasto catálogo, dijo desconocer la respuesta y añadió que (como yo había conjeturado) la página o las páginas siguientes se habían perdido. Continuó contándome que en su opinión la declaración debía de tener unos cincuenta años, o un poco menos, y que cuando él llegó a la biblioteca ya estaba allí. No tenía ninguna signatura o fecha de entrada escrita ni había ninguna otra información en cuanto a su origen más allá de una nota medio indescifrable sobre una audiencia frente a un cuestor o magistrado. Finalmente, me preguntó qué me parecía el documento. Le dije la verdad, que no sabía qué pensar. Podría tratarse de una falsificación o de los desvaríos de un loco, pero me da la sensación de que no se trata de ninguna de las dos cosas, aunque tampoco sé por qué. La caligrafía me inquieta. De hecho, he calcado las primeras palabras en un papel que espero me perdones por no enviarte.

El almuerzo, consistente en una sabrosa y maravillosamente cocinada trucha de río, fue bastante agradable, amenizado por Macneil con una charla de lo más interesante acerca de la historia local. Macneil es agradable a su modo. Después de comer, como habíamos acordado, me llevó a visitar el sepulcro familiar. Este, especialmente el interior, resultó ser de lo más ordinario. No obstante, era extraño ver una placa en la pared con la leyenda *SEGNU ALEKU VALVAZOR, 1841-1891* y un texto en latín que mencionaba el descanso eterno. Macneil me contó que cuando... Pero esta es otra historia que mi instinto me dice que requiere *ipsissima verba*.

—No más de dos semanas después del entierro, una partida de vecinos vino desde el pueblo, abrió el ataúd y encontró... un cadáver. No encontraron el cuerpo incorrupto del barón Aleku, sino un cadáver que mostraba señales inequívocas de descomposición. Después de eso se acallaron los rumores.

Me sobresalté y exclamé:

—Hace falta mucha sangre fría para liderar una expedición con el objetivo de profanar una tumba.

—Sí, nadie parece saber quién fue el instigador. Se dice que alguien de fuera de la región.

—¿Cuándo se construyó este lugar? —le pregunté.

—Tal y como está ahora, en 1891. Efectivamente, señor Hillier, el año de la muerte del barón. Una triste coincidencia en la que se ha hecho mucho hincapié. El conde estaba a punto de ver realizado su deseo de volver a la práctica tradicional de sepultar a los familiares fallecidos fuera del castillo cuando su hermano menor... —Extendió las manos.

– Entonces hay un sepulcro *dentro* del castillo.

– Así es, efectivamente, uno muy grande. Con mucho gusto se lo enseñaré por la mañana. Ahora debo regresar a la biblioteca. Hacemos muchos registros y detesto no llevarlos al día.

Paseábamos amigablemente hacia el castillo cuando me preguntó algo que al instante despertó mi suspicacia.

– ¿Conocen su familia y amigos su paradero, señor Hillier?

Respondí tranquilamente con honestidad:

– No, en este momento ni un alma tiene la más vaga idea de dónde me encuentro.

– Vaya, vaya – dijo –, una omisión de lo más insensata en un país como este. Si me lo permite, enviaré a un hombre a la estación de telégrafos. Mañana.

Tanto si lo hace como si no, mi intuición de que nadie aquí debe saber nada de esta carta, mucho menos entregarla al correo, se ha intensificado. Me aseguraré de enviártela yo mismo por la mañana, junto con otra para Connie. Aunque la historia ni de lejos ha concluido, de eso estoy seguro.

Escribo esto en el salón que te he descrito antes. Fuera, los colores de la hierba y los arbustos empiezan a apagarse al caer la noche. Magda acaba de traerme una lámpara. Lukretia todavía no ha regresado. Con el permiso de Macneil, he traído aquí el ejemplar de la biblioteca de *De Mortuis Viventibus* de Lartius Calasancius, de quien pensaba que conocía toda su obra. De este volumen nunca había oído hablar, pero estoy demasiado nervioso incluso para abrirlo. ¡Qué vergüenza por mi parte! Tal vez mañana me sienta capaz.

Escribiré de nuevo en cuanto tenga más noticias. Buena suerte con el Premio James Barnes Hitchens.

Tu amigo,

Stephen

VI. DIARIO DE LA CONDESA VALVAZOR

1 de septiembre de 1925

... Lo último no fue un sueño, sino un recuerdo de esa fatídica noche, todo excepto el momento en que Stephen estaba allí conmigo y yo estaba desvalida, y me desperté maldiciendo a Aleku por ser un demonio y un sabueso del infierno. Ahora que ya he dado rienda suelta a mi odio, puedo centrarme en lo sucedido esta misma noche.

Después de darle a Magda instrucciones precisas, encontré a Stephen en el salón con uno de los viejos tomos de Robert sobre las rodillas. Saltó de su asiento y nos besamos apasionadamente, aunque enseguida noté que se sentía cohibido. Aun así fue él quien, apartándome de sus brazos, me dirigió una mirada de recelo y desconfianza.

— ¿Qué te pasa? — preguntó muy serio —. ¿Es por tu niñera?

— Estuve a su lado hasta que murió — le dije —, por eso he llegado tan tarde. Fue una muerte bastante tranquila. Una buena muerte. Tenía que ir, Stephen.

— Por supuesto. — Su voz era tan gentil que deseé besarle los pies.

— Siento haberme ido de ese modo, sin despedirme, pero no sabía...

— Lo comprendo.

Traté de respirar hondo.

— Si te pidiera que te marcharas ahora, esta noche, no hasta Arelanópli, pero sí lejos de Nuvakastra, y que me esperaras allí... Si te dijera que es muy importante para ambos que lo hicieras, ¿lo harías?

— ¿Sin más explicaciones? ¿Sin saber siquiera cómo de importante es «muy importante»?

— Tanto que podría significar que... que tal vez nunca volviéramos a vernos.

— ¿«Tal vez»? — dijo, todavía suavemente —. ¿Qué tipo de probabilidad es esa? ¿Nueve entre diez? ¿Una entre cien?

— Oh, amor mío... — Despertó en mí una enorme ternura y una enorme exasperación a un tiempo —. Hay que explicártelo todo, ¿no es así?

— Sí. En caso contrario, sentiría que te estás deshaciendo de mí con alguna intención siniestra.

– ¿Siniestra? No entiendo, Stephen.

Ahora, su mirada era severa.

– Yo tampoco entiendo. Anoche vi el funeral del barón Aleku Valvazor en 1891.

– Estarías recordando el cuadro que hay en mi salita. Ese tipo de cosas ocurren con frecuencia en los sueños.

– No fue un sueño. Lo vi con mis propios ojos.

– Eso es imposible – insistí.

– Ocurrió. Lo vi desde la ventana de tu habitación. Al menos, ahí es donde empezó.

– ¿Cómo pudiste verlo? – pregunté desconcertada –. Estaría oscuro.

– Fuera había luz. Cuando el... espectáculo terminó, me encontraba en una habitación desconocida, completamente vacía, en algún lugar del castillo. Sudé sangre para encontrar el camino de vuelta, de hecho...

Me interrumpí.

– Está bien. ¿Y qué si ocurrió? ¿Qué tiene eso que ver conmigo y con mi intención siniestra?

– Sí tiene algo que ver contigo. Tú estabas allí. Te reconocí.

– ¿Que yo estaba allí?

– En el funeral. En 1891.

– Tonterías – dije con frialdad –. Estaba en el sueño de una persona en 1925. Una persona a la que acababa de causarle una honda impresión, si se me permite la vanidad. Pero voy a seguirte la corriente. Supongamos que tienes razón: no estabas soñando, *viste* el funeral de Aleku, aunque no estoy muy segura de qué quiere decir eso. Es imposible que me vieras, porque por aquel entonces no había nacido. Pero puede que vieras a esta persona. – Abrí mi relicario y le enseñé una foto de mi madre –. Mi madre. Ella sí estaba allí.

– Eras tú – dijo, aunque con menos convicción.

– La confundiste conmigo. Eso fue lo que ocurrió. Es más fácil creer que era yo que otra persona de la que no has oído siquiera hablar. ¿Acaso no es lo que hacemos siempre, confundir a alguien con otra persona que conocemos, aunque esa persona no se parezca en nada a la otra? ¿Acaso no te ha ocurrido nunca antes algo parecido, mientras soñabas?

La veracidad de esa observación obviamente golpeó con fuerza sus argumentos casi hasta el punto de convencerlo por completo. Casi.

– Bueno, ¿y cómo llegué hasta la habitación desconocida?

– Amor mío, eres sonámbulo. De otro modo, ¿cómo habrías llegado hasta allí? Me temo que pesas demasiado para mí, yo no podría haberte arrastrado hasta ese lugar.

– No. – Y esbozó una sonrisa arrepentida.

– Así está mejor – dije, tratando de sonar como una institutriz inglesa –. Ahora, dejemos a un lado las absurdas intenciones siniestras. – Lo besé como jamás lo hubiera hecho una institutriz.

Un poco más tarde, dijo:

– Está bien, aunque fue algo endiabladamente extraño. – Pero yo sabía que había puesto fin a sus sospechas. Con su mejilla contra la mía, dijo suavemente

–: Pero ¿cuál era tu intención en realidad al tratar de deshacerte de mí?

– Eso fue una tontería. No estaba tratando de deshacerme de ti. ¿Es así como ha sonado?

– En realidad no.

– Solo te estaba dando una oportunidad de escabullirte. Te lo estaba poniendo fácil.

– Pero ¿por qué motivo querría escabullirme, como dices tú? – prosiguió.

– No lo sé. Bueno, existía esa posibilidad. He tenido mucho tiempo para pensar durante el viaje, puede que demasiado, y bajo la fría luz del día me resultaba difícil creer que lo que sucedió anoche fue sincero. No acababa de fiarme de ti. No sé por qué, puesto que no me diste ningún motivo para sospechar.

– ¿Me estás diciendo la verdad, Lukretia? – me increpó.

– Sí, ya he reconocido que fue una tontería.

– ¿Es eso lo que te pasaba? Dios mío, ¡qué pregunta tan infantil!

– Lo dije sin pensar.

– De acuerdo.

Se apartó un poco y me miró a los ojos, sonriendo. Cuando sonrío, su boca no se mueve; de otro modo, su sonrisa no sería tan bonita. Tiene una pequeña cicatriz en forma de V en la parte izquierda de la barbilla. Puede que se la hiciera jugando en el colegio, en ese colegio «tan decente» del condado de Sussex. Le devolví la mirada y él dijo –: ¿Quieres que te demuestre lo tonta que has sido?

– Claro que sí – dije –, me encantaría.

Lo que siguió fue puro placer, un placer que ni él ni yo habíamos sentido o

creído que existía, puro y simple placer. Después llegó la paz, para mí la primera que recuerdo haber experimentado jamás; por él, no puedo hablar. Pero tenía que terminar. Salí de la cama, me puse una bata, me coloqué detrás del biombo y abrí el champán.

Lo oía reírse.

—¿De qué te escondes? —preguntó.

—Temía que si no me ocultaba acabaría distrayéndote de nuevo...

De vuelta en la cama, levanté mi copa y dije en mi lengua materna:

—Te deseo una vida larga y feliz.

—Que la buena suerte no te abandone —respondió inmediatamente, levantando su copa. Su dacio era más que correcto, pero las consonantes sonaron fuertes con su acento inglés. Un acento encantador.

Todavía quedaba algo por hacer. Cogí las tijeritas que guardaba en mi tocador y me corté un mechón de pelo.

—Ahora te toca a ti —dije—. No, deja que lo haga yo.

Corté un mechón de su pelo grueso y fuerte, lo sostuve entre los dedos y le ofrecí a él el mío.

—Ahora somos amantes oficialmente, y solo dejaremos de serlo si intercambiamos de nuevo estos mechones. ¿Lo he dicho bien? Si nos los devolvemos.

—Te he entendido. —Había una tristeza en sus ojos que en otro momento me habría preocupado—. Me alegra que lo hayamos «oficializado». ¿Es costumbre entre los campesinos?

—Bueno, es una costumbre, aunque está desapareciendo. ¿Y qué no? Pero me gusta. Nunca antes lo había hecho. Ya no hace falta que lo sostengas. La ceremonia ha terminado.

Volví al tocador y dejé allí los dos mechones y las tijeras. Stephen estaba cómodamente recostado sobre los almohadones y tenía los ojos cerrados.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer mañana? —preguntó medio adormilado.

—Mañana nos prepararemos para irnos a Inglaterra —contesté—. Y al día siguiente nos iremos a Inglaterra. Y después de los días que sean necesarios llegaremos a Inglaterra. E iremos a Londres y visitaremos las iglesias, los palacios y a las personas, pasaremos por el parque y navegaremos por el río. Y en el campo iremos a montar a caballo y nos sentaremos en el jardín, de la mañana a la noche.

Entonces lloré, pero nadie podía oírme. La poción de Magda actuaba rápidamente. Enseguida me obligué a dejar de llorar, porque aún me quedaba mucho por hacer, y lo que me quedaba no era precisamente una tarea fácil. Me puse un vestido rojo fuego y me engalané con mis mejores joyas. Antes de salir, me incliné y besé a Stephen en la frente. Mientras lo hacía, se me ocurrió que en realidad no había ninguna prisa: aquellos con los que tenía que tratar me esperarían el tiempo que fuese necesario. Me acomodé al lado de Stephen y lo besé en la mejilla una, dos veces. Poco a poco, me invadió una deliciosa languidez, dejé de sentir la presión de la cama contra mi cuerpo y mi visión se nubló de tal manera que solo distinguía vagas formas coloreadas sin ningún significado. En mis oídos sonaba la melodía más dulce que hubiera escuchado jamás, en cierto sentido bajo mi control y aun así con cada giro encantadora por ser inesperada, siempre a punto de detenerse en una cadencia de suprema aflicción antes de pasar milagrosamente a un fresco éxtasis desenfrenado. Los instrumentos que la tocaban no tenían nombre, al igual que los perfumes cautivadores que se arrastraban hasta mi nariz. Un aura cálida me envolvió. Mi bienestar y felicidad eran exquisitos, y para que fueran perfectos no requerían más que de una única y pequeña acción por mi parte. Y para que se desataran no era necesaria mi voluntad, solo que me rindiera al incesante flujo del embeleso. Oh, paraíso, morada de los bendecidos...

De repente me encontré de nuevo soñando ese cruel sueño en el que Aleku me encadenaba al muro de la mazmorra en perpetua cautividad, pero ahora había otra persona a mi lado, amordazada y con los ojos vendados como yo, y sabía que esa persona era Stephen. Grité y volví en mí inmediatamente. Después de un segundo de inexpresable agonía, comprobé que, aunque mis dientes habían llegado a rozar su garganta, no habían traspasado la piel y, como observé con el mismo alivio, las marcas que le había dejado comenzaban a desaparecer. Salí de la cama, me arrodillé y traté de rezar para dar las gracias, puesto que sabía quién había intervenido en el último momento, pero no fui capaz de musitar ni una sola palabra, como de costumbre. Así que di las gracias en mi corazón: ni siquiera Él puede impedir eso. Di las gracias por partida doble. Me había convencido por completo de aquello que estaba intentando negar: jamás podría, ni siquiera durante un tiempo, suprimir el ansia abominable que define mi condición, y, por tanto, Stephen correría un peligro mortal a mi lado. Esta seguridad me ha ayudado a tomar una decisión. Así debe ser: el peligro que Stephen corre no proviene solo de mí.

Poner por escrito esto último me ha causado dolor; no menos enumerar las mentiras que le dije a mi amado. Pero me ha ayudado a revivir algunos de los momentos más maravillosos, los únicos momentos maravillosos de mi vida. Después de cuarenta años, me resulta difícil romper con la costumbre de contar en estas páginas lo que nadie más debe saber y lo que, gracias a Magda, nadie

más sabrá nunca. Así que, ahora, adiós. ¿A quién, a qué dirijo estas palabras?
Qué más da.

VII. TRANSCRIPCIÓN CONFIDENCIAL DE LA INVESTIGACION SECRETA REALIZADA BAJO SU RECTO CUESTOR MIRON FILIPESCU, NUVAKASTRA, 3 DE SEPTIEMBRE DE 1925, EXTRACTOS

CUESTOR: Vaya a buscar al prefecto Sturdza.

SECRETARIO: Prefecto Sturdza, en nombre de Dios Todopoderoso, le ordeno que diga la verdad, toda la verdad...

CUESTOR: Calle, secretario, y deje que procedamos con la audiencia. Esto no es un tribunal legal, ni siquiera un consejo. Ruego a Dios que la cuestión que nos ha reunido aquí hoy nunca deba presentarse a juicio de forma oficial, la verdad. Hable, prefecto.

PREFECTO: Gracias, señor. Tengo en mi poder el documento que me trajo el agente de policía por mediación de la testigo Magda Marghiloman. Me he cerciorado de que la caligrafía corresponde a la de Lukretia Iulia Klodia Valvazor i Vukcic, la condesa Valvazor.

CUESTOR: Bien, bien. Léalo.

PREFECTO: Sí, señor.

En el año 1886, cuando tenía veintinueve años, fui rebajada por la fuerza a la abyecta y abominable condición de vampiro por el hermano de mi padre, el barón Aleku Valvazor, que también me sedujo. Durante los siguientes cuatro años, continuamos con nuestras horribles prácticas para horror y vergüenza de mis familiares y con el consiguiente riesgo para nosotros, que se fue acrecentando. El peligro no derivaba de las represalias que pudieran tomar contra nosotros nuestras desgraciadas víctimas, pues las eliminábamos en cuanto habían cumplido con su cometido, sino del número de inexplicables desapariciones que se producían en el condado vecino. Llegaría el día en que la gente del pueblo acabaría viniendo a por nosotros.

Al final de ese período, a principios de 1890, el inglés Robert Macneil llegó a Valvazor, presumiblemente para ejercer de bibliotecario, pero, aunque mi padre jamás lo admitió, siempre he estado convencida de que, a través de algún intermediario desconocido por mí, había traído a Macneil para otro propósito, concretamente para proteger a su hermano y a su hija de las de otro modo

inevitables consecuencias de sus viles acciones. En cualquier caso, Macneil enseguida puso en marcha una farsa perfectamente elaborada. Encontró a un hombre de mediana edad –un plantador de maíz de Besarabia, según me contaron– que guardaba un asombroso parecido con Aleku, o al menos el suficiente, y de algún modo lo atrajo hasta aquí. Después de propagar el rumor de que el barón había caído gravemente enfermo de tifus, le administró al infeliz desconocido una dosis letal de uno de esos venenos imposibles de detectar. Un par de mujeres de la zona, elegidas por su tendencia al chismorreó, fueron convocadas para preparar el cuerpo del difunto. Tras el funeral de rigor, el desconocido fue enterrado en el mausoleo que mi padre había restaurado a tal efecto. En esta ocasión, los campesinos demostraron su inocente credulidad y no se volvió a escuchar nada más del asunto, pero Macneil no quería dejar nada al azar. Como si la idea hubiera nacido de ellos, aunque en realidad fueron instigados por el propio Macneil, un grupo de hombres del pueblo profanó la tumba después de un intervalo lo suficientemente largo y encontró, no el cuerpo intacto e inmaculado que todos estaban esperando ver, sino lo que solo podía ser un cadáver. A todos los efectos, el barón Aleku ya no existía. En mi caso, no se consideró necesaria una estratagema así. En aquella época, mi capacidad para causar terror era bastante limitada.

Después de aquello, el ingenioso, diligente y atroz Macneil se encargó de que aquellos cuya sangre bebíamos provinieran de algún lugar lo suficientemente alejado del castillo Valvazor para no levantar sospechas. Así continuaron las cosas durante décadas: crecí entre los abrazos de mi tío; incluso –perdóname si puedes– llegaron a gustarme. En cuanto a mi condición de criatura depravada, más allá del alcance de la misericordia divina, me resultaba completamente indiferente. Entonces, una noche, la noche del 31 de agosto, todo cambió. Dios, o Su mensajero, me habló en sueños, ordenándome que pusiera fin al mal y dándome esperanzas, si hacía caso de su mandato, de salvar mi alma. Tomé una decisión inmediatamente: lo dejé todo dispuesto y, en cuanto se me presentó la oportunidad, la aproveché.

A la noche siguiente, el 1 de septiembre, me presenté más tarde de lo habitual ante mi tío y Macneil en el salón pequeño. Me las apañé para conseguir que Macneil saliera de la habitación durante un breve instante, cogí un martillo y le clavé a mi tío en la parte posterior de la cabeza un largo clavo de hierro. No dejé de golpear hasta que la punta salió por su ojo derecho. No estaba segura de si eso sería suficiente para garantizar su destrucción, pero muy pronto comprobé los cambios radicales y espantosos que se estaban produciendo en él y dejé de tener dudas. Así pereció esta criatura tan infame, y por ello quién sabe cuántos hombres y mujeres inocentes se libraron de un terrible destino.

Cuando Macneil volvió a la sala, expresó con violencia su aversión hacia lo que

veían sus ojos. Profirió provocaciones y amenazas de todo tipo, que se tornaron súplicas e intentos por negociar en cuanto comprendió mis intenciones. Fue en vano: yo tenía claro cuál era mi deber y mi determinación era absoluta.

En todo, salvo en los detalles de naturaleza intangible, este es un relato verídico y completo de los hechos, y eso constituye un motivo más que suficiente y necesario para entregártelo como custodia. Debes aceptarlo o desestimarlos tal y como está. No estaré disponible para que se me interrogue.

Escrito de mi mano y con mi sello,

LUKRETIA VALVAZOR

CUESTOR: Gracias, prefecto. Queda claro. Pospondremos el resto de consideraciones hasta que se nos presenten más pruebas. Vaya a buscar al doctor Eótvos, a ver si ya se encuentra en condiciones de unirse a la investigación.

DOCTOR: Sí, señor. Eso creo, señor. Debo hacer hincapié en que la necesidad de ser rápido y discreto implica que mis hallazgos por fuerza sean bastante generales y provengan de una primera aproximación al caso un tanto superficial.

CUESTOR: Lo entendemos. Por favor, proceda.

DOCTOR: Uno de los cuerpos parece pertenecer al de un hombre de edad muy avanzada, alrededor de los noventa años. Esto lo supuse por el estado del cabello, los dientes y una o dos partes que de algún modo habían escapado al proceso de descomposición que había sufrido el resto del cuerpo, que estaba tan avanzado que el cadáver no pudo trasladarse completo y tuvo que ser examinado en el mismo lugar en el que se encontró. Y, aun así, entre los restos del canal alimentario había fragmentos de comida parcialmente digerida que habían sido ingeridos menos de una hora antes, tal vez dos como máximo. La fisiología humana, la..., lo que sucede cuando un hombre muere... hace que eso resulte imposible de todo punto.

CUESTOR: ¿Desea descansar un momento, doctor? Muy bien. ¿Está diciendo que no se trataba del cuerpo de un ser humano?

DOCTOR: No, señor. Bueno, no exactamente. Sobre él han actuado fuerzas que me resultan desconocidas produciendo efectos en la carne y en la sangre que parecen imposibles... En definitiva, jamás he visto ni oído nada similar. ¿Es suficiente? Gracias, señor. El otro cuerpo era humano a todos los efectos. Lo identifiqué como el de Robert Macneil, a quien todos conocíamos bien por aquí. El... factor inusual en este caso fue la causa de la muerte. La cabeza estaba casi separada del tronco, pero no como resultado de ningún golpe propinado con un arma. Había sido separada a fuerza de *estirar*.

CUESTOR: En su opinión, ¿eso podría ser obra de un ser humano?

DOCTOR: No, señor. Bueno, de nuevo, he de admitir que tal vez un hombre de extremada fortaleza... Pero sin duda una mujer normalmente desarrollada, que asumo que es a lo que se refiere con su pregunta, sería incapaz de hacer algo así. Debo añadir que el húmero derecho, el hueso de la parte superior del brazo derecho, estaba desmenuzado en treinta o cuarenta pedazos, algunos de ellos apenas visibles para el ojo humano. Algo extraño, ya que tampoco se ha utilizado ningún arma ni nada inorgánico: los moretones muestran que fue obra del apretón de una mano humana, o algo con forma de mano humana. Como en el caso anterior, un acto imposible para una persona normal, hombre o mujer.

CUESTOR: ¿Podríamos decirlo de otro modo: imposible para una persona normal de acuerdo con los conocimientos actuales de la ciencia médica?

DOCTOR: Eso sería muy preciso, señor.

CUESTOR: Excelente. Gracias, doctor. Ya puede retirarse. Vaya a buscar a la testigo Magda Marghiloman.

SECRETARIO: No le contará nada útil.

CUESTOR: ¿Cómo lo sabe? ¿Y cómo sabe usted lo que me parecerá útil? Ahora, Magda, si es usted sensata, esto no nos llevará más de un minuto. Ya ha oído al prefecto leer el documento que su señora le entregó. Díganos dónde estaba usted cuando se lo dio.

TESTIGO: En la salita de la señora, señoría.

CUESTOR: ¿Qué pasó después?

TESTIGO: Me dio un beso, me entregó el relicario con el retrato de su madre y se despidió...

CUESTOR: Muy bien, Magda, podemos hacer una pausa, no se preocupe. Prosiga cuando pueda.

TESTIGO:... y yo salí y la dejé allí.

CUESTOR: ¿A qué hora fue eso?

TESTIGO: Más o menos a medianoche.

CUESTOR: Y esa fue la última vez que la vio. ¿Dónde está ahora, Magda? ¿Dónde está su señora?

TESTIGO: Se ha marchado.

CUESTOR: Magda, todos sabemos que se ha marchado. Lo que queremos que nos diga es adónde. Al menos, esa es la pregunta que le estamos haciendo.

TESTIGO: No conozco la respuesta, señor.

CUESTOR: De acuerdo. ¿Y cree usted, Magda, que alguien lo sabe?

TESTIGO: No, señor.

CUESTOR: Muy bien. Ha oído usted al prefecto mencionar a un tal Stephen Hillier, un inglés que estaba en Nuvakastra hace solo cuatro días. Aunque hemos intentado localizarlo, no hemos sido capaces de averiguar su paradero. ¿Lo ha visto o ha escuchado algo acerca de él?

TESTIGO: No, señor.

CUESTOR: De hecho, ni él ni nadie en su nombre se han puesto en contacto con usted.

TESTIGO: Así es, señor.

CUESTOR: Y, de nuevo, Magda, ¿cree usted que los demás habitantes del castillo Valvazor suscribirían su testimonio?

TESTIGO: Todos y cada uno, señor.

CUESTOR: Gracias, Magda, eso es todo. Secretario, desaloje la sala. Que salga todo el mundo excepto el prefecto Sturdza, el doctor Eótvos y usted.

Ahora, caballeros, ya que todos somos dados y, de hecho, todos somos de los alrededores, mi impresión es que podemos zanjar este asunto enseguida. La única cuestión que lleva implícita alguna complicación es la que concierne al señor Hillier. Tenemos que aceptar la posibilidad de que se haya visto involucrado de algún modo en los acontecimientos acaecidos en el castillo Valvazor. De ser así, nos vemos obligados a considerar que es muy probable que esté muerto. En ese caso, nadie del castillo nos contará nada al respecto. Lo normal es que su familia en Inglaterra —si es que tiene familia y si es que saben que vino a Nuvakastra— intente encontrarlo. Pero si nadie se pone en contacto con nosotros, Dios lo quiera, sugiero que no hagamos nada. Tal y como están las cosas, ¿qué motivo objetivo habría, mi querido prefecto, para buscar al señor Hillier, para detenerlo, o incluso simplemente para mencionarlo en el acta del proceso?

Sin embargo, estas remotas posibilidades, que a nosotros los juristas nos gusta considerar, tienen poca importancia a nivel práctico. Apuesto a que nuestro hombre está bien lejos de este lugar. No volveremos a saber de él. Si por alguna extraña casualidad cuando se marchó estaba al tanto de alguno de estos extraños sucesos, no tenemos de qué preocuparnos. Ahora que está solo mantendrá la boca cerrada, de eso pueden estar seguros.

Y, en cuanto a los cadáveres, o más bien el cadáver —puesto que el barón Aleku lleva muerto treinta y cuatro años, ¿no?—, en cuanto al señor Macneil, convendrán conmigo en que tuvo un accidente que le provocó la muerte. Se

cayó por las escaleras, se ahogó en la bañera, lo que ustedes quieran. ¿Estaría de acuerdo en certificar eso, doctor?

DOCTOR: Gustosamente, señor.

CUESTOR: La condesa Valvazor, en cambio, ha desaparecido. Y eso, al menos, es un hecho. No volveremos a verla en esta vida.

SECRETARIO: Ni en la próxima.

CUESTOR: Amén. Ojalá yo fuera tan optimista. Le sugiero, prefecto, que localice a un par de tipos de confianza que digan que vieron a la condesa de camino a Arelanópli ayer por la mañana, ¿de acuerdo? Luego habrá que resolver el tema de la herencia. Y lo estoy deseando. Tal vez aparezca algún primo inocente de Filadelfia, por ejemplo, para tomar posesión de la propiedad, como un joven en una historia de fantasmas.

Bueno, a menos que haya olvidado algo que ustedes me quieran recordar, doy por concluido este asunto. Prefecto, encárguese de que se quemem todos los documentos. *Todos.*

DOCTOR:: ¿Puedo hacer una última pregunta, señor? ¿Cree usted la historia de la condesa?

CUESTOR: ¿Qué tengo que creer? Si tengo que creer algo, entonces ¿qué otra explicación puede haber a todo esto? Y ahora, caballeros, les invito a que tomen un vaso de vino conmigo. Hay algo en lo que he escuchado esta noche que me empuja casi irresistiblemente hacia un vaso de vino, para reponer fuerzas.

VIII. DE STEPHEN HILLIER A A. C. WINTERBOURNE

Hotel Astoria

Budapest

Hungría

6 de septiembre de 1925

Mi querido Charles:

¡Qué desastre! Tengo que contárselo a alguien — no, a alguien no, a ti — antes de que me vuelva loco, o muera de no sé qué: de pena, de horror o de algo parecido al desconcierto... ¡Nunca imaginé siquiera que este último podría convertirse en una emoción tan intensa y tan dolorosa como el resto! Lo siento, probablemente lo que digo no tiene mucho sentido. Deja que me concentre en los datos objetivos de mi historia.

El día 3, el viernes por la mañana, me marché del castillo y recorrí el deteriorado camino hasta Arelanópli, donde tomé el primer tren disponible con el propósito de salir de Dacia. El tren iba haciendo paradas, y mi billete era de vuelta directa (yo no contaba con hacer un viaje turístico por Hungría), así que tuve que pagar cinco libras más, pero habría pagado con gusto diez veces más solo para escapar de ese horrible país. He de reconocer que el Astoria es un hotel más que decente y los criados son de lo más considerados. Fingen no darse cuenta de lo que me temo debe de ser una aflicción evidente, satisfaciendo sin hacer preguntas mis deseos de tomar todas las comidas en mi habitación (no es que haya tenido muchas ganas de comer) y dejándome solo el mayor tiempo posible. A consecuencia de ello, me encuentro mejor (bueno, mejor de lo que estaba), aunque no exactamente alegre. Imagino que en un par de días, cuando haya recuperado las fuerzas suficientes para enfrentarme a un largo viaje, saldré hacia París; en cualquier caso hacia un destino que sea completamente diferente de este lugar. Todavía no puedo enfrentarme a Connie... No es que no pueda... No, ahora no voy a hablar de eso, creo que lo entenderás cuando leas lo que tengo que decir.

Recuerdo que, al final de mi última carta (solo Dios sabe cómo conseguí echarla al correo), te conté que estaba en el salón tratando de leer y esperando a Lukretia. Charles, quiero saltarme el relato de lo que sucedió esa noche (no hay nada que no pueda esperar hasta que nos veamos) y pasar directamente a la mañana siguiente, alrededor de las siete. Aquella noche no había soñado nada, así que cuando me desperté de repente fue como si me hubieran lanzado en un segundo desde una oscura mazmorra a la luz del sol: toda aquella encantadora habitación estaba inundada de sol. Parpadeé un momento. Me sentía a la vez perezoso y tenso, hecho un manojo de nervios... Durante un momento fui incapaz de recordar dónde estaba. Me llevó un poco más de tiempo entender lo que había ocurrido o debía de haber ocurrido desde que me quedé dormido. Al final lo conseguí: Lukretia me había dado champán, en el champán había algún tipo de droga, yo había sucumbido a la droga, Lukretia se había ido de la habitación y no había vuelto. Poseído por una repentina intuición, salté de la cama y me vestí lo más rápido que pude. Sobre el tocador había un sobre con mi nombre, aunque mi mechón de cabello había desaparecido (eso te lo explicaré más adelante). Me metí el sobre en el bolsillo y salí corriendo.

En el piso de abajo, la puerta del salón estaba cerrada con llave. Llamé varias veces, pero nadie respondió ni se oía el más mínimo ruido. Tenía la sensación de encontrarme solo en el castillo. Entonces, débil pero insistente, llegó a mis oídos un sonido irregular e indescriptiblemente sombrío de algo que golpeaba, como el de una contraventana azotada por el viento. Enseguida encontré su origen: se trataba de una gran puerta de cristal que daba a una pequeña terraza a un lado del edificio. Atenazado por un agudo temor, todavía sin saber qué era lo que tanto me afligía, salí al exterior. El aire ya era cálido, e incluso podía oír el ruido de los insectos y el canto de los pájaros. A un lado había una estatua de una ninfa desnuda o de una muchacha que sostenía un cordero en los brazos, sin duda una copia de un original helénico. Dejé atrás la sombra que proyectaba la casa y avancé bajo la intensa luz del sol. Una brisa intermitente barría el polvo de las baldosas. Me fijé en lo que podría haber sido un fino mechón de pelo oscuro, no más de cuatro o cinco cabellos, pero se desintegró antes de poder llegar a tocarlo. Una idea terrible golpeaba mi mente. Recordé el sobre que había cogido y lo abrí apresuradamente. Dentro solo había una hoja escrita. Esto es lo que decía:

Mi único y querido amor:

Tengo que marcharme. No volverás a verme en esta vida. Entenderás que sin un motivo muy poderoso, muy potente, tanto que ni siquiera puedo revelártelo, jamás me habría separado de ti. Pero puedo revelarte lo que no es: no es tu culpa, no es nada que esté en ti, ni en ninguna acción o palabra tuya. No se trata de ninguna limitación en el amor que sentimos el uno por el otro. Ese amor ha

sido lo único auténtico en mi vida y lo que me ha liberado de todas mis penas. Ese amor y tú me habéis hecho tan feliz que cualquier otra felicidad que haya conocido me parece trivial y gris. Y eso significa que no me importa mucho que el tiempo que hemos compartido haya sido tan poco. Espero, sé, que esto será un consuelo para ti.

Ahora debo irme. No intentes encontrarme. Nadie puede hacerlo. No intentes averiguar nada más sobre mí. Recuérdame tal y como me conociste. Puede que acabemos por encontrarnos dentro de un millón de años. Tal vez Dios lo haya planeado así. Adiós, amor de mi corazón.

Tuya, Lukretia

Recuerda tu promesa: *Duminu wobisku*

Y, con las últimas dos palabras, la insoportable sospecha se convirtió en certeza. Volví a meter la mano en mi bolsillo y saqué el calco que había hecho de las primeras frases del documento que Macneil me había mostrado en la biblioteca. No había duda: la caligrafía era la misma. Ahora entendía por qué me había inquietado tanto en aquel momento: mi ser consciente supuso que lo que tenía ante mis ojos era obra de un hombre, pero algo en mi inconsciente me había dicho que aquello era obra de una mujer. Y había intuido muchas cosas más.

No trataré de describir mis sentimientos. Volví dentro, me arrodillé y recé por el alma de Lukretia como he hecho desde entonces antes de irme a dormir y al levantarme, y como seguiré haciendo hasta el final de mis días. Entonces encontré a Magda, o ella me encontró a mí. Me preguntó qué deseaba. Le dije que quería preparar mi equipaje y abandonar la casa a la mayor brevedad y ella lo dispuso todo inmediatamente, como si estuviera tan interesada como yo en que me marchara cuanto antes. ¿Qué habría visto u oído a lo largo de los años? ¿Y en las últimas treinta y seis horas? No quería saberlo. Después de aquella primera pregunta y su respuesta, no volvimos a cruzar palabra alguna hasta que ambos estuvimos de pie frente a la gran puerta principal. Un tipo de expresión sombría con un mono de trabajo cargaba mis maletas en una especie de carreta. Incluso en ese momento, Magda y yo solo intercambiamos una frase de agradecimiento por la propina que le di y unas palabras de despedida, pero justo cuando iba a subir a la carreta ella me dirigió una última mirada que decía que estábamos unidos por nuestra pérdida tan claramente como lo hubieran hecho las palabras. Espero haberle devuelto la mirada adecuada. Antes de que el cochero hubiera azuzado a los caballos con su látigo, la puerta del castillo se había cerrado con un gran estruendo. Macneil no apareció, y la verdad es que lo prefería así: no quería darle explicaciones.

Siento molestarte con todo esto, querido amigo, pero tal vez ahora entiendas por qué tenía que contártelo, o sentía que tenía que contártelo, y por qué no puedo volver a casa inmediatamente. Probablemente te veré alrededor del 18 o del 20. ¡Gracias por escucharme!

Tu amigo,

Stephen

P. D. Me preguntaba si puedo pedirte que guardes esta carta y la anterior bajo llave. St. Matthews es un lugar muy respetable, lo sé, pero toda precaución es poca.

IX. DE STEPHEN HILLIER A CONSTANCE HILLIER

Hotel Astoria

Budapest

Hungría

7 de septiembre de 1925

Mi queridísima Connie:

Debe de hacer una semana desde mi última carta. Como ves, he estado viajando. No me quedé mucho tiempo en el castillo Valvazor, puesto que pronto descubrí que era un completo desastre. En mi última carta te hice perder el tiempo (y yo perdí aún más el mío) con todas esas historias sobre Tristán el Lobo, Matías el Rojo y los relatos de testigos presenciales. Después, a la mañana siguiente, cuando me puse a estudiar los archivos, no encontré nada en absoluto aparte de los documentos familiares más aburridos y convencionales que puedas imaginar. Me quejé de ello durante el almuerzo, o más bien sugerí que debía de haber estado consultando los archivos equivocados, y la condesa me dijo que no, que había visto todo lo que había que ver, y más o menos reconoció que se había inventado una historia para inducirme a que me quedara un tiempo y le hiciera compañía. Bueno, entendí lo de la compañía, pero ¡en fin! Me quedé otra noche por cortesía y me inventé un compromiso en Budapest. Quiero que me prometas que nunca mencionarás a la condesa Valvazor. En serio. Si lo haces, no te responderé. ¡Fueron una decepción y un aburrimiento tan grandes que preferiría no recordarlos!

En cierto modo, sin embargo, mi visita valió la pena. Me dio ocasión de pensar en todo este tema de los vampiros, me hizo verlo de otra forma, no sé si sabes a lo que me refiero. Y, bueno, no sin cierta reticencia, he llegado a la conclusión de que tenías razón y de que yo estaba equivocado. No se trata más que de una sarta de supersticiones de campesinos que no se sostiene por ningún lado y que ni siquiera tiene el mérito de poseer algún encanto. ¿Qué demonios me poseyó para imaginar que valía la pena escribir un libro, un libro serio, sobre el tema?

Me temo que esto contrariará a Charles Winterbourne, pero voy a dar por finalizada mi investigación. Creo que me decantaré por algo, digamos, como la antigua literatura húngara. He estado echando un vistazo por los museos y ya he recopilado algo de material con el que empezar a trabajar.

Esta ciudad es fascinante. Supongo que sabrás que en su origen se trataba de dos ciudades, Buda y Pest. El palacio real de Buda es muy bonito y tiene más de ochocientas habitaciones (¡no es que haya estado en todas!). Muy cerca se encuentra la iglesia de

Lo siento, querida. Tengo que dejarlo aquí si quiero llegar a tiempo para que esta carta salga con el correo de hoy. Dentro de un par de días partiré de nuevo. Te escribiré en cuanto pueda.

Con prisa, y con amor,

Stephen



ASUNTOS DE MUERTE

Comerciar y traficar con Macbeth en enigmas

y asuntos de muerte...

Macbeth, acto 3, escena V

León IX, nativo de Alsacia, accedió al papado en 1049 d. C. Cuatro años después, reunió a un ejército de voluntarios italianos y alemanes y lo lideró personalmente contra los invasores normandos que habían ocupado Sicilia y el sur de Italia. Las fuerzas papales fueron derrotadas y el papa fue capturado y encarcelado durante unos meses.

Mis carceleros me liberaron sin previo aviso la mañana del 26 de octubre. Tampoco me dieron ninguna explicación: se limitaron a indicar en su vil francés que era libre de marcharme. Su constante y premeditada falta de respeto hacia mi persona, sin embargo, sugería que ciertas presiones externas, que bien podían deberse a la intervención del emperador, los obligaban a cumplir con este cometido. Esta posibilidad había sido lo único que me había dado fuerzas para soportar el tedio y el malestar de mi cautividad. Hasta ahora, Enrique se había mantenido al margen a propósito, por supuesto, en parte para subrayar su desacuerdo respecto a mis recientes acciones, y en parte, sin duda, para recordarme que en cierto sentido yo debía mi coronación a sus buenas artes.

Mi satisfacción por volver a Roma se vio atemperada por la aprensión de lo que podría estar aguardándome allí. Pero encontré la Ciudad en calma: Hildebrando el Benedictino se había encargado de mantener todo en orden. Yo le había enviado un mensaje y él me estaba esperando en el salón amarillo, donde se había servido una cena fría. Me saludó con una mezcla de reverencia y cordialidad a partes iguales. Estaba un poco más delgado que en junio, pensé, pero puede que también un poco más fuerte. Para no haber cumplido todavía treinta años, Hildebrando había visto bastante mundo, al menos el suficiente para comprender a Alemania, y eso era bastante.

Yo no había solicitado ningún médico, pero él se había asegurado de que hubiera uno presente; uno griego, por su aspecto, con una barba blanca que denotaba grandes conocimientos. Me pinchó, me tomó el pulso y me miró la lengua. Cuando hizo ademán de practicarme una sangría, lo eché.

—Permítame hacerlo llamar de nuevo mañana, mi señor —dijo Hildebrando—.

No está usted bien. Esos cerdos normandos lo han matado de hambre. ¿Estaba al menos su excelencia en un lugar seco?

—La mayor parte del tiempo. Solo necesito reposo y buena comida, comida fresca.

—Definitivamente. Ahora coma, mi señor. Disfrute de estos pajaritos.

—No, estoy demasiado cansado. Sírvenme vino.

Mientras me alcanzaba la copa, dijo en voz baja:

—Pensé que sería mejor recibirle sin ceremonia. No me pareció necesaria.

—Efectivamente, mejor así. Incluso estos pocos que nos acompañan me parecen demasiados. Ten la bondad de pedirles que se retiren.

A una leve inclinación de su cabeza, todos se marcharon.

—Hildebrando, ¿quién hubiera imaginado que una turba zafia como esa podría derrotar a mis valientes hombres? El supremo pontífice, un vulgar prisionero. Arréstalos a todos, muchacho, a todos los que están en Roma; persigue a los demás y tráelos aquí. A todos: a Gerardo, a Federico, a Valeriano, a Florentino, a Otto, al español y al tartamudo. A todos mis capitanes, a todos los que me arrebataron la victoria... Confínalos en nuestras prisiones. A todos.

—Esté tranquilo, mi señor. Los apresarán a todos.

—Asegúrate de que así se haga. —Tosí un poco y tomé algo de agua, más vino, y mordisqueé un ala de gorrión—. Bueno, ¿y qué nos aguarda mañana?

—Muchas cosas: algunas importantes y otras menos. Ninguna urgente. Pocas placenteras. Algunas molestas, como Pedro Damián, que le reprocha haber usurpado la función del emperador al actuar como un soldado.

—No le prestes atención.

—Tal vez no, pero su excelencia sí debería prestarle atención a una acusación de herejía de Miguel Cerulario.

—Debe de haber algo en el aire de Constantinopla que pudre el cerebro. ¿Realmente Miguel, un simple obispo, no sabe que es mejor no desafiar directamente mi autoridad? Tendré que cortarle las alas inmediatamente.

—Se lo habrá ganado, mi señor. Ahora, un asunto placentero: hay un rey en Roma deseoso de concertar una audiencia con su excelencia. Creo que nunca he visto a nadie antes tan impaciente, independientemente de su rango.

—¿Qué rey?

—El de los escoceses o Escocia, de nombre Macbeth. Dándolo por perdido a usted, como desgraciadamente hicieron unos cuantos, solicitó una audiencia con

el cardenal vicario-general y se mostró francamente sobrecogido cuando supo que, después de todo, tendría el privilegio de ser recibido por su excelencia. Insistió mucho en que lo más importante era que atendiera usted su salud y bienestar primero. Un granuja conmovedor. Podría resultar divertido, mi señor.

—Divertido o no, lo recibiré. Por supuesto que lo haré. Debo hacer cuantos amigos pueda. Recibiré al mismo conde de Vinlandia, si desea visitarme. ¿Quién acompaña a ese tal Macbeth?

—Uno tipo muy adecuado para acompañar al rey de un país como Escocia, una especie de saqueador. El rey Macbeth vino aquí, a Roma, hace tres años con el propósito de ser recibido por su excelencia, pero en ese momento usted se encontraba en el extranjero, peregrinando más allá de los Alpes.

—Sí, sí. Tal persistencia sin duda merece una recompensa. Arréglalo.

—Ya está hecho, mi señor. Provisionalmente. A mediodía, no mañana, sino pasado mañana. Ahora su excelencia debe retirarse —dijo Hildebrando, llamando a los criados—. Y duerma hasta tarde.

Cuando, no del todo recuperado, incluso después de haber pasado doce horas descansando en un buen lecho, me levanté a la tarde siguiente, Hildebrando ya me esperaba otra vez con, entre otras muchas cosas, información sobre Escocia. El país, o el territorio habitado por los escoceses, estaba limitado a esa parte de la isla que se extiende al norte del fiordo de Forth. Aquí y más allá de las regiones vecinas, desde las costas más lejanas del mar de Irlanda hasta aquellas del mar del Norte, se habían asentado en distintas épocas hordas de irlandeses, pictos, escoceses, britanos, anglos, cúbricos, ingleses, daneses o noruegos que se enfrentaban en luchas oscuras y prolongadas. Esa parte del norte de Europa había sido un lugar conflictivo durante siglos, y parecía que seguía siéndolo.

En principio, no había nada de lo que tuviera que preocuparme en Escocia. La Iglesia se encontraba bien establecida allí, y Macbeth había mostrado su buena disposición hacia ella en los doce años de su reinado. No estaba en mis manos controlar los acontecimientos. Solo había un obispo en Escocia, en la ciudad no amurallada de St. Andrews, y su influencia era puramente local. Los monjes escoceses no tenían ningún poder. Claramente, la clave para controlar la Iglesia de Escocia residía en el soberano. Si era capaz de ganarme la estima personal de Macbeth, podía estar sentando las bases de algo que, de nuevo, podría resultar muy útil ante cualquier futuro problema con Inglaterra. Y los problemas con Inglaterra llegarían tarde o temprano, tal vez durante mi papado, tal vez muchos años después, de eso no cabía la menor duda.

Al mediodía siguiente no sabía bien qué esperar, pero lo que sin duda no esperaba en absoluto era la figura alta, de pelo rubio y ojos azules de poco menos de cincuenta años que se presentó ante mí. Pensé que, además de vecinos

escandinavos, bien podría haber tenido un antepasado escandinavo. Su acompañante, que mi ujier me presentó como el capitán Seaton, bajo, fornido y con una espesa barba y una estúpida mirada de desafío, encarnaba mucho más la idea que yo tenía de un escocés. Cuando los dos se arrodillaron ante mí, concedí a cada uno el saludo apropiado a su rango.

Con el objetivo de no intimidar excesivamente a mis visitantes, los había recibido en un salón del trono pequeño construido dos siglos antes por mi antecesor Agapito II y que, aunque no tenía dos niveles, era digno de su función y contaba con suntuosos frescos nuevos, esculturas de bulto redondo y mobiliario adornado con piedras preciosas. El soldado, si eso es lo que era, mantenía la vista fija al frente como si tuviera miedo de contemplar lo que lo rodeaba. Su señor, en cambio, miraba aquí y allá sin insolencia, sin asombro tampoco, hasta que llamó su atención la pieza más extraordinaria que se encontraba a la vista, una grotesca caballería tallada en roble que el obispo de Rennes sacó de alguna iglesia de allí y me envió por mi cuadragésimo séptimo aniversario, el primero después de ser investido.

El atuendo del rey me sorprendió ligeramente: nada de pieles de ciervo ni andrajos en los pies, sino un rico abrigo ribeteado en oro que no habría deshonrado ni al mismísimo emperador Enrique, una prenda de seda roja oscura debajo, zapatos altos españoles, una espada corta y ancha con la empuñadura en cruz, simple pero de elegante factura, y un crucifijo de forma curiosa debajo de la garganta, obviamente de plata pero de un tinte bastante azulado, que me prometí a mí mismo que sería mío antes de que emprendiera el camino de regreso a sus tierras escocesas. ¿Qué tipo de jefe tribal llevaba esas cosas?

Como era mi costumbre cuando recibía a la realeza, había hecho que mi senescal instalara cerca del estrado una pesada silla con un respaldo alto y minuciosamente tallado que representaba escenas del martirio. No era precisamente un trono, pues se colocaba sobre una plataforma no muy alta, pero sí elevaba al monarca instalado en ella por encima de la gente común. Aquí se sentó el rey Macbeth cómodamente, bajando sus ojos azules con reverencia. Le hice una pregunta en latín sobre su anterior visita a la ciudad, aunque no confiaba demasiado en que me comprendiera.

De nuevo inesperadamente, respondió en un fluido y correcto francés, el idioma de mi infancia:

—Me sentí desesperadamente decepcionado por no poder presentar mis respetos a su excelencia. Tuve que contentarme con repartir dinero entre los pobres de Roma. —Su acento no era peor que el de mis anteriores captores; de hecho, se parecía bastante al suyo.

—Su dominio del idioma es excepcional, majestad. —No tanto como que

hubiera descubierto que yo lo conocía.

—Gracias, santo padre. Ciertas circunstancias han contribuido para que así sea. Ocorre que durante aproximadamente los dos últimos años he tenido que dar cobijo en mi corte a varios fugitivos francófonos procedentes de Inglaterra, y he practicado con ellos. Después de todo, de otro modo, esta conversación, aunque memorable para mí, habría sido mucho más limitada. Mi latín es rudimentario, y dudo de que el gaélico de su excelencia sea mucho mejor.

Reí, en parte para mostrar que entendía a lo que se refería. Esos fugitivos de los que hablaba obviamente habían llegado de Normandía, pero tras mis recientes experiencias habría sido poco discreto incluso mencionar la existencia de ese lugar. Y, en cuanto al francés, obviamente no lo había aprendido para poder conversar conmigo, a quien se había preparado para visitar tres años antes ignorando por completo esta lengua y a quien no había esperado ver en absoluto esta vez. No, el objetivo primero de su interlocución habría sido el duque Guillermo. Se daba por hecho que el rey Eduardo le había prometido el trono de Inglaterra en cuanto este quedara vacío, y por consiguiente debía de ser un personaje de gran interés para cualquier rey de Escocia. Pero ¿le habría recibido Guillermo?

—Sin duda ha llevado a cabo otras visitas durante este viaje, su majestad.

Inmediatamente se puso a la defensiva.

—Sí, santo padre, una, pero no era de importancia, no se puede ni comparar con esta.

—No obstante, confío en que fuera de su agrado.

—Debo pedirle a su excelencia que me perdone —dijo, parpadeando violentamente.

Esta vez reprimí una sonrisa. Para mí estaba claro como el agua que había visitado o intentado visitar la corte de Guillermo, y también que había sido rechazado sin que ni siquiera se hubieran dignado a verlo, puesto que, a mi juicio, bastaba una sola mirada para darse cuenta de que era alguien que no había que pasar por alto: no el alma refinada que él creía ser, en realidad seguía siendo un bárbaro, pero sí un bárbaro notable. Dije con suavidad:

—Han llegado hasta nosotros informes agradables del estado de Escocia bajo la administración de su majestad.

—Su excelencia es demasiado gentil. Y eso me lleva al objeto de esta entrevista, o al objeto secundario, puesto que el primero era simplemente recibir su bendición, santo padre. Por motivos que a continuación saldrán a la luz, me he visto obligado a venir con la mayor urgencia a Roma, incluso cuando pensaba que su excelencia estaría ausente. Encontrarlo aquí después de todo, haber

podido llegar hasta usted, es para mí una clara señal del favor divino.

Una viva mirada fija de sus ojos azules acompañó estas palabras. Empecé a toser durante un momento y cambié de postura en el trono. Hablar de esos asuntos siempre me ha hecho sentir incómodo. Puede que fuera un poco brusco cuando dije:

– Por favor, continúe, señor.

Pero dudó un momento antes de seguir:

– Espero que se me perdone por hacer lo que debe de ser una petición inusual. Me gustaría que viniera un secretario para registrar el contenido de lo que, si se me permite, voy a decir.

Di las instrucciones pertinentes y esperé.

– Supongo que sabe poco de Escocia, santo padre. Es un lugar remoto y oscuro, sus gentes son salvajes, ignorantes, crédulas, supersticiosas, no crueles, pero sí infantiles. No tienen noción de la probabilidad, de lo que es real y lo que es imaginado. Mi reinado no ha sido tranquilo y algunos de los acontecimientos que han tenido lugar durante este, y aún más los que están por venir, han sido violentos, confusos y ambiguos. Es probable que el relato generalmente aceptado del mismo, de mi reinado, se desvíe absurda e irrevocablemente de los hechos históricos no mucho después de mi muerte. Un proceso similar ya ha distorsionado los años de mandato de mi predecesor. Con su venia, con su ayuda, santo padre, mi intención es dejar registrada la verdad de estos asuntos y que ese registro se aloje en el archivo de la sede de San Pedro, donde estará a salvo para siempre. Eso es lo que me ha traído hasta aquí. Lo que tengo que decir tal vez atraiga la atención pasajera de su excelencia, ya que puede que le interese conocer parte de la historia de un país tan alejado del centro del mundo.

Ese último golpe, acompañado de una mirada de una naturaleza distinta, me hizo pensar en que hombres como ese no eran muy comunes en ningún sitio, ni siquiera en Roma. En ese momento apareció un secretario, un benedictino, y por indicación mía se acomodó a la izquierda de Macbeth. Extendí la mano invitándolo a continuar.

– Algunas cosas son hechos, otras cosas se ocultan. Es un hecho que el viejo Malcolm II, rey de los escoceses, afortunado, victorioso, elogio de los bardos, no tenía un hijo que lo sucediera, pero gobernó durante tanto tiempo que para cuando murió sus nietos eran ya mayores. Se ve que para la sucesión favoreció al de más edad, Duncan. Así fue, aun cuando podría haber elegido al tercero en edad, yo mismo, o incluso al cuarto y más joven, Thorfinn Sigurdson, hijo del conde noruego de Orkney. Las antiguas costumbres de nuestra casa real no establecen el derecho de sucesión para el príncipe de más edad. Yo tenía más

derecho, un derecho doble, un derecho derivado no solo de mi propio linaje, sino también del de mi mujer Gruoch, nieta del rey Kenneth III, a quien el viejo Malcolm había depuesto y asesinado. Nuestra costumbre también reconoce un derecho como suyo.

»Todo esto son hechos, aunque apenas se recuerdan. El viejo Malcolm cedió a Thorfinn, con el título de conde, dos feudos en la isla con objeto de contenerlo, de aplacar cualquier ambición que pudiera alimentar. Lo que el viejo no había imaginado es que, una vez en el trono, el temerario Duncan trataría de recuperar esos lugares por las armas. Escocia se bañó en sangre, la mayor parte de ella la de mi gente y la mía propia... Luché por mi rey como jefe de sus ejércitos. Parecía que no había esperanza.

»Entonces, una mañana hace trece años, los noruegos de Thorfinn se abalanzaron sobre los escoceses el alba en Burghead, en Moray, y los despedazaron en la playa en menos de diez minutos. Duncan huyó, y una partida de mis seguidores y yo mismo salimos tras él. Moray era mi feudo. Por senderos secretos lo conduje hasta un fuerte abandonado en un lugar llamado Bothnagowan. Allí, una noche de agosto, doce de nosotros aprovechamos la oportunidad: lo sorprendimos mientras dormía recostado en la muralla y lo apuñalamos hasta la muerte. Sin demora, me autoproclamé rey y fui coronado en Scone, firmé la paz con mi primo Thorfinn, al que convertí en mi aliado. De hecho, ya me había jurado fidelidad antes, y él siempre cumple su palabra. Y todos los escoceses abandonaron las armas.

»Esto también son hechos. Lo que no se ve, lo que ya se ha olvidado, lo que se oculta es cómo era Duncan. Hermoso, se lo concedo, de ojos brillantes y labios perfectos, muy parecido a mi suegro, como mi mujer comentó en multitud de ocasiones. Ambos hombres descendían de Malcolm I, muerto hace más de cien años. Sin embargo, por lo demás, Duncan era un ser despreciable, mezquino, vengativo, creo que hasta estaba un poco loco. Nadie se encontraba a salvo de sus repentinos exabruptos. Derrochador e indolente. Sucio: apestaba bajo nuestros cuchillos, y no solo a causa del miedo. No tenía un porte regio. Se oculta que su sobrenombre, «El Elegante», era una burla, una mofa.

»Ahora Escocia es un lugar seguro, pacífico. Pero esto no ha sido lo habitual. Tan fieros y prolongados han sido sus conflictos internos que, de sus últimos nueve reyes, solo el viejo Malcolm, mi abuelo, murió en la cama. El futuro trae algo de esperanza. Puesto que no tengo descendencia, he adoptado como hijo al fruto del primer matrimonio de mi esposa, el joven Lulach, un chico fuerte y honesto de veintiún años. Mi intención es que me suceda. Los hijos de Duncan, Malcolm y Donald Bane, a quienes generosamente perdoné, se alojan en la casa de Siward, el conde inglés de Northumberland, un primo de su madre. No muestran indicios de estar preparándose para derrocarme, ni podrán llevar a

cabo ningún plan mientras mi amigo y aliado Thorfinn viva. Que lo intenten, los recibiremos como merecen. Defenderé mi país hasta mi último aliento.

»Que todo eso es cierto, yo, Macbeth, rey de los escoceses, juro por mi honor.

Indicando al secretario que su declaración formal había concluido, prosiguió en un tono diferente:

—Ahí queda registrado el grave asunto del asesinato de Duncan. Se hizo a nuestra manera, no con malicia, se hizo por Escocia, no por mi ascenso, se trató de una ejecución, no de una muerte gratuita, pero al fin y al cabo fue un asesinato. Si debo cargar con la culpa...

Con un gesto curiosamente irritante, manoseó el crucifijo de su pecho. Le dije bruscamente:

—De eso hablaremos en privado usted y yo, majestad, en otro momento.

Macbeth asintió lentamente, con la cabeza puesta en antiguos errores y peligros imperecederos. Y dijo, aunque sobre todo a sí mismo:

—Ya van contando que mi gentil Gruoch tuvo algo que ver con la muerte de Duncan, cuando en realidad se encontraba en mi castillo en Dunkeld, a más de noventa kilómetros de distancia. Si no fuera por este registro, ¿quién sabe lo que se creería de mí en los siglos venideros? Que acabé con vidas inocentes, que maté a mi amigo, que maté a niños, que me asocié con brujas y tuve visiones, que yo —¿cómo expresarlo?— ..., que me he saciado de horrores...^[8]

Llegado a este punto, se volvió un instante hacia su hombre, Seaton, y en una extraña lengua le dirigió lo que interpreté como unas palabras de cortés disculpa por someterlo a una conversación tan incomprensible. El otro emitió un gruñido de zafia sorpresa y balbució unas pocas sílabas torpes y estridentes, con la mirada perdida en el vacío mientras lo hacía. Pobre, pobre rey Macbeth, si ese era el acompañante que había elegido, ¿cómo sería la gente que lo acompañaba cotidianamente en su hogar? Lo perdonaría por su crimen... De hecho, haberse limitado a una sola falta moral en un país como Escocia, asumiendo que la impresión que me había formado de él era medianamente justa, era señal de un control encomiable.

Había, por supuesto, otras consideraciones, otras distintas a las evidentemente diplomáticas. Un hombre gusta de mostrar clemencia siempre que le sea posible. Así que, en nuestra audiencia privada esa noche, Macbeth me liberó de lo que podría haber sido algo incómodo al presentarme discretamente, sin que se lo solicitara, cierta cantidad de oro, sugiriéndome que lo destinara a causas devotas de mi propia elección. Y, después de todo, un soldado no puede sino sentir una cierta afinidad con otro. Desde lo más profundo de mi corazón le di la absolución, le deseé un viaje de vuelta sin contratiempos y le permití, sin

reticencia alguna, conservar el exquisito crucifijo al que parecía estar tan profundamente ligado.

A la mañana siguiente, Hildebrando vino a mí con la historia de Macbeth escrita en limpio.

—Evidentemente, mi señor, una persona notable.

—Más de lo que su posición exige. Espero, por su propio bien, que su trono esté tan seguro como parece creer.

—El tiempo lo dirá.

—El tiempo dirá muchas más cosas de mayor importancia que las estratagemas de un malhechor escocés, por muy interesantes que estas sean.

—¿Me está indicando su excelencia de que no guarde esto en el archivo permanente?

—Acordamos que fuera lo más breve posible. Resúmelo hasta dejarlo en lo indispensable.

—Como guste su excelencia. Espero que no sienta que ha perdido el tiempo.

—Fue muy divertido y, además, nos ha hecho generosas donaciones para las obras de caridad.

—Es verdad, mi señor. Y, ahora, noticias de sus capitanes: cinco están confinados, Valeriano murió por su propia mano antes de que pudieran apresarlo y se cree que Federico está en algún lugar de los dominios del emperador. Tengo a alguien competente encargándose de ello.

—Que el asunto quede resuelto y zanjado. Lo antes posible.

Nota histórica: Macbeth (de piel clara, rubio, alto) visitó Roma por primera vez en el año 1050. De esa visita, al contrario que de la segunda, que realizó tres años después, dan fe diversos documentos. En 1054, sus ejércitos fueron derrotados cerca de Scone por los del conde Siward, pero continuó en el trono de Escocia otros tres años. Entonces, su aliado Thorfinn murió, y poco después Malcolm Cabeza Grande lo asesinó. El hijastro de Macbeth, Lulach, se convirtió en rey, pero tras unos pocos meses, Malcolm también lo asesinó y se hizo con la corona, reinando como Malcolm III. Macbeth y Lulach fueron enterrados en la isla de Iona, la última morada de los reyes escoceses antiguos.

La salud del papa León IX había sido minada por su cautiverio y murió al año siguiente, en 1054, aunque no antes de haber procedido a excomulgar al patriarca de Constantinopla, haciendo por consiguiente definitivo y permanente el cisma entre las Iglesias de Oriente y Occidente. Fue canonizado como san León en 1087.

Hildebrando se convirtió en el papa Gregorio VII en 1073 y también alcanzó la santidad.



LA VIDA DE MASON

– ¿Puedo acompañarle?

El hombre de estatura media con ropa corriente y rostro inexpresivo y anónimo levantó la vista hacia Pettigrew, que, vaso de cerveza en mano, estaba de pie frente a él al otro lado de la pequeña mesa del rincón. Pettigrew, alto, guapo y de rasgos perfectamente definidos, tenía un aire resuelto, casi animado, que, en circunstancias distintas, podría haber provocado una respuesta negativa, pero en este caso el otro dijo amigablemente:

– Faltaría más. Por favor, siéntese.

– ¿Puedo invitarle a algo?

– No, gracias – dijo el hombre de estatura media señalando el vaso casi lleno que tenía delante. De fondo, el ambiente típico de un bar: el camarero, gente bebiendo sola o en parejas... Nada que llamara la atención.

– No nos conocemos, ¿verdad?

– No que yo recuerde.

– Bien, bien. Me llamo Pettigrew, Daniel R. Pettigrew. ¿Y usted?

– Mason. George Herbert Mason, si quiere el nombre completo.

– Creo que es mejor, ¿no? George... Herbert... Mason. – Pettigrew pronunció las tres palabras como si las estuviera memorizando –. Ahora dígame su número de teléfono.

De nuevo, la actitud exigente de Pettigrew podría haber provocado en Mason una reacción hostil, pero se limitó a decir:

– Lo encontrará usted fácilmente en la guía telefónica.

– No se crea, puede que haya varios con su mismo apellido... No podemos perder tiempo. Por favor.

– Bien, de acuerdo... Al fin y al cabo es información pública. Dos-tres-dos-cinco...

– Espere, va demasiado rápido. Dos... tres... dos...

– Cinco-cuatro-cinco-cuatro.

– ¡Qué golpe de suerte! Debería ser capaz de recordarlo.

– Si tan importante es para usted, ¿por qué no lo escribe?

Como respuesta, Pettigrew le dedicó una sonrisa cómplice que finalmente, al no obtener réplica alguna, acabó por desdibujarse.

– ¿No sabe aún que no sirve de nada? De todas formas: dos-tres-dos-cinco-cuatro-cinco-cuatro. Yo también podría darle el mío. Siete...

– No quiero su número, señor Pettigrew – dijo Mason, ya un poco impaciente – , y debo confesar que me arrepiento bastante de haberle dado el mío.

– Pero ¡debe saber mi número!

– Tonterías. No puede obligarme.

– Una frase, entonces. Elijamos una frase para intercambiar por la mañana.

– ¿Le importaría decirme a qué viene todo esto?

– Por favor, se nos acaba el tiempo.

– No para de repetir lo mismo. Esto se está volviendo...

– Todo puede cambiar en cualquier momento y puede que yo me encuentre en un lugar completamente distinto, al igual que usted, supongo, aunque no puedo evitar tener dudas con respecto a...

– Señor Pettigrew, o se explica inmediatamente o hago que le echen de aquí.

– De acuerdo – dijo Pettigrew, cuya mirada de decepción se había vuelto más profunda – , aunque me temo que lo que voy a contarle no le hará ningún bien. Mire, cuando empezamos a hablar, pensé que usted debía de ser una persona real, por el modo en que...

– Vaya al grano, por el amor de Dios. ¡Así que no soy una persona real! – exclamó Mason de manera ofensiva.

– Me ha malinterpretado usted, lo he dicho del modo más literal posible.

– Ay, Dios mío. ¿Está usted loco, borracho o qué?

– Nada de eso. Estoy dormido.

– ¿Dormido? – La anodina cara de Mason denotaba una incredulidad absoluta.

– Sí. Como le decía, al principio le tomé por otra persona real en la misma situación que yo: profundamente dormido, soñando, consciente de estarlo, y deseoso de intercambiar nombres, números de teléfono y demás datos con el objetivo de ponernos en contacto al día siguiente para confirmar la experiencia compartida. Eso probaría que es posible que las personas se comuniquen a través de sus sueños. Es una lástima que uno casi nunca se dé cuenta de que está soñando: solo he sido capaz de hacer el experimento cuatro o cinco veces en los

últimos veinte años, y nunca he tenido éxito. O bien olvido los detalles, o bien descubro que la persona no es real, como en este caso. Pero seguiré...

—Está usted enfermo.

—¡Oh, no! Por supuesto que es posible que exista una persona como usted. Poco probable, no obstante, o habría reconocido usted la situación real inmediatamente, creo, en vez de argumentar en su contra como está haciendo. Como le digo, puede que esté equivocado.

—Bueno, al menos reconoce que puede estarlo. —Mason, más calmado, encendió un cigarrillo con tranquilidad—. No sé mucho de estas cosas, pero si admite que puede estar en un error, tal vez no esté tan mal como parece. Ahora, permítame asegurarle que no he nacido hace cinco minutos dentro de su cabeza. Me llamo, como le he dicho, George Herbert Mason. Tengo cuarenta y seis años, casado, tres hijos, trabajo en el sector del mueble... Mierda, solo darle los detalles de mi vida hasta este momento me llevaría toda la noche, como le pasaría a cualquiera con una memoria media. Acabémonos las bebidas y vayamos a mi casa, y allí podremos...

—Usted no es más que un hombre dentro de mi sueño que dice eso —dijo Pettigrew en voz alta—. Dos-tres-dos-cinco-cuatro-cinco-cuatro.

Llamaré a ese número si existe, pero usted no estará al otro lado. Dos-tres-dos-cinco...

—¿Por qué está usted tan nervioso, señor Pettigrew?

—Por lo que va a pasarle a usted en cualquier momento.

—¿Qué...? ¿Me está usted amenazando?

Pettigrew respiraba muy rápido. Su cara finamente dibujada comenzó a difuminarse y el dibujo de su chaqueta de *tweed* se volvió borroso.

—¡El teléfono! —gritó—. ¡Debe de ser más tarde de lo que pensaba!

—¿Teléfono? —repitió Mason, parpadeando y restregándose los ojos al tiempo que la forma de Pettigrew continuaba cambiando.

—¡El que hay sobre mi mesita de noche! ¡Me estoy despertando!

Mason agarró al otro por el brazo, pero ese brazo había perdido la mayor parte de su contorno, se había convertido en una mancha difusa de luz que ya se estaba desvaneciendo, y cuando Mason miró la mano que lo había agarrado, su propia mano, vio con dificultad que esta, igualmente, ya no tenía dedos, ni palma ni reverso, ni piel, ni nada en absoluto.



EL SECRETO DEL SEÑOR BARRETT

I

Debió de ser en enero o febrero del año 1845 cuando me di cuenta por primera vez de la relación de Elizabeth, la mayor de mis hijas y la primera de mis hijos en nacer, con el señor Robert Browning. De haber tenido el más mínimo indicio de lo que sucedería, habría prohibido que continuara bajo cualquier forma, y habría perseverado en mi veto con una tenacidad inquebrantable. No obstante, un conocimiento absoluto del futuro que nos esperaba a Elizabeth y a mí mismo con toda certeza me habría conducido a bendecir esa divina disposición por la cual no se nos permite ver más allá del siguiente segundo que marca el reloj.

Una carta, dirigida a Elizabeth y escrita con una caligrafía extraña, llegó con el correo de primera hora de la mañana a mi casa en el 50 de Wimpole Street, un hecho que distaba bastante de ser poco habitual. Especialmente desde la publicación por Moxon de sus *Poemas* en dos volúmenes el mes de agosto anterior, mi queridísima Ba (por utilizar el nombre cariñoso por el que la llamamos en familia) recibía cada vez más correspondencia de gente que no la conocía personalmente. Muchas llegaban de los Estados Unidos y de otras partes lejanas del mundo; la carta en cuestión había sido enviada desde Londres.

Al describir ahora mismo el estilo de la caligrafía del sobre, he utilizado la palabra «extraña» deliberadamente. No solo me resultaba desconocida: era particular, extraordinaria, rara. Y, aun así, en su misma peculiaridad había algo que me recordó alguna parte lejana de mi vida, de hacía mucho tiempo. También, posiblemente, era consciente de la amenaza o peligro indefinible que acechaba en ella, remoto pero real. Es probable, sin embargo, que esté permitiendo que acontecimientos posteriores adulteren esos primeros recuerdos.

Fuera lo que fuese que pensé, entonces o después, no había duda de que Elizabeth estaba encantada con su carta. Apenas había terminado de desayunar cuando me llamó con urgencia para que acudiera a su habitación, en el tercer piso de la casa.

—¡Mi querido papá! —gritó, al tiempo que se levantaba de su sofá cama para abrazarme alegremente—. No se imagina el maravilloso regalo que he recibido esta mañana con el correo.

—Has recibido una invitación para tomar el té con nuestra joven reina —sugerí, sonriendo.

—Es un poco pronto para eso, aunque sin duda esa y otras cosas sucederán con el tiempo. Soy la destinataria de un poema del señor Robert Browning, un poema bellísimo y maravilloso en el que me encumbra al estatus de una reina,

pero una reina de la poesía, y del arte de escribirla. ¡Ay, qué poema, querido papá, tan lleno de las afirmaciones de devoción más hermosas, tan elocuente, tan rico en la vitalidad espontánea que usted sabe que valoro por encima de todas las cosas...!

—¿Y esto llega sin ningún motivo? ¿Como un tributo espontáneo? —pregunté.

—No exactamente, eso es cierto. Quizá recuerde que en mi poema «El cortejo de lady Geraldine» me referí al señor Browning, y también al señor Wordsworth y al señor Tennyson, como a un hombre cuya escritura lo coloca junto a los dioses.

—Sí que lo hiciste. Y ahora él te envía un poema entero en compensación.

—Bueno, está claro —dijo Ba alegremente— que los padres sin cultura y de mentalidad literalmente triste, al demonio con ellos, insistirán en que se trata solo de una carta, ya sabe, solo de una carta larga y florida, el trabajo de algún elegante fanfarrón que gusta de halagos extravagantes. —La voz y la conducta de la adorable muchacha por un momento se volvieron una parodia imaginativa pero realmente cómica de las mías—. Pero esta es una carta con la belleza y la ternura de un poema, un poema de verdad. ¡Basta! Véala y júzguela por sí mismo. —E hizo ademán de entregarme las páginas cuidadosamente manuscritas, pero me las arrebató rápidamente y leyó de ellas con una voz aguda y apasionante—: «Amo sus versos con todo mi corazón, querida señorita Barrett», ah, y, «En mí ha penetrado, y parte de mí se ha vuelto, esa gran poesía viva suya», y un poco más adelante...

—Nunca podré juzgarla por mí mismo —protesté riendo—, si insistes en leerla.

—Pero creo que estaba demasiado ensimismada en aquellas páginas para oírme.

—Sí, aquí habla de..., hmmm..., hmmm...: «La dulce y extraña música, el acaudalado lenguaje, el exquisito *pathos* y ese auténtico nuevo pensamiento audaz», y otra vez: «Como digo, amo estos libros con todo mi corazón, y...», pero ahí creo que va demasiado lejos.

Un rubor cubrió su pálida mejilla. ¿Qué había escrito Browning que ella no había querido que yo oyera? Lo desconozco, puesto que nunca llegué a ver esa carta. Pero algunas de las frases que se me había permitido escuchar, las referencias a la dulce y extraña música y al acaudalado lenguaje (¡acaudalado!, un curioso epíteto, dirían muchos, a este respecto), han permanecido alojadas en mi cerebro hasta el día de hoy. Al igual que el tono general empleado. De nuevo, sentí que se me había enviado una advertencia o una premonición; de nuevo, sin embargo, puede que diciendo eso esté mirando más allá, hacia lo que ahora sé que nos aguardaba en el futuro.

Ciertamente, en esa época el sentimiento que me dominaba era placer por el placer de mi querida Ba, intensificado por la satisfacción de que sus dotes

poéticas hubieran sido reconocidas por uno que yo sabía que era algo parecido a un poeta, y por la esperanza razonable de que eso la distrajera de la melancolía y el desánimo que la habían afligido cada vez más desde que había dejado atrás su primera juventud —en esa época se acercaba a los treinta y nueve años—. Mi principal preocupación, sin embargo, era, como siempre, su salud. No se había caracterizado precisamente por tener una salud de hierro desde que, a los quince años, había sido víctima de un misterioso mal que también afectó a sus dos hermanas menores. Al final resultó que ambas se libraron de él, pero puede que Elizabeth no se recuperara nunca del todo, y en menos de tres meses había contraído el sarampión. Después de eso pasó mucho tiempo recluida en su habitación, incluso en su cama, y siempre he pensado que el aislamiento y la inmovilidad consiguientes fueron lo primero que la llevó a escribir versos, un remedio más saludable que el opio que llegó a consumir, a veces, me temo, en dosis verdaderamente alarmantes.

La primera carta de Elizabeth a Browning me levantó el ánimo. Había estado preocupado por temor a que, con el sentimiento reparador del placer y el interés por la vida que las palabras del hombre hubieran podido suscitar en ella, quizá Elizabeth se hubiera exaltado de más y sufriera de un arrebató de afecto poco saludable. Los áridos términos de su respuesta, redactada sin mi ayuda, pero que me confió, me tranquilizaron mucho. Hablaba del respeto que sentía hacia Browning por aventurarse en la composición poética, lo elogiaba como artista, le decía que estaría en deuda eterna con él si le señalaba fallos en sus composiciones... Ninguna de las palpitantes vaguedades que él, obviamente, se había permitido. La correspondencia continuó. Tenía mis propias preocupaciones apremiantes en aquella época, en la City, relativas a mis asuntos en las Indias Occidentales, y para ser sincero no lamentaba que mi querida Ba pareciera haber encontrado a alguien que inconscientemente podía compartir conmigo el peso de la obligación emocional que de modo irremediable (aunque gratamente) yo había adquirido hacia ella.

Las cosas siguieron así durante un par de meses, y yo me sentía más que satisfecho. Elizabeth tenía ahora un compañero que podría estar a su lado más tiempo que su pobre y amadísimo hermano, al que ella llamaba Bro y que se perdió navegando cerca de las costas de Devon a la edad de treinta y tres años, y más próximo a sus intereses que los excelentes Hugh Stuart Boyd y John Kenyon (este último conocido mío de nuestros días en Cambridge y benefactor y pariente lejano de Elizabeth). Sus cartas a Browning, y las de este a ella, de las que no se me contó nada sustancioso, se volvieron más frecuentes, pero no vi ningún daño en ello.

Entonces, en mayo del mismo año, 1845, los dos planearon conocerse: él la visitaría a las dos de la tarde del día 20. No puse ninguna objeción: en ese

momento no tenía ninguna. A las dos de la tarde de ese día estaba ocupado en la City en Londres. Había dejado a mi Ba en su habitación, como de costumbre, reclinada en su sofá, rodeada de su sencillo mobiliario, especialmente de las estanterías que habían construido sus hermanos repletas de sus amados libros, y con su spaniel, el bueno de Flush, a su lado. Como padre suyo que soy, puedo permitirme decir que, a pesar de sus grandes ojos marrones y de su espléndida y espesa cabellera negra, no era lo que se suele considerar hermosa. La seda negra que llevaba en esa estación acentuaba la palidez de su cutis de marfil. Parecía pequeña e indefensa (apenas superaba el metro y medio), mientras deseaba de modo fervoroso a la vez que temía profundamente el advenimiento del canalla^[9] que tan astutamente se le había insinuado para llegar a lo más profundo de su ser.

Antes de salir, aconsejé a Elizabeth que recordara que este joven, seis años menor que mi hija, debía de sentirse tan ansioso como ella por el encuentro que se avecinaba, y que, aconteciera lo que aconteciese, él sin duda deseaba ardientemente su bienestar. ¿Qué más podría haber dicho o hecho?

— Veo que la visita del señor Browning ha sido un éxito — señalé unas horas más tarde mientras tomaba el té con Elizabeth en su habitación.

— Oh, sí, ha sido de lo más agradable y valiosa — replicó desde su asiento en el sofá. (Yo ocupaba el sillón por derecho preceptivo).

— ¿Qué impresión te causó?

— Era de lo más afable, y desde el principio no hubo restricciones. Charlamos animadamente durante algo más de una hora.

— ¿Sobre qué?

— Ah, de muchísimas cosas, desde poesía hasta política.

— Eso lo imaginaba. Esperaba que pudieras ser más específica.

— Oh... Ah... Volvió a expresar sus opiniones acerca de algunas de las cosas que he escrito, especialmente..., especialmente acerca de «Un sueño de exilio» y «La rima de la duquesa Mary», y otros. La verdad, fue de lo más... No podría haber deseado otro...

— Ninguna dama — dije con una sonrisa y las manos sobre las rodillas — ha de prestar una declaración bajo juramento cuando su padre le pregunta sobre sus conversaciones con un joven caballero que está disponible. De hecho, no está obligada a contar nada en absoluto. Pero, mi querida Ba, tú y yo siempre hemos estado muy unidos, te pido que hagas algo para satisfacer la curiosidad de un hombre viejo y un padre cariñoso. Sin duda el señor Browning conversó contigo de esto y de aquello, pero ¿cómo lo has vivido tú?, ¿con qué estado de ánimo

esperas su siguiente visita, si es que la hay?, ¿te ha gustado? —Y Flush, a su lado como siempre, levantó sus oscuros ojos vidriosos como para decir que él, también, agradecería recibir algo más de información al respecto.

Ella me miró en silencio durante unos instantes, y no resultaba difícil imaginar parte de la lucha de emociones que se libraba en su interior. Entonces se puso en pie, extendió los brazos hacia mí y nos abrazamos. Recuerdo haber pensado en lo delgada que era su constitución, como un manojo de cuerdas. Instando a Flush a que dejara espacio, me arrastró para que me sentara cerca de ella en el sofá y me cogió la mano.

—Mi querido papá —soltó con su aguda voz, casi tan aflautada como su figura —, el señor Browning es un hombre tan impactante e inspirador... Me ha impresionado muchísimo con su ardor y su fuerza. Juro que no había pasado ni un minuto de su llegada cuando yo ya me encontraba en estado de continuo suspense a la espera de su siguiente comentario. He entendido lo que significa quedarse ensimismada. La llama de su interior es tan apasionada que casi sentía que me quemaba.

Etcétera, etcétera.

—De esto concluyo que deseas volver a verlo —interrumpí cuando lo consideré oportuno.

—Estoy decidida —y continuó sin detenerse para tomar aliento—: y esto, todo esto, viene de un gran poeta, ¡para muchos el más grande de nuestro tiempo!

Ya había visto y oído suficiente por el momento. Con un tono suave aconsejé a la tierna criatura que no dejara que sus pensamientos fueran tan rápido, que se cuidara de poner excesivas esperanzas en las consecuencias de un único y breve encuentro, y que considerara que el señor Browning debía de tener muchas otras preocupaciones en su vida aparte de visitar de vez en cuando a una compañera poeta, por mucho que la tuviera en alta estima. Cuando pareció más calmada, la dejé sola. Yo también tenía varias cosas en qué pensar, y una esperanza apenas menos excesiva que cualquiera de las suyas que considerar.

Porque, a pesar de la inmensa profundidad y la fuerza de mi amor paternal, y el tierno afecto que siempre le había profesado, no se podía negar que los sentimientos de Ba por mí, por muy bien recibidos y por muy encantadoramente expresados que estuvieran, eran sumamente inapropiados. Por decirlo en términos menos abstractos: con casi cuarenta años y, aunque delicada de constitución, tenía la capacidad de resistencia interna que muestran muchos otros miembros de su sexo,^[10] y como se acaba de demostrar, de ningún modo era indiferente a los encantos masculinos; el aislamiento en el que vivía era perfectamente explicable, pero antinatural. Por decirlo burdamente y resumiendo todavía más: necesitaba un hombre.

Quizá Robert Browning estaba destinado a ser ese hombre. Por el momento intenté anticiparme demasiado a los acontecimientos. Las cartas del señor Browning continuaron llegando al 50 de Wimpole Street cada vez con más frecuencia, al igual que él, que acudía en persona para sus visitas estrictamente limitadas a una vez por semana. Mi querida Ba esperaba ansiosamente cada una de ellas con lo que quizá se pueda calificar de *crescendo* inalterable de expectación. Parecía feliz. Su salud era visiblemente mejor de lo que lo había sido durante años. Aun así, yo sabía que había algo más que una preocupación por su salud en su deseo expresado, expresado efectivamente en los años previos pero nunca con tanto apremio como ahora, de pasar el invierno fuera de Inglaterra: en Malta, Pisa o Madeira. Escuchaba todas sus propuestas. No estando en mi naturaleza ser inquisitivo o efusivo, me contentaba con dejar que las cosas siguieran su curso. No obstante, sabía que mi hija era consciente de que, al menos en principio, no estaba predispuesto de forma negativa a su asociación con el hombre que la admiraba de modo tan extravagante, aunque me asombraba un poco que no se me invitara a conocerlo.

II

Ese mes de septiembre estaba cenando en el Reform Club, en el que había sido admitido unos pocos años antes, cuando tuve el placer de divisar a mi viejo amigo John Kenyon en una mesa cercana. Acordamos tomar un vaso de clarete después en la galería del primer piso. Su figura, grande y corpulenta, muy pronto estuvo sentada frente a mí. Nos trajeron un decantador para media botella con el vino y llenamos y levantamos nuestras copas.

Después de intercambiar una o dos nimiedades sobre la familia, preguntó por Elizabeth, con quien ya he comentado que estaba emparentado de lejos, puesto que su bisabuela había sido la hermana del bisabuelo de Elizabeth. Kenyon se había mostrado de lo más amable y servicial en el pasado al animarla con su obra poética, visitarla con frecuencia y presentarle a Wordsworth, un anciano en aquella época aunque todavía no poeta laureado, y a la señorita Mary Russell Mitford, autora de aquel famoso libro, *Nuestro pueblo*.

—Elizabeth está bien —le dije a Kenyon en respuesta a su pregunta—. Su tos siempre disminuye cuando el clima se templó y, de hecho, este verano parece haber desaparecido por completo.

—Esperemos que esa ausencia se prolongue —dijo.

—Efectivamente, que así sea.

—Y para que este feliz acontecimiento se prolongue, sería deseable que pasara el invierno en un lugar donde el clima sea más clemente que en Inglaterra.

—Sí, parece que por el momento Malta es el favorito, por sugerencia tuya, según creo. Como le dije a la tía de nuestra querida muchacha el otro día: si finalmente va, yo consideraré seriamente hacer una visita a Jamaica.

—El hogar de tus ancestros, y de los míos.

—Precisamente. Y un lugar clave para mis intereses comerciales, a los que no les vendría mal que les dedicase más atención.

Estaba a punto de explayarme sobre ese asunto cuando me di cuenta de que Kenyon apenas me escuchaba. Su atención parecía haberse centrado en algo o alguien situado al final de la galería en la que nos encontrábamos. De qué se trataba, no podía verlo. Volviéndose hacia mí, con visible animación en su rostro amablemente sonrosado, dijo:

—Elizabeth sigue recibiendo cartas del poeta Browning y escribiéndole a su vez.

—Así es —dije, en cierto modo divertido por la seguridad con la que había

hecho esta afirmación.

– Pero, la última vez que nos vimos, tú y él todavía no os conocíais.

– Ese placer sigue aplazado.

– No creo que haya que aplazarlo más, o quizá solo unos pocos minutos. Robert Browning acaba de reunirse con aquel grupo. No es un tipo ceremonioso, y estoy seguro de que agradecerá la oportunidad de conocerte.

– Mi querido Kenyon, no creo que...

– Esta es sin duda una oportunidad inmejorable, aquí, en terreno neutral.

– Debo pedirte que me dispenses. Pero, si me lo permites, sí satisfaré mi curiosidad en lo que se refiere al aspecto del muchacho. ¿Y qué planta tiene?, como creo que se dice ahora...

– Desde aquí no se le ve, pero se ha sentado en la silla que está más cerca del rincón, de cara hacia nosotros. Un hombre pequeño, moreno, impecablemente vestido.

Kenyon me miró con asombro cuando me puse de pie y caminé a lo largo de la galería. No sabía muy bien qué me había impulsado a esta misión ligeramente caprichosa, hasta que, durante unos pocos segundos, y por primera y última vez, vi a Robert Browning. Me miró brevemente, sin hostilidad y sin interés. Antes de perderlo de vista, su expresión se avivó ante un comentario de uno de los de su grupo y rio y respondió rápidamente. Seguí moviéndome al mismo paso y pronto completé el camino de vuelta hasta mi asiento.

– Entonces, ¿lo has visto? – preguntó Kenyon, atento a mi respuesta.

– Sí, con tanta claridad como te veo a ti.

– Y estás convencido de que no tiene cuernos saliéndole de la frente.

– Completamente.

– Me alegra oír eso. Pero tiene la tez muy morena, ¿no crees?

– Supongo que podría decirse así. – Puede que hablara un poco mecánicamente.

– Tanto es así que he oído decir que tiene sangre criolla o de color.

– ¡Qué insinuación tan absurda!

– En efecto, si tenemos en cuenta que hablan de uno de los hombres más cultos que uno puede llegar a conocer. Si fuera necesario, testificaría ante las autoridades competentes que no hay nada de verdad en esa historia. Pero, por una extraña coincidencia, lo cierto es que la familia Browning, como las nuestras, tiene conexiones con las Indias Occidentales. En concreto, su abuela paterna procedía de una familia con vastas plantaciones y muchos esclavos en St. Kitts,

en las islas de Barlovento, en el extremo más alejado del Caribe. Debes saber que el viejo Browning, el padre de Robert, fue empleado en el Banco de Inglaterra y dista de ser rico, aunque parece dispuesto a apoyar la poesía de su hijo. El hijo y su hermana crecieron en New Cross, al sur de... Pero ¿qué ocurre, querido amigo? ¿Te encuentras mal?

—Te ruego que me disculpes —dije, intentando mantener la compostura—. Ya conoces mi tendencia asmática. Me temo que estoy sufriendo un leve ataque, nada preocupante... Quizá sea a causa de la ventilación en esta parte del edificio...

—Es obvio que debemos llevarte a casa inmediatamente. Llamaré al botones para que salga a buscarnos un taxi.

Durante los días siguientes, con la excusa de que me encontraba indispuesto, me quedé en mi habitación siempre que estaba en el 50 de Wimpole Street, y solo abandoné la casa para hacer ciertas averiguaciones. Al final de este período, aproximadamente a mediados de mes, fui a la habitación de Elizabeth hacia el mediodía, habiéndome asegurado con anterioridad de que no seríamos interrumpidos.

Me saludó de un modo bastante afable, aunque con algo menos de calidez de la habitual.

—¡Querido papá! ¿Ya está recuperado de su dolencia?

Le di las gracias por su preocupación, le aseguré que volvía a ser yo mismo y, acto seguido, fui directo al grano.

—Lamento mucho informarte, Elizabeth, de que después de todo no será posible que pases el próximo invierno en el extranjero.

Por su manera de recibir este anuncio, pude constatar con bastante facilidad que no la tomó por sorpresa, aunque su decepción era obvia.

—¿Puedo saber el motivo de este decreto?

—No tengo la obligación de aportar un motivo, pero lo haré. Mi opinión es que la incomodidad y el esfuerzo del viaje de ida y vuelta probablemente anularán cualquier efecto beneficioso derivado de unas pocas semanas en un clima más cálido, por no mencionar la multitud de peligros que acechan en cualquier viaje y estancia en el extranjero.

—Estoy dispuesta a asumir ese riesgo.

—Yo no estoy dispuesto a que una hija mía lo haga.

—Soy adulta, papá.

—Mientras residas aquí y no estés casada continuarás satisfaciendo los deseos de

tu padre.

—Puede que esas condiciones no prevalezcan para siempre.

—Efectivamente, así es. ¿Es esto una advertencia de que próximamente cambiarán?

Ella dudó, después negó con la cabeza con rotundidad y desánimo.

—No.

—En ese caso, reitero que, francamente, habría deseado que las cosas hubieran sido distintas con respecto a tu visita al extranjero, y te doy los buenos días.

—¡Oh, papá! —Con uno de sus ágiles movimientos, Elizabeth me bloqueó el paso hacia la puerta—. Por favor, querido papá, ¿por qué no es abierto conmigo y me dice la verdad?

En ese momento dudé.

—Recuerdo muy bien —dije— haber discutido con el señor Kenyon, tu amiga la señora Jameson y contigo misma la posibilidad de pasar el invierno en el continente en más de una ocasión, y que tú te oponías a mi propuesta, declarando que estarías igual de bien en tu cálida habitación, que el trastorno no valía la pena. ¿Por qué? —No respondió, pero se sonrojó—. Cuando estés preparada para responder a la pregunta —añadí con tanta delicadeza como pude—, yo responderé a la tuya, y hablaré claro. Solo espero que ese día llegue pronto.

Nunca debería haber hecho esa promesa. Mantenerla habría significado divulgar mi secreto, y eso no podría haberlo hecho jamás, no a Ba. Ahora a veces me arrepiento de todo corazón de no haber sido capaz de *hablar claro*, pero, con más frecuencia, doy las gracias al cielo por haber tenido el buen juicio de guardarme mi propio consejo. Pero no debo perder el tiempo con fantasías inútiles.

Para mi sorpresa, lejos de castigarme por la firmeza mostrada en mi decisión de prohibir su visita al continente, Elizabeth parecía feliz y serena, contenta como siempre de estar en casa, rodeada de su familia. Eso era al menos lo que me decía a mí mismo: me conté muchas mentiras reconfortantes. Me parece casi imposible creer que durante todos esos meses no ocurriera nada relevante; nada, esto es, de lo que fuera directamente consciente, excepto el secuestro de Flush por parte de unos rufianes y su costosa recuperación al final. ¡El secuestro de un perro con un rescate! Ciertamente, habría sido un duro golpe si el intento hubiera tenido éxito, pero la diferencia entre ese revés y el que acabé sufriendo fue tan enorme que aquello resultó casi cómico.

III

A principios del siguiente mes de agosto todo cambió o, más bien, casi todo salió a la luz. Había decidido que las visitas regulares de Robert Browning a mi hija podían tolerarse mientras tuvieran una duración determinada. Aquel día se quedó más tiempo y traspasó el límite. En un instante hizo pedazos el caparazón en el que me había encerrado. En cuanto se marchó corrí a la habitación de Elizabeth con una rabia terrible, aunque la rabia estaba dirigida contra mí mismo. Nada es más cierto que no hay más ciego que el que no quiere ver.

Sin decir nada antes, exclamé:

— Parece, Ba, que *ese hombre* ha pasado todo el día contigo.

— Pero, papá, había tormenta, como seguramente habrá visto. El señor Browning se ha quedado solo hasta que ha dejado de llover.

— Maldita sea la lluvia. Al demonio con la lluvia. Este imprudente comportamiento es intolerable. No lo permitiré. Debe terminar. ¿Me entiendes?

— No estoy segura — dijo mi hija —. ¿Quiere decir que el señor Browning no me visitará nunca más?

Recuperando algo de amabilidad en el tono, pero sin vacilar, repliqué:

— Así es, así es. No cruzará este umbral mientras yo viva, ni por cien tormentas. Nunca deberá...

— Mi queridísimo papá, está usted alterado. Venga, siéntese aquí y deje que le recuerde que está con la persona que lo ama y que cuidará de usted. Dígame, ¿qué son esas ideas? Porque parece que piensa que el señor Browning es una especie de demonio. Y, sin embargo, hasta no hace mucho toleraba sus visitas de bastante buen grado e incluso, o eso pensaba yo, celebraba las cartas que me dirigía. Algo ha ocurrido que le ha hecho cambiar de opinión. Se lo ruego, cuénteles a su Ba de qué se trata.

— No puedo. No ha ocurrido nada. Pero no volverás a ver a ese depravado de Browning.

— El señor Browning es un honorable caballero inglés con las nociones más elevadas de lo que es correcto y adecuado. ¿O es que ha oído alguna mentira que le hace pensar lo contrario?

— Nada de eso — tuve que responder —. Él es... ¡Sencillamente no es apropiado!

— Supongo que se refiere a que carece de fortuna personal.

—Sabes que hay muy poco que pueda importarme menos que tal consideración. En sí misma, por supuesto. Su carencia de sensibilidad en lo que se refiere al trato con una persona importante como tú debe de ser consecuencia directa de su carencia de medios.

—Puedo asegurarle que el señor Browning no tiene nada que envidiarle a nadie en lo que se refiere a sensibilidad.

—No fue a la universidad.

—Su riqueza de conocimientos supondría un reto para cualquier persona con un mínimo de inteligencia. ¿Y desde cuándo ir a una universidad ha sido garantía de sensibilidad?

—Tiene seis años menos que tú.

—¡Oh, tonterías! Mamá tenía cuatro años más que usted. Dígame la verdad, padre: ¿por qué se ha posicionado con tanta fuerza y tan de repente contra el pobre señor Browning? Recuerdo tan bien lo feliz que se sintió usted por mí la primera vez que vino...

—Eso era antes... No permitiré más visitas. ¡Oh, Ba! —exploté—. ¡Haz caso de lo que te digo como nunca antes lo has hecho! ¡Te lo ruego, déjate guiar por mí! No sé lo que tú y él sois el uno para el otro, y te juro que no deseo saberlo, pero no dejes que continúe. —La miré y le hablé con toda la sinceridad de la que soy capaz—. En el nombre de Dios, hija mía, aparta a Robert Browning de tu vida.

La verdad es tan terrible, incluso cuando se oculta, que por un momento pensé que había ganado. Entonces Elizabeth me dio la espalda y dijo sin elevar el tono:

—No lo haré. Robert y yo nos amamos. Si quiere usted incluir a Dios en este asunto, deje que sea Él quien nos separe, porque nada humano lo hará. Si trata de impedir que entre en esta casa, yo la abandonaré de inmediato, y confío en que el señor Kenyon o el señor Boyd me ayuden. Ahora, por favor, váyase.

Así terminó mi última conversación con Elizabeth sobre ese tema. De hecho, nuestra última conversación digna de llamarse así en este mundo. El sábado 19 de septiembre de 1846 abandonó mi casa para siempre, habiéndose casado sin que yo lo supiera una semana antes con Robert Browning en la iglesia parroquial de St. Marylebone. Al poco, la pareja, que se llevó a Flush consigo, estaba en París. Tres semanas más tarde, ya habían llegado a Italia.

Supongo que probablemente todo el tiempo había considerado que algo así era inevitable, pero que ocurriera, por mucho que fuera previsible, es completamente distinto. Aunque, ¿qué otra cosa podría haber hecho, sabiendo lo que sabía?

Déjenme poner en orden lo que sabía y, en caso de que sea necesario, cómo lo

supe y lo sé.

Robert Browning es de tez muy oscura. (La frase es de Kenyon. Yo lo comprobé por mí mismo.)

En Londres se ha comentado que tiene sangre criolla o de color. (Kenyon.)

Sus antepasados incluyen a una abuela de las Indias Occidentales. (Kenyon.)

El estilo con que se expresa, aunque correcto gramaticalmente, es fundamentalmente distinto del de un auténtico inglés nativo, no solo por su elección de las palabras, sino por el modo en que yuxtapone unas a otras y por su movimiento en los versos que escribe. (Yo mismo he leído al susodicho y recuerdo lo que escuché de la primera carta que le envió a Ba, también lo que vi en el sobre.)

La mía es una familia propietaria de esclavos residente en Jamaica desde hace muchos años, de hecho Elizabeth fue la primera de varias generaciones nacida en Inglaterra.

Yo mismo soy oscuro de piel.

Elizabeth es de hecho de tez pálida, pero se distinguen tonos oliva o cetrinos en esa palor.

Ninguna persona de las Indias Occidentales puede estar segura de su linaje.

A causa de un fenómeno conocido como, creo que se denomina, atavismo, las plantas y los animales tienen tendencia a reproducir las características de tipos anteriores. (Yo lo observé en Jamaica.)

Las leyes de la herencia no se conocen bien en la actualidad, pero un hijo a menudo se parecerá a su abuelo o abuela más que a sus padres. (Sabiduría popular.)

* * *

Por tanto, parece lógico y de sentido común, sin necesidad de más argumentos, que la presencia de sangre criolla en *ambas* partes de una unión *multiplicará hasta límites incalculables las posibilidades de sangre criolla en la descendencia.*

Sin duda, algún día, la cuestión del color de la piel de un ser humano tendrá tan poca importancia como el color de los ojos o el cabello. Aquí, en la actual Inglaterra, bajo el gobierno de la reina Victoria, esos días parecen increíblemente remotos. Por la misma consideración, ¿cómo podía explicarle a mi hija que existe la posibilidad de que las herencias combinadas de Browning y ella —muy probablemente no lo harían, pero el hecho es que *existe esa posibilidad*— engendren un retoño negro? ¿Cómo podría ir tan lejos confesándole que esa era

la verdadera razón por la que intentaba prohibir su unión? Eso no solo habría acabado por destruir el amor que Ba me profesaba, al ser portador de la peor de las noticias, sino también por poner en riesgo sus perspectivas de felicidad. Esto último no habría podido afrontarlo. Mejor para los tres afectados que yo siguiera presentándome ante mi queridísima Ba, y quizá con el tiempo ante el mundo, como el auténtico paradigma de un tirano egoísta, obstinado e irracional. Ese es el papel que debo seguir representando hasta mi muerte. Decido que así sea y decido guardar mi secreto.

Espero que los italianos sean un pueblo más tolerante en este sentido que los ingleses. Al fin y al cabo, son un raza de piel más oscura que la nuestra.

Wimpole Street, octubre de 1846

IV

Hasta ahora he resistido cualquier tentación de añadir nada a lo anterior. No agregué ni una palabra, ni siquiera en el día más negro de noviembre de 1850, cuando los *Poemas* de Elizabeth en dos volúmenes aparecieron en una nueva edición que contenía una parte titulada *Sonetos del portugués*, obviamente dedicada al hombre que ahora es su esposo. No fui capaz más que de echar un vistazo rápido a los poemas: me parecieron de una intimidad de lo más inapropiada, de hecho desagradable, pero no fue eso lo que hirió mis sentimientos. El título pretende deliberadamente desconcertar o confundir al lector, pero, si hubiera sido escrito específicamente para hacerme daño, no podría haber sido ideado con más ingenio: «Pequeño portugués» era el nombre familiar por el que ella me llamaba, un secreto entre los dos, una afectuosa alusión burlona a su pálida piel color miel. Pensar que habría violado esta preciosa confidencia, que mi nombre hubiera sido, por decirlo así, robado y entregado a un hombre que, sin tener en cuenta todo lo demás que pudiera decirse de él, solo había compartido con ella cinco de sus cuarenta y cuatro años... No había palabras para describirlo. La primera conmoción provocó que volviera el asma que ya habría sufrido ese año, y todavía ahora el dolor sigue siendo agudo.

Pero, por el momento, ante un segundo golpe más serio, soy incapaz de tal contención estoica. Me encontraba ayer en mi comedor en el 50 de Wimpole Street cuando desde el salón oí llegar el sonido inconfundible de la risa de un niño y gritos de regocijo. Estos ruidos eran bastante impropios de mi casa. Inmediatamente los asocié con la presencia en Londres, de la que teníamos conocimiento, no solo de mi lejana hija y de su marido en su tercera visita a la ciudad, sino de su hijo de seis años, el niño cuya existencia había tratado de borrar de mi mente. Consciente de cuál era mi deber, respiré profundamente varias veces y, después, controlando los temblores que me habían asaltado, abrí la puerta del comedor y caminé con pasos largos hasta el salón.

Allí, a cuatro patas, imitando a un león o a otra fiera de su especie, estaban mi hijo George Moulton-Barrett y, alejándose de él con un sobresalto fingido, mi nieto, Robert Wiedemann Browning. Nos miramos el uno al otro durante lo que pareció una eternidad, aunque probablemente no pasaron más de dos minutos. No se me ocurría nada que decir, y dudo, en cualquier caso, que hubiera sido capaz de pronunciar una sola palabra. El pequeño muchacho que había frente a mí, cuyo físico me recordaba bastante a mi fallecido hijo Edward, podría haber servido de modelo a un artista para pintar el cuadro del típico niño inglés, con su inequívoco típico tono pálido de piel.

Finalmente, me di la vuelta y regresé al comedor, después de haber dominado mi fuerte deseo de coger al chaval y abrazarlo contra mi pecho. Cuando ya respiraba más o menos con normalidad, llamé a George. Se quedó de pie frente a mí, serio, digno de confianza: era el hijo que más respetaba.

—¿De quién es ese niño, George? —pregunté, aunque todavía me resultaba difícil hablar.

—Es el hijo de Ba, padre —respondió.

—¿Y qué está haciendo aquí, si puede saberse?

—Está esperando, señor, esperando a que llegue la hora de volver con su madre. Tengo la intención de llevarlo yo mismo en unos minutos. ¿Quiere venir con nosotros?

—Me temo que no, George. De verdad, no puedo.

—Papá, se lo ruego. Eso haría tan feliz a Ba...

—No, hijo mío. Déjame. Y, por favor, llévate a ese niño de aquí inmediatamente.

Cuando oí la puerta principal cerrarse tras ellos, bajé la cabeza y me la agarré con las manos, y puede que incluso derramara una lágrima. Así que todo había sido en vano, me dije a mí mismo. Lo que había tomado por hechos inevitables, no habían sido tales. Eso o mis conclusiones a partir de las premisas habían resultado equivocadas. Pero, si realmente pensaba que me había equivocado, ¿por qué me había negado a ir a ver a Ba con George y su hijo?

Después de una mala noche, me desperté esta mañana con la respuesta aflorándome a los labios. Mi hija tiene ahora cuarenta y nueve años y unos meses. Es bastante improbable que vuelva a quedarse embarazada, tan improbable que puedo descartarlo, sentirme tranquilo ante esa posibilidad. Y, sin embargo, sigo si poder mirarla a la cara, ni tampoco a *él*. Podría soportar los reproches silenciosos de ella, el triunfo silencioso de él, pero no la compasión de ambos. La compasión *de ella*.

Wimpole Street, agosto de 1855

V

Lo escrito más arriba es, por supuesto, ficción, pero contiene hechos reales, y el ejemplo principal es la lista de diez puntos de Barrett.

A excepción del 4, todos fueron extraídos de registros. El 9 y el 10 ciertamente casan con el pensamiento de mediados del siglo XIX, y el 8 me lo contó un amigo jamaicano en la década de los setenta. En cuanto al 4, el señor Barrett indudablemente había visto algo en las obras de Browning con lo que muchos estarían de acuerdo sin pensar que eso era consecuencia de no ser un auténtico nativo inglés. Es más, podría ser instructivo recopilar extractos poco conocidos pero representativos de Browning y, digamos, Wordsworth, Leigh Hunt, Byron, Keats, Hood, Beddoes, Tennyson, Clough y Arnold y presentarlos a un grupo de buenos estudiantes sin revelar el nombre de su autor, pidiéndoles que escogieran el que fuera obra de un indio occidental. De Browning se podría escoger el siguiente fragmento de «*Nationality in Drinks*» [«Nacionalidad en bebidas»], que el señor Barrett podría haber leído fácilmente, puesto que se compiló por primera vez en *Dramatic Romances and Lyrics* [*Romances y versos dramáticos*] en 1845:

A nuestra mesa el Tokay^[11] subió con gusto
cual guarda pigmeo de un castillo vetusto,
aunque recio y capaz, era enano a la vista,
su porte y avíos clamaban conquista;
y al Norte, y después al Sur, miró con brío,
lanzó con su corneta a la sed un desafío,
achispado, ladeó la pluma de su sombrero de ala ancha,
con el pulgar retorció su bigote sin mancha,
sus grandes espuelas de acero hizo tintinear,
su fajín de Buda^[12] al cinto se dispuso a ajustar,
y después, con una impudicia que nada podía menguar,
inclinó su giba para anunciar a la jauría,
que de veinte truhanes tales a voluntad se reiría;
y así pues, con la empuñadura de su espada sobresaliendo con valentía,

la mano derecha sobre la cadera apoyó,

y el hombrecito de Ausbruch^[13] ¡pavoneándose salió!

Mi historia incluye hechos reales como la primera carta de Browning a Elizabeth y los extractos de la misma, la paráfrasis de su respuesta, la pertenencia del señor Barrett al Reform Club, su dolencia asmática –incluido el grave ataque que sufrió en 1850–, la visita de Browning en agosto de 1846 y el motivo que se dio para prolongarla, y el encuentro del señor Barrett con su nieto. «El portugués» era ciertamente el apelativo cariñoso con el que Elizabeth se dirigía a Browning: no hay pruebas de que alguna vez lo utilizara con su padre.

Con una excepción, mi intención ha sido que los pensamientos y sentimientos que atribuyo al señor Barrett fueran sinceros por su parte, auténticos. La excepción la constituye el párrafo final, en el que su explicación por no querer ver a Elizabeth y a Browning se me antoja particularmente pobre. Era más probable que su motivo «real» fuera el miedo que tenía de revelar sus celos cuando viera a los dos irremediamente juntos, con su retoño. (No celos sexuales: nunca he creído que escondiera una pasión vergonzosa por su hija). Y puede que siguiera obsesionado por su teoría. En cualquier caso, murió en 1857 a la edad de setenta y dos años, y Elizabeth vivió solo cuatro años más.

Yo mismo creo que es muy improbable que Browning, al igual que Elizabeth, tuviera sangre «criolla», aunque, si la hubiera tenido, la literatura victoriana y el mundo en general serían muchísimo más interesantes. Habría sido el miembro inglés de un gran trío de escritores de color del siglo XIX, acompañado de Alejandro Dumas *père* (abuela negra) y Aleksandr Pushkin (bisabuelo negro), y podría decirse que ambos comparten algo de su espíritu.

* * *

Unos pocos datos adicionales pueden ser de interés. En 1972 di una charla sobre Tennyson en una sociedad literaria en Barnet. Me alegraba de tener solo palabras favorables para el poeta, porque entre el público se encontraba su muy elocuente nieto de noventa y tres años, sir Charles Tennyson (1879-1977), aunque eso no sea relevante. Cuando la reunión estaba a punto de concluir, el secretario de la sociedad me llevó aparte.

–Ya sé que Tennyson no es Browning, pero hay una tal señora [he olvidado su nombre] entre el público, una descendiente del hermano de Browning. ¿Le gustaría hablar con ella?

–Mucho –dije.

Lo que hablé con la señora no fue memorable. Lo más interesante fue comprobar

que era negra, especialmente cuando después averigüé que Browning no tenía ningún hermano. Ninguno que la historia conozca, al menos.



BORIS Y EL CORONEL

I

Edward Saxton era miembro y director de estudios del Departamento de Inglés en un pequeño colegio privado de Cambridge, a la vez que profesor de dicha asignatura en esa misma universidad. Se había especializado en la obra de Thomas Gray, William Collins, Oliver Goldsmith y otros poetas del siglo XVIII que por aquel entonces eran considerados colectivamente como precursores del movimiento romántico, y llevaba más de quince años impartiendo un curso sobre ellos. Los acontecimientos narrados aquí tuvieron lugar en 1962, cuando Edward, un sujeto bastante alto y con una joroba perceptible, tenía cuarenta y cinco años.

Seguía viviendo en el mismo sitio en que lo hacía cuando su mujer murió repentinamente dos años antes, una especie de antiguo molino situado en un pueblo a unos kilómetros al este de Cambridge. Tenía un cupé verde y muchos días, durante la temporada escolar, se dedicaba a conducirlo él mismo sin rumbo fijo. Uno de esos días de finales de primavera llegó a la sala del colegio donde daba clase unos pocos minutos antes de la hora en la que estaba previsto que apareciera su primer alumno.

Este alumno era distinto de los demás en más de un sentido. Para empezar, se trataba de una chica, estudiante universitaria en uno de los *colleges* femeninos. También de modo atípico, estaba tan interesada en el tema que, además de una hora semanal de tutoría con su director de estudios del departamento, había acordado que le enseñaría a Edward su trabajo cuatro veces durante el trimestre. Esto se debía en parte a las cualidades intelectuales de Edward y en parte al tercer rasgo que le confería singularidad: era familiar suyo.

Lucy Masterman era sobrina de Louise, la mujer fallecida de Edward, la hija de su hermano mayor, que ahora estaba en su segundo año de universidad y tenía casi veinte años. Era testaruda, morena, de mejillas sonrosadas, y tenía unos grandes ojos marrones atentos a todo, un rasgo que Louise compartía con ella. Seguía conservando la naturalidad que mostraba de niña, aunque en ciertas ocasiones Edward había llegado a pensar que ella la utilizaba a su antojo cuando trataba con académicos de pelo cano como él.

Y con esa naturalidad le saludó al llegar, puntual como siempre. De hecho, aquella mañana había sido incluso más espontánea de lo habitual, si es que eso era posible. Cuando después echó la vista atrás le dio la sensación de que Lucy había pasado a leerle sin más preámbulos «El uso del cuarteto rimado en la *Elegía* de Gray», pues tal era el título de su ensayo. Ilustraba su exposición con algunos ejemplos:

Dejó atrás las refriegas y las turbas febriles
sus anhelos más sobrios ya nunca se apartaron
del valle de la vida, sereno, y sus rediles
y el callado tenor de su senda guardaron.

El comentario de Lucy a este fragmento sugería que los sencillos habitantes de la aldea de Gray podrían haberse sorprendido al recibir un tributo tan oneroso, con sus ritmos regulares e intensos y su tendencia al epigrama. Una estrofa como la siguiente, continuó, debió de sonarles más relajada y comprensible:

Y si uno regresara cuyo afán veleidoso
una vez del trabajo del campo lo alejara
tal vez alguien bregase por ser más bondadoso
y muchos en su mesa su presencia anhelaran.

La emoción que invadió a Edward al escuchar estos últimos cuatro versos le resultaba completamente desconocida, y no tenía nada que ver con otras emociones de carácter bien distinto que le embargaron después. Había alcanzado su punto álgido justo en el momento en el que Lucy terminó de leer el último verso, y más tarde fue incapaz de recordar cómo había logrado poner freno a sus sentimientos. Por un instante volvió a ser joven, a ese momento en que todo parecía posible. Lucy hizo una pausa y él le pidió, como si de un decreto real se tratase, que parara durante un minuto y, con un movimiento raro en él, se levantó y paseó a lo largo de la habitación.

—Lucy —dijo con su habitual tono apocado, cuando después de casi medio minuto consiguió reponerse—, ¿sabías que esa estrofa no aparece en ninguna edición conocida de la *Elegía*?

Él ya había notado que ella se sonrojaba con facilidad. Y eso fue lo que sucedió en ese preciso instante.

—Pensé que podría tratarse de una estrofa descartada de uno de los manuscritos existentes.

—El llamado manuscrito Eton tiene siete estrofas de esas características, pero ninguna de ellas se asemeja en absoluto a los cuatro versos que acabas de leerme. Ella se sonrojó aún más, pero no dijo nada.

—En cualquier caso, Gray nunca habría escrito esos versos —prosiguió él.

—Parece usted muy seguro de ello.

—Tú también lo estarás, querida, cuando escuches en ellos lo que yo he escuchado. Vuelve a leerlos en voz alta. —En cuanto ella hubo terminado,

Edward dijo —: ¿Lo notas? ¿Te suena bien?

— Bueno...

— ¿Qué hay de las rimas?

Ella volvió a mirar la hoja de papel y esta vez se dio cuenta de algo.

— ¡Oh!

— Precisamente. «Veleidoso» y «bondadoso» componen una rima consonante o perfecta, si bien un poco trivial. «Alejara» y «anhelaran», a pesar de la similitud de las palabras a simple vista, no componen el mismo tipo de rima, algo que cualquier hablante notaría inmediatamente. — Si en el comportamiento habitual de Edward se apreciaban siempre ciertas dosis de vaguedad o preocupación, en ese momento no se vislumbraba ninguna de las dos cosas.

Puede que Lucy lo notara. Dijo con vacilación:

— «Alejara» rima con «amansara» y «abrazara»...

— Y «atufara». Y «anhelaran» con «anegaran» y «allanaran», y con miles de palabras más. Ningún poeta del siglo XVIII, sin duda no uno tan quisquilloso e instruido como Gray, podría haber contemplado una rima como esa.

— Así que mi sentencioso cuarteto es falso.

— Eso me temo. Es obra de un hablante contemporáneo medio, intuyo, con ciertas nociones, aunque no profundas, de la lírica inglesa de ese período, e indudablemente con poco oído para la poesía. Para empezar, ¿no será tuyo, Lucy?

— No. Lo encontré en casa, en el armario de una de las habitaciones de invitados, entre otras hojas de papel para escribir a máquina, que es lo que en realidad estaba buscando, papel para escribir a máquina. Lo había visto allí hacía siglos, y lo había olvidado hasta que me hizo falta... Me refiero al papel para escribir a máquina, claro. Lo típico. Y allí, entre las demás, encontré esa hoja con la estrofa mecanografiada.

— Pero ¿quién la había mecanografiado? ¿Quién la había escrito? ¿Tienes alguna idea?

— En realidad, no. Algún invitado, supongo. No paso mucho tiempo en casa, ya sabe. De hecho, no estoy allí casi nunca.

— ¿Puedo ver el papel que encontraste?

Lucy dudó.

— Lo tiré. Probablemente lo escribió alguien que participaba en una de esas competiciones del fin de semana del *New Statesman* o de cualquier otra revista.

Ya sabe: «Escriba unos versos del tipo de este o aquel poema tan conocido».

— Es muy posible. — Esta explicación, como los dos últimos comentarios de Lucy, no satisfizo a Edward, pero la ligera niebla de tedio en la que habitualmente se encontraba inmerso había empezado a filtrarse de nuevo, y durante unos instantes fue incapaz de comprender, e incluso de creer, que cuatro versos que ahora le parecían de lo más corriente hubieran provocado en él tal entusiasmo —. Pero... ¿qué te movió a incluirlo en tu ensayo así, de una forma que sugiriera con tantísima fuerza que era una parte auténtica del poema de Gray?

— ¡Oh, eso ha sido bastante estúpido por mi parte! — Lucy pareció sentirse algo incómoda ante esa pregunta —. La verdad es que me preguntaba si lo detectaría y, por supuesto, lo hizo en cuanto terminé de leerlo, ¿no?

— Casi. Pero sigo sin entender qué esperabas ganar con tu pequeño engaño.

— Nada en absoluto. No era más que una broma.

La reacción de Edward ante esta información indicó que las bromas no le resultaban ajenas, aunque había perdido la costumbre de responder a ellas: le costó reírse.

— Eso había pensado yo — dijo, riendo al fin —. Pero parece que se ha vuelto contra ti, querida Lucy.

— ¿Qué? Oh, ya veo. Sí, supongo que un poco sí. En cierto sentido.

— Bueno, será mejor que sigamos, ¿no?

Y un segundo después Lucy ya estaba explicando que la transmisión del sentido entre las estrofas dieciséis y diecisiete era un caso único en todo el poema, y pronunciándose sobre lo que eso significaba. Era un ensayo bien escrito, mostraba una auténtica sensibilidad hacia la literatura, una sensibilidad de la que Lucy siempre había hecho gala. Cuando terminó de leerlo y discutirlo con Edward, acordaron que para su siguiente reunión debía considerar si el comentario de Johnson era adecuado: «En todas las odas de Gray hay una especie de esplendor con el que es difícil lidiar y que desearíamos que no existiera».

Ya se estaba levantando para irse cuando Edward insistió:

— ¿De verdad que no tienes ni la más remota idea de quién escribió en ese pedazo papel la pseudo-*Elegía* que encontraste?

— Ninguna en absoluto, me temo. Como ya le he dicho, no paso mucho tiempo en mi casa.

— Habría sido interesante saberlo.

No se habló más del asunto por el momento.

Unas semanas más tarde, Edward estaba sentado en la sala común de su colegio bebiendo una copa de jerez antes de la cena. Era algo que hacía normalmente cuando cenaba allí, que era la mayoría de las noches, no porque le atrajeran especialmente el precio de la comida o la compañía, sino porque los prefería a la alternativa: una cena solitaria preparada por él mismo en la cocina de su viejo molino. Visitaba asiduamente a varias parejas de amigos casados tanto en el propio Cambridge como en sus alrededores, en el campo, pero no era el tipo de hombre al que le gustara acordar una cita fija para que sus amigos lo alimentaran. De vez en cuando cenaba en algún otro colegio, y una o dos veces al trimestre pasaba el fin de semana en casa de su cuñado, pero la noche en cuestión estaba en el lugar donde solía pasar las noches.

A lo largo de los años la presencia de Roger Ashby, miembro del Departamento Historia Europea Moderna, en el sillón contiguo al suyo se había convertido en algo cotidiano en esas veladas. A Edward no le molestaba en absoluto, excepto cuando Ashby comentaba lo parecidas que eran las circunstancias en las que se encontraban, dado que él se había divorciado de su mujer cuatro años antes y no se había vuelto a casar. Por suerte, esta no resultó ser una de tales ocasiones. En lugar de ello, preguntó con cierto retintín si Edward había leído el periódico del día.

—Todavía no —dijo Edward. Ya le había explicado a Ashby en más de una ocasión que leer el periódico era algo que le gustaba hacer en casa, justo antes de dormir, con un pequeño tentempié nocturno y una copa.

—Seguro que te interesa. Hay un tipo que afirma haber descubierto unos versos hasta ahora desconocidos de la *Elegía* de Gray. Si no me equivoco, mi querido e infatigable compañero, ese es uno de los poemas en los que estás especializado, ¿no?

—Me interesa mucho, claro. ¿Cita el periódico el pasaje en cuestión?

—Sí, pero me temo... Oh, discúlpame.

Mientras Ashby cruzaba la habitación y volvía a su sitio, Edward sintió en su interior otro arrebato, por llamarlo así, de la misma emoción que lo había invadido cuando Lucy empezó a recitar su estrofa espuria. Ahora, como entonces, le resultó difícil quedarse quieto.

—Sí —dijo Ashby, pasando a las páginas centrales del periódico que había cogido y preparándose, obviamente, para leer la parte en cuestión en voz alta.

Edward se lo impidió diciendo:

- Déjame ver si adivino esos versos.
- Creía que habías dicho que no...
- Aun así, tengo una intuición. ¿Me dejas intentarlo?

Ashby cedió de buen talante, y se mantuvo en silencio mientras Edward recitaba palabra por palabra lo que le había leído Lucy en su tutoría. Ese alarde de buena memoria no despertó la admiración de Ashby, que mantenía la vista fija en lo que tenía frente a él y movía la cabeza hacia los lados, vacilante.

- ¿Eso es todo? – preguntó finalmente.
- Sí. ¿He acertado?

Tras negar de nuevo con la cabeza, Ashby dijo:

- Bueno, tal vez sea mejor que me limite a leerte lo que pone aquí.
- Preferiría verlo con mis propios ojos – dijo Edward. Confiaba más bien poco en la voluntad o la capacidad del otro hombre para leer cualquier cosa en voz alta sin incluir sus propios comentarios al respecto. El modo en que estaban dispuestas las palabras en la página distorsionaba su forma de estrofa, pero su mente pronto rectificó y leyó:

Y si uno retornase cuyo risible sueño
del honrado trabajo muy lejos lo tentara
tal vez nadie le hablara al pasar su peceño
ni al fin de la jornada su amistad implorara.
De noche está seguro en su catre aldeano,
de día pisa el suelo que lo ha visto brotar,
y contempla algún sitio todavía a desmano
para sus viejos huesos en su patria sembrar.

Edward asimiló estos versos antes de echar un vistazo al resto del artículo. Este informaba de que las dos estrofas citadas habían visto la luz entre un montón de papeles manuscritos en la biblioteca de una casa de Londres cuyo nombre no le resultaba en absoluto familiar. La autenticidad de los documentos no podía confirmarse aún, pero estaba siendo certificada por expertos en literatura del siglo XVIII y en historia de materiales de escritura. El descubridor de los papeles deseaba permanecer en el anonimato mientras se llevaba a cabo la verificación, aunque él mismo era una autoridad reconocida en la poesía de ese período.

Ashby había permanecido en silencio desde que Edward empezara a leer, cosa rara en él. Estaba tan concentrado en la lectura que no se había dado cuenta de

que se había marchado y volvía ahora con dos copas de jerez, haciendo caso omiso a la protesta de Edward de que un vaso antes de la comida era lo máximo que se permitía.

—¿Te has formado ya una opinión acerca de la autenticidad de esos versos? — preguntó Ashby.

—Mi primera impresión —dijo Edward cuidadosamente— es que me parece poco probable que su autor sea Thomas Gray. —Seguía perturbado por esta secuela inesperada de la estrofa de Lucy, como él la había denominado, y por lo que esta podría significar.

—Está claro que no eres uno de los expertos a los que ha consultado el descubridor anónimo. Lo cual resulta un poco sorprendente, ¿no? Considerando tu reconocido prestigio.

—Gracias, Roger, pero hay bastantes más personas que gozan por lo menos del mismo prestigio.

—¿En serio? En cualquier caso, menos preparados que tú para detectar una falsificación.

—Eso también es posible, por supuesto.

—Aunque una falsificación exitosa de la misma época tendría mucho valor.

—Hoy en día una falsificación razonablemente minuciosa y físicamente atractiva de un poema tan famoso, aunque se haya reconocido abiertamente que se trata de una falsificación, valdría una suma considerable de dinero, especialmente en los Estados Unidos. Sería interesante echarle un vistazo a ese manuscrito. Me pregunto si...

Lo que Edward se preguntaba en ese momento competía sin éxito con el zumbido del teléfono del salón. Responderlo era una de las aficiones de Ashby. Atravesó la habitación, abriéndose paso entre parejas de catedráticos viejos y jóvenes y uno o dos clérigos, y contestó al aparato. Cuando colgó, tenía los ojos puestos en Edward.

—Llamada de Suffolk para ti en la portería —dijo Ashby—. Una tal señorita Masterman.

Edward tardó aún menos en coger el auricular en la portería de lo que había tardado en apropiarse del periódico. Todavía respiraba con dificultad cuando preguntó quién era.

—Aquí su alumna y familiar favorita —dijo la joven y conocida voz—. ¿Cómo está?

—Bien, pero ¿por qué no estás en Cambridge?

—Estoy repasando para los exámenes, por supuesto, especialmente para Metafísica. Han pasado siglos desde la última vez que le vimos por aquí. Estaba pensando que si está usted libre... ¿por qué no viene a la hora de siempre el viernes?

—Mi querida Lucy, no se me ocurre nada que me apetezca más hacer.

La calidez de la respuesta de Edward claramente pilló un poco por sorpresa a Lucy.

—¡Oh! —dijo—. Vaya, ¡qué buenas noticias! Aunque me temo que le resultará terriblemente aburrido, solo yo y mis ancianos padres...

—La situación ideal.

—¿De verdad? Iba a ofrecerle un aliciente, pero parece que no necesita ninguno.

—¿Qué tipo de aliciente?

—Solo que tengo algo más que contarle acerca de..., se acuerda, eso de la *Elegía* de Gray. Ya sabe, esa estrofa falsa que incluí en mi ensayo.

Estuvo a punto de exigirle que se lo dijera en ese mismo instante, pero pensó que, dadas las circunstancias, lo mejor sería contenerse. En lugar de eso, le preguntó:

—¿Has visto el periódico de hoy?

—Sí, ¿por qué?

—Mira otra vez. Página 7.

—Un segundo intento más exitoso, o al menos un intento posterior. Lucy se había acomodado en el salón de sus padres en una de esas posiciones en cuclillas imposibles para cualquier varón normal al oeste de Suez.

—¿Estamos seguros de eso? ¿Tiene alguna importancia?

—Una cosa así siempre es importante —dijo Edward desde el sofá—. No, no estamos seguros, ¡cómo podríamos llegar a estarlo!... Pero hay fuertes indicios en el hecho de que esta vez ha evitado esa pobre rima que encontramos en tu texto. Parece ser que él también la detectó. ¿Puedo echarle otro vistazo a lo que me enseñaste?

—Mi texto, ¡caramba! —dijo Lucy pasándole la hoja mecanografiada.

—Hmmm. Sí, esto es solo un borrador, buen material para un trabajo definitivo, probablemente con una o dos versiones previas. Una primera pista que tú nos has proporcionado...

—Gracias, tío Edward.

- ¿Estás segura de que no hay otros fragmentos circulando por ahí?
- Tan segura como es posible sin echar abajo la casa entera ladrillo a ladrillo.
- Está bien, Lucy. Bueno, aquí está. Daría lo que fuera por saber quién ha maquinado todo esto.
- ¿De verdad? ¿Qué haría usted si lo supiera? ¿Qué beneficios podría traerle?
- Llámalo curiosidad. O instinto. Simplemente quiero saberlo.
- ¿Ayudaría en algo descubrir quién mecanografió el texto?
- ¿Qué dices? ¡Por supuesto que ayudaría! Cien, mejor mil a uno a que se trata de la misma persona. ¿Por qué? Supongo que no vas a decirme que sabes quién fue... No creo que pudiera soportar otra emoción.

Lucy se levantó de un salto de la alfombra y se sentó junto a Edward, girándose hacia él con la mayor naturalidad.

- Me temo que he estado guardándomelo para decírselo cara a cara.
- Como el texto mecanografiado. Está bien, pero, por favor, resúmelo todo lo que puedas.
- Por supuesto. ¿Por quién me toma? Lo primero que hice fue rastrear la máquina de escribir. Eso fue fácil.

Sacó una hoja que, aunque un poco arrugada, se asemejaba bastante a la que él sostenía en la mano. Edward las comparó.

- Son muy similares – dijo después de un par de minutos.
- Más que similares. Mire las «d» de «veleidoso» y «bondadoso». La parte abultada tiene una pequeña fisura cerca del borde inferior. ¿Ve? Y las «s» en toda la página, muy separadas, hacia la derecha. Y la «h», casi como una «n».

Después de un corto intervalo, Edward dijo:

- Sí, ya lo veo. Pero qué...
- Pertenece a mi padre. En cuanto vi el original, reconocí su máquina de escribir. Alguien que pasó aquí el fin de semana se la pidió prestada una tarde. ¿Quiere saber quién fue?
- Bueno, llegados a este punto, supongo que sí.
- Bien. Se llama coronel Orion Procope. – Deletreó el apellido –. Tres sílabas, el acento en la primera – explicó –. ¿Le dice algo ese nombre?
- Hay un restaurante en París que se llama así, pero me temo que nunca he oído hablar de ese individuo.

– Tengo la impresión de que delante hay un sir, o puede que incluso haya un lord por ahí, y estoy bastante segura de que hay una cruz militar detrás. Está claro que hizo algo muy valiente en el desierto. ¿Mejor así?

– Lo siento.

– Bueno, por lo menos lo he intentado. Eso sí, el coronel, que es como quiere que se dirijan a él, Orion Procope tiene el aspecto de, ya sabe, alguien que cambia de nombre con cierta frecuencia. En cualquier caso, tendrá la oportunidad de juzgarlo por sí mismo dentro de un rato.

– ¡¿Qué?!

– Ahora soy yo la que lo siente – dijo Lucy, sin que pareciera sentirlo demasiado –. Sí, viene a cenar. Prometo que esta es mi última sorpresa.

– Al menos por este fin de semana. Bueno, eso es un consuelo.

Antes de que fueran a cambiarse para la cena, Lucy desveló algo más acerca del valeroso coronel. Su casa no estaba muy lejos, pasado Suffolk, cerca de la costa. Vivía solo, «aparte, por supuesto, de los pescadores que pasaban por allí de vez en cuando», según Lucy. Lo habían invitado a pasar el fin de semana un par de veces ese año, y había ido a comer o cenar algún domingo, como mucho... Puede que jamás lo hubieran convidado de no haber sido por la aparente situación de soledad en la que se encontraba, «y puede que ni siquiera lo hubieran hecho si mamá no fuera una blandengue». Había conocido al padre de Lucy en el transcurso de algún negocio «mortalmente aburrido» en la City de Londres... Sabían poco de él, era un hombre de pocas palabras.

Edward solía alojarse siempre en la misma habitación, en el extremo este de la casa; la misma al menos desde la muerte de Louise. Durante algunos meses, había creído que nunca sería capaz de volver allí, pero, una vez decidió intentarlo, no le resultó tan difícil. En aquella época, de hecho, aquel lugar solo era para él un sitio en el que había pasado algunos momentos felices con ella. Ahora, en cambio, lo valoraba más por lo que era en sí mismo: por su amplitud, aunque no era ni muy grande ni muy antiguo, y por su silencio. Le gustaba esa parte de East Anglia, donde nunca hacía sol durante mucho tiempo, pero cuyo cielo siempre era inundado momentáneamente por la luz en algún momento del día, un cielo que Constable nunca había olvidado.

Por supuesto, también asociaba ese sitio a Lucy. Ahora que se encontraba momentáneamente fuera de su vista, le resultaba más fácil pensar en ella, y también considerar con algo de objetividad el parecido que guardaba con su tía: el tono de su piel, la expresión de su rostro, con esos ojos redondos y esas cejas arqueadas... Un parecido que se acentuaba incluso más por su forma de caminar, derecha pero con la cabeza un poco gacha. Le había dado la impresión de que la

mirada de esos ojos marrones se había vuelto más directa recientemente, aunque ahora no estaba seguro. Pero tenía que reconocer que al principio solo la había visto como una versión de Louise...

Se estaba anudando la corbata frente al tocador cuando, por el rabillo del ojo, percibió un movimiento lejano a través de la ventana que daba al Este. Enseguida distinguió un vehículo que se aproximaba descendiendo una colina baja. Desapareció durante unos segundos antes de reaparecer y entrar en la propiedad: se trataba de un coche de aspecto caro pintado de un azul muy oscuro adornado con toques de carmesí. Después de detenerse, un poco más adelante del lugar donde Edward se encontraba, y no debajo de él, durante un corto período de tiempo no ocurrió nada más. Luego, un hombre bastante joven con un traje negro y una gorra de chófer se bajó del asiento del conductor, y otro, de más o menos la edad de Edward, del asiento del pasajero. Lo que pudo ver de este último le indicó que se trataba de un hombre de aspecto corriente vestido con un esmoquin, ni alto ni bajo, con una espesa cabellera castaña que parecía conservar casi por completo su color, aunque algo en el coronel Procope hizo que Edward se apartara precavidamente de la ventana.

No hubo ni rastro de esa sensación cuando al fin se lo presentaron. De hecho, el coronel le causó una impresión favorable por su actitud abiertamente franca y la contenida amabilidad con la que saludó a los tres Masterman. Cuando se acercó a Edward, consiguió transmitirle su satisfacción por conocer a alguien de quien había oído hablar tan bien. Su aspecto bastante poco militar, un resto de barba incipiente cerca de una oreja y la corbata mal anudada hacían que más bien recordara a uno de los colegas de Edward, o a la idea que normalmente se tiene de ellos. Tal vez podría haberse objetado que hablaba demasiado bajo para lo que se consideraría unos modales perfectos.

El primer tema de conversación que Edward recordó después surgió durante la cena, y llegó precedido por una fugaz mirada de advertencia, o de furia, que Lucy le dirigió.

—Oh, coronel —dijo—, ¿tengo razón al creer que consiguió usted una medalla por algo valeroso que hizo en la guerra?

Antes de responder, Procope la miró fijamente pero sin volverse hacia ella; solo unos segundos después giró la cabeza: un ardid ligeramente desconcertante que no realizaba por primera vez esa noche, según había podido observar Edward.

—¿Una medalla? —repitió con jocosa pomposidad—. Vamos, si cualquier hijo de vecino consigue una... Lo que me dieron fue una condecoración, ¿eh? La vieja Cruz Militar, ya sabes. De hecho, Lucy querida, creo lo sabes de sobra.

—Quería asegurarme. Resulta que estaba hablando con una de mis compañeras cuando casualmente salió usted en la conversación y ella me dijo que estaba

bastante segura de que recordaba que su padre le había contado que había conocido a alguien con su nombre u otro parecido en algún sitio durante la guerra del norte de África...

— Cuando recobres el aliento, dime en qué unidad estaba. — El coronel le dirigió una mirada vagamente conspiratoria a la madre de Lucy, Kate Masterman, que le respondió con una sonrisa. Sin duda aquellos dos se llevaban bien, pensó Edward, pero de un modo amistoso, sin que por parte de Kate se percibiera ningún rastro de la blandenguería que su hija había descrito.

Lucy pareció rebuscar en su memoria.

— ¿Podría haber sido una Rata del Desierto?

— Sin duda. Aunque yo no tenía mucho que ver con ellos. Pertenecían estrictamente a la 7.^a División Acorazada; yo estuve con la 10.^a la mayor parte del tiempo.

— Es verdad. Edward también estuvo en el desierto, ¿verdad, tío?

— Solo durante un par de semanas — dijo Edward con tono desalentador. Había visto suficiente acción, pero lo más cerca que había estado del desierto había sido Anzio, en Italia.

Si Lucy había esperado acorralar de algún modo a Procope, obligarlo a mostrarse excesivamente reservado o locuaz, debía de sentirse decepcionada. En aproximadamente cinco minutos había demostrado que tenía experiencia de primera mano luchando en el norte de África o, al menos, que había sido informado concienzudamente por alguien que sí la tenía. Ya se tratara de una cosa o de la otra, Edward fue totalmente incapaz de considerarlo el tipo de hombre que podría haber intentado falsificar un par de estrofas de la *Elegía* de Gray. Por otro lado, tenía que admitir que sí daba el perfil de una persona con tendencia a cambiar de nombre, como había dicho Lucy. Edward también compartió esa sensación, e incluso le pareció detectar algo falso en el amistoso adiós que el individuo le dedicó a Kate cuando las dos mujeres abandonaron la mesa.

Así que, por todos estos motivos, Edward se quedó más que sorprendido cuando escuchó a Procope decir, casi en cuanto se hubo cerrado la puerta:

— Tengo entendido que es usted una gran autoridad en Thomas Gray, doctor Saxton. El tipo que escribió la *Elegía*.

— Supongo que se podría decir así. Como sea, es muy amable de su parte haberse informado, coronel.

Procope puso una de sus caras raras.

— Bueno, he de reconocer que lo he hecho. Y bien, supongo que usted piensa que Gray es un poeta bastante bueno; de otro modo, no se habría tomado la molestia de dedicar tanto tiempo a estudiarlo.

— Sí, creo que como mínimo es bastante bueno.

— Lo siento. Por supuesto, sé que soy un auténtico lo-que-usted-consideraría un profano, un *amateur*, pero siempre me ha llamado la atención el viejo zagal de pelo cano y todo ese mundo de la poesía. Hubo un tiempo en el que era capaz de recitar estrofas completas que me sabía de memoria. No te inquietes, Toby, no me dispongo a invadir tu comedor con una lectura poética.

Toby Masterman hizo un comentario inofensivo. A ojos de Edward, el aspecto de este era indiscutiblemente más parecido al de un militar que el de su invitado, pero en ningún caso era el prototipo de soldado apuesto que uno tiende a asociar a esa profesión: rechoncho, rubicundo... Su cuerpo voluptuoso era tan diferente del de su difunta hermana que, aunque en el pasado le había resultado ligeramente cómico, ahora casi agradecía que no le recordara constantemente a ella. Parecía inaudito que él hubiera engendrado a Lucy.

Después de una o dos palabras laudatorias sobre el oporto que circulaba en ese momento, Procope dijo con renovada vivacidad:

— Considerando todo esto, me siento afortunado por haberme topado con un experto como usted, doctor Saxton, justo cuando acaba de publicarse esa noticia en el periódico sobre las estrofas adicionales del poema que parecen haber surgido de la nada. Naturalmente, la habrá leído. Dígame, extraoficialmente, por así decirlo, ¿qué opina de esas estrofas? Aunque, por descontado, entendería perfectamente que no quisiera comprometerse hasta tener más información al respecto.

Edward intentó no olvidar en ningún momento que la pregunta provenía del supuesto autor de las estrofas en cuestión.

— Bueno — dijo con cautela —, en cuanto al mérito poético, lo que leí no me pareció demasiado bueno; en todo caso, muy por debajo del nivel general de la *Elegía*, pero es verdad que lo que Gray escribió me resulta tan familiar que he perdido la objetividad. Lo que intento decir es que resulta difícil comparar lo conocido con lo desconocido.

— Yo soy bastante inútil para esas cosas. Pero valoro su opinión, incluso se la pido, porque arroja algo de luz sobre una cuestión que, admito, me interesa muchísimo: la autenticidad de esos ocho versos. ¿Cuál fue su reacción cuando los leyó por primera vez? ¿Son realmente de Gray? Según su punto de vista, claro...

A Edward le dio la sensación de que lo mejor era evitar una respuesta definitiva.

—Eso es más complicado — dijo—. No me corresponde a mí opinar. No conozco suficiente a los contemporáneos de Gray de menor nivel para estar seguro por completo.

—Es usted demasiado modesto, doctor Saxton. Debe usted de inclinarse hacia un lado u otro.

—No me gustaría comprometerme a nada sin volver a echar un vistazo a esas estrofas.

—Eso tiene fácil arreglo. —Procope sacó una cartera de la que cogió cuidadosamente un pulcro recorte de periódico—. Como se suele decir, da la casualidad de que...

Edward trató de fingir cierto interés mientras miraba de nuevo lo que Roger Ashby ya le había descubierto esa misma semana. Sintió que se sonrojaba hasta tal punto que habría podido rivalizar con Lucy, e hizo lo posible por simular un ataque de tos. Era extraordinariamente difícil leer las palabras impresas sin dejar de mirar hacia donde apuntaban.

—Lo siento, Toby — dijo Procope —, terminaremos enseguida.

—Tomaos vuestro tiempo, estoy muy cómodo aquí.

—Leíste el artículo, ¿no? ¿Qué crees?

—Creo que el oportuno lo tienes tú — dijo Toby.

Puede que las circunstancias en las que leía las estrofas en ese momento hicieran que Edward inmediatamente observara en ellas algo que no había percibido antes, algo que lo sumió en una agonía aún mayor por tener que continuar disimulando. Decidió que, ya que tenía que decir algo, lo mejor sería decir la verdad.

—En mi opinión, estos versos no son obra de Thomas Gray — dijo.

—¡Ah! ¡Gracias! Le agradezco, doctor Saxton, que haya pronunciado el tipo de veredicto que yo tenía la ligera esperanza de que usted pronunciaría.

En lugar de ser honesto y mirar con los ojos como platos al coronel, Edward trató de limitarse a observarlo con educado interés y expectación.

—Como acabo de decirle, soy un completo *amateur* en asuntos literarios, y me interesan solamente una o dos cosas, pero, incluso así, o quizá por esa misma razón, me complace que un profesional confirme mi juicio subjetivo.

Esta vez Edward consiguió decir:

—Sí, ya veo.

—Asumo que se han puesto en contacto con usted y le han pedido su opinión de

experto. ¿No? Bueno, no se preocupe, lo harán. Y, cuando lo hagan, espero que denuncie usted esta impúdica falsificación y se desvele toda la verdad. Aunque, igual que antes, solo tengo una leve esperanza. He de reconocer que, aunque el tema ha despertado mi curiosidad, a nivel personal me da igual si esos versos son auténticos o falsos. Absolutamente igual. Ni siquiera he apostado nada. ¿Qué tienes que decir a eso, Toby?

—Digo que deberíamos considerar unirnos a las damas.

Después de que el coronel se marchara y Lucy subiera a acostarse, Edward se reunió con Toby y Kate en un rincón del salón para tomar la última copa. En el exterior de la casa, la quietud era absoluta.

—Un tipo interesante, el coronel Procope —soltó Edward a modo de anzuelo.

Pero no pescó nada. Kate dijo que pensaba que el coronel era bastante patético, Toby añadió algo más, una suerte de disculpa alegando que los vecinos escaseaban, y el tema se agotó antes de que Edward pudiera contar su ocurrencia de que el tipo le recordaba a un minifundista deshonesto. Un momento después, Kate le preguntó a Edward cómo veía a Lucy, y en este punto Toby se revolvió en su silla como dando a entender que con lo que habían hablado acerca de su hija en esos días ya tenía más que suficiente.

Esta vez, Edward habló con cautela:

—Yo la veo bien —dijo, aunque no le sorprendió oír a Kate decir que su aspecto exterior era una minucia en comparación con el bienestar interior o la falta de él que parecía haberse apoderado de su hija en los últimos tiempos. Al parecer era en este sentido en el que Lucy daba motivos de preocupación, puesto que acababa de romper súbitamente con un casi-prometido de lo más conveniente.

—Y sin ningún motivo en especial —dijo Kate—. Se limitó a alegar que de repente se había vuelto un terrible aburrimiento.

—Juro por Dios que lo fue desde el principio —dijo Toby—. Un engreído, eso es lo que era. Maldita sea, deja que la niña cometa errores y cambie de opinión de vez en cuando. Todavía no tiene ni veinte años.

—No se trata solo de eso, y lo sabes muy bien. No le gusta ninguno de los jóvenes de su edad, y nunca le han gustado. Pensaba que Cambridge le abriría los ojos, pero, desde ese punto de vista, ha resultado un fracaso absoluto.

—Oh, Katie, dale un respiro a la pobre cría... Necesita tiempo.

—Si hay algo que yo pueda hacer... —dijo Edward.

—Es muy tierno por tu parte, querido Edward, pero tengo la impresión de que a esa niña tú le pareces alguien tremendamente distante y mayor. Por supuesto, te aprecia muchísimo, pero como a un tío lejano, que al fin y al cabo es lo que eres.

Ya haces bastante por ella estimulando su interés por la literatura.

Y eso debería bastarle a cualquier tío, pensó Edward un poco más tarde, mientras se desvestía en su habitación. Apagó la luz y miró hacia afuera, al paisaje silencioso. En un rincón de su mente se escondía una emoción y algo que ansiaba con levísimo entusiasmo. La emoción se debía a Gray y a Procope, y ese algo que ansiaba era la perspectiva de discutirlo con Lucy. Pero un entusiasmo, sea cual sea su magnitud, fruto de esa perspectiva no podía ser más que producto de la costumbre y la memoria.

—Y estoy bastante seguro de que lo decía en serio —le dijo Edward a Lucy a la mañana siguiente, mientras finalizaba el relato de su conversación con el coronel Procope.

—Pero eso es imposible —dijo ella.

—Supongamos que al coronel le da absolutamente lo mismo que esas estrofas sean o no auténticas. No le importaría que se demostrara que lo son o que se las considerara así. Veamos si puedes encontrar motivos para...

Dejó de hablar, pues le pareció que ella había dejado de escuchar. Habían llegado a la cancela cerrada con el pequeño candado y ahora estaban entrando. Lucy hizo tintinear el mango del cubo que llevaba y el suave sonido bastó para atraer la atención de un gran caballo que había junto a un seto lejano. El animal inmediatamente llegó trotando hasta ellos con lo que a Edward le pareció un ímpetu excesivo. Visto de cerca, tenía el tamaño aproximado de un alce adulto, de color predominantemente marrón rojizo, aunque con la crin y la cola negras y unos grandes dientes blanquecinos, que sobresalían de modo prominente mientras respiraba con agitación. Después, le dio un cabezazo a Edward en el pecho y, sin la menor ceremonia, empezó a devorar el contenido del cubo.

—¿Te acuerdas de Boris? —dijo Lucy y, cuando Edward la miró desconcertado, añadió con leve impaciencia —: Ya sabes, por Boris Godunov.

—Pensaba que se llamaba Virginia, por Virginia Woolf.

—Esa era la yegüecita que tenía hace siglos. Ya murió. Ahora es el turno de Boris.

Y tanto que era el turno de Boris, en tanto en cuanto la atención de Lucy se dirigía exclusivamente hacia él, sin que sobrara ni un poco para Edward. A continuación lanzó una cuerda sobre el cuello del caballo y en un segundo estaba montada sobre él. Durante un momento se quedó ahí sentada muy quieta y derecha. Parecía más alta que antes; Edward casi contuvo la respiración ante su actitud solemne y poderosa. Entonces se alejó, y volvió a ser de nuevo una chica al trote y a medio galope en el potrero de su padre. Él, Toby, había profetizado que el caballo le sobraría en cuanto encontrara al hombre adecuado.

En cuanto pudo, el hombre con el que se encontraba en ese momento dijo:

—Ahora, Lucy, quiero que hagas un experimento por mí. —Mientras ella cerraba la cancela tras ellos, él sacó su copia de las estrofas, pero no se la entregó inmediatamente—. Intenta olvidar que esto puede ser parte de la *Elegía* de Gray. Comprueba si eres capaz de olvidar el hecho de que está en verso, lo cual no debería resultarte tan difícil, considerando lo mal que lo ha publicado el periódico. Vamos. No tienes ni idea de lo que puede ser esto, acabas de encontrártelo escrito en un bloc en este mismo momento. Venga, aquí lo tienes.

Lucy se detuvo en el camino de grava para leer. A él le pareció un milagro que ella pudiese leer sin ayuda extra y con luz diurna normal, viviendo como vivía él en un mundo en el que todos usaban gafas, la mayoría todo el tiempo, como era su caso. Ansioso, intentó meterle prisa sugiriéndole que se limitara a prestar atención al significado de lo que tenía ante sus ojos, pero ella habló al mismo tiempo y, con un gesto de la cabeza que condenaba su propia torpeza, Edward le indicó que continuara.

—Lo que *dice*... Si alguien se ha equivocado o ha acudido al lugar equivocado y quiere volver sobre sus pasos, volver al inicio del camino, estaría completamente... —dijo Lucy.

—Seguro. Es la mejor palabra que se podría haber elegido. Aunque no es en absoluto el estilo de Gray, es una especie de juego de palabras, latín *securus*, se más *cura*, libre de cuidado, también en moderno *secure*, en un estado de seguridad, no expuesto al riesgo de movimientos o vigilancia hostil y encubierta.

—De hecho el mensaje parece ser...

Edward estaba demasiado emocionado para dejarla terminar:

—El mensaje. Eso es lo que es. Un mensaje. Buen trabajo. De repente anoche lo vi claro. ¿Cuál es la característica que distingue a ese periódico de cualquier otro? Está bien, hay varios, pero el que nos interesa se distribuye a nivel mundial.

—Llega *muy* lejos.

—Si quisieras enviarle un *mensaje* a alguien a quien no pudieras localizar, de quien ni siquiera pudieras decir con seguridad en qué país se encuentra, ¿qué medio mejor que ese? En realidad, ¿qué otro medio existe? Que se probara que se trata o no de una falsificación, te resultaría absolutamente indiferente. Puede que incluso dejaras borradores del mismo tirados por ahí.

—Siempre y cuando el destinatario lo viera.

—Cierto es que tendrías que asumir ese riesgo, pero casi podrías apostar a que lee el periódico cada día. Claro que tendría que mostrar algún tipo de interés en

la literatura, pero con algo como la *Elegía* no tendría que ser un experto en el tema. Y no se pierde nada, pues si no se recibe respuesta al mensaje, aún se puede pensar en alguna otra opción.

Ya habían llegado a la carretera cuando Lucy dijo:

— Está bien, cuéntame el resto, sea lo que sea.

— ¿Cómo sabes que aún hay más?

— Porque no estoy ciega ni sorda. Vamos, tío Edward, dispara.

— Muy bien, allá va. Uno. El coronel Procope, Cruz Militar. Cuando te dije que nunca había oído hablar de nadie con ese nombre, estaba diciendo la verdad. Pero nada más verlo supe que lo había visto antes, y en algún contexto siniestro. No recordé ningún detalle más hasta que esta mañana me desperté acordándome de quién era y de dónde lo había visto. Seguía sin poder recordar su verdadero nombre, y sabía que no lo había visto en persona, sino en unas pocas fotografías, que, en cualquier caso, pertenecían a un contexto siniestro.

»Dos. Guy Burgess y Donald Maclean. ¿Te dicen algo esos nombres, Lucy?

— No demasiado. ¿No eran esos espías comunistas de los que se habló mucho hace unos años?

— Hace once años, para ser precisos, en 1951. En cualquier caso, fue entonces cuando los descubrieron y huyeron a Rusia, donde deben de estar ahora.

— Ah, sí... Nuestras fuerzas de seguridad metieron la pata hasta el fondo.

— En realidad, no. Era fin de semana y no fueron capaces de conseguir que nadie firmara las órdenes de arresto. A eso se le llama cumplir la ley al pie de la letra.

— Eso tiene algo de metedura de pata.

— Estoy de acuerdo en que algo así jamás habría ocurrido en Rusia.

— Hmmm. Acepto el reproche —dijo Lucy—. Pero ¿cómo sabes tú lo de las órdenes?

— No es un secreto. Pero la respuesta a tu pregunta nos lleva al punto tres: Edward Saxton, doctor en Literatura. ¿Dónde está ese *pub* del que he oído hablar tanto?

— Se ve desde aquí.

— Es verdad. Antes de que lleguemos, permíteme que te cuente que durante esa época hice algunos trabajos para el M15, al que a partir de este momento tú y yo llamaremos simplemente «la empresa», ¿me sigues? No estoy a tu altura en lo que respecta a revelar misterios, pero no te contaré el resto hasta que tenga una cerveza en la mano.

El bar era fresco, oscuro y silencioso. Edward y Lucy llevaron sus copas hasta una ventana que daba a un tramo poco frecuentado de la carretera y a un seto verde con un bosque detrás. Los colores parecían más vivos bajo el sol templado. No se respiraba el humo de la gasolina, solo aromas campestres. Edward dio un sorbo satisfecho a su cerveza.

—Uno acaba cansándose de beber vino día sí, día también —dijo él—. Aunque lleva tiempo, supongo. Ahora, déjame que te cuente brevemente. Hace años ayudé un poco a la empresa con el fin de intentar localizar el falso patriotismo entre los antiguos hombres de Cambridge... Puede que recuerdes que tanto Burgess como Maclean habían sido estudiantes en esa universidad. Pero hubo otros que nunca fueron investigados, o no hasta ese momento... Media docena, entre los que se encontraba el coronel Procope, que escapó de la acusación por falta de pruebas. Nada pudo probarse contra él o su amigo íntimo, o puede que fuera más que un amigo íntimo, al que yo conocía como Green, aunque era obvio que el tal Green estaba a cargo de algo que no conocíamos, porque él también se esfumó a Rusia solo tres semanas después de que lo hicieran los buenos de Guy y Donald. Green estudiaba Inglés en Cambridge, lo cual puede denotar cierto interés en la literatura, aunque estoy de acuerdo en que...

—Intuyo que Green sigue en Rusia. Pero si lee el mensaje del coronel, muy pronto lo tendremos de vuelta.

Edward frunció el ceño con preocupación.

—Ojalá pudiéramos hacer algo más, pero no creo que ahora mismo estemos en condiciones de actuar.

—Entonces, ¿cuál es el siguiente paso?

—Honestamente, no veo que podamos dar ninguno. Solo tenemos conjeturas, y lamento decir que no parece que a nadie se le esté pasando por la cabeza que en el trasfondo del asunto haya algo ilegal. Sería interesante pinchar el teléfono de Procope, pero eso tampoco es viable. Lo único que podemos hacer es no quitarle ojo al periódico.

—¿Ayudaría saber cómo consiguió que publicaran la noticia?

—Hablaré con la empresa.

Lucy miró a Edward, que le sostuvo la mirada. Dijo:

—Nunca te tomé por un...

—Ten cuidado.

—...comerciante, además de un experto en Gray.

—Hay comerciantes de todas las formas y colores. ¿A qué hora es el almuerzo?

Cuando salían, el propietario saludó a Edward cortésmente con la cabeza y le dijo a Lucy:

– ¿Cómo está mi viejo amigo Boris?

– Oh, está bien, gracias, señor Littlejohn.

– ¿Ya lo has llevado a hacer una excursión en condiciones?

– He pensado que quizá la semana que viene.

– Le gustará –dijo el propietario, quien con su elegante traje y aspecto generalmente cuidado parecía el urbanita que no era. Dejando una herradura pulida sobre el mostrador, añadió:– En cualquier caso, aquí tienes un regalo para él.

– ¡Oh, le va a encantar! La clavaré en la puerta de su establo.

II

El repaso, especialmente de los metafísicos, y el mal tiempo se aliaron para posponer el día en el que Lucy clavó ceremoniosamente la herradura en la puerta del establo de Boris. Pero, cuando ese día llegó, era tan claro y luminoso, y el pronóstico del tiempo tan prometedor, que planeó una excursión en condiciones con él para el día siguiente.

A las seis ya estaba en pie. Se puso su viejo abrigo de *tweed* encima del camisón y fue a buscar al caballo a su establo, que estaba frente a la cocina, y le echó pienso y maíz en el comedero. Un rocío denso destellaba sobre la hierba, el cielo estaba cubierto por un ligero velo, aunque era azul y estaba despejado, y reinaba esa quietud que se notaba siempre al inicio de un hermoso día de calor. Ya casi lista para salir, se preparó un copioso desayuno compuesto por un huevo frito, beicon y tomates, lo más sensato antes de una jornada a caballo. Se dedicó a ojear el periódico, que para entonces ya había llegado, mientras comía.

Le llamó la atención una pequeña nota que decía que había quedado demostrado que las presuntas estrofas adicionales de la *Elegía* de Gray, de cuyo hallazgo se había informado hacía poco, eran una falsificación moderna. La petición por parte del descubridor de permanecer en el anonimato se había respetado. Esta información reavivó el interés casi desaparecido de Lucy por el asunto, e incluso le trajo una visión del coronel Orion Procope reaccionando con total indiferencia a la noticia, pero la apartó de su mente mientras se hacía unos sándwiches de queso *cheddar*, con cebolla picada y montones de pepinillos dulces. Cuando hubo terminado, preparó un termo de té, reservando el suficiente para llevarlo a la habitación de sus padres con unas pocas galletas de arrurruz que ella personalmente encontraba de lo más aburridas.

El reloj del abuelo que había en el vestíbulo dio las ocho: hora de cepillar y ensillar. La silla de montar de Lucy, un regalo de cumpleaños, seguía el patrón de las del ejército, lo cual significaba, entre otras cosas, que tenía ganchos suficientes para colgar una mochila con sus provisiones, un morral con las cosas de Boris, su jersey de pescador negro y una manta para él. El caballo se dio cuenta de inmediato de que estaba lista, así que procedió a salir. Un minuto más tarde, Lucy estaba conduciendo a Boris hacia la carretera, y su figura, en la postura erguida que Edward conocía tan bien, impresionaba bastante más con los pantalones de montar de sarga, la camisa de hombre y el pelo recogido hacia atrás bajo un pañuelo verde oscuro.

El sol fue ganando en intensidad, y los dos estaban disfrutando mucho, sobre todo cuando cabalgaban a través de la pradera o la floresta. Disfrutaban tanto

que Lucy empezó a pensar que conseguiría satisfacer su esperanza de llegar a la costa para enseñarle el mar a Boris antes de que se hiciera hora de volver, puede que incluso pudieran galopar juntos por la arena si la marea estaba baja, o incluso nadar. Le había estado hablando desde que salieron, y cuando le mencionó estas posibilidades, él giró las orejas para escucharla, pero al preguntarle qué opinaba, no pareció demostrar mayor interés.

Lucy recordaba, de otras salidas previas con Virginia, que en algún lugar del camino había un buen sitio para descansar y, efectivamente, poco después de la una llegaron a un lugar a la sombra que contaba con una zona de pasto cerca de la carretera y con una especie de acequia que pasaba por encima de un arroyo, pequeño pero con la suficiente agua para que Boris pudiera limpiarse el barro de las pezuñas. Después de aflojarle la cincha, le dio su morral, y él masticó con satisfacción, apartando las moscas con la cola. Ella se comió los sándwiches, se bebió la mitad del té y leyó un capítulo de su ejemplar de bolsillo de *Doctor Zhivago*. Antes de continuar, se subió a la silla y lo dejó pacer en la hierba durante unos minutos.

Cuando ya estaba segura de que le quedaba bastante poco para ver el mar, se percató de que se dirigía más o menos directamente hacia el pueblo en el que vivía el coronel Procope. Le bastó un vistazo al mapa que llevaba en su mochila para comprobar que por la ruta más corta estaban aproximadamente a unas dos horas de viaje. Esa ruta, sin embargo, incluía un tramo de carretera bastante largo y, aunque Boris nunca se quejaba, ella sabía que prefería evitar ir por carretera, así que unos minutos más tarde giró a un lado para dar un rodeo. Solo entonces se le ocurrió preguntarse en qué momento había decidido ir a buscar al coronel y qué esperaba conseguir. No encontró respuesta para ninguna de las dos preguntas, y pronto las apartó de su mente para poder disfrutar de la vista del follaje y las flores iluminados por el sol y del balsámico placer de montar un caballo sano, fuerte y noble. Pero, aun así, siguió un sendero curvo que llevaba al pueblo de Procope.

Cuando por fin llegó, comprobó que había poco que ver: unos cuantos *cottages* reformados, algunas casas modernas de lo más aburridas, una iglesia decorada con el pedernal de costumbre, pero también una oficina de Correos. Ese, obviamente, fue el primer lugar al que acudió. Hasta ella llegaba el sonido de una música rock a todo volumen; ató a Boris a un poste y se adentró en aquel lugar, repleto de tarjetas postales, chokolatinas, sellos y formularios para telegramas.

En lugar de con una mujer vieja y gorda con gafas y un lápiz detrás de la oreja, Lucy se encontró con una chica un poco mayor que ella que llevaba unos pantalones oscuros y una camiseta con el nombre y el logo de una marca de cigarrillos estadounidenses. También inesperadamente, aquella mujer bajó la

música casi por completo sin que se lo pidiera, y le dio la bienvenida con una sonrisa.

—¿El coronel Procope? —dijo en cuanto oyó el nombre—. Derecho bajando por la pendiente, al final del camino a la izquierda, más o menos a medio kilómetro otra vez a la izquierda. Calcula unos veinte minutos a pie. Supongo que a caballo irás más rápido. Ese de ahí es tu caballo, ¿no?

—Gracias. Sí.

—¿Trabajas en un centro de equitación?

—No. No, es mío. Lo tengo en casa y yo misma cuida de él.

—Qué bonito... —dijo la joven vagamente. Miró por la ventana y después por encima de su hombro antes de volver a dirigir su mirada hacia Lucy y de nuevo a lo lejos—. Eh... perdona que te lo pregunte, pero ¿eres amiga de su excelentísimo coronel?

—Por supuesto que no. Mis padres lo ven de vez en cuando, pero es una relación de vecinos.

Lucy pensó que su descripción había sonado un poco hueca, aunque estaba claro que había tranquilizado a la otra chica, que dijo, sonriendo de nuevo:

—He pensado que no eras, bueno, su tipo, por así decirlo. Eh..., no es que sea muy popular por aquí ahora mismo.

—¿Qué ha pasado?

—Nunca se le ha tenido en gran estima, pero justo el otro día fue demasiado lejos. Uno de los críos del pueblo, el joven Tommy, bueno, no es más que un niño en realidad, tampoco es demasiado listo, ya me entiendes... Bueno, el caso es que Tommy estaba jugando cerca de la casa del coronel, cosas de niños, ya sabes... No estaba haciendo nada malo, pero su señoría montó en cólera, le gritó que le daría una paliza si no se esfumaba inmediatamente. Luego se rio y dijo que no era más que una broma.

Lucy se quedó pensando un minuto.

—¿Te contó Tommy todo eso?

—Su madre tuvo que sacarlo de allí a rastras.

—Qué mala suerte tuvo el pobre Tommy... ¿Te contó algo más?

—No. ¡Ah, sí!, una cosa: dijo que había algo raro en el cobertizo que el coronel tiene en el jardín.

—Hmmm. Raro, ¿en qué sentido? Supongo que no lo explicó.

—En realidad, no. Algo acerca de un agujero. Su madre dice que parecía

asustado.

De repente, el tono de la chica de detrás del mostrador se volvió reticente, como si estuviera arrepentida de haber contado tantas cosas. Lucy lo captó enseguida, así que compró un par de galletas de chocolate y se marchó.

Veinte minutos después, las galletas se encontraban en el interior de Boris, y él, bajo una sombra mientras Lucy estaba sentada contemplando los dominios del coronel Procope, desde un lugar que quedaba fuera del alcance de la vista de este. Estos consistían en un *cottage* revestido de piedra no especialmente bonito, un par de construcciones anexas de madera y un pedazo de tierra con un bosquecillo en un extremo y una entrada abierta a la carretera o al camino. Se trataba de un camino rústico pero funcional, que por un lado se convertía en una simple pista y por el otro llevaba hasta un puente que cruzaba un arroyo de tamaño considerable. En la parte más alejada del pequeño valle, una carretera de más envergadura conducía hacia el oeste, a Ipswich, Cambridge y otras ciudades importantes.

No se percibía movimiento alguno alrededor o cerca del *cottage*, ni siquiera a través de los modestos aunque útiles prismáticos que Lucy llevaba habitualmente en su mochila y que hasta el momento no le habían mostrado nada más espectacular que un extraño par de aves acuáticas que estaban construyendo sus nidos. Lo más probable es que tampoco hubiera nadie en el *cottage*. El espíritu de aventura que la había alentado desde su llegada al pueblo comenzaba a apagarse, dejándola sumida en una especie de recuerdo de proezas más infantiles, aventuras de la mente basadas en la lectura y las divagaciones de la imaginación. Estaba a punto de suspender su infructuosa vigilancia, volver a montar a Boris y encaminarse a casa —ya era demasiado tarde para acercarse hasta la costa—, cuando un gran coche azul oscuro que había vislumbrado al otro lado del valle volvió a aparecer, esta vez en dirección al *cottage*. A su debido momento aminoró la marcha, atravesó la entrada y se detuvo; de él se bajó una figura que reconoció sin ayuda de sus prismáticos como el excéntrico coronel. Lucy había supuesto que alguna de las construcciones de madera debía de ser un garaje, pero, si así era, Procope no hizo uso de él. En vez de eso, fue a abrir la puerta de un pequeño cobertizo. Ahora a través de los prismáticos, observó cómo el coronel miraba con suspicacia a ambos lados antes de disponerse a abrirla. Aunque Lucy no temía que la descubrieran mientras estuviera quieta, aquella exhaustiva inspección por parte del coronel le resultaba inquietante. Este tardó un minuto completo en llevarla a cabo y, tras ese intervalo de tiempo, entró en el cobertizo y, por supuesto, cerró la puerta tras él. No había ni rastro de su joven chófer, ni de ninguna otra persona.

Lucy esperó infructuosamente. Ya estaba a punto de marcharse de nuevo cuando vio que se abría la puerta del cobertizo y que Procope salía de él.

Después de cerrarla con llave, volvió a repetir su ceremonia de escrutinio previo, se desplazó hasta su *cottage*, que quedaba fuera del alcance de la vista de Lucy, y supuestamente entró en él por la puerta principal. Tras otros diez minutos sin incidentes, Lucy abandonó su puesto de vigilancia; fue a tranquilizar a Boris, que estaba atado plácidamente a un árbol próximo, y después bajó caminando por la pendiente cubierta de hierba hacia la morada de Procope, esperando que, en el mejor de los casos, aquel le lanzara un grito desafiante en cualquier momento. No ocurrió nada. Seguía sin ocurrir nada cuando llegó al cobertizo y escudriñó a través de una pequeña ventana.

El interior estaba oscuro, y su propio reflejo obstaculizaba sus intentos por distinguir cualquier cosa, aunque enseguida encontró un punto desde el que al menos se le ofrecía una perspectiva limitada. Eso sí, no tan limitada como para no poder vislumbrar una estrecha zanja cavada en el suelo de tierra en un extremo del cobertizo. Así que ese era el agujero que había visto el joven Tommy: una zanja. Pero ¿por qué había una zanja dentro del cobertizo? ¿Se trataba de verdad de una zanja?

El corazón de Lucy había empezado a latir muy deprisa. Intentando no pensar, solo actuar, volvió corriendo hasta donde estaba Boris y lo montó. Hizo una especie de semicírculo, hacia abajo y en sentido contrario, por la pendiente hasta que se encontró de nuevo en el camino del pueblo, aproximándose hacia la casa de Procope. Desmontó a la entrada, después de haber dedicado unos segundos a elaborar un poco la excusa de que se encontraba en el distrito y tenía algo de tiempo libre, por lo que había decidido hacerle una visita improvisada con la esperanza de encontrarlo en casa.

La puerta delantera del *cottage* tenía una anticuada campana que hacía que en algún lugar del interior sonara una especie de tintineo sin melodía. Llamó, pero pasó tanto tiempo sin que ocurriera nada que estaba a punto de hacer un segundo intento cuando la puerta se abrió de par en par, mostrando al coronel Procope.

El sol, que ya iba bajando, iluminó con claridad una ávida mirada de bienvenida en su rostro, que enseguida dio paso al desconcierto, a la consternación, e incluso a la ira.

— ¿Qué quieres? — inquirió —. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella tenía el sol a la espalda y su presencia allí ni se le pasaba por la cabeza al coronel. Además, llevaba la cabeza cubierta, y él nunca le había dedicado más de dos miradas seguidas. Todo esto se le ocurrió a Lucy más tarde; en ese momento, solo era consciente de que él no la había reconocido. De repente, le pareció importante no ser identificada.

— Lo siento, señor — dijo, intentando parecer y sonar tosca y torpe —, pero me

preguntaba si podría darme algo de agua para mi caballo.

— ¡Por supuesto que no! ¡Fuera de aquí! — Gritaba, y sus fieros ojos, doblemente desconocidos bajo el espeso pelo castaño, lanzaban fuego —. Si no te vas antes de que termine de hablar —su tono de voz se elevó casi hasta chillar y una salpicadura de saliva la golpeó en la mejilla—, te prometo que te echaré a mis fieros perros y ¡dejaré que hagan lo que quieran contigo!

A Lucy no le hizo falta fingir que se encontraba extremadamente desconcertada y asustada. Ya estaba de nuevo sobre la silla y había recorrido a medio galope unos cien metros en dirección al pueblo cuando se paró a pensar que unos perros como los que Procope había descrito sin duda habrían organizado un escándalo tremendo ante la llegada de un visitante inesperado. Todavía más tarde se le ocurrió que nadie necesitaba pedir agua para ningún caballo teniendo un río a menos de cien metros de distancia, pero eso ahora ya no importaba.

Volvió a la oficina de Correos a tiempo de conseguir algo de cambio e inmediatamente llamó por teléfono al college de Edward, donde el portero le aconsejó que llamara al viejo molino. Al final, consiguió localizar a Edward, que escuchó su relato de los acontecimientos sin hacer ninguna pregunta, excepto dónde podía encontrarla cuando llegara, en poco menos de una hora. Lucy fue directamente al punto de encuentro, un *pub* en el extremo más alejado del parque del pueblo que era bastante agradable, aunque no tanto como el del señor Littlejohn, y se bebió muy lentamente media pinta de *shandy* (bien cargada de limonada).

Poco a poco, su emoción fue menguando, y con ella se esfumó la sensación de seguridad que le había proporcionado creer que había pillado al coronel a punto de cometer alguna terrible atrocidad. Sin duda había reaccionado con una ira desproporcionada a la inocente intrusión de un extraño, puesto que de eso se había tratado a sus ojos, y tal vez eso mismo le había ocurrido con el joven Tommy. Existían una docena de explicaciones posibles. El coronel era reservado con respecto a su cobertizo, dentro del cual había cavado una zanja, y esa zanja podría haberle parecido a una imaginación febril como la suya —ahora lo admitía ante sí misma— una tumba. Y, además, podría haber muchas otras cosas que ella desconocía. Él, el coronel, se había inventado ocho versos al estilo de un poema de hacía más de doscientos años para enviarle un mensaje a un amigo que con toda probabilidad había sido un espía. ¿Cómo había llamado Edward a esa idea? Conjetura, quizá callándose una palabra aún más burda. Lucy no se atrevía a pensar cómo llamaría a sus más recientes elucubraciones.

El corazón le pesó todavía más cuando Edward por fin llegó. Por su forma de recorrer el bar con la mirada, de localizarla, de acercarse, de saludarla con un toque de condescendencia, inmediatamente supo que no se había tomado su

historia en serio. Había ido hasta allí por motivos meramente paternalistas, para darle apoyo moral y para tranquilizarla. Conscientemente, no tomó ninguna postura cuando ella, a petición suya, procedió a relatarle lo que había ocurrido.

—Así que, según tú —dijo Edward después de escucharla—, sorprendiste al coronel justo cuando su amigo Green, tras recibir el mensaje y actuar conforme a él, estaba a punto de llegar, ser asesinado y enterrado en el cobertizo del jardín. Bien, pero ¿por qué querría el coronel asesinar a su viejo amigo tratando de persuadirlo de una forma tan elaborada para que viniera hasta aquí?

—No lo sé —dijo Lucy, añadiendo rotundamente—: pero eso no significa que no exista un motivo.

—Cierto. ¿Cómo crees que el coronel podría haber sabido con tanta exactitud cuándo llegaría Green después de un viaje tan largo y complicado? ¿Y cómo podría haber inducido a Green a hacerle una visita?

—Tiene teléfono.

—Otra vez cierto. Si, efectivamente, Green iba a aparecer, podría haberlo hecho a casi cualquier hora de cualquier día...

—Sí.

—Pero da la casualidad de que tú metiste las narices allí a la hora exacta en la que esperaba su llegada.

Lucy dijo enérgicamente:

—Así es, tal vez ocurrió de esa forma, y no es ningún argumento contra la manifestación de una coincidencia poco probable observar que esa manifestación, aunque perfectamente posible, es poco probable.

—Cierto por tercera vez. Creo. Ahora me voy a tomar un vaso grande de *whisky*. ¿Y tú? ¿Te apetece algo más fuerte?

—No, gracias. —Estaba levemente sorprendida—. Para... ¿para qué?

—Para coger fuerzas con las que enfrentarte a la dura prueba que se avecina, o para lo que bien puede acabar siendo una. Ahora mismo nos vamos a casa del coronel a ver si lo pillamos *in fraganti*.

—¿Ah, sí? ¿No sería mejor esperar a que oscureciese?

—Entonces estará alerta, y quiero ver la zona de día. Cuanto antes lleguemos, mejor.

Cuando Edward regresó del mostrador con su *whisky*, ella dijo:

—¿Le has hablado, ya sabes, a tus amigos de la empresa de todo este asunto?

Él vaciló un segundo.

—No.

—Porque no quieres parecer ridículo, tan ridículo como mi historia... Eso es lo que piensas.

De repente se puso serio y la miró como nunca antes lo había hecho; tomó las manos de ella entre las suyas sin presión pero con firmeza.

—Que tu historia tenga algo de sentido es poco concebible. Y así es como tú te sientes, ¿verdad? Pero sería estúpido si lo dejara aquí. Y sería aún más estúpido si no hiciera nada para devolverte la confianza que depositaste en mí cuando me pediste que viniera a ayudarte.

Ella no estaba segura de comprender completamente el significado que se escondía detrás de sus palabras, pero sí su tono, y respondió:

—Estoy preparada. Cuando quieras.

Le dedicó una amplia sonrisa mientras la miraba fijamente, otra expresión nueva, y le apretó las manos durante un segundo.

—Bien. ¿Y dónde está ese caballo tuyo?

—Supongo que te refieres a Boris. Está en el parque que hay aquí afuera, o al menos ahí estaba la última vez que miré.

—Sí, me había parecido verlo —dijo sin mucha convicción. Cuando iba a levantarse, recordó su *whisky* y lo apuró—. Está bien. Orden de marcha. Tú vas delante con Boris. Yo os sigo en mi fiel cupé, pero me gustaría pararme y dejarlo en algún sitio donde no estorbe por lo menos a un par de cientos de metros del objetivo. ¿Es posible?

—Pasaremos por un puente que cruza un río a nuestra derecha. Un poco después, desmontaré en un punto en el que deberías poder salir del camino.

Edward asintió y se marcharon sin más dilación. Fuera, se separaron en silencio: Edward fue hasta su coche y Lucy hasta Boris, que no mostró ningún resentimiento por haber tenido que esperarla durante una larga hora de aburrimiento, aunque obviamente se moría por salir de allí. Antes de poner el pie en el estribo, Lucy le dijo:

—Bueno, esto probablemente no nos conducirá a nada en absoluto, pero, por otra parte, puede que nos encontremos en una situación en la que tengas que hacer algo bastante serio y adulto, y voy a depender de ti. ¿Estás preparado?

Curvó la cabeza juguetonamente demostrando que estaba preparado para cualquier cosa.

—Vale. A paso ligero.

A su espalda, escuchó cómo Edward encendía el motor, pero no se volvió. Bajaron por la leve pendiente, salieron al camino, cruzaron el puente. Aún había bastante luz, pero no faltaba mucho para que se hiciera de noche. Desde aquella distancia ya se vislumbraba el *cottage* del coronel Procope. Poco después, Lucy desmontó tal como habían acordado y llevó a Boris hasta un lugar en el terreno de algún particular donde no lo molestarían ni lo verían desde la carretera. Allí, lo ató a un poste con una cuerda lo suficientemente larga para que pudiera pastar sin enredarse, le dio un poco de pan que había guardado y le acarició la frente y el hocico. Le dijo que estuviera tranquilo y que no se preocupara, porque volvería a por él. El corazón le latía muy deprisa de nuevo, esta vez por el miedo, no del coronel o de lo que pudiera hacer, sino de que no estuviera haciendo nada, nada fuera de lo normal, de que resultara que no estuviera haciendo nada que justificara todo ese embrollo.

La actitud de Edward, cuando se unió a él en el camino, no la ayudó a sentirse más segura. Su aire de seria concentración, su atento escrutinio aquí y allá le demostraron de nuevo que no estaba haciendo sino seguirle la corriente. Puede que incluso estuviera ensayando ya el regaño indulgente que le dedicaría a causa de su agitada imaginación, su atracción por la fantasía y su tendencia al sensacionalismo. Así que lo que de hecho ocurrió cuando llegaron al *cottage* los sorprendió y conmocionó a un tiempo.

Antes de que Lucy pudiera preguntarse lo que Edward tenía en mente, se oyó un fuerte chillido dentro de la casa. Era un sonido muy distinto a cualquiera que hubiese escuchado antes en una película o imaginado leyendo un libro; podía provenir de un hombre o de una mujer, incluso de un animal, y le provocó a Lucy un violento hormigueo en la nuca, caliente o frío, no sabía definirlo. También se escucharon otros ruidos, que bien podían deberse a cuerpos golpeando contra muebles. En algún lugar de la parte trasera se abrió una puerta. Edward la agarró por el brazo y la llevó unos pocos metros en esa dirección antes de agazaparse detrás de un arbusto y de arrastrarla a su lado. Oyeron otro grito, ni de cerca tan alto como el primer chillido, y entonces un hombre que les resultaba desconocido salió tambaleándose de forma parecida a como lo haría alguien que intentase caminar por la cubierta de un barco con mal tiempo. No había llegado muy lejos cuando cayó al suelo al lado de un barril de agua, aunque sus brazos y sus piernas seguían moviéndose.

Hasta ese momento, las cosas parecieron discurrir con lentitud, pero entonces se aceleraron de una forma increíble. Otro hombre, que tenía sangre en la frente y que reconocieron como el coronel Procope, salió corriendo del *cottage* y se abalanzó sobre el que estaba en el suelo. Era difícil distinguir los detalles de lo que pasaba, pero enseguida se escuchó una voz y el primer hombre dejó de

moverse. El coronel se puso de pie y se quedó parado un momento; se meció levemente mientras respiraba de forma entrecortada y miró al otro, que estaba muerto. Lucy no había visto un muerto nunca, pero en cuanto vio a aquel hombre no le cupo duda de que lo estaba. Entonces, el coronel cogió el cadáver por las muñecas con tranquilidad y comenzó a arrastrarlo boca arriba hacia el cobertizo.

—Ese es Green —murmuró Edward a Lucy. E inmediatamente se levantó de un salto y corrió hacia las dos figuras. Ella lo siguió. Procope se volvió, vio a Edward y le propinó tal puñetazo que lo dejó en el suelo a cuatro patas. Lucy fue hacia el coronel, que le pegó en la mandíbula con el puño. Ella también cayó al suelo, se le nubló la vista y sintió que iba a vomitar. Para cuando empezó a reponerse, el coronel Procope ya se había metido en su carísimo coche y se había alejado a toda velocidad, esparciendo grava en todas direcciones al incorporarse al camino. Edward lo seguía a cierta distancia, pero cuando Lucy lo alcanzó ya había abandonado la persecución.

—¡Maldita sea! —dijo—. No puede ir muy lejos, pero...

—Nunca se sabe. ¡Vamos! —dijo ella, y lo adelantó corriendo.

Edward llegó hasta donde estaba ella.

—Nunca lo atraparé con mi coche.

—Tengo otra idea. —Una que pensó que sería inútil, aunque valía la pena intentarlo.

—No servirá de nada.

—Tú solo corre.

Lucy pronto tomó la delantera. Había sido campeona de los cien y los doscientos veinte metros en su último año en el colegio, pero ahora corría más rápido que entonces, a pesar de su ropa de montar. Incluso es posible que su velocidad se incrementara cuando vio delante de ella que el coronel Procope había cruzado el puente y estaba dando marcha atrás para darle la vuelta a su coche. En un determinado momento debió de calársele, puesto que escuchó el repiqueteo del motor de arranque. Para entonces, Lucy ya había avanzado bastante en su propia carrera: se precipitó hacia Boris lo más rápido que pudo, lo desató y lo llevó hasta el camino a tiempo de encontrarse con un Edward sonrojado y sin respiración.

—¡Monta detrás de mí! —dijo desde la silla. Podía ver cómo el coche del coronel estaba cruzando el puente.

—¿Qué estás...?

—Haz lo que te digo.

De algún modo, consiguió subir. Aparentemente impasible ante la doble carga, Boris bajó veloz hasta el río y comenzó a atravesar tenazmente el arroyo de unos diez metros de anchura bajo el peso de sus dos jinetes. El agua, tan fría que quemaba, le llegaba a Lucy hasta las rodillas. Ese fue el fin de los sándwiches que le quedaban. Edward abrazaba firmemente su cintura con los brazos. Ella escuchó el coche que se aproximaba. Entonces llegaron al otro lado y Edward se bajó torpemente. Subió a todo correr la pequeña pendiente hasta el borde del camino, metiéndose la mano en el bolsillo mientras avanzaba. Se dio la vuelta y se puso frente al coche, y lo que vino a continuación pareció suceder todo al mismo tiempo. Lucy oyó un fuerte ruido similar a una pequeña explosión o una especie de choque brusco y, de nuevo, aunque nunca antes había oído disparar un revólver, reconoció el sonido. El coche viró alejándose de ella, después en su misma dirección, y a punto estuvo de atropellarla antes de dirigirse hacia la orilla del río, donde se detuvo tan bruscamente como si se hubiera topado con un muro de ladrillo.

Boris, que había sobrellevado los acontecimientos del último minuto con la calma de un caballo policía, resopló. Edward volvió donde estaba Lucy y tomó sus manos con más fuerza que antes. En ese momento, su aspecto le recordó al Edward de hacía unos años, un jugador de críquet notable con, recordaba haber oído, un estilo de bateo agresivo. Sin ningún motivo del que fuera consciente, las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—No estoy pensando en él —dijo, sin saber si se refería a Green o al coronel Procope o a los dos juntos.

—Yo tampoco —dijo Edward.

A su lado, Boris pisoteó la tierra y resopló con satisfacción.

III

—Hay noticias —dijo Edward—. La bala no solo no lo alcanzó a él, sino tampoco su coche. ¿Puntería? Nunca fui siquiera capaz de aprender cómo sostener una de esas cosas.

—Fue una suerte. Pero ¿qué ocurrió?

—Bueno, digamos que hizo girar el volante con la idea de que yo no acertara el tiro, vio que se había pasado, volvió en dirección contraria, también se pasó, y condujo directo hasta estrellarse contra una piedra que probablemente ni siquiera había visto. Iba a tal velocidad que el golpe que se dio en la cabeza resultó mortal de necesidad. Otras reacciones anteriores del difunto coronel ya nos indicaban que no era precisamente un hombre que actuara con sangre fría ante las dificultades o los peligros repentinos.

Lucy miró por la ventana del *pub* hacia el verde seto, ahora más vivo bajo la luz del sol que lo iluminaba que la última vez que lo había visto.

—Supongo que nunca sabremos qué tenía Green que hizo que el coronel se tomara tantas molestias para deshacerse de él.

—O lo que el coronel pensaba que tenía: sus cálculos distaban mucho de ser infalibles. ¡Qué tipo tan estúpido, además de extremadamente desagradable! Nuestros amigos de la..., eh... Nuestros colegas de la competencia estaban avisados de que no debían confiarle nada de gran importancia. No, creo que tampoco nos complacería mucho que nos contaran el secreto del coronel Procope. ¡Qué nombre tan ridículo! ¿Puedo tentarte con otra de esas?

—Gracias, Edward, dentro de un momento. —Siguió bebiendo a sorbitos—. ¿Sabes? Cuando te llamé por teléfono aquella tarde, y conseguí que vinieras a encontrarte conmigo... Ahora me doy cuenta de que todo era una fantasía, de verdad. Solo quería vivir una bonita aventura de libro contigo. Cosas de colegiala.

Edward dijo rápidamente, antes de tener tiempo para pensárselo mejor:

—Reconozco que esa idea se me pasó por la cabeza, pero no me molestó en absoluto. Quería verte. Eso era suficiente.

—Ah, pero trajiste tu pistola...

—Sí. —Rio—. El entrenamiento de la empresa. Lema: más vale prevenir que curar. Bueno, tuviste tu aventura, ¿no?

—Sin duda. Eso también fue una suerte.

—No lo habrías conseguido de no ser por Boris. ¿Cómo está?

—Ah, está bien, gracias. —Habló con prisa y sin efusión.

—¿Qué pasa? Venga, Lucy, ¿es que le pasa algo?

—No, está como un roble. Es solo que... he decidido ponerlo a la venta la semana que viene.

—¿Qué? —Edward estaba francamente sorprendido—. ¿Puede saberse por qué?

—Ya soy mayorcita para tener un caballo.

Edward asintió lentamente. Creyó recordar algún comentario que su padre había hecho al respecto.

—Bueno, supongo que tú lo sabrás mejor que nadie. ¿Estás ya lista para esa copa?

—¿Se llegó a saber algo más sobre esa falsificación? —preguntó Roger Ashby.

Edward levantó la mirada de su sillón y su vaso de jerez.

—¿Falsificación?

—Sí, esos versos de la *Elegía* de Gray. Parecías convencido de que eran obra de algún falsificador.

—¡Ah! Sí, se demostró que mis sospechas estaban bien fundadas. Al menos así lo confirmó una nota que se publicó en el periódico.

—¿En serio? No me enteré. ¿Quién fue el falsificador? ¿Lo dijeron?

—No. Probablemente alguien bastante poco conocido o incluso un extraño. Un mero aficionado. —Edward vaciló un momento, y después continuó—: Por extraño que parezca, justo el otro día me encontré por casualidad con el tipo que sacó los versos a la luz. Me tropecé con él en una fiesta. Me sorprendió comprobar que se mostraba bastante poco comunicativo. Mi impresión fue que se había dado cuenta de que le habían tomado el pelo.

Ashby no pidió que le aclarara la última frase.

—Daría lo que fuera por saber cómo consiguió que publicaran todo ese montón de basura. ¿Amigos en las altas esferas?

—Tal vez. Un colega está investigándolo. Ahora he de dejarte. Tengo que ver a un hombre por un asunto de un caballo.

—¿Un *caballo*? Eso no te va nada, Edward.

—Ah, yo no apostaría por eso, te lo aseguro. Voy a comprarlo. Con la intención de devolvérselo al vendedor como una especie de regalo.

– ¿El cumpleaños de alguien?

– Supongo que podría considerarse un regalo de compromiso.



UN TIRÓN DEL HILO

I

—Debe de ser maravilloso no necesitar ayuda nunca. Simplemente, no puedo ni siquiera llegar a imaginar algo así.

—Yo también tengo lo mío. —Daniel Davidson intentó igualar el tono de chanza de su mujer—. Precisamente tú deberías darte cuenta de que necesito ayuda todo el tiempo, constantemente. A todas las horas del día y también de la noche, aunque esto último no sé cómo podría demostrarlo.

—¡Oh, vamos! Ya sabes a qué me refiero: ayuda externa.

—El tipo de ayuda que yo necesito también es externa, pero sí, querida, claro que sé a qué te refieres. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

Todos los días, a la hora del desayuno, él le hacía la misma pregunta, pregunta a la que generalmente ella respondía con una corta evasiva. Pero aquel día respondió con otra pregunta:

—¿Qué aspecto tengo?

Daniel observó a su esposa. Vio a una mujer de aspecto lozano de treinta y pocos años con una tupida melena castaña y una mirada despierta que parecía sonreír permanentemente. En ese momento se esforzaba infructuosamente para que las comisuras de sus labios languidecieran.

—A mí me parece que estás bien —dijo—, pero la verdad es que...

—La verdad es que siempre lo estoy. Mi alegre carita, como la llamaste una vez poéticamente, siempre rebosante del júbilo de la primavera. ¿Alguna vez se te ha pasado por la cabeza, Daniel, aunque solo sea un momento, que tal vez esté fingiendo? ¿Nunca lo has pensado? En realidad tampoco importa mucho si lo has hecho...

—Solo al principio. Y enseguida dejé de hacerlo. —No necesitaba preguntar qué se suponía que estaba fingiendo—. Pero todavía no me has dicho cómo te encuentras.

—Oh, terriblemente mal, gracias —dijo Ruth Davidson con tranquilidad—. Como sin duda habrás notado, he renunciado a intentar que mi voz muestre mi verdadero estado de ánimo. Con ser una perfecta desgraciada es suficiente, no tiene ningún sentido esforzarse en sonar como una. Y, lo que es más, no estoy hecha para ser una completa infeliz. Es como si esto le estuviera ocurriendo a la persona equivocada. Lo siento, mi amor.

—Entonces, ¿la nueva medicación no te va bien?

—Aún es un poco pronto. Pero me arriesgaré a decir que, bueno, puede que las nubes se estén levantando un poco. Ya sabes que nada me gustaría más que asegurarte que todo se va a solucionar, pero ya hemos pasado por eso demasiadas veces. —Ruth atravesó la pequeña cocina del sótano con las tazas de té sucias en las manos, las dejó en el fregadero y les echó agua por encima. Todavía de espaldas, le dijo a Daniel—: Igual que no hay nada que desee más que ser una mujer normal, con un marido que le gusta mucho y que también le atrae físicamente. Espero no tener que convencerte de eso.

—En absoluto, querida —dijo Daniel cuidadosamente. Y es que debía tener cuidado de que no se le escapase la más mínima muestra de cansancio por haber escuchado esos mismos argumentos, hasta en los detalles más nimios, infinitas veces antes—. ¿Cuándo vas a ver a Eric? —Esa misma pregunta, aunque con un nombre distinto al final, también se había repetido en multitud de ocasiones.

—Pensamos que hoy podría ser un buen día. Ya llevo dos semanas con la nueva medicación, pero, claro, puedo esperar un poco más hasta ver cómo me siento...

—Ruth se interrumpió antes de revelar las pocas esperanzas que tenía de experimentar alguna mejoría.

—Tienes cita, ¿verdad?

—A las dos. Pero no me importa cancelarla si crees que es lo mejor.

Daniel afirmó con rotundidad que estaba seguro de que lo mejor sería no cancelar la cita, en parte para ayudar a Ruth a tomar una decisión y en parte porque el doctor Eric Margolis le había causado una buena impresión y tenía la esperanza de que tal vez sí pudiera hacer algo por ella. Así que, en teoría, cuanto más lo viera, mejor. Eric había demostrado ser diferente a sus predecesores. Empleaba un enfoque metódico del que no hacía alardes, simplemente se limitaba a describir su amplia experiencia, con muchos casos exitosos, en el tratamiento de las enfermedades depresivas como la que Ruth parecía sufrir. Eso a Daniel lo había convencido, o lo había convencido todo lo que podía llegar a convencerlo.

Aunque había sido hacía casi seis años, a menudo todavía recordaba con claridad la tarde en que su esposa había entrado en su despacho y, disculpándose profusamente por interrumpirlo, le había confesado que la mayor parte del tiempo se sentía desdichada y, con frecuencia, tensa y nerviosa sin ningún motivo del que ella fuera consciente. A lo largo de su vida en común, él rara vez había visto que a ella se le escapara una lágrima, pero había llorado desconsoladamente mientras le contaba que esperaba no ser nunca una carga para él. Daniel intentó no dejar entrever que durante todo aquel tiempo lo había sospechado. Por una vez, y durante unos pocos minutos, se presentaba ante él sin la cara y la voz que ella mostraba al mundo, o más bien con una cara y una

voz totalmente distintas: no la Ruth real, sino otra Ruth con la que él tenía miedo de encontrarse de nuevo, pero a la que, por suerte, nunca había vuelto a ver. Tal vez Eric Margolis había averiguado cómo conseguir que aquella criatura patética y sin iniciativa descansara. Mientras tanto, él, Daniel, seguía actuando como siempre, con atención y sin olvidar la petición de su mujer de no sacar el tema bajo ninguna circunstancia.

Reflexiones de este tipo llenaron la parte de la mañana que no dedicó a terminar y revisar su artículo acerca de la ética del castigo. A las doce cogió sus papeles y fue a despedirse de Ruth. Sabía que ella le preguntaría si quería acompañarla a ver a Margolis, aunque, como de costumbre, ya había decidido que prefería ir sola, así que Daniel se limitó a contestar que tenía que llevar su artículo a la oficina y que probablemente después se pasaría por el Sussex para tomar un sándwich con alguno de los chicos.

Daniel se puso una corbata roja que hacía juego con su camisa de cuadros rojos y blancos, se atusó su pelo largo y rubio y salió de la casa. Era un hombre grande de aspecto saludable con unos brillantes ojos azules que a veces vagaban de forma distraída. Costaba imaginarlo como el profesor de Ciencias de secundaria que había sido antes de casarse. El matrimonio vivía en una de las casas adosadas de mediados de la época victoriana que formaba parte de la hilera que se prolongaba unos doscientos metros más antes de llegar a la calle principal con sus cafés, sus pequeños restaurantes italianos y griegos, sus puestos de periódicos y sus videoclubes. La estación de metro hacia la que se dirigía, y que tenía una fachada de azulejos bastante fea, estaba frente a un *pub* de lo más selecto.

Casi había llegado cuando vislumbró a un hombre de mediana edad que estaba frente al muro de azulejos estudiando un pedazo de papel que tal vez contuviera alguna dirección. Este hecho, y su impermeable con cinturón, sugería que se trataba de un extranjero. Daniel estaba seguro de que no lo había visto antes, así que, cuando el hombre levantó la vista del papel mientras él se acercaba e hizo un gesto de reconocimiento, se sorprendió sobremanera.

—Hola, Leo —dijo el desconocido con acento estadounidense. Su expresión combinaba placer, asombro y algún sentimiento menos agradable que no pudo identificar—. ¿No estás un poco lejos de casa?

—¿Qué? Me llamo Daniel Davidson. Lo siento, pero debe de haberme confundido con otra persona.

—¿Me estás diciendo que no eres Leo Marzoni? Pero... Habla más, por favor.

—No sé qué quiere que diga. Me temo que no le conozco.

—Pero, excepto por el acento británico, tiene la misma voz que Leo. —Para

entonces, el hombre del impermeable se encontraba visiblemente inquieto—. Si usted es... el señor Davidson, entonces debe de tener un doble. ¿Tal vez un hermano gemelo?

—No tengo hermanos. Ni tampoco dobles, que yo sepa. Lo siento, no puedo ayudarle.

—Señor, ¿sería usted tan amable de decirme a qué se dedica? ¿Su profesión?

—Por supuesto. Soy clérigo.

—¿Clérigo? ¿Se refiere usted a sacerdote?

—Sacerdote de la Iglesia de Inglaterra, sí.

—¡Oh, Dios mío! —dijo el estadounidense muy rápido—. Discúlpeme. —Y se alejó a toda prisa doblando la esquina de la estación para no volver.

Esta respuesta ante su oficio dejó a Daniel más desconcertado si cabe que el hecho de que lo confundieran con Leo nosequé. Sin duda se podían encontrar varias explicaciones aburridas para esa confusión, o confusión aparente, tales como que se estuviera realizando un estudio del carácter británico o que alguien hubiera hecho algún tipo de apuesta. Pero nada justificaba la sincera alarma que el hombre había mostrado al final. Daniel no tardó mucho, mientras iba desde la parte oeste de la capital hacia algún lugar en el centro, en olvidar por completo el asunto. Viajaba en metro por dos motivos: el primero era financiero y, el segundo, un motivo de peso pero oscuro, tenía que ver con el ejemplo de vida que creía que debía dar un sacerdote, aunque en ese viaje tenía suficiente con pensar en su incapacidad para ayudar a su mujer.

Entre unas cosas y otras, hoy era más consciente de lo normal de que era un maldito clérigo, como seguía sintiéndose inclinado a llamarse a sí mismo en momentos impenitentes y distraídos. En el edificio del periódico, el editor lo saludó con su acérrima cordialidad habitual intentando demostrar que él, Greg Macdonald, no era de los que valoraban menos a un tipo solo porque este hubiera decidido dedicar su vida a Dios. O esa impresión le daba a Daniel. El otro hombre, más pequeño, que estaba en la oficina de Macdonald parecía a punto de marcharse, pero cambió de opinión cuando comprendió quién era Daniel y a qué se dedicaba. Mientras Macdonald leía el artículo sobre el castigo, este hombre más pequeño continuó examinando a Daniel con lo que él pensaba que era disimulo. Por la cara que ponía mientras realizaba su escrutinio, parecía que lo hubieran lanzado al espacio o puesto en manos de un asesino en serie. Daniel se había acostumbrado a ese tipo de reacción, aunque raras veces resultaba tan evidente.

Macdonald terminó de leer y, muy serio, asintió durante un rato. Después dijo, todavía con seriedad:

—Perfecto, Dan. Tan bueno como tus otros artículos. Gracias. —Y continuó más alegremente—: Solo un par de detalles. La ley mosaica. La gente pensará que tiene algo que ver con los mosaicos. ¿Podemos llamarla ley presentada por Moisés?

—¿Sabrán quién era Moisés?

—Más les vale. Me figuro que la mayoría lo sabrán. Este es un periódico serio. Muy bien, si no tienes ninguna objeción... ¡Ah, sí! Penología.

—Pensarán que tiene algo que ver con el pito —dijo el hombre pequeño, riéndose estruendosamente y mirando a Daniel a los ojos.

—Jesús, ¿todavía estás aquí? —Macdonald se retorció en su silla—. ¿Es que no me has oído decir que el *Sun* ya lo publicó la semana pasada? Bueno, pues así fue y ya te lo he explicado. Y ahí tienes el teléfono, por si se te ocurre cualquier otra cosa.

—Un placer —dijo Daniel mientras el hombre pequeño salía.

—El número tres en la sección de espectáculos —dijo Macdonald—. Lo siento. Odio a todos estos listillos que no hacen otra cosa que provocar.

—En realidad es una forma de mostrar su respeto.

—Supongo que tú te encontrarás a menudo con este tipo de gente.

—No tanto como me gustaría, o debería gustarme.

—¿Quieres decir que prefieres los provocadores a los indiferentes?

—Eso creo —dijo Daniel—. Pero también hay grados de indiferencia, ¿sabes? Prefiero que esté basada en hechos. Por ejemplo, el papa me resulta bastante indiferente, pero tengo claro quién es y por qué.

—No conozco a muchos sacerdotes, Dan, pero tú eres el único de ellos al que no le importa hablar de religión. Y, aun así, es extraño, a mí me pareces más un jugador de críquet o un corredor de carreras que...

—Que un maldito clérigo. Sé que lo dices con cariño. ¿Te sirve «estudio de los métodos de castigo» en vez de «penología»?

Cuando llegaron al Sussex, comprobaron que ya estaban allí el pilluelo entrado en años que trabajaba como ayudante del editor y el distinguido tipo de aspecto académico que se ocupaba de la sección de astrología, a quien se consideraba responsable de las sustanciosas ventas —que seguían aumentando— del periódico. Saludaron a Daniel de forma más cordial que Macdonald, aunque también más incómoda, como si el pastor hubiera salido mal parado de una acusación de andar con prostitutas. Pero se comportaron de modo muy natural cuando pidieron *whisky* en su presencia, y ni siquiera dirigieron una mirada a su

cerveza de jengibre cuando se la sirvieron, y mucho menos se miraron con complicidad el uno al otro. Daniel simpatizó con su vergüenza, no los culpó por sentirla, y respetó los esfuerzos que hicieron por ocultarla. Enseguida desaparecería y, en cualquier caso, él ya casi había dejado de percibirla, algo de lo cual ya iba siendo hora.

Él y Macdonald se instalaron, con sus sándwiches, en una mesita cerca de la pared. Tras un par de minutos, Macdonald dijo:

— ¿Has leído el último artículo de ese tipo, el obispo de Kesteven, despotricando otra vez?

— Sí, lo he leído. ¿Quieres que escriba algo sobre el asunto o sobre él? Ya se han publicado algunas cosas.

— Eso nos da igual. He pensado que podría estar bien como tema de tu próximo artículo. La importancia de la responsabilidad individual. Te va perfectamente, Dan.

— Podría ser divertido.

— ¿Cómo es el tipo? ¿Lo conoces?

— Un poco, sí. «Llámame Barry» Kesteven es un hombre agradable y hablador un poco mayor que yo, de cuarenta y pocos. Sería un propietario de videoclub excelente, de esos que te apartan cosas que creen que te van a gustar. Para nada lo que uno esperaría de un siervo del diablo.

Macdonald sonrió levemente.

— ¿Lo dices en serio?

— ¿El qué? ¿Que el diablo existe? Y tanto, y te aconsejo que tú también lo creas si sabes lo que te conviene. Está bien, haré lo de Barry. Por favor, envíame una fotocopia de lo que dijo o escribió. ¿Te traigo algo del bar?

Daniel volvió con otra cerveza de jengibre para él y un *whisky* para Macdonald, que le preguntó:

— ¿Desde cuándo...?

— Ah, debe de hacer... Lo siento, hace bastante tiempo que no llevo la cuenta. Hmmm, hará ocho años el próximo 10 de agosto. No, de hecho ese fue el día en que tomé alcohol por última vez, así que el día en que empecé a beber cerveza de jengibre tuvo que ser el 11.

— ¿Fue antes o después de conocer a Ruth?

— Acababa de pasar mi segunda semana sin beber alcohol cuando apareció. Así es como eran las cosas en aquella época.

No había ningún indicio de verdadero interés en la voz o en la actitud de Macdonald cuando preguntó:

— ¿Cómo se encuentra?

— Como siempre, pero hay pequeñas señales que muestran que está empezando a animarse.

Daniel siempre decía algo parecido cuando la gente le preguntaba, simplemente para evitar darles a los demás otro pequeño motivo de tristeza.

— Bien — dijo Macdonald cuando pareció que Daniel no añadiría nada más—. Espero no haber...

— En absoluto. Es solo que no hay nada nuevo.

Cuando Daniel volvió a casa se le pasó por la cabeza telefonar a Eric Margolis para asegurarse de que efectivamente no había nada nuevo en lo referente al estado mental de Ruth, pero luego no se decidió. Los dos pisos inferiores de la casa de los Davidson estaban vacíos. Habían vivido allí desde que se mudaron, unas pocas semanas después de casarse, y durante algún tiempo se había preguntado cómo habría encajado un niño en aquel lugar, aunque ya había dejado de hacerlo. Se preparó un té y esperó a que Ruth regresara. Al final, en vista de su retraso, supuso que debía de haber ido a visitar a alguna otra persona, tal vez a su hermana, que vivía en Westbourne Park. La pareja que vivía en los pisos superiores estaba trabajando, y los únicos ruidos que se oían provenían de fuera del edificio. Cuando se terminó su té, subió a la primera planta y entró en su despacho, que estaba encima de la cocina. Allí, en un lugar al lado del escritorio desde el que podía ver los árboles que bordeaban el jardincito, se arrodilló y rezó, como solía hacer un par de veces al día. Después de darle las gracias a Dios por su misericordia, rogó, como siempre, que los sufrimientos de Ruth desaparecieran o se aliviaran por cualquier medio posible, espiritual o físico, o una mezcla de ambos. Después de revisar unas pocas notas escritas en su bloc, solicitó también las distintas formas de ayuda divina que varios de sus feligreses necesitaban. Finalmente, repasó su lista de visitas para la tarde y la noche e hizo unas llamadas para comprobar que todas esas citas seguían en pie.

Antes de empezar su ronda, Daniel llamó a Eric, que le dijo que Ruth no parecía haber experimentado ninguna mejora relevante, si es que efectivamente se podía considerar que había mejorado de algún modo. Pero, sin duda, no podían perder la esperanza, según dijo Eric con un optimismo implacablemente moderado.

II

Durante las semanas siguientes todo siguió como de costumbre. Conservaba la esperanza de que el estado de Ruth tal vez mejorara algún día. El artículo de Daniel sobre las declaraciones del obispo de Kesteven suscitó una oleada de cartas al director y una crítica positiva en el *Spectator*. Daniel ofició dos bodas y estuvo presente en varias incineraciones, dio la comunión en el servicio de los jueves por la mañana, leyó el *Church Times* todos los viernes, asistió a la reunión mensual del Consejo Parroquial de la Iglesia y preparó y dio su sermón semanal.

Un sábado por la mañana estaba mecanografiando uno de sus sermones cuando Ruth entró en el despacho y le dijo:

—Un hombre está vigilando la casa.

Daniel se puso en pie.

—Siéntate y cuéntamelo todo, querida.

—No me estoy volviendo loca —le aseguró animadamente—, si eso es lo que estás pensando. *Hay* un hombre vigilando la casa. Uno de lo más interesante.

—¿Qué tipo de hombre?

—Lo más extraño es que no he podido verle bien la cara, lleva puestas unas gafas de sol, pero me resulta familiar. Mira tú a ver qué opinas. —De camino a su dormitorio, que estaba en el mismo piso en la parte delantera de la casa, dijo—: Supongo que debe de estar esperando a alguien o que ha decidido que le apetecía leer un poco, pero yo no consigo quitarme de encima la sensación de que nos está vigilando. No sé, tal vez se ha confundido de casa. Allí, ¿ves?

Lo que Daniel vio sin dificultad fue a un hombre de más o menos su misma altura y complexión que efectivamente llevaba gafas de sol y que sostenía un periódico que le tapaba parte de la cara. No hacía falta observarlo mucho tiempo para descartar que realmente estuviera leyendo el periódico y mostrarse de acuerdo con Ruth respecto a sus intenciones.

—¿Cuánto tiempo hace que lo has visto? —le preguntó Daniel.

—Debe de hacer unos diez minutos. No se ha movido desde entonces.

—Creo que no lo conozco.

En ese instante, el hombre que estaba en la acera se colocó el periódico bajo el brazo, se quitó las gafas y las limpió. Daniel se cambió de sitio para tener mejor perspectiva. Puede que lo hiciera con demasiada brusquedad o excesivamente

rápido; en cualquier caso, en ese momento el hombre levantó la cabeza y por fin pudieron verle la cara, al menos lo suficiente para que alguien con buena vista pudiera reconocerlo a esa distancia. Daniel la tenía. Y también tenía mucho aplomo, lo que le ayudó a no reaccionar ante lo que había visto de la manera en la que lo habrían hecho muchos otros: con un grito de sorpresa o de alarma. Él se sobresaltó violentamente y aguantó la respiración.

Ruth lo agarró por el brazo.

—¿Qué pasa?

—¡Oh, Dios mío! ¿No lo has visto? Tienes que...

—Daniel, ¿qué pasa?

—No lo has visto. —Volvió a mirar hacia la acera con cierta reticencia, pero ya no había nadie allí—. El tipo... Parece que se ha ido.

—¿Quién era? ¿Lo conocías? Habla, por favor.

—Dame un minuto. Primero volvamos al despacho.

De nuevo en el despacho, se dirigió hacia la silla de su escritorio y se sentó, pensando que de haber alcohol en la casa habría ido derecho a servirse una copa. Ruth se sentó en la otra silla que había en la habitación. Cuando recuperó el aliento, Daniel dijo:

—Lo siento, mi amor, no era mi intención asustarte, pero yo también me he llevado un buen susto. Por un segundo, podría haber jurado que el tipo que estaba ahí fuera era yo mismo o mi viva imagen, o alguien idéntico a mí. Ha sido un *shock*. Por supuesto, ahora me doy cuenta de que solo se parecía mucho a mí. No hay nada terrorífico en eso. Tengo una cara muy común.

—Yo no lo creo —dijo Ruth—, pero no soy imparcial. En cualquier caso, ahora lo entiendo: no es que se te pareciera mucho, es que era tu vivo retrato, tu doble. Tenías razón la primera vez: él era tú.

—Creía que no le habías visto la cara.

—No me ha hecho falta. Me he dado cuenta por su forma de moverse y su postura. Como la segunda vez que lo vi ya estaba contigo en el despacho caí enseguida. A ti te parece que era solo, cómo lo expresaste, muy parecido a ti, porque todos los millones de veces que has visto antes esa cara estaba al revés. En el espejo.

—Tal vez —dijo Daniel—. Bueno, mucha gente tiene dobles. Pero... —Se detuvo bruscamente.

—Pero ¿por qué uno iría a espiar al otro?

Antes de que Daniel pudiera hablar, sonó el timbre de la puerta de entrada.

—No abras —dijo Ruth.

—Todo irá bien, querida. Te lo prometo.

Daniel fue a abrir la puerta. Su doble estaba ante el umbral: el pelo rubio un poco más corto que el suyo pero aun así largo y peinado igual, los ojos azules brillantes, el mismo aspecto saludable, tal vez un par de centímetros más bajo y vestido de forma diferente, aunque no muy diferente.

—Usted debe de ser el reverendo Daniel Davidson. —Tenía acento estadounidense.

—Así es. Y usted debe de ser el señor Leo Marzoni.

—Correcto. Pero no solo soy eso, también soy tu hermano gemelo. ¿Sabías que tenías uno?

—No.

—Sin embargo yo sí, como ves, y eso es lo que soy: tu gemelo. Pero te llevo ventaja: yo sí sabía de ti. Si me dejas entrar, puedo explicártelo todo.

—Por favor, entra —dijo Daniel mecánicamente—. Perdona la descortesía, estaba distraído.

—¡Oh, te perdono! —dijo el visitante con una sonrisa repentina que no transmitía calidez alguna—. Las circunstancias son excepcionales.

Desde que escuchó el timbre de la entrada, Daniel había tenido la sensación de que actuaba o hablaba de forma mecánica, sin necesidad de planificar o de decidir lo que iba a hacer o decir. Se apartó para dejar pasar al hombre llamado Leo Marzoni de igual manera, y su instinto o lo que fuera le dijo que el otro no podía ser quien decía o parecía y que su visita conllevaría un daño imponderable. Estas sensaciones no disminuyeron un ápice cuando llevó al desconocido a su despacho y le presentó a Ruth, que si bien estaba sorprendida no parecía en absoluto asustada. Daniel se escuchó pronunciando unas palabras para calmarla y otras destinadas a explicar el tema del gemelo y del doble, y continuó hablándole del estadounidense con el que se había topado unas semanas antes. Marzoni, por otra parte, no parecía encontrar la situación mucho más excepcional o sorprendente, tal vez la consideraba simplemente difícil. Pasó a disculparse directamente por su travesura: por haber tenido la ridícula idea de esperar para cazar a Daniel cuando saliera de la casa, por haberse asustado justo en ese momento y haber echado a andar calle abajo antes de recuperar el buen juicio y regresar. Añadió que les contaría su historia completa cuando todos se hubieran calmado.

Solo al final de su discurso, Daniel empezó a librarse de la impresión que tenía

de que los acontecimientos estaban sucediendo en algún lugar que, a pesar de las semejanzas obvias, no era el mundo que él conocía. Pero en realidad solo volvió en sí, por decirlo de alguna manera, cuando los tres se sentaron en la cocina ante una taza de café y el hombre al que tenía que empezar a considerar su hermano comenzó el primer capítulo de su historia. A este le siguieron varios capítulos que solo más tarde fue capaz de ensamblar en su mente.

Leopold Marzoni tenía ahora treinta y ocho años. Lo había criado una pareja que él trataba a todos los efectos como sus padres y a quienes quería como un hijo, aunque no recordaba que en ningún momento hubiera creído de verdad que era su hijo biológico. Supo por ellos que había nacido en Brighton, Inglaterra, y que lo habían llevado a Estados Unidos siendo un niño. Su verdadera madre había muerto después de darle a luz a él y a su hermano gemelo. Los padres adoptivos de Leopold habían evitado intencionadamente hacer el más mínimo movimiento para localizar o saber del hermano, que asumían que también habría sido adoptado, aunque sin duda criado en Inglaterra. Habían sentido que era su deber contarle todo esto a Leopold, pero también le inculcaron que cualquier intento por su parte de encontrar a su hermano gemelo sería una empresa incierta y con toda probabilidad inútil. Aunque recordaba, durante su infancia, haber tenido como compañero de juegos invisible en momentos de soledad a un hermano británico, apenas le había dedicado un pensamiento a la persona real en treinta años.

De hecho, esa persona se encontraba tan lejos de la mente de Leopold que ni siquiera había mencionado que tenía un hermano gemelo al otro lado del charco cuando un vecino, Irving Rothberg, le anunció que viajaría a Inglaterra muy pronto. Pero cuando Rothberg fue a visitarlo nada más regresar de su viaje y le contó emocionado que había visto y hablado brevemente con un inglés que era la réplica de Leopold, este había empezado a pensar en su hermano gemelo. Inmediatamente contravino los consejos paternos y se dispuso a encontrar al inglés en cuestión.

— ¿Cómo lo conseguiste? — preguntó Daniel.

— Fue fácil, gracias a la buena memoria de Irving. Se acordaba de tu nombre y de que eras un ministro anglicano, así que me puse en contacto con tu sínodo general y ellos me prestaron ayuda inmediatamente. Parece que hay un Daniel Davies en Liverpool, pero lo descarté. Demasiado viejo, para empezar. Debiste de quedarte de piedra, Daniel, cuando Irving salió a tu encuentro llamándote Leo.

— Supongo que habría sido de ayuda saber que tenía un hermano gemelo.

— Pero tus padres adoptivos no te lo dijeron.

— Yo no tuve unos padres adoptivos, Leo. Crecí en un orfanato, allí me crie. —

Sin que ninguno de los dos fuera mínimamente consciente de ello, Daniel y Ruth se cogieron de la mano mientras él decía estas palabras—: No podrían haber sido más amables ni más buenos conmigo ni haber hecho más por mí, pero no, no me dijeron que tenía un hermano.

—Entiendo. —Leopold Marzoni parecía casi triste, o puede que estuviera llegando a una parte de su relato menos sencilla—. No solo un hermano, como has dicho, sino un hermano gemelo. Y no solo un hermano gemelo, sino uno idéntico, porque tú y yo somos iguales. Y quiero decir exactamente iguales, más que la mayoría de hermanos gemelos. La uña de tu dedo corazón izquierdo es más pequeña de lo normal, como la mía. Tu ceja izquierda sube un poco al final, y la mía también. ¿Y por casualidad no tendrás un lunar en forma de herradura justo debajo del ombligo? Pues yo también.

—Y no es solo que os parezcáis, es que sonáis igual —dijo Ruth—. Tenéis la misma voz. Un momento se escucha un acento estadounidense y, al siguiente, un acento británico, pero en la misma voz. Una voz que proviene de la misma, no sé, de la misma parte de la boca, con los mismos pequeños titubeos.

—Eso me contó Irving —dijo Leo, todavía bastante sombríamente—. Pero tú y yo, Daniel, no solo somos y sonamos igual. Para comprender hasta qué punto nos parecemos, hay algo que debes saber de los gemelos en general. Es algo bastante serio, así que lo mejor es que estés seguro de que lo quieres saber. ¿No hay objeciones? Bien, muy bien. Para que puedas digerirlo bien, te lo iré dando en pedacitos. Allá vamos. Primera parte:

»La mayoría de culturas ha tratado el tema de los gemelos con hostilidad e incluso temor. Hace relativamente poco las cosas mejoraron, lo cual facilitó que se llevaran a cabo estudios que establecieron la diferencia entre gemelos idénticos, que siempre eran del mismo sexo, y gemelos fraternos, mucho más comunes, que a menudo eran de diferente sexo y se parecían tanto como cualquier otro hermano o hermana. La diferencia era primordial e intrínseca.

»Los gemelos monocigóticos, comúnmente conocidos como gemelos idénticos, son los frutos separados de un único óvulo fertilizado que por algún motivo todavía desconocido se ha dividido en dos. El nombre hace énfasis en el hecho de que dichos gemelos tienen idénticos genes, son clones. Los gemelos fraternos son el producto de dos óvulos separados fertilizados y solo tienen la mitad de los genes en común. Psicólogos, biólogos, genetistas y otros investigadores interesados en la herencia genética han estudiado el tema de los gemelos durante muchos años. Últimamente, la investigación se ha centrado en los gemelos monocigóticos que han sido separados poco después de nacer y han crecido lejos el uno del otro. Estos individuos no son muy comunes, pero probablemente hay unos pocos miles en el mundo occidental contemporáneo, e investigadores de la Universidad de Minnesota localizaron y estudiaron a más

de cien parejas hace relativamente poco tiempo.

Esa fue la esencia de la primera parte. Daniel respetó la seriedad mostrada por su hermano gemelo, aunque no estaba seguro de cuál era su propósito. En cualquier caso, para cuando empezó la segunda parte, ya veía a Leo como a un hombre, y no como a una especie de visitante de otro mundo.

—Cuando se sometía a dichos gemelos a una comparación exhaustiva — continuó Leo—, las similitudes entre los miembros de cada par en cuanto a atributos físicos, tales como altura, huellas digitales o color de pelo, podían predecirse. Lo que resultaba bastante más sorprendente era la similitud en cuanto a atributos no físicos, tales como la tolerancia, el autocontrol o la sociabilidad. Pero la mayoría de las personas se habrían sorprendido más ante lo que podría llamarse similitud en los detalles biográficos. Como muestra, os enumeraré las siguientes correspondencias, seleccionadas entre más de treinta, de una pareja de gemelos registradas en 1979:

»(Las he repasado tantas veces que me las sé de memoria).

»Ambos hombres, que tenían treinta y nueve años en el momento del estudio, se habían casado con una mujer llamada Linda, se habían divorciado de ella y, posteriormente, se habían casado con otra llamada Betty.

»Un gemelo había llamado a su primer hijo James Alan, y el otro había llamado al suyo James Allan.

Ambos habían trabajado en un McDonald's y en una gasolinera.

Ambos habían construido bancos alrededor del tronco de un árbol en su jardín y los habían pintado de blanco.

»Esta última me gusta especialmente. Me divierte imaginarme a uno de esos tipos que defienden que nuestro entorno nos determina más que nuestra herencia genética explicando todo eso, bien como una coincidencia en sí misma, o bien como el resultado de una similitud fortuita en la crianza. Como la coincidencia de la canoa que voy a contaros ahora.

»Ahora os enumeraré alguna de las veinticinco similitudes que se encontraron en un estudio de un par de gemelas:

»Ambas se habían caído de una valla durante su infancia y tenían cicatrices en los mismos sitios.

»Una tenía un inexplicable dolor crónico en el muslo derecho, la otra tenía un músculo atrofiado a la altura de la cadera derecha, pero no sentía ningún dolor.

»Doblaban su ropa del mismo modo, y antes de guardar las blusas y las camisas en los cajones, las abotonaban.

»Ambas habían desarrollado el hábito de caminar hacia atrás, entrando en el agua mirando hacia la orilla, cuando iban a remar con su canoa.

»Y, si eso no basta para convencerlos —dijo Leo finalmente—, y antes de proseguir, mi mujer, con la que me casé hace siete años, se llama Ruth.

—¿Se parece a mí? —preguntó Ruth Davidson.

Tras vacilar un instante, Leo dijo:

—Mi Ruth es más o menos del mismo tipo que usted, de piel clara, vivaz en apariencia, si es que eso puede considerarse un rasgo físico. Pero, mire, juzgue por sí misma. —Sacó una fotografía de su cartera y la dejó sobre la mesa.

Ruth la cogió, la estudió brevemente y se la pasó a Daniel, que vio a una hermosa mujer de unos treinta años que se parecía bastante a la suya, tanto como podría parecerse una hermana de una edad similar, tal vez incluso una gemela fraterna. Con un tiempo tan bueno como el que hacía, la cocina podía volverse un lugar sofocante a mediodía. Llenó un vaso con agua del grifo, pero lo dejó después de darle un único sorbo.

—¿Qué temperamento dirías que tiene tu mujer? —le preguntó a Leo.

—En cuanto a su temperamento, bueno, ¡qué puedo decir! No es tan vivaz como parece.

—¿Depresiva?

—Bueno, Daniel, creo que depresiva sería ir demasiado lejos, ¿no? Pero sí, más o menos. Digamos ansiosa, nerviosa, aprensiva, con cierta tendencia al pesimismo... ¿Es suficiente?

—Sí —dijo Ruth, evitando la mirada de su marido.

Tras un silencio, Leo prosiguió:

—Pero no he venido hasta aquí para comparar notas contigo, Dan. Es maravilloso y extraordinario haberte encontrado, pero hay algo más en juego. Antes de nada tengo que saber si te gustaría ir a Minnesota para que nos examinen los científicos... Si vamos, nos pagarán todos los gastos.

—No, es mejor que esto quede entre nosotros.

—Lo mismo pienso yo. Bien, sin duda recuerdas que cuando le dijiste a Irving Rothberg que eras pastor se puso nervioso, porque...

—Tú también eres clérigo.

—Correcto, Daniel. Y no solo eso: soy pastor de la Iglesia Episcopal, que es el nombre que recibe la comunión anglicana en los Estados Unidos, lo que me convierte en una réplica lo más parecida a ti posible en ese campo.

—Lo que debe de haberle parecido a tu amigo Rothberg una coincidencia asombrosa, por improbable —concluyó Ruth, ahora mirando a Daniel.

—Así que por eso conocías el sínodo general y todo lo demás —dijo Daniel.

—De nuevo correcto. Ahora..., hermano..., ¿quieres que sigamos un poco más o paramos? Por ahora, quiero decir. Tal vez prefieras dejarlo aquí.

Daniel miró los brillantes ojos azules que se parecían tanto a los suyos y que había visto durante docenas de años frente al espejo. Aunque no mantuvo su mirada fija en ellos mucho tiempo, se sintió mareado, si no aterrorizado, y después intuyó que le acechaba el peligro más grave de su vida. Pero, en cuanto fue capaz, dijo, intentando que su voz sonara como la de un hombre que está rellenando un cuestionario:

—Me gustaría seguir un poco más. Por ejemplo, ¿cuándo te ordenaste, Leo? Supongo que recuerdas la fecha exacta.

—Por supuesto. Fue el 22 de marzo de 1985.

—Yo el 4 de abril del mismo año.

—Por lo menos no fue el mismo día —dijo Leo. Movi6 la mano haciendo un extraño gesto, como si quisiera consolarlo, pero luego vacil6 y la retir6.

—Lo suficientemente cerca. Nueve, trece días. Y otra cosa más, si me lo permites. ¿Tu ordenación fue el resultado de una decisión repentina o gradual, tras pasar por etapas de creencia, convicción y...?

—Fue repentina. ¿Quieres que te lo cuente?

—No. Ahora no. Ya hemos avanzado mucho en muy poco tiempo. Me gustaría tener ocasión de asimilarlo todo.

—Esperaba que dijeras eso. De hecho, no exageraría si dijera que sabía que dirías eso.

—Ah, yo también lo sabía —dijo Ruth—. Eso o algo parecido. Su cara lo dice todo. Lo siento, querido, tu cara... Incluso antes de que hables, ya se sabe lo que vas a decir. Cualquiera que te hubiera estado observando atentamente lo habría adivinado.

—Cosa que usted no ha dejado de hacer en ningún momento: no le ha quitado ojo —dijo Leo con una sonrisa.

—Sí, os he estado observando a los dos con atención la mayor parte del tiempo que hemos pasado aquí abajo. Y comparando vuestro aspecto. En mi colegio había un par de gemelos idénticos, o por lo menos ellos decían que lo eran, y debían de saberlo mejor que nadie, pero no eran tan idénticos. A veces se vestían igual, pero nadie tuvo nunca ningún problema para distinguirlos. En fin, uno de

ellos incluso llevaba gafas mientras que el otro no parecía necesitarlas. Y uno estaba más gordo que el otro. Idénticos... No, lo que hace falta es encontrar una palabra que signifique más parecidos que similares. Eso es lo que hay que observar en vosotros, es lo único que sois. Sois docenas de diferencias, la mayoría pequeñas: la forma del labio inferior, la oreja izquierda, en realidad las dos orejas, donde empieza la nariz... ¡docenas! Solo os parecéis *muchísimo* de lejos, que es como os visteis la primera vez. Eso es.

—No me había dado cuenta de lo buena observadora que eras —dijo Daniel.

—Pero ¿de qué sirve?, te preguntarás. Bueno, ¿no te gustaría que os dijeran que no os parecéis tantísimo?

Leo asintió con fuerza.

—Creo que a Daniel sí, Ruth.

—Es cierto —dijo Daniel—. Yo quiero que me digan que no nos parecemos tanto.

—¡Mira, otra diferencia! —dijo Leo—. A mí no... Digamos que me importaría un comino si fuéramos completamente iguales en todo.

—Eso nos haría absolutamente diferentes en el aspecto más importante de todos.

—Como has dicho, amigo, necesitamos tiempo para asimilarlo. ¿Qué planes tenéis para esta noche? ¿Puedo invitaros a cenar?

—Gracias, Leo, pero no creo que me sintiera cómodo. Corremos el riesgo de que la gente no deje de mirarnos. Mejor ven a casa.

Leo sonrió.

—Veo que no debo olvidar que además de ser mi hermano gemelo eres inglés.

—Muy cierto. Estaba pensando que nos resultaría más fácil hablar aquí, los tres solos.

—Bueno, es tu ciudad. Yo mientras tanto saldré un rato y echaré un vistazo por ahí. Es la primera vez que vengo a Londres.

Tras concretar los detalles de la cita, Leo se marchó al pequeño hotel en el que se hospedaba. Como quedaba bastante cerca, decidió ir a pie para darse un primer paseo por la ciudad.

—Anda igual que tú —dijo Ruth—. O tú igual que él. —Parecía que los últimos acontecimientos la hubieran animado, como si al haber despertado su curiosidad la hubiesen llenado de energía.

—Supongo que era de esperar.

—¿Eso es lo único que tienes que decir? ¿No te importa el hecho de que Leo y tú

os parezcáis tanto? ¿No te da una sensación rara, de *doppelgänger* o algo así?

—Para nada, en absoluto. Hay muchas cosas que me molestan, ya lo sabes, pero esa no.

—Me he dado cuenta de que te has contenido cuando se ha acercado para abrazarte.

—Eso es porque soy inglés.

Ruth frunció el ceño y movió la cabeza hacia delante y hacia atrás. Un minuto más tarde, dijo:

—Admito que no tengo mucha experiencia en lo que se refiere a maridos que se encuentran con hermanos gemelos que no sabían que tenían, pero me habría imaginado que te asaltarán las preguntas, la emoción y el *asombro*, y no que te quedaras así, como si acabaras de recibir una mala noticia.

—Lo siento, Ruth. Me gustaría sentirme igual que tú ahora, créeme, pero me temo que lo que he recibido, o tal vez reciba en breve, sea exactamente eso, una mala noticia.

—¿Te refieres a algo relacionado con Cristo?

—Sí, eso es a lo que... Sí, sí.

—Pero no puedes explicarme qué ni cómo.

—Ni yo mismo lo sé. No más de lo que comprendo esta situación. —Una lágrima empezó a caer por la mejilla de Daniel, que se la limpió con la mano—. Lo siento. Si lo supiera, te lo contaría ahora mismo, ya lo sabes.

—¿No hay nada que puedas contarme? —preguntó muy seria.

—Probablemente nada que no hayas visto tú misma ya, pero, en cualquier caso, hay una pregunta que no le hice a Leo, de hecho supongo que te diste cuenta de cómo interrumpí para que no respondiera antes de que tuviera tiempo de preguntarle si...

—... si era un ateo borracho un minuto y un clérigo comprometido al siguiente.

Daniel vaciló. Después, dijo:

—Está bien. Ya es suficiente por ahora. Por lo menos, si no es así, no tengo que preocuparme del resto. Ahora supongo que lo mejor será que termine mi sermón de mañana. Almorzaré, pero tarde. Primero he de ir a ver a la señorita Rawlings.

—¿Es la que tiene mirada de mujer fatal y una figura fantástica?

—No, es la de la dentadura postiza eduardiana y la cara de las mil arrugas.

Se dirigía hacia la escalera de la cocina cuando Ruth le dijo:

—Me pregunto por qué no trajo a su mujer con él. Por qué dejó a la otra Ruth en casa.

—Para ahorrar, supongo. Si se parecen en algo a nosotros, tendrán que andar contando los peniques todo el tiempo.

—Bueno, al fin y al cabo no es tan distinto a ti. Me pregunto si tendrán hijos.

—Se lo preguntaremos. —Daniel volvió sobre sus pasos—. ¿No te molesta tener el mismo temperamento que la otra Ruth, y también su mismo aspecto e incluso el mismo nombre?

—En absoluto. Lo normal es que ambos os sintáis atraídos por el mismo tipo de mujer, y lo del nombre no significa nada. Una coincidencia. Nunca cometes el error de subestimar la probabilidad de una casualidad.

Daniel terminó de mecanografiar su sermón y lo repasó, puntuándolo como si se tratara del texto de un salmo, subrayando las palabras en las que quería hacer énfasis. Cuando estuvo satisfecho con el resultado, se puso su pechera y su alzacuello, cogió su estuche eucarístico y se dirigió hacia su coche, un viejo Cavalier que estaba aparcado junto a la acera. Era un regalo de sus feligreses, que además se habían ocupado de algunas de las facturas. Diez minutos más tarde detenía el coche frente a un bloque de pisos bastante feo, aunque no horrible. Puesto que se encontraba en una zona relativamente buena, y no en una calle llena de hinchas de fútbol, aparcó el coche allí, llevándose consigo el estuche eucarístico. La señorita Rawlings todavía no había solicitado el último servicio, pero esperaba que lo hiciera algún día, como lo habían hecho otros en sus mismas circunstancias.

La señorita Rawlings vivía en el primer piso, al que se accedía cruzando una entrada limpia y ordenada y subiendo una escalera que Daniel muchas veces había pensado que ganaría con un par de grafitis o cualquier otra profanación que distrajeran la atención del estilo general de la decoración. Había, sin embargo, un fuerte olor poco grato que provenía de la habitación de la mujer y que compensaba esta deficiencia: un olor no tanto repugnante como extraño y desagradable. Mientras entraba en la habitación, Daniel formuló para sí distintas hipótesis para intentar explicar lo rápido que se satura el sentido olfativo del hombre.

Al lado de la señorita Rawlings, sentada en un anticuado sillón de plástico, estaba su sobrina viuda, una mujer a la que Daniel conocía bastante bien, pero que lo miró con incertidumbre y recelo: una mujer de más de cincuenta años que se encontraba perdida en presencia de un maldito clérigo.

—Entonces me voy, Della —dijo con reticencia y la vista fija en él—. Pensaba que

te encontraría sola, pero parece que tienes compañía, ¿no? ¿Necesitas alguna cosa? ¡He dicho que si necesitas alguna cosa!

—¿No tienes la lista que te di?

—¿Qué? Por supuesto que la tengo. Me refería a si necesitabas algo más. Ya sabes, si querías alguna otra cosa.

Evidentemente no quería nada más, por lo menos a nadie se le ocurría nada que pudiera necesitar. Mirando alternativamente a uno y a otra como si que el vicario y su tía atea se juntasen no fuera asunto suyo, pero esperando que ambos supieran lo que estaban haciendo, la sobrina se fue. Después, cuando Daniel le preguntó qué tal le había ido la semana, la señorita Rawlings le contó una historia que alcanzaba con altibajos el nivel de queja suave. Daniel se había preparado para eso. Su acuerdo tácito con la anciana era que ella empezaría desahogándose un poco y que, cuando hubiera transcurrido la mitad del tiempo que duraba su visita, sería su turno para hablar de Dios, o por lo menos para hacerle ciertas sugerencias. Ahora a él le tocaba escuchar lo que ella le contaba, que la chica de la tienda de periódicos tenía la lengua muy larga, esperando recibir su recompensa, que consistía en que ella lo escucharía durante la misma cantidad de tiempo.

Finalmente, la señorita Rawlings dijo:

—En realidad, mi problema es que a veces tengo esa desagradable sensación de no entender qué sentido tiene para alguien como yo seguir adelante. Supongo que ahora me dirá que eso está mal, señor Davidson.

—Mucha gente en su situación tiene esa sensación de vez en cuando.

—Eso no cambia el hecho de que esté mal pensar algo así, ¿verdad?

—Digamos solo que es innecesario.

—No recuerdo haber pensado nunca algo porque fuera necesario. ¿Mi situación, dijo usted? Usted no sabe cómo es, ¿cómo podría saberlo?

Daniel observó que los ojos de la señorita Rawlings brillaban sobre sus mejillas hundidas y su afilada nariz, que la avanzada edad había vuelto más prominente.

—No, no lo sé —le respondió—, pero ahora que lo pienso hay mucha gente que no está en esa situación y que tampoco encuentra ningún motivo para seguir adelante. En algún momento yo también fui uno de ellos. ¿Le sorprende?

—No tiene nada que ver... Usted es un hombre joven.

—Los años no tienen ninguna importancia en estos casos. Podemos necesitar ayuda desesperadamente en cualquier momento de nuestras vidas, y gracias a Dios esa ayuda siempre está disponible para aquellos que la solicitan.

—Le digo, vicario, que no hay nadie que vaya a ayudarme. Mi sobrina y mi sobrino nieto, y Ernie... Oh, es maravilloso ese Ernie, pero ¡qué puede hacer él! ¡Qué puede hacer cualquiera de ellos! Cada uno tiene que ocuparse de su propia vida... Necesito a alguien a mi lado cada minuto del día y de la noche. ¡Quién podría estar dispuesto a una cosa así! Y aunque alguien dispusiese del tiempo necesario, tendría que armarse de paciencia... No, lo siento, señor Davidson, es usted muy bueno, pero yo sigo sin entender qué sentido tiene seguir adelante.

—Se olvida usted de Dios, señorita Rawlings —dijo Daniel—. Él la acompañará siempre que usted quiera, Él tiene tiempo y paciencia para todos. Solo tiene que pedírselo.

—¡Ay, Dios! —dijo la señorita Rawlings con una exclamación con la que no quería para nada invocar al Creador. Era simplemente una expresión de burla o cansancio—. No me hable de Dios. Créame cuando le digo que nunca ha hecho nada por mí.

—¿Alguna vez le ha pedido algo? ¿Alguna vez le ha rezado? Pedir o rezar... es la misma cosa ¿sabe? Y él siempre responde, ¿lo sabía? En una ocasión me sentí tan desesperado que estuve a punto de quitarme la vida. En el último minuto y como último recurso recé, aunque por entonces ni siquiera creía en Dios, pero me respondió igualmente. Descubrí que podía...

Daniel dejó que su voz se apagara. Siempre había creído, o había querido creer, que lo que estaba diciendo era tan importante y obvio para todos que por fuerza tenía que llegarle a alguien que estuviera acostumbrado a escuchar el nombre de Dios. Pero en ese momento sus brillantes ojos se hundieron y la vivacidad de sus gestos se disipó. Un instante antes, la habitación en cuestión le había parecido pulcra, e incluso alegre: la cama individual hecha y cubierta con una colcha verde claro, el fregadero y el escurridor despejados, la vajilla limpia colocada en su estante, un par de macetas con flores en el alféizar de la ventana... Ahora, a sus ojos, todo parecía estático y sin vida, como una celda modelo en una cárcel moderna. Pobre señorita Rawlings. Aunque hubiera tenido la energía y la falta de tacto necesarias, no se habría atrevido a contarle nada más acerca de su primera oración. Toda esa historia de que había sido escuchada porque él había querido recibir ayuda de verdad, y de que a partir de ese momento Dios había sembrado en él el impulso de rezar. La fe se ofrece antes de que pueda ser aceptada. Sacó su agenda de bolsillo y pasó algunas páginas al mismo tiempo que rogaba que la señorita Rawlings recibiera el regalo de la fe.

—¿Ya se va, doctor, quiero decir, pastor?

—Todavía no. Me da tiempo a echarle una mano con los formularios para solicitar una nueva cartilla de jubilación... Bueno, si usted quiere.

—Hay un par de páginas que no entiendo bien. Mi sobrina lo revisó, pero ya

sabe, señor Davidson, es una mujer muy ignorante. Se le da bien limpiar, eso sí hay que reconocerlo...

Cuando Leo llegó a casa de los Davidson esa noche, Daniel supo con certeza que el desastre era inminente. Tal vez Leo sintiera una incomodidad similar, puesto que no mostraba la animada disposición de aquella mañana, en la que había dado la impresión de estar completamente resignado al *shock* que suponía cada nueva revelación. Inmediatamente se sintió atraído por el hecho de que fuera una persona excepcionalmente empática, pero también repelido por el temor de que el asunto acabara por socavar todas sus convicciones. ¿Qué cabía esperar de confrontar a dos hombres idénticos hasta límites insospechados? ¿O acaso aquel asunto no pasaba de ser algo singular e interesantísimo? No sabía qué creer.

Sin entender muy bien por qué, Daniel había pasado la tarde intentando cerrar todos los asuntos que tenía pendientes. Después de encargarse de que la iglesia estuviera lista para el primer servicio de la mañana, volvió a casa e hizo un par de llamadas de teléfono para fijar la hora de una incineración y puso su agenda al día. A continuación, como hacía cada quince días más o menos, escribió a su obispo, un prelado con ideas pasadas de moda acerca de las responsabilidades específicas que había contraído con aquellos a los que había ordenado. Por una tradición que él mismo había establecido, Daniel dedicó el último párrafo a un informe sobre la relación que había tenido con Dios en las últimas semanas, y la que Dios había tenido con él. Con un sentimiento de culpa que ningún razonamiento interior podría disipar, se limitó a los hechos y omitió presentimientos indefinidos y muy probablemente supersticiosos. Cuando la carta estuvo lista para ser echada al correo, ordenó su archivo de feligreses y el despacho. No tocó las fotografías que había sobre la repisa de la chimenea, excepto una de la mujer del orfanato que había sido como una madre para él. Llevaba muerta casi veinte años y el retrato estaba bastante deteriorado, pero era lo suficientemente bueno para que él la recordara cuando, como ahora, lo cogía y lo miraba con atención. Finalmente, se arrodilló y pidió perdón por haber hecho tan poco para ayudar a la señorita Rawlings y para ayudarse a sí mismo a enfrentarse a ¿qué? A lo que pudiera acontecer.

Mientras Leo y él se acomodaban en la cocina como habían hecho esa misma mañana, Daniel empezó a explicarle que Ruth bajaría en unos minutos, en cuanto estuviera lista, pero Leo terminó la frase por él. Daniel se revolvió incómodo en su silla.

—Oh, vamos, Daniel... No pasa nada —prosiguió Leo—. Solo habría sido preocupante si no hubiera estado tan claro lo que ibas a decir. Aunque tú y yo podríamos montar un buen espectáculo de telepatía. ¿Tienen estos gemelos idénticos mentes idénticas? O tal vez solo tienen una mente para los dos. Arrasaríamos. Aunque me temo que a Dios no le gustaría.

– Tú no crees en ninguno de esos fenómenos paranormales, ¿verdad?

– Por supuesto que no, ¿qué te crees que soy? Esa es una de las cosas para las que Dios viene que ni pintado, ¿no? Una palabra suya y ya no hay que preocuparse más por esas chorradas.

Leo había hablado a la ligera. Sus palabras iban a tono con su traje azul claro de corte generoso, su camisa azul oscuro y su llamativa corbata verde marino. Su aspecto contradecía totalmente la idea que Daniel tenía de un clérigo, aunque ese clérigo fuera estadounidense. De hecho, parecía más un exitoso agente de seguros o un viajante de comercio que un miembro de la clase media alta. Daniel admitió, o se reconoció a sí mismo, que debía de haber algo en su propio aspecto que se correspondiera con el de su hermano. A pesar de su buena presencia, Daniel detectó que un aire de desasosiego le acompañaba desde que puso el pie en la casa. La sonrisa que siguió a su último comentario parecía especialmente forzada. Antes de que se hubiera desvanecido del todo, dijo:

– Solo hay una cosa que quería contarte sin que Ruth estuviera delante. Es acerca de por qué no traje a mi Ruth a Inglaterra... Puede que te lo hayas preguntado.

– Ruth lo ha hecho. Mi Ruth se lo ha preguntado.

– Sí, claro, entiendo que lo hiciera. Quizá debí explicártelo antes, pero la razón por la que mi Ruth no ha venido es que está con otro. Lleva con él dos años. No hace falta entrar en detalles de quién tuvo la culpa, aunque tampoco es que yo lo sepa. Ese tipo simplemente apareció y se la llevó. Yo le gustaba, pero él le gustaba más. Después de que me abandonara, pasé un año muy duro, pero no me derrumbé. Ahora ya lo he superado.

Aun así, Daniel dijo:

– Lo siento, Leo.

– Sé que lo sientes. No pensaba sacar el tema, pero algo me decía que tenías que saberlo. No quería que anduvieras dándole vueltas y se me ocurrió que ya que necesitabas escuchar cosas que te demostraran que no somos tan parecidos, a lo mejor no era tan mala idea. Y no olvides que el tipo llegó y se la llevó... Juro que ella no andaba buscándolo, ni a él ni a nadie, y no actuó motivada por su depresión ni nada parecido. Así que si se te ha pasado por la cabeza que el hecho de que mi Ruth me abandonara dice algo sobre la probabilidad de que tu Ruth te vaya a abandonar... En fin, sería lo mismo que creer en Papá Noel. O en la telepatía. Sí, el nombre es el mismo. Una coincidencia, amigo mío. A no ser que tú también tengas a una Janet en tu vida ahora... No, eso me pareció. Pues entonces ya basta. Espero no haberte hecho perder el tiempo, Daniel.

En ese instante, Daniel abrazó a su hermano instintivamente, y así se quedó

durante un buen rato. Le asombró que en algún momento le hubiera parecido tan raro hablar y estar frente a un hombre que se le asemejaba tanto. Efectivamente, Leo había seguido o leído sus pensamientos con una precisión extraordinaria, aunque tal vez no tan extraordinaria, considerando que era tan parecido a él mismo también por dentro. Por supuesto. Entonces, recordando que Leo acababa de hablarle de una pérdida irreparable, Daniel se detuvo.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó sin pensarlo demasiado.

—Gracias, Daniel. Si te refieres a algo como café o limonada, ahora mismo no. Si te refieres a ginebra o a cerveza o a cualquier otro tipo de alcohol, ahora mismo tampoco. Pero ¿tienes bebidas alcohólicas aquí?

—No, no tengo nada. He hablado sin pensar. Ni Ruth ni yo probamos nunca una gota de alcohol.

—¡Oh! —dijo Leo. Miró a su alrededor y pareció reparar por primera vez en la presencia del aparador con sus hileras de platos, la televisión y la pequeña radio barata, la escalera pintada de blanco que subía a la planta baja, la puerta que conducía al comedor y la puerta abierta del jardín por la que entraba el aroma de hierbas y los gritos lejanos de los niños. Más alto y con más brusquedad que antes, preguntó —: ¿Y nunca has probado el alcohol?

—¡Oh, claro que lo he probado! Durante años le di a base de bien. Después lo dejé completamente.

—¿Te habrías definido como un borracho en esa época?

—Sí. Al menos, creo que exactamente eso era por aquel entonces. Imagino que mucha gente me describía así.

Leo asintió, miró a Daniel un instante y bajó la mirada.

—No sé muy bien cómo preguntarte esto, pero... En aquel momento, ¿creías en Dios?

—No.

—Y... tu fe... ¿tuvo algo que ver que empezaras a creer en Dios con que dejaras de beber?

—Sí —dijo Daniel, volviendo a mirar a Leo—. Fue parte del mismo proceso.

—¡Daniel! —gritó la voz de Ruth desde el piso de arriba—. Querido, ¿puedes subir un momento?

Ruth estaba de pie en el dormitorio en una postura extraña, con los brazos entrelazados y la mano derecha sujetando con fuerza la izquierda. Estaba sonriendo, con una mirada de decidida expectación, como si hubiera estado observándolo mientras abría un paquete que contenía un regalo de cumpleaños

que ella sabía que él deseaba de verdad. Llevaba un vestido blanco recién lavado con un estampado de florecitas azules, uno que a él siempre le había gustado, pero que, por lo que él sabía, ella no se había puesto desde hacía mucho tiempo.

—Iba a pedirte que intentaras adivinarlo —dijo—, pero después pensé que eso sería un poco tonto, así que te lo contaré directamente. ¿Te acuerdas de que hace un par de semanas te estaba dando la lata con la nueva medicación que Eric me había puesto, y de que te dije que aunque era un poco pronto sentía una ligera mejoría? Pues ha sido algo más que ligera, pero he tocado madera y me estado aguantando todos estos días para estar segura antes de decirte que..., bueno, aunque sigo tocando madera, me siento *mucho mejor*. Tal vez todavía no sea la colegiala despreocupada que solía ser, pero me siento *mucho mejor*. Ya vuelvo a verle el sentido a las cosas. He pensado que prefería contártelo antes de que...

Daniel empezó a besar a su mujer. Unos segundos después, ella consiguió decir:

—Querido... Leo está abajo. No podemos...

—Sí, está abajo... ¿Y?

—Pues que es un clérigo...

—Y yo.

—Pero él es un clérigo estadounidense.

Al final no pasaron tantos minutos antes de que Ruth estuviera lista para darle la bienvenida a su invitado. Leo representó a las mil maravillas el papel de hombre que comprendía completamente la costumbre de los matrimonios británicos de mantener una exhaustiva conversación privada acerca del tiempo antes de comenzar la velada. Casi todo el resto de la noche pasó rápidamente y no fue demasiado memorable, con el tipo de charla semiinformativa que suelen mantener las personas que se acaban de conocer.

Pero no toda. Después de que Ruth se fuera a la cama, Leo le dio a Daniel algunos detalles acerca de su aceptación de la fe cristiana y de cómo estaba conectada con su renuncia al alcohol. Daniel le correspondió con algunos detalles de su propia experiencia.

III

—Si quiere saber cómo se llama, puede leerlo en la etiqueta del frasco —dijo Eric Margolis—. Recordarlo no resulta tan fácil. Nunca he llegado a comprender esa manía de ponerles a los medicamentos unos nombres tan complicados, a menos que quieran provocar una suerte de efecto psicológico en el paciente. Si te receto algo llamado B-23, puede que no te llame la atención, pero si te digo que se llama cromopoliامينoxidasa, es más probable que creas que soy un gran profesional. Pudiera ser. Pero, respondiendo a su pregunta: sí, este medicamento es razonablemente nuevo, al menos en este país. En los Estados Unidos, y especialmente en Australia, ha dado muy buenos resultados, según me ha dicho un hombre que conozco en Sidney que es un experto en el tema. Es de espectro reducido, es decir, que hay bastantes personas a las que no les ha hecho efecto, pero a las que sí se lo ha hecho las ha ayudado mucho. Parece que Ruth es una de las afortunadas.

El lugar donde se encontraban se parecía más a un salón de un hotelito pijo que a una consulta tradicional: no había nada abiertamente médico a la vista, ni siquiera un bloc de notas. El mismo Eric, un hombre desgarbado cuya cabecita prácticamente calva se compensaba con una densa barba, ocupaba una cómoda silla cerca de una mesa baja sobre la que había dos o tres novelas. Frente a él estaba sentado Daniel, en la misma silla en que se había sentado en un par de visitas anteriores, en el mismo lugar donde muchas otras veces se habrían sentado lunáticos y neuróticos de todo tipo. Ahora dijo:

—¿Cuánto tiempo tendrá que seguir tomándolo?

—Un poco. No tiene sentido fijar una fecha ahora mismo.

—Pero lo dejará algún día, ¿no? ¿O tendrá que tomarlo durante el resto de su vida?

—No es muy probable —dijo Eric amablemente frotándose las yemas de los dedos unas contra otras—, aunque en este momento no quiero descartar nada.

—Pero ¿no existe el peligro de que se vuelva adicta?

—La adicción a una sustancia se manifiesta cuando se deja de tomar esa sustancia. Otros pacientes han dejado de tomar esta sustancia después de unas semanas o unos cuantos años y no han tenido mayores problemas, como ya le dije. Algunos de ellos se han sentido extraños o mal durante un tiempo, cosa que no hay que subestimar, pero nada comparable a un síndrome de abstinencia por drogas, como cuando han dejado de medicarse, por ejemplo, con ciertos tranquilizantes y antidepresivos muy conocidos. Algunos han llegado a decir

que fue peor que lo que los hizo empezar a tomarlos al principio. Ruth seguirá tomando el medicamento hasta que llegue el momento.

—Ya veo. ¿Cómo sabremos cuándo ha llegado el momento?

—Nos haremos una idea cuando probemos a reducir la dosis de manera controlada.

—Hmmm. Si no le importa que se lo diga, Eric, todo esto me resulta un poco vago... Parece que todo depende del azar.

—Así es. Y hay más probabilidades de fallar que de acertar, aunque afortunadamente las cosas mejoran con el tiempo. Aproximadamente el 0,1 del 1% cada año. La parte pesimista de la situación es que hoy en día no estamos más cerca que hace veinte años de comprender cómo funcionan estas sustancias, así que no tenemos modo de predecir cuál puede ayudar a cada paciente. La consecuencia es que cambiamos de idea constantemente y mantenemos los ojos y los oídos alertas para detectar cualquier nuevo descubrimiento que pueda ser de utilidad.

—Gracias, doctor —dijo Daniel—. ¿Hay una parte optimista?

—No. Pero hay una un poco menos pesimista respecto a nuestro caso. Digamos que hemos acertado con Ruth. Eso significa que hay algo así como un cincuenta por ciento de posibilidades de que se mantenga tal y como está ahora. Puede que incluso mejore aún más. Una enfermedad mental, si es que un episodio depresivo prolongado puede llamarse así, solo se parece a una enfermedad física en un par de cosas, pero una de ellas es que sus víctimas a veces acaban recuperándose por completo. Gracias a Dios.

—¿Qué probabilidad de recuperación a largo plazo calcula que tiene Ruth en este momento?

—Más del cincuenta por ciento, Daniel. Bastante más. Con su inteligencia y buen carácter, se está perfilando como uno de mis mayores éxitos. La última *área* (por llamarla de algún modo) que uno cree que puede controlar es la mente, pero... Por ahora no diré nada más. Quédese con que hay bastantes esperanzas donde antes no había más que una esperanza media, siendo la esperanza media mejor que la falta de esperanza, aunque tampoco mucho mejor. Bueno, a menos que se le ofrezca otra cosa...

Eric se levantó. Daniel hizo lo mismo, pero dijo:

—En realidad, sí hay otra cosa, pero ¿podríamos hablar de ello en otro sitio? ¿Qué le parece el *pub* de la esquina?

—Allí no, si no le importa. Me conocen, porque de vez en cuando voy con algún aracnofóbico o algún maníaco homicida. Mejor en otro lugar.

De camino a ese otro lugar, Daniel le preguntó:

— ¿Nunca anota lo que le cuentan sus pacientes?

— No, llevo una grabadora secreta que enciendo y apago con un interruptor secreto. Es mucho mejor.

— ¿La ha encendido conmigo?

— La verdad es que no. Las cintas cuestan dinero, ¿sabe? Lo siento.

— Está bien. En realidad, tampoco es para tanto...

El sitio que había propuesto Eric era otro *pub*, un *pub* enorme donde, a esa hora tan temprana, había espacio de sobra para elegir una zona tranquila. De un aparato que no estaba a la vista surgían las notas de una de las óperas de Haendel que (con razón) han pasado más desapercibidas. Daniel le llevó a Eric el *gin tonic* que había pedido.

— ¿Usted no va a tomar nada?

— No tengo sed.

Daniel dijo esto con el suficiente énfasis para que Eric lo mirara fijamente pero sin darle pie a insistir. Poco después, Eric preguntó:

— ¿Qué era eso de lo que quería hablar?

— Ah, sí. Bueno, es un poco difícil de explicar. Es más una sensación que un hecho.

— Eso es muy importante.

— Sí. Bueno... Me temo que plantea algunas cuestiones filosóficas. Cuestiones que tienen que ver con la fe. Ya sabe, doctrina eclesiástica.

— A mí puede contarme lo que quiera a ese respecto. Esa es una de las ventajas que ofrezco con respecto a los de su gremio. Pero intente no ir muy rápido.

— Está bien. — Daniel volvió a hacer una pausa y después asintió—. De acuerdo. A pesar de su pesimismo a nivel profesional, estará de acuerdo conmigo en que cada día se descubren nuevos medicamentos y su campo de aplicación se amplía constantemente.

— Sí. Exponencialmente.

— ¿Hay algún límite teórico para esta expansión?

— No sé muy bien a qué se refiere con eso, pero si lo que quiere decir es si llegará el momento en el que no haya más medicamentos que descubrir, entonces tengo que admitir que no he pensado en ello, pero sin duda falta mucho para eso. Si lo que quiere decir es si habrá partes de la mente y del comportamiento humanos

que nunca se verán afectados por los medicamentos, entonces le diré que he pensado en ello, pero que no he llegado a ninguna conclusión. En realidad, la teoría no resulta de mucha ayuda en ese aspecto, porque la pregunta va más allá de la farmacología, la biología y de cualquier otra «ología». Pertenece más, como ha dicho usted, a la filosofía, campo en el que yo me pierdo. Pero usted quiere algo más. —Eric golpeó varias veces la rodaja de limón contra el borde de su vaso. Después, dijo bastante rápido—: Nada de lo que he aprendido, en el sentido de ser capaz de describirlo, de describirlo como es debido, me sugiere que haya áreas de la conciencia que no estén al alcance de la modificación humana. Si esta información le desagrada, no estudie los hallazgos recientes sobre los resultados de interferencias físicas con el cerebro por medio de la cirugía o a causa de un accidente o ambos a la vez. En cuanto a los experimentos genéticos, he tomado la decisión de no profundizar en ese particular.

—Pero... —dijo Daniel—. Al menos espero que haya un pero.

—Oh, sí que lo hay, más allá del argumento y más allá del hecho. Algo me dice (y realmente me lo dice, no me lo sugiere), algo me dice que no es así, que en todos nosotros hay una parte a la que ningún hombre podrá llegar jamás. Yo soy yo y usted es usted, y así seguirá siendo. Inalterablemente. Ese algo es muy viejo, mucho más viejo que la farmacología. En mi caso, data al menos de Abraham. En el suyo, Daniel —dijo Eric amablemente—, permítame decirle que su ancestro es un poco más reciente que Abraham. Pero su... algo personal... es más fuerte que el mío. Dios lo ha bendecido, amigo. No necesito decirle que debería sentirse agradecido por ello.

Tras un silencio, Daniel añadió:

—Recuerdo que una vez me dijo que hay personas trastornadas o que han perdido la cabeza cuyos problemas desaparecen con los fármacos adecuados, y que algunas de ellas llegan a sentirse tan bien, o al menos lo suficientemente bien, para pensar que pueden seguir adelante sin ellos, pero cuando dejan de tomarlos vuelven al punto de partida casi inmediatamente. ¿Podría pasarle algo así a Ruth?

—¡Oh! Bueno, puesto que no está ingresada, no hay nada que le impida reducir su dosis o incluso dejar la medicación. Pero, si lo hace, enseguida se sentirá tan mal que volverá a tomarla por voluntad propia. Mientras que...

—Mientras que si no se siente mal, significaría que estamos ganando la batalla.

—Ya hemos ganado la primera batalla, pero sí. Esta ronda la pago yo. ¿Otra vez nada o algo con un poco más de sustancia?

—Yo... ¿Me traería un vaso de agua?

—Marchando un vaso de agua.

Cuando Eric estuvo de nuevo en su sitio, Daniel le dijo:

– Para resumir, o por decirlo de otro modo: esas esferas del pensamiento y de la acción tradicionalmente vinculadas al libre albedrío cada vez se ven más invadidas por el desarrollo de los fármacos y otro tipo de descubrimientos. Actualmente no se prevé que esta evolución vaya a finalizar. Siento ser tan claro, pero así es como pienso hoy en día. ¿Me he dejado algo?

– El pero – dijo Eric.

– No me he olvidado del pero – dijo Daniel.

– Es solo que mi Iglesia no es tan estricta como la tuya – dijo Leo. Daniel negó con la cabeza.

– Eso no puede ser cierto, en vista de la situación actual. Hace años, probablemente sí lo era.

– Incluso hoy en día me llama la atención que tus chicos y chicas sacaran a un borracho inútil y sin esperanza de la calle y lo convencieran, y quiero decir convencer a base de insistir, no solo no poniéndole ningún obstáculo en el camino, sino rogándole encarecidamente que tomara los hábitos.

– Bueno, esa es una descripción excelente de lo que nuestra gente hizo por mí no hace mucho tiempo.

– Genial. Así que nos encontramos ante otro pedazo de nuestras vidas que ha sido bastante similar.

– Parte de nosotros es similar.

– Bastante similar.

– Exactamente igual.

– Porque somos exactamente iguales.

– Exactamente iguales.

Daniel encontró consuelo en el hecho de identificarse con su hermano gemelo y de estar ambos completamente de acuerdo en el asunto. Como en anteriores ocasiones, estaban sentados a la mesa, en la cocina. Volvió la cabeza y miró hacia el exterior por la puerta abierta que daba al jardín. Fuera había mucha luz y todo estaba en calma: los objetos más cercanos guarecidos a la sombra, los adoquines y una lápida, las plantas de hoja perenne, los pequeños arbustos en vasijas de piedra, los maceteros de loza, los rollos de manguera verde oscuro que habían dejado charcos y las manchas de humedad. A Daniel le pareció que lo que veía reflejaba la tranquilidad de su vida. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que nunca antes se había percatado de la presencia de la lápida de piedra. Supuso que tendría una inscripción, pero estaba demasiado lejos para poder estar

seguro, y mucho menos para leer lo que fuese que había escrito allí. Estaba a punto de levantarse para ir a comprobarlo cuando escuchó un ruidito al otro lado de la mesa y se volvió.

Frente a él, había una réplica de sí mismo. Los ojos, las cejas, el pelo, tanto en longitud como en estilo de peinado, la forma de la cara o las orejas: era la imagen que Daniel acostumbraba a ver en el espejo, aunque tenía fuertes sospechas de que esa reproducción no podía ser auténtica.

—¿Quién eres? —preguntó con curiosidad.

—Es difícil encontrar una única palabra para definir quién soy —replicó lo que Daniel identificó como su propia voz—. O lo que soy. Sin embargo, si tú y Leo sois gemelos, él, tú y yo podríamos ser trillizos. Es bastante posible, si me permite la incorrección, pastor. Como nuestro hermano te explicó hace poco, los gemelos monocigóticos provienen de un único óvulo fertilizado que se ha dividido en dos. Cuando una de esas mitades vuelve a dividirse, nos encontramos con trillizos idénticos y, como habrás leído en los periódicos, en teoría no hay un límite para el número de veces que puede ocurrir, o que se puede provocar que ocurra. ¿Me sigues, Daniel?

—Sí. —Daniel podría haber añadido que también oía, de forma sincronizada, esas mismas palabras en su cabeza, pero le pareció que era mejor no comentar nada al respecto.

—Cualquiera que sea el número de divisiones —continuó el ser que había al otro lado de la mesa—, todas las personas o entidades animales o vegetales resultantes son idénticas. El proceso artificial, conocido como clonación, es desde hace mucho tiempo una práctica botánica habitual. Algún día, puede que muy pronto, tal vez sea, tanto en la práctica como en la teoría, aplicable a los seres humanos. Comparados con los organismos diferenciados, los clones ofrecen una gama incalculable y desconocida de ventajas y posibilidades. Algunas de ellas son, por supuesto, sociales, incluso políticas, y evocan comunidades tan simples como un hormiguero o una colmena. Pero tú y yo, hermano, no estamos interesados en eso, en lo que puede que ocurra en el futuro... Nuestra preocupación es filosófica y, por tanto, atemporal. Cuando se comprueba que la singularidad del individuo es limitada y finita, en vez de universal e infinita, «individuo» deja de ser un concepto válido. De ahí se deriva que cualquier idea de libre albedrío que pueda ser alimentada por una unidad humana, antes conocida como individuo, es ilusoria y falsa. Tu camino hasta Dios, Daniel, ya estaba ahí, esperándote. No tenías alternativa.

Las últimas frases únicamente se habían pronunciado en la cabeza de Daniel. Cuando levantó la vista, estaba solo en la cocina. Consciente de que una necesidad imperiosa lo guiaba, se levantó y, con su habitual paso ligero, salió de

la casa por la puerta que daba al jardín. Se dirigió hacia el lugar donde había visto la lápida, pero no la encontró. En el momento en el que se dio cuenta de que no estaba, la oscuridad se cernió sobre él. Se quedó quieto durante un instante y, a continuación, pensó en agazaparse, para estar más protegido. Bajo sus manos y sus pies ya no había piedra, sino tierra. La oscuridad que lo rodeaba era intensa, pero no total. De algún lugar provenía luz suficiente para ver que estaba rodeado por una llanura uniforme y vasta que llegaba hasta el horizonte en todas direcciones. Sintió que su espíritu lo estaba abandonando.

Todavía en la oscuridad, notó que respiraba de un modo extraño: inspiraba lentamente, espiraba bruscamente, hacía una pausa y comenzaba de nuevo. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que descansaba sobre algo más suave y mullido que la tierra.

— ¿Estás despierto? — dijo Ruth en voz baja.

— Sí. Sí, ahora sí. — En el tiempo que Daniel tardó en susurrar estas palabras, su mente pasó de recordar lo que había soñado nítidamente, incluyendo los diálogos ante la mesa de la cocina y lo que hizo después, para luego olvidarlo todo y quedarse únicamente con una sensación fuerte e intensa de pérdida y de pena.

— Debo de haber estado soñando — dijo —. ¿Te he despertado?

— Ya estaba despierta. ¿Estás bien?

— Ah, sí. Sí, ahora sí.

Pero su tono de voz no debía de transmitir lo mismo, porque ella encendió la lámpara de su mesita de noche inmediatamente, se acercó por el otro lado, se arrodilló junto a él y le cogió las manos.

— ¿Ha sido una pesadilla?

— Sí.

— Pero ya se ha acabado, querido. Vamos a la cocina a tomar una taza de té.

— A la cocina no, no quiero — dijo Daniel rápidamente.

Ruth lo miró durante un segundo.

— Está bien. Quédate aquí y relájate. Ni se te ocurra volver a dormirte.

— No lo haré, te lo prometo. No lo haré.

— No tardaré nada — dijo ella tras hacer otra pausa.

Solo en su despacho un minuto más tarde, Daniel se puso de rodillas junto a su escritorio y empezó a rezar. Le dio las gracias a Dios por protegerlo de lo que fuera que parecía amenazarlo mientras dormía y por borrar de su mente

cualquier recuerdo de ello. Entonces se detuvo, detuvo la silenciosa sucesión de palabras que habitualmente constituía su oración privada. Hasta ese momento, Dios siempre había escuchado sus oraciones; o él, Daniel, había creído ciegamente que así había sido, lo que sin duda equivalía a lo mismo. Ahora sentía que sus palabras no iban a ninguna parte. Pero continuó uniéndolas en frases silenciosas en su mente, esta vez pidiendo ayuda.

Cuando Ruth se acercó con la bandeja del té, no había llegado ninguna ayuda. Daniel se sentó en su silla, después volvió a levantarse y la ayudó a disponer las cosas en la esquina del escritorio que él mantenía despejada para tal fin. Ella acercó su silla y le dirigió una mirada llena de amabilidad.

—No has vuelto a ser el mismo desde aquella noche en que tú y Leo os quedasteis levantados hablando, ¿verdad?

—No —repuso.

—Y este sueño que has tenido está relacionado con aquello.

—Eso parece. De hecho: sí.

Después de un momento, ella dijo:

—Tarde o temprano tendrás que contármelo. Lo sabes, ¿no? Tienes que mantenerme al corriente.

—Es doloroso —dijo Daniel.

—Sí. Pero aquí estoy.

—¿Me sirves más té, por favor? —Con su taza llena en las manos, continuó—: Esa noche, Leo y yo recorrimos nuestras vidas en detalle, empezando tan atrás como podíamos recordar: amigos de la infancia, enfermedades, el colegio, los amigos del colegio, las chicas, la universidad, el primer empleo... Hasta que llegamos a los veintitantos fue..., bueno, digamos que fue tranquilizadamente aburrido. Encontramos bastantes similitudes, como que ambos teníamos un amigo íntimo en la universidad llamado Paul, que *La tempestad* era nuestra obra favorita de Shakespeare y que pensábamos que Horacio era más interesante que Hamlet, pero nada al nivel de esos hermanos gemelos de los que nos había hablado y que habían construido cada uno un banco alrededor de un árbol en su jardín, nada que pudiera considerarse algo más que una coincidencia, nada *que diera miedo*. De hecho, conforme fuimos avanzando, empecé a sentir que todo iría bien, empecé a sentirme seguro y a olvidar mis aprensiones. Como viste desde el principio, Leo me asustaba, no como persona, sino por lo que era, por lo que es. Y tenía mucha razón al tenerle miedo, o al menos al desear con todas mis fuerzas que no hubiera existido.

»Me atrevo a decir que sentí una o dos punzadas de distinta naturaleza cuando

llegamos a ti, es decir, cuando yo llegué a ti y él llegó a su Ruth. Pero al principio fue bien... De hecho fue, bueno, bastante agradable repasar nuestra primera época juntos. También me alegró comprobar que era bastante parecida a la suya, algo de esperar de dos hombres muy similares en circunstancias y en países muy similares. Recuerdo haber pensado que podría haber algún tipo de problema cuando uno de los dos, ya he olvidado cuál, hizo un comentario que podría habernos llevado a entrar, ya sabes, en asuntos personales. Corté el tema de inmediato, probablemente otra vez por el hecho de ser inglés, pero entonces él también lo hizo, así que puede ser que los estadounidenses también tengan su baremo de discreción y que no sea tan diferente del nuestro. O tal vez se trate de una característica personal de Leo. Al fin y al cabo, somos gemelos.

Hasta ese momento, Daniel había hablado de una forma regular y controlada bastante inusual en él, haciendo pausas en momentos extraños. Ahora estaba sosteniendo la mano de Ruth, que lo escuchaba sin mostrar ningún indicio de querer interrumpirlo. Enseguida retomó su discurso:

– Mejor será que vaya al grano, amor mío. Cuando uno empieza a hablar de la bebida, del alcoholismo, se da cuenta de que no hay mucho que contar. Por motivos que tú no puedes comprender, y con los que no vale la pena molestarte, de repente el alcohólico se da cuenta de que necesita emborracharse y se pone a ello con todos los medios que tiene a su alcance. No es que disfrute haciéndolo ni nada parecido, esa no es la idea. Pero al final consigue emborracharse. El resto de la historia solo consiste en caerse, vomitar, robar, pelearse, despertarse en un tren que uno no recuerda haber pensado coger, y mucho menos haberse subido a él, que lo encierren en un calabozo y, si se tiene mala suerte, sufrir uno o dos ataques epilépticos y otra vez a empezar. Aparte de los comentarios de la gente que le rodea sobre la ansiedad, la inseguridad y las sensaciones de incompetencia que uno tiene. Todos los alcohólicos son iguales, excepto por algunos detalles que pueden resultar curiosos, tales como la lista de lugares ingeniosos donde esconder una botella.

» Algunas personas parecen capaces de salir de ello solas. Nunca fue mi caso. Una mañana, me desperté en mi cama completamente vestido, y de hecho en bastante buen estado, considerando la hora que era. Pero no tenía nada que beber ni dinero para comprarlo, así que me di cuenta de que no me quedaba otra que salir y caminar un buen trecho hasta la tienda de licores para conseguir dos *packs* de cuatro latas grandes de Aalborg Original Brew cargándolas a la cuenta del hermano de un amigo. Entonces, de repente, pensé que no quería volver a hacer algo así jamás, y que si podía conseguir algún tipo de ayuda o me llegaba alguna señal desde algún sitio para que no lo hiciera, intentaría con todas mis fuerzas no volver a beber. En ese momento no fui capaz de comprender por qué, e incluso después de todo este tiempo sigo sin comprender bien por qué lo hice,

pero el caso es que me puse de rodillas y recé. Sigo sin estar seguro de qué me llevó a hacerlo. Nunca le he contado a nadie esto antes, y no hay mucho que contar, pero media hora después ya sabía que tenía un acuerdo personal con Jesús que consistía en que mientras yo lo intentara en serio, él velaría por mí. Y lo hizo. No puedo añadir mucho más para que me entiendas, excepto, tal vez, que Él y yo llegamos a un acuerdo único y especial, una especie de contrato privado. Creo que eso lo resume bastante bien.

»Así que puedes imaginarte cómo me sentí cuando Leo me contó el acuerdo al que había llegado con Jesús y comprobé que era exactamente igual al mío, tan igual que yo sabía lo que iba a contarme y hasta podría haber acabado sus frases por él, palabra por palabra. Así que, al fin y al cabo, mi acuerdo especial no había sido tan especial: acababa de escuchar que alguien había llegado a un acuerdo igual. Y, si había otro en mis mismas circunstancias, ¿por qué no media docena o un millón? Otro contrato privado, ¿entiendes? Tal vez diferente en lo superfluo pero idéntico en lo esencial. Cualquiera con la cadena genética adecuada habría aceptado un acuerdo de esas características, así que después de todo *yo* tampoco era tan especial... Pero yo quería pensar que era especial, no porque fuera Daniel Davidson, sino porque era yo, porque era único, porque era un individuo distinto de cualquier otro. Aunque acababa de descubrir que no era un... Ya lo he dicho. Así que, ¿qué era yo?

»Leo estaba encantado. Era lo que había estado esperando desde el principio, a lo que se había referido cuando dijo que no había venido hasta aquí solo para comparar notas conmigo. Para él, era una especie de prueba final de la grandeza de Dios, de que en el universo que creó podía haber dos o más cosas que eran al mismo tiempo únicas e idénticas. Pero Dios, tal y como yo lo veo, nunca podría ser tan grande, porque se mueve por las leyes de la razón.

Daniel miró a Ruth y en su rostro vio esperanza, confianza y miedo. Entonces ella bajó la vista. Continuó con el mismo tono de antes.

—Había una Iglesia antigua que decía que Dios nunca dejaría que un alma cristiana se apartara de Él. Puede que vagara hasta llegar a los confines de la Creación, pero Él la traería de vuelta con un solo tirón del hilo. Quienquiera que se inventara esa historia probablemente estaría pensando en algo como un hilo de pescar, pero para mí el hilo de Dios ha resultado ser como el que controla los movimientos de una marioneta. Aunque, pase lo que pase, siempre le estaré agradecido, porque te trajo hasta mí.

Ruth estaba llorando.

—Ojalá yo tuviera fe —dijo ella.

—Y yo, mi amor. ¿Qué te parece si vamos a la cocina y hacemos un poco más de té?

- Me parece bien.
- Gracias por no haber dicho nada mientras estaba divagando.
- Daniel, los dos sabemos que no estabas divagando.
- Lo siento.
- En cualquier caso, ahora sé por qué Leo se marchó tan precipitadamente.
- Tenía por lo que volver. Y su viaje había cumplido su propósito.

Unas semanas más tarde, Daniel le estaba diciendo a Greg Macdonald:

– ¿De verdad quieres que escriba otro artículo, es eso lo que me estás proponiendo?

– Bueno, sí, claro. Me interesará leer cualquier texto que escribas, Daniel.

– Ah, pero..., perdona, perdona, eso no es exactamente lo mismo, ¿verdad? Que *te interese leer* cualquier texto que escriba es una cosa, tal vez lo leas o tal vez no, pero yo hablaba de escribir un artículo para el periódico. ¿Qué opinas de eso?

– Vale, bien, me parece bien, pero ¿qué tema tenías en mente?

– Escucha, no voy a mover un dedo, ni siquiera un centímetro, hasta que se me haya pagado, o al menos se me haya prometido, una determinada cantidad, y pensar en un tema es mover un dedo, ¿no? En cuanto me lo encargues, empezaré a pensar en ese tema... En cuanto me lo encargues oficialmente.

– Está bien, Daniel. Un artículo de la longitud de siempre por la tarifa de siempre. Vale.

– ¿No me das un adelanto?

Casi sin vacilar, Macdonald cogió su cartera y, solo tras dudar un poco, sacó de ella un billete de veinte libras. Daniel dejó sobre la mesa el vaso vacío que tenía en la mano y al que había mirado de tanto en tanto con gran solemnidad. Después, empezó a guardar ceremoniosamente el adelanto en su billetera, pero a mitad de la operación el billete se le escurrió de entre los dedos y fue a parar al suelo. Levantando una mano para impedir que Macdonald interviniera, consiguió recuperarlo con relativo éxito, aunque en absoluto con rapidez. Su actuación dio pie a varias carcajadas: no fueron muchas, pero sí las suficientes para que Daniel fuera a encararse con un grupo que estaba en el bar y que incluía al asistente editorial con cara de pilludo y al imponente astrólogo. Enseguida se les unió el propietario del Sussex, y casi inmediatamente Daniel volvió paseando hasta donde estaba Macdonald, lanzando miradas condescendientes a un lado y a otro por el camino.

– Este sitio ha empeorado mucho – dijo.

Estaba claro que Macdonald podía abandonar cualquier esperanza de recibir una o dos palabras de agradecimiento por su generosidad. Con una amplia sonrisa, dijo:

— ¿Alguna idea?

Daniel, que parecía un poco ido en ese momento, frunció el ceño:

— ¿Hmmm? — preguntó con impaciencia.

— Ya sabes, para tu artículo. ¿Alguna idea?

— Oh, ¡santo Dios! — dijo Daniel, todavía con más impaciencia que enojo —. ¿Qué farfullas? Todo esto... Si tienes algo que decir, ¿por qué no me lo dices a la cara?, ¡santo Dios!

— Solo me preguntaba si había algo en especial sobre lo que te apeteciera escribir en el periódico.

— ¡Oh, eso! — Ahora el tono de Daniel era de desdén. Durante unos segundos, pareció perdido, aunque enseguida se recuperó —: Si esperas algo del tipo de cómo dejar de ser un maldito clérigo, te equivocas.

— No estaba...

— Entérate, uno no puede dejar de ser un maldito clérigo si ya lo ha sido. Se llama ordenarse. ¡Ja! Lo eres de por vida, eh... Amigo, no voy a escribir sobre eso. Para empezar — explicó —, sería... una ofensa. Ya se lo dije al obispo. «Es demasiado privado», le dije. Venga, otra ronda. Esta la pago yo.

Daniel emitió un gruñido de satisfacción y sorpresa al descubrir que tenía un billete de veinte libras. Su humor cambió por completo cuando el camarero se negó a servirle. El dueño del local volvió a intervenir. Macdonald fue hasta el pasillo donde se encontraba el teléfono.

— ¿Ruth? — dijo un momento después —. Soy Mac. Sí, en el Sussex. No, ha entrado hace unos minutos. Sí, me temo que sí. Todavía no, pero le queda poco. Está bien, esperaré hasta que llegues. ¡Oh, de nada! Cuando regresaba, Macdonald oyó unos gritos de confusión en el bar.

Nota: Más información sobre gemelos idénticos o monocigóticos en Twins [Gemelos], de Peter Watson (Hutchinson, 1981), y en otras fuentes. A partir del material de Watson he hecho una selección de parejas de gemelos idénticos que fueron separados poco después de nacer y criados lejos el uno del otro. Se dan más detalles sobre los gemelos que Leo describe (James Lewis y James Springer, nacidos en Piqua, Ohio, Estados Unidos, en 1939) y de las gemelas (Irene Reid y Jeannette Hamilton, nacidas en Reino Unido en 1944) en las páginas 9-11 y 49-52 de Twins [Gemelos].

El profesor Thomas Bouchard reunió a un grupo de investigación para estudiar el tema

en la Universidad de Minnesota en 1971.



FATIGAS Y PROBLEMAS

I

Adrian Hollies era agente literario o, mejor dicho, dirigía una próspera agencia literaria: Parkes & Richards Ltd. de Princess Square, WC2. Una tarde, a principios del mes de mayo, estaba sentado en su oficina hablando con Jack Brownlow, un conocido novelista que llevaba muchos años siendo cliente de la firma. O más bien era Brownlow, aprovechando la ventaja que le daba su antigüedad en la agencia, quien hablaba con Adrian. De hecho, en ese momento le estaba haciendo una de esas preguntas que ningún agente literario de éxito quiere que le hagan en realidad:

— ¿Cuál es tu sincera opinión, Adrian? Quiero decir, asumo que lo has leído entero...

— Por supuesto, Jack. Bueno, si te sirve de algo, creo que demuestra que estás en tu mejor momento. Eh..., por ejemplo el personaje de Tom y su extraordinaria relación con Sonia, por no hablar de su aventura con Amanda, especialmente la parte en la que todos se encuentran...

— Porque si no estás totalmente convencido, creo que tendré que buscar a otra persona que me represente. No voy a ponerte una pistola en la sien.

«No, qué va», pensó Adrian. Pero, en voz alta, dijo:

— No tengo ninguna reserva en absoluto. Nunca he tenido ninguna duda acerca de la calidad de tu trabajo.

Esa segunda parte no era del todo cierta. Al menos dos veces en sus diecinueve años en Parkes & Richards se le había pasado por la cabeza, aunque nunca se paró a pensar detenidamente en ello, que, a pesar de lo que pudiera parecer, tal vez hubiera algo que decir en favor de la obra de Jack. Al fin y al cabo, su primera novela allá por 1958 había sido bastante legible para tratarse de un *bestseller* a nivel mundial.

— Uno de los chicos de Fortuitous Millenium — dijo Brownlow — me ha ofrecido unas condiciones considerablemente mejores para la edición en rústica que las que tú me conseguiste para el último libro.

— ¿Ha sido Mark Skinner?

Brownlow dudó.

— Puede, aunque no me enteré muy bien de su nombre.

— Creo que a estas alturas de tu vida, Jack, harías bien en considerar las ventajas de permanecer cerca de lo malo conocido.

Brownlow conocía lo malo: una pequeña editorial especializada principalmente en historia militar y memorias había tenido la suerte de publicar aquel primer éxito arrollador en 1958, y continuaba reeditándolo, ya que todavía les proporcionaba algunos beneficios, junto con sus fantasiosas crónicas de anciano. De hecho, en el mundo literario Brownlow seguía teniendo un nombre, algo que también ayudaba a la hora de justificar su continuidad bajo los caprichos de Parkes & Richards. Pero tanto el editor como el agente eran reacios, por compasión o por cobardía, a afrontar el hecho de que a la edad de sesenta y tres años el autor ya no era el tipo de propiedad literaria que había sido en el pasado.

En cualquier caso, a Brownlow no le preocupó lo más mínimo el último comentario. Probablemente había captado algo de lo que subyacía en él, pero apenas había empezado el largo proceso de pedir una aclaración cuando un teléfono cercano zumbó. Adrian respondió con fingida molestia.

—Sí. Sí, Tania. Ah, otra vez no. ¿Cuánto hace de eso? Bueno, no recuerdo haberlo conocido. Ah, sí. Está bien. —En los siguientes diez segundos, Adrian hizo gala de algunas de sus expresiones faciales menos agasajadoras—. ¿Señor Pennistone? No, está bien. Bueno, si llegué a decir algo es porque lo pensaba, sí, incluso eso. No, lo recuerdo bien. Su libro es *impublicable*, y cuando digo *impublicable* sé que estoy siendo... Lo siento, pero resulta que en este momento estoy con *Jack Brownlow*, así que comprenderá que... Muy bien, si usted lo dice... Por supuesto. —Golpe sordo.

Era imposible saber si aquella actuación había tenido efecto en el desafortunado Pennistone, pero funcionó a las mil maravillas con Brownlow, que acabó por conformarse con la promesa por parte de Adrian de valorar el asunto e investigar la posibilidad de cambiar de editor, especialmente en lo que se refería a conseguir unas condiciones mejores para la edición en rústica. Así que finalmente todo se había resuelto de la mejor manera.

—¿Puedo ver cómo la metes? —preguntó por fin Brownlow.

Como no era la primera vez que le pedía algo así, Adrian no se mostró tan sorprendido como cabría esperar ante semejante pregunta. Lo que había que meter era la fotocopia del original mecanografiado que Brownlow había traído consigo, y el lugar en el que había que meterla era la caja fuerte de la agencia.

—Sé que parece estúpido por mi parte —dijo sin encontrar ninguna oposición a sus palabras—, pero hasta que la guardas no desaparece el temor de que algún bromista pueda robarme mi única copia. Ahora que también hay una ahí dentro, ya no me importa si mi casa empieza a arder. La mayoría de los autores tienen sus pequeñas manías, y supongo que esa es la mía.

Cuando Brownlow se hubo marchado, Adrian pensó durante un rato en el autor y en la que era realmente su pequeña manía: publicar. Podía interpretarse como

una forma de demostrar su implacable determinación de seguir en contacto con los lectores, un grupo rara vez lejos de sus pensamientos, o tal vez deseara simplemente que no dejaran de considerarlo escritor, algo bastante comprensible en alguien de su trayectoria. Pero incluso perdedores totales como Pennistone tenían su propia versión. ¿Por qué esos autores que casi siempre veían sus expectativas frustradas persistían en seguir escribiendo y queriendo publicar con tanta obstinación, a pesar de todas las decepciones y fracasos? Si todo sucediera como es debido, Brownlow lo habría dejado hacía un par de libros, habría tomado la decisión de vivir de las rentas, se habría dado a la bebida, se habría desplomado muerto o incluso habría encontrado otra cosa a la que dedicarse, pero no, estaba totalmente resuelto a seguir escribiendo sus terribles novelas y a *conseguir que alguien las publicase*.

En este punto de sus reflexiones, Adrian se tropezó casi literalmente con Derek Richards, que salía de su oficina. Derek era el hijo del cofundador de la agencia, y ese parentesco era el único motivo por el que ostentaba su cargo, según las habladurías. Tal vez para compensar, fingía unos modales bárdicos y una mirada salvaje que sugerían que casi siempre estaba ocupado en asuntos de mucha mayor envergadura que el hecho de representar a todos aquellos escritores. No obstante, desprendía una especie de amabilidad distante.

—Has conseguido librarte de ese viejo pelmazo de Brownlow, ¿eh? —dijo.

—Desgraciadamente, nos ha dejado el manuscrito de su nueva novela.

—Por qué no vuelve a sus raíces en... ¿dónde era?, y se queda allí...

—Bristol. Supongo que quiere sentir que sigue siendo escritor.

—¿Quieres decir que en algún momento lo fue?

—Bastantes personas dirían que sí, y todavía deben de quedar algunas que piensan que lo sigue siendo.

Cruzaron el vestíbulo de la entrada del edificio. Derek dijo con aire de indiferencia:

—Sí, me he dado cuenta de que vosotros, los agentes literarios, tendéis a..., ¿cuál es la palabra?, *identificaros* con vuestros clientes. A veces hasta unos niveles bastante conmovedores.

—Tal vez. Deberías oír lo que pensamos en la intimidad de los que son como Brownlow.

—Supongo que no me lo vas a contar.

—¿Nunca has deseado ser escritor, Derek?

—Nunca, gracias a Dios. Tú sí, lo sé. Ten mucho cuidado de que no te ocurra

nada relevante, o puede que te encuentres escribiendo sobre ello.

—No te preocupes: mi vida es bastante corriente.

Pero era evidente que Derek estaba cansado del tema de los escritores y la escritura.

—Así que Keith Gordon ha eludido tanto el brazo de la ley como la bala del asesino —soltó de repente.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Lo he visto en las noticias. Un gran pedazo de mampostería aplastó al villano conspirador cuando estaba a punto de entrar en su oficina en la City. Parece que fue un accidente.

—No creo. Habrá por ahí cientos de desgraciados que han sido víctimas de las estafas de ese cabrón de Ladrón Gordon muriéndose de ganas de acabar con él. ¿Cómo ocurrió?

—Supongo que no esperarás que esté al tanto de todos los detalles, aunque parece que hay bastantes cosas que no cuadran. Hasta ahora no han conseguido encontrar a ningún sospechoso. Al parecer lo que ocurrió fue que...

Y durante el resto del corto paseo hasta el *pub*, que era su destino no pactado, Adrian discutió con Derek la suerte del turbio financiero por todos conocido. Así, la existencia misma de Jack Brownlow se desvaneció por completo de su mente.

II

Un par de mañanas después, Adrian se disponía a abandonar su cómodo apartamento en Tufnell Park para ir a trabajar cuando sonó el teléfono. La chica con la que vivía, una experta en elección de imágenes llamada Julie, respondió.

—Es para ti —le dijo a Adrian, masticando un cruasán.

—¿El señor Hollies? Ah, aquí el sargento Chatterton, señor, de la policía metropolitana, división de Kilburn —dijo una voz juvenil que inspiraba confianza y que a continuación intentó que le confirmara que era el propietario de determinado vehículo. Esta parte de la conversación se desarrolló con un número considerable de teléfonos que sonaban de fondo, timbres que zumbaban y un clamor general. La voz continuó —: Hemos recogido el vehículo en cuestión esta mañana temprano, señor. Estaba mal estacionado cerca de...

—No tenía ni idea, ni siquiera sabía que se lo hubieran llevado —dijo Adrian manifestando cierta consternación.

—Por supuesto que no lo sabía, señor. Tenemos buenas razones para creer que se utilizó en un intento de robo en un local de Maida Vale anoche. Me pregunto, señor, si sería usted tan amable de venir a por él, trayendo consigo los documentos pertinentes para determinar formalmente su propiedad. Daremos orden de que un coche vaya a su domicilio inmediatamente.

Menos de veinte minutos después, un coche blanco con una franja de color naranja alrededor, con la palabra POLICÍA escrita en ella, se detuvo lentamente a la entrada del apartamento. Adrian cogió los papeles necesarios y buscó a Julie para darle un beso de despedida, pero ella ya se había marchado. Fuera, en la acera, un hombre robusto de cara sonrosada, de treinta y tantos años, y otro más joven, pálido y más alto, lo esperaban. Ambos llevaban el elegante uniforme policial y gorras con visera.

—¿El señor Hollies? —dijo el policía de más edad—. Muy amable de su parte atendernos tan rápidamente, señor. Soy el agente Beaumont-Snaith y este es el agente Llewelyn. Todo este asunto debe de haberle pillado por sorpresa, señor, pero no se preocupe, se solucionará rápidamente.

Pensando vagamente en una confirmación de sus identidades, Adrian dijo:

—Creí que vendría un tal sargento Chatterton.

—Oh, está esperándole en comisaría, señor. Me temo que en los últimos tiempos el pobre viejo Chatty se queda cada vez más cerca del escritorio, ¿verdad, Taff?

—¡Ah, y tanto! —confirmó Llewelyn con una risita.

—Si no le importa subir atrás, señor Hollies. Irán un poco apretados, me temo, pero esta semana nos tiene que acompañar a patrullar alguno de los novatos. Chris, este es el señor Hollies. Le presento al detective Fotheringay.

—¿Así que es usted detective? —le preguntó Adrian con curiosidad a aquel hombre grande vestido de civil, mientras se acomodaba junto a él en la parte trasera del coche. Oyó que Llewelyn decía algo de volver a la base por un micrófono de mano.

—Le contaré todo lo que quiera saber al respecto, señor —dijo el hombre grande con voz grave—, si me hace usted el favor de recoger ese dossier que hay en el suelo. Me temo que me queda un poco lejos.

—Por supuesto.

Los dedos de Adrian todavía no habían tocado el cartón rectangular gris que había en el suelo frente a él cuando una mano fuerte lo agarró por la nuca y lo empujó hacia abajo. Notó cómo una punta afilada penetraba en la piel de la parte superior de su brazo, atravesando su chaqueta y la manga de su camisa y, antes de que lo asaltara el miedo, se sintió flotando en una región en la que no había ni policías ni vehículo ni ninguna otra cosa de la que preocuparse.

Después de un lapso de tiempo imposible de medir, Adrian se dio cuenta de que se hallaba tumbado sobre una cama que le resultaba desconocida. Poco a poco comprobó que esa cama se encontraba en una habitación igualmente extraña, pequeña y limpia, con muy pocos muebles. La luz era tenue, pero lo suficientemente definida para estar seguro de que provenía de alguna fuente artificial y no de las dos ventanas, que tenían pesadas cortinas y que, como descubriría más tarde, habían sido cubiertas con una gruesa capa de pintura. En cualquier caso, no le resultó difícil leer las pocas palabras mecanografiadas en una hoja de papel que encontró sobre la mesita de noche, al lado de un timbre eléctrico del que salían unos cables. El mensaje decía: «No intentes salir. No lo conseguirás».

Adrian comprobó que seguía vestido igual que antes, excepto por los zapatos, la corbata y la chaqueta, que estaban a su lado. Había dos puertas en la habitación: la principal debía de estar atrancada desde fuera, y la otra estaba abierta, dejando ver un baño pequeño y proporcionado que tenía un váter, un lavabo, una ducha, un peine, jabón y toallas..., todo en buen estado. No había maquinilla de afeitar. De hecho, no había nada más. Adrian hizo pis, se lavó las manos y la cara, y se peinó. De vuelta a la habitación, examinó una mesa cercana a la ventana principal que antes le había pasado completamente desapercibida. Bajo un paño blanco había un plato con sándwiches de queso y una botella de *whisky*. Sin pensárselo demasiado dio buena cuenta de las dos cosas, que encontró excelentes. Después se puso los zapatos, la corbata y la chaqueta, pulsó

el timbre y se sentó en una silla acolchada que había frente a la puerta principal.

En menos de un minuto la puerta se abrió y entraron los dos hombres a los que Adrian conocía como Beaumont-Snaith y Fotheringay. Ambos habían cambiado sus atuendos previos por sudaderas y vaqueros. Sus modales ya no eran tan respetuosos, aunque no llegaron a ser hostiles en ningún momento.

—¿Cómo te sientes, Hollies? —preguntó Fotheringay con su tono bajo. Se sentó con suavidad en el extremo de la cama mientras Beaumont-Snaith se apoyaba en la pared, junto a la puerta.

—Un poco lento —dijo Adrian—. Como flojo. Supongo que sigo amodorrado por culpa de eso que me habéis metido. ¿Qué era?

Fotheringay miró a Beaumont-Snaith, que le dijo que no entrara en el juego y añadió:

—Solo he cogido lo que me han dado y te lo he puesto como me han ordenado.

Después de asentir con resignación, Fotheringay le dijo a Adrian:

—Bueno, la siguiente orden es que te llevemos para que hables con, eh..., con el que está justo por encima de nosotros, si ves que te sientes preparado, claro. En realidad no hay prisa.

—Oh, me parece bien. Estoy preparado.

—Ah, vale. —El hombre grande no se movió—. ¿No tienes miedo, Hollies?

—Naturalmente que lo tengo. Llevo unos veinte minutos, desde que me he despertado, preguntándome muchas cosas..., por ejemplo, qué es este sitio y qué se supone que hago aquí. O más bien por qué habríais traído aquí al tipo con el que evidentemente me habéis confundido.

—Oh, así que imaginas que te han confundido con otra persona...

—Sé que ese es el caso.

Junto a la puerta, Beaumont-Snaith se estiró.

—Creo que ya es hora de que te llevemos a conocer al que está justo por encima de nosotros, ¿no, Fotheringay?

Recorrieron parte de un pasillo enmoquetado en forma de L en el cual y desde el cual no podía verse nada y, excepto por el murmullo del tráfico a lo lejos, tampoco escucharse nada. No obstante, Adrian tuvo la impresión de que se encontraba en el piso superior de un edificio de tamaño considerable que se erigía en un lugar apartado. Beaumont-Snaith, que abría la marcha, llamó con los nudillos a una puerta cerrada y entró, seguido de los otros dos.

Un hombre acicalado y bien vestido, de unos cuarenta años, que estaba sentado

detrás de una gran mesa escribiendo algo dejó su bolígrafo, se quitó las gafas con una exclamación de placer, se puso en pie y extendió su mano.

—Buenos días, señor Hollies —dijo afablemente, con un tono decidido que a Adrian le resultó vagamente familiar—. Por favor, tome asiento. Me alegra que haya podido venir.

Sin voluntad, Adrian estrechó la mano que le ofrecían y casi del mismo modo espontáneo tomó asiento en una cómoda silla cerca de la mesa, en ángulo con la misma. Apenas necesitó echar un vistazo a los pesados muebles, las hileras de libros y revistas o los grabados italianos para darse cuenta del estudiado ambiente profesional de gustos caros. Beaumont-Snaith y Fotheringay habían desaparecido.

—En este punto del proceso —dijo el hombre desde detrás del escritorio, sonriendo—, debería pulsar un interruptor y decirle a alguien entre bastidores que no quiero ninguna llamada ni ninguna visita hasta nuevo aviso, y la voz distorsionada de ese alguien se daría por enterada, pero eso tal vez sería ir demasiado lejos. Aun así, hay un interruptor aquí que puedo pulsar para provocar que suceda algo bastante divertido.

No se escuchó ningún interruptor, pero un momento después se oyeron ruidos de teléfonos que sonaban, timbres que zumbaban y otras cosas parecidas provenientes de un altavoz o altavoces ocultos. Con otra sonrisa, esta vez una sonrisa entusiasta, inocente, casi infantil, que habría podido decir que quería volver a oír uno de sus cuentos favoritos, el desconocido recitó sobre los ruidos de fondo:

—¿El señor Hollies? Ah, aquí el sargento Chatterton, señor, de la policía metropolitana, división de Kilburn. Me preguntaba si le importaría confirmar que es usted el propietario de... —Y seguían los detalles del vehículo. A mitad del discurso, los altavoces se detuvieron—. Y, de eso, ¿qué opina, eh?

—Creo que, sea lo que sea lo que tratan ustedes de hacer, se están equivocando de hombre.

—Ah, el hombre *equivocado*. Ya veo. Pero me temo que eso es del todo imposible, señor Hollies. Bueno, comprobémoslo, ¿no? Allá vamos: Adrian Hugo Hollies, hijo menor de Frederick Irving Hollies, fallecido, y de Diana Victoria, de soltera Barto. Alumno de la Westminster School y del Trinity College, Oxford, bla, bla, bla, actualmente director de Parkes & Richards, etcétera. Ah, sí. Eh..., novia actual, con la que convive, Julie Scharwenka, empleada de Central Magazines pie. Esa es su vida, ¿no, señor Hollies?

—Sí, pero insisto en que es imposible que esto vaya dirigido a mí y en que tiene que tratarse de un error... Tal vez el error se haya cometido en una etapa inicial,

por Dios. Estoy seguro.

—Vaya, lamento decirle que ese tampoco es el caso —repuso la voz de Chatterton antes de volver abruptamente al tono de corredor de bolsa que había esgrimido segundos antes—. Tendrá que confiar en mi palabra respecto a eso, querido amigo. Yo estaba presente cuando se organizó todo, y usted, Adrian Hugo Hollies de Parkes & Richards, ha sido el protagonista de esta escena desde el principio.

—Ah. ¿Y qué *escena* es esa?

—Usted ya conoce parte de la respuesta a esa pregunta. Un proceso para retirarlo a usted de su vida cotidiana y mantenerlo encerrado durante un período de tiempo indefinido en algún lugar del que no podrá escapar ni ser rescatado jamás.

Esto silenció a Adrian, pero solo durante un momento:

—¿Eso es todo?

—Es lo que usted podría haber inferido solo, sin ayuda. La otra parte es que su experiencia aquí es un fin en sí mismo. No le solicitaremos ningún tipo de información ni ninguna firma en una confesión ni ningún otro tipo de acción o reacción. Pase lo que pase, usted se queda. ¿Entiende?

—Iba a preguntar, aunque no sé por qué debería esperar que me ayudase usted en algo, si se supone que esto es un castigo por algo que he hecho.

El hombre que Adrian siempre asociaría con Chatterton negó con la cabeza. Era una cabeza bastante hermosa; de hecho, todo su ser irradiaba algo parecido a la distinción.

—No —dijo con firmeza—. Pero hay una cosa cierta: en realidad sí ha hecho usted algo que ha disgustado a una persona. No obstante, decirle el qué significaría renunciar inmediatamente al anonimato que es la esencia de esta empresa, y..., y, al fin y al cabo, el castigo sufrido sin conocer ni la ofensa ni al ofendido apenas puede llamarse castigo. Así que llamémoslo venganza. Alguien trata de encontrar satisfacción tomando represalias contra su persona por alguna injusticia que usted ha cometido. —Chatterton parecía poco complacido con su explicación, pero después de una pausa continuó con fluidez—: Y esa satisfacción y esa injusticia no se corresponden con ninguna definición legal, o de otro modo mi jefe sin duda habría buscado remedio en los tribunales.

Terminó su solemne discurso con un aire de triunfo, sonriendo mientras hablaba y reacomodándose a saltitos en su silla.

—¿Así que quiere decir que cualquier persona sensata pensaría que sea lo que sea lo que se supone que he hecho es ridículamente desproporcionado en

comparación con este maldito embrollo, tan complicado y obviamente carísimo? Chatterton parecía agotado.

—Lo siento, señor Hollies, creo que no le sigo.

—¿De verdad? Bueno, piense en esto. Soy agente literario y, como tal, he cometido muchísimas injusticias con infinidad de personas, o lo que ellas considerarían injusticias. Y en mi vida privada he hecho bastantes cosas de las que me avergüenzo, como muchos de nosotros. Pero nada a esta escala. A menos que su jefe esté loco. Bueno, ¿lo está? ¿O tendría que decir loca?

La pregunta pareció desconcertar un poco a Chatterton.

—Me temo que no estoy en disposición de responder a esa pregunta. O, más bien, puedo asegurarle, entre nosotros, que a efectos prácticos él o ella... está completamente cuerdo.

—¿Le he hecho daño a usted? —preguntó Adrian rápidamente.

—Oh, no, señor Hollies... Usted nunca me ha hecho nada, nada en absoluto. Bueno, de hecho, usted no me había visto antes, ¿no es cierto? —Durante un momento, la vaga presencia del cercano sargento Chatterton dominó por completo al Chatterton Consejero de la Reina o Miembro del Colegio Oficial de Cirujanos, ahora ausente —. Entre usted y yo no hay ningún problema.

—Entonces, ¿por qué pierde su tiempo con esto?

En esta ocasión, el Chatterton sofisticado estaba preparado.

—Por supuesto, la organización se asegurará de que esta interrupción no me aparte de mis actividades cotidianas.

—Como descansar, ¿eh? —Cuando este comentario no obtuvo como respuesta más que un movimiento de cabeza, Adrian prosiguió—: ¿Cuánto espera que dure esta interrupción?

—Eso es fácil —dijo Chatterton con una sonrisa menos complaciente que antes —. Lo que dure.

—Lo que dure ¿qué? Lo que dure ¿para qué?

—Tenemos un modesto programa organizado para usted, señor Hollies, pero me temo que en este momento sería prematuro especular acerca de su duración. Ya comprobará usted mismo que dura lo suficiente para satisfacerle. —Esta última parte fue pronunciada en un tono no muy convincente.

—Ya veo. Me refiero a que veo que no sacaré nada de usted si puede evitarlo. ¿Por qué ha hecho que me traigan aquí, a esta habitación?

—Si de verdad quiere saberlo, para hacerle descartar cualquier absurda hipótesis

que pudiera haber barajado sobre el motivo de su presencia aquí, para impresionarle con...

—Pero dejando un enorme interrogante en cuanto a la desproporción del castigo en comparación con mi supuesto delito.

—Desde nuestro punto de vista, no está nada mal que se mantengan esos interrogantes —dijo Chatterton con cierta autosuficiencia. Después de una pausa, añadió con un tono diferente—: Simplemente quería echarle a usted un vistazo.

—Espero que las vistas hayan compensado las molestias.

—¿No tiene miedo, señor Hollies?

—Uno de sus subalternos me acaba de preguntar lo mismo. Le dije que, por supuesto, lo tenía, pero que estaba intentando que no interfiriera en mis capacidades de observación y raciocinio.

—Admirable, si es cierto... —Chatterton volvió a hacer una pausa antes de continuar rápidamente—: Tengo noticias para usted, Hollies. Nadie le hará ningún daño físico. De hecho, nada doloroso va a ocurrirle, nada... *desagradable*, ¿me entiende? —Después, con otro cambio de humor o de entonación, continuó —: Pero antes de que esto acabe llegará a desear que todo lo que va a tener que aguantar hubiera sido más bien físico, algo penoso de esa forma, algo que realmente... doliera. Bueno, ya he dicho suficiente. Ah, ya empezamos.

Se abrió una puerta y el hombre antes llamado agente de policía Llewelyn, sin duda convocado unos pocos segundos antes, entró en la habitación balanceándose y un poco encorvado hasta que una especie de aullido militar de Chatterton lo espabiló de golpe. Adoptando una especie de postura alerta, dijo en voz alta:

—Sí, señor.

—Despierte, Llewelyn.

—Lo siento, señor. Le juro que estoy despierto.

Esto lo dijo con un evidente acento galés. El tipo se había quitado la chaqueta, pero seguía llevando los pantalones del uniforme. Aunque no hubiera ningún otro cambio claro en su aspecto, parecía extraordinariamente desaliñado.

—Lleve al señor Hollies a su habitación y asegure la puerta.

—Entendido, señor. —Llewelyn habló con aspereza.

Adrian miró a uno y a otro durante su actuación. Su expresión ofendió a Chatterton, que le dedicó un brusco gesto de despedida e indicó a Llewelyn con impaciencia que se lo llevara.

Su viaje de vuelta por el pasillo fue menos tranquilo que el de ida. Desaliñado o no, Llewelyn era bastante fuerte y lo animaba innecesariamente a seguir avanzando con la mano, que le apretaba la parte superior del brazo. La puerta de la habitación en la que se había despertado estaba entreabierta, y la mano de Llewelyn volvió a empujarlo para que cruzara el umbral. Antes de que cerrara la puerta, Adrian le gritó:

— ¡Que el diablo te ennegrezca esa cara blanca a fuerza de maldiciones!

Llewelyn lo miró fijamente con una expresión de perplejidad, sorpresa, consternación o las tres cosas a la vez. Pero durante un momento no habló ni se movió.

— Os invito a asistir a mi coronación en Esconia.

En ese momento, Llewelyn frunció el ceño ferozmente y le dio a Adrian un empujón lo suficientemente enérgico como para hacerle tambalear y hasta casi caer. Cuando se recuperó, la puerta ya estaba cerrada y, como comprobó acto seguido, asegurada. Su instinto lo incitaba a intentar forzarla, pero no tenía con qué hacerlo, al menos no de una forma rápida o silenciosa. Y un movimiento decisivo como ese sería absurdo si no sabía dónde encontrar una puerta de salida de la casa. Y cómo abrirla. Si es que la había. Al final tendría que resignarse a aceptar el consejo que había recibido al despertarse: no escaparía por sus propios medios.

El pedazo de papel que contenía ese mensaje ya no estaba allí. Los restos de su tentempié también habían sido recogidos. Habían vuelto a hacer la cama. Un examen más detenido le descubrió un pijama, ropa interior nueva y camisas. Su mundano pragmatismo parecía concebido para desanimarlo. Con la cabeza inclinada atravesó lentamente la habitación un par de veces, pero después se detuvo y durante unos minutos contempló la pared con la mirada perdida. A continuación se sentó en la cama y se quedó absorto durante unos segundos antes de dejar caer la cabeza entre las manos y empezar a mecerse adelante y atrás. Cualquiera que lo viera habría dicho que allí estaba sentado un hombre profundamente desdichado, si no desesperado. Inmediatamente, Adrian subió las piernas a la cama y se recostó de lado con las rodillas sujetas entre las manos. Contra todo pronóstico, se quedó dormido.

Pasó otro período de tiempo inconmensurable. Al final, ante el sonido de la puerta que se abría, Adrian se levantó de un salto y se quedó de pie junto a la cama, alisándose el pelo y enderezándose la corbata. Cuando los cuatro hombres que había visto antes entraron en la habitación, lo encontraron frente a ellos en actitud desafiante.

Después de dirigirle una mirada de peculiar repugnancia, Chatterton se movió hacia un lado, como para subrayar su estatus de supervisor.

– Acérquese, Hollies – dijo con brusquedad.

Fotheringay y Llewelyn comenzaron a avanzar hacia él para agarrarlo, pero Adrian los evitó.

– Déjeme acercarme por mí mismo, por favor. Todavía soy capaz de poner un pie delante de otro.

– Ah, buena actuación, señor – dijo Fotheringay –, aunque cualquiera puede ver que está muerto de miedo. ¿Por qué no lo admite?

– ¿Qué, muerto de miedo por ustedes?

La respuesta inmediata de Fotheringay fue darle un puñetazo a Adrian en el estómago. Este cayó sobre la cama.

– Eso ha sido absolutamente innecesario – dijo alguien: Chatterton.

– Solo ha sido un golpecito, eso es todo. Mire, ya se está levantando.

– Tenemos órdenes expresas de no dañarlo físicamente.

– No le quedará ninguna marca, si eso es lo que le preocupa.

Para entonces, Adrian estaba frente a ellos de nuevo, todavía jadeando y gimiendo, doblado en dos. Pero se había levantado, y se le permitió salir por su propio pie de la habitación, avanzar por el pasillo y entrar en una habitación de más o menos las mismas dimensiones, aunque dividida parcialmente por una pantalla pintada de gris que se movía con ruedas. Allí había dos hombres: tras un primer vistazo, uno de los dos se metió detrás de la pantalla y el otro condujo a un sumiso Adrian hasta un rincón donde había un estrecho sofá sin respaldo, del tipo de los que hay en las consultas de los médicos.

– Quítese la chaqueta y la camisa y luego póngase de pie aquí, por favor.

Adrian siguió las instrucciones y dejó que le tomaran la tensión y que lo auscultaran. Ambos ejercicios se realizaron rápidamente, pero a conciencia.

– Ahora siéntese y respire profundamente varias veces cuando se lo indique, por favor.

Sintió sobre distintos puntos de su espalda el pequeño y frío círculo del estetoscopio.

– Gracias. Por favor, vístase y siéntese en la silla.

– ¿Bien? – preguntó otra voz.

– Su corazón y la circulación parecen estar perfectos. Tiene la tensión más alta de lo normal, pero obviamente se encuentra en un estado de nerviosismo extremo, tal y como muestra su ritmo respiratorio.

– Entonces, ¿no hay riesgo real?

– En una empresa de esta naturaleza siempre hay un riesgo, pero si se refiere a si estoy dispuesto a asumir ese riesgo, la respuesta es sí, lo estoy.

– Bien. Entonces, adelante.

– ¿Señor Hollies? Señor Hollies, voy a dormirlo durante un par de minutos, solo eso. Cuando se despierte, seguirá de una pieza y aquí. ¿Comprende? Bueno, allá vamos.

Cuando Adrian volvió en sí después de lo que sospechó había sido un período corto de tiempo, se sentía algo incómodo. Lo habían atado a una silla de tal forma que no podía levantarse, y también le habían amarrado las muñecas a los brazos de la misma. Y aún peor, le habían sujetado fuertemente la cabeza y le habían colocado lo que parecían pedazos de cinta adhesiva en los párpados para impedir que se le cerraran lo más mínimo. Una gran pantalla como de televisión, en ese momento en blanco, ocupaba la mayor parte de su campo de visión. Debió de hacer algún movimiento, porque casi inmediatamente una voz le habló desde detrás de la silla: la voz de un hombre que parecía ser una especie de médico.

– ¿Cómo se siente?

– Limitado.

– ¿No tiene náuseas ni problemas para respirar?

– Nunca en mi vida me he sentido mejor.

– Bien dicho, señor Hollies. Muy valiente. Feliz visionado.

Mientras hablaba, se oyó un clic: la pantalla que había frente a Adrian se encendió y a continuación, con una definición excelente y vivos colores, empezaron a aparecer imágenes.

La primera de ellas, la de una mujer joven y atractiva, le resultó bastante agradable, y no objetó nada cuando, sonriendo a la cámara, procedió a desvestirse, ni le pareció que lo que siguió inmediatamente después fuera particularmente embarazoso. En el momento en que se le unieron otras personas, sin embargo, Adrian empezó a mostrar signos de incomodidad y, poco después, de preocupación. Cuando un grito de dolor sonó desde la pantalla, luchó por liberarse y volver la cabeza. En menos de un par de minutos estaba emitiendo sonidos de angustia y, en la medida de sus posibilidades, revolviéndose con violencia. Un grito de terror femenino y su propio grito se alzaron al unísono, y en ese momento el film se congeló y dos hombres o más lo agarraron y lo amordazaron. Pero en cuanto volvieron a ponerse en movimiento las formas coloreadas y a escucharse los sonidos correspondientes, Adrian

demostró a qué volumen puede llegar a vociferar un hombre amordazado, especialmente en forma de gritos ahogados y sonidos inarticulados de protesta y dolor. Al final, el hombre que había hablado el último se adelantó apresuradamente y, con la pantalla ahora negra, se hizo el silencio.

Esta vez Adrian se despertó tumbado en su cama. Los párpados le escocían, los ojos le dolían y tenía el labio inferior hinchado y dolorido. Recordaba habérselo mordido y recordaba cómo la sangre le había resbalado hasta la barbilla. A pesar de todo, se sentía cómodo y lánguido, y supuso que se encontraba bajo los efectos de algún sedante o analgésico. Estaba solo. Al rato, después de tomarse su tiempo, se dio impulso para sentarse en el borde de la cama. No tuvo que esperar mucho.

La puerta hizo clic un par de veces y se abrió para dejar paso al supuesto médico, que ahora llevaba traje y corbata. Miró detenidamente a Adrian y dijo:

— Debería estar usted acostado.

— Puedo descansar cuando quiera. No voy a irme a ninguna parte.

El médico no estaba escuchando. Sacó de su chaqueta dos pequeños contenedores y se los entregó.

— Tome dos de las rojas pequeñas para que deje de dolerle, no más de seis cada veinticuatro horas. Las blancas le relajarán y le ayudarán a dormir. Una dosis de dos, máximo seis al día, ¿ha entendido?

— ¿Se va a algún sitio?

— Tengo otras cosas de las que ocuparme.

Cuando el doctor se hubo marchado, Adrian fue al baño y regresó con un vaso de agua. Antes de que pudiera tomarse una pastilla, se oyó el sonido inesperado de un golpecito en su puerta.

— Adelante — dijo en voz alta. Cuando vio a Chatterton y a Fotheringay, se levantó con cierta inestabilidad, agarró una silla por el respaldo y se lanzó sobre ellos, gritándoles que no le pusieran las manos encima.

Fotheringay hizo un movimiento con el brazo y le arrebató la silla.

— Siéntese, señor Hollies — dijo tranquilamente.

Mientras volvía a sentarse en la cama, Adrian dijo:

— ¿Podrían decirme una cosa? ¿Por favor?

— Tal vez.

— Esas... esas cosas que me obligaron a ver... no eran reales, ¿verdad?

— Bueno...

— Cuando esos hombres..., cuando obligaron a la chica a hacer lo que hizo..., eso no estaba ocurriendo en realidad, ¿verdad? Por favor, díganme que no.

— Nosotros no estábamos allí, Chatterton y yo.

— Quiero decir, cuando empezaron..., empezaron..., esa pobre chica —dijo Adrian, y estalló en lágrimas, en atroces sollozos que intentaba contener al mismo tiempo—. Lo siento —balbució unos momentos más tarde—, lo siento, pensé que no me alteraría al preguntar, pero cuando ha llegado el momento... no he podido. Lo siento.

— No deje que eso le afecte, Adrian —dijo Fotheringay—. Todo lo que vio era un maldito truco fotográfico. Es increíble lo que se puede hacer hoy en día, ya sabe. Imagínese, a alguien debe de haberle costado una fortuna. Pero, en cualquier caso, no hace falta que se inquiete usted de esa manera.

— No, pero cuando creyó que era real... —dijo Chatterton.

— Absolutamente —dijo Fotheringay—. Ah, no, y eso lo valoro muchísimo.

Sobrevino una pausa incómoda, durante la cual Adrian pareció recomponerse mientras los otros dos esperaban a que prosiguiera. Al final fue Fotheringay quien asintió con resignación y habló.

— Eh... Aquí Chatterton y yo estábamos hablando y llegamos a la conclusión de que no queremos seguir con esto. Con «esto» nos referimos a la especie de actuación o farsa o fantasía en la que hemos participado hasta el momento. Ahora que le conocemos un poco mejor, imaginamos que ha sido víctima de una injusticia, y lo sentimos, ¿entiende? Lo que pasa es que ninguno de los dos teníamos trabajo, estábamos pasando por un momento difícil... Y entonces va y aparece este tipo y nos llena los bolsillos y nos dice que habrá más todavía si cuidamos de alguien durante un par de días y nos comportamos de acuerdo a una especie de guión que tiene para nosotros, ya sabe usted a qué me refiero. Decimos que de acuerdo. Pero...

Chatterton interrumpió el atropellado discurso en ese momento. Durante lo que siguió, se quedó más cerca del papel de sargento de policía que del tipo sofisticado al que Adrian había visto al principio.

— La historia es que ese señor X lo tenía todo dispuesto para ejecutar un programa completo de experiencias desagradables con el objetivo de castigar a alguien por quien sentía una auténtica aversión. Ha tenido usted suerte de no pasar de la primera de la serie, porque después venían cosas mucho peores. Pero entonces, en el último momento, el trabajo se cancela. El personaje para el cual se había organizado todo esto de repente desaparece.

— Lo que viene a decir que está muerto —dijo Fotheringay.

— ¿Alguien que conozco? — preguntó Adrian.

— Espero que no, por su bien.

— Keith Gordon — dijo Chatterton—. También conocido como Ladrón Gordon. Tuvo la mala suerte de estar bajo un par de quintales de mampostería que cayeron del tejado de su oficina. Parece ser que fue un accidente.

— Oí hablar de ello — dijo Adrian.

— Dicen que le habían advertido que no era seguro, pero era tan puñeteramente mezquino que no se ocupó de que lo repararan — dijo Fotheringay.

— Obra de Dios — dijo Chatterton con satisfacción—. Por una vez lo ha hecho bien. En fin, señor Hollies, imagínese dónde dejó eso a nuestro señor X. Había desembolsado un buen montón de pasta y en un abrir y cerrar de ojos todo se echaba a perder. ¿O no? Si yo hubiera estado en su lugar, me habría resignado y lo habría dejado estar, pero este no es de los que aceptan que el dinero se vaya por el desagüe. Así que, ¿qué tal un sustituto para Ladrón Gordon? Resumiendo, el mejor que se le ocurrió fue A. Hollies Esquire, un auténtico cerdo que resultó ser un simple agente literario. No es que esté intentando restarle méritos, señor Hollies.

— No, por supuesto que no.

— Bien. De todas formas, ¿qué le había hecho?

— Nunca le he hecho mucho a nadie. ¿Qué les dijo que le había hecho?

— No traté con él directamente, pero era algo referente a una mala praxis inadmisibles.

— En mi negocio no vale la pena engañar a nadie. Supongo que pude haberle dicho que había escrito un libro que no valía la pena publicar.

— Puede ser, sí — dijo Fotheringay—. Algo insignificante, como un libro. Acuérdate de que desde el principio siempre pensé que ese tipo estaba loco.

— Usted mismo dijo que esto era desproporcionado, ¿no, señor Hollies? ¿Y ha abusado usted alguna vez de una chica, como me dijeron anoche? Por supuesto que no. Nadie que lo haya visto reaccionar ante una supuesta violación real creería algo así. ¡Oh, Dios mío!

— No tenemos mucho tiempo — dijo Fotheringay—. Ya nos hemos disculpado. Ahora vamos a acabar con esto. Pero entenderá, Adrian, que tenemos que protegernos. Le pedimos, es lo único que podemos hacer en estas circunstancias, le pedimos que nos ayude. Usted es un tipo listo y sabe cosas de historias, escritura de guiones y todo eso. Ahora póngase manos a la obra y escriba una historia, ¿eh?, para que nos la aprendamos, Chatterton y yo, ¿vale?... Cuente

cómo nos redujo y consiguió salir de aquí. Del estilo: «Golpeó a uno en la cabeza y engañó al otro». ¿Pilla la idea? Tiene un par de horas para hacerlo lo mejor que pueda. Le ayudaremos en cuanto nos sea posible, le doy mi palabra de honor.

—¿Y qué pasa con Beaumont-Snaith y Llewelyn?

—Sí, bueno... Me imagino que Llewelyn hará lo que le digamos, ¿no, Chatterton? En cuanto a Beaumont-Snaith..., se ha llevado un buen porrazo en la cabeza justo ahora, cuando estábamos discutiendo qué hacer... Así que puede ser que acabe ajustándose al plan sin rechistar. Vamos a ver cómo va la cosa...

—¿Y no sería más fácil —dijo Adrian— simular que hemos seguido el programa completo?

Fotheringay asintió lentamente con las cejas levantadas.

—Vale, pero solo si está dispuesto a pasarse los siguientes dos meses fingiendo ser un manojo de nervios, que es como estaría si siguiéramos con nuestro plan. Y si nosotros estamos dispuestos a confiar en usted... por supuesto. No, creo que mejor seguimos adelante con el plan A.

III

—Y supongo que el plan A funcionó razonablemente bien —dijo Derek Richards la semana siguiente.

—Eso es lo que yo también supongo —dijo Adrian—. Fuimos listos y empezamos por destrozar el sistema de circuito cerrado de televisión, que naturalmente yo había asumido que existía desde el principio. Después le hice ver que sabía un poco de karate, en cualquier caso lo suficiente para reducir a Beaumont-Snaith. Un nombre maravilloso. Y, en cuanto a si funcionó, no tengo quejas, aunque debo decir que, si yo fuera uno de ellos, no estaría muy tranquilo ahora mismo.

—¿Y qué hay del médico?

—Exmédico. Iba a desaparecer en algún lugar del extranjero ocurriera lo que ocurriera, porque al parecer ya había tenido en el pasado algún problema serio en el ejercicio de su profesión, y así lo hizo, dicho y hecho. Era médico de verdad, por cierto... Un tipo completamente diferente de los otros.

—¿Qué te hizo sospechar?

—Bueno, en general su forma de hablar, de comportarse y ese tipo de cosas, como si estuvieran esperando su turno para salir a escena, con su papel bien aprendido. Si hubieras crecido con una familia de actores como yo, te habrías percatado al instante. ¿Nunca te has fijado en la rapidez y la seguridad con la que, cuando enciendes la televisión o cambias de canal aleatoriamente, puedes decir si lo que estás viendo es una actuación, por muy convincente que sea, o la vida real? Me di cuenta demasiado tarde de que esos tipos hablaban como los polis de las series de la tele, no como los polis de verdad, aunque esa representación no estuvo tan mal. Pero los villanos sí sobreactuaron. Entonces, cuando le dirigí a Chatterton dos frases teatrales casi una detrás de otra y no movió ni una pestaña, supe que tenía razón, y lo confirmé soltándole un par de versos de *Macbeth* a Llewelyn, que reaccionó con una mezcla de horror y conmoción. Debe de haber sido figurante en alguna producción de la «obra escocesa», como ellos la llaman, porque creen que trae mala suerte incluso llamarla por su nombre. Todos son extremadamente supersticiosos.

»¿Qué más sabía del mundo del teatro? Que son elocuentes pero aprenden despacio. Que son conformistas, emocionales y sentimentales. Impresionables, y sobre todo que se dejan impresionar por la actuación. Que están tan metidos en el teatro que ver un papel representado con convicción, en otras palabras, un poco sobreactuado, les afecta más de lo que les afectaría algo real. Así que

empecé a meterme en mi papel de hombrecillo decente y heroico que se enfrenta a los matones aunque esté muerto de miedo y que puede soportar su propio sufrimiento, pero no el de otras personas. Y fue un gran éxito, ¿no?

—No te subestimes, querido amigo. También demostraste tener muchas agallas.

—Descubrí que podía perderme gran parte de esa película si miraba hacia arriba. Y todo es más fácil cuando uno está actuando. Tengo que irme.

—Y Julie, ¿dónde cree que estuviste?

—Con otra. Ha tenido una aventura, así que no hay problema. Estábamos pasando por un mal momento. Y solo pasé fuera una noche.

Adrian dejó a Derek Richards en su oficina y subió a la suya solo. Lo que no le había contado a Derek ni a nadie más es que, en cuanto regresó a su despacho, telefoneó a ese tal Pennistone cuyo lamentable libro sobre el mundo de las altas finanzas había rechazado con tanto acierto, y que, con una única frase, le informó de su regreso. Tampoco le había contado que la única respuesta al otro lado de la línea fue un silencio de medio minuto.

Después, Adrian se sintió más que satisfecho por haber identificado al hombre al que Chatterton había llamado tan dramáticamente señor X y por haber zanjado el asunto con él de esa forma tan elegante. Le quedaba, eso sí, el leve deseo de conocer la ubicación de la casa a la que lo habían llevado drogado y de la que lo habían traído con la cabeza, aunque con su consentimiento, cubierta con una bolsa.

Pero hubo algo más. Con la obstinada puntualidad de lo inoportuno, Jack Brownlow llegó menos de dos segundos después de la hora convenida, deshaciéndose en disculpas por desperdiciar de esa manera el valioso tiempo de la agencia. Se acomodó en una silla cerca de la ventana, atribuyéndose una importancia que sugería que estaba convencido de que, en los años venideros, a los que visitaran esa oficina les dirían en voz baja que esa era la mismísima silla en la que Jack Brownlow solía sentarse. Sin duda, por ese motivo llevaba su viejo traje de costumbre.

—¿Tuviste ocasión de echarles un vistazo a esas fotocopias que te dejé el otro día? —preguntó una vez instalado.

—Sí, lo hice. —En lugar de continuar diciendo que le había parecido que eran las primeras páginas de la última novela que Brownlow había publicado ya, y que incluso tuvo que comprobar que no lo eran, o al menos no exactamente las mismas, Adrian dijo —: No sé cómo lo logras.

Afortunadamente, Brownlow no se ofreció a explicar cómo. Se limitó a decir:

—Es un alivio. Pensé que ya iba siendo hora de romper radicalmente con lo que

el público espera de mí.

Adrian respondió algo. Desde luego no le dijo que se le había ocurrido una idea para una especie de *thriller* que empezaba con un secuestro, idea que le cedería de buen grado a Brownlow si realmente pensara que era hora de romper radicalmente con lo que el público esperaba de él. Pero escuchar otro discurso acerca de cómo los novelistas deberían ceñirse a su propia experiencia podría resultarle insoportable.



LA OPORTUNIDAD DEL CAPITÁN NOLAN

Una obra de teatro para radio

PERSONAJES PRINCIPALES (*Un * señala que el personaje no es real*).

CAPITÁN LEWIS NOLAN

Aproximadamente treinta años. Un irlandés de buena familia criado en Milán.

LORD ROBERT CECIL

Veintitantos años. [Más tarde, lord Salisbury].

CAPITÁN IVOR MORRIS

Unos pocos años mayor que Nolan. Viste y habla como un galés bastante pijo. «Ivor» es invención mía. No he dado con el verdadero nombre de pila de Morris ni tampoco he encontrado gran cosa sobre él, pero un tal capitán Morris sin duda lideró el regimiento n.º 17 de Lanceros durante la carga, a la que sobrevivió aunque gravemente herido, y sin duda fue un gran amigo de Nolan y, como él, entusiasta de la caballería.

CONDE ROGACHEV*

Treinta o cuarenta años.

LORD LUCAN

Cincuenta y tantos años.

LORD CARDIGAN

Casi sesenta años. Un «especulador», un aristócrata que habla con un lenguaje y acento distintivos, pronuncia la R como G e intercala frases repletas de exclamaciones ruidosas y sin sentido del tipo «jo, jo, jo».

JOSEPH*

Cuarenta o cincuenta años. Habla con un acento diferente del de los rusos; tal vez polaco o ucraniano.

LORD GEORGE PAGET

De treinta y tantos años. Un soldado; más tarde, general.

SIDNEY HERBERT

«Secretario de Guerra» en el gabinete de lord Aberdeen de 1852.

* * *

SECUENCIA 1 - LONDRES

Estamos en Pall Mall en el año 1854. Llega un coche.

COCHERO: Aquí estamos, caballeros. El club Retrenchment. Oh, gracias, capitán. Caballeros, ¿van ustedes dos a luchar contra los rusos?

NOLAN. Puede que algún día.

COCHERO: Bueno, denles una buena de mi parte. Buenas noches, señor.

El coche se va. Durante la conversación, NOLAN y su acompañante se han bajado. Cruzan el pavimento, suben unos escalones y entran en el vestíbulo del club. Un botones se acerca.

BOTONES: Buenas noches, caballeros.

NOLAN: Hemos venido a ver a lord Robert Cecil. Somos el capitán Lewis Nolan y el capitán Ivor Morris. Su señoría nos está esperando.

BOTONES: Si son tan amables de aguardar un momento, señor, informaré a su señoría de que los caballeros han llegado.

NOLAN: Muchísimas gracias. (*Un momento*). Ivor, por el amor de Dios: ese hombre es más joven que tú o que yo. Sin duda procede de una familia excelente, y dicen que dará que hablar, y aun así en él no hay asomo alguno de arrogancia. Siempre ha estado interesado en la cuestión oriental, es decir, en Turquía y en Rusia y en todos esos sitios. Y le encantan los caballos, ¿comprendes?

BOTONES: (*Acercándose*). ¿Serían tan amables de acompañarme, caballeros?

Caminan por el club.

BOTONES: El capitán Nolan y el capitán Morris, su señoría.

CECIL: Gracias, Hawkins. Gracias por venir, Nolan. Así que este es el admirable capitán Morris. Todo lo que sé de usted, señor, es que es amigo de la infancia de Lew Nolan, y que comparte algunas de las delirantes ideas de este loco irlandés.

MORRIS: Me temo que hay uno o dos asuntos, señoría, ante los que ni Lew ni yo nos mostramos precisamente cuerdos.

CECIL: Es un alivio. Me paso los días con gente cuerda y, créame, es un infierno. Ahora sentémonos y tomemos una copa. El jerez en este lugar solo puede tragarse si uno aprieta los dientes, así que tal vez prefieran un poco de *brandy*.

El volumen del sonido baja y sube en el comedor principal del club. CECIL, NOLAN Y

MORRIS están sentados a una mesa solos.

CECIL: ¿Qué se dice acerca del nombramiento de lord Lucan como oficial al mando de la caballería?

NOLAN: Bueno, a diferencia de los otros generales, al menos ha prestado servicio activo.

CECIL: ¡Ah, lo desconocía!

NOLAN: Hace veintiséis años. En aquella ocasión lo hizo bastante bien.

MORRIS: Y después, el Día de los Inocentes, a quién se le ocurre, se anuncia oficialmente que lord Cardigan será nombrado brigadier general al mando de la Brigada Ligera. Bueno, Lucan es un tipo difícil, pero dicen por ahí que es un buen oficial, y duro. Pero Cardigan es... ¿puedo hablar claramente, señor?

CECIL: Por favor, adelante.

MORRIS: Lord Cardigan es un lunático, eso es lo mejor que puede decirse de él. Arrogante, temerario, obstinado, no tolera ningún tipo de oposición, es un maldito estúpido, y por desgracia valiente como un león. Solo pensarlo me produce escalofríos.

NOLAN: Lo cual no le ocurre a menudo a Ivor Morris. Y lord Cardigan quiere que yo sea su asistente personal, su ayudante de campo.

CECIL: ¿Va a aceptar el trabajo?

NOLAN: Antes tendrán que matarme. ¿Sabe, su señoría?, cuando pienso en que la caballería británica está llena de oficiales brillantes y experimentados en lo más alto de sus carreras, y en que a ninguno de ellos se le ha ofrecido un cargo de responsabilidad en esta expedición porque han prestado servicio en la India... En fin, me entran ganas de echarme a llorar.

CECIL: Antes de que se desmorone por completo, Nolan, mejor será que se tome un oporto.

Nos hemos desplazado hasta la sala de oporto del club, Nolan esta absorto en la conversación.

NOLAN: Creo que, bien liderada, la caballería, especialmente la caballería ligera, es capaz de hacer cualquier cosa.

CECIL: ¿Cree que la caballería podría acabar con una escuadra de infantería?

NOLAN: Sí, incluso eso, señor. No solo cuenta con una herramienta para hacerlo, sino con dos. La primera es el hombre: el Ejército británico lo conoce y sabe cómo entrenarlo. La segunda es el caballo, pero, en este caso, el Ejército británico necesita que le den una o dos lecciones acerca de cómo entrenar a un

caballo.

MORRIS: Has mencionado también la importancia de contar con un buen líder, Lew.

NOLAN: Eso viene después.

CECIL: Cuando hablamos antes, capitán Nolan, mencionó la amabilidad como la base de su sistema.

NOLAN: Así, es, milord. Nunca se debe castigar o asustar a un caballo, sino enseñarle a confiar en el hombre que lo monta. Veré si puedo encontrar una copia de mi libro, *El sistema Nolan para entrenar monturas de caballería*, para usted... Está todo explicado ahí.

MORRIS: Me temo que Nolan es una especie de fanático del tema, milord.

NOLAN: Al demonio, Ivor... Tú eres igual que yo.

MORRIS: Está bien, puede que sea incluso peor, pero tengo que reconocer con toda franqueza que mis muchachos del regimiento n.º 17 son unos excelentes soldados de caballería, e incluso algunos de los húsares son bastante buenos.

NOLAN: Oh, no son todos unos inútiles, claro...

CECIL: ¿Cree que demostrarán sus capacidades luchando contra los rusos?

MORRIS: Eso creo, sí, milord.

NOLAN: Si tienen ocasión.

CECIL: Hmmm... Espero que tenga razón.

Seguimos en el mismo lugar, pero ha pasado el tiempo. Los tres hombres están ligeramente embriagados.

CECIL: Otra copa, ¿no? Bueno, no hay duda de que podríamos seguir hablando de caballos toda la noche, pero no les he invitado a venir hasta aquí solo para eso. Seré breve. Puede que Lew Nolan le haya contado, capitán Morris, que me interesan muchísimo las actividades de Rusia en el Oriente Próximo. Sospecho que una grave amenaza se cierne sobre nuestros intereses allí, y también más lejos. Este asunto del mar Negro, en concreto, me temo que no sea más que una escaramuza, una preparación de algo mayor. Hay un diabólico y taimado individuo en San Petersburgo llamado conde Rogachev que me da muy mala espina. Goza de gran influencia que utiliza para fines deshonestos y es también un enemigo letal de Inglaterra, celoso de nuestras posesiones en el extranjero. Veo en él un grave peligro para nuestro país.

MORRIS: Lew y yo prometemos echar a este conde Rogachev al mar Negro en cuanto lo veamos, milord, pero ¿qué podemos hacer mientras tanto?

CECIL: Lo siento, creo que me he dejado llevar un poco. Lo que pueden hacer por mí mientras tanto, mi querido Morris, es compilar un informe confidencial sobre el estado de combate de nuestras tropas: moral, entrenamiento, cualquier cosa que sea representativa. No han librado una guerra de verdad en cuarenta años. ¿Cómo van a resistir ante un enemigo poderoso y resuelto? Ya me han contado ustedes algunas cosas, pero necesito saber más. ¿Lo harán?

NOLAN: Haremos todo lo que esté en nuestra mano, señor.

CECIL: Conforme lo vayan averiguando: no necesito nada sofisticado. El telégrafo será lo más rápido, pero tendrán que codificarlo.

NOLAN: Hallaremos el modo, milord, no se preocupe.

SECUENCIA 2 - SAN PETERSBURGO

Estamos en la sala de visitas de un palacio. Hombres y mujeres charlan y ríen, toman un tentempié y beben. JOSEPH, un circunspecto mayordomo, supervisa el servicio de bebidas.

JOSEPH: ¿Una copa de champán, milady? ¿Excelencia?

EXCELENCIA: Gracias, Joseph. Siempre está usted a mano cuando se le necesita, ¿eh?

JOSEPH: *(En voz baja a SERGEI, el camarero)*. Dos copas de champán, Sergei, deprisa. Y una servilleta.

SERGEI: *(Nervioso)*. Sí, señor Joseph.

EXCELENCIA: Espléndido. Sí, querida, siempre digo que es una bendición que los franceses no luchan ni la mitad de bien que hacen el champán.

MILADY: Lo hicieron bastante bien al mando de Bonaparte.

EXCELENCIA: Hasta que nuestros chicos rusos les quebraron el espíritu. Antes de que tú nacieras, Tania. Por aquel entonces, no era más que un joven subalterno. Sí, y Wellington remató a Bonaparte en Waterloo. No estoy seguro de que ningún ejército británico fuera capaz de tal proeza hoy en día.

MILADY: ¿Ha visitado usted Crimea, tío?

EXCELENCIA: Todavía no. Espero ir dentro de una semana, más o menos...

CONDE 1: Bueno, en cuanto a nuestros ejércitos en Crimea, no tienen más que esperar a que los británicos y los franceses mueran de frío, fiebre y absoluta incompetencia, especialmente los altos cargos. Su lord Raglan y los demás se pasan borrachos de la mañana a la noche.

CONDE 2: Tal y como yo lo veo, el príncipe Menschikov solo necesita resistir y usar las armas en cuanto tenga la oportunidad. Nuestra artillería rusa se encargará de todo, como siempre.

CONDE 3: ¿Aliados? La flor de Inglaterra, Francia, Turquía y Cerdeña... ¡a quién se le ocurre! Una turba políglota lamentable, señor.

ROGACHEV: *(Gritando imperiosamente)*. Joseph, ven cuanto antes.

JOSEPH: *(En voz alta)*. Enseguida, señor conde. *(A SERGEI)*. Ven, Sergei. Cuando el conde Rogachev llama, hay que moverse rápido.

ROGACHEV: Sí, coronel, creo que esta noticia hace que las perspectivas de

nuestro pequeño plan parezcan bastante prometedoras. (A JOSEPH). Vodka para el coronel. No, para mí solo soda.

JOSEPH: Aquí estamos, señor. (A SERGEI). Vodka para el coronel... ¡Oh, Dios mío!

ROGACHEV: Joseph, si tienes un momento...

JOSEPH: (Resueltamente). Por supuesto, su señoría.

ROGACHEV:... busca a mi secretario, por favor, y dile que se disponga a reunir inmediatamente al grupo seleccionado en el salón pequeño. Y Joseph...

JOSEPH: Sí, milord.

ROGACHEV: Por supuesto, también necesitaremos comida y bebida.

JOSEPH: Por supuesto, su señoría, comprendo. (A SERGEI). Que cambien esas copas enseguida: están sucísimas.

SERGEI: Sí, señor Joseph.

El volumen del sonido baja y sube en el salón pequeño. Media docena de hombres hablan en un tono bajo, ROGACHEV entra y todos enmudecen.

ROGACHEV: Es un honor, su alteza real.

PRÍNCIPE: Mi querido Rogachev, no me lo habría perdido por nada.

ROGACHEV: Es muy amable de su parte, señor. Bueno...

Todos se sientan.

ROGACHEV: Gracias a todos por abandonar la fiesta para venir aquí. Les mantendré alejados de la misma el menor tiempo posible. De hecho, solo tengo dos asuntos que comentarles por el momento. El primero es que ahora me encuentro en posesión de lo que creo que es una prueba decisiva del poco entrenamiento y la bajísima moral de las fuerzas británicas que están luchando, si es que esa es la palabra adecuada, en la península de Crimea. Eso es más importante que...

GENERAL: Conde Rogachev, ¿puedo decir algo?

ROGACHEV: Por favor, escuchemos lo que tiene que decir.

GENERAL: Gracias. Bien, luchando es sin duda la palabra que designa lo que hacía la infantería británica el día 20 del mes pasado en la batalla del río Almá.

VOCES: ¡Ah, eso! Sí, se ha comentado mucho sobre eso. Oh, el Almá...

GENERAL: Sí, el Almá. Esos hombres demostraron, más que valentía, una valentía ciega, por el modo en que fueron avanzando a través del río y por esas

colinas enfrentándose al fuego devastador de nuestros rifles, bolas de cañón, racimos y botes de metralla. Cayeron en masa, pero no se detuvieron. ¿Acaso es señal eso de una moral baja, conde Rogachev?

ROGACHEV: ¿Es eso todo, general? Gracias. Los relatos referentes a ese combate parecen diferir. ¿Comandante?

COMANDANTE: La información que yo tengo es que el «heroísmo» de los británicos ha sido algo exagerado y malinterpretado. No debemos olvidar...

ROGACHEV: El llamado heroísmo de los británicos es una especie de mito creado para justificar la incompetencia y la cobardía de nuestros propios mandos.

GENERAL: Tonterías. Son buenos soldados: he servido con ellos.

ROGACHEV: Es conmovedor, ¿verdad?, cómo el ejército se mantiene siempre unido, pase lo que pase. Si se me permite dar por finalizado este asunto, el estado de la infantería de un ejército es un indicador que revela mucho menos que el de su caballería, que es probable que sea un poco menos tosca por naturaleza. Por supuesto, hablo como soldado de caballería...

VOCES: Tiene mucha razón. Por supuesto. Así es. Ya era hora.

ROGACHEV: Gracias. Y... la caballería británica, a pesar de sus elegantes uniformes, se encuentra en un estado tal que sus generales no se atreven a disponer de ella, al parecer. Comandante.

COMANDANTE: Sí, milord. En la batalla de Almá, que ha causado una impresión tan honda en el general, la famosa caballería británica se quedó a la espera y no entró en combate. El día anterior, en el valle de Bulganek, su lord Raglan ordenó a la caballería que se retirara antes siquiera de que hubieran sacado los sables. ¡Qué humillación!

Suena una campanilla.

ROGACHEV: Discúlpeme, comandante. Por favor, continúe.

COMANDANTE: El resto son detalles secundarios, milord. El tema principal es que su caballería tiene miedo de nuestras armas.

Las voces asienten. Se abre una puerta de doble hoja y JOSEPH y SERGEI entran con bebidas.

ROGACHEV: Ah, Joseph, date prisa. Champán para su alteza, vodka para los demás, y para mí creo que un vaso pequeño de vino blanco no espumoso. Bueno, caballeros, esto llega en el momento preciso. ¡Imaginen la victoria que nuestros cosacos conseguirán sobre los lanceros británicos, los húsares y los dragones cuando se encuentren en las grandes llanuras que hay bajo el Himalaya! Un

brindis: su alteza real, milores, caballeros... ¡Por la conquista imperial de la India!

VOCES: ¡India! ¡Les daremos una lección! ¡Por la victoria! ¡Larga vida al zar!

ROGACHEV: Joseph, mi fiel amigo, ¡únete a nuestro brindis! ¡Sírvelo un vaso de vino y levántalo hacia el cielo!

JOSEPH: Gracias, señor, pero le ruego que me disculpe. Mi pobre estómago...

Pausa.

ROGACHEV: Oh, de acuerdo. Pero un médico debería echarle un vistazo ahí dentro, ¿me oyes?

JOSEPH: Oh, sí, su señoría.

ROGACHEV: No lo pospongas. (*Levanta la voz*). ¿Desean que presente mi plan ante el alto mando en su próxima reunión?

VOCES: ¡Sí! ¡Tan pronto como sea posible! ¡No lo demoremos más!

GENERAL: ¿Tiene fecha para esta escapada india suya?

ROGACHEV: Pronto la tendré, general.

Estamos en una oficina más bien pequeña con una ventana abierta que da al Neva. Ruido de cláxones, etc.

PEMBERTON: (*Amigablemente*). Pero no ha conseguido averiguar la fecha.

JOSEPH: Todavía no, señor Pemberton, me temo que no. No es fácil.

PEMBERTON: Me lo imagino.

JOSEPH: Especialmente desde que el conde Rogachev se ha vuelto tan suspicaz... Fui un estúpido al no aceptar ese brindis. Simplemente no pude...

PEMBERTON: ¿Qué sospecha, Joseph?

JOSEPH: No la verdad, desde luego, o no estaría aquí ahora. No, simplemente piensa que no lo aprecio, lo cual es cierto. Debo tener cuidado para evitar que se dé cuenta de lo que realmente pienso de él.

PEMBERTON: ¿Cómo puede estar usted seguro de que nadie le vigila?

JOSEPH: No se preocupe, señor Pemberton. Le daré una fecha.

PEMBERTON: Bueno, todavía pasarán unos cuantos meses, puesto que se acerca el invierno. De hecho, ahora que lo pienso...

Cierra la ventana.

PEMBERTON: Así está mejor, ¿no cree?

JOSEPH: Solo espero que tenga razón con respecto a lo de esos meses. No me extrañaría que Rogachev consiguiera que las tropas llegaran al Himalaya en globo en mitad del invierno. Bueno, intentaré espiar cuidadosamente las conversaciones y le daré una respuesta.

PEMBERTON ha abierto y cerrado un cajón y ahora lanza un fajo de billetes sobre la mesa que hay entre ambos.

PEMBERTON: Lo estoy deseando. Mejor será que los cuente.

JOSEPH: No hace falta, señor Pemberton.

PEMBERTON: Muy bien. ¿Sabe?, creo que usted haría este trabajo a cambio de nada.

JOSEPH: Tal vez, tal vez.

SECUENCIA 3 - CRIMEA

Cerca de Balaclava, 17 de octubre de 1874. En la distancia, un gran cuerpo de caballería rusa maniobra adelante y atrás. En primer plano, otro gran cuerpo, esta vez de caballería británica, avanza al paso y al trote. Los soldados de caballería charlan entre ellos mientras montan.

SOLDADOS DE CABALLERÍA: ¡Gloria!, por fin vamos a enfrentarnos a ellos. Les enseñaremos a esos cerdos *ruskis* quién manda aquí. Ya era hora. ¿Quiénes se creen que son? Ahora es nuestro turno, ¿eh?

SARGENTO: *(Desde cerca)*. Nada de charla en filas. Y atención a su atuendo. Sin demora. Pónganse derechos y siéntanse orgullosos.

OFICIALES: *(Desde el frente)*. ¡Alto! Alto el 17. Alto los Scots Greys.^[14] Alto el 11.

La división de caballería al completo se detiene.

SARGENTO: Bien, cálmense, muchachos. Recuerden que los están observando. Prepárense para cargar. Ahora es el momento de rezar sus oraciones. Escuchen las órdenes, escuchen al corneta y hagan lo que se les dice. Ahora, todos en silencio. Listos. Y que Dios nos bendiga a todos.

Pasan unos momentos en silencio.

NOLAN: *(Murmurando)*. ¿A qué demonios estás esperando, lord Lucan, estúpido, bobo aristócrata, es que quieres refuerzos de los ángeles de Dios? *(A su colega)*. Chico, ¿puedes observar el campo de batalla y decirme si alguna vez has visto un país mejor que este para una carga de caballería?

COLEGA: Tienes razón, Lew. Es perfecto.

NOLAN: No hay pistas estrechas, no hay bosques, ni un maldito seto que saltar, y por lo que respecta al terreno, ni en Newmarket^[15] sería más adecuado. Y aquí estamos todos. ¿Qué pasa con lord Pasividad? Dios, me está volviendo loco.

COLEGA: Baja la voz.

Pasa más tiempo. Entonces, la caballería rusa empieza a abuchear en la distancia, a mofarse y a reír. Se oyen sus cornetas.

NOLAN: Esos desgraciados están a punto de retirarse. No lo toleraré, eso sí que no.

Se marcha al galope.

Estamos con el grupo de LORD LUCAN, media docena de oficiales con sus ordenanzas.

CAPITÁN: Formarán en columna en un minuto, señor. Para retirarse.

CORONEL: Lord Lucan, se lo ruego, ordene la carga antes de que sea demasiado tarde.

LUCAN: Sé cómo se siente, coronel, pero debe saber que no puedo cargar. Debo seguir las instrucciones de lord Raglan. El jefe al mando ha ordenado tajantemente que no ataque bajo ninguna circunstancia.

CORONEL: Él no está aquí ahora, señor. Es una oportunidad de oro para asestar un golpe letal.

LUCAN: Coronel, cumplo órdenes.

NOLAN: *(Acercándose)*. Lord Lucan... Lord Lucan...

LUCAN: ¿Quién es este individuo? *(A NOLAN)*. ¿Quién es usted, señor?

NOLAN: El capitán Nolan a su servicio, milord. Y bien, si nadie más va a hacerlo, debo decirle a la cara que si no ataca al enemigo cuando este está a nuestra merced, no está cumpliendo con su deber, señor. Cualesquiera que hayan sido las órdenes que ha recibido, la responsabilidad de hacer la guerra al enemigo es primordial y está por encima de todo.

LUCAN: ¡Cómo se atreve, señor! Retire inmediatamente lo que acaba de decir.

NOLAN: Se supone que es usted el general al mando de la división de caballería, no una maldita niñera. Tiene usted aquí a algunos de los mejores soldados del mundo y permite que se queden ahí sentados a ver pasar el tiempo... ¡Es usted una vergüenza!

El último discurso es interrumpido por protestas, etc., de LUCAN, del CORONEL y del CAPITÁN. NOLAN grita estas últimas palabras mientras lo sacan de allí a empujones.

LUCAN: Me siento tentado a hacer que juzguen a ese irlandés insolente en un consejo de guerra.

CORONEL: No creo que sirviera de nada, milord.

LUCAN: Como dije en mi último memorándum: no es el deber de la caballería ligera enfrentarse al enemigo innecesariamente, sin estar facultado.

CORONEL: Exactamente, milord. ¿Hago que toquen retirada?

LUCAN: Gracias, coronel. Si es tan amable...

CORONEL: *(Al corneta)*. Toque retirada.

CORNETA: Sí señor.

Se oye el toque de corneta.

La caballería británica que aguarda escucha el toque de corneta desde el frente.

Los hombres están furiosos.

TROPAS: ¡Retirada! No puedo creerlo. ¡Al diablo con ese maldito cerdo cobarde de Lucan! Menudo general... Lord Pasividad..., ¡con razón le llama así! Los habríamos hecho pedazos. ¿Es que no vamos a atacarlos nunca?

SARGENTO: *(Gritando)*. ¡Silencio en filas! *(Al capitán)*. No puede culparlos, señor.

CAPITÁN: *(Gritando)*. El escuadrón se moverá hacia la derecha en columna. El escuadrón se retirará, la tercera tropa al frente. Marchen. ¡Sin demora! *(Para sí mismo)*. ¡Oh, Dios mío!

Baja el sonido de la caballería, que avanza al paso.

SECUENCIA 4 - LONDRES

Edificio oficial en Whitehall u otro lugar. CECIL camina por un pasillo en dirección a su oficina, danvers se le acerca.

DANVERS: Buenos días, milord.

CECIL: Buenos días, Danvers. ¿Ha llegado el correo de Crimea?

Caminan por el pasillo juntos.

DANVERS: Está sobre su mesa, señor.

CECIL: Lo único que parece funcionar en esta situación de caos y completa miseria es el servicio de correo.

DANVERS: Dicen que las malas noticias vuelan, señor.

Entran en la oficina de CECIL.

CECIL: Y aquí las tenemos. (*Abre un paquete*). Aunque en cuanto al telégrafo eléctrico puede que sigamos en la inopia.

DANVERS: He oído, milord, que en unos pocos meses recibiremos noticias directamente de Balaclava.

CECIL: Si es que para entonces todavía tenemos a alguien allí que pueda enviarlas. (*Leyendo...*). ¡Oh, Dios mío!

DANVERS: Le dejaré, señor.

CECIL: No te alejes demasiado.

DANVERS sale.

CECIL: ¡Oh, Lew! Eres una auténtica maravilla. Mejor que si hubiera sobornado a un tipo listo. ¿Cómo lo haces? Es algo francamente fuera de lo normal.

NOLAN: (*La voz sube*). Saludos a mi piadoso amigo. Nuestro obispo aquí tiene muy mala fama. Hace dos días el clero local estaba absolutamente entusiasmado con la idea de iluminar a los paganos. Era una oportunidad perfecta. Pero, ay, el señor obispo se lo pensó demasiado y al final no hizo nada. Nuestro clero quedó tremendamente decepcionado. Yo mismo protesté ante milord, que replicó con solemnidad que tenía órdenes específicas de milord el arzobispo para abstenerse de cualquier intento de difundir la palabra sagrada. ¿Qué puede aspirar a hacer un verdadero creyente?

Nuestro clero está bastante molesto, el tipo de descontento silencioso que

precede a los auténticos problemas. A menos que tengan la oportunidad de comenzar el proceso de evangelización cuanto antes, su espíritu se perderá. Es un asunto muy urgente. Por favor, aconséjeme. Su amigo y hermano reverendo. P. D. El obispo de Gales sigue como de costumbre. Está esperando a que su yate llegue desde Inglaterra con su cocinero francés a bordo.

CECIL: ¿El obispo de Gales? Ah... Cardigan, ¡por supuesto!

Alguien llama a la puerta. CECIL: Adelante. DANVERS entra.

DANVERS: De la oficina de lord Clarendon, milord, por mensajero especial.

CECIL: Gracias, Danvers.

DANVERS se marcha.

CECIL: *(Abre el sobre. Lee).* «Pensé que querría ver lo que adjunto. Por favor, comprenda que es un asunto estrictamente confidencial entre usted y yo. G. V.». Gracias, George. Ahora...

PEMBERTON: *(La voz sube).* Nuestro hombre informa de que el conde Rogachev parece muy interesado y bien informado en cuanto al entrenamiento y la moral de nuestras tropas en Crimea, particularmente en lo referente a nuestra caballería. No se trata de un interés académico, sino de un punto esencial de su estrategia para llevar a cabo la invasión rusa de la India. Con este propósito se ha presentado un plan ante el Alto Mando Imperial, pero nuestro hombre todavía no ha podido averiguar la fecha propuesta para la acción. Lo que parece seguro es que Rogachev considera vital para su plan la reticencia, o incapacidad, supuesta o real de nuestras tropas a la hora de oponerse a un adversario resuelto y contundente, especialmente...

CECIL: Especialmente en lo que concierne a la caballería. Efectivamente. ¿A qué otra cosa si no?

Estamos en una casa de la alta sociedad en Londres durante una fiesta. Hombres y mujeres hablan y van de acá para allá; por ejemplo, suben y bajan la escalera.

HERBERT: Bueno, mi querido Cecil, qué sorpresa tan agradable, encontrarte casualmente aquí.

CECIL: Es muy amable de tu parte, Herbert. Para mí, este encuentro es más que agradable. Eres el hombre al que esperaba ver.

HERBERT: ¡No me digas! ¡Qué maravilla! Bueno, ¿y qué puedo hacer por ti en los siguientes dos minutos?

CECIL: Será muy rápido. ¿Recuerdas a ese tal Rogachev por el que te pregunté?

HERBERT: ¿Rogachev? Claro, ese conde ruso. ¿Qué pasa con él?

CECIL: Esa estrategia suya para invadir ya-sabes-qué. ¿Qué concluyó el gabinete ministerial?

HERBERT: ¿Que qué concluyó? No concluyó nada, Cecil. Si alguna vez llegaron a escucharlo, ya lo han olvidado.

CECIL: ¿No lo consideran importante?

HERBERT: En absoluto. Dios sabe qué consideran importante. Mantener el impuesto sobre la renta por debajo de seis peniques la libra, probablemente. Bueno, tengo que irme.

Su voz se pierde durante un momento entre los ruidos de la fiesta. Después, volvemos a oírla.

HERBERT: *(Llamando)*. ¡Ah, Cecil!

CECIL: *(Acercándose)*. ¿Sí, Herbert?

HERBERT: Acabo de acordarme de algo: estaba hablando con un tipo el otro día en el Horse Guards,^[16] y tu amigo Rogachev salió en la conversación. Parece ser que trató de ingresar en nuestros Dragones Ligeros hace algunos años y fue rechazado. Que no tenía piernas para esas botas o algo así. Eso es todo.

CECIL: Mi querido Herbert, eso es muy interesante.

HERBERT: *(El tono va bajando)*. Solo pensé que debía mencionártelo.

CECIL está en su oficina con DANVERS.

CECIL: *(Dictando)*. El sacerdote moscovita del que hablamos... en una ocasión se le negó la entrada a uno de nuestros seminarios. Punto. De ahí quizá su desdén hacia nuestro clero. Punto. Se ha tomado nota de sus comentarios acerca del bajo ánimo del mismo. Punto. Se recomienda que haga usted lo posible para alentar las muestras de superioridad respecto del impío, coma, independientemente de lo que su obispo o arzobispo digan. Punto. No, coma: o no digan. Punto. ¿Puede volver a leer la última frase, Danvers?

DANVERS: Independientemente de lo que su obispo o arzobispo digan, o no digan.

CECIL: O no digan. Independientemente de lo que lord Lucan o lord Raglan le ordenen, o no le ordenen, hacer. Puede que eso sea un poco fuerte.

DANVERS: ¿Lo tacho, milord?

Pausa.

CECIL: No, no. Déjelo. Diríjala al capitán Lewis Nolan — Cuartel General de las Fuerzas de Su Majestad — Fuerza Expedicionaria de Crimea. Urgente. Y eso

significa prioridad también en lo que a ti respecta, Danvers, así que sal disparado hacia la oficina de telégrafos.

DANVERS: Inmediatamente, milord.

Sale.

CECIL: ¡Que no tiene piernas para esas botas!

Estalla en carcajadas.

SECUENCIA 5 - CRIMEA

Las fuerzas británicas a la salida de Sebastopol. Antes del amanecer del día 25 de octubre. Una noche amargamente fría, el viento sopla con violencia, los centinelas dan fuertes pisotones, etc. La tienda de NOLAN. MORRIS se acerca.

NOLAN: ¿Eres tú, Ivor?

MORRIS: Y tanto que soy yo.

Entra en la tienda.

MORRIS: ¡Menuda noche!

NOLAN: Al menos aquí estamos protegidos del viento.

MORRIS: ¿Te has enterado de que anoche perdimos a un oficial? El comandante Willet. Muerto de frío o congelación o como se diga.

NOLAN: Me lo creo. Ojalá estuviera en Balaclava ahora mismo, ¿sabes? Allí hay hogueras. Y, por lo que sé, chicas también. Y licor.

MORRIS: Ojalá estuviera yo en Sebastopol, en la maldita fortaleza, con los *ruskis*. Cómodo y calentito, como un bichito en una alfombra. Con la única molestia de que un insignificante proyectil británico perturbara mi duermevela de vez en cuando.

NOLAN: Sin la menor posibilidad de que un soldado británico viniera a sacarme de ahí. ¿Cuándo aprenderán? No importa durante cuánto tiempo bombardeen un lugar... Lo que hay que hacer es enviar una partida de asalto: hombres horribles con espadas, bayonetas y pistolas para matar a cualquiera que se atreva a moverse. Me pregunto si ese detalle se le habrá pasado por la cabeza alguna vez a ese idiota perfumado de lord Cardigan.

Las armas de asedio británicas están bombardeando la fortaleza rusa de Sebastopol, LORD CARDIGAN y un par de OFICIALES montan sus caballos.

CARDIGAN: ¡Ah, ya veo! Esos de ahí son nuestros hombres y están disparando a los rusos. ¿Es eso correcto?

OFICIAL: Es correcto, milord.

CARDIGAN: Sí. Bueno, ¿por qué no los obligamos a retirarse?

OFICIAL: No parece que tengamos las fuerzas suficientes para acometer una operación tan difícil, milord.

CARDIGAN: Nunca en mi vida he visto un asedio ejecutado de acuerdo a esos

principios. O a la falta de ellos. Sin un asalto este bombardeo de cañones es inútil. Enormes sumas de dinero han volado en munición; se ha desperdiciado un tiempo vital y no hemos conseguido nada. Y, ahora, ¿qué hacemos?

OFICIAL: Esperamos órdenes de lord Raglan, señor.

CARDIGAN: Sin duda así es, muchacho. Bueno, a mí me toca volver a subirme a bordo del *Dryad*. Está a unas cuantas millas, es verdad, pero para lo que voy a hacer aquí, mejor me vuelvo a Whitehall. Y al menos en mi yate estaré seco y caliente.

De vuelta en la tienda de NOLAN.

NOLAN: (*La voz va subiendo*)... y sin contar con la guarnición de Sebastopol, debe de haber veinte mil tropas rusas ahí fuera, infantería y caballería... y Dios sabe cuántas armas.

MORRIS: Al mando del general Liprandi, que por lo que parece es un tipo agresivo.

NOLAN: Preferiría oírlo a él. Vale la pena cruzar espadas con un desgraciado como ese, si es que alguna vez llegamos a estar a menos de quince kilómetros de él.

MORRIS: Dios proveerá.

NOLAN: Más le vale. O tendremos que proveer nosotros mismos.

MORRIS: ¿Sabes, Lew? He estado pensando en el telegrama que has recibido de Robert Cecil. La última frase, cuando prácticamente te dice que hagas todo lo posible para darles a nuestros muchachos una oportunidad de cargar contra esos *ruskis* sin reservas... Qué fácil hablar así desde Londres, ¿no? Quiero decir...

NOLAN: Ah, tiene buenas intenciones, pero nunca ha visto la acción.

MORRIS: La acción, ¿qué acción?

NOLAN: En serio, tampoco tiene ni la más mínima idea de lo que es esta inactividad. Al más puro estilo del Ejército británico, cortesía de lord Pasividad. Ah, es inútil, Ivor...

MORRIS: Lo único que se le ha ocurrido hacer es sacarnos a todos de la cama una hora antes de que amanezca para «acompañar a nuestros caballos». Hasta ahí llega su espíritu agresivo.

NOLAN: Sí, vamos a acompañar a los pobres rocines. Deben de sentirse tan mal como nosotros.

LUCAN y sus subordinados cabalgan al paso a través de la penumbra.

OFICIAL SUBORDINADO: Todos presentes y en orden, milord.

LUCAN: Gracias. ¿Quién anda ahí?

PAGET: (*En voz alta mientras se acerca*). Aquí George Paget, lord Lucan.

LUCAN: Buenos días, lord George. ¿Lord Cardigan todavía no ha aparecido?

PAGET: Imagino que todavía está de camino desde su yate, señor. Actúo en su nombre. Ya me estoy acostumbrando.

LUCAN: Vayamos al emplazamiento de la artillería. Tal vez allí tengan noticias.
Siguen cabalgando.

PAGET: (*Sorprendido*). ¡Vaya!

LUCAN: ¿Qué pasa?

PAGET: Hay dos banderas ondeando. ¿Qué significa eso?

OFICIAL SUBORDINADO: Vaya, debe de ser la señal de que el enemigo se está acercando.

PAGET: ¿Está usted seguro?

Comienza un gran cañoneo de armas [ligeras] británicas. Oímos ruidos de batalla, pero no un ataque cercano.

LUCAN: Si los rusos asaltan las cumbres, entre ellos y Balaclava solo quedará nuestra caballería.

PAGET: ¿Cuáles son sus órdenes para la Brigada Ligera, lord Lucan?

LUCAN: Lord Raglan no ha hecho nada, ni siquiera ha enviado un mensaje. Nuestro deber primordial ha de ser defender la ciudad de Balaclava.

PAGET: Órdenes para la Brigada Ligera, ¡señor!

LUCAN: Lord George, lleve a la Brigada Ligera a la reserva.

PAGET: Milord, por favor, denos algo que hacer: necesitamos acción.

LUCAN: Haga el favor de cumplir mis órdenes inmediatamente. Avanzaré con la Brigada Pesada y la artillería a caballo para intimidarlos y dispararé mientras dure la munición. ¡Adelante, Brigada Pesada!

Bombardeo. Dos grandes explosiones. Sonidos de infantería turca en retirada.

OFICIAL SUBORDINADO: Lord Lucan, la mayor parte de nuestros escuadrones han llegado al alcance de los mosquetes.

LUCAN: Sí, ya veo. Debo retirar a la división de caballería al completo a las pendientes de las colinas Causeway. Procedan con regimientos alternativos. Envíe una orden a lord George Paget.

Caballería que se desplaza.

CARDIGAN: Buenos días, lord George. Hermoso día.

PAGET: Ahora lo es, milord.

CARDIGAN: Hmmm. ¿Cómo va?

PAGET: No bien, señor. De hecho, fatal. Los rusos han salido con una fuerza arrolladora, todos nuestros emplazamientos de artillería han caído, las tropas turcas han huido, hemos perdido el dominio de las cumbres y parece que también vamos a perder Balaclava. Y la división de caballería ha sido desplazada.

CARDIGAN: Otra vez ese miserable de Lucan.

PAGET: Esta vez no, milord, para ser justos. Órdenes específicas de lord Raglan. Antes estábamos en una posición excelente. Ahora solo nos quedan unos pocos centenares de soldados de infantería del regimiento de los Highlands al mando de sir Colin Campbell y unas pocas docenas de turcos para enfrentarnos a los rusos.

CARDIGAN: No confío en ninguno de ellos.

La caballería rusa se desplaza.

LUCAN: Siguiendo las órdenes de lord Raglan, ocho escuadrones de dragones al mando del general Scarlett deben separarse de la Brigada Pesada y encaminarse a Balaclava para apoyar a la infantería.

CAMPBELL dirige sus tropas.

CAMPBELL: Hombres, recuerden que a partir de este instante la retirada no es posible. Deben morir con la cabeza bien alta. Pero, por el momento, agáchenla. Todo el mundo tumbado y no se levanten hasta que yo dé la orden. Y, cuando se levanten, que ambas filas estén preparadas para disparar. Les daremos a esos rusos un susto de muerte. Asegúrense de que cada disparo retumba.

La caballería rusa carga.

CAMPBELL: ¡De pie, hombres! Fila delantera: ¡apunten! ¡Fuego!

Descarga de mosquetería. Confusión entre la caballería rusa.

CAMPBELL: Fila trasera: ¡apunten! ¡Fuego!

Más de lo mismo.

CAMPBELL: ¡Vuelvan a la fila, ahí! ¡Maldito sea ese entusiasmo! ¡Dejad que se acerquen a vosotros! ¡Fila delantera: apunten! ¡Fuego!

Más de lo mismo, seguido de vítores escoceses.

CAMPBELL: ¿Ya habéis tenido bastante, perros rusos? ¡Ah, escapad del peligro mientras podáis! ¡No os culpo!

La caballería británica se desplaza.

SCARLETT: ¡Alto!

COMANDANTE: Parece que después de todo aquí no hacemos falta, general Scarlett.

SCARLETT: ¿Qué quiere decir, comandante? ¿Qué hay de ese grupo de ahí arriba?

COMANDANTE: Pero ese es el cuerpo principal de la caballería rusa, señor. Hay miles de hombres.

SCARLETT: Bien, entonces no esperarán un ataque de unos centenares.

COMANDANTE: Pero están en lo alto de la colina, y el terreno entre ellos y nosotros es muy accidentado.

SCARLETT: Dos motivos más para que les pille desprevenidos. ¡Y mire!

COMANDANTE: Es imposible que se detengan ahí.

SCARLETT: Se están preparando para rodearnos. No les daremos tiempo. Este es el momento, cuando aún no han empezado a moverse. ¡Vamos! *(Saca su espada)*. Corneta, ¡toque de carga!

El corneta toca. La fuerza de SCARLETT ataca a los rusos y sigue una gran batalla.

La Brigada Ligera está detenida no muy lejos.

PAGET: ¡Aplastadlos, muchachos! ¡Bien hecho, viejo Scarlett!

CARDIGAN: Esos malditos de la Brigada Pesada se reirán de nosotros hasta el fin de los días, Paget.

PAGET: No si nos movemos inmediatamente, milord.

CARDIGAN: Las órdenes de lord Lucan son que bajo ningún concepto debemos abandonar esta posición.

PAGET: ¿No podemos saltarnos las órdenes, señor?

CARDIGAN: ¿Quién te crees que eres para hacer esa pregunta?

Desde el corazón de la gran batalla llega el ruido de vítores ingleses, escoceses e irlandeses cuando las fuerzas rusas se dispersan y huyen.

SOLDADOS DE CABALLERÍA: ¡Corren como alma que lleva el diablo para salvar sus vidas! Tal y como están ahora, podríamos despedazarlos. Nos dejarán avanzar, ¿no? ¿A qué estamos esperando?

MORRIS: (*Cabalga hasta CARDIGAN*). Milord, ¿no va a cargar sobre el enemigo? Está huyendo.

CARDIGAN: Por supuesto que no, capitán Morris: tenemos órdenes claras de permanecer aquí.

MORRIS: Pero, milord, es nuestro deber claro aprovechar esta ventaja.

CARDIGAN: No, debemos permanecer aquí.

MORRIS: Se lo imploro, milord, permítame que los ataque con el 17. Mire, milord, ¡están muy desorganizados!

CARDIGAN: No, no, señor. No debemos movernos de aquí.

MORRIS: (*Dándose la vuelta*). Caballeros, ustedes son testigos de mi petición.

PAGET: Todos estamos con usted, Morris. Pero de nada sirve.

MORRIS: Dios mío, Dios mío, ¡vaya una oportunidad que estamos desperdiciando!

LUCAN y sus subordinados.

NOLAN: (*Cabalgando hacia ellos*). Lord Lucan, señor, mensaje del comandante en jefe, señor.

LUCAN: Por favor, léalo en voz alta para que todos puedan oírlo.

NOLAN: Señor. (*Lee*). Lord Raglan desea que la caballería avance rápidamente hacia el frente. Sigán al enemigo y traten de evitar que se lleve las armas. Los soldados de artillería a caballo pueden acompañarles. La caballería francesa está a su izquierda. Es la más cercana. Firmado por el segundo al mando.

LUCAN: Ya veo. O más bien no veo. No veo nada. Desde aquí, ni se ve al enemigo ni se ven esas armas. Sé que el enemigo está en posesión de armas nuestras confiscadas en los emplazamientos, y hay armas, armas rusas, al final del valle donde se refugian los restos de su caballería. ¿A qué armas se refiere? ¿Y no va a haber apoyo de la infantería? ¿La caballería va a cargar contra la artillería? Es absurdo.

NOLAN: Las últimas palabras que me dijo lord Raglan fueron que la caballería debe atacar inmediatamente.

LUCAN: ¿Atacar, señor? ¿Atacar qué? ¿Qué armas, señor?

NOLAN: Ahí, milord: ahí está su enemigo, ahí están sus armas.

LUCAN: Las armas rusas. Al final del valle. Muy bien.

NOLAN: ¿Eso será todo, lord Lucan?

LUCAN: Gracias, Nolan.

NOLAN cabalga hasta MORRIS.

NOLAN: Buenos días, capitán Morris. ¿Ahora está al mando del 17?

MORRIS: Buenos días, capitán Nolan. Sí, mis superiores están todos de baja, enfermos.

NOLAN: Hemos de cargar contra las armas rusas. ¿Tengo tu permiso para cabalgar a tu lado?

MORRIS: Faltaría más... Lew, ¿te refieres a esas armas que están en el valle?

NOLAN: Por fin ha llegado nuestra oportunidad, Ivor, nuestra oportunidad de demostrárselo al mundo.

MORRIS: Ah. Muy bien. ¡A por ellos!

LUCAN sube cabalgando hasta CARDIGAN.

LUCAN: Lord Cardigan, en cumplimiento de esta orden del comandante en jefe, avanzará hasta el valle con la Brigada Ligera. Yo le seguiré para apoyarle con la Brigada Pesada.

CARDIGAN: Por supuesto, señor. Pero permítame señalar que los rusos tienen una batería de armas en el valle que hay frente a nosotros, y baterías y fusileros en ambos flancos.

LUCAN: Lo sé, pero es lo que quiere lord Raglan. No tenemos más remedio que obedecer.

CARDIGAN: Entiendo, señor.

LUCAN: Avance a ritmo constante y mantenga a sus hombres a poca distancia.

CARDIGAN va cabalgando hasta sus subordinados.

SARGENTO: (*Llamando a los soldados de caballería*). Bien, fuera esas pipas ya. No avergüencen a su regimiento fumando en presencia del enemigo.

PAGET: Espero que eso no me afecte a mí, señor.

SARGENTO: Creo que eso depende de usted, señor.

PAGET: No quiero dar mal ejemplo.

CARDIGAN: (*Sube cabalgando*). Lord George, hemos recibido órdenes de atacar el frente. Usted estará al mando de la segunda línea, y espero que nos apoye en todo lo que pueda. No lo olvide: en todo lo que pueda.

PAGET: No lo olvidaré, milord.

CARDIGAN: En primera línea, el 13.º de los Dragones Ligeros, el 11.º de los

Húsares, el 17.º de los Lanceros. En segunda línea, el 4.º de los Dragones Ligeros y el 8.º de los Húsares.

OFICIAL SUBORDINADO: Muy bien, milord.

Los regimientos forman, CARDIGAN desenvaina su espada.

CARDIGAN: *(Con calma)*. La Brigada Ligera avanzará. Al paso. ¡Al trote!

El sonido de las tropas que parten es claramente audible debido a un momento de calma en los disparos. El ruido de las armas en la distancia se apaga. En cuanto llegan los primeros disparos, hombres heridos y caballos gritan.

NOLAN: Oh, ¿qué he hecho? Dios del cielo, ¡perdóname!

Deja atrás a MORRIS.

MORRIS: ¡Vuelve a la fila, Lew! Todavía queda mucho camino y debemos hacerlo a ritmo constante. *(Grita)*. ¡Vuelve!

NOLAN adelanta a CARDIGAN.

CARDIGAN: Capitán, ¡vuelva a su sitio en la fila! Capitán Nolan, ¡vuelva: se lo ordeno!

NOLAN: Ahora, ¡escuchadme todos!

El resto de sus palabras queda abogado en explosiones. La última se escucha muy cerca, Nolan es alcanzado. Su caballo se da la vuelta y comienza a galopar en dirección a la Brigada Ligera, que se aproxima.

MORRIS: *(Horrorizado)*. ¡Oh, Lew! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

De NOLAN

«Estalló un grito extraño y abominable, un chillido tan sobrenatural que de seguro heló la sangre de todos los que lo oyeron. Un caballo aterrorizado llevaba el cuerpo, que todavía chillaba, atravesando el 4.º de los Dragones Ligeros, y después, finalmente, Nolan cayó de la silla, muerto». El tumulto de la batalla va bajando hasta que se hace el silencio.

CARDIGAN: Ese Nolan ha actuado como un maldito perro insubordinado, Scarlett. Y como un cobarde, también. Imagínese al individuo gritando como una mujer cuando fue alcanzado.

SCARLETT: No diga nada más, milord. Acaba de pasar con su caballo sobre el cuerpo muerto del capitán Nolan.

SECUENCIA 6 - LONDRES

Un sanatorio, CECIL visita a MORRIS.

CECIL: Tiene muy buen aspecto, Morris.

MORRIS: Sí, milord, probablemente lo tengo, para ser un hombre al que le han abierto la cabeza por varios sitios.

Ríen con tristeza.

MORRIS: Creo que quieren verme caminar antes de tomar una decisión.

CECIL: (*Vacilante*). Si no es demasiado pronto para preguntarle... ¿Qué cree que pasó en Balaclava?

MORRIS: Bueno, milord. Lew Nolan nunca fue un tipo fácil. Se estaba comportando de un modo muy extraño, incluso para él, cuando subió cabalgando hasta donde yo me encontraba justo antes de la carga. Pero no me cabe la menor duda de que en cuanto leyó la orden de lord Raglan tomó la decisión de falsearla y dar las instrucciones contrarias a lord Lucan. Una oportunidad de oro para Lew, para probar su teoría sobre la caballería.

CECIL: Pero subestimó a la artillería rusa.

MORRIS: Y sus propios sentimientos. El pobre Lew no había visto tanto de la guerra como yo, y me apuesto lo que sea a que comprobar lo que esos primeros proyectiles les hicieron a nuestros muchachos y a sus caballos resultó demasiado para él. Fue un horrible recordatorio de que la caballería es de carne y hueso, no solo parte de una teoría. Creo que cuando lo alcanzaron estaba justo diciéndonos que nos diéramos la vuelta.

CECIL: (*Lentamente*). ¿Cree que estaba influenciado por mi idea de hacer algo que les demostrara a nuestros amigos de San Petersburgo las cualidades de la caballería británica, su alta moral y su valentía?

MORRIS: No podría decirlo con certeza, milord, pero sé que estaba muy impresionado por ello. Especialmente por el último mensaje que le envió usted. Había puesto su corazón en demostrar que usted tenía razón.

CECIL: (*Con gran pesar*). Comprendo.

MORRIS: Milord, ¿sabe si las noticias de la carga han tenido algún efecto... allí?

CECIL: Todavía no.

SECUENCIA 7 - SAN PETERSBURGO ROGACHEV

ROGACHEV y su facción en cónclave.

ROGACHEV: Ciertamente esta «carga de la Brigada Ligera» muestra sobre todo la estúpida ceguera de los jinetes británicos.

GENERAL: Puede, conde Rogachev. Lo que indudablemente muestra es su milagrosa disciplina y su espléndido valor.

ROGACHEV: ¿Así que lo presencié, general?

GENERAL: Su señoría debe saber que no tuve la oportunidad. Ni el privilegio. Pero un soldado no necesita presenciar algo así. Para un soldado, basta con que se lo cuenten.

ROGACHEV: Debemos ser cautos antes de atribuirle demasiada importancia a un solo acontecimiento. ¿Sí, comandante?

COMANDANTE: Yo sí presencié ese acontecimiento, milord conde, desde detrás de la batería que la Brigada Ligera estaba atacando. Con el debido respeto al general, uno tiene que ver con sus propios ojos algo así. ¡Oh! (*Comienza a desmoronarse*). No tuvo parangón, fue único, indescriptible. El general francés que lo vio dijo que fue magnífico, pero que no era la guerra. De hecho fue magnífico, y además era la guerra. (*Gimoteando*). ¡Qué nobles muchachos! Si tuviéramos solo diez así en toda Rusia...

ROGACHEV: Vamos, vamos, mi pobre comandante. Lo que usted necesita es una copa. (*Hace sonar la campanilla*). Volvamos a centrarnos en lo verdaderamente importante.

GENERAL: Lo verdaderamente importante es que no es el soldado británico quien ha de preocuparnos: es el ruso. Cada hombre de nuestro ejército, sea cual sea su rango, se encuentra abatido y desalentado, y tiene miedo cuando piensa en un enemigo que es capaz de hacer algo así. Perderemos la guerra en Crimea, nunca derrotaremos a Turquía mientras cuente con un aliado como ese, y la India no caerá en nuestras manos mientras los británicos sigan allí.

La puerta de doble hoja se abre. JOSEPH entra con SERGEI.

ROGACHEV: Ah, Joseph. Bebidas para todos, por favor. Champán para su alteza real...

JOSEPH: Enseguida, milord. (*A SERGEI*). Champán aquí... Vodka aquí...

COMANDANTE: (*Al GENERAL*). Si solicita una votación ahora, señor, sin duda ganará.

GENERAL: ¿Me apoyará?

COMANDANTE: Por supuesto, y no solo yo.

GENERAL: Muy bien. (*Levanta la voz*).

ROGACHEV: ¿Inmediatamente, general?

GENERAL: Si a su señoría le complace.

ROGACHEV: Que así sea. Todos los presentes, por favor, expresen su opinión. A favor de la moción del general: que el plan indio se cancele con efecto inmediato.

Se levantan las manos en silencio.

ROGACHEV: En contra: que seguimos resueltos a avanzar hacia la India.

Otra pausa.

ROGACHEV: Dadas las circunstancias, no propondré un brindis.

PRÍNCIPE: Le deseo más suerte la próxima vez, Rogachev.

ROGACHEV: Agradezco a su alteza real su intachable sentimiento británico. (*Con irritación*). Eso es todo, Joseph.

JOSEPH: Gracias, milord conde.

SECUENCIA 8 - LONDRES

El club Retrenchment. Nos desplazamos hasta donde CECIL y MORRIS están sentados.

CECIL: Bueno, Morris, creo que ya está lo suficientemente repuesto como para tomarse un vaso de oporto.

MORRIS: Gracias, milord. Creo que uno solo sí podré tomar.

CECIL: Supongo que uno de los dos debería decir que han pasado muchas cosas desde la última vez que estuvimos sentados aquí.

MORRIS: Sí.

CECIL: ¿Puede decirme cuántos perdimos en la carga? Los informes que he visto no coinciden.

MORRIS: Sé a ciencia cierta que 673 oficiales y hombres iniciaron la carga. Después, solo 195 respondieron en la primera revista. Yo no fui uno de ellos, y muchos hombres que no estaban heridos perdieron sus caballos y no aparecieron hasta más tarde. En total hubo 113 muertos y 134 heridos. Pero en el ataque francés que siguió habría habido muchos más.

CECIL: 113 son ya demasiados.

MORRIS: Ah, sin duda, milord. Pero ¿qué quiere? Y, si le sirve de consuelo, Lew Nolan muy probablemente habría hecho lo mismo si no le hubiera conocido: estaba loco.

Últimas notas del Last Post.^[17]

CECIL: No estaban allí para razonar, sino para vencer o morir.^[18] Pero no en vano.

POSTDATA A «LA OPORTUNIDAD DEL CAPITÁN NOLAN».

Desde que oí hablar de ello por primera vez, siendo un niño, he sospechado que el famoso episodio de la carga de la Brigada Ligera en Balaclava no fue el resultado de una metedura de pata, sino de la voluntad de alguien. Mi reciente análisis del tema en detalle me ha reafirmado en esta opinión. Por ejemplo, el excelente y detallado estudio de Cecil Woodham-Smith *The Reason Why* [El motivo] (1953), lo deja a uno con la fuerte sospecha de que el capitán Lewis Nolan engañó deliberada y fatalmente al jefe de la división de caballería, lord Lucan, acerca del objetivo de la carga.

Nolan tuvo una oportunidad única para hacerlo. Era el ayudante de campo del general Airey, que era el segundo al mando de lord Raglan y el oficial que escribió y firmó el mensaje letal que Nolan entregó. Sobre las colinas que daban al campo de batalla, Raglan, Airey y sus subordinados, entre los que se incluía Nolan, podían ver tanto (1) las armas británicas confiscadas que Raglan realmente pretendía que la división de caballería recuperara; y (2) la batería de artillería rusa que había al final del valle. Desde su posición más baja, Lucan no podía ver ni (1) un objetivo fácil de alcanzar, ni (2) que solo podía ser atacado corriendo un gran riesgo. Por consiguiente, era vulnerable al engaño de Nolan (y, negligentemente, no se había familiarizado con los agrupamientos rusos).

El motivo por el cual Nolan engañó a Lucan, si es que lo hizo, claramente fue algo más allá de su ampliamente documentada hambre de acción. También era un fanático de las denostadas virtudes de la caballería, especialmente las de la caballería ligera. Esto también está bien documentado: tras una deslumbrante carrera inicial como soldado de caballería escribió no uno, sino dos libros sobre el tema, y la mayoría de lo que le atribuyo en la primera secuencia de mi obra es una paráfrasis casi literal de algunas de las opiniones que expresó en estos. Pero, además, y para contribuir con algo de mi propia cosecha, he inventado una pequeña conspiración que incluía a Nolan, tramada para convencer a una siniestra camarilla rusa de la extraordinaria capacidad del soldado británico para la guerra, especialmente la del soldado de caballería.

Aquí debo añadir dos cosas. Espero que mi falsa conspiración y los sucesos que ocasiona les resulten divertidos, pero al final me inclino por la opinión que le atribuyo a Morris en su último discurso: el Nolan que conocemos a través de multitud de documentos de la época «muy probablemente habría hecho exactamente lo que hizo» si no hubiera habido ninguna conspiración. Y en cuanto a si realmente engañó a Lucan a propósito, eso no lo sabremos jamás.

Aunque yo sigo pensando que sí. Es cierto que tuvo mucha suerte, porque estuvo rodeado de incompetentes, pero fue la clase de suerte que tienen los maníacos homicidas.

Con excepciones como la del discurso de Nolan, la mayoría de mis secuencias en Londres y San Petersburgo (secuencias 1, 2, 4, 6, 7 y 8) son ficción. Las secuencias en Crimea, la 3 y la 5, están en gran medida, y en algunos casos casi en su totalidad, basadas en hechos reales. Por ejemplo, la diatriba cara a cara de Nolan contra Lucan, los comentarios de Cardigan sobre el asedio, las preguntas de Paget acerca del significado de las dos banderas (y el cañoneo que las interrumpe), las palabras de Campbell a sus hombres, la conversación entre Morris y Cardigan, el texto de la orden para Lucan (literal), la posición de Nolan, la charla de Lucan y Cardigan justo antes de la carga, el incidente del puro de Paget y las órdenes de Cardigan que siguieron inmediatamente después, el momento de calma temporal en los disparos, las circunstancias de la muerte de Nolan y lo que Cardigan y Scarlett dicen de ella después: todo figura en los registros. Esos registros, por supuesto, provienen en su gran mayoría de lo que los supervivientes de la batalla escribieron acerca de ella después, y si uno a veces siente que siempre exagera al recordar lo bueno, no debe olvidar la capacidad que tienen los seres humanos para decir cosas memorables o melodramáticas en los grandes momentos.

La versión de Morris de las cifras de muertos y heridos en la carga se ha extraído de *The Age of Reform* (1938), de E. L. Woodward.



1941/A

I. LA OPERACIÓN DEL PACÍFICO

... La Flota Imperial que partió de las islas Kuriles durante los últimos días de noviembre era la fuerza naval más potente jamás reunida. Estaba constituida, en primer lugar, por once buques de guerra. El de mayor envergadura de todos ellos, el *Yamato*, en el que el almirante Isoroku Yamamoto izó su bandera, era, con 68 200 toneladas de desplazamiento, uno de los dos buques de guerra más grandes jamás construidos, mientras que el segundo era su nave hermana *Musashi*, por entonces todavía sin terminar. Cada una de sus armas de 18,1 pulgadas (la mayor jamás cargada a bordo de un buque) disparaba proyectiles que pesaban casi 1,5 kilogramos. La velocidad máxima era extraordinaria, unos 27 nudos, con un alcance total de casi 7200 millas.

A excepción de las naves hermanas *Nagato* y *Mutu*, que portaban cada una ocho armas de 16 pulgadas, los demás buques de guerra de la Gran Flota llevaban armamento primario de 14 pulgadas, sumando en total una andana de ochenta piezas. Podían alcanzarse velocidades de entre 22,5 y 28 nudos. Todos los barcos arriba mencionados podían propulsar hasta tres aviones por medio de una catapulta.

El componente de portaaviones que los acompañaba era asimismo singularmente desarrollado para la época, y consistía en no menos de nueve navíos, desde las impresionantes naves hermanas *Soryu* y *Hiryu*, con una capacidad para 71 aviones cada una y una velocidad máxima de 34,5 nudos, hasta la más pequeña, la *Taigo*, con sus 27 aviones y 21 nudos. En total, estas naves portaban la asombrosa cantidad total de 380 aviones.

6 cruceros pesados, 14 cruceros ligeros, 66 destructores y cerca de 100 naves distintas, incluyendo una cantidad más que suficiente de tanques de combustible para repostar, acompañaban las naves principales.

Dividida en cuatro fuerzas al mando de sus respectivos vicealmirantes, esta armada sin parangón fijó rumbo al Este. Pasó cientos de millas al norte de la base principal del Pacífico de la Marina de los Estados Unidos en Pearl Harbor, el objetivo de un plan anterior de ataque ahora desechado. El cambio de plan había sido en su mayor parte obra de Yamamoto, que nunca había flaqueado en su convencimiento de que Japón solo podía aspirar a derrotar a los Estados Unidos en una guerra corta, cuanto más corta mejor.

Gracias a milagros de organización y de la más estricta seguridad, la Gran Flota en su totalidad permanecía según lo programado cerca de la costa de California, pero lo suficientemente lejos como para quedar por debajo de la línea del

horizonte, fuera del alcance de la vista. Las cuatro fuerzas que emprendieron el viaje a través del océano Pacífico se habían convertido en dos, separadas por varios cientos de millas; de hecho, el equivalente a la distancia entre San Francisco y Los Ángeles.

Con las primeras luces del 11 de diciembre, la flota japonesa comenzó a bombardear estas dos prósperas y populosas ciudades con todas las armas que llevaban a bordo, mientras que cada avión disponible despegó con la misión de bombardear y ametrallar sus puertos, comercios y barrios residenciales. Pillaron a todos por sorpresa. Un pesado proyectil procedente de las descargas iniciales casi alcanzó el mismo centro de lo que en aquel entonces era el puente colgante de un solo vano más largo del mundo, inaugurado cuatro años antes: el Golden Gate, a la entrada del puerto de San Francisco. La estructura del puente sufrió daños enormes y se perdieron algunas vidas humanas.

Tras un intervalo de tiempo acordado previamente, las dos fuerzas hicieron un alto el fuego, giraron al través y avanzaron a vapor en dirección hacia la costa, un cambio en la posición programado en parte para permitir mayor precisión y para ahorrar combustible de los aviones, pero también, y casi más importante, para que los indefensos ciudadanos no tuvieran la menor duda de quién y qué era lo que los había llevado la destrucción y la muerte.

Poco antes de las 10.00 h se observó que una gabarra u otra embarcación pequeña similar con una bandera blanca improvisada se aproximaba a las fuerzas marítimas. Se lidió rápida y adecuadamente con esta insolente incursión, ya que no se concebía que pudiera reivindicar nada relevante desde el punto de vista legal. Por órdenes del mismo almirante, el destructor *Shimakaze* se enfrentó a la intrusa a toda velocidad y la embistió en la sección media, cortándola limpiamente por la mitad. Los restos se hundieron rápidamente, y aquellas personas que habían sobrevivido al impacto fueron socorridas con disparos de armas cortas y granadas provenientes de la cubierta del *Shimakaze*.

Para entonces, o poco después, gran parte de ambas ciudades y sus alrededores estaban en llamas. La visibilidad al principio de esta clara y soleada mañana de invierno había sido excelente; ahora, pesadas nubes de humo atravesaban a la deriva el objetivo y ascendían cientos de pies en el aire. A intervalos se escuchaban explosiones masivas. Se ha llegado a pensar que un tumulto especialmente grave y prolongado en el área de San Francisco fue producto de un choque sísmico inducido por el bombardeo de un área desgraciadamente propensa a terremotos, pero no hay pruebas materiales que lo certifiquen.

A pesar de las crecientes dificultades de alcance y puntería provocadas por esa falta de visibilidad, los buques y aviones de guerra japoneses prolongaron su ataque sobre las dos ciudades costeras hasta que la acción cesó poco antes del

mediodía. Gran parte de los objetivos marcados ya habían sido destruidos, y cientos de miles de personas yacían enterradas bajo los escombros, muertas o moribundas en lo que habían sido sus calles. Los sentimentales, puede que olvidando el primer objetivo de la operación californiana, a saber, provocar la mayor conmoción posible, no solo a nivel local, sino por todos los Estados Unidos, han sugerido que el ataque se prolongó innecesariamente lo que tuvo como consecuencia unos daños y un sacrificio excesivos. A la luz de los acontecimientos que sobrevinieron poco después, podría afirmarse con cierta seguridad que aquellos estadounidenses que perdieron la vida en Los Ángeles, San Francisco y sus alrededores lo hicieron, sin ser conscientes de ello, sirviendo a su país.

Cuando se decretó el alto el fuego y todos los aviones estuvieron de vuelta sin haber sufrido daño alguno, la flota se retiró. Todas las naves, a excepción de una, comenzaron el largo viaje de regreso a través del Pacífico al mando del vicealmirante S. Toyoda. La excepción, el gran buque de guerra *Yamato*, cuya munición permanecía intacta, puso rumbo a un nuevo destino a unas 3500 millas al sureste, un destino de tal relevancia que el almirante Yamamoto había insistido en ocuparse de él personalmente.

Las fuerzas navales que habían atacado las ciudades californianas habían encontrado una resistencia insignificante. Unos cuantos aviones de guerra estadounidenses obsoletos hicieron algunos intentos débiles y descoordinados de enfrentarse al infinitamente superior armamento aéreo japonés, pero en casi todos los casos la maniobra se redujo a una serie de disparos al aire en intervalos demasiado grandes para que el fuego fuera efectivo. Incluso si se la considera únicamente de acuerdo a los estándares de pérdidas y ganancias bélicas, la operación del Pacífico fue la más exitosa de la historia.

II. LA OPERACIÓN DEL ATLÁNTICO

Veintiuna horas después de que los japoneses hubieran lanzado su primer ataque, con las primeras luces del 12 de diciembre, el buque de guerra alemán *Tirpitz*, habiendo burlado la vigilancia de la Marina Real al escapar de su escondite europeo y cruzar el Atlántico, inició el bombardeo de la ciudad de Nueva York.

Con 41 700 toneladas y provisto de 8 cañones de 16 pulgadas como armamento principal, el *Tirpitz* era claramente un barco de menor envergadura que el poderoso *Yamato*, y la suya era una aventura en solitario. Aun así, los daños y las muertes que causó fueron considerables, y jugó un papel principal en los acontecimientos que se desarrollaron a continuación.

El *Tirpitz* concentró su fuego en la isla que constituye el distrito de Manhattan, aunque causó daños colaterales al arsenal naval de los Estados Unidos situado en el lado más alejado del East River. Sus proyectiles destruyeron o dañaron gravemente varios de los edificios más altos de la ciudad, incluyendo el Empire State, de 102 pisos. Se iniciaron dos incendios de dimensiones considerables. Más tarde, compensando con audacia lo que le faltaba en potencia de disparo, el *Tirpitz* navegó a lo largo del Hudson, bombardeando la costa a quemarropa con todas las armas disponibles. Una única descarga de su artillería secundaria de cañones de 5,9 pulgadas hizo pedazos la famosa Estatua de la Libertad.

Entre signos de resistencia crecientes pero todavía en gran medida infructuosos, el *Tirpitz* interrumpió la acción justo antes de las 09.00 h y se retiró. Otra vez en el Atlántico Norte viró hacia el Sur, ya que no había completado todavía su misión en ese océano. Durante su travesía lanzó sucesivamente desde su catapulta los cuatro aviones que llevaba, todos hidroaviones de dos flotadores Arado 196A-3 que llevaban dos bombas de 50 kilos cada uno. Las tripulaciones de dos hombres habían sido cuidadosamente seleccionadas e intensivamente entrenadas para lo que tal vez fuera la parte más importante de todo el sector operacional occidental.

Se había decidido con cierta reticencia que un ataque naval ordinario a Washington D. C., aunque muy tentador, debía descartarse por ser demasiado arriesgado. El acercamiento por el río Potomac o la bahía de Chesapeake finalmente fue rechazado por ser demasiado difícil y remoto, además de que contaba con el riesgo añadido de que la fuerza invasora pudiera quedar atrapada y ser destruida antes de poder batirse en retirada. Dicha posibilidad resultaba inadmisibles de todo punto, en vista de la necesidad de que al enemigo se le negara cualquier éxito compensatorio, por muy pequeño que fuera, en el día de

su humillación.

En consecuencia, se decidió que los cuatro hidroaviones efectuaran un ataque extremadamente preciso a corta distancia y poca altura sobre la Casa Blanca a última hora de la tarde de un día en el que aquella estaba llena de jefes militares y civiles de todas las clases. Nadie que presenciara aquel ataque podrá olvidar jamás la llegada inesperada a casi cien metros por segundo de un avión de guerra que ostentaba la insignia de una potencia lejana pero hostil disparando una ametralladora mientras se acercaba. Cuentan que uno de los proyectiles, entrando en la sala de conferencias a través de la ventana hecha añicos, dio de lleno en la silla giratoria en la que estaba sentado el presidente Franklin D. Roosevelt y, rebotando, alcanzó y mató a un general de las fuerzas aéreas que estaba de pie detrás de él. Tanto si fue cierto como si no, el supuesto incidente tiene una gran fuerza metafórica.

Después de descargar una serie de ráfagas de metralla sobre su objetivo, y habiendo lanzado sobre él su carga de bombas colectiva, que ascendía a casi media tonelada de explosivos, los hidroaviones regresaron al *Tirpitz*. Dos aviadores murieron. Aunque el número de víctimas que se produjeron en la Casa Blanca y sus alrededores no fue muy alto, el impacto moral de un golpe tan audaz fue incalculable.

En ese momento, el *Tirpitz* continuó su largo viaje hacia el Sur por una ruta de reconocimiento. Navegó alrededor de la bahía de Florida, a través del canal de Yucatán entre Cuba y México, hacia su tercer objetivo, el definitivo.

III. LA OPERACIÓN COMBINADA

Durante la noche del 16 al 17 de diciembre, el *Yamato* y el *Tirpitz* tomaron posiciones en los dos extremos del canal de Panamá, ambos fuera del alcance de las defensas costeras. A una hora previamente acordada cerca de las primeras luces del alba, los dos barcos comenzaron a bombardear las secciones del canal más cercanas a ellos. Después de dos horas, el *Tirpitz*, cuya munición principal estaba empezando a agotarse, interrumpió el fuego, y un poco más tarde el *Yamato* siguió su ejemplo.

En total, el sistema del canal contaba con seis esclusas dobles, cada una de ellas de enorme masa y solidez. Todas las paredes de las esclusas descansaban sobre cimientos de roca y tenían casi veinticinco metros de altura. En el caso de las esclusas exteriores, las paredes estaban constituidas por más de un millón y medio de metros cúbicos de cemento. Sin embargo, los potentes costados de los dos buques de guerra provocaron múltiples fracturas en ambas. En cuanto a la consiguiente grave inundación y al daño causado a las instalaciones permanentes, los informes que llegaron a la oficina del canal de Washington estimaron que, incluso en condiciones normales, la reparación y la reapertura llevarían meses, más que semanas.

Antes de que se completaran las investigaciones preliminares, el *Yamato* y el *Tirpitz* habían llegado a casa a salvo y cumplido su cometido en el desarrollo de la historia.

IV. LA SECUELA

El Imperio del Japón había declarado la guerra a los Estados Unidos de América en una proclama lanzada a las 11.30 h del 11 de diciembre que, desgraciadamente, tardó varias horas en llegar al Gobierno de los Estados Unidos. A las dos de la tarde de ese día, Joachim von Ribbentrop, ministro de Exteriores, había leído al diplomático estadounidense en Berlín el texto de la declaración de guerra de Alemania.

Las potencias combatientes continuaron en estado de guerra durante siete días completos. A las 11.00 h del 18 de diciembre, el presidente Roosevelt dirigió un discurso a las dos cámaras, el Congreso y el Senado, y por retransmisión radiofónica simultánea, a toda la nación. El texto decía, entre otras cosas:

Con mucho pesar, compatriotas estadounidenses, me presento ante vosotros en este día. Todos compartiréis mis sentimientos de conmoción, pena e indignación ante la abominable carnicería que ha provocado el ataque sorpresa de los japoneses a las ciudades de Los Ángeles y San Francisco. Las incursiones alemanas en las ciudades de Nueva York y Washington D. C., en la costa este, aunque a menor escala, no han sido menos terribles ni desmoralizadoras. En la capital de la nación yo mismo estuve bajo el fuego enemigo durante unos instantes, pero fueron suficientes para despertar en mí una compasión extrema hacia esos hombres, mujeres y niños que han sufrido de verdad.

Estados Unidos todavía se estaba recuperando de estos duros golpes cuando llegaron las noticias de la virtual destrucción del canal de Panamá. Ese canal... es en un sentido nada metafórico la línea que mantiene con vida a los Estados Unidos. Privados de ella, los jefes de las Fuerzas Armadas me informan de que la posibilidad de derrotar en la guerra algún día a dos adversarios tan poderosos e implacables como el Japón Imperial y el Tercer Reich alemán no es que sea inexistente, pero sí muy pequeña, demasiado pequeña para correr el riesgo sustancial de una derrota total. Por lo tanto, como su comandante en jefe, por la presente ordeno a todas las fuerzas estadounidenses que depongan sus armas completa, definitiva e inmediatamente a la espera de la firma de un tratado de paz. Compatriotas estadounidenses: ¡la guerra ha terminado!

Ahora, os invito a todos a uniros a mí, en esta aciaga hora, para que a partir de este momento volvamos a nuestro tradicional camino de neutralidad en los conflictos en el extranjero. Renunciemos a cualquier idea de venganza y sigamos el honroso ejemplo del faro de la libertad y la democracia, por cuya luz otras naciones tal vez acaben volviendo a los caminos de la paz y la buena voluntad.

Ciertos ajustes necesarios en el estatus de algunos de nuestros territorios de

ultramar y determinados acuerdos domésticos están en proceso de ser negociados y acordados. Tan pronto como se finalicen los detalles...

Resultó que los ajustes a los que se refería el presidente comprendían la cesión a Japón de todos los territorios estadounidenses del Pacífico, incluyendo el grupo hawaiano con la base de Pearl Harbor, las islas de Guam y Wake y hasta Alemania de Puerto Rico, mientras que la zona del canal de Panamá pasaba ser controlada por la autoridad tripartita de los Estados Unidos, Japón y Alemania. Los acuerdos domésticos referidos eran las instalaciones navales en los Estados Unidos continentales. La Marina de los Estados Unidos sería reducida progresivamente a buques dedicados a la protección de la pesca y guardacostas.

Cuando esos detalles se revelaron unos días después al pueblo estadounidense, hubo algunas reacciones de disgusto, revueltas y disturbios de costa a costa, aunque no tan violentos ni prolongados como los que siguieron a los bombardeos iniciales.

Además, era ya demasiado tarde.

De Una historia de la Segunda Guerra Mundial, 1939/A-1943/A

por MICHAEL BRIDGEMAN,

JOSEF GOEBBELS,

Catedrático de Historia Moderna

de la Universidad de Oxford



EPÍLOGO^[19]

por Kingsley Amis

Estos son prácticamente todos los relatos que he publicado. Omito «El rinoceronte sagrado de Uganda» (1932), por atípico. Ojalá hubiera más, y no solo porque sería más rico si los hubiera, sino porque, para alguien como yo, acostumbrado hasta cierto punto a la novela de longitud estándar (que para mí se sitúa en el territorio de las 75 000 palabras) y también a producir con bastante regularidad, escribir algo de una longitud distinta, algo que apenas requiere dos páginas para tener entidad, no deja de ser trabajo, sí, pero es como trabajar en vacaciones. De repente, uno pasa de hacer malabares con veinte bolos a la vez a que le den permiso para usar solo dos. Y, si se cae alguno de los dos bolos, ¿qué importa? Se pueden archivar *sine die*, o incluso descartar, un par de páginas malas, pero un par de cientos... En fin, espero que eso no me pase nunca.

Si los relatos lo liberan a uno de la angustia, ¿por qué no escribir más? O, quizá, ¿por qué no limitarse a escribir relatos? En parte porque (o precisamente por ese motivo, sospecho) raramente se me ocurren ideas o puntos de partida para ellos, como resulta obvio. Y no es que las ideas para las novelas se presenten con más frecuencia, pero, en mi caso, sí con la suficiente rapidez (¡toco madera!). Casi al mismo tiempo que me sobreviene alguna de esas ideas, sé que constituirá el germen de una de esas narraciones. Por ejemplo, en el momento en el que se me ocurrió la palabra que Courtenay le dice a Barnes cerca del final de «La casa del promontorio» supe que tenía un cuento, y también que sería, o llegaría a ser, una historia del servicio secreto. Y cuando, en cierta ocasión, en Tottenham Court Road un taxi ignoró a un asiático y en su lugar me paró a mí, supe que ahí había una novela, y también que trataría sobre un tipo rico con ideas progresistas.

No obstante, basta un vistazo para comprobar que la clase de relatos que escribo guarda una fuerte afinidad con la que podría considerarse su hermana mayor: la novela. Su tamaño es diferente, pero sus proporciones internas, los roles representados mediante el diálogo, la narrativa o la descripción son similares, y hacen que los dos géneros se lean de manera similar. Y los relatos pueden considerarse novelas condensadas, en el sentido de que sería posible, por muy salvajemente aburrido que fuera el resultado (y el proceso), extenderlos hasta que prácticamente alcanzaran la longitud estándar de una de ellas. Por ejemplo,

el relato «Querida ilusión» podría haber comenzado describiendo la vida anterior de Potter en el almacén de madera, e incluso parte de su matrimonio, pero a Sue Macnamara no se la podría encajar ahí, y la estructura interna quedaría deformada. La única de estas historias que necesariamente tenía que empezar y terminar tal y como lo hace es «La vida de Mason» —aunque esto también se podría aplicar a los cuatro textos de ciencia ficción sobre la bebida—. En cualquier caso, las peculiaridades intrínsecas de los relatos —el efecto, el pedazo de vida sin pulir, el paisaje con figuras pero sin personajes— no me atraen demasiado. Esta colección es en realidad una astilla del banco de trabajo de un novelista. Digo esto sin autocomplacencia. Una novela puede requerir, de hecho en determinados sentidos lo hace, no solo un esfuerzo más sostenido, sino también más intenso que un cuento. Aun así, un volumen de relatos de Kipling, por ejemplo *Life's Handicap.*, puede competir duramente en méritos con *Retrato de una dama*, *Tess*, *la de los d'Urberville*, *La locura de Almayer* o cualquier otra novela de la época. En realidad, pocos escritores se mueven con la misma facilidad en ambos géneros. Aunque Graham Greene parece que lo consiguió.

La mención de Kipling me lleva a preguntarme si hoy en día le resultaría tan fácil como en 1890 publicar «Sin el beneficio del clero» o cualquier otra obra maestra del libro citado anteriormente en una revista. En aquella época, y durante mucho tiempo después, florecieron en Gran Bretaña y en los Estados Unidos publicaciones semanales y mensuales dedicadas por entero o en su mayoría a la nueva ficción, principalmente al relato. Ahora, un relato, sea cual sea su longitud, tiene que luchar para encontrar un lugar junto a los artículos políticos, las entrevistas con directores de cine, las columnas sobre cocina y el porno blando. Igual de triste es el hecho de que una colección de relatos en tapa dura o blanda a menudo tiene menos éxito comercial que una novela del mismo autor. Esto último, según me explicó en una ocasión un editor (no uno mío) refleja el disgusto de los lectores por tener que familiarizarse con un grupo nuevo de personajes una docena de veces a lo largo del libro, en lugar de lidiar con la ardua tarea una única vez al principio. ¿Tendrá esa afirmación algo de verdad? ¿Han empeorado los lectores? Al fin y al cabo, ahora hay más. ¿O es que han empeorado los escritores de relatos? Al fin y al cabo, los escritores de los demás géneros lo han hecho. Pero se siguen leyendo, o al menos comprando, novelas. Aunque, de nuevo, no tantas de tapa dura. Tal vez el puritanismo residual que engendra la reticencia a soltar 11,95 libras esterlinas en una simple historia (en un libro de cierta longitud) engendre el rechazo absoluto cuando la mercancía son un montón de pequeñas historias. Tal vez.

Mi segunda explicación parcial posible toma otro hecho en consideración: resulta obvio que el relato de la década de los ochenta debe destacar entre múltiples culos y tetas impresos en papel couché, etc., pero también entre esos pálidos y enfermizos remedos actuales de las antiguas revistas de ficción

victorianas como son las publicaciones periódicas subvencionadas por el Arts Council o por cualquier otra institución similar. Un escritor, o cualquier otro tipo de artista, que en parte o en su mayoría no depende de complacer al público, que tiene de hecho garantizado su sueldo independientemente de la calidad de su producto, se siente tentado por la autocomplacencia y la pereza. Este tipo de autor puede divagar a su santa voluntad en prosa o en verso (o algo que él considera verso) y que le paguen igualmente. Pero cuando el escritor ha de subsistir de las ventas de su libro, de que su público, un público mayoritario, se lo compre (aunque sea solo la edición en tapa blanda), se resiste y elige la novela, que al menos por ahora no tiene que competir con esas publicaciones del Arts Council.

La reflexión anterior tiene en cualquier caso el mérito de sacar a colación un tercer factor: cuando la gente se niega a comprar algo, normalmente lo hace porque no ve suficiente mérito en lo que se le ofrece. Me atrevo a suponer que en la actualidad el término «relato» se ha convertido por derecho propio en un elemento disuasorio para el consumidor, igual que lo han hecho las palabras «estudio conflictivo» en un contexto diferente. Y este tipo de rumores, como el de considerar el relato un género menor, se extiende como la pólvora. Los escritores de relatos necesitan otro Kipling que restaure su imagen. Pero si Rudyard resucitara, tendría infinidad de asuntos mucho más urgentes que atender.

Al volver a publicar estos textos he seguido la política de no alterar nada sustancial, limitándome a completar omisiones y rectificar errores estilísticos y objetivos. Por ejemplo, «¿Qué o quién era eso?» mantiene su forma original de guión radiofónico. Permítanme comentar aquí que la retransmisión produjo unas interesantes y, en cierto modo, terribles secuelas. Mi intención había sido la de hacer creer a los oyentes que se trataba de una historia real hasta que hubieran pasado tres cuartas partes de la narración y, en ese momento, con suerte, obligarlos a cambiar por completo su impresión inicial durante los últimos minutos. El detalle de la cruz se incluyó en parte para conseguir que se descartara la veracidad del relato de forma inevitable y definitiva. En opinión de algunos, muy lamentablemente, no consiguió su objetivo. Un viejo amigo, también novelista, el fallecido Bruce Montgomery («Edmund Crispin»), me llamó por teléfono porque quería saber si la historia era realmente cierta. Al darse cuenta de mi asombro, cambió de tercio completamente y me preguntó cuántas copas me había tomado cuando me topé con el hombre verde. Un productor de televisión contactó conmigo para proponerme emitirlo en un nuevo programa de fenómenos sobrenaturales. Yo le pregunté cómo sugería que empezara. «Bueno —respondió—, he pensado que podríamos empezar por llevar las cámaras al local». Yo dije: «¡Al local! ¿Qué local?», y entonces se produjo un gran silencio.

El más divertido y aterrador de estos casos fue una carta de algo que se denominaba a sí mismo Unidad de Investigación de la Experiencia Religiosa, Manchester College, Oxford, director sir Alister Hardy, Miembro de la Royal Society. El autor de la carta, que no era el tal sir Alister, decía que él y sus colegas estaban recopilando ejemplos de coincidencias extrañas y otros fenómenos parecidos, me pedía más detalles de mi «experiencia», y añadía que hasta el momento no habían tenido conocimiento de nadie que hubiera experimentado «una serie de acontecimientos tan asombrosos y extraordinarios como los que usted ha descrito». Eso espero. Otro sujeto se atrevió a decir que estaba bastante claro que nos encontrábamos ante un caso de «biubicación», lo que también provocó que se comentara hasta la saciedad el hecho de mi supuesto don de la ubicuidad. Un ejemplo perfecto de la creencia popular de que darle a algo un nombre latino ayuda en gran medida a explicarlo. «Mami, hay un monje flotando en el aire. ¿Cómo lo hace?». «Se llama levitación, cariño». «Ah, vale».

Me sentí tentado de engañar a este tipo, pero la compasión o la pereza intervinieron. Al final, creo recordar, la Unidad de Investigación de la Experiencia Religiosa o sus amanuenses acabaron publicando un compendio de acontecimientos asombrosos y extraordinarios. Si no me equivoco de libro, fue objeto de numerosas muestras de reconocimiento. Y no resulta en absoluto sorprendente. Mucha gente se siente incómoda en un universo en el que no parece haber nada sobrenatural, nada más allá de esta vida, ninguna fuerza por descubrir, ningún Dios. Me compadezco de ellos. Yo mismo tampoco encuentro esta ausencia reconfortante, pero desearía que hubiera un poco menos de avidez, de credulidad. También deseo, en vano, que esas personas, también otras, se enfrenten un poco más directamente a lo que implica creer algo, o creer en algo.

Los admiradores de la ciencia ficción recordarán, igual que muchos otros, cómo, una noche de 1938, Orson Welles retransmitió en una emisora de radio de Nueva York una adaptación de su casi homónima obra *La guerra de los mundos*. Lo llevó a cabo de un modo inteligente, como una sucesión de partes informativos, hasta que, casi al final, supuestos comentaristas reales describen cómo los horribles invasores de Marte se abren paso hacia la ciudad con violencia. Según se cuenta, cundió el pánico entre miles de oyentes: huyeron por las calles, sitiaron las estaciones de autobús, condujeron hacia el campo... Esto fue una muestra de credulidad, sí, y quizá también de estupidez — noticias así no se emitirían por un solo canal, etc. —, pero también demostró una determinada coherencia. Si, por cualquier extraño motivo, alguien llega a creer realmente que estamos sufriendo una invasión extraterrestre, entonces está actuando lógicamente y consecuentemente al intentar huir, está actuando conforme a los efectos de su convicción.

Nadie, que yo sepa, se asustó de ese modo o condujo hasta Cornualles como resultado de la emisión radiofónica de mi relato. Y aquellos que dijeron que pensaban que la historia era cierta, o podía ser cierta, respondieron de modo ilógico e inapropiado. Imagínense otra situación de este tipo: si vieran a un hombre devolviendo a la vida a otro declarado clínicamente muerto sin posibilidad de que se tratara de un error (y eso sería menos extraordinario que lo que yo describí por la radio), no me parece que la respuesta apropiada fuese algo como: «¡Qué interesante! Puede que llame por teléfono a ese tipo dentro de uno o dos días para ver si averiguo un poco más sobre el tema». No; de llamar a alguien por teléfono sería al arzobispo de Canterbury, o puede que hasta cogiera un avión para ir al Vaticano en busca del artífice del milagro, y al encontrarse frente a él le dijera: «Maestro, venderé todo lo que tengo y le seguiré». Esas reacciones a mi retransmisión constituyen una pequeña prueba más de que, cuando se trata de una cuestión debatible de esta índole, desde la existencia de los fantasmas hasta el valor de la quiromancia, la línea entre la creencia y el escepticismo se vuelve borrosa. ¿Es la astrología verdad o mentira? Muchos dirían que ahí hay algo, muchos más de los que tienen en cuenta el más insignificante de sus consejos prácticos. ¿Creen en la teoría de que la Tierra es plana? Sí y no. Así es como se propaga la locura.

He oído decir que las tres primeras historias incluidas aquí forman parte de una novela inacabada o descartada, y que «Sangre en las venas» proviene de un borrador de mi novela *That Uncertain Feeling*. Ninguna de las dos cosas es cierta.

— FIN —



KINGSLEY AMIS (Clapham, Londres, Inglaterra, 16 de abril de 1922 - 22 de octubre de 1995, Londres, Inglaterra). Sir Kingsley Amis nació en 1922 en el sur de Londres. Estudió en Oxford, y más tarde llegaría a ser catedrático en las universidades de Swansea y de Cambridge. Amigo fraternal de Edmund Crispin y Philip Larkin (que moriría en casa de los Amis en 1985), fue uno de los máximos representantes del movimiento de los «Jóvenes Airados» o «Angry Young Men». Como muchos hombres de su generación, sirvió un tiempo en el ejército. Empezó su carrera literaria como poeta, aunque lo que le llevaría a la fama, en 1954, fue la publicación de su primera novela, *Lucky Jim* (galardonada con el Premio Somerset Maugham). En sus años jóvenes, Kingsley Amis fue estalinista y miembro del Partido Comunista. No obstante, posteriormente; coincidiendo con la invasión de Hungría por parte de la Unión Soviética en 1956, Amis se convirtió en un estridente anticomunista, siendo tachado incluso de reaccionario. Expuso su cambio de pensamiento político en 1967, en el ensayo *Porqué Lucky Jim torció a la derecha* (*Why Lucky Jim Turned Right*). Escribió más de cincuenta obras, entre ellas veinte novelas, seis volúmenes de poesía y sus *Memorias*, en 1991. También colaboró en la redacción de algunas de las novelas protagonizadas por el agente James Bond. Fue galardonado en 1986 con el prestigioso Booker Prize al mejor libro del año (*Los viejos demonios*), premio al que había estado nominado en dos ocasiones previas. En 1990 fue distinguido con la Orden de Caballero del Imperio Británico. Murió el 22 de octubre de 1995, en Londres. *The Times* lo considera uno de los diez mejores escritores ingleses posteriores a 1945.

Notas

[1] Navy, Army, and Air Force Institutes [Institutos de las Fuerzas Navales, Terrestres y Aéreas]: organización que gestiona cantinas, tiendas, etc., para el personal militar británico tanto en Gran Bretaña como en el extranjero. También cualquier cantina o tienda gestionada por esta organización. (*Todas las notas son de la traductora salvo que se indique lo contrario.*) <<

[2] DSO: *Distinguished Service Order*, Orden del Servicio Distinguido (condecoración militar propia del Reino Unido). <<

[3] *Tipster*, en el mundo de las apuestas deportivas, «pronosticador» que se encarga de prever con antelación posibles resultados deportivos. <<

[4] Se refiere a Walter Gilbey (1831-1914), un famoso importador de vinos y filántropo inglés. <<

[5] Lord's Cricket Ground, más conocido como Lord's, es un estadio de críquet en St. John's Wood, en la ciudad de Westminster, en Londres. <<

[6] *Victoria Regina*: Reina Victoria. <<

[7] El narrador hace referencia aquí al nombre de la casa, Darkwater Hall. *Dark* significa «oscura» y *water*, «agua». <<

[8] *Macbeth*, acto 5, escena, 5. <<

[9] Nota: Ahora estoy seguro de que el ofensivo término *canalla* es injusto, al igual que la frase que sigue a continuación, y que ambos solo representan una emoción pasajera, aunque en ese momento muy profunda, por mi parte. — E. B. M-B. <<

[10] Ciertamente no todas, por desgracia. Mi querida Mary, la madre de Elizabeth, había fallecido diecisiete años antes, a la edad de cuarenta y siete años. — E. B. M-B. <<

[11] Vino de postre húngaro que normalmente viene en botellas pequeñas. <<

[12] Se refiere a Buda, en Budapest, capital de Hungría. <<

[13] Vino de postre austríaco. <<

[14] *Scots Greys* (Grisos Escoceses): regimiento de caballería del Ejército británico desde 1678 hasta 1971 <<

[15] Centro de entrenamiento para carreras de caballos situado en Suffolk. <<

[16] Emblemático edificio londinense, sede de las oficinas del comandante en jefe del Ejército británico hasta 1904. <<

[17] Toque que suena en los funerales militares de la Commonwealth y ceremonias que conmemoran a los que han muerto en la batalla. <<

[18] De «La Carga de la Brigada Ligera», de lord Alfred Tennyson. <<

[19] Este artículo de Kingsley Amis apareció originalmente como introducción a la edición de *Collected Short Stories*, de 1978. <<